

# Tu nombre después de la lluvia

Victoria Álvarez



Lectulandia

## *Érase una vez en Irlanda...*

Corren los primeros días de enero de 1903 y el profesor Alexander Quills, un hombre sabio y triste, vuelve a su casa de Oxford después de asistir a unas conferencias en Londres; Oliver Saunders, joven y tímido, mientras tanto, trabaja en su pequeño cuarto de Balliol College, rodeado de diccionarios y novelas góticas, y Lionel Lennox, amante de la buena vida y de las faldas ligeras, está en Egipto, a punto de profanar la tumba de una princesa para llevarse una joya de inestimable valor.

Poco tienen en común los tres amigos, excepto el cariño que los une y el interés por las nuevas ciencias que exploran el mundo del más allá. Muy pronto sus ganas de saber los llevarán a Irlanda, una tierra plagada de leyendas, donde las piedras tienen una historia que contar y el sonido de la lluvia se confunde con el llanto de unas mujeres que cuidaron de sus seres queridos incluso más allá de la muerte.

**Lectulandia**

Victoria Álvarez

# **Tu nombre después de la lluvia**

**Ciclo de Dreaming Spires - 1**

ePub r1.0

Titivillus 09.01.15

Título original: *Tu nombre después de la lluvia*

Victoria Álvarez, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Guillermo*

Nada en este mundo permanece oculto para siempre. El oro que yace ignorado durante siglos bajo tierra aparece un día en la superficie. La arena se vuelve traidora y delata la huella que la ha pisado; el agua devuelve a la superficie reveladora el cuerpo que ha sido sumergido. El fuego mismo deja escrita la confesión en las cenizas de la sustancia que consumió. El odio fuerza el secreto de su prisión a través de la puerta de los ojos, y el amor encuentra al Judas que lo traiciona con un beso. Allá donde posemos nuestra mirada, la inevitable ley de la revelación es una de las leyes de la naturaleza: el secreto duradero es un milagro que aún está por ver.

WILKIE COLLINS,  
*Sin nombre*

Existe una tierra de los vivos y una de los muertos, y el puente que las une es el amor, lo único que sobrevive y tiene sentido.

THORNTON WILDER,  
*El puente de San Luis Rey*

## Prólogo

Si la Muerte pudiera llorar, sus lágrimas serían parecidas a las de aquella criatura.

Lo supo desde que la oyó exhalar su primer gemido. Desde que las vidrieras del castillo se estremecieron por primera vez, sacudidas por las vibraciones de la voz sin cuerpo que recorría los jardines, supo que había llegado su hora. Y también que cuando la Parca acudiera a buscarle no sería un esqueleto con una guadaña al hombro. No, sería una voz, nada más que una voz..., la misma que en aquel momento estaba oyendo, rota por los sollozos que no era capaz de contener, débil y poderosa al mismo tiempo, abriéndose camino en medio de los truenos que sacudían aquella pequeña población de la costa irlandesa.

Esa noche la silueta dentada del castillo se perfilaba contra el cielo amaratado como una inmensa boca abierta. Parecía que el pánico no era patrimonio exclusivo de los seres humanos; también las casas y lo que había en ellas podían sentirlo cuando intuían que se avecinaba una tragedia. El anciano no necesitaba contemplarlo con sus propios ojos. Había notado la tensión que crecía a su alrededor desde el instante en que apoyó el pie descalzo en el suelo, aún sentado en la cama de la habitación de invitados que le habían preparado, con los ojos desorbitados por un horror al que no se atrevía a poner nombre. El mismo horror que descendía serpenteando por los muros, se deslizaba alrededor de las estrechas ventanas, se hundía en el quebradizo bordado con el que la hiedra tapizaba el castillo y se sumergía en sus cimientos.

«Vete de aquí —parecían decirle las cosas que lo rodeaban—. ¡Aún estás a tiempo de salvarte!» Hasta los muebles coreaban a su alrededor como criaturas vivas. «¡Vete!», casi le suplicaban mientras corría como un demente por el pasillo al que se abría la puerta de su habitación, bajando por la escalera que desembocaba en el vestíbulo. «¡Abandona este maldito lugar cuanto antes!»

Las manos del hombre temblaban tanto que apenas había conseguido apartar las barras y los seguros que mantenían atrancadas las pesadas hojas de roble. Pero por fin había logrado salir al exterior, y ahora corría como alma que lleva el diablo colina abajo, sin nada más que una camisa de dormir empapada en sudor a pesar de que siguieran en enero y el invierno fuera de los más desapacibles que se habían conocido en la isla.

Llovía tanto que apenas conseguía distinguir lo que tenía ante sí. Los pies se le hundían a cada momento en los charcos de barro que resbalaban hacia el pie de la colina y en dos ocasiones estuvo a punto de golpearse la cabeza con alguna rama baja. Pero no se detuvo ni siquiera entonces; sabía que si se daba prisa podría alcanzar su hogar en un cuarto de hora, y una vez estuviera dentro, abrazado a su esposa y su hija, no habría nada que temer. La voz sin cuerpo seguiría sollozando, pero lo haría para otra persona, probablemente para alguno de los miembros del clan de los O’Laoire. En el fondo era lo que se esperaba de ella. ¿Qué derecho tenía a anunciar la muerte de un hombre que no tenía en sus venas ni una gota de sangre de

aquella condenada familia?

Su corazón se iba aligerando a cada paso que daba, aunque su rostro seguía pareciendo una máscara de terror. Y empezaba a pensar que lo había conseguido, que estaba a punto de escapar de su propia condena, cuando la oyó de nuevo a sus espaldas. Y esta vez fue peor porque lo que dejó escapar no fue un sollozo, sino un nombre pronunciado entre lágrimas. Era su nombre.

«Por el amor de Dios, no... ¡No he hecho nada para merecer una muerte como esta!»

Sus nudosas rodillas temblaban tanto que casi chocaban entre sí. De nuevo se hundió en el barro, y tuvo que alargar desesperadamente un brazo para agarrarse a una rama con la que consiguió ponerse una vez más de pie. Un relámpago inundó de repente de luz los jardines que rodeaban la fortaleza. En aquel momento el anciano cometió su peor error: sucumbió a la necesidad de darse la vuelta para comprobar si en efecto le seguía. Cuando lo hizo le pareció que el corazón se le detenía en el pecho. A un centenar de metros, en lo más alto de la colina, creyó reconocer los imprecisos contornos de una silueta blanca.

«Dios mío, Dios mío, no dejes que lo haga. ¡No dejes que me lleve!»

Ahora los sollozos resultaban aún más cercanos a pesar de la intensidad de la tormenta. Casi sin aliento, temblando de los pies a la cabeza, el anciano retrocedió unos cuantos pasos y comprendió que se volvería loco si seguía sosteniéndole la mirada. Entonces se volvió de nuevo para seguir corriendo colina abajo antes de que pudiera alcanzarle. Casi era capaz de sentir su aliento de hielo en la nuca, de notar la presión de sus manos cadavéricas contra las suyas. Pero ahí estaba, justo ante sus ojos: la verja de entrada a la propiedad. Aún no sabía muy bien cómo lo había hecho pero estaba a punto de conseguirlo. Tan solo unos metros le separaban de la salvación. Elevando una oración muda, apretó el paso...

Las manos que había alargado en dirección a la verja nunca llegaron a tocar los barrotes. El ardor que ascendía por su pecho, y que había atribuido a los jadeos producidos por la carrera, se transformó de repente en un dolor tan agudo que perdió el equilibrio. Aterrado, el anciano no pudo hacer nada más que abrir la boca, como si quisiera dejar escapar un alarido que no llegó a sus labios. La criatura volvía a pronunciar su nombre, esta vez mucho más cerca. El hombre no se había equivocado: la voz le había seguido para tratar de alcanzarle, deslizándose como solo podían hacerlo las almas en pena entre los retorcidos árboles para acortar la distancia que la separaba de su presa.

Tuvo suerte de que el dolor de su pecho fuera tan profundo como para impedirle darse la vuelta una segunda vez. Había caído de bruces en el barro, con los brazos aún extendidos hacia la verja y los ojos tan abiertos que parecían a punto de escapar de las órbitas. Pero aunque no pudiera moverse, sus oídos seguían atentos. Y por eso comprendió que cada vez estaba más cerca, más y más cerca, avanzando sin hacer ruido en su dirección, caminando sin darse prisa porque sabía que su presa ya no

podía escapar.

Cuando se detuvo a su lado, el anciano había dejado de moverse. Los ojos del color de la tormenta de la criatura se posaron sobre su cuerpo empapado de lluvia. Parecía más frágil que nunca en medio del barro, desvalido como un niño. Un último sollozo escapó de sus labios. «Fearchar...»

# I

## La ciudad de las agujas de ensueño

# 1

La locomotora inundaba de hollín el cielo del atardecer, un trazo desdibujado de color negro sobre la acuarela del condado de Oxfordshire que podía contemplar a través de los cristales. Había realizado tantas veces aquel mismo trayecto que podría decir sin temor a equivocarse en qué momento se distinguiría cierta veleta sobre los tejados de alguno de los pueblos, o cuándo un pequeño estanque aparecería entre las ondulaciones de las colinas recubiertas todavía por la escarcha invernal. Puede que para otra persona resultara aburrido tener que presenciar tantas veces el mismo espectáculo, pero a Alexander Quills le parecía de lo más reconfortante. Era la prueba de que no tardaría en llegar a su destino. A su casa.

El traqueteo del tren que había tomado en la estación de Paddington le sumía por momentos en un agradable duermevela, al igual que el parloteo de Robert Johnson, el hombre sentado justo delante de él, que había desplegado un ejemplar de la revista *Light* de enero de 1903 para leerle a su amigo una noticia.

—«A pesar de su formación científica, o precisamente gracias a ella, la aportación del profesor Quills a nuestro campo de estudio no debería dejar de ser tenida en cuenta» —recitaba el hombre mientras una sonrisa se dibujaba en su cara redonda. Parecía tan orgulloso como un padre al que el maestro acaba de anunciar que su hijo ha obtenido las calificaciones más altas de la clase—. «Las teorías que nos dio a conocer hace unos días durante su conferencia en la sede londinense de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas se cuentan entre las más interesantes que se han escuchado en las últimas décadas dentro de ese glorioso templo dedicado al espiritismo, que parece haber encontrado por fin un nuevo profeta.»

Alexander no se inmutó; seguía contemplando con atención el paisaje que discurría detrás de la nebulosa de los cristales empañados. Ahí estaba de nuevo, justo donde sabía que la encontraría: una veleta de bronce con la forma de una sirena deslucida por el paso de los años y las inclemencias del tiempo.

—«Es lo que estábamos pidiendo a gritos en estos tiempos en que los hombres y las mujeres realmente necesitan apoyarse en la ciencia y la tecnología para creer en algo que los profanos considerarían increíble» —continuaba su compañero—. «Esto es lo que el profesor Quills puede aportar a la humanidad: una esperanza constatable, codificable, palpable. Más auténtica que nada que hayamos estudiado hasta ahora, porque todas las demás teorías espiritistas palidecen ante la minuciosidad de sus experimentos.»

—Podrían haberse ahorrado esa frase —comentó Alexander, apoyando la cabeza en una mano mientras sus ojos se perdían en las nubes que recorrían el cielo—. No creo que se trate de la mejor carta de presentación. Sobre todo teniendo en cuenta que no soy ningún médium.

—Mucho me temo que a las elegantes señoras que participan en sesiones de espiritismo en sus gabinetes de Mayfair y de Covent Garden les traerá sin cuidado si

posees o no ese don —le aseguró su amigo, todavía parapetado tras la muralla de papel—. Lo único que les debe de importar ahora mismo es lo mucho que cambiarán las cosas si las máquinas que has presentado en Londres se acaban convirtiendo en un requisito *sine qua non* en cualquier reunión que se precie. Me parece que aún no eres consciente del revuelo que provocarán a partir de ahora tus pequeños artilugios. —Y dejó de peinar con los ojos la segunda columna de la noticia para leerle en voz alta a Alexander el párrafo con el que concluía—: «Vivimos en una época en que la tecnología se ha convertido en la meta a la que parecen orientarse todos los esfuerzos de la sociedad. Nuestros lectores saben tan bien como nosotros de qué manera nos hemos aferrado a la creencia ciega de que existe algo más allá del cuerpo y que la muerte no es un final. ¿Cómo no entonar un canto de alabanza a este profesor que ha llevado a cabo la unión perfecta entre la ciencia y la fe, que ha colocado los adelantos tecnológicos modernos a nuestro servicio para poner de manifiesto incluso ante los más escépticos que todo aquello en lo que hemos creído es cierto?».

Al darse cuenta de que Alexander no pensaba comentar nada, su amigo inclinó hacia delante las páginas del ejemplar del *Light* para observarle con cierta extrañeza. Solo entonces comprendió que lo que lo mantenía callado no era solo la modestia sino el cansancio y las ganas de llegar a casa. Habían sido unos días muy ajetreados, y aquella proliferación de reseñas, noticias y artículos que la prensa especializada había publicado acerca de su persona habría bastado para hacer perder el norte a cualquier otro. Pero no a Alexander Quills, desde luego; los pocos amigos de verdad con los que contaba sabían que nunca se le habría ocurrido meterse en aquello simplemente por ambición. Puede que en ese momento su nombre fuera el más repetido entre los miembros de la reputada Sociedad de Investigaciones Psíquicas, pero su aspecto seguía siendo el de un antiguo profesor del Magdalen College de Oxford agotado después de pasar horas corrigiendo exámenes.

También su mirada seguía siendo triste. Alexander tenía treinta y siete años, aunque parecía mayor; tal vez se debiera a unas cuantas canas que habían comenzado a poblar su barba y su cabello castaño claro, o a las leves ojeras que subrayaban los ojos azules que seguían escrutando las nubes a través de unas redondas gafas doradas. Era muy alto y delgado, y hasta el menor detalle de su fisonomía respondía al estereotipo del caballero británico. Por su elegancia tan natural y por la cadencia de su voz podría parecer un aristócrata, hasta el momento en que uno reparaba en las manchas de tinta que siempre salpicaban sus dedos. «Sigue tratando de abarcar más de lo que puede —se dijo su amigo con una repentina punzada de compasión—. Como si pudiera pasar página trabajando precisamente en esto..., ¡en una máquina para comunicarse con los muertos!»

Mientras hablaban había comenzado a caer una fina llovizna, una tenue cortina de agua pulverizada que salpicaba los cristales y que no tardaría en desaparecer en cuanto el viento arrastrara las nubes reunidas en cónclave sobre sus cabezas. Realmente lo que se decía de Inglaterra era cierto: uno podía sentarse en cualquier

lugar al aire libre para asistir en apenas una hora a un desfile de las cuatro estaciones del año.

—Hace un frío de mil demonios esta tarde —se quejó Johnson sin poder reprimir un estremecimiento, cerrándose un poco más el cuello del abrigo—. Y eso que cuando me marché a Londres la semana pasada me pareció que la temperatura del vagón era de lo más agradable. ¡Casi puedo ver el aliento que sale de mi boca al hablar!

—Deja de quejarte —le contestó Alexander con una leve sonrisa—. Estoy seguro de que entrarás en calor cuando bajes del tren, Robert. O mejor dicho cuando te apartes de mí.

—Cualquiera que te oyera ahora mismo pensaría que eres la persona más amargada del mundo. Suerte que los que te hemos conocido en momentos mejores estamos dispuestos a desmentirlo.

El amigo de Alexander era de edad aproximada a la suya, aunque mucho más bajo y rechoncho, con una cara de luna llena en la que relucían dos grandes ojos grises. Hacía muchos años que se conocían, aunque su encuentro en Londres había sido completamente fortuito. Johnson estaba pasando unos días en la capital para resolver algunas cuestiones relacionadas con las obras que quería llevar a cabo en el orfanato de Reading del que era director. Alexander y él habían coincidido en la librería Hatchards y después de estar hablando cerca de una hora decidieron ir a cenar juntos. Fue entonces cuando Johnson se enteró de que su amigo había viajado a Londres para dar una charla en la sede de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas acerca de unas máquinas que había patentado recientemente y gracias a las cuales, maravilla de maravillas, podía detectarse la presencia de ectoplasmas. Lo que su amigo le contó al respecto le causó tanta conmoción que decidió prolongar su estancia unos días más para asistir a la conferencia de Alexander. Ahora, tras comprobar cómo una de las revistas espiritistas más importantes del Imperio británico se hacía eco de la fascinación que él mismo había sentido, le costaba contener su alegría y el orgullo de tener por amigo a un estudioso de tanto renombre. Cuando el tren abandonó poco a poco la estación de Slough, en la que se había detenido durante unos minutos, se inclinó hacia delante para decirle en voz más baja:

—¿Puedo preguntarte qué será lo siguiente que ofrecerás al mundo? ¿En qué está trabajando ahora mismo el famoso profesor Quills? ¿Algún artilugio parecido, algún...?

Alexander volvió a sonreír.

—Me temo que eso aún no puedo decírtelo. Ningún científico daría a conocer los resultados de un experimento antes de estar seguro de que podrá llegar a buen término.

—Vamos, ni que se lo fuera a contar a todo Reading... Solo me gustaría que me adelantaras algo. Como comprenderás, no deja de ser un motivo de satisfacción para los antiguos muchachos que estudiaron contigo en el Magdalen College hace tantos

años.

Su respuesta fue vaga:

—Lo cierto es que estoy trabajando en algo ahora mismo..., pero por el momento se encuentra en su fase embrionaria. Se trata de un proyecto mucho más ambicioso que los detectores de ectoplasmas, un aparato que tardaré muchos meses en perfeccionar, puede que incluso años. Aunque tampoco es que me preocupe tener que dedicar tanto tiempo a una investigación de este tipo. En el fondo no tengo otra cosa que hacer...

—Deberías tratar de recuperar tu antigua plaza en el Magdalen College —le aconsejó Johnson—. No creo que estas investigaciones se opongan diametralmente a tus lecciones magistrales sobre Física Energética. Y estoy seguro de que los alumnos te echan de menos más de lo que crees.

—Sabes tan bien como yo que mientras John Claypole sea rector del Magdalen no me van a permitir poner de nuevo un pie en esa institución —fue la cortante respuesta de Alexander, que de repente había dejado de sonreír.

Johnson se dio cuenta en ese momento de que su amigo jugueteaba de manera inconsciente con un anillo de oro que llevaba en la mano derecha. Los nubarrones que recorrían el cielo habían vuelto a encontrar eco en su rostro, y el hombre no se atrevió a decir nada más. Finalmente fue el profesor quien rompió aquel silencio.

—¿Cómo se encuentra tu esposa? Me imagino que estará deseando tenerte de vuelta al pie del cañón. No debe de ser fácil mantener a raya a dos docenas de niños revoltosos.

—Claro que no lo es, pero Mary Jane está más que acostumbrada. —Johnson esbozó una sonrisa cómplice—. Bien mirado, a veces me da la sensación de que es ella quien lleva los pantalones, tanto en casa como en el orfanato. Nuestros chicos la respetan más de lo que me respetarán nunca a mí. Sabe bien cómo meterlos en cintura.

Alexander apostaba a que sí. Cualquiera se atrevía a plantar cara a aquella dama tan temperamental con proporciones de ballena, que era capaz de pasar de la dulzura a la cólera en un momento pese a tener un corazón de oro.

—¿Y tu Charlotte? —siguió preguntando—. ¿Qué me cuentas de ella? ¿Cómo está?

—Enorme. —Johnson dejó escapar una risotada—. Tendrías que verla, Alexander. En unos meses será más alta que su madre. Es increíble cómo pasa el tiempo sin que uno se dé cuenta; parece que fue ayer cuando la subía en el columpio que tenemos en el jardín.

—Deberás tener cuidado a partir de ahora. Cualquier día comenzarán a rondarla...

Realmente parecía haber dado con un buen tema de conversación porque Johnson siguió hablando con devoción de las dos mujeres de su vida durante la siguiente media hora. Cuando el tren aminoró la marcha y entró en la estación de Reading, se

había hecho prácticamente de noche. Su amigo se levantó con esfuerzo del asiento, dobló el ejemplar del *Light* y se lo colocó bajo el brazo.

—Bien, ¡por fin en casa! Más vale que vaya a recoger mis baúles antes de que los demás viajeros armen barullo. Aunque te prometo —añadió en tono más jocos— que no tocaré tus maravillosas máquinas para tratar de saciar mi curiosidad.

—Van empaquetadas entre tantos algodones que te aburrirías antes de llegar a ellas.

El profesor le alargó una mano, y Johnson se la estrechó afablemente.

—Saluda de mi parte a Oliver cuando lo veas. Dile que venga a pasar unos días con nosotros en cuanto empiece la primavera. Nuestro orfanato no deja de ser la primera casa que tuvo, aunque hayan pasado siete años desde que se marchó de allí.

—Lo haré —prometió Alexander con una sonrisa—. Y sé que le encantará complacerte.

—Cuando nos visitó el verano pasado les contó a los chicos unas historias de terror que les entusiasmaron y casi no pegaron ojo durante una semana —comentó Robert sacudiendo la cabeza como si aún le costara creer que un muchacho que se había criado bajo su techo pudiera haber desarrollado semejante pasión por la literatura gótica—. Todo un personaje, Oliver.

El pasillo se había llenado de personas ansiosas por alcanzar el compartimento de los equipajes. Johnson abrió la puerta con ganas de unirse a ellos, aunque antes de salir se volvió una última vez hacia Alexander para decirle en voz baja:

—La invitación a Oliver se hace extensiva a ti, y no solamente porque sepa que eres su mejor amigo. Creo sinceramente que has estado solo durante demasiado tiempo. No puede ser sano dar tantas vueltas a un asunto, sin más compañía que la de uno mismo...

—Te lo agradezco, Robert. Pero como ya te he dicho tengo mucho que investigar.

—Insisto —dijo su amigo, al parecer incapaz de aceptar un «no» por respuesta—. Más te vale hacerme caso o tendrá que ser Mary Jane quien viaje hasta Oxford para buscarte.

El hombre desapareció en medio de la muchedumbre, abriéndose camino como podía entre los hombres y las mujeres que hablaban a voz en grito detrás de la puerta corredera. Al cabo de unos minutos Alexander lo vio bajar al andén. Johnson se volvió una vez más hacia el vagón, y saludó con su ancha mano abierta antes de dirigirse al exterior, donde cogería un coche de alquiler para llegar hasta el orfanato situado a las afueras de Reading.

Casi de inmediato el tren se puso de nuevo en movimiento. Alexander apartó los ojos de la silueta de Johnson y se recostó en el asiento, aprovechando que no había nadie sentado frente a él para estirar las piernas. «Tengo que admitir que me hubiera gustado tener conmigo a Oliver en este viaje. Y también a Lionel, aunque estoy seguro de que se las habría ingeniado para escandalizar al pobre Johnson cada vez que abriera la boca», pensó con un asomo de ironía.

Faltaba poco para llegar a Oxford, pero aquel rato se le haría eterno. Su compañero de viaje se equivocaba al decirle que había estado solo durante demasiado tiempo. El gran problema de Alexander Quills era que nunca conseguía estar solo... pese a lo que pudieran pensar la mayoría de las personas con las que se cruzaba cada día en su ciudad.

## 2

A miles de kilómetros hacia el este, cientos de reinas y princesas del Antiguo Egipto dormían arrulladas por la arena del desierto.

La luna que se elevaba aquella noche sobre el Valle de las Reinas cubría de plata unas dunas que aún conservaban parte del calor absorbido durante el día, a pesar del frío que traían consigo las tinieblas. Tres egipcios cuchicheaban acurrucados a unos cien metros de distancia de la más reciente de las excavaciones que se había emprendido en el valle. Se trataba de tres *fellah*, obreros que trabajaban a destajo apartando tierra para los arqueólogos occidentales y que por la noche hacían turnos para asegurarse de que ninguna persona ajena a la excavación se acercara a la sepultura. Se habían echado unas mantas raídas por encima de las galabiyas blancas, y hablaban sin desviar los ojos de la luz encendida ante la puerta de la tumba como si se tratara de esfinges de carne y hueso.

Había pasado ya la medianoche cuando a uno de ellos le llamó la atención un movimiento sobre la duna más cercana, una pequeña cascada de arena que resbalaba por la pendiente. El muchacho se apresuró a ponerse en pie y los demás le imitaron. Alguien se aproximaba procedente del río, azuzando al camello en el que iba montado con un *Yalla! Yalla!* que dejaba traslucir cierta impaciencia. No tuvieron que esperar más que unos segundos para reconocer la poderosa silueta masculina que se fue perfilando poco a poco en la cumbre de la duna. Los tres egipcios sabían perfectamente quién era por haber trabajado a sus órdenes durante casi un mes. Aquel hombre se llamaba Lionel Lennox, y era uno de los arqueólogos ingleses que el conde de Newberry, el caballero que corría con los gastos de la excavación, le había recomendado a Theodore M. Davis, el director de la misma.

Aunque no era egipcio, tenía los ojos casi tan negros como ellos, al igual que el espeso cabello cubierto por un sombrero de ala ancha. Debía de rondar los veintisiete años y era de complexión vigorosa, con unos labios carnosos y sensuales que resultaban algo extravagantes en un país como Inglaterra, donde había pasado buena parte de su vida. En aquel momento los apretaba en una mueca de mal humor, evidentemente contrariado por la presencia de los *fellah*. No había contado con que hubiera tanta gente en el Valle de las Reinas. «Esto va a ser una auténtica fiesta —se dijo resignadamente mientras detenía al camello al lado de los guardas—. Justo cuando necesito que no haya ojos cerca de mí...»

—*Masa el khayr*, buenas noches —saludó al muchacho. Dejó en sus manos las riendas mientras desmontaba del animal con un suspiro de alivio. Nunca se acostumbraría a aquellos zarandeos—. ¿Hay gente montando guardia ante la sepultura?

—*Aiwa, mudir*. Los mismos de siempre, señor —le respondió en voz baja el joven.

Lionel asintió con la cabeza. Se pasó las manos por las perneras del pantalón para

limpiarse la arena que se le había adherido durante el trayecto, volviéndose hacia la luz que se distinguía a cien metros de distancia. Si eran los mismos de siempre la cosa resultaría mucho más sencilla. Lo único que hacía falta era que su historia les pareciera convincente, algo que no le preocupaba demasiado. Años de campañas amorosas le habían ayudado a desarrollar un considerable talento para la improvisación. Nada iba a salir mal aquella noche.

—No os mováis —les dijo a los guardas al cabo de unos instantes—. Dentro de un rato volveré para recoger mi camello. Debo ultimar algunos preparativos dentro de la tumba.

—Como quiera, *mudir*. Estaremos toda la noche de guardia en este mismo puesto.

Perfecto. Tampoco habría problemas por aquel lado; el temor supersticioso que los egipcios sentían por cualquier cosa relacionada con sus momias reales no les permitiría dar un paso más en la dirección que tomaría Lionel dentro de unos instantes.

Avanzó con deliberada calma hacia aquella luz que relucía como un faro sobre las dunas plateadas, detrás de los barrotes que Davis, el director de la excavación, había hecho colocar dos días antes a la entrada de la sepultura. Cuatro habitaciones repletas de ajuares funerarios y el cadáver de una princesa legendaria depositado dentro de unos sarcófagos recubiertos de láminas de oro debían de suponer una tentación para los saqueadores.

El joven se pasó una mano por la áspera barba de varios días mientras trataba de componer una expresión más relajada, saludando después con una sonrisa a los soldados que el director había puesto de guardia por si la presencia de los *fellah* no bastaba para alejar a ladronzuelos sin escrúpulos. Tres muchachos ingleses de pura cepa, ninguno mayor que Lionel, acurrucados alrededor de una pequeña lámpara de gas y de una rudimentaria cafetera de la que se escapaba el seductor aroma dulzón del *ahwa mazboot* recién hecho.

—Buenas noches, chicos —les saludó—. ¡Hace un frío de mil demonios!

—Y que lo diga, señor Lennox. Sabíamos que el desierto no tiene clemencia cuando se pone el sol, pero esto empieza a ser demasiado —corroboró uno de los soldados, tratando de arrebujarse más dentro de su manta y aferrando su taza de café—. ¿Le apetece un poco?

—Gracias, Davidson, pero no me lo puedo permitir. Tengo muchas cosas que hacer.

—¿Va a trabajar en plena noche? —se sorprendió otro de los jóvenes—. ¿A estas horas?

—Me temo que no tengo más remedio —rezongó Lionel—. Me envía el propio Davis después de darse cuenta de que esta tarde nos hemos dejado unas herramientas en la cámara del sarcófago. Y como mañana por la mañana llegarán las primeras autoridades que han solicitado asistir al descubrimiento, no podemos permitirnos dar una mala imagen. Sobre todo teniendo a Schiaparelli y los tipos de la Missione

Archeologica Italiana merodeando todo el tiempo por aquí, tratando de descubrir lo que nos traemos entre manos antes de que aparezca publicado en los periódicos. Hay demasiado en juego.

—Me imagino que además de los del *Times* acudirán miembros del Servicio de Antigüedades —adivinó Davidson, el más avisado—. Y puede que gente del alto mando.

—Un puñado de políticos a los que les debe traer sin cuidado la arqueología, pero que considerarían una afrenta no ser invitados —coincidió Lionel—. Davis me ha contado hace unas horas que lo más probable es que acuda el gobernador de la zona en persona.

El joven dejó escapar un silbido, enarcando las cejas sobre sus grandes ojos claros.

—Entonces no hará falta preguntarle cómo está. Hecho un manojo de nervios, me imagino. ¡Al amanecer esto se habrá convertido en un hervidero de periodistas!

—Razón de más para que nos aseguremos de que hemos dejado las cosas en orden.

Los soldados asintieron, comprensivos. Davis no había tenido más remedio que permitir que acudiera a la sepultura cuando se lo pidió. «No pienso causar una mala impresión», le había dicho. «Avisé a los soldados de que no dejen entrar a nadie más mientras recoge todo lo que hayamos olvidado. Y que sea la última vez que pasa algo así.» Lionel se había limitado a agachar la cabeza ante su superior. Sería la última vez que lo haría dado que, si todo salía como había previsto, en tres días estaría a bordo de un barco que lo conduciría del puerto de Alejandría al de Londres.

—Quédese un poco cuando acabe si no está cansado, señor Lennox —pidió Davidson.

—Sí, nos encanta escuchar sus historias. Hace que los demás arqueólogos parezcan tan tiosos como sus momias. Aún no ha acabado de contarnos la de la condesa recién casada...

Lionel no pudo contener la risa. Pobres muchachos, casi se avergonzaba de lo que se disponía a hacer a sus espaldas. Menos mal que con algo de suerte nadie se daría cuenta.

—Lo haré —prometió con su mejor sonrisa—. Pero lo mejor será que me ponga manos a la obra cuanto antes. ¿No tendréis por ahí alguna lámpara de repuesto para prestarme?

Uno de los soldados se incorporó para rebuscar en una de las bolsas de cuero que habían apoyado contra la reja. No tardó en dar con un pequeño candil, el mismo modelo que usaban ellos. Lo acercó a la otra lámpara para que prendiera y se lo alargó a Lionel.

—Buena suerte ahí dentro —le dijo después—. ¡Y tenga cuidado con las maldiciones!

Lionel se llevó una mano a la frente en un remedo de saludo militar. El viento del

desierto soplaba con más fuerza que nunca cuando se adentró poco a poco en el sombrío corredor, caminando con la lámpara alzada para reconocer cada uno de los minúsculos accidentes del terreno. A sus espaldas seguía oyéndose el rumor de las voces de los soldados, pero no por mucho tiempo; tras doblar la primera esquina a la derecha el silencio imperó, como si las paredes construidas miles de años antes se negaran a devolver el eco de unas palabras que sin duda debían de considerar un sacrilegio.

Lionel se detuvo en seco, respirando hondo durante unos segundos. Estaba completamente solo. El aroma a cerrado aún no se había desvanecido pese a que habían pasado dos semanas desde que despejaron el paso a la sepultura. «Es el olor que deja la muerte a sus espaldas», reflexionó mientras reanudaba sus pasos en la penumbra. «Un olor que no tiene nada que ver con la descomposición. ¡Será mejor ponerse en marcha!»

Meresamenti, ese era el nombre que se repetía una y otra vez sobre las paredes de la sepultura. La princesa Meresamenti, la hija más famosa de Neferjeperura Amenhotep, más conocido como Akenatón, el faraón hereje, el maldito, el que había querido relegar al olvido durante su reinado al antiguo dios Amón sustituyéndolo por su propia deidad.

La historia de Akenatón había hecho correr ríos de tinta, y a la de su querida hija le había sucedido lo mismo. De Meresamenti se sabían seguramente más cosas que de las demás princesas que habían nacido en la tierra de Kemet juntas, aunque hasta entonces no se hubiera podido dar con su sepultura. Y no porque los arqueólogos no se esforzaran por conseguirlo desde el mismo momento en que comenzaron a realizarse excavaciones dentro de la necrópolis tebana. Para cualquier aficionado a la egiptología se trataba poco menos que de un personaje de leyenda. Decían las crónicas de Amarna que su rostro era como un engañoso espejismo del desierto, que su sonrisa hacía pensar en la sangre supurada de una herida mortal. Y realmente había sido una maldición para todos sus amantes, pues la pasión que habían sentido por aquella princesa los había llevado a matar y morir. Su mismo nombre parecía capturar la esencia de esa mujer. La Amada del Infierno, la hembra capaz de conducir a los hombres a la perdición.

La titilante llama de la lámpara parecía insuflar vida propia a las pinturas que cubrían los muros de la tumba. En una de ellas, tan impresionante que Lionel no pudo evitar detenerse unos instantes para admirarla, estaba representada Meresamenti, sentada y contemplándose en un espejo que sostenía en la mano derecha. El joven tuvo que levantar un poco la lámpara para apreciar la riqueza de una pintura que Davis había considerado «la mayor joya de la tumba». Como le sucedía cada vez que la observaba, no pudo evitar que una descarga de sensualidad le recorriera todo el cuerpo. Sus ojos oscuros se perdieron en las curvas que se insinuaban entre los pliegues de lino de color negro, una tonalidad muy poco habitual en las pinturas funerarias, y que a ella sin embargo parecía irle como anillo al dedo. Bajo un pesado

collar de oro con cuentas de vidrio asomaban sus pechos desnudos, y sobre sus cabellos resplandecía una diadema adornada con plumas de buitre. «Una auténtica lástima no haberla conocido —pensó Lionel con malicia sin dejar de observar sus senos—. Creo que he nacido en el siglo equivocado.»

Algo agitó de repente la llama del candil. Lionel se volvió en la dirección en la que sabía que se encontraba el sarcófago. La misma corriente de aire gélido, surgida de las profundidades de la tumba, rozó un mechón de su cabello. El joven chasqueó la lengua con desdén.

—Vamos, no te andes con remilgos a estas alturas —dijo en voz baja, mientras reanudaba sus pasos con la lámpara firmemente asida en la mano—. Si lo que se dice de ti en las leyendas es cierto, no creo que haya existido un solo hombre en Egipto capaz de escandalizarte...

Lionel ya había supuesto que Meresamenti se encontraría encerrada en su tumba, y no solamente como una momia colocada dentro de cuatro sarcófagos recubiertos de gruesas láminas de oro. No necesitaba las máquinas del profesor Quills para comprender que había un alma en pena rondando por aquel lugar.

«Y me pregunto qué haría Alexander si se encontrara en mi situación», pensó. Requebrar a una princesa muerta no, desde luego; lo más probable sería que le echase en cara a él su absoluta falta de respeto hacia lo sagrado. Siempre lo hacía.

Dobló una segunda esquina, bajó por un nuevo tramo de escaleras y cuando quiso darse cuenta se encontraba en la cámara funeraria. Allí yacía Meresamenti, envuelta en sus apretadas vendas y protegida por cientos de amuletos escondidos en cada pliegue. Los almendrados ojos de obsidiana incrustados en la tapa del sarcófago parecieron sonreír con refinada maldad cuando Lionel pasó por su lado, dedicándole apenas una mirada de desconfianza. A diferencia de lo que cualquier erudito pudiera pensar, lo más interesante que había en aquella cámara no era la momia de la princesa, ni las incontables piezas de su magnífico ajuar. Muy al contrario, Lionel se detuvo delante de la pared más alejada de la puerta, en la que una minuciosa representación del Juicio de Osiris presidía la composición pictórica. Aquello era lo que estaba buscando.

El joven volvió a levantar la lámpara para que derramara su luz sobre hileras y más hileras de complicados jeroglíficos que carecían de cualquier sentido a sus ojos. «Puede que en el fondo Davis tenga razón; no me vendría mal aprender a descifrar este lenguaje —tuvo que reconocer a regañadientes—. Aunque ese es el campo de Oliver, no el mío; ese muchacho habla más idiomas de los que sus amigos podríamos aprender en todos nuestros años de vida juntos. De todas maneras no necesito descifrar ninguno de los signos de *El Libro de los Muertos* para encontrar lo que me han encargado.» Sus pupilas recorrieron la pared una y otra vez, escrutando la superficie de un blanco amarillento hasta que se detuvieron en un símbolo situado en la parte inferior del muro, a la altura de sus pies. Le costó ahogar una sonrisa de triunfo.

A simple vista parecía un instrumento de cuerda dotado de un mango más largo de lo normal, pero Lionel sabía que era mucho más que eso. Era la manera que tenían los egipcios de representar la esencia del ser humano, las entrañas de un cuerpo, un óvalo en la parte baja alusivo al corazón con una línea vertical que trataba de emular una tráquea.

Se leía como *nefer*, y *nefer* significaba «belleza». Un concepto que a la princesa Meresamenti debía de haberle parecido, en su modesta opinión, de lo más adecuado para referirse a su cuerpo. Tanto que según una crónica que no conocía más que un puñado de personas, y que le había sido transmitida a Lionel con la mayor confidencialidad, había ordenado a sus criados que ocultaran bajo aquel símbolo su posesión más preciada.

Ninguno de los arqueólogos de la campaña de Theodore M. Davis daba crédito a esos rumores, ni sospechaba que un jeroglífico de la tumba de Meresamenti escondiera un tesoro. Y por supuesto, así seguiría siendo después de que Lionel se hiciera con él. Al posar las manos en la pared de la cámara funeraria, procurando que no se desprendieran restos de pintura, no animaba su mirada el resplandor febril de los científicos ante un nuevo hallazgo, sino la luz de la codicia.

—Lo siento, preciosa. Lo siento de corazón. —Se puso de rodillas, colocando con el mayor cuidado la lámpara a su lado, y se abrió la chaqueta para sacar las herramientas que supuestamente había olvidado en la tumba y que en realidad traía consigo—. Es una pena que las cosas tengan que ser así —siguió diciendo—. No es nada personal, ya lo sabes.

Extendió una pequeña manta en el suelo, al pie de la pared, y escogió un escoplo y un mazo entre sus útiles. Sabía que tenía que ser silencioso además de rápido. Contuvo la respiración por un momento antes de descargar el primer golpe sobre el revestimiento de estuco. Pequeñas lascas blancas se desprendieron de la pared, seguidas por otras, cada vez de mayor tamaño. Lionel no pudo contener una gran sonrisa al darse cuenta de que no se había equivocado: la humedad que había estropeado algunas de las pinturas también había reblandecido las paredes, haciendo mucho más sencilla su tarea. En unos minutos el joven había abierto un agujero lo bastante grande para poder deslizar la mano en su interior. Cuando por fin lo hizo, se dio cuenta de que sus dedos tropezaban con algo.

—Aquí estás... —murmuró Lionel. Tuvo que ponerse de bruces para poder alcanzar un ángulo más adecuado, respirando hondo para tratar de tranquilizarse. Luego agarró un extremo de lo que parecía un bulto envuelto en piezas de lino para sacarlo lentamente de su escondite. No pudo evitar mirar por encima de su hombro, pero nadie había acudido alertado por los ruidos del mazo. Estaba a solas con su descubrimiento... y con Meresamenti.

Cuando por fin pudo sostenerlo entre sus manos, recordó por qué Alexander Quills le parecía el más inteligente de sus amigos. Allí estaba, justo donde el profesor había sugerido que podrían haberlo escondido, en el rincón más profundo de una

tumba olvidada, esperando durante más de tres mil años a que alguien lo sacara de nuevo a la luz. El espejo que le había concedido a la princesa Meresamenti su hipnótica hermosura, el que según la leyenda siempre llevaba consigo. El que sostenía en la mano en aquella pintura que tanto había atraído la atención de los arqueólogos, incapaces de adivinar que pudiera haber algo cierto en las historias que le atribuían todo su poder.

Debía de medir unos veinte centímetros de largo, y a juzgar por el ruido que hacía al moverlo, se encontraba dentro de una caja de madera envuelta en capas y más capas de lino para impedir su deterioro. Lionel no tenía tiempo para contemplarlo con sus propios ojos. Ya lo miraría a gusto cuando lo llevara consigo a Inglaterra unos días más tarde. Sonriendo al pensar en la cara que pondrían Alexander y Oliver cuando por fin vieran el espejo, lo colocó con el mayor cuidado a su lado para proceder a tapar el agujero practicado en el muro con un poco de yeso. Todo había salido según su plan.

—Y de todas formas, no creo que lo necesites ahora mismo —siguió diciéndole al furibundo espíritu que estaba seguro de que seguía dando vueltas de un lado a otro de la cámara—. Ya has pasado a la historia como la mujer más hermosa que ha existido. ¿Qué más puedes pedir?

Al salir le costó adoptar la misma expresión relajada con la que había entrado en la tumba, pero no quería que los soldados se percataran de lo que había ocurrido minutos antes en su interior. Se aclaró la garganta mientras se dirigía a la entrada del sepulcro llevando la caja envuelta en lino dentro de su chaqueta. Al poner por fin un pie en el exterior anunció con desenfado:

—Bueno, me he entretenido más de lo que pensaba, pero me las he apañado para que todo quede inmaculado para mañana. Creo que ni siquiera Davis podrá poner un...

Iba a decir «reparo» pero la voz se le perdió en la garganta. Su pie acababa de chocar contra algo blando colocado delante de la abertura. Lionel dudó unos segundos antes de bajar un poco la lámpara que sostenía en alto. Cuando lo hizo no pudo acallar un grito.

El joven Davidson yacía boca abajo con una herida sangrante en la nuca. Parecía encontrarse aún con vida; de sus labios se escapaba un gemido tan quedo que costaba escucharlo. Sus dos compañeros habían sufrido la misma suerte, y permanecían medio recostados contra los barrotes de la entrada, la cabeza de uno reclinada en el hombro del otro. Lionel dejó escapar una maldición entre dientes. Se disponía a agacharse para tratar de auxiliar a Davidson cuando su sexto sentido le avisó de que alguien se acercaba a sus espaldas, así que se apresuró a darse la vuelta, soltando la lámpara sobre la arena.

Se quedó sin palabras al comprender que habían sido objeto de una emboscada. El muchacho al que había dejado encargado de cuidar de su camello le dirigió una mirada feroz, retrocediendo en el acto para ponerse lejos de su alcance. Sostenía una

cuerda en sus manos morenas. Solo entonces reparó en que los soldados ingleses habían sido maniatados.

—¿Qué demonios significa esto? —profirió Lionel. La voz le temblaba un poco, más por la rabia que por el miedo a lo que pudiera pasar—. ¿Qué estabais tramando? ¿Ahora resulta que también trabajáis para otros?

—Me da la impresión de que ellos no son los únicos, Lennox. Ni muchísimo menos.

Lionel se volvió en el acto hacia el lugar del que procedía aquella voz, momento que aprovechó el *fellah* para agarrarle las muñecas. De nada sirvió que se revolviera entre sus brazos; cuando quiso darse cuenta los otros dos egipcios habían irrumpido en el charco de luz proyectado por las lámparas de gas delante de la sepultura para arrastrarle hacia el exterior. Lo empujaron hasta que cayó de rodillas sobre la arena, delante de un caballo oscuro que se había acercado poco a poco a Lionel. Al levantar la mirada se encontró con una figura ataviada de negro de los pies a la cabeza que le inspeccionaba desde lo alto de la montura. Iba envuelta en un caftán de los que solían emplear los hombres del desierto, y un pañuelo siroquero le tapaba casi por completo el rostro. Lo único que podía distinguir entre sus pliegues eran unos ojos del color de la noche clavados en los suyos.

No habría hecho falta que los *fellah* siguieran inmovilizándole los brazos detrás de la espalda. Lionel no habría sido capaz de moverse por mucho que lo hubiera intentado; la visión de aquel par de ojos almendrados lo había dejado reducido a la inmovilidad más absoluta por motivos que no conocía nadie más que él. La figura negra obligó a su caballo a detenerse tan cerca que el cálido aliento del animal le hizo torcer el gesto. Los pliegues del pañuelo se estremecieron por unos instantes; era evidente que se reía de él.

—No sabe cuánto lamento que tengamos que encontrarnos en unas circunstancias tan peculiares —le dijo con la mayor calma del mundo. Tenía un tono de voz curiosamente ronco, como el de alguien cuyas cuerdas vocales hubieran sido lastimadas—. Pero no me quedaba más remedio que esperar de brazos cruzados a que hiciera su parte del trabajo. Le felicito, amigo mío; doy por hecho que ha sido un éxito.

—Me temo que no tengo la menor idea de lo que está diciendo —le espetó Lionel, aparentando frialdad—. Lo único que estaba haciendo dentro de la tumba era recoger algunas...

—Algunas herramientas que había dejado olvidadas. Sí, eso es lo que les dijo a estos incautos. Es una pena que le aprecien tanto como para creer todo lo que les cuenta. Las paredes tienen oídos, incluso las que están decoradas con pinturas de miles de años de antigüedad. Sé lo que ha hecho ahí dentro.

—Entonces es que las piedras hablan, además de oír. ¿Qué rayos quiere?

Aquellos mismos ojos se estrecharon hasta quedar reducidos a dos rendijas negras.

—Ya sabe qué quiero, Lennox. Lo mismo que usted. Lo que le trajo a este lugar.

—¿El encanto milenario de la necrópolis tebana? —le contestó Lionel con ironía—. Si es así supongo que está de suerte. No tiene más que mirar a su alrededor para captar el...

Se mordió los labios cuando a una señal del jinete uno de los *fellah* le asestó un golpe en la nuca. Tuvo que limitarse a mirar de nuevo sus rodillas hundidas en la arena.

—No trate de jugar conmigo —le advirtió la silueta negra. Esta vez su tono de voz resultó más quedo, aunque igual de ronco—. Sé perfectamente lo que acaba de hacer dentro de la tumba de Meresamenti. No es tan estúpido como a menudo le gusta aparentar, Lennox. Ha esperado pacientemente hasta que Davis y sus hombres estuvieran totalmente embriagados por sus descubrimientos para sustraer la posesión más importante de Meresamenti. Y me trae sin cuidado quién haya podido hacerle este encargo, ni lo que le hayan ofrecido a cambio de llevarlo a Inglaterra. Yo también estoy aquí para reclamarlo como mío, y me temo que nada de lo que pueda hacer conseguirá que me vaya con las manos vacías.

Inmovilizado por los *fellah*, Lionel no pudo impedir que le abrieran la chaqueta y rebuscaran en su interior hasta dar con el bulto. Los ojos del jinete del desierto se encendieron como dos carbones al rojo vivo cuando se lo entregaron. Mientras el joven se revolvía inútilmente entre los brazos de sus sicarios, una mano enguantada retiró uno a uno los pedazos de lino descolorido para acabar revelando una caja de madera destinada a albergar la más preciada reliquia de Meresamenti. Tenía la forma de una cruz ansada recubierta de láminas de oro, exactamente igual que sus sarcófagos.

Cuando la mano abrió con cuidado la tapa, Lionel se sorprendió a sí mismo conteniendo la respiración. Algo relució de repente ante la luz de las lámparas de gas: un delgado disco de bronce que parecía atraer toda la claridad del lugar. La figurilla de la diosa Neftis que constituía el mango, con las grandes alas curvadas hacia arriba para adaptarse a la forma del espejo, resplandecía como si acabara de salir del taller en que había sido creada aquella magnífica pieza. Nada indicaba que hubieran transcurrido tres mil años desde el día en que la hicieron desaparecer tras la pared de la cámara funeraria de Meresamenti.

—Por fin... —susurró la voz ronca. A Lionel le pareció percibir un temblor reverencial en sus dedos cuando se curvaron alrededor del mango. Una dolorosa punzada de envidia atravesó su pecho; al final no había conseguido ser la primera persona que lo tocara tras sacarlo de nuevo a la luz—. Por fin estás aquí —siguió—. Tan hermoso como te describían en las leyendas. Y tan real como solo unos pocos sabíamos que eras.

Momentos después la caja de madera cayó en las manos del *fellah* que se la acababa de tender y la silueta misteriosa se guardó el espejo entre los pliegues del caftán.

—Ha sido muy amable por su parte, enormemente amable, señor Lennox. Se me ha ocurrido que tal vez le apetecería quedarse con la caja como premio de consolación. Podría servirle como una prueba de que realmente el espejo se encontraba dentro de la tumba, y además —añadió mientras alargaba un brazo como si quisiera abarcar toda la panorámica del Valle de las Reinas—, ninguna persona inteligente la dejaría tirada de cualquier manera por aquí. Le obligaría a dar una serie de explicaciones de lo más engorrosas a Davis sobre los motivos por los que no aparece en ningún inventario.

Los dos egipcios que sujetaban los brazos de Lionel le soltaron en el acto. Por fin pudo estirar los dedos, tratando de desentumecerlos con un gruñido mientras el misterioso jinete hacía una señal a los *fellah* para que desaparecieran cuanto antes en la noche después de dejar caer la caja sobre la arena. Pero Lionel no estaba dispuesto a quedarse de brazos cruzados; había llegado demasiado lejos para permitir que alguien le arrebatara su premio. Cuando la silueta hizo girar a su montura deslizó sigilosamente una mano hacia su bota derecha para sacar una pequeña pistola que solía llevar escondida dentro de la caña. La aferró con fuerza mientras la alzaba hacia el jinete, preguntándose por un momento qué demonios acabaría haciendo con su cuerpo si conseguía abatirle...

Ni siquiera le dio tiempo a encontrarse en aquella tesitura. El jinete debió de captar aquel movimiento con el rabillo del ojo, porque antes de que pudiera apretar el gatillo se volvió sobre su caballo para apuntarle con su propia pistola. El disparo se oyó en todo el valle, creando ecos extraños en las colinas que lo rodeaban, y el grito que dejó escapar Lionel cuando la bala impactó contra su hombro alarmó tanto al caballo de su atacante que lo hizo encabritarse sobre las patas traseras y soltar un prolongado relincho.

Tambaleándose, el joven cayó de espaldas contra los barrotes de la reja, llevándose una mano al hombro. Los dedos que apretaba contra la camisa no tardaron en teñirse de sangre. La bala se había incrustado a la derecha de su clavícula y aquel dolor que se extendía cada vez más por su cuerpo casi le hacía jadear, perplejo y sobrecogido.

Con los ojos abiertos de par en par, se quedó contemplando cómo la negra figura le devolvía la mirada, aún con la pistola humeante en la mano, antes de guardarla de nuevo.

—Muy poco prudente por su parte —le susurró—. Por su propia seguridad, Lennox, le recomiendo que no vuelva a hacer nada parecido en nuestro siguiente encuentro. La próxima vez que nos veamos no tendré tan mala puntería. Y no es una amenaza. Es una simple predicción.

Apretó con fuerza los talones contra los flancos de su caballo para que se diera la vuelta y en cuestión de unos segundos había desaparecido junto a los *fellah*. Se habían llevado consigo el camello en el que Lionel había ido al Valle de las Reinas, aunque ni siquiera reparó en ello. Gimiendo por el dolor, el joven se dejó caer poco a

poco sobre la arena, reclinando la cabeza contra los barrotes y mordiéndose los labios con tanta rabia que casi le sangraban.

Oyó cómo los soldados ingleses se revolvían a sus espaldas, pero no se volvió para comprobar si los tres seguían vivos. Su camisa se estaba convirtiendo en una gran mancha de sangre que no tardó en extenderse por la chaqueta. Aquella no era la primera vez que le herían en una refriega, y sabía que no era probable que muriera por un disparo en el hombro. Ninguna de esas cuestiones le angustiaba tanto como saber que un miserable se marchaba rumbo al horizonte con lo que él había encontrado en la tumba. No pudo ahogar una maldición, apretando con fuerza los párpados. El espejo de Meresamenti había desaparecido. Nadie lo volvería a admirar; sería como si Lionel no hubiera dado con su escondrijo. Casi pudo oír cómo la suave brisa que arrancaba olas de arena a las dunas del desierto traía a sus oídos el rumor de una risa silenciosa. Alguien se carcajeaba de lo que acababa de ocurrir.

«Ya has pasado a la historia como un inútil —parecían susurrar los labios invisibles y muy cercanos de Meresamenti—. ¿Qué más puedes pedir?»

### 3

Muy lejos de las riberas del Nilo, en el corazón del Balliol College de Oxford, un joven licenciado llamado Oliver Saunders se desesperaba delante de unos diccionarios de latín amontonados sobre la mesa de su dormitorio. En aquel momento los proverbios romanos le parecían una cuestión mucho más preocupante que un disparo en el hombro.

Llevaba más de cuatro horas sentado en aquella misma postura, lo que empezaba a dejarse sentir en sus cervicales. Los dedos de su mano izquierda jugueteaban de manera inconsciente con los mechones oscuros que le caían por encima del hombro, recogidos en una coleta tan larga que rozaba la superficie de la mesa. Con la otra mano sostenía un lapicero con el que daba golpecitos encima del papel. *Labor omnia vincit improbus...* «Un trabajo ímprobo todo lo vence.» Seguramente los romanos tuviesen razón, pero aquella frase no le hacía sentirse menos cansado. Le faltaba poco para cabecear de aburrimiento.

Recientemente la Sociedad Filológica de Gran Bretaña se había puesto en contacto con la Universidad de Oxford para establecer negociaciones acerca de un *Diccionario de proverbios latinos* que vería la luz un par de años más tarde. La universidad había aceptado colaborar en tan ambiciosa empresa, incorporando a aquel proyecto a los antiguos alumnos que hubieran conseguido las calificaciones más altas en su especialidad. A Oliver le había correspondido hacerse cargo de los proverbios de la F a la M, aunque desde hacía algunos días no dejaba de preguntarse si la posibilidad de participar en la redacción del diccionario sería una recompensa o más bien un castigo. Llevaba seis meses trabajando en ello, pero aún quedaba mucho por hacer. ¡Acababa de empezar los de la L!

Bostezó de forma tan desmesurada que sintió un chasquido en las mandíbulas. Los demás colaboradores del proyecto se habían apoderado a comienzos del curso de tres grandes mesas situadas en el primer piso de la biblioteca del Balliol College, pero Oliver prefería trabajar en su habitación. Tenía la mala costumbre de quedarse en las nubes de vez en cuando y sabía que sus compañeros lo mirarían con desdén si se percataban de su tendencia a fantasear. Allí al menos tenía la libertad de desconectar de vez en cuando, de relajarse escribiendo alguno de los relatos góticos que solía enviar a los periódicos para ganarse un dinero extra y de contemplar durante horas cómo los estudiantes deambulaban por el patio al que se abría su ventana. Era un cuarto muy pequeño, un cubículo en el que no había más que una cama contra una de las paredes, un armario casi vacío, una palangana para lavarse y, eso sí, una buena cantidad de estanterías, además de un escritorio en el que Oliver pasaba más tiempo que en ningún otro lugar del college. Y prácticamente no podía encontrarse un rincón en el que no hubiera montones de papeles manuscritos, cuadernos de anotaciones y novelas de hacía cien años que el muchacho sacaba casi a diario de la biblioteca. Debajo de su cama asomaban una docena de ejemplares del periódico *Dreaming*

*Spires*, manoseados tantas veces por Oliver que daba la sensación de que su papel de mala calidad se convertiría en polvo al tocarlo.

El chico se pasó una mano por los ojos antes de seguir con lo que estaba haciendo. *Litterae non dant panem*. «Las letras no dan de comer.» Aquello, por mucho que les extrañase a sus profesores, no le hacía sentirse más tranquilo respecto a su futuro. «Además, esto es latín de la Edad Media —recordó mientras deslizaba el lapicero sobre el papel—. No había Virgilio ni Ovidio que pudieran romper una lanza por los poetas muertos de hambre.»

Al terminar de escribir el primer párrafo echó un vistazo al siguiente proverbio del que debía ocuparse. *Litterarum radices amaras, fructus dulces*. «Las raíces del estudio son amargas, pero sus frutos son dulces.» Pues ahí no había dulzura ninguna, al menos por el momento.

—Ya es suficiente por hoy —musitó Oliver, dejando el lapicero a un lado y cerrando los libros que tenía abiertos sobre la mesa—. A este paso me olvidaré de hablar inglés.

Eran poco más de las seis, pero fuera no tardaría en anochecer. Se incorporó para abrir la ventana, agradeciendo que la brisa que recorría los jardines del Balliol College le refrescase las mejillas y le revolviere el pelo. Su larga melena le había granjeado numerosas miradas de recelo por parte de algunos académicos y alguna que otra paternal reprimenda, pero Oliver no tenía tiempo ni ganas de ir a cortársela. Le gustaba el aspecto romántico que le daba, algo que también pensaban muchas de las chicas con las que se cruzaba cada día en los terrenos del colegio sin que él, siempre sumido en sus pensamientos, se percatara en ningún momento de cómo le miraban.

Todos solían decirle que pasaba más tiempo fantaseando que actuando, pero aquello le importaba tan poco como lo que pudieran pensar de su pelo. Hacía pocas semanas que había cumplido veintitrés años, aunque parecía más joven; quizá fuera la inocencia de sus cálidos ojos castaños, grandes y melancólicos, o su silueta de adolescente que aún no ha logrado convertirse en hombre. Era alto y delgado como un junco, con unas manos nerviosas que solo parecían serenarse cuando sostenía una pluma. A la izquierda de la nariz, quebrando la simetría de sus facciones, tenía un lunar, «una mancha de tinta que de pequeño se metió en mi sangre», le había dicho un día en broma a Alexander Quills.

Había algo en Oliver que siempre le hacía parecer desubicado, como si tuviera un pie puesto en una dimensión extravagante. Él tenía la teoría de que algo así debía sucederles a todos los huérfanos. Cuando creces sin sentir que tus raíces se han enroscado en la tierra, sin tener a nadie en quien poder contemplarte para encontrar tu propio reflejo, te cuesta encariñarte con lo que te rodea. Oliver nunca había conocido a sus padres, a sus abuelos o a sus hermanos, si es que los había tenido, pero en cambio se había embarcado siendo un niño en la *Hispaniola*, había luchado al lado del Corsario Negro para vengar la muerte de los suyos y había remontado el

Mississippi en compañía de Jim y Huckleberry Finn. Nadie podría decir que no había tenido la más feliz de las infancias.

Más tarde, Robert Johnson, el director del orfanato de Reading en el que siempre había vivido, al darse cuenta de que aquel muchachito de mirada soñadora poseía un potencial que nunca había encontrado en ninguno de sus alumnos, decidió intervenir para que recibiera una educación más completa. A Oliver le fue concedida entonces una modesta beca que le permitió acceder a la Universidad de Oxford con dieciséis años. Quiso cursar Estudios Clásicos, pese a los consejos de quienes le decían que le iría mucho mejor siendo abogado, y tres años más tarde consiguió licenciarse con un título de primera clase que le abrió las puertas al mundo de los académicos. Desde entonces había permanecido en el Balliol College, lo más parecido a una casa que había tenido después del orfanato. Y aunque nunca se lo dijera a nadie, ni siquiera a su amigo el profesor Quills, algo en su interior le advertía de que su vida acabaría en aquel lugar.

Oliver estiró los brazos por encima de la cabeza para relajar los músculos. Estaba realmente agotado aquella tarde, y no solo por las horas que había pasado trabajando en el diccionario. Lo que más le cansaba era el hecho de que se tratara de un diccionario, y no de una colaboración con *Dreaming Spires*. «Qué envidia me da Lionel a veces —pensó rascándose la cabeza—. A mí también me encantaría poder marcharme a Egipto para tratar de encontrar el espejo de una princesa legendaria, en lugar de pasarme las horas muertas en esta habitación sin más compañía que la de los proverbios latinos.»

Tal vez, en el fondo, pudiera hacerlo a su manera. Tal vez el portero se había olvidado de entregarle la carta de Lionel que llevaba días esperando. Sintiendo algo más animado, apoyó las manos en la repisa de la ventana para prestar atención a lo que se veía a lo lejos. Las afiladas agujas de la ciudad de Oxford se perfilaban contra la puesta de sol como si un consumado siluetista de la época victoriana las acabara de recortar sobre un pliego de papel negro. Aquel había sido su horizonte durante los últimos siete años, y prometía serlo durante mucho tiempo más. Oxford, la ciudad de las agujas de ensueño. *The City of Dreaming Spires*. Pináculos incapaces de sostenerse en pie que aun así se empeñaban en desafiar a la gravedad, velando sin que nadie se diera cuenta sobre las casas y los colleges, sobre cada uno de sus escépticos habitantes...

*Dreaming Spires*. Se puso de puntillas para tratar de distinguir si Herbert, el portero del Balliol, merodeaba como solía hacer cada tarde junto al gran arco de entrada al complejo. Y efectivamente, no le llevó más que unos segundos localizarlo. Permanecía de pie al lado del parche de hierba ovalado que ocupaba el centro del patio por el que deambulaban los estudiantes, con un periódico en las manos y un cigarrillo colgando de los labios. Oliver respiró con alivio y se apartó de la ventana para coger su gastado abrigo negro antes de abandonar la habitación.

Bajó las escaleras lo más rápido que pudo, esquivando a su antiguo profesor de

Derecho Romano y a otro de los licenciados que estaba participando en la redacción del diccionario, y atravesó el umbral del ala conocida como Brackenbury Buildings en la que se hallaba su dormitorio para sumergirse en una algarabía estudiantil que se encaminaba al comedor riéndose y dando voces. Oliver apartó hacia atrás su coleta para que la brisa no le echara el pelo por la cara mientras se acercaba al portero, que levantó la cabeza al oírle.

—Buenas tardes, Herbert. Le he visto desde la ventana y se me ocurrió que tal vez...

—No ha llegado nada para usted esta mañana —fue su brusca respuesta—. Si tuviera una carta la habría subido a su habitación después del desayuno. Se lo he dicho cientos de veces.

Oliver se esforzó para que no se notara su decepción. No debió de hacerlo bien del todo porque Herbert lo miró de reojo, pasando ruidosamente una página del periódico.

—Me pregunto a qué se deben estas prisas. ¿Qué se trae entre manos, Saunders?

—Nada —mintió Oliver—. Estoy... estoy esperando la respuesta de una asociación a la que me suscribí hace unos días. Dijeron que me contestarían en menos de una semana...

—¿Una asociación? ¿Qué clase de asociación? ¿Otra cosa relacionada con el latín?

—Un grupo de aficionados a la filatelia y la numismática. Desde hace unos días no dejo de pensar en lo fascinantes que son las monedas de los primeros años del Imperio romano. ¿Lo ha pensado, Herbert? ¿Esos perfiles tan regios? ¿Esas inscripciones tan...?

—Lo que me faltaba por oír. Si sigue usted así de aplicado, acabará convirtiéndose...

—¿En rector del Balliol College? —se adelantó Oliver, sonriendo a su pesar—. Espero que no esté en lo cierto porque sería muy desgraciado. Nunca me ha gustado la política.

—En un amargado —corrigió Herbert—. Cuando quiera darse cuenta se habrá hecho usted tan viejo como yo, empezará a tener achaques y no hará más que recordar lo poco que apuró la vida cuando tenía oportunidad de hacerlo.

El portero sacudió un poco las páginas del periódico para enderezarlas antes de proseguir con su lectura. Oliver meneó la cabeza, resignado. Estaba a punto de seguir a los estudiantes hacia el comedor cuando reparó en que Herbert estaba repasando la *Pall Mall Gazette*.

—¿Hay algo interesante en la prensa? —preguntó el joven como al descuido.

—No gran cosa —contestó el portero con un resoplido—. Siempre las mismas historias que estamos hartos de leer. El Imperio otomano ha decidido firmar un acuerdo con Alemania para construir una línea de ferrocarril que irá de Constantinopla a Bagdad. No pienso visitar ninguno de los dos sitios, así que me da

lo mismo. —Pasó la página con gesto aburrido—. Hace tres días el Almirantazgo anunció que inaugurará una base naval en Rosyth. Como si no tuviéramos suficientes. Y fíjese en esto, la mejor noticia de todas: en Nueva York están construyendo el hotel Martha Washington, el primer hotel dedicado en exclusiva a las mujeres. ¡Es lo más emocionante que han publicado desde la esquila de la difunta reina Victoria, que Dios la tenga en su gloria!

—A lo mejor podríamos dejarnos caer por allí —propuso Oliver con ironía—. Quién sabe, con tantas mujeres a nuestro alrededor puede que me decidiera a apurar la vida como usted me ha aconsejado. Si quiere acompañarme, no tiene más que decírmelo antes de que vaya a sacar mi billete de barco.

Herbert lo miró con cara de sorna y luego continuó leyendo en voz alta:

—Aquí viene una crónica de la última sesión de espiritismo que la famosa Annabel Lovelace ha realizado en la mansión de la duquesa de Harley en Londres. Esta mujer ha aparecido tantas veces en la prensa que me tiene harto. Y lo más sorprendente es que la gente sigue creyendo en esas pamplinas... —Su voz se apagó poco a poco mientras recorría con los ojos otra de las columnas—. ¡Diablos!

—¿Ha pasado algo raro? —preguntó Oliver, cruzándose de brazos—. ¿Dónde ha sido?

—En Egipto. Esto sí que resulta emocionante. Échele un vistazo usted mismo...

Le tendió el periódico. A Oliver se le aceleró el corazón al fijarse en el titular que presidía la noticia: «Tiroteo en el Valle de las Reinas». Quizá aquella fuera la razón de que no hubiera llegado la carta que esperaba.

Se desplazó un poco hacia la derecha para que la luz de uno de los faroles del patio cayera sobre el periódico, y entonces pudo leer:

Recientemente han llegado a nuestra redacción algunas inquietantes noticias procedentes de las riberas del Nilo. Hemos sabido que hace cuatro días se produjo un enfrentamiento delante mismo de la tumba de la princesa Meresamenti Neferneferura, descubierta hace unas semanas en el Valle de las Reinas por el señor Theodore M. Davis y su equipo de arqueólogos británicos. Al parecer la noche del pasado lunes un centenar de saqueadores procedentes de las cercanas colinas de Kurna descendieron a la zona de las excavaciones para tratar de profanar la sepultura. Algunas fuentes locales aseguran que podrían ser miembros de la legendaria dinastía de Abd-el-Rasul, responsable de gran parte de los saqueos que se han producido en el valle desde tiempos inmemoriales. Estos ladrones debían de haber oído sin duda los rumores que circulan por la zona acerca de las riquezas halladas en la tumba, y decidieron actuar cerca de la medianoche creyendo que no quedarían en el Valle de las Reinas más que los guardas egipcios encargados de la vigilancia de la necrópolis. Por fortuna, el señor Davis tuvo la sensatez de colocar algunos soldados ingleses en la puerta, que al plantar cara a los saqueadores se vieron inmersos en una refriega que habría acabado en tragedia de no ser por la rápida intervención de uno de los arqueólogos británicos. El señor Lennox, miembro del equipo que ha conseguido sacar a la luz la sepultura de Meresamenti, se disponía a asegurarse de que todo se encontraba en orden en su interior cuando lo alertó el ruido de unos forcejeos. Haciendo gala de una sangre fría digna de la mayor admiración, no dudó a la hora de plantar cara a los ladrones sirviéndose del arma que llevaba consigo, con la cual consiguió que se replugaran hacia las colinas no sin antes recibir un disparo que a punto estuvo de acabar con su vida. Por suerte, la rápida intervención de uno de los médicos que formaban parte de la campaña del señor Davis logró detener la hemorragia de este arqueólogo al que a partir de este momento los amantes de la historia consideraremos un héroe...

Cuando acabó de leer la noticia Oliver tuvo que hacer un esfuerzo para que el temblor de sus manos no delatara su indignación. ¿Una sangre fría digna de la mayor admiración? ¿Un valiente héroe merecedor de los mayores honores? ¿Cómo se las apañaba Lionel para engatusar siempre a todo el mundo? «¡Si ni siquiera es arqueólogo!»

El joven dejó escapar un resoplido. Aquello trastocaba por completo todos sus planes. La *Pall Mall Gazette* no mencionaba en ningún momento el espejo de Meresamenti, pero a Oliver le había quedado todo demasiado claro. Más le valía despedirse de aquel hallazgo.

—Se lo cojo prestado, Herbert. —Y sin pedirle permiso arrancó la hoja del periódico que contenía la noticia para doblarla lo más rápido posible.

—¡Oiga usted! —protestó el portero, molesto—. ¡Aún no he terminado de leerlo!

—Le compraré otro ejemplar mañana por la mañana. O mejor aún, le prestaré algún ejemplar de *Dreaming Spires*. Estoy seguro de que encontrará algo interesante que leer.

Guardó el recorte de periódico en un bolsillo y echó a correr de vuelta a su habitación. Herbert suspiró mientras lo veía alejarse entre la muchedumbre de ruidosos estudiantes, sacudiendo el largo pelo castaño a sus espaldas.

—Lo único que encontraré dentro serán unas cuantas páginas con las que encender la chimenea —murmuró para sí el portero—. ¿Para qué otra cosa me serviría un periodicucho como ese?

—Caudwell's Castle, número cinco, Folly Bridge —anunció el cochero mientras tiraba con fuerza de las riendas para que su caballo se tranquilizara—. Ya hemos llegado, señor.

El hombre bajó del pescante para recoger uno a uno los baúles que Alexander había traído consigo de Londres. El profesor le alargó un billete.

—Tenga esto, y quédese con el cambio. Pensará que he metido piedras ahí dentro...

—No se preocupe por eso, señor —farfulló el cochero, un hombre bastante mayor que seguramente preferiría pasarse las tardes sentado en una mecedora en su jardín—. No es la primera vez que recojo a un hombre solo cargado con tantos bultos. ¡Por lo menos se ha librado de tener una esposa que añada a este montón sus propias maletas y sombrereras!

Caudwell's Castle, aquel era el nombre de su hogar. Hacía catorce años que Alexander se había instalado allí, al sur de Oxford, en una zona tranquila, alejada de los colleges más populares. Decían los rumores que allí había mandado erigir una torre astronómica a mediados del siglo XIII el filósofo, teólogo y alquimista Roger Bacon, aunque no quedaba ni rastro de aquel edificio. La casa que ahora ocupaba el número cinco había sido construida en el siglo XIX y era de ladrillo rojizo con balcones de hierro forjado, una vivienda que solía llamar la atención por su remate con almenas que le daba una apariencia de castillo medieval. Hacía tiempo que se habían derribado las casas adyacentes, lo que la hacía parecer más alta y estrecha de lo que realmente era, una poderosa presencia erguida al lado mismo del río Isis.

Alexander se detuvo delante de la puerta principal para dar un tirón a la campanilla. No tardó en oír un ruido de pasos que se acercaban por la escalera y un «¡Ya va!» de su ama de llaves, la señora Hawkins, que debía de haberle visto llegar desde una de las ventanas.

—¡Profesor Quills! —exclamó la buena mujer al abrirle la puerta. Alexander sonrió y la saludó levantando el sombrero—. ¡Cuánto me alegro de que esté de vuelta!

—No han sido más que diez días en Londres, señora Hawkins. Estoy seguro de que se las han apañado muy bien sin mí. Aunque la verdad es que estaba deseando regresar.

El cochero le ayudó a arrastrar los baúles hasta el recibidor, una amplia estancia de altísimos zócalos de la que partía una escalera cubierta por una alfombra granate. La señora Hawkins recogió el sombrero de Alexander sin dejar de parlotear. El profesor la escuchaba con una mezcla de resignación y ternura cocinadas a fuego lento durante más de una década. Había llegado a querer a la señora Hawkins, una mujer sencilla pero elegante a su manera, siempre vestida de color gris y con el

cabello recogido en un moño muy tirante, como si fuera un miembro de su familia, no demasiado numerosa, por cierto. En Caudwell's Castle no vivía nadie más que ellos dos y Veronica, la sobrina de Alexander, una joven de veinte años muy dada a los arrebatos pasionales, que siempre hacía temblar a la pobre señora Hawkins con sus ocurrencias.

—No sabe hasta qué punto me alivia que se encuentre en casa —dijo una vez más el ama de llaves cuando hubo cerrado la puerta principal—. Estos días han sido una locura...

—Me preocupa usted, señora Hawkins. Cualquiera que la oyera pensaría que ha ocurrido una catástrofe, pero por lo que veo las paredes de la casa siguen estando en pie.

—¡Su Veronica, profesor! Su querida sobrina... ha vuelto a las andadas.

—No me diga —repuso Alexander armándose de paciencia—. ¿Qué ha hecho esta vez?

—¡Qué no ha hecho esta vez, querrá decir! —se lamentó la señora Hawkins—. ¡Acabará por trastornarme con tantas indiscreciones! ¡Hace tres días terminó de pintar un cuadro en el que se usó a sí misma como modelo para representar nada menos que a Salomé!

Alexander se volvió con las cejas enarcadas hacia su atribulada ama de llaves.

—¿Salomé? —quiso saber—. ¿La del Antiguo Testamento, la hija de Herodías?

—¡La que mandó decapitar al Bautista y reclamó su cabeza en bandeja de plata!

—Esto sí que es una sorpresa. No tenía ni idea de que le interesaran los temas bíblicos.

—Si así fuese no se los tomaría tan a la ligera. Figúrese que se retrató a sí misma de rodillas sobre un montón de almohadones, con un cinturón con ajorcas de oro alrededor de la cintura, sin nada más que unos velos transparentes...

—¿Me está diciendo que se ha pintado a sí misma como Dios la trajo al mundo?

—Y ha tenido la desfachatez de enviar el cuadro a una galería. —La señora Hawkins se pasó una mano por la frente, al parecer superada por el hecho de que una mujer pudiera ser tan desvergonzada—. Una de Beaumont Street que se ha atrevido a exponerlo en el escaparate que está al lado del hotel Randolph. Imagínese la cantidad de personas que lo han visto.

—Bueno, señora Hawkins, no se preocupe tanto. Seguro que esto no ha sido más que una travesura y en cuanto se dé cuenta de que a todos se les ha olvidado se dedicará a...

—Resulta que además le puso a la cabeza del Bautista los rasgos de lord Archibald Westbury, el hijo del conde de Newberry. La señorita Veronica aparecía sujetándolo por el cabello mientras lo... —Se detuvo unos instantes, al parecer tratando de dar con las palabras más adecuadas con las que describir su repulsión—. Mientras lo besaba, profesor. En la boca.

Alexander se quedó quieto, sin terminar de quitarse los guantes. Aquello

cambiaba el sentido de lo que su ama de llaves le estaba contando. Ya se había dado cuenta de que su sobrina se relacionaba mucho últimamente con el futuro conde de Newberry, pero no se le había pasado por la mente que la cosa hubiera ido a más... ni que hubiera concluido de una manera tan escandalosa. No quería ni pensar en cómo les habría sentado aquello a los Westbury. Parecía mentira que Veronica pudiera ser tan descarada. Aunque fuera solo por ahorrarle problemas a Lionel Lennox, con quien Veronica se llevaba muy bien, y que como todo el mundo sabía se había marchado a Egipto por petición del conde de Newberry, la muchacha debería haberse mostrado más circunspecta.

«Es inútil darle vueltas —se repitió una vez más el profesor, con los ojos puestos en la escalera alfombrada que se perdía en la penumbra, serpenteando por la casa hasta morir ante la puerta del ático de su sobrina—. Pedirle a Veronica que sea discreta es como tratar de ponerle puertas al campo. No habrá manera de convencerla..., aunque su comportamiento nos perjudique a todos.»

—Me temo que la he malcriado —reconoció en voz baja, mientras tiraba del guante derecho para acabar de quitárselo—. Tenía que haberme mostrado más severo, pero al mirarla no veía más que a mi difunto hermano Hector. Me pregunto qué habría hecho él...

—Dejar a su alcance más colores y una nueva remesa de lienzos no, desde luego —le contestó la señora Hawkins sin dudar—. ¿No cree que debemos atarla un poco en corto?

—En absoluto. No serviría de nada que le prohibiéramos pintar. Le recuerdo que la última vez que lo intentamos empezó a prodigarse aún más en reuniones sufragistas y acabó repartiendo octavillas de propaganda delante de la Radcliffe Camera.

La señora Hawkins dejó escapar un débil gemido. Alexander le alargó la levita y los guantes y se dirigió a la sala de estar de la planta baja para descansar un rato.

—Creo que necesito tomar algo con lo que reponerme de esto. ¿Me acompañará?

—Me gustaría, profesor, pero más vale que me ponga con la cena si quieren tomarla antes de la medianoche. Con todos estos disgustos no he tenido tiempo para nada.

La mujer se marchó sacudiendo la cabeza con aire de mártir. Alexander esbozó una sonrisa y abrió la puerta de la sala de estar, una acogedora habitación cuyos amplios ventanales daban al río Isis; desde allí se oía de vez en cuando el sonido de los remos de las barcazas remontando el río. Un fuego ardía en la gran chimenea de mármol rojo que ocupaba la mitad de una de las paredes, creando unos extravagantes juegos de luz sobre la alfombra de Axminster, y encima de la repisa colgaba una pintura al óleo, un retrato casi de tamaño natural de una dama ataviada con un hermoso vestido de baile color carmesí. Debía de rondar la veintena, y sus rizos castaños, largos hasta la cintura, se adornaban con unos broches de plata en los que parecía concentrarse el resplandor de la chimenea. El profesor la observó durante

unos segundos antes de dirigirse a su sillón y hundirse en sus profundidades.

La tensión acumulada en los últimos días y el cansancio del viaje en tren cayeron de repente sobre sus hombros como una losa de mármol. Alexander alargó un brazo para coger una botella cuadrada de brandy que tenía a su lado en una pequeña mesita auxiliar. Se sirvió media copa, paladeando durante unos minutos su delicioso sabor, y cuando estaba a punto de dejarla encima de la mesa se dio cuenta de que el ama de llaves le había dejado el correo al lado de las licoreras, el soporte para pipas y una pequeña esfera armilar.

Cogió las cartas para leer los nombres de sus remitentes. Algunas eran simples invitaciones académicas a un concierto de música de cámara, a una exposición en el museo Ashmolean, a una reunión literaria en casa de uno de sus antiguos compañeros del Magdalen... Pero había una que Alexander llevaba algún tiempo esperando. «August G. Westwood», se leía en el reverso del sobre. Los ojos le brillaron mientras se hacía con un abrecartas para rasgarlo.

Enseguida tuvo en sus manos un fajo de delgados papeles manuscritos y una hoja más pequeña doblada en cuatro. El profesor decidió empezar por esta última. Estaba fechada el 2 de febrero de 1903, cinco días antes. Su amigo August le escribía desde Willington Mill, una antigua factoría de North Tyneside perteneciente a la familia Procter, para informarle de que los rumores recientemente recopilados por la Sociedad de Investigaciones Psíquicas habían demostrado ser ciertos: había un alma en pena rondando por la factoría desde comienzos del siglo pasado. Catherine Devore, una trabajadora a la que todos habían conocido como Kitty, había muerto en circunstancias trágicas cuando su cabello se quedó enganchado en una de las máquinas de los Procter y desde entonces se había quedado anclada al lugar, una condena a la que por suerte August había logrado poner fin. «Como verás, esta vez se ha tratado de un episodio de lo más dramático, creo que incluso novelesco —le decía su amigo sin poder disimular del todo cierto entusiasmo—. Me da la sensación de que nuestro Oliver se lo pasará en grande redactando el artículo que aparecerá en el próximo número de *Dreaming Spires*.» Y a continuación August anunciaba que en breve se iría a Oxford para alojarse en casa de su hermana hasta finales de febrero, con lo que tendría tiempo para hablar con el profesor de muchos más asuntos.

A Alexander se le dibujó una sonrisa en los labios. Realmente le apetecía volver a tener cerca al bueno de August, aunque solo fuera por unos días. Habían estudiado en el Magdalen juntos, y desde entonces habían forjado una sólida amistad, aunque el hecho de que ahora tuviera que hacerse cargo de la vicaría de Saint Michael, una pequeña iglesia situada al norte de Londres, no les permitía pasar tanto tiempo juntos como al profesor le hubiera gustado. Los estrechos lazos que los unían no obedecían solamente al interés que ambos tenían por las nuevas ciencias; también lo consideraba una de las personas más nobles que había conocido. Mientras pensaba en ello, metió la mano en el sobre para extraer la crónica de la que su amigo le había hablado. August debía de haber rellenado aquellos folios en un estado de gran

emoción a juzgar por el detalle de que su caligrafía, bastante enrevesada de por sí, resultaba casi incomprensible. Únicamente Oliver sería capaz de descifrar aquel galimatías, algo normal tratándose de un muchacho que era capaz de leer en griego, sánscrito, árabe y que hablaba el latín como un patricio romano, además de otras muchas lenguas. A veces Alexander pensaba que *Dreaming Spires* no sería nada sin él. Dejó los papeles de August sobre la mesa para coger otra de las cartas, un sobre más pequeño que parecía haber sido cerrado con muchas prisas. Y hablando de Oliver...

En esta ocasión la carta consistía en una simple nota garabateada a toda velocidad y una página de un diario. Alexander enarcó las cejas mientras leía la nota:

Ha salido en la *Pall Mall Gazette* de esta tarde. Si esta es la idea de la discreción de Lionel me temo que nuestro pobre periódico tiene los días contados. Rezo para que no le queden secuelas, aunque me da la impresión de que en este momento debe de estar demasiado encantado con la idea de ser un héroe nacional para preocuparse por eso.

Su casera no sabe nada de él desde comienzos de enero. ¿Se le ha ocurrido hacerte llegar algún telegrama para darnos explicaciones?

Adiós al espejo de Meresamenti. No sé por qué no me sorprende.

Espero verte pronto para poder lamentarme en condiciones.

OLIVER

P. D. ¿Arqueólogo? ¡Qué caradura!

Alexander desdobló la página del periódico y se encontró con un titular escrito en grandes caracteres en su parte superior: «Tiroteo en el Valle de las Reinas». El desconcierto y la rabia casi le podían mientras leía la noticia. Cuando acabó se quedó durante unos minutos completamente inmóvil en su sillón hasta que se incorporó para tirar de una campanilla.

No tardó en oír el ruido de una puerta y los conocidos pasos de la señora Hawkins.

—¿Ha llamado, profesor? —preguntó. El tentador aroma de una carne asándose en el horno se coló por la puerta abierta, alcanzando la nariz de Alexander, que no se había dado cuenta hasta entonces de lo hambriento que estaba. Había sido un día muy largo.

—Necesito que me haga un favor, señora Hawkins. ¿Podría ir a llamar a Veronica?

La señora Hawkins no supo muy bien qué contestar.

—Está en su ático, profesor... Está encerrada creando, ya lo sabe. —Era evidente que la mera idea de meter los pies en aquel santuario la ponía muy nerviosa—. Se molestará...

—Me lo imagino, pero es importante.

Las regordetas manos de la señora Hawkins se deslizaron inquietas por su delantal.

—¿Quiere que le diga que se prepare para recibirle? Ya sabe que tiene la

detestable costumbre de ser muy desastrada con sus cosas. No es la primera vez que se pasa el día en enaguas y combinación, sin darse cuenta de que se está poniendo perdida de pintura...

—Mi querida señora Hawkins, no le estoy pidiendo que haga venir a mi sobrina para ir a la ópera. Me da igual lo que lleve. Me basta con que esté vestida. —Miró una vez más el recorte de la *Pall Mall Gazette* que había dejado en la mesita—. Tiene que hacer algo por mí. Averiguar lo antes posible algo relacionado con Lionel Lennox.

—Ah, en ese caso lo hará de mil amores. La señorita Veronica siente una auténtica devoción por ese tunante. Menos mal que sé que él la ve como una hermana, porque si no...

—Es como una hermana para él —ratificó Alexander, empezando a impacientarse con aquella cháchara—. Me he asegurado de que así sea. Y ahora, señora Hawkins, por favor...

El ama de llaves se apresuró a desandar sus pasos, subiendo la escalera para llamar a la puerta de Veronica con un gesto que trataba de aparentar resolución. La voz de su sobrina se oyó hasta en la sala de estar, tan estridente como los graznidos de Svengali, el cuervo que siempre la acompañaba y al que había encontrado malherido entre las ruedas de un coche. Efectivamente, no le había sentado nada bien que alguien la importunara.

Alexander se pasó una mano por la frente. Cada vez se sentía más cansado, pero le quedaba todavía una carta por leer. Decidió que mientras Veronica discutía con el ama de llaves le daría tiempo a averiguar de quién era. Al acercarla a sus gafas comprobó que no le sonaba de nada el nombre del remitente. El sello era de Irlanda. La dirección del remitente, desconocida. ¿Qué podía ser aquello? ¿Quién le escribía si no conocía a nadie en esa isla?

Entonces no sabía aún hasta qué punto aquella carta cambiaría no solo su vida, sino la de casi todas las personas que había a su alrededor. Ni imaginaba entonces qué los estaba esperando desde hacía muchos años en aquella tierra plagada de leyendas.

Cuatro anillos de cerámica azul. Una pesada pulsera de oro, lapislázuli, cuarzo y turquesa adornada con un escarabeo. Un delicado estuche con forma de ataúd que contenía, cuidadosamente enroscado en su interior, un largo mechón de pelo de la princesa Meresamenti. Tres pequeños *ushabti* de madera cubiertos de jeroglíficos, pequeñas esculturas mumiformes que solían dejarse por docenas dentro de las tumbas del Imperio Nuevo para que asistiesen a los difuntos en sus tareas, y que a la luz de las velas que ardían en la gran lámpara de araña parecían más bien de oro puro.

Lionel Lennox de repente tuvo la sensación de que se había apretado más de lo debido la corbata. No había tenido demasiados problemas a la hora de esconder todas aquellas piezas del ajuar funerario de Meresamenti entre sus propias pertenencias, en un momento en que la mayor preocupación de Theodore M. Davis y los demás miembros de su campaña era que se recuperara de su herida, pero al tenerlas extendidas ante sí en la majestuosa mesa de caoba que presidía la biblioteca del conde de Newberry se preguntó de repente cómo podía haber llegado tan lejos. No quería ni imaginar lo que se le vendría encima cuando los arqueólogos repararan en la ausencia de aquellos objetos.

En la expresión del anciano aristócrata, por el contrario, no podía percibirse la menor aprensión. Alargó una mano para coger una pieza.

—Es un estuche de oro con incrustaciones de pasta de vidrio —explicó Lionel cruzando los brazos en un gesto con el que pretendía aparentar confianza en sí mismo—. Empleado para guardar ungüentos, seguramente perfumes de Meresamenti. Si lo abre se dará cuenta de que aún puede percibirse el aroma de la resina.

El conde no hizo ningún caso a su sugerencia. Se ajustó las gafas colocadas sobre la delgada nariz, acercando la alhaja a su rostro para inspeccionarla con atención.

—Está decorado con una imagen sedente de una mujer —comentó.

—Una Gran Esposa Real —confirmó Lionel—. Es probable que se trate de Nefertiti, dado que su hija Meresamenti nunca llegó a ostentar ese cargo. Davis sostenía que debía ser una pieza procedente de la corte de Amarna. En la parte superior de la tapa se distingue el disco solar de Atón, con sus rayos terminados en manos que...

—Una simple fruslería —le interrumpió el conde, dejándolo en la mesa—. Un capricho de mujeres de los que pueden contemplarse por cientos en cualquier museo que se precie.

Lord Archibald Westbury, el heredero del conde de Newberry, dejó escapar un resoplido que podría haber pasado por una risa de no ser porque su expresión no era precisamente risueña. Permanecía de pie al lado de su padre, impecable en su atuendo oxoniense (traje de tweed de tres piezas, camisa blanca con cuello almidonado, corbata Ascot de seda gris pálido), y examinaba los objetos que Lionel había llevado aquella tarde a su mansión con una displicencia que no tenía nada que envidiar a la

del conde. Los dos se parecían mucho, con rostros muy pálidos y ojos grises, y en el caso de lord Archibald, que todavía contaba con algo de cabello, una gran abundancia de brillantina que era cualquier cosa menos atractiva.

Lionel nunca había aguantado a aquel gallito de corral que se creía superior a los demás solamente por poder presentarse en Saint James cada temporada, pero los Westbury habían prometido pagarle más que bien si aceptaba trabajar para ellos en el Valle de las Reinas y aquello le había parecido un argumento de peso. No obstante, no podía evitar sentirse intimidado cada vez que los visitaba. La enorme biblioteca en la que siempre solían recibirle parecía diseñada para intimidar. Por todas partes podían contemplarse antigüedades que casi hacían que a Lionel le temblaran las piernas al pensar en cuánto le darían por ellas en el mercado negro. Y según le advertía su ojo experto, no era probable que todas las hubieran adquirido de manera legal. ¿Cuántos aristócratas podían contar con la cabeza de piedra de uno de los reyes del Antiguo Testamento que los revolucionarios franceses de 1793 habían arrancado de la fachada de Nuestra Señora de París?

—Señor Lennox, le confieso que su visita de esta tarde me sorprende desagradablemente —comentó lord Archibald mientras daba vueltas a uno de los *ushabti* de madera como lo podría haber hecho con un reloj de bolsillo que estuviera planteándose comprar—. Cuando nos informó de que acababa de llegar a Oxford, y manifestó su deseo de visitarnos lo más pronto posible, tanto mi padre como yo nos imaginamos que había regresado de Egipto con un cargamento sustancioso. ¿Esto es todo lo que nos ofrece?

—¿Qué es eso de ahí? —preguntó el conde de Newberry de repente, inclinándose con cierta dificultad en su asiento para agarrar uno de los objetos envueltos en pedazos de lino; Lionel creyó escuchar cómo crujían sus articulaciones—. Parece algún tipo de caja...

—Con la forma de una cruz ansada —corroboró lord Archibald—. La llave de la vida.

Ambos acercaron sus afiladas narices a la pieza en cuestión para examinarla.

—Efectivamente, se trata de un *anj*. El símbolo de la inmortalidad de los egipcios...

—Y los tres sabemos qué quiere decir esta forma —continuó lord Archibald como si no hubiera oído a Lionel—. Las cajas con forma de *anj* solían usarse para guardar espejos.

Su padre permaneció en silencio durante unos segundos antes de abrirla, y no movió ni una ceja al darse cuenta de que estaba vacía. A Lionel se le secó la garganta.

—Supongo que de alguna manera les habrán llegado rumores sobre lo que ocurrió...

—Por supuesto, señor Lennox. Sospechábamos que había sucedido algo parecido, pero no queríamos renunciar tan pronto al espejo. No hasta que usted nos lo confirmara.

—¿Se lo han arrebatado? —preguntó el conde a media voz—. ¿Los ladrones de Kurna?

Lionel asintió. La herida de su hombro pareció latir con más fuerza, ardiendo bajo las vendas.

—Debieron de ser muchos para poder plantarles cara a los soldados de Davis y a usted.

—Un poblado entero —confirmó Lionel, apretando las manos fuertemente detrás de la espalda—. Los dos saben que he pasado por situaciones peligrosas en mi vida, pero nunca me había encontrado en ninguna parecida. ¡Era como si toda la tribu se nos echara encima!

Los Westbury se le quedaron mirando durante un rato tan largo que le empezaron a arder los ojos. Por primera vez se le ocurrió pensar que tal vez había subestimado a los altruistas mecenas de la excavación. Había pensado que sería sencillo contentarles. Que un puñado de alhajas sustraídas de la cámara de los tesoros que Davis y su equipo no habrían descubierto sin su patronazgo sería suficiente para que pensaran que había cumplido con su parte del trato. Pero a juzgar por la mirada que cruzaron se había equivocado por completo. El conde de Newberry se quitó las gafas con un suspiro.

—Esto es un inconveniente con el que no contábamos, señor Lennox. No mentiré si le digo que me siento decepcionado, muy decepcionado. Nos habían dado muy buenas referencias de usted. Creíamos que su discreción y su buen hacer nos serían de gran utilidad. —Hizo un gesto con la mano para abarcar las piezas del ajuar—. Pero de repente nos enteramos de que no solo no ha podido traernos el espejo de Meresamenti, sino que además ha logrado que se pierda para siempre. Dígame, ¿para qué ha servido todo esto?

—¡No ha sido culpa mía, milord! —trató de defenderse Lionel—. ¡Yo no podía saber que esos saqueadores nos atacarían precisamente la noche en la que encontré el espejo!

—Pero podía haber hecho algo para impedirlo —comentó lord Archibald.

—Me dispararon un tiro. Me dieron en el hombro, pero podrían haberlo hecho unos centímetros más abajo. Y entonces ningún idiota habría robado para ustedes estas piezas.

Era consciente de que se estaba poniendo rojo de rabia. Lord Archibald se volvió con aire de resignación hacia uno de los grandes ventanales de la biblioteca, desde donde se distinguían las agujas de los colleges cercanos.

—En fin, supongo que no tiene sentido seguir dando vueltas a esto. No nos ha traído lo que le pedimos, así que no esperará que la suma que le demos sea la acordada.

Aquel era el momento que más había temido desde que puso un pie en Oxford.

—Por supuesto, correremos con los gastos de manutención y alojamiento —continuó diciendo el hijo del conde sin darse la vuelta—. Y con los que se hayan

producido durante su convalecencia, que por fortuna ha sido bastante corta. Deduzco por lo tanto que su herida no reviste demasiada gravedad, así que en breve podrá proseguir con sus trabajos.

—De otra manera, esperemos —dijo el conde de Newberry con el ceño fruncido—. O se las acabará apañando para que los pocos tesoros ocultos que quedan en este mundo acaben en manos de unos maleantes que se desharán de ellos por un puñado de piastras.

—No me entra en la cabeza que alguien tenga tan poca vergüenza como ustedes dos.

El exabrupto de Lionel hizo que los Westbury lo miraran de nuevo, esta vez con un manifiesto desprecio. Se aproximó a la mesa para apoyar sus temblorosos puños en ella.

—De manera que organizan todo este simulacro de patronazgo, les dan a Davis y a su equipo unas cantidades indecentes para que excaven en el Valle de las Reinas, me piden que me infiltre entre los arqueólogos que ustedes mismos han reclutado para que ponga en sus manos de manera ilegal las piezas que desean quedarse... ¿y tienen la desfachatez de decir que no hago bien las cosas porque estuvieron a punto de matarme por su culpa?

—Basta de melodramas, señor Lennox. Usted no habría sido el primer extranjero en morir en Egipto a manos de una cuadrilla de ladronzuelos harapientos. En una semana el mundo civilizado se habría olvidado de su historia. ¡Ahora, en cambio, es un héroe!

—Debería estarnos agradecido —se mostró de acuerdo el conde con su hijo—. Esto no hará más que aumentar su clientela de ahora en adelante. Le hemos hecho un gran favor.

—Lo que han hecho es tocarme demasiado la moral. Por decirlo de una manera fina.

El conde de Newberry enarcó las cejas. Lord Archibald dejó escapar un resoplido.

—No entiendo cómo se nos pudo ocurrir que esto saldría bien —reconoció en un tono de voz casi hastiado—. Ni que podría sernos de utilidad un simple ladrón de tumbas.

—Puede que sea un ladrón de tumbas —le concedió Lionel—, pero le aseguro, milord, que no soy simple. Más les valdría prestar mayor atención a las decisiones que toman.

—¿Acaso nos está amenazando? —casi sonrió el conde—. ¿Un plebeyo como usted?

—Si consideran una amenaza los contactos que mantengo con las redacciones de cuatro periódicos de Oxford y media docena de coleccionistas privados que no tendrían ningún reparo en airear sus tejemanejes, me temo que sí, señores míos.

Al conde se le disolvió la sonrisa poco a poco. Había sujetado las gafas de nuevo para limpiarlas con un pañuelo, pero al oír esas palabras se quedó inmóvil como una

estatua.

Los ojos de lord Archibald echaban chispas cuando advirtió:

—Tenga cuidado con lo que dice. Le pueden salir muy caras esas bravatas, Lennox.

—¡No me diga! —se sorprendió Lionel—. ¡Debería echarme a temblar, milord! ¡Sobre todo si esas amenazas vienen de un hombre como usted! ¿Cuánto tiempo le parece que aguantaría excavando en el desierto, a cuarenta grados a la sombra incluso en invierno?

—Eso no es problema mío. Como bien sabe me dedico a coleccionar, no a excavar.

—Y a otros menesteres también, aunque sin mucho éxito, parece...

Un tenue rubor se propagó por las mejillas de lord Archibald. Lionel se apartó de la mesa para dirigirse hacia la puerta de la biblioteca. No tenía nada más que hacer allí.

—Quédense por ahora con las chucherías de su querida princesa, si es que les queda alguna vitrina libre. Me pregunto cuánto tardará el equipo de Davis en darse cuenta de lo que ha ocurrido con el ajuar. Supongo que me dará tiempo de llegar a casa y buscar el documento que por suerte conseguí que me firmaran los dos para ratificar nuestro acuerdo.

—¡Lennox! —casi gritó el hijo del conde. Se había puesto aún más rojo, y cuando se dirigió hacia la puerta estuvo a punto de derribar una mesita y la silla más cercana—. ¡No se atreva a seguir amenazándonos! ¡Si aparece nuestro nombre en los periódicos...!

—Lord Archibald, me decepciona usted. Debería estar más que acostumbrado. Esta misma mañana ha aparecido su apellido y el de su excelso padre en tres de los rotativos de mayor tirada de la ciudad. Debería felicitarle: ha salido de lo más favorecido en el cuadro de *Salomé* que la señorita Veronica Quills ha tenido la ocurrencia de pintar.

Lord Archibald se quedó clavado en la alfombra mientras su padre los contemplaba alternativamente a Lionel y a él con ojos incrédulos.

—Aunque —añadió el joven antes de abandonar la estancia— debo reconocer que Veronica ha sido clemente: usted no tiene tanto pelo.

Diez segundos más tarde Lionel se encontraba delante del portón de madera claveteada que daba acceso a la mansión, pasando de largo delante de los criados de los Westbury que lo observaban con cierta alarma después de haber estado escuchando el *crescendo* de voces en la biblioteca. Fue el propio Lionel quien abrió las puertas para salir a la calle, y pronto estuvo caminando a toda prisa por Saint Aldate's, dejando atrás los sombríos campos del Christ Church College que se perdían bajo el atardecer al otro lado de las verjas. Iba tan furioso que ni siquiera era capaz de reparar en dónde ponía los pies.

Aquel mundo de aristócratas, entradas para la ópera, carreras de caballos en Ascot

y recepciones en Saint James le era tan ajeno, tan propio de una clase social por la que no sentía más que desprecio, que ni siquiera envidiaba a los hombres como lord Archibald Westbury. Nunca le había parecido que tuviera que avergonzarse de sus orígenes humildes. Para Lionel el auténtico peso de un ser humano se medía por sus conquistas, no por lo que le había sido regalado al nacer. «Solo los fuertes consiguen sobrevivir cuando se acerca el final», se repitió aquella noche mientras se abría camino entre la muchedumbre que abarrotaba High Street aprovechando para hacer sus compras de última hora: medicinas en Druce & Co, togas, sobrepellices y birretes en Shepherd & Woodward, libros antiguos y de segunda mano en Sanders. «Y si el mundo cambiara en los próximos años, a un lechuguino cualquiera como lord Archibald no le quedaría nada a lo que agarrarse. Ya le llegará el momento de encajar todos los golpes que se merece.»

Lionel se había llevado unos cuantos, y a una edad demasiado temprana. Su padre, un obrero escocés que se había marchado a Italia a hacer fortuna, se casó con una napolitana a la que la bebida acabó conduciendo a la tumba pocos meses después del nacimiento de su hijo. Al hombre no le quedó más remedio que hacerse cargo del niño sin poder contar con la ayuda de nadie, aunque a Lionel nunca le importó que tuviera que ser así. Admiraba a su padre de todo corazón, y se sintió la persona más feliz del mundo cuando empezó a permitir que le echara una mano cada vez que lo llamaban para excavar alguno de los túmulos de la antigua Etruria. Con él aprendió a leer los misterios que encerraba la tierra en sus ondulaciones, en cada uno de los minúsculos accidentes que los demás pasarían por alto. Ninguno de los dos era arqueólogo, pero poseían un conocimiento práctico muy por encima de los títulos que pudiera conceder cualquier universidad.

Por desgracia, aquella época de bonanza para los Lennox no duró demasiado. Cuando Lionel tenía dieciséis años, y excavaba con su padre una pequeña necrópolis cercana a Civitavecchia, una repentina epidemia de cólera diezmó casi por completo a la población, llevándose consigo tanto al arqueólogo italiano para quien trabajaban como a su cuadrilla de obreros... y también a su padre la noche en que se disponían a dejar la ciudad. Nunca supo qué hicieron con su cuerpo; lo más probable era que lo arrojaran con los demás a la fosa común que habían abierto en los terrenos del hospital, y que Lionel nunca se atrevió a contemplar con sus propios ojos.

Desde aquel momento tuvo que aprender a ganarse la vida por sí mismo, desempeñando toda clase de trabajos, algunos no del todo honrados aunque sí bastante lucrativos, y resignándose a convivir con la sensación de que vivía exiliado de su única patria: la infancia que había perdido.

Por eso Lionel se obligaba a sí mismo a apurar cada momento al máximo, a disfrutar de cada gota de lluvia que le caía en la cara, cada risotada que se escapaba de sus labios, cada comida que conseguía llevarse a la boca y cada mujer a la que hacía suya en su modesta habitación alquilada en Saint Helen's Passage.

En el fondo, y esto Lionel nunca lo reconocería, ni siquiera ante sí mismo, le daba

tanto miedo la muerte que lo único que podía hacer para plantarle cara era profanar los territorios que había conquistado. Lo había hecho arrebatándole a Meresamenti su más preciada posesión, aunque con eso se había encontrado con un problema que llevaba un par de años rondando por su cabeza, un enigma del que no podía hablar con nadie ya que lo más probable era que creyeran que se había vuelto loco. Una silueta con los ojos oscuros y el dedo inquieto sobre el gatillo de su arma a la que ya había visto en otra ocasión.

El recuerdo de su último encuentro en el Valle de las Reinas seguía hiriéndole por dentro mientras dejaba atrás los ventanales iluminados del All Souls College, de los que caían jirones de luz de todos los colores, y tomaba la curva que rodeaba la Radcliffe Camera. El joven no tardó en alejarse de los grandes espacios abiertos del Oxford más académico para encaminarse por un callejón tan estrecho que casi tenía que pasar de lado, rozando las paredes de ladrillo rezumantes de humedad. Saint Helen's Passage, así se llamaba aquella callejuela que no aparecía señalada en casi ningún mapa de Oxford, y cuya sordidez había sido la causa de que muchos vecinos se refirieran a ella como Hell's Passage, el Pasaje del Infierno. Un nombre, pensó Lionel con una sardónica sonrisa, que pondría los pelos de punta al conde de Newberry y a su hijo si algún día se vieran en la necesidad de pisar aquella parte de la ciudad tan distinta de su propio barrio.

No estaba dispuesto a admitirlo, pero al doblar cada una de las esquinas que tan bien conocía, su corazón latía con una fuerza inusitada. Cuando miraba a los mendigos que se apoyaban medio desmadejados en las paredes salpicadas de desconchones, con la mirada perdida y el aliento apestando a alcohol, casi temía encontrarse de nuevo con un par de ojos negros que le espiaban entre los oscuros pliegues de un pañuelo siroquero. Era tal su agitación que ni siquiera podía prestar atención al mal olor que salía de las letrinas de la callejuela y que siempre le obligaba a taparse la nariz con la mano al pasar por allí.

«Me estoy volviendo paranoico», pensó de repente, sacudiendo la cabeza. Dobló la última esquina que quedaba para alcanzar su portal... y se quedó completamente quieto al darse cuenta de que alguien le estaba esperando sentado en el deslustrado escalón.

Le costó contener un suspiro de alivio al darse cuenta de que no se trataba de la silueta que tanto lo obsesionaba. Los descascarillados faroles de vidrio que alumbraban Hell's Passage le permitieron reconocer de inmediato a Veronica Quills. Parecía estar muy ocupada dando de comer algo en la palma de su mano al gran cuervo que a menudo la acompañaba en sus paseos por la ciudad, así que Lionel pudo demorarse para contemplarla a su gusto. Veronica siempre le arrancaba una sonrisa, aun cuando conseguía componer un atuendo más o menos coherente; estaba acostumbrado a verla con faldas que no pegaban nada con las camisas, conjuntando colores de un modo extravagante y sin prestar la menor atención a ciertas cuestiones que las demás muchachas de su edad nunca habrían pasado por alto. Era tan

excéntrica en su manera de arreglarse como en su manera de pensar, aunque aquella tarde no parecía especialmente desaliñada. Se había puesto una larga falda de color azul oscuro (no había más que un pequeño goterón de pintura cerca del bajo, un auténtico logro tratándose de Veronica) y un abrigo largo de corte militar que le hizo pensar en la protagonista de *Trilby*, de la que la muchacha se declaraba gran admiradora; su cuervo Svengali podía dar buena cuenta de ello. El pequeño bonete no quedaba nada bien con el abrigo, pero al menos mantenía en su sitio la ingobernable melena rizada que cuando estaba en su ático solía recogerse con toda clase de pañuelos y cintas de colores. Lionel soltó un silbido, haciendo que Veronica alzara la vista. Sus gordezuelos labios se curvaron en una sonrisa cuando lo vio surgir de las sombras de Hell's Passage.

—No creo que este sea un sitio adecuado para una señorita de buena cuna. —Se detuvo delante de Veronica, haciendo que Svengali se alejara soltando graznidos; hacía un par de años que le había declarado odio eterno—. Dios, cada vez que te veo tienes más pelo...

—Y tú cada vez eres menos caballeroso con las damas —se burló Veronica, arrojándose en sus brazos—. ¡No puedo creer que por fin hayas vuelto!

Le cogió la cara con las manos para estamparle un sonoro beso en la boca. Lionel se alegró lo indecible de que el profesor Quills no estuviera cerca. Veronica y él habían tenido que inventar toda clase de excusas para que no se enterara de los pormenores de su relación. Le habían jurado, por separado, que no había nada romántico entre ellos, y el profesor se había quedado tranquilo. La verdad era que no le habían mentado.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —preguntó Lionel cuando por fin se apartaron.

—Un par de horas. Quizá tres. —Veronica hizo una mueca—. Pero no me importa. Me he traído un cuaderno de apuntes por si necesitaba entretenerme, así que no ha sido una tarde perdida del todo. Ya me he enterado de lo del disparo...

Lionel dejó escapar un gruñido; realmente las noticias volaban. Rebuscó dentro de uno de los bolsillos para dar con la llave de su casa. Svengali saltó de un canalón a otro para acabar posándose sobre el alero del edificio con la dignidad propia de una gárgola.

—¿No pensabas contármelo? —preguntó la muchacha con una pizca de rencor en sus ojos castaños—. ¿No se te ocurrió que mi tío y yo podríamos estar preocupados por ti?

—Veronica, solo ha pasado un día desde que llegué a la ciudad. Tenía que resolver algunas cuestiones importantes, lo sabes perfectamente —dijo Lionel abriendo la puerta y haciéndose a un lado para dejarla pasar—. Además, estaba seguro de que te vería por aquí.

—Siempre das demasiadas cosas por descontadas —repuso Veronica sonriendo de nuevo.

Subió delante de Lionel las escaleras que conducían al primer piso del edificio. Él la siguió sin poder apartar los ojos de aquel cuerpo que conocía tan bien, pequeño como el de una niña que se hubiera desarrollado a una edad muy temprana. Al abrir la puerta de la vivienda, una diminuta habitación sin más muebles que una cama, un armario y una silla a la que le faltaba una pata, Veronica se desabrochó los botones del abrigo militar para dejarlo caer al suelo. Después se acercó a Lionel para hacer lo propio con su chaqueta y, cuando consiguió que se desprendiera de ella, con su chaleco.

—Vaya, sí que pareces haberme echado de menos. A esto lo llamo yo ir al grano...

—No seas tonto —se rio Veronica—. Solo quiero ver con mis propios ojos lo que te han hecho esos ladronzuelos. Me han llegado tantas versiones distintas que no sé cuál creer.

Le hizo sentarse en el borde de la cama, apenas un jergón de lana demasiado mullida en el que era imposible no hundirse, y aún más conciliar el sueño. A ella no le importaba la sordidez de sus aposentos («sobriedad», la había denominado en broma la primera vez que la llevó allí), y ese era uno de los rasgos del carácter de Veronica que más le agradaban. Le daría lo mismo vivir con su tío Alexander en Caudwell's Castle, rodeada de comodidades y de lujos, que en aquella habitación oscura y con goteras en la que había pasado tantas horas desde que Lionel la conoció dos años antes en el museo Ashmolean. Desde aquel momento supo que Veronica acabaría convirtiéndose en su mejor amiga y amante, por no hablar de una estupenda aliada.

La observó en silencio mientras acababa de desabrocharle los botones de la camisa para inspeccionar sus vendajes. Al quitarse el bonete su espesa melena castaña rodó por encima de los hombros, haciéndole cosquillas a Lionel en el pecho. Realmente no se había equivocado: el pelo de Veronica se expandía cada día como si tuviera vida propia.

—Esta broma ha podido salirte muy cara —dijo la muchacha pasados unos minutos.

—¿Broma? ¿En serio puedes llamar broma a un tiroteo que casi me cuesta la vida?

—No te hagas la víctima ahora, Lionel. A mí no puedes engañarme. Si alguien te ha herido en Egipto ha sido porque te las has ingeniado, como siempre sueles hacer, para meterte en asuntos que no te conciernen. ¿Qué pasó realmente en el Valle de las Reinas?

No parecía haber escapatoria, y tampoco la necesitaba con Veronica. A Lionel no le quedó más remedio que confesar la auténtica versión de los hechos. Mientras le quitaba las vendas aún un poco manchadas de sangre seca, y se las cambiaba por otras que sacó de un improvisado botiquín que tenía Lionel al pie de la ventana, Veronica le escuchaba con el ceño fruncido, aunque no pudo evitar que se le dibujara

una sonrisa al comprobar cómo el número de ladrones de Kurna se multiplicaba cada vez que hablaba del asunto.

—Es decir, que alguien esperó a que consiguieras sacar el espejo de Meresamenti de su escondrijo milenario para atacarte. El hecho de que no lo hicieran antes demuestra que no tenían la menor idea de cuál era su paradero. Si no hubiera sido por mi tío, y por su predisposición a creer que incluso las leyendas más fantasiosas esconden una verdad en su interior, el espejo seguiría desaparecido. Los arqueólogos del señor Davis nunca habrían podido dar con él. La verdad es que ha sido una lástima para nuestro periódico...

—No hace falta que sigas ahondando en la herida —replicó Lionel—. Y no me refiero a la de mi hombro. Además, creo que no soy el único que ha actuado como un tonto.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Veronica, apretándole más los vendajes.

Lionel se mordió los labios. Veía las estrellas cada vez que algo le rozaba la herida. ¿Cuántos malditos días más necesitaría para cicatrizar?

—Lord Archibald. Precisamente lord Archibald. ¿En qué diablos estabas pensando?

A Veronica se le escapó una risita. Se llevó una mano a la cara para apartarse unos mechones de pelo, revelando dos pequeñas manchas de pintura que salpicaban su sien.

—Todos cometemos errores —le concedió—. Eso lo sabes tan bien como yo...

—Mis errores no tienen el pelo como si les hubiera caído encima una jarra de aceite.

—Claro que no. Tus errores tienen pechos grandes y cerebro pequeño. Y una curiosa tendencia a lloriquear delante de tu puerta cuando se dan cuenta de que te han aburrido.

—Eso no es cierto, querida. Tú tienes unos pechos maravillosos, pero tu cerebro no tiene nada que envidiar al de los hombres más agudos que he conocido en mi vida. Eres la excepción que confirma la regla, supongo. —Y apoyó maliciosamente las manos sobre las redondeces que Veronica le había colocado delante mientras le curaba. Ella rompió a reír de nuevo, sacudiendo la cabeza—. No, en serio... ¿qué pudiste ver en ese miserable?

—Me engañé al conocerle. Llámame romántica si quieres, pero hubo un tiempo en que me pregunté si no habría algo de héroe byroniano en Archibald. Una tiene la mala costumbre de emocionarse al pensar que un mal hábito puede hacer de un hombre aburrido un perfecto modelo de perversidad. ¿Cómo crees que podría resistirme a eso?

—A mí me parece más bien un modelo de estupidez —soltó Lionel—. Y de soberbia.

—Pero una noche me lo encontré en un fumadero de opio de las afueras al que me habían invitado unos colegas para que conociera «la vida bohemia de la ciudad»

—le contó Veronica, manejando unas tijeras para cortar la venda que acababa de apretarle alrededor del hombro—. Allí estaba lord Archibald, delirando sobre una manta hecha jirones. ¿A que nunca habrías imaginado algo así de él?

«La verdad es que no», tuvo que reconocer Lionel para sí, sorprendido en su fuero interno. Había sido mala suerte no conocer aquel dato antes de acudir a la entrevista con el conde de Newberry y su heredero. El viejo carcamal se moriría del susto si lo supiera.

—Yo solo quería divertirme un poco, pero Archibald... no lo veía de la misma manera. Tuve que dejarle claro que nuestra relación no había sido más que un pasatiempo y aquello no le sentó nada bien. Así que pensé compensarle convirtiéndole en uno de mis modelos, aunque no me molesté en pedirle permiso primero...

Veronica volvió a reírse mientras se acercaba a la única ventana de la habitación para correr las cortinas. Cuando la luz de los faroles que iluminaban Hell's Passage dejó de atravesar los cristales cubiertos de mugre todo se quedó sumergido en la penumbra.

—No me arrepiento —aseguró, y después añadió, mirando a Lionel a los ojos—: Con algo tenía que entretenerme mientras me dejabas desatendida...

Él ni siquiera le dio tiempo a acabar. Se levantó para rodearla con sus brazos y se volvió a arrojar sobre la cama con ella mientras Veronica, riendo de nuevo, daba patadas para fingir que trataba de soltarse de una manera muy poco convincente. Cuando Lionel se colocó sobre su cuerpo, inmovilizándole las muñecas sobre los almohadones, se dio cuenta de que sus pupilas relucían con un deseo que no tenía nada que envidiar al suyo. No hacía falta que se dijeran nada más; los dos habían echado demasiado de menos aquellos momentos de complicidad que solían compartir.

La boca de Lionel recorrió poco a poco el cuello de Veronica. No pudo disimular una sonrisa de satisfacción cuando la sintió arquearse contra su cuerpo pidiéndole más.

—Espera un momento. Acabo de acordarme de algo —la oyó susurrar de repente. La joven apoyó los codos sobre la cama para incorporarse un poco, y Lionel tuvo que alzar los ojos hacia ella—. Mi tío me había encargado que te hiciera llegar un mensaje. Quiere reunirse mañana por la tarde con August, con Oliver y contigo donde siempre.

—Ya me extrañaba no recibir noticias tuyas —repuso él, agachando la cabeza para regresar a su escote.

—Por lo que me ha dicho se trata de algo bastante importante. Me pidió que viniera en persona a prohibirte que te escaquearas. Parece que para *Dreaming Spires* puede ser...

—Me importa muy poco lo que suceda con *Dreaming Spires* esta noche. He esperado demasiado para esto. —Y agarrando la nuca de Veronica tiró de su cabeza

para atraerla más hacia sí, cerrando su boca con sus propios labios—. Hoy no quiero acordarme de nada más.

Su último pensamiento cuerdo fue para su herida, aunque el ardor que la bala del hombre del desierto había dejado en su piel no tardó en quedar eclipsado por otra clase de ardor con el que se hallaba más familiarizado. O eso quiso creer mientras se apretaba contra Veronica, odiándose por no querer reconocer hasta qué punto se sentía devorado por el miedo...

Al día siguiente, cuando las campanas repicaban sobre los descoloridos gabletes de Oxford anunciando las ocho de la tarde, Alexander Quills empujó con un escalofrío la puerta de The Turf Tavern. Dejó escapar un suspiro de alivio al hallarse entre las paredes de piedra que tan bien conocía, agachando la cabeza para no golpearse con las vigas de madera excesivamente bajas que atravesaban el techo y de las cuales, encima del mostrador que había a mano izquierda, colgaba una hilera de jarras a las que uno de los camareros acababa de sacar brillo. Todo parecía impregnado por el olor de la cerveza, el *fish & chips* y los pasteles de carne recién hechos, y también por el aroma a rebeldía con el que las sucesivas generaciones de estudiantes habían perfumado el local.

Una repentina oleada de nostalgia le asaltó mientras se abría camino como podía hacia el reservado en el que siempre se sentaba con sus amigos. En él había citado por primera vez a Lionel y Oliver dos años antes para hacerles una propuesta que estaba convencido de que les interesaría, como efectivamente sucedió cuando les habló de su periódico en ciernes. Allí habían estampado su firma en una hoja de papel arrancada de uno de los cuadernos de apuntes de Veronica, que se les unió como ilustradora, además de August Westwood, el clérigo amigo de Alexander, dispuesto a colaborar con *Dreaming Spires* con las crónicas de sus sesiones de espiritismo. En aquel minúsculo habitáculo saturado de humo, en la mesa de madera a la que se le había saltado el barniz, al lado de la cristalera que los separaba de los remolinos de nieve en las veladas más crudas del invierno, se habían creído miembros de una suerte de Club Pickwick merecedor de la sagrada misión de iniciar a sus lectores en las nuevas ciencias. Por desgracia, no todas las reuniones habían estado presididas por el entusiasmo que caracterizó a las primeras. Los cinco amigos no tardaron en comprender que su periódico, aunque durante sus primeros meses de vida había atraído discretamente la atención de algunos centenares de estudiantes, no podía competir con publicaciones más convencionales. Las noticias que contenían sus páginas, aunque siempre contaran con una base científica, algo en lo que Alexander se había mostrado inflexible, no pasaban de ser a ojos de muchos un simple divertimento. Los claustros góticos de Oxford, con todo lo que habían presenciado a lo largo de los siglos, se habían cansado de entrever espíritus en la neblina que lamía las gastadas losas de sus pavimentos; lo que ahora resonaba en los corredores eran los ecos de los últimos tratados alcanzados entre los países europeos, de los avances tecnológicos que estaban produciéndose en el continente, de esta o aquella decisión alcanzada en la Cámara de los Lores. Casi nadie parecía tener tiempo para pasar las páginas de la publicación que con enormes esfuerzos conseguía salir a la calle cada dos semanas, abandonando en el mayor secretismo la imprenta prácticamente clandestina que Alexander había hecho instalar en el sótano de Caudwell's Castle. Nadie había descubierto todavía cuáles eran los nombres de sus redactores dado que

no solían firmar más que con sus iniciales, una precaución que les habría resultado tranquilizadora de no haber sabido que en realidad obedecía al desinterés de sus lectores.

Alexander no se engañaba; sabía que si las cosas no cambiaban *Dreaming Spires* no podría seguir agonizando por más tiempo. Necesitaban una historia distinta a cualquier cosa de la que hubieran hablado. Algo que atrajera la atención de los lectores, que se diera a conocer por todo Oxford gracias al boca a boca. Algo que, se repitió no por primera vez mientras dejaba atrás una amplia mesa en la que se reían estruendosamente un puñado de estudiantes, estaba al alcance de su mano gracias a aquella carta enviada desde Irlanda.

—¡August! —exclamó al reparar en el hombre que esperaba sentado en un rincón del reservado, contemplando la calle a través de los cristales empañados. El aludido sonrió y se puso en pie para darle un abrazo—. ¡Cuánto me alegro de tenerte de nuevo por aquí!

Alexander siempre pensaba que si había una persona en el mundo capaz de calmar los ánimos de los demás con su presencia, ese era sin duda August Westwood. No era de extrañar que sus feligreses de la parroquia londinense de Saint Michael le adoraran. Acababa de cumplir treinta y cinco años, aunque el cabello rizado y corto que había comenzado a escasear sobre su frente le hacía parecer mayor.

—¿Qué me dices del fantasma de Catherine Devore? —preguntó su amigo después de que Alexander hubiera tomado asiento frente a él y le hubiera preguntado por su hermana y las últimas novedades acontecidas en su casa—. Es una buena historia, ¿no crees?

—La verdad es que sí —asintió el profesor—. He ido esta mañana al Balliol College para darle a Oliver los papeles que me enviaste por correo. Tendrías que ver cómo se le ha iluminado la cara cuando ha leído la parte en la que la señorita Devore confesaba que había sido su propia hermana la que le enganchó el cabello a la máquina de la factoría por haberle robado a su prometido.

August sonrió mientras Alexander colgaba su levita de un perchero.

—Si has estado con Oliver supongo que ya le habrás contado lo que nos quieres comunicar a los demás. Eso es bastante injusto.

—En absoluto —respondió Alexander mientras encendía una pipa con calma—. Aún no lo sabe nadie, y no te haces una idea de lo que me ha costado mantener el secreto. Sobre todo con las complicaciones por las que ha pasado *Dreaming Spires* recientemente. —Una pequeña humareda blanca se esparció alrededor de su cabeza cuando dio la primera calada—. Tampoco es que considere que la muerte de Catherine Devore no sea un tema lo bastante interesante —añadió a continuación—, pero he dado con algo que lo es aún más.

—Bueno, en ese caso me alegro de no tener que esperar demasiado para que dejes de lado todo este secretismo —dijo August señalando algo por encima de su hombro.

Alexander se dio la vuelta. Tal como imaginaba, Oliver y Lionel acababan de

entrar en el Turf. El profesor los observó mientras se acercaban: Oliver con su cabello castaño recogido en una coleta que le caía por la espalda, Lionel con el pelo negro desordenado por el viento y la cara sin afeitar. No le sorprendió darse cuenta de que discutían, algo que venían haciendo desde el momento en que Alexander los presentó. Nunca iba a encontrar a dos hombres menos parecidos que se cayeran mejor.

—Es demasiado buena contigo —oyó decir a Oliver mientras se acercaban a la mesa entre la multitud—. No sé cómo te aguanta sabiendo lo que sabe de ti. Me parece increíble que te siga haciendo caso, sobre todo teniendo en cuenta que tus intenciones...

—Calla —le dijo Lionel en tono de advertencia antes de sortear la última mesa. Algo le decía que a Alexander Quills no le agradaría demasiado enterarse de la conversación que mantenían sobre su sobrina—. ¡Por fin estamos aquí! ¡Hace un frío del demonio fuera!

Los dos se desprendieron de sus abrigos, dejándolos al lado de los de Alexander y August, y se dejaron caer en las sillas que habían acercado para ellos. Oliver suspiró con satisfacción mientras se quitaba una bufanda gris. Lionel hizo lo propio con sus guantes.

—*Salaam aleikum* —saludó juntando las manos en un gesto que pretendía parecer respetuoso... o por lo menos todo lo respetuoso que podía esperarse de Lionel Lennox.

—*Aleikum issalaam* —replicó Alexander—. Veo que has vuelto a Inglaterra con mucha nostalgia de lo que dejaste en tierras egipcias. Ha debido de ser toda una experiencia.

Su tono de voz contenía una pizca de ironía que Lionel no pareció captar, aunque no pasó desapercibida a Oliver. Ambos cruzaron una mirada mientras Lionel contestaba:

—Os lo puedo resumir en dos palabras: bailarinas egipcias. —Y movió las manos de arriba abajo, fingiendo delinear los contornos de un cuerpo femenino curvilíneo—. No sé a qué está esperando nuestro país para importar las delicias musicales de las que he podido disfrutar en un café de Esbekiya. ¡Os juro que no he visto nada igual en mi vida!

—Me alegro de que te haya fascinado tanto el color local. Pero no me refería a eso.

—Ah, entiendo. La comida tampoco estaba mal, aunque echaba de menos poder tomarme una cerveza negra de vez en cuando. —Lionel se volvió en su asiento para atraer la atención de un camarero—. Pero tenían una limonada de regaliz que creo que echaré mucho de menos. Y una especie de pasteles de habas, los *ful medames*, que realmente...

—Haz el favor de no disimular. Estás insultando a nuestra inteligencia —le dijo Alexander sin miramientos; Lionel se quedó callado. El profesor sacó del bolsillo de

su chaleco el recorte de prensa de la *Pall Mall Gazette* que le había enviado Oliver y se lo puso delante de la cara—. ¿Un tiroteo en el Valle de las Reinas que según la prensa «habría acabado en tragedia de no ser por la rápida intervención de uno de los arqueólogos británicos»? ¿No tienes nada que decirnos sobre esto? ¿No es importante?

—Vaya. —Lionel cogió el recorte y lo desplegó sobre la mesa mientras August, a su lado, se inclinaba para leerlo también—. Puede que hayan... cargado un poco las tintas.

—Cargado no es la palabra más adecuada —intervino Oliver con seriedad.

—Cierra el pico, Twist —le espetó Lionel sin mirarle—. Nadie ha pedido tu opinión.

—Pero Oliver está en lo cierto: no puedo creerme que lo que dice la *Pall Mall* sea lo que realmente sucedió —intervino August—. ¿Aparecieron cientos de saqueadores de repente? ¿Cómo se supone que pudiste plantar cara a tantos?

—Bueno, puede que no fueran cientos. Sabéis de sobra que los periodistas suelen...

—¿De verdad hubo un tiroteo? —insistió Alexander, taladrando a Lionel con sus ojos azules a través de las gafas de montura dorada—. ¿Delante de la tumba de Meresamenti?

—¿A qué diantres viene este consejo de guerra, si se puede saber? —protestó Lionel.

—No creo que dispararan un solo tiro —sentenció Oliver—. Esto es pura propaganda.

Lionel agarró el recorte, hizo una pelota de papel con él y se la arrojó a la cara.

—Me estás hartando, Oliver. Me encanta regresar a casa después de pasar un calvario de un mes en una tierra de locos para encontrarme con tanta comprensión.

—Precisamente por eso te estamos hablando así —aclaró Alexander. El camarero del Turf apareció de repente para preguntarles qué querían beber, así que tuvo que guardar silencio hasta que se hubo marchado—. No hemos sabido nada de ti en todo este tiempo, y eso nos extrañaba muchísimo —siguió diciendo—. Cuando regresé a Oxford y me enteré por Oliver de que habías salido en la prensa por culpa de este ataque a la excavación me temí lo peor. Confiaba en que dieras señales de vida nada más poner un pie en la ciudad, pero si no te hubiera enviado a Veronica podríamos seguir esperando de brazos cruzados.

—He tenido algunos problemas con el conde de Newberry —murmuró Lionel, algo avergonzado. Alexander parecía tener el raro don de conseguir que se sintiera culpable con cierta periodicidad, algo que no le pasaba con ninguna otra persona—. El viejo buitres se ha negado a pagarme lo que acordamos. A su hijo y a él les ha dado exactamente igual que hubiera un intento de saqueo en su sepultura y que me jugara la vida por protegerla.

—Técnicamente no es «su sepultura» —precisó Alexander— sino la de

Meresamenti.

—Lo sé. Una auténtica bruja, si os interesa saberlo. Estoy convencido de que la tuve pegada a la nuca durante todo el tiempo que pasé dentro de su maldita cámara funeraria.

August enarcó las cejas. Que el alma en pena de una princesa de la XVIII dinastía pudiera permanecer encerrada en su tumba durante más de tres mil doscientos años sin que su ectoplasma perdiera un ápice de su determinación parecía interesarle mucho, pero no tuvo oportunidad de preguntar nada. El camarero regresó con lo que le habían pedido para beber: una jarra de aromático *mulled wine* para Alexander, una tacita de Earl Grey con mucho azúcar para August, un café solo para Oliver y una pinta de cerveza negra para Lionel. Este aprovechó para ganar un poco de tiempo atrincherándose tras su bebida.

—¿Y qué le has hecho a tu amigo el conde para airarle tanto? —preguntó Alexander.

—Nada —rezongó Lionel—. No puede tener ninguna queja sobre mí. He hecho en el Valle de las Reinas todo lo que se esperaba que hiciera. Salvo... salvo por lo del tiroteo.

Se quedó callado de nuevo. Oliver depositó su taza de café sobre la mesa, mirando cómo Alexander se inclinaba hacia Lionel para preguntar en un tono de voz más quedo:

—¿Se ha perdido? El espejo de Meresamenti —añadió cuando Lionel alzó la cabeza con una interrogación plasmada en sus ojos—. ¿Se lo han llevado los saqueadores?

Lionel respiró hondo. August también le observaba en silencio. De repente el ruido que había en el Turf parecía haber disminuido, lo que hacía aún más incómodos aquellos momentos. Finalmente Lionel rebuscó en un bolsillo de su chaleco para sacar algo que mostró a sus compañeros en la palma de la mano. Relucía mórbidamente bajo la luz de las bujías.

—Esta bala estuvo a punto de acabar conmigo. Lo que decía la *Pall Mall Gazette* no era una exageración, al menos no todo. Hubo disparos en el Valle de las Reinas, pero yo fui el único al que dispararon. —Dejó rodar la bala sobre la restregada superficie de la mesa mientras Alexander, Oliver y August la miraban con los ojos muy abiertos—. Por suerte me la pudo extraer uno de los colaboradores de la excavación, un profesor de Anatomía de la Universidad Egipcia que había acudido para examinar la momia de Meresamenti en cuanto la sacaran de su sarcófago —siguió explicando—. Pero no eran saqueadores. No se llevaron nada más, ni tocaron ninguna de las joyas que había en la tumba. Lo único que les interesaba era el condenado espejo. Por eso esperaron a que lo sacara de su escondite.

—No parece un comportamiento habitual en unos vulgares profanadores —tuvo que reconocer Oliver en un susurro, sujetando la bala entre el índice y el pulgar con prevención.

—No lo eran —le aseguró Lionel—. No eran unos ladrones de tres al cuarto. Sabían lo que querían llevarse de allí. Puede que lo supieran desde hacía meses. Y... me conocían.

A Oliver se le cayó la bala sobre la mesa. Alexander arrugó un poco el entrecejo.

—Eso es imposible. Nadie en Egipto sabía lo que habías ido a hacer en el Valle de las Reinas, nadie más que nosotros y el conde de Newberry. ¿Cómo sabían lo del espejo?

Lionel se encogió de hombros, haciendo una mueca al sentir un tirón en la cicatriz provocada por el disparo.

—Los poderes que le dio a Meresamenti han formado parte de la mitología egipcia desde el momento en que murió. La cuestión no es cómo sabían lo del espejo, sino cómo sabían que sería yo quien se ocuparía de sacarlo a la luz. Aunque me hago una idea.

—Si tienes algún sospechoso, estoy deseando conocer su nombre —comentó Alexander.

—¿Recordáis lo que me ocurrió en Italia hace dos años, poco después de conoceros?

—Cómo no —suspiró Oliver—. Se lo contaste a todo el censo femenino de la ciudad.

—Refréscame la memoria, por favor —pidió August.

—Había asistido al descubrimiento de una de las tumbas etruscas más codiciadas de la necrópolis de Olmo Bello. Había oído hablar de ella desde que mi padre empezó a llevarme consigo a las primeras excavaciones en las que participó, cuentos fantásticos en los que se hablaba de una urna llena de anillos de oro sobre la que se había echado un poderoso embrujo antes de depositarla en la tierra. La verdad es que no creía demasiado en esta historia, no más que los arqueólogos que formaban parte de aquella campaña, pero me moría por ver la tumba en cuestión. Además uno de mis clientes me había encargado cierta minucia...

—Que le llevaras uno de los anillos antes de que enviaran los hallazgos al Museo Nazionale Etrusco —se adelantó Alexander—. Sí, esa historia la conocemos. Y también te hemos dicho varias veces lo que opinamos de tu manera de entender la arqueología.

Lionel prefirió hacer caso omiso de aquella pulla.

—La cuestión es que no pude acercarme a la urna por mucho que lo intenté. Cuando me dirigí en plena noche a la excavación para tratar de entrar en la tumba, igual que hice en el Valle de las Reinas, descubrí que alguien se me había adelantado. Una silueta negra envuelta en una capa y con un sombrero cubriéndole la cara, que echó a correr como alma que lleva el diablo cuando se dio cuenta de que lo había descubierto. No me costó adivinar lo que estaba haciendo allí, sobre todo porque nunca lo había visto.

—¿No formaba parte del equipo de arqueólogos? —preguntó August, muy

interesado.

—Para nada. No vi más que sus ojos antes de que montara en un caballo que había atado a uno de los árboles más cercanos, pero sé que no era miembro de la excavación.

—¿Y lo perseguiste? —quiso saber Alexander—. Esa parte de la historia no me suena.

—Porque es demasiado vergonzosa —masculló Lionel, dando vueltas a la jarra de cerveza—. Y por supuesto que lo perseguí, aunque no sirvió de nada. Se acabó esfumando en medio de la marisma como si se tratara de un fantasma. Pero no me olvidé de lo que había ocurrido, y ahora sé por qué no lo hice. Tenía que reencontrarme con él.

Hubo un nuevo silencio. Oliver estuvo a punto de atragantarse con su café.

—¿Quieres decir —preguntó en un susurro, tosiendo— que estaba también en Egipto?

—Fue quien me robó el espejo de Meresamenti y me pegó un tiro cuando me disponía a hacerle lo mismo a él —afirmó Lionel—. Estoy absolutamente convencido.

—Lionel, eso no tiene ningún sentido. Lo más probable es que los saqueadores que se llevaron el espejo fueran egipcios. Puede que no unos profanadores de tumbas, pero...

—Te juro por mi vida que lo que estoy diciendo es cierto. Los dos ladrones eran una misma persona. Alguien con los ojos oscuros como dos pedazos de carbón..., los ojos que veré antes de morirme. —Tragó saliva, algo incómodo ante las miradas de sus amigos, antes de continuar—: Lleva años siguiendo mis pasos, que me cuelguen si comprendo el motivo. Fue más rápido que yo en Olmo Bello. Fue más listo en el Valle de las Reinas, y eso me obsesiona tanto que no logro quitármelo de la cabeza.

—Con la diferencia de que en esta ocasión ha tratado de matarte —comentó Oliver.

Nunca lo habría reconocido, sobre todo ante Lionel, pero se le había puesto un nudo en el estómago al comprender que podía haber sido la esquila de su amigo lo que encontrara en la *Pall Mall Gazette*. Lo vieron devolver la bala al bolsillo de su chaleco, esforzándose para que su expresión no revelara lo preocupado que se sentía realmente.

—Me da lo mismo lo mucho que proteste el conde de Newberry —siguió diciendo en un tono algo más calmado—. Con lo que me va a pagar, aunque sea mucho menos de lo que esperaba, tendré para salir adelante durante algunos meses. Pero os prometí que os dejaría investigar el espejo antes de entregárselo a él. —Sacudió la cabeza con pesar, desordenando aún más sus cabellos negros—. Habría sido un éxito para *Dreaming Spires*.

—Ah, bueno —se resignó Oliver—. Siempre nos quedará la historia de la desdichada Catherine Devore con la que su hermana acabó por atreverse a tocar lo

que no era suyo.

August sonrió para sí. Dio unos golpecitos tranquilizadores en el brazo a Lionel.

—Lo único que importa es que has regresado de una pieza. Da gracias a Dios de que tu misterioso perseguidor no dio en el blanco, y no te preocupes de nada más por ahora.

—Eso es fácil de decir —soltó Lionel, que nunca se había llevado muy bien con Dios y además tenía serias dudas de que las tumbas egipcias de la XVIII dinastía entraran en su jurisdicción—. Sabes tan bien como yo que nuestro periódico no está atravesando su mejor momento, si es que alguna vez ha pasado por uno. Los tres lo sabéis —dijo mirando uno a uno a sus amigos—. Si no logramos vender más de un centenar de ejemplares cada dos semanas, este proyecto acabará en agua de borrajas...

—Me alegra que plantees esta cuestión, Lionel —contestó Alexander—. Me alegra mucho, porque tiene que ver con el motivo de que os haya reunido en el Turf esta noche. Quería haceros partícipes de un suceso del que me enteré ayer por la tarde: si lo convertimos en una noticia, si colaboramos todos para que sea un hecho sensacional, podría acabar de una vez con nuestros problemas.

La reacción que provocaron las palabras de Alexander fue la que el profesor había imaginado. August se inclinó hacia delante sin dejar de sujetar su Earl Grey. Oliver no se movió, aunque sus ojos adquirieron un brillo que sus compañeros conocían muy bien. Lionel mostró cierto escepticismo, mientras hacía un gesto al camarero para que le trajera otra pinta de cerveza. Aún así Alexander estaba convencido de que su proverbial sentido de la aventura se había vuelto a poner en alerta. Sonriendo para sí, rebuscó en uno de sus bolsillos hasta que dio con un sobre que parecía haber sido manoseado a conciencia.

—Cuando llegué ayer a mi casa me encontré con una buena cantidad de cartas que la señora Hawkins había recogido para mí. Dos eran vuestras —señaló con la cabeza a August y a Oliver—, y las demás contenían las habituales invitaciones a actos sociales a los que nunca tengo tiempo de asistir... Menos esta que estáis viendo. —Levantó el sobre ante los ojos de sus amigos—. Viene de Irlanda.

August alargó la mano para cogerlo. Oliver se inclinó para inspeccionarlo a la vez.

—«Sra. Lisa Spillane. Kilcurling. Condado de Dublín. Irlanda» —leyó August en voz alta. La caligrafía llamaba la atención por lo redondeada y meticulosa que era, propia de una muchacha que acabara de salir de un colegio de monjas—. ¿Quién se supone que es?

—No tengo la menor idea —admitió Alexander—. Nunca he conocido a ningún Spillane.

—Es curioso —comentó Oliver— que no se atreviera a escribir la dirección de su casa.

—Querrá mantener el anonimato sin renunciar a contactar con Alexander —aventuró Lionel.

—¿Y cómo va a contestarle si no sabe dónde vive exactamente? Imagino que en un pueblo se conocen todos los vecinos, pero si quisiera responder a esta carta...

—La señora Spillane, sea quien sea, no espera que le responda —aclaró Alexander haciendo que sus compañeros guardaran silencio—. Lo que espera es que me traslade lo antes posible a Kilcurling para hacerme cargo de una investigación bastante peliaguda que no tiene que ver con ella, sino con algo muy extraño que está pasando en ese lugar.

August le pidió permiso con la mirada antes de abrir el sobre para extraer dos pliegos cubiertos por la misma caligrafía. Después se aclaró la garganta y empezó a leer:

*Kilcurling*  
1 de febrero de 1903

*Estimado profesor Quills:*

*Espero que sepa disculparme el atrevimiento de escribirle sin que nadie nos haya presentado. Recientemente ha caído en mis manos un ejemplar de la revista Light que contenía una crónica detallada de la conferencia que impartió hace algunos días en la sede londinense de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. Debo decirle que lo que he leído acerca de sus teorías, y los aparatos tecnológicos con los que ha demostrado que realmente se puede establecer una comunicación con el Más Allá sin poseer las habilidades de un médium, ha llamado poderosamente mi atención, y me ha hecho pensar que usted debe de ser una de las pocas personas capaces de asesorarnos en estos momentos.*

*Me presentaré: me llamo Lisa Spillane y vivo con mi marido en el pequeño pueblo de Kilcurling, situado a unas veinticinco millas al sur de Dublín, a medio camino entre las poblaciones de Glenageary y de Ballybrack y muy cerca de las montañas de Wicklow. Como sin duda comprobará nada más poner un pie en este lugar, si acepta visitarnos cuando acabe de leer esta carta, el hecho de que nos encontremos tan cerca de la capital no ha impedido que nuestra tierra se haya erigido como una de las más misteriosas de la isla, con una gran proliferación de leyendas y supersticiones, sobre todo teniendo en cuenta el suceso que se ha producido hace un par de semanas y que, pese a no ser el primero de su clase del que hemos oído hablar, ha acabado adquiriendo proporciones realmente angustiosas.*

*En lo más alto de la colina que domina el pueblo, al borde mismo del acantilado que sobrevuela el mar que en nuestras tierras conocemos como Muir Éireann, se encuentra la fortaleza de Maor Cladaich. De este antiguo castillo medieval no se conserva más que la sombra de lo que fue en el pasado; en la actualidad no queda en pie más que una construcción en la que se han tenido que realizar toda clase de intervenciones en los últimos siglos para impedir que se viniera abajo. No obstante, aún sigue siendo el hogar de los O'Laoire, los descendientes del antiguo clan que se instaló en este lugar antes de la invasión de los normandos. Salta a la vista que la decadencia que se puede percibir en el castillo se ha hecho extensiva a la propia familia. En estos momentos solamente quedan con vida la esposa y la hija de Cormac O'Laoire, el último miembro varón de la dinastía, fallecido hace doce años a causa de una neumonía. Todo el mundo en Kilcurling está al tanto de los problemas económicos por los que están pasando, y que en última instancia las han obligado a poner en venta el castillo de Maor Cladaich para poder pagar todas sus deudas y, según se piensa en el pueblo, empezar una nueva vida en algún otro lugar donde sean capaces de olvidarse del esplendor de antaño y las estrecheces de ahora.*

*Mentiría si le dijera que las O'Laoire gozan de gran popularidad entre nosotros. Por diversos motivos no se han mezclado con el resto del vecindario desde los tiempos en que el amable señor Cormac seguía con vida. Me atrevería a decir que nadie las echará de menos cuando se marchen de aquí. Pero las O'Laoire tienen algo que quien adquiriera Maor Cladaich también adquirirá sin remedio. Tienen una banshee desde tiempos inmemoriales, profesor Quills, una criatura sin la cual ninguna de las antiguas dinastías irlandesas que han llegado a nuestros tiempos puede considerarse de raigambre. Sé que muchos ingleses las consideran poco menos que unos personajes de cuento de hadas, pero le garantizo por Dios que en el caso que nos ocupa la banshee existe. Y lo que resulta más preocupante es que el paso del tiempo no la ha privado de la capacidad que se les ha atribuido de adivinar cuándo morirá algún miembro del clan.*

*Hace dos semanas la banshee anunció el inminente fallecimiento de alguien que se encontraba pasando la noche en Maor Cladaich. Pero, por injusto que pueda parecer, no se trataba de ninguna de las dos O'Laoire, sino de Fearchar MacConnal, uno de nuestros vecinos más queridos, un pobre anciano que cometió el error de querer hacerles una visita horas antes de que un infarto lo fulminara. Aquella noche se había dejado sentir en todo el condado una espantosa tormenta y a MacConnal no le quedó más remedio que pernoctar en el castillo de Maor Cladaich. Poco después de que amaneciera lo encontraron en el camino que conducía a la verja de entrada, tendido en medio de un charco de barro, con las manos alargadas hacia los barrotes de los que apenas le separaban un par de metros y los ojos abiertos, como si acabara de ver un fantasma... como sin duda alguna sucedió. Todo Kilcurling sabe que se trataba de un hombre sano, en plena posesión de sus facultades mentales, al que nunca habría intimidado un augurio de la Muerte de no haberse encontrado cara a cara con su portavoz.*

*¿Qué vio exactamente Fearchar MacConnal momentos antes de su fallecimiento? ¿Cómo podía saber la banshee de los O'Laoire que su corazón sufriría un ataque semejante si nunca había mostrado la menor señal de debilidad? Y lo más desconcertante de todo, lo que mantiene con el alma en vilo al vecindario, ¿por qué ha tenido que anunciar su muerte en vez de hacer lo propio con la familia a la que siempre ha pertenecido? Le aseguro que el miedo está causando todo tipo de estragos entre nosotros, profesor Quills. El miedo a que algo que hasta ahora había sido un privilegio de las familias poderosas, y al mismo tiempo su mayor condena, nos afecte a todos los demás sin que hayamos hecho nada para echarnos sobre los hombros esta carga.*

En cuanto a las O'Laoire, no hará falta que le diga que no quieren hacer ninguna declaración al respecto. Se han eximido a sí mismas de cualquier responsabilidad relacionada con lo ocurrido a Fearchar MacConnal y tampoco han escuchado ninguna de las peticiones que les hemos hecho en los últimos días para que se pongan en contacto con algún especialista que pueda ayudarlas a controlar esta situación.

Kilcurling no será capaz de mantenerse mucho tiempo más en este estado de permanente tensión, esperando con cada puesta de sol que la banshee abandone los terrenos de Maor Cladaich para sollozar al pie de las ventanas de los enfermos, para acompañar con sus lamentos nuestras actividades cotidianas. Necesitamos que nos visite alguien como usted, profesor Quills, que pueda servirse de sus máquinas y su ciencia para dictaminar si nos encontramos en peligro o si por el contrario la banshee se conformará con ser una amenaza solo para las O'Laoire, como debería ser si hubiera justicia en este mundo.

Espero de corazón que lo que le he contado le llame lo suficiente la atención como para querer honrarnos con su visita. Si finalmente eso ocurre huelga decirle que podrá contar con toda la ayuda que precise por nuestra parte. En cierto modo estamos caminando por unas cañadas oscuras como las que mencionan los sagrados salmos y no vemos la hora de regresar de nuevo a la luz y la esperanza.

Reciba mis saludos más cordiales y mi mayor agradecimiento.

LISA SPILLANE

Un profundo silencio siguió a las últimas palabras de August. El clérigo se quedó pensativo durante unos segundos antes de doblar la carta para devolvérsela a Alexander junto con el sobre. Oliver, por su parte, parecía extasiado; sus ojos relucían de emoción.

—Ahora entiendo por qué has sido tan misterioso, Alexander —le susurró—. Esta carta ha sido como maná recién caído del cielo. ¡Es exactamente lo que necesitábamos!

Alexander asintió con la cabeza. Hacía un rato que se le había apagado la pipa sin que se diera cuenta. En las últimas veinticuatro horas había leído la carta de la señora Spillane media docena de veces, pero el efecto que le producía siempre era el mismo. Era el presentimiento de que el contenido de la carta era cierto y que, si se decidía a marcharse a Kilcurling, lo que descubriría allí sería lo más grande que se publicaría nunca en *Dreaming Spires*. La salvación del periódico estaba a su alcance.

Lionel carraspeó para atraer la atención de sus amigos. Era el único de los cuatro al que no parecía haber impresionado demasiado lo que acababan de escuchar.

—Sé que os vais a echar encima de mí, pero... ¿qué se supone que es una banshee?

—Un espíritu femenino —se apresuró a contestar Oliver antes de que los demás pudieran abrir la boca—. Una de las criaturas más conocidas del folclore irlandés. Me parece que su nombre procede del gaélico *bean sídhe*, que significa «mujer de los túmulos»...

—Ahórrame una explicación filológica. ¿Qué tienen de particular esas banshees?

—Que no son fantasmas. No se comportan como un alma en pena. Jamás se comunican con los vivos, ni pueden hablar por mediación de un médium. Cada una de las que según la tradición siguen existiendo en Irlanda pertenece a una de las grandes familias de la isla, a las que han servido desde hace siglos. Y solamente se

manifiestan en los momentos previos a un duelo, anunciando con sus sollozos una muerte inminente...

—Tradicionalmente se ha considerado que las *banshees* son una especie de heraldos de la Muerte —le explicó Alexander a Lionel, que había enarcado las cejas—. Cuando uno se las encuentra puede dar por hecho que en cuestión de horas morirá alguien cercano.

—Recorren los campos neblinosos con el cabello suelto sobre los hombros, largo y enredado en las ramas de los árboles como las hadas de los cuentos —continuó Oliver con la mirada perdida y soñadora—. A veces se elevan en el aire para alcanzar la ventana de la habitación en la que está descansando un enfermo, que al oír sus sollozos sabe que no le queda mucho tiempo de vida. Por eso poseen tan mala fama, aunque en realidad son...

—Las más cenizas de las criaturas sobrenaturales, por lo que veo —comentó Lionel.

—A mí me parecen fascinantes —replicó Oliver con mala cara—. Ojalá pudiéramos contar en Inglaterra con unos espíritus tan extravagantes. Nuestras almas en pena no tienen nada que hacer al lado de una hermosa mujer de cabellos ondulantes, con una túnica evanescente...

August sonrió mientras alzaba de nuevo la taza para dar un sorbo a su té. Lionel se arrellanó en la silla, sacudiendo la cabeza mientras se balanceaba sobre las patas traseras.

—No me entra en la cabeza que creáis en cosas semejantes. Entiendo que Oliver lo haga, porque Oliver debe de creer todavía en todas las historias que cuentan las abuelas a sus nietos. —Oliver le dio un empujón que estuvo a punto de volcar la silla, aunque Lionel se recuperó a tiempo—. Pero vosotros dos —añadió mirando a Alexander y a August— sois hombres adultos que siempre preferís anteponer la ciencia al romanticismo. ¿Realmente pensáis que puede haber algo cierto en lo de las *banshees*?

—¿Por qué no podría haberlo? —contestó Alexander, cruzando los brazos encima de la mesa—. Los irlandeses están absolutamente convencidos de que existen. Y me atrevo a decir que son unas personas de lo más familiarizadas con los fenómenos sobrenaturales.

—Alexander, por favor. Esto no es más que una superchería. Un cuento de niños...

—Parece mentira que digas esas cosas —le criticó Oliver—. *Dreaming Spires* ha publicado docenas de artículos sobre almas en pena, casas encantadas, maldiciones, poltergeists... ¡Y nunca hasta ahora te había parecido que lo que hacíamos careciera de criterio! ¡Una *banshee* es igual de real!

—Tú mismo has dicho que estás convencido de que el espíritu de Meresamenti te acompañó mientras visitabas su tumba —añadió Alexander—. ¿No te resulta igual de raro?

—Estamos hablando de cosas muy distintas —protestó Lionel—. Todo el mundo sabe que los espíritus existen. Los fantasmas no son más que personas como cualquiera de nosotros que se han quedado ancladas a este mundo porque dejaron al morir cuestiones pendientes. La ciencia y la parapsicología han demostrado que existen, y también los médiums como August. Pero una criatura de ultratumba que decide someterse de manera voluntaria a unos mortales, por ricos que sean, para avisarles de cuándo pasarán a mejor vida... Lo siento, pero no le veo sentido.

—Recuerda las palabras de Shakespeare: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que sueña tu filosofía» —le dijo August en tono solemne—. Si tuviéramos que ver para creer, nada de lo que hacemos en *Dreaming Spire* tendría el sentido del que hablas.

Lionel tuvo que guardar silencio, aunque no relajó el ceño. Alexander lo miró por unos segundos antes de desviar su atención hacia Oliver. El muchacho había cogido la carta de la señora Spillane y la releía tan ávidamente que sus pupilas parecían bailar. «Se muere de ganas de poder escribir sobre esto —adivinó el profesor—. Lo del espejo de Meresamenti ha debido de suponer una gran decepción para él.»

—Bien, supongo que la mejor manera de averiguar si lo que nos cuenta esta mujer es cierto es marcharnos a Irlanda —declaró el profesor—. A mí me parece una historia que merece la pena investigar. Si ninguno de vosotros está dispuesto a acompañarme puede decirlo sin rodeos. Yo, desde luego, pienso embarcarme hacia allí.

—Y yo pienso ir contigo —se sumó Oliver sin dudar—. Cuenta conmigo, Alexander.

—¿No tendrás problemas con la gente del Balliol College? Puede que tardemos bastante en regresar a Oxford. Y si aún no has acabado con tu *Diccionario de proverbios latinos*...

—Haré horas extra a partir de esta noche —dijo Oliver con determinación—. Pero esto no me lo pierdo.

Alexander asintió con la cabeza. Apretó con una sonrisa el hombro de Oliver, que cada vez parecía más emocionado, y se volvió de nuevo hacia Lionel. El joven suspiró.

—Supongo que no me queda elección. No pienso consentir que os divirtáis sin mí...

—Así se habla —exclamó Oliver, dando un golpe entusiasta con su puño en la mesa.

—Pero esto no quiere decir que crea ni una palabra de lo que contáis —siguió Lionel sin inmutarse—. Vamos a cazar una historia, una buena historia que muy pocos creerán pero que hará que las ventas de *Dreaming Spires* se disparen. Eso es suficiente para mí.

—Cuando estemos en Irlanda te recordaré estas mismas palabras —le advirtió Oliver apuntándole con un dedo—. Apuesto lo que sea a que te implicarás más que

nadie en este caso. Sobre todo cuando te encuentres cara a cara con la *banshee* de los O'Laoire.

—Si realmente es un espíritu, o un hada, o algo por el estilo, no creo que me sirva de mucho —comentó Lionel con una sonrisa pícaro—. Prefiero a las mujeres de verdad.

—August, también necesitaremos tu ayuda —dijo Alexander al clérigo, que asintió.

—Me lo imaginaba. No os preocupéis, os mantendré informados de cualquier cosa que descubra sobre esos seres. Yo no puedo abandonar mi vicaría para marcharme con vosotros, pero cuando tengáis una dirección en Irlanda hacédmelo saber para escribiros.

—Estupendo. También será un desafío para ti tratar de comprender qué criatura es y cómo podríamos ponernos en contacto con ella. No estaría de más que hablaras con tus compañeros espiritistas para averiguar si alguno ha mantenido anteriormente encuentros con *banshees*. Como esa tal Annabel Lovelace que aparece tan a menudo en la prensa...

—Es una buena idea —asintió August, pensativo—. Ahora mismo es la médium más reputada que existe en Londres. Le escribiré para preguntarle qué opina sobre este caso.

—¿La pelirroja con la que nos cruzamos el otoño pasado en Piccadilly Circus? Yo que tú me presentaría directamente en su gabinete —le aconsejó Lionel con un brillo malicioso en los ojos.

—Lionel, deja de pensar en lo de siempre —le recriminó Oliver—. No todos los hombres nos comportamos como tú. Algunos no tenemos el cerebro situado debajo del cinturón.

—Qué sabrás del comportamiento de los hombres, Twist. Dime esto mismo cuando por fin hayas besado a una mujer y entonces puede que me tome en serio tus opiniones.

—Creo que con esto podemos dar por zanjada la reunión —dijo Alexander antes de que Oliver reaccionara a la pulla de su amigo. Se puso en pie alargando una mano para coger su levita—. Hay mucho por hacer si queremos que esta noticia sea nuestra. No podemos dejar que otros periódicos se hagan eco de lo que ha pasado antes que *Dreaming Spires*.

Sus compañeros también se levantaron. Lionel compuso un gesto de resignación mientras se calzaba los guantes, indiferente al rencor con que lo seguía mirando Oliver.

—Primero Egipto, ahora Irlanda... Este promete ser un año memorable. —Se dio la vuelta para abandonar el Turf, seguido por los demás. Todos se alegraron de salir del local, especialmente August, que detestaba el humo—. ¿Cuándo emprenderemos el viaje?

—Lo antes posible. La semana que viene, si a todos nos parece bien —contestó

Alexander—. Creo que lo mejor será que nos reunamos mañana por la tarde en Caudwell's Castle para hablar con calma de lo que hay que hacer. ¿Os apetecería quedaros a cenar?

August no podía porque tenía algunos asuntos pendientes que resolver, pero a los demás les pareció perfecto. Fuera hacía aún más frío que cuando entraron en el Turf, y se había levantado un viento tan fuerte que desde Hell's Passage podía oírse cómo crujían los árboles del cercano cementerio de Hollywell.

—Esta noche el viento está cargado de lamentos —dijo August tras unos instantes de vacilación—. Me pregunto si la voz de la *banshee* de los O'Laoire sonará parecida a esto.

—Pronto saldremos de dudas. Aunque espero que si la oímos, su voz no sea un presagio de muerte para ninguno de nosotros —contestó Alexander, esbozando apenas una sonrisa—. Tenemos que volver vivos a Oxford para contar lo que hemos descubierto.

—Y para asegurarnos de que *Dreaming Spires* no se vaya a pique —añadió Lionel—. De lo contrario no me quedará más remedio que dedicarme a desenterrar cadáveres en el cementerio de Hollywell para los alumnos de Medicina de los colleges. La gente ya no sabe apreciar la ilustre tarea de los saqueadores de tesoros.

Les hizo un gesto de despedida con la mano y se alejó hacia su portal. Alexander, August y Oliver lo vieron rebuscar dentro del bolsillo hasta que pudo dar con la llave.

—Sabéis tan bien como yo —dijo Oliver una vez que Lionel hubo desaparecido— que no es el escepticismo lo que casi le hace renunciar a este viaje. Está más asustado que nunca.

—Sí, yo también me he dado cuenta de cómo cambiaba su expresión cuando nos ha oído hablar de presagios de muerte —comentó Alexander—. Lo del pistolero que le atacó en el Valle de las Reinas lo ha marcado más de lo que yo pensaba.

—¿Creéis que realmente puede tratarse de alguien que le persigue? —susurró August.

Oliver se encogió de hombros, aunque no pudo ocultar su preocupación. Alexander dudó mientras guardaba su pipa apagada dentro de un bolsillo de su chaleco.

—Quién sabe —respondió al cabo—. Lionel nunca ha sido como los demás. Nunca ha escogido los caminos fáciles y no descarto que tenga enemigos.

—En ese caso le vendrá mejor de lo que imagina marcharse con nosotros a Irlanda para poner tierra por medio —se mostró de acuerdo Oliver—. Cuando los tres estemos de vuelta con la historia de los O'Laoire se dará cuenta de que por fin se encuentra a salvo. Y entonces todo será diferente...

## **II**

# **Agua, piedra y sangre**

A la derecha, las montañas cubiertas de niebla de las que solo podían percibirse las cimas; a la izquierda la oscura franja del mar de Irlanda que los había conducido a aquellas costas. Un arpegio de tonalidades con el que ninguno de ellos había soñado en Inglaterra porque hasta entonces no imaginaban que pudiera existir un verde tan verde.

Kilcurling se extendía ante sus ojos, esquivo y misterioso como solo podía serlo un pedazo de tierra arrancado a la ultratumba. Oliver se aclaró nerviosamente la garganta.

—Bien, la verdad es que se trata de un sitio bastante recogido y muy pintoresco...

—Un pueblo tranquilo que debe de estar pasando por momentos de gran tensión por culpa de la *banshee* —coincidió Alexander—. Me alegro de haber venido a echar una mano.

—Un agujero en el que nos moriremos de asco si no sucede algo emocionante —fue la desabrida réplica de Lionel—. En este lugar no ha pasado prácticamente nada desde el desembarco de las tropas normandas. Parece haberse quedado anclado en el tiempo.

No hacía ni cinco horas que habían puesto un pie en Irlanda, pero habían sido más que suficientes para darse cuenta de que se encontraban más lejos de Oxford de lo que dictaba la mera geografía. Habían viajado en tren hasta Liverpool, donde habían tomado un barco que los condujo al puerto de Dublín. Una vez allí consiguieron abrirse camino entre la muchedumbre que abarrotaba los muelles para montarse en una diligencia que recorría la costa oriental de la isla, parando en cada uno de los poblados del condado. Kilcurling era una de las últimas estaciones, y allí llegaron guiados por Oliver, el único capaz de comprender el gaélico, completamente indescifrable para Alexander y Lionel.

Mientras atravesaban los campos anegados por la lluvia, cargando con los bultos que habían llevado consigo, pues las máquinas del profesor serían empaquetadas en Caudwell's Castle y enviadas en barco cuando supieran dónde iban a alojarse, Alexander los entretuvo poniéndoles en antecedentes sobre lo que se encontrarían en aquella región situada a medio camino entre el mar y las montañas. Les contó cómo con la invasión normanda del siglo XII los grandes clanes de los O'Toole, los O'Byrne y los O'Laoghaire habían sido desplazados hacia el sur después de su derrota ante el ejército de Enrique II, rey de Inglaterra, duque de Normandía y Aquitania y conde de Anjou. Habían conseguido hacerse fuertes entre las estribaciones de las montañas de Wicklow, aunque no por mucho tiempo; pronto la corona inglesa se alzó con la victoria convirtiendo a Irlanda en un señorío dependiente de sus monarcas.

—Es una tierra poderosa, abrumada por el peso de su propia historia, con la que nos hemos portado de un modo muy injusto —siguió explicándoles el profesor sin

dejar de contemplar el paisaje—. No sé si estáis al tanto de la catástrofe que se produjo a mediados del siglo pasado cuando una plaga arruinó la cosecha de patata de la isla...

—En Italia conocí a una familia que tuvo que emigrar por ese motivo —contestó Lionel—. Aunque me parece que después se fueron a Canadá para empezar de cero allí.

—Muchos hicieron lo mismo —confirmó Alexander—. Se marcharon sobre todo a Estados Unidos para poder comenzar una nueva vida. También a Australia, donde por lo que tengo entendido se dedicaron sobre todo a la ganadería. Fue una auténtica desgracia que ocurriera algo semejante. Irlanda no se merecía una pobreza como la que aún puede percibirse en lugares alejados de la capital. Yo los considero unos supervivientes natos.

La llegada a Kilcurling no hizo más que confirmar sus palabras. El pueblo resultó ser mucho más pequeño de lo que habían imaginado, apenas un centenar de viviendas construidas con piedras toscamente cortadas, casi siempre desprovistas de cualquier tipo de enlucido, y con ocasionales huecos en las paredes que debían de servir como ventanas y al mismo tiempo como improvisadas chimeneas. Tenían empinados tejados cubiertos de paja en los que las constantes lluvias habían hecho germinar toda clase de malas hierbas y alguna que otra flor que se afanaba por abrirse camino hacia la luz. Mientras los tres amigos se encaminaban con su equipaje hacia el centro del pueblo, si es que contaba con algún lugar que se pudiera considerar como tal, dejaron atrás a unos vecinos que con ayuda de unas rudimentarias escaleras se encargaban de arreglar los desperfectos que la última tormenta había dejado a sus espaldas. Una muchacha se mantenía como podía en equilibrio con los pies apoyados en el último travesaño mientras un niño le alargaba un montón de paja tras otro, con los que trataba de cubrir los huecos que dejaban las vigas de madera del interior al descubierto. Al reparar en su presencia dejaron de hablar entre ellos en gaélico, y la chica tuvo que agarrarse a la escalera para no caerse por el miedo que le había causado la aparición de tres desconocidos. Realmente la señora Spillane no había exagerado: en los ojos de cada una de las personas con las que se cruzaron se leía el mismo miedo del que les había hablado en su carta, el temor de que en cualquier momento la delgada barrera que separaba el mundo de los vivos del de los muertos se hiciera añicos.

No tardaron en desembocar en un pequeño espacio abierto entre las casas, una plazoleta que olía mucho a pescado y salitre y que debía de servir como mercado. Unas cuantas personas desmontaban unas lonas precariamente colocadas sobre armazones de madera, detrás de los cuales distinguieron con alivio la enseña de lo que parecía ser un pub, tan pequeño que dentro de The Turf Tavern cabrían tres o cuatro como ese, pero un pub a fin de cuentas en el que podrían alojarse.

—No es que sea gran cosa, pero nos servirá durante unos días —comentó Alexander con optimismo. Sorteó unas cajas con verduras que se habían echado a

perder para dirigirse hacia allí—. No tiene sentido que nos pongamos a llamar a las puertas para tratar de dar con la casa de los Spillane; dentro de un par de horas se hará de noche y aún tenemos que acercarnos al castillo de Maor Cladaich para conocer a sus propietarias.

«The Golden Pot», se leía en rizados caracteres de inspiración celta en la enseña deslucida por el tiempo. Cuando entraron con dificultad en el local, procurando no golpear el marco de la puerta con las maletas, se dieron cuenta de que el nombre resultaba un tanto presuntuoso. No había ninguna olla de oro, nada más que una habitación con el suelo cubierto de serrín, las paredes mustias decoradas con carteles de propaganda y un mostrador que ocupaba uno de los laterales hecho de la misma madera oscura que las mesas redondas destinadas a los parroquianos. En aquel momento no había ninguno; los únicos que se encontraban en el pub eran un hombre alto de mediana edad, con los hombros anchísimos y el cabello ralo de un tono entre rubio y rojizo, y una muchacha con toda la pinta de ser su hija. Ambos hablaban en voz baja mientras restregaban el mostrador, que apenas podía verse debajo de unos panzudos barriles de cerveza Beamish, Murphy's y Smithwick's que casi hicieron que Lionel comenzara a salivar. Llevaba muriéndose de sed desde que dejaron Dublín.

Los dos se quedaron tan perplejos ante la visión de aquellos hombres como los vecinos con los que se habían cruzado antes. Era evidente que los forasteros que se dejaban caer por Kircurling al cabo de un año podían contarse con los dedos de una mano. Padre e hija intercambiaron una mirada de extrañeza.

—*Háigh!* —saludó el dueño con cierta prevención—. *An bhféadfainn cabhrú leat?*

Alexander se volvió hacia Lionel, algo preocupado. Este se encogió de hombros.

—Tenemos un filólogo, ¿no? —Y le dio un golpecito en la espalda a Oliver para que se adelantara—. Vamos, haz lo que se te da mejor. Me muero de ganas de echar un trago.

Oliver dejó escapar un suspiro y soltó su remendada bolsa de viaje para acercarse.

—*Tráthnóna mhaith duit. Is mise Oliver Saunders. Is iriseoirí muid, mé féin agus mo chairde.* —Se volvió hacia sus dos amigos para señalarles con la mano—. *Beidh muid ag fanacht sa bhaile seo ar feadh cúpla seachtaine. An bhfuil seomra le haghaidh dúinn?*

A la chica se le abrió la boca mientras le escuchaba hablar. Su padre los observó con renovado interés.

—¿Ingleses? —preguntó al cabo de unos segundos—. ¿Periodistas, ha dicho?

—Pasaremos un par de semanas en el pueblo —repitió Oliver para que los demás lo pudieran comprender— y nos preguntábamos si les quedarían habitaciones para nosotros.

El hombre soltó el trapo encima del mostrador. «Lig dom pas a fháil», dijo en voz baja a su hija para que le dejara pasar. Ella se hizo a un lado, aunque sin apartar los ojos de Oliver, pues probablemente era la primera vez que veía a un hombre con el

pelo tan largo.

«No está nada mal la muchacha», se dijo Lionel tratando de imaginar los encantos que se escondían debajo de aquel sencillo vestido de un color indefinible. No debía de tener más de dieciocho años, veinte como mucho, aunque en la dulzura de su mirada del color del mar se habían diluido ciertas gotas de la desconfianza propia de alguien que ha tenido que madurar detrás de un mostrador, aprendiendo cómo plantar cara a más de un cliente. Una gruesa trenza de la que se escapaban algunos mechones de un rubio rojizo caía sobre su hombro derecho, y parecía atrapar y devolver los reflejos del sol de la tarde que entraba por las ventanas.

—Mi hija Fiona —fue la presentación del dueño del pub. Ella se puso tan roja como un tomate maduro—. Yo soy Donnchadh Lawless. Sean bienvenidos a mi casa, aunque lo cierto es que hacía mucho que no hospedábamos a nadie. Casi toda nuestra clientela se limita a los parroquianos que vienen cada tarde a apurar unas pintas después del trabajo.

—Será un cambio muy agradable —dijo Fiona a media voz—. Padre, ¿podríamos...?

—Hay unos cuartos en el piso de arriba que nos servirán. No esperen ninguna de las comodidades que tendrían en un hotel, por supuesto; aquí somos personas sencillas. Por lo general los usamos como almacenes, pero en un par de horas pueden estar preparados para ustedes. Y tenemos unos cuantos colchones bastante cómodos. —Era evidente que aquel buen hombre se esforzaba por hacerse entender, pronunciando muy despacio cada palabra—. ¿Les apetecería tomar algo mientras? ¿Unas pintas de la mejor cerveza local?

Lionel no pudo contener un suspiro de infinito alivio, pero, antes de que pudieran aceptar, la muchacha se deslizó hacia su padre sin hacer más ruido que un gato. Le puso una mano en el brazo mientras le decía en voz baja, sin atreverse a abandonar el inglés:

—¡Un par de horas es muy poco tiempo! ¡Sabes que Jemima no vuelve hasta la noche y yo sola no seré capaz de adecentar los colchones mientras tú te ocupas de la clientela!

—No hace falta que se apuren tanto... —trató de intervenir Oliver, un poco incómodo.

—No se preocupen —le tranquilizó Donnchadh—. Nos las apañaremos para que tengan un sitio donde dejarse caer al final del día. Fiona se refería a mi otra hija, Jemima... Es la mayor, la única que no trabaja en el pub con nosotros. Sirve en Maor Cladaich, la antigua fortaleza situada en la cima de la colina. Nunca regresa a casa hasta que se ha hecho de noche...

—¿Maor Cladaich? —le interrumpió Alexander—. ¿El castillo de la familia O'Laoire?

Donnchadh parpadeó. Fiona los observaba de uno en uno con creciente curiosidad.

—Exactamente, caballero, a ese me refiero. Aunque no es que me haga muy feliz la idea de que mi niña pase tanto tiempo en aquella covacha. Cualquiera día se vendrá abajo.

—Allí es donde nos dirigimos nosotros —le explicó Alexander—. Habíamos pensado entrevistarnos con la señora O’Laoire esta tarde. ¿Qué puede decirnos sobre ella? ¿Cree que accederá a recibirnos después de lo que sucedió en Kilcurling hace unas semanas?

—¿Se refiere a la muerte de Fearchar MacConnal la noche en que cenó en su casa?

Una extraña tensión parecía haberse instalado en el local. De repente parecían ser conscientes de que estaban hablando demasiado alto de asuntos bastante comprometidos.

—Han llegado a nuestra redacción ciertos rumores sobre lo ocurrido. Nadie parece explicarse cómo un hombre tan sano como una manzana pudo caer muerto en el acto...

—Tampoco aquí —respondió Donnchadh con aire sombrío—. Les aseguro que ha sido una gran pérdida para nosotros. Fearchar MacConnal era uno de nuestros parroquianos más queridos. Siempre solía sentarse en esa mesa de ahí —señaló con la cabeza hacia el extremo opuesto del local—, dispuesto a echar unas partidas de cartas antes de marcharse a su casa. No daba importancia a ser uno de los hombres más ricos de los alrededores. Era tan sencillo como un pescador. Tan amable como el que más. Solía invitar a una ronda cada vez que paría una de sus yeguas, lo que ocurría muy a menudo...

—Ahora comprendo por qué su muerte apenó tanto al vecindario —murmuró Oliver.

—No era para menos —rezongó Lionel. La perspectiva de que la prometida cerveza no llegara nunca empezaba a ponerle de mal humor—. Tenía dinero a espuestas para invitar a quien quisiera cogerse una buena con él. ¡Hasta la *banshee* debió alegrarse de conocerle!

A Fiona se le cayó uno de los vasos que estaba colgando sobre el mostrador. De su boca escapó un pequeño grito, que nada tenía que ver con las esquirlas de cristal que de repente saltaron en todas las direcciones. Se había quedado mirando a Lionel con los ojos abiertos de par en par. Oliver soltó un resoplido.

—Siempre tan discreto. Empiezo a pensar que deberías haberte quedado en Oxford.

—Le ruego que no le haga caso a mi amigo, señorita. —Alexander trató de dibujar en su rostro una sonrisa tranquilizadora—. Digamos que es un poco escéptico en cuanto a...

—¿Cómo saben lo de la *banshee* de los O’Laoire? —preguntó ella en un hilo de voz.

—Bueno... Realmente es eso lo que nos ha traído a este lugar. Somos periodistas,

tal como les ha dicho el señor Saunders, y nos gustaría saber qué sucedió realmente aquella noche. —Alexander levantó las palmas de las manos—. Y arrojar un poco de luz sobre este asunto si conseguimos demostrar que no se trata de una leyenda. Que la *banshee* existe.

—Por supuesto que existe —susurró Donnchadh—. Por desgracia para todos nosotros.

Se había puesto tan blanco como la leche. Una fina película de sudor recubría su amplia frente, y el hombre se apresuró a secársela con una de las puntas de su delantal.

—Ya me imaginaba que no estarían interesados en averiguar nada sobre el precio de las patatas en el mercado. ¿Son unos periodistas especializados en las nuevas ciencias?

—Más o menos. —Ahora la sonrisa de Alexander era mucho más sincera, y al mismo tiempo más triste.

—¿Y están aquí para averiguar la causa de la muerte de Fearchar MacConnal? Eso es más propio de unos detectives, ¿no creen? ¿O lo que quieren es atrapar a la *banshee*?

—No creo que sea posible hacerlo —se apresuró a aclarar Oliver al darse cuenta de que Fiona temblaba como una hoja—. Tampoco pretendemos molestar a esa criatura, *mo chara*. Simplemente queremos comprender qué es, y cómo ha podido seguir existiendo durante tantos siglos. Les garantizo que nada de lo que hagamos les pondrá en peligro.

La muchacha se había hecho un corte en un dedo, y Oliver sacó su pañuelo para envolverlo con él. Lionel puso los ojos en blanco: si alguna chica le mirara a él como Fiona miraba a Oliver, ya se las habría arreglado para conducirla al piso de arriba con cualquier excusa relacionada con la preparación de las camas. Pero Oliver nunca se daba cuenta de nada.

—Bien —comentó Alexander mientras se acercaba a una de las ventanas para mirar cómo las sombras se apoderaban poco a poco de la plaza del mercado—, supongo que lo mejor será que nos acerquemos a presentar nuestros respetos a la señora O’Laoire antes de que pase la hora del té. —Lionel dejó escapar una queja, aunque Alexander no le prestó la menor atención; ya tendría tiempo para beber—. Así no les molestaremos mientras nos preparan las habitaciones. Ha sido de lo más amable contándonos todo esto, amigo mío.

—No tienen que agradecermelo. Lo que espero es que se anden con cuidado.

—Procuraremos no atraer la mala suerte sobre nosotros ni sobre ninguno de ustedes si podemos evitarlo. —Alexander le hizo un gesto con la cabeza a sus compañeros para que le siguieran fuera del pub; Donnchadh les acompañó. Dejaron a Fiona enroscando silenciosamente el pañuelo de Oliver alrededor de su dedo y las maletas sobre las tablas cubiertas de serrín—. ¿Decía que la colina en la que se levanta Maor Cladaich está cerca?

—Demasiado cerca para mi gusto —murmuró el irlandés—. Miren hacia la izquierda.

Los tres amigos se volvieron al mismo tiempo en la dirección que el hombre les indicaba. Al principio no vieron más que una iglesia situada en un lado de la plaza, una construcción de piedra oscura que parecía haber sido restaurada en numerosas ocasiones aunque aún amenazara con derrumbarse. Tardaron un momento en comprender que la colina de la que les hablaba Donnchadh se encontraba detrás de aquel edificio..., una pronunciada pendiente recubierta de hierba de la que surgía cada medio metro una cruz de piedra con decoraciones celtas. La colina era el cementerio de Kilcurling, una franja de un profundo verde esmeralda que mediaba entre la tierra y el cielo. Y detrás del cementerio, en lo más alto de la colina, sobrevolando el acantilado que habían contemplado al acercarse por la carretera, asomaba una silueta...

—Son las almenas de Maor Cladaich. Los remates del antiguo castillo medieval que presencié tiempos mejores, aunque en el caso de los O’Laoire parece cierta la creencia de que cualquier tiempo pasado fue mejor —les explicó Donnchadh a media voz—. Tienen que dejar atrás una verja, aunque no se preocupen; mi hija Jemima siempre la suele dejar abierta. Nadie en su sano juicio se acercaría a hacer una visita, ni mucho menos a robar.

—Entonces nos recibirán con todos los honores —rezongó Lionel—. ¡Estamos de suerte!

Su mal humor parecía empeorar a cada momento, aunque ni Alexander ni Oliver le prestaron atención. El profesor se volvió hacia Donnchadh; acababa de recordar algo.

—Una cuestión más antes de marcharnos. ¿Conoce usted a una tal señora Spillane?

—¿Spillane? —se sorprendió Donnchadh—. Nunca he oído ese apellido.

—¿Está usted seguro? —preguntó Oliver tras cruzar con Alexander una mirada de desconcierto—. Pensábamos que en Kilcurling vivía una mujer llamada así. Lisa Spillane.

Pero el dueño del pub negó con la cabeza. No había sombra de duda en su rostro.

—Tienen que haberse confundido. Este pueblo es muy pequeño, caballeros; aquí todas las familias se conocen y les aseguro que no he oído hablar de ningún Spillane. De hecho me parece que tampoco hay ninguna mujer llamada Lisa. Debe de ser un error.

Alexander guardó silencio un instante, aunque acabó encogiéndose de hombros. Ya habría tiempo para tratar de aclarar aquel asunto. Se despidieron de Donnchadh y se dirigieron hacia la colina, subiendo por la pendiente del cementerio. Allí se encontraron con algunas ancianas que los miraron de reojo sin dejar de rezar arrodilladas ante las sepulturas de sus seres queridos. A través de las ventanas de la iglesia se escapaba un coro de voces cascadas entonando un himno, y las sentencias

en latín los acompañaron hasta mucho después de haber dejado atrás el recinto funerario.

Una bandada de grajos pasó por encima de sus cabezas cuando se detuvieron ante la verja de la que les había hablado el dueño del pub. Se perdieron entre las ramas de los árboles que se apoderaban casi por completo de los jardines que rodeaban el castillo, tan invadidos por la maleza que desde allí era imposible reconocer las almenas mordisqueadas por el viento que soplaba del mar. En realidad, como comprobó Alexander tras inspeccionarla, lo que rodeaba el recinto no era tanto una verja como los restos de una antigua muralla construida en la misma época que el castillo. En algunas partes sus lienzos de piedra se habían derrumbado, dejando una acumulación de cascotes desordenados que la lluvia había tapizado de musgo a lo largo de los siglos, y en aquellos huecos se habían colocado algunos barrotes de hierro y una puerta desvencijada. Tal como les había advertido Donnchadh, no tuvieron que llamar a nadie para que acudiera a abrirles. La puerta giró ruidosamente sobre sus goznes cuando Oliver se apoyó en ella.

—Da escalofríos —dijo a media voz mientras se internaban en los jardines. El silencio había caído sobre los tres amigos como un manto que acompañara la llegada de la noche, un manto en el que cada sombra adquiriría vida propia, con miles de ojos observándoles desde la espesura, o por lo menos eso les pareció—. Da auténticos escalofríos, de verdad —siguió diciendo Oliver—. ¿No tenéis la sensación de que algo está siguiéndonos desde que nos hemos acercado a la verja? ¿Algo... o más bien alguien?

—Es la misma sensación que me asaltó al entrar en la tumba de Meresamenti —dijo Lionel tras unos segundos de vacilación—. Ya tendríamos que estar acostumbrados a ella.

Los tres habían estado en unas cuantas casas a las que la imaginación popular consideraba encantadas, y que solo en algunos casos lo estaban realmente. Pero cruzar el umbral de Maor Cladaich les había hecho sentir algo muy distinto, como si en cada una de las partículas de polvo que danzaban alrededor de sus cabezas se condensara la agonía de un alma en pena cuyos días hubieran concluido en aquel lugar.

Siguieron avanzando en silencio en dirección a la fortaleza que cada vez podían distinguir mejor tras las ramas de los árboles. Los jardines concluían de una manera muy brusca a la derecha, en la parte donde el terreno descendía en una vertiginosa pendiente convirtiéndose en un acantilado. Allí no había muralla ni barrotes de hierro: lo único que impediría que alguien pudiera precipitarse sobre las afiladas rocas en las que rompía el oleaje sería la cordura. Oliver sintió cómo se le aceleraba el corazón cuando reparó en unos rostros de piedra que asomaban entre la espesura. Unas esculturas de mujeres diseminadas por los jardines parecían seguir atentamente sus pasos, con sus ojos carentes de pupila completamente abiertos en la penumbra. Alguna se encontraba a punto de desmoronarse y se inclinaba sobre la hierba

mientras un par de grajos rozaban su nuca con las alas al dirigirse hacia el castillo. El muchacho, más emocionado a cada momento, se preguntó cómo era posible que aquel recinto pudiera resultar mucho más siniestro que el cementerio abarrotado de cruces y de lápidas que acababan de atravesar.

—¿Sabes algo sobre el castillo? —le preguntó a Alexander, apretando el paso para no quedarse atrás—. ¿Has dado con algún dato interesante sobre su construcción?

—No gran cosa —reconoció el profesor—. Estuve buscando algo de información en la Union Library antes de marcharnos de Oxford, pero lo único que averigüé era que en un principio había existido en este lugar una fortificación de madera encargada de proteger la costa de los ataques piratas. Creo que hubo un incendio y lo que se mandó construir sobre sus ruinas fue este segundo castillo de piedra...

—La vieja historia de siempre —comentó Lionel—. ¿Y Maor Cladaich significa algo?

—«Vigilante del mar» en gaélico —respondió Oliver de inmediato—. Lo pensé cuando Alexander nos habló por primera vez de este sitio, pero no me di cuenta de lo que quería decir realmente su nombre. No hasta que he visto lo cerca que se encuentra del acantilado.

Al doblar el último recodo del camino se encontraron con una panorámica mucho más completa de la casa. Los tejos que la rodeaban no les permitían contemplar sus detalles, pero aun así se dieron cuenta de que del antiguo complejo no quedaba en pie más que la torre de guardia en la que los O'Laoire se habían instalado, una pesada estructura cuadrada de piedra gris unida con argamasa que apenas contaba con un puñado de aspilleras. Los últimos resplandores del atardecer arrancaban destellos a las altas vidrieras situadas en la parte delantera, demasiado estrechas para poder reconocer sus motivos ornamentales.

—Muchos de los castillos de la isla fueron construidos después de la invasión de los normandos, pero en el caso de Maor Cladaich se trata de un edificio anterior —prosiguió Alexander agachando la cabeza para que las ramas más bajas de uno de los árboles no le dieran en la cara—. La estructura original cuenta con algunos añadidos realizados con una piedra más clara, como las almenas en las que han anidado todos esos grajos. De los siglos doce o trece, me atrevería a decir. La capilla construida en lo alto de la torre —dijo señalando su descolorido remate con un dedo— también debe de datar de esa época.

Ya podían distinguir a lo lejos el gran portón claveteado rodeado por una orla de enredaderas que habían crecido caprichosamente a su alrededor. La fascinación de Oliver no hacía más que aumentar mientras se encaminaba detrás de sus amigos en aquella dirección. Estaba a punto de preguntarle a Alexander si no habría habido un foso alrededor de Maor Cladaich en algún momento de su historia cuando le distrajo un repentino movimiento a su derecha, en la parte de la arboleda cercana al acantilado.

Al principio pensó que se trataría de alguno de los grajos que había descendido a los jardines de la casa. Le llevó un par de segundos darse cuenta de qué era lo que había llamado realmente su atención: algo de color blanco que se había deslizado sin hacer ruido entre los troncos de los árboles. Algo que se parecía demasiado a un vestido.

Oliver se detuvo en seco. Sus ojos ascendieron por los retazos de tela que podían entreverse al otro lado de la espesura, apartando una delgada rama para avanzar en su dirección, y después otra..., aunque cuando se dio cuenta de lo que era se quedó inmóvil.

Había una figura femenina de pie en medio de la arboleda. Una mujer de larguísimos cabellos rubios, con la piel tan blanca como la nieve, los ojos tan abiertos como los de una lechuza y la postura tan rígida como las de las esculturas de piedra que habían dejado atrás. Permanecía completamente quieta con las manos abandonadas a ambos lados, sin apartar su mirada de Oliver.

—Twist, ¿qué diantres estás haciendo? —oyó decir a Lionel desde lo que parecía ser una dimensión distinta, la que pertenecía a los vivos—. ¿Te ha comido la lengua el gato?

Oliver abrió la boca, pero no pudo articular ni una palabra. La sangre parecía haber huido de su cuerpo en cuanto puso los ojos sobre aquella aparición. Era tan blanca que casi hacía pensar en una extraña condensación de la niebla. La única nota de color la ponía la capa gris que arrastraba a sus espaldas.

—¿Oliver? —Esta vez era Alexander quien le llamaba. El ruido de las ramas caídas crujiendo bajo sus zapatos y los de Lionel le hizo comprender que habían desandado sus pasos para dar con él—. ¿Dónde te has metido, Oliver? ¿Has encontrado algo interesante?

Oliver tragó saliva ruidosamente. La aparición también debió darse cuenta de que se acercaban otros dos hombres, porque la vio levantar las manos, tan pequeñas como las de una niña, para echarse una capucha sobre la cabeza. El muchacho dio un par de pasos en su dirección, pero cuando quiso darse cuenta había desaparecido. El borde de su capa se había perdido entre los hambrientos matorrales como si nunca hubiera estado ahí. «Como si fuera un fantasma», pensó Oliver, aturdido.

Estuvo a punto de dar un salto cuando sintió la mano de Alexander en su hombro.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el profesor, frunciendo el ceño mientras le observaba—. ¡Estás tan pálido que parece que te hubieran aplicado unas sanguijuelas!

Oliver sacudió la cabeza, sobrecogido. Se llevó una mano temblorosa a la frente.

—Sé que vais a pensar que me he vuelto loco, completamente loco...

—Ya lo pensamos de vez en cuando —admitió Lionel arqueando las cejas—. Lo que pasa es que no te lo decimos para no meter el dedo en la llaga. ¿A qué viene todo esto?

—A que la acabo de ver. La *banshee* de los O’Laoire realmente existe, y... —

Volvió a tragar saliva antes de añadir en un tono de voz más quedo—: Me ha mirado a los ojos.

Durante unos segundos sus amigos no hicieron más que mirarle, tratando de leer en su rostro la verdad. Al final fue Lionel quien se decidió a hablar.

—Acabas de encontrarte cara a cara con la *banshee*. —Y no era una pregunta.

—Estaba ahí, Lionel... Justamente ahí, en medio de la arboleda —murmuró Oliver alargando una mano en esa dirección—. Me estaba mirando como si pudiera leer dentro de mi alma..., como si lo supiera todo sobre mí..., incluso la hora exacta de mi muerte...

Aquello dejó a Lionel tan perplejo que ni siquiera se le ocurrió reírse. Alexander tampoco lo hizo, aunque siguió sin apartar los ojos del pálido semblante del muchacho.

—Me parece que lo que te acaba de suceder —le dijo finalmente— es que estabas tan condicionado de antemano por la posibilidad de encontrarnos con una auténtica *banshee* irlandesa que has acabado viendo lo que más querías ver. No digo que se tratara de una alucinación, pero puede haber sido otra cosa... como un rayo de sol entre los árboles...

—Alexander, sabes tan bien como yo que eso no tiene ningún sentido. Siempre me habéis considerado el más fantasioso de los tres, pero te aseguro que en estos momentos no me dejaría engañar por algo tan simple como un rayo de sol. Te digo que estaba aquí.

Se adentró aún más en la arboleda, apartando las ramas que le salían al paso, y a Alexander y Lionel no les quedó más remedio que hacer lo mismo.

—Aquí. —Oliver se detuvo de repente—. En este lugar, bajo estos mismos árboles. Era como si se acercara a Maor Cladaich desde el extremo opuesto de los jardines... —Se dio la vuelta para escudriñar lo que se extendía más allá de los tejos, pero la espesura era tan densa que no había manera de distinguir casi nada a más de cinco metros de distancia—. Desde el acantilado.

—A lo mejor se dedica a pescar en sus ratos libres —aventuró Lionel con sorna.

Oliver le dirigió una mirada con la que podría haber partido en dos un diamante.

—¿Qué aspecto tenía esa supuesta *banshee*? —quiso saber Alexander, conciliador.

—El de una mujer rubia. Una especie de hada con el cabello muy largo y sedoso...

—¿Así que adopta la apariencia de una joven? Eso es curioso, realmente curioso. No sé por qué me la imaginaba como una anciana demacrada con un rostro esquelético.

—No, Alexander, no había nada macabro en ella. Tampoco iba envuelta en un sudario hecho jirones. Llevaba un vestido blanco y una capa gris con la que se cubrió la cabeza al oír vuestros pasos...

—Ah, así que no se manifiesta delante de todo el mundo. Ha resultado ser

bastante selectiva con su público —comentó Lionel, más escéptico a cada instante, dándole unas palmaditas a Oliver en la espalda—. No sé si debemos felicitarte o compadecerte por esto.

—Yo tampoco lo sé —contestó Oliver en voz baja—. No sé cómo me siento en estos momentos. Se supone que tendría que estar aterrorizado por haberla visto, pero...

Se quedó callado. Alexander y Lionel se miraron, y el profesor insinuó:

—¿Quieres decir que has sentido algo más intenso que el terror? ¿A qué te refieres?

—A que era hermosa... de una extraña manera. Lo más hermoso que he visto nunca.

Lionel soltó un resoplido; era evidente que se le había acabado la paciencia. Las palmaditas que le estaba dando en la espalda se acabaron convirtiendo en un empujón.

—Esta ha sido la gota que ha colmado el vaso. Ni se te ocurra seguir adelante con eso que acabas de insinuar. Me parece estupendo que quieras hacer de la *banshee* una de tus musas particulares, pero de ningún modo —le soltó, dándole otro empujón para que regresara sobre sus pasos hacia Maor Cladaich— voy a permitir que te encapriches de un espíritu.

—¿De dónde has sacado esa idea? ¿Qué te hace pensar que yo...?

—Como si no nos conociéramos. Puedes enfadarte todo lo que quieras, pero los dos sabemos que se te hace la boca agua al pensarlo. Parece la trama de uno de tus relatos góticos. ¿De qué tratará el siguiente? ¿De una médium enamorada de un fantasma?

—Será mejor que llamemos a la puerta antes de que sea tarde —propuso Alexander.

Seguía mirando a Oliver con preocupación, pero el muchacho parecía tan incómodo y al mismo tiempo tan anhelante por lo que había visto, o por lo que había creído ver, que prefirió no hacerle más preguntas. Por lo menos hasta que se encontraran de regreso en The Golden Pot después de haberse entrevistado con la dueña del castillo.

Subieron los peldaños que los separaban del portón. Una gruesa aldaba de bronce colgaba de su centro, y Alexander la agarró para descargar dos golpes contra la madera.

—Ya sé cómo quitarte esta tontería de la cabeza —le oyó decir a Lionel a sus espaldas mientras aguardaban a que alguien acudiera a abrirles—. Lo que necesitas ahora mismo es conseguir intimar con una mujer de carne y hueso que te haga olvidar a esas criaturas sobrenaturales que te vuelven tan loco. Esta noche le pediré a la encantadora Fiona Lawless que te haga compañía cuando Alexander y yo nos retiremos a nuestros dormitorios. Estoy seguro de que con esos preciosos ojos azules logrará que entres en...

Lionel no llegó a acabar la frase. Unos ojos idénticos a los que estaba describiendo aparecieron de repente en la abertura que había dejado una de las pesadas hojas al apartarse unos centímetros. Por supuesto, los ojos formaban parte de un rostro, y el rostro de un cuerpo. Una joven de unos veinte años acababa de asomarse al exterior.

—*Cad ba mhaith leat?* —preguntó sin poder ocultar su desconcierto.

—Buenas tardes —la saludó Alexander—. Me imagino que usted es Jemima Lawless.

Los ojos se entornaron hasta quedar reducidos a dos rendijas.

—Eso tengo entendido. ¿Cómo lo saben? ¿Y quiénes se supone que son ustedes?

—Huéspedes de The Golden Pot durante los próximos días —le explicó el profesor, inclinando la cabeza—. Su padre nos avisó de que la encontraríamos en Maor Cladaich.

Jemima Lawless permaneció unos segundos sin moverse hasta que acabó abriendo el portón para ellos. Iba vestida como la doncella de una rica casa señorial, con un uniforme azul oscuro, un delantal blanco y una cofia con encajes descoloridos.

—*Dia dhaoibh* —les saludó—. Que Dios esté con ustedes. —Y al reparar por primera vez en Oliver, añadió mientras hacía una coqueta genuflexión—: ¡A su servicio!

Se parecía lo bastante a Fiona para adivinar su parentesco, aunque existían ciertas diferencias entre ambas. Jemima era más pequeña y compacta, de curvas más rotundas que se insinuaban tentadoras bajo su soso vestido; tenían el mismo cabello de un rubio rojizo, aunque el suyo era más rebelde, con los rizos a duras penas comprimidos por la cofia; sus ojos, aunque igual de claros, miraban de manera muy distinta, con los párpados velando las pupilas en un deje malicioso. Sus labios eran más carnosos y en cierto modo provocadores. Su barbilla era la misma, aunque siempre alzada un par de milímetros más que la de su hermana. En resumidas cuentas, podría haber sido tan bella como Fiona, pero en lugar de eso resultaba tan carnal que rozaba la vulgaridad.

Lionel la encontró de lo más apetecible. La aparición de aquella nada sutil ninfa en el quicio de la puerta le devolvió algo de su buen humor, sobre todo cuando se acordó de que Jemima solía regresar de noche a Kilcurling para dormir con su padre y su hermana.

—Confío en que no le parezcamos maleducados a su señora por presentarnos de esta manera en su casa, sin que nadie nos haya presentado —continuó Alexander mientras la chica les dejaba pasar al vestíbulo—. No hemos tenido tiempo; acabamos de llegar y...

—¿Quieren ver a Rhiannon, mi patrona? —preguntó Jemima, enarcando una ceja con escepticismo—. No estoy segura de que le apetezca recibirles, la verdad.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Oliver sin dejar de contemplar el vestíbulo.

Debía de haber sido en su momento el patio de armas del castillo, aunque más

tarde lo habían cubierto con unas recargadas bóvedas góticas y habían construido en su muro septentrional una escalera doble que ascendía hasta el primer piso.

—Bueno, es que nunca recibe a nadie, pero porque nunca hay nadie que suba hasta aquí arriba para visitarla —dijo Jemima encogiéndose de hombros—. No es precisamente una persona muy popular. La verdad es que a mí también me gustaría saber a qué han venido.

—Me temo, señorita, que eso solamente concierne a su patrona —replicó Alexander.

—No hay por qué ser tan desagradable, hombre —exclamó Lionel mientras Jemima arrugaba la nariz—. No le haga ningún caso, señorita Lawless. Tiene usted tanto derecho a enterarse de lo que nos ha traído a Kilcurling como la señora O’Laoire. Si nos vamos a embarcar en esta investigación, conviene que tengamos en cuenta a todos los testigos...

—¡Ah! —Ahora los ojos de Jemima relucieron—. ¡Ustedes quieren averiguar qué le sucedió a MacConnal! ¡Vuelan rápido las noticias si han llegado hasta Inglaterra!

—Creo que será mejor que me dejes conducir esta entrevista —contestó Alexander dirigiéndole a Lionel una mirada de reproche—. Primero nos ocuparemos de la anfitriona del difunto señor MacConnal, y más tarde de las personas que lo vieron por última vez con vida en Maor Cladaich. Si no te gustan mis métodos más vale que guardes silencio.

Lionel sacudió la cabeza con aire de resignación. A Jemima se le escapó una risita, mirándole de reojo mientras los conducía por uno de los tramos de la escalera hacia el piso superior. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que lo que Lisa Spillane le había contado a Alexander sobre los problemas económicos por los que estaban pasando los O’Laoire debía de ser cierto. El corredor por el que Jemima les precedió presentaba un aspecto desangelado, con los muros de piedra completamente desnudos, sin nada más que un par de tapices desvaídos por el paso del tiempo y unos rectángulos de color claro donde hasta hacía poco había habido cuadros.

«Apenas queda rastro del antiguo esplendor del clan», pensó el profesor mientras doblaban una esquina, con sus pasos amortiguados por una alfombra que discurría como el hilo de Ariadna por aquel laberinto medieval. «Debe de haber sido muy doloroso para esta familia asumir que los tiempos han cambiado para mal. Apuesto a que la mitad de su patrimonio ha acabado en los últimos años en manos de anticuarios sin escrúpulos.»

—Aquí es —anunció Jemima de repente, deteniéndose delante de una puerta—. Esta es la salita de la señora; aquí pasa la mayor parte del día. Creo que ahora está cosiendo.

Abrió la puerta sin molestarse en llamar primero para pedir permiso. Se trataba de una habitación pequeña pero acogedora, evidentemente más moderna que el vestíbulo. Las paredes estaban cubiertas por una seda verde agua y las cortinas eran de un tono algo más oscuro, recogidas con unas abrazaderas entretejidas con hilo de

plata. En una esquina había un arpa, en otra una pequeña mesa sobre la que descansaba una escribanía de palo de rosa, y al lado de la chimenea encendida, unos sillones y un par de divanes.

La propietaria de Maor Cladaich estaba sentada en uno de ellos, zurciendo lo que Alexander creyó reconocer como un antiguo vestido de baile. No se molestó en apartar los ojos de su labor; aquellas interrupciones debían de ser habituales.

—*Cá mhéad uair a dúirt mé leat glaoch roimh dul isteach?* —suspiró.

—Tiene visita, señora —anunció Jemima en inglés.

La señora O’Laoire alzó la cabeza. La aparición de aquellos tres desconocidos la dejó reducida al silencio, momento que aprovechó Jemima para escabullirse. Durante unos segundos la mujer no pudo hacer más que mirarles, hasta que dejó el vestido sobre el brazo del diván y la aguja en un alfiletero que tenía a sus pies, dentro de un cesto de costura.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa —reconoció en voz baja, poniéndose en pie—. No esperaba recibir visitas esta tarde... ni en un considerable período de tiempo, la verdad.

Debía de tener unos cuarenta años, aunque seguía poseyendo una hermosura que muchas jóvenes de veinticinco querían para sí. Llevaba el cabello rubio recogido en una redcilla sujeta a una diadema plateada, y sus ojos eran grises, tan fríos como dos pedazos de hielo y avivados por un resplandor de inteligencia que advirtió a Alexander de que aquella no era una mujer a la que conviniera tomar a la ligera. Vestía de una manera curiosamente sencilla, y sobre su pecho descansaba un único adorno: un pequeño guardapelo de plata de los que solían usar las viudas adineradas para llevar consigo reliquias de sus familiares muertos. Alexander inclinó la cabeza ante ella.

—Es un placer conocerla, señora. Soy el profesor Alexander Quills, y estos —señaló con la mano a sus compañeros— son el señor Lionel Lennox y el señor Oliver Saunders.

—Encantado —la saludó Lionel con su tono más formal mientras Oliver asentía con la cabeza, demasiado intimidado para atreverse a apartar los ojos de sus propios zapatos.

—El placer es mío —contestó ella. No tuvo más remedio que señalarles el otro diván para que dejaran sus abrigos en él, aunque su expresión dejaba claro que su presencia en Maor Cladaich le resultaba, cuando menos, inquietante—. Pero me temo que esta tarde no podré ser la mejor de las anfitrionas; como no me avisaron de su visita, no tengo preparado ningún refrigerio para ustedes. Sé que es muy descortés por mi parte, pero...

A Alexander le costó reprimir una sonrisa. El sentido de sus palabras no podía estar más claro, aunque no se dejó amedrentar.

—No se preocupe por eso. Comprendo que habría sido más educado ponernos en contacto con usted nada más llegar a Kilcurling, pero los asuntos que nos han traído a

este lugar nos parecían demasiado delicados para tratarlos por escrito. Hemos oído tantas cosas sobre Maor Cladaich y sobre Rhiannon O’Laoire que estábamos deseando...

—Rhiannon Bean Uí Laoire —le interrumpió ella de repente. Alexander se quedó mirándola con tanta extrañeza que se vio obligada a aclarar—: Es mi nombre de casada, y también de viuda. El apellido de mi marido era O’Laoire, pero el mío es Bean Uí Laoire.

—Es lo que suele hacerse en Irlanda —les explicó Oliver en voz baja—. En el caso de las jóvenes sucede algo parecido. El apellido de una soltera suele empezar por «Ní» si...

No tuvo oportunidad de acabar la frase. Algo había llamado de repente su atención, algo blanco que acababa de aparecer en el límite de su campo visual. Cuando se volvió instintivamente en aquella dirección dio un respingo: allí se encontraba de nuevo la *banshee*. Ya no llevaba puesta la larga capa gris que arrastraba por los jardines, pero su vestido del color de la nieve seguía siendo el mismo, y también los cabellos dorados y los ojos claros que Oliver había considerado su irremediable pasaporte al Más Allá. Nadie había oído sus pasos; tal vez les había seguido de manera invisible cuando entraron en el castillo. Permanecía muy quieta en el umbral de la salita, con el mismo aspecto desubicado que había tenido en los jardines.

—Oliver —dijo Alexander en voz baja al darse cuenta de que el muchacho se había quedado paralizado—. ¿Qué te sucede? ¿No será de nuevo...? —Y entonces se dio la vuelta y se encontró cara a cara con la misma aparición que había dejado a Oliver sin palabras.

Casi estuvo a punto de pasarle lo mismo. Lionel soltó:

—¡Por todos los diablos! —y eso fue lo único que pudo articular—. ¡Era... era verdad!

Durante unos segundos nadie supo qué hacer. Ciertamente, se habían embarcado rumbo a Irlanda para tratar de encontrarse con aquella criatura, pero nunca imaginaron que lo harían nada más poner un pie en la propiedad de los O’Laoire. No les dio tiempo a dirigirse a ella, no obstante; fue la propia dueña del castillo la que lo hizo.

—En fin, supongo que se acabó la perspectiva de disfrutar de una tarde tranquila. —Y entonces, para perplejidad de los tres, se acercó a la *banshee* rodeando los sillones colocados junto al fuego para coger su mano—. Caballeros, les presento a mi hija, Ailish O’Laoire, aunque como el señor Saunders acaba de explicar —añadió haciendo un gesto con la barbilla hacia él— su apellido sigue siendo Ní Laoire por su condición de soltera.

La madre le dijo algo en voz baja en gaélico y la muchacha a la que habían considerado una *banshee* asintió con la cabeza, dejándose guiar dócilmente hacia la chimenea. Cuando la tuvo más cerca, Oliver comprendió a qué se había debido su

error. Ailish Ní Laoire podía ser una mujer de carne y hueso... pero, desde luego, no se parecía a ninguna que hubiera visto antes. Aquella impresión no se debía solamente a lo rubia y pálida que era, sino a la manera en que le miraban sus enormes ojos, dos discos plateados que parecían ser capaces de diseccionarle con un parpadeo. Había algo decididamente etéreo en ella, en los larguísimos cabellos que resbalaban en ondas hasta más allá de su cadera, con dos mechones retorcidos sobre las sienes para conformar una especie de diadema; en el vestido blanco que había reconocido minutos antes entre los árboles, claramente pasado de moda y casi medieval por la amplitud de la falda; en las diminutas manos escondidas dentro de unos guantes de encaje del mismo color que asomaban por las mangas.

Oliver sabía que Irlanda era la isla más mágica de Europa, pero nunca había sospechado que su gente pudiera parecerse tanto a las hadas, los duendes y los elfos que había admirado en los libros de cuentos de la biblioteca de su orfanato. Se sentía tan sobrecogido en aquellos momentos como Walter Hartright después de encontrarse cara a cara con la Dama de Blanco en un camino por el que antes no se extendían más que las sombras, incapaz de creer que lo que estaba viendo fuera real, que se tratara de algo más que un producto de su imaginación. Lionel le dio un codazo para que espabilara, pero Oliver no pudo dejar de mirarla con la boca casi abierta mientras su madre la sentaba a su lado.

—Disculpen la interrupción. —Y les hizo un gesto para que también tomaran asiento—. Debí suponer que el ruido de la puerta alarmaría a mi hija. No está acostumbrada a...

—Es usted el hombre al que acabo de ver en los jardines —dijo de repente la señorita O’Laoire en un tono tan quedo que apenas fueron capaces de entenderla—. El que se me quedó mirando como si fuera una aparición. Tal como lo está haciendo ahora mismo.

—Es... es cierto —logró responder Oliver cuando Lionel le dio otro codazo, esta vez directamente en las costillas—. Me imagino que le parecería un maleducado, pero pensé...

—¿Cómo? —preguntó la señora O’Laoire, sorprendida—. ¿Es que ya se conocen?

—Nada más que de vista —intervino Lionel al comprender que su amigo no estaba atravesando su momento de mayor locuacidad—. Justo cuando nos disponíamos a llamar a la puerta, el señor Saunders nos avisó de que había distinguido a alguien entre los árboles.

La señora O’Laoire miró a su hija con el ceño fruncido. Evidentemente no le hacía mucha gracia que se dedicara a dar vueltas por el exterior del castillo, pero la muchacha no parecía prestarle atención. Sus pupilas aún seguían clavadas en las de Oliver.

—¿Quién pensó que era? —quiso saber—. O mejor dicho... ¿qué pensó que era?

El joven se dio cuenta de que no tenía escapatoria. La señora O’Laoire seguía con

el ceño fruncido, aunque había dejado de mirar a su hija para prestarle atención a él.

—Creí que... Me pareció que estaba delante de una criatura sobrenatural — consiguió decir por fin en un susurro—. De la *banshee* de la que no deja de hablar todo el mundo.

Lionel se rascó la nariz, visiblemente incómodo, pero para su sorpresa los labios de la muchacha se arquearon poco a poco en una sonrisa que inundó de luz su rostro.

—Es lo más romántico que me han dicho en toda mi vida.

«Dios mío, son tal para cual», pensó Lionel, aterrado. Luego se aclaró la garganta para tratar de reconducir aquella extraña conversación por el sendero planeado.

—Sí, bueno, todos nos alegramos de que la señorita O’Laoire haya acabado siendo de carne y hueso. Pero me da la sensación de que ese asunto no es...

—Al contrario —le cortó la señora O’Laoire—. Ese asunto, por mucho que traten de negarlo, es lo que les ha traído a mi casa. Es la *banshee* lo que les interesa, ¿verdad? —Se volvió hacia Alexander—. ¿Qué se traen entre manos relacionado con nuestro espíritu?

La señorita O’Laoire también se volvió hacia el profesor. Cuando sus ojos dejaron de atravesarle, Oliver sintió por fin cómo su cerebro volvía a funcionar como era debido.

—Bien... —comenzó Alexander—. No negaré que lo que nos ha llevado a hacer este viaje es la creencia de que hay algo cierto en lo que se cuenta acerca de esa criatura que, por lo que tenemos entendido, todo el mundo considera propiedad de su clan...

—Y así es —corroboró la señora O’Laoire—. Nuestra *banshee* existe, de eso no deberían tener ninguna duda. Somos muchos los que la hemos oído sollozar.

—También estamos al tanto de los poderes que le ha atribuido el folclore. Sabemos que tradicionalmente se ha pensado que esos sollozos anuncian la muerte de alguien...

—Habla por ti —murmuró Lionel—. Santo Tomás no era el único que necesitaba ver para creer.

La señora O’Laoire no le prestó atención. Enlazó las manos encima de su regazo.

—¿Y puedo preguntar, si no es mucho atrevimiento, a qué es debida tanta curiosidad? ¿Por qué tres ingleses se preocupan por lo que haga nuestra *banshee*?

—Estaba a punto de explicárselo cuando su hija se reunió con nosotros —admitió Alexander, y se inclinó hacia delante—. Desde hace un par de años mis amigos y yo nos hacemos cargo de *Dreaming Spires*, una publicación quincenal dedicada a las nuevas ciencias paranormales. Hace poco me fue remitida una carta, procedente de este pueblo, en la que una de sus vecinas me hablaba de la criatura que mora en su castillo. Nos pareció algo... absolutamente fascinante, distinto a cualquier cosa que hayamos conocido en Inglaterra. Y le aseguro que hemos visto cosas muy extrañas, señora O’Laoire. La historia de su *banshee*, y el misterio que la rodea, nos resultaba tan atractiva que decidimos coger un barco para visitar lo antes posible Maor

Cladaich. Estamos seguros de que nuestros lectores se interesarán tanto por este misterio como nosotros mismos.

—Y por las circunstancias en las que falleció Fearchar MacConnal, por supuesto...

Las palabras de la señora O'Laoire rasgaron el aire que mediaba entre Alexander y ella como unos puñales lanzados por un artista circense. Por un momento el profesor no supo muy bien qué contestarle. Aquel tono tan desabrido le había dejado descolocado.

—Bueno..., sí, supongo que también sería un tema de interés... Por lo que tenemos entendido se trataba de un anciano que murió la misma noche en que estuvo cenando en el castillo con ustedes. Si es cierto que la *banshee* anunció su muerte...

—Ya veo detrás de qué andan. Muy hábil por su parte, profesor Quills, pero me temo que no tengo más remedio que rechazar su oferta. No necesitamos más publicidad.

Lo dijo en un tono tan terminante que durante los segundos que siguieron ninguno de los tres hombres supo cómo reaccionar. Lionel y Oliver acabaron dirigiéndose a Alexander, como dos niños confundidos pidiendo ayuda a su padre. A pesar de lo mucho que se esforzaba para que su rostro no mostrase sus auténticas emociones, el profesor estaba en apuros.

—Me parece que no me ha comprendido del todo, señora O'Laoire. Simplemente...

—Le he comprendido mejor de lo que cree. Lo he adivinado desde el momento en que les vi poner un pie en esta habitación. Hace muchos años que dejé de confiar en las buenas intenciones de los demás, y les aseguro que no voy a volver a hacerlo a mi edad.

—Mamá... —acertó a susurrar la señorita O'Laoire.

—He de reconocer que han sido originales, pero ¿piensan que por haber pasado toda la vida recluida en este lugar no me doy cuenta de cuándo tratan de aprovecharse de mí?

—Nadie trata de aprovecharse de usted —se defendió Lionel. Oliver parecía demasiado sorprendido para sumarse a la causa—. Por lo que más quiera, escúchenos. ¡Lo único que nos interesa es dar a conocer al mundo su historia!

—Bien, pues da la casualidad de que a mí no me interesa —le espetó ella—. Como tampoco me interesa que sus lectores acaben pensando lo mismo que cualquier irlandés: que todas las personas que cruzan el umbral de nuestra casa acaban muriendo.

—Todo el mundo acaba muriendo —dijo Oliver por fin en voz baja. Las O'Laoire se volvieron hacia él—. Nuestro destino está escrito desde que nacemos con caracteres que muy pocas personas son capaces de descifrar. Yo no creo que el hecho de que su *banshee* anuncie la muerte de alguien la convierta en la culpable de la misma. Y tampoco creo que nuestros lectores puedan pensarlo. Eso no tiene sentido;

cualquiera diría lo mismo.

—Es lo que hacía mi padre —intervino de nuevo la señorita O’Laoire—. Cuando por las noches me presentaba en su biblioteca, descalza y en camisón, demasiado asustada por la *banshee* para poder dormir... solía sentarme sobre sus rodillas y me decía que el miedo a la muerte puede ser un enemigo más poderoso que la misma muerte. Claro que yo no entendía muy bien sus palabras. Me bastaba escuchar su voz para tranquilizarme.

Al darse cuenta de cómo la miraba su madre, la muchacha se quedó callada de inmediato, con la cabeza inclinada sobre los dedos que tironeaban nerviosamente del encaje de sus guantes.

—Realmente conmovedor, Ailish, querida, pero creo que lo más prudente será que te quedes al margen de esto —le contestó la señora O’Laoire, dándole una palmadita en un hombro. La muchacha se sonrojó un poco—. Ya hemos tenido demasiados problemas en las últimas semanas —siguió diciendo su madre—. No estoy dispuesta a sumar uno más.

—¿A qué se refiere con eso? —preguntó Alexander sin perder un instante—. ¿Insinúa que los vecinos de Kilcurling creen que lo que le sucedió a MacConnal fue culpa suya?

—Basta, profesor Quills. No tengo por qué darles explicaciones sobre este asunto.

—Lo único que queremos es ayudarla. Se lo digo de corazón, señora O’Laoire: no tienen nada que temer de nosotros. En ningún momento hemos acudido a ustedes para recabar información con la que redactar una crónica sensacionalista. Esa nunca ha sido la política de *Dreaming Spires*, y mientras me encuentre al frente de la publicación le aseguro que nunca lo será. —Alexander guardó silencio unos instantes mientras ella le seguía mirando con un ceño fruncido que revelaba las tenues arrugas de su frente—. No sé cómo convencerla de que nuestras intenciones son honestas. Si no está dispuesta a creerme...

—Basta —repitió la señora O’Laoire, alzando una mano—. Basta, he dicho.

Se puso en pie tan repentinamente que el vestido que había dejado en un brazo del diván resbaló hasta caer sobre la alfombra. Dio un tirón a una campanilla que colgaba junto a las cortinas y enseguida se oyó un ruido de pasos acercándose a la salita. Una mujer de mediana edad apareció en la puerta; era gruesa y tenía las mejillas salpicadas de harina, lo que unido al delantal en el que se limpiaba las manos les hizo adivinar que se trataba de la cocinera. Pareció confundida al encontrarse con ellos allí.

—Maud, lleva a la señorita O’Laoire a su cuarto —le ordenó su patrona—. Y haz el favor de decirle a Jemima que venga; era ella quien debía haber acudido a mi llamada.

—Lo haría de buena gana, señora, pero no sé dónde se ha metido. Hace un cuarto de hora que tendría que haber bajado a la cocina para echarme una mano con la cena, pero no aparece por ninguna parte. No he conocido nunca a una chica más vaga.

Se aproximó al diván en el que la señorita Laoire seguía sentada para incorporarla cuidadosamente, susurrándole algo en gaélico que la muchacha no pareció oír. Se había quedado paralizada al comprender que su madre se disponía a echarles del castillo.

—Supongo que entonces tendré que ser yo quien les acompañe a la puerta —comentó la señora O’Laoire. Hizo un gesto con la mano para que la siguieran, y a Alexander, Lionel y Oliver no les quedó más remedio que obedecer—. Les aseguro que para mí es realmente penoso tener que despacharles de una manera tan poco correcta, pero no tengo ánimos para escuchar nada más. Si seguimos hablando de la *banshee* acabaré volviéndome loca.

Tuvieron que seguirla fuera de la salita, aunque Oliver no pudo resistir la tentación de volverse una última vez para mirar a la señorita O’Laoire. Completamente quieta al lado del diván, tan pálida como un espectro, tan rubia como una reina de las hadas, les observaba con tanta tristeza que estuvo a punto de desandar sus pasos para regresar junto a ella. Pero Lionel le agarró por una solapa del abrigo para que no se quedara atrás, y Oliver le siguió.

La señora O’Laoire abrió el pesado portón de Maor Cladaich y después se hizo a un lado para que salieran al exterior. No parecía que pudieran hacer nada para que cambiara de opinión, pero Alexander no estaba dispuesto a irse de aquel modo. No después de haber percibido en sus ojos algo que no estaría dispuesta a admitir: el miedo.

—Creo que... en estos momentos sobran las palabras —dijo el profesor mientras sus amigos permanecían de pie a su lado, en lo alto de las escaleras—. Pero si por alguna razón acaba pensándolo mejor, recuerde que nos alojaremos en The Golden Pot durante los próximos días. Aún está a tiempo de reconsiderar nuestra propuesta.

—Y ustedes de coger el primer barco que regrese a Inglaterra —fue la respuesta de la señora O’Laoire, que parecía más cansada que nunca—. Les agradezco que hayan sido tan sinceros con nosotras, pero créanme cuando les digo que no tienen nada que hacer aquí.

Cuando apoyó las manos en las dos hojas de la puerta, Alexander se dio cuenta de lo mucho que le temblaban los dedos. Sus ojos grises parecían haber perdido su fulgor.

—Váyanse —dijo de repente en voz baja—. Váyanse mientras aún puedan hacerlo. No imaginan lo que daríamos mi pequeña y yo por conseguir escapar de este maldito lugar.

Antes de que pudieran preguntarle qué había querido decir con eso, la mujer desapareció en el interior del castillo, dejándolos completamente solos a la sombra de Maor Cladaich.

Durante un rato se quedaron en silencio, mirándose alternativamente ante el portón claveteado que les habían cerrado delante de las narices. Pudieron oír cómo la señora O’Laoire regresaba a la salita, sus zapatos percutiendo sobre las losas de piedra con la misma implacabilidad que había demostrado su comportamiento. Si esperaban que en el último instante acabara cambiando de idea, se equivocaban.

—Ya lo veis —anunció Alexander al cabo—. No hay más que hacer aquí.

—¡Espera un momento! —protestó Lionel. Bajó detrás del profesor los desgastados escalones que morían delante de la puerta y le agarró por un hombro para que se parara—. No lo estás diciendo en serio, ¿verdad? ¿Piensas renunciar a escribir el artículo solo porque esa mujer con nostalgia por la época feudal se niega a prestarnos su ayuda?

—Necesitamos tener al clan de los O’Laoire de nuestra parte, Lionel. Si nadie en el castillo se muestra partidario de colaborar con nosotros no podemos seguir adelante. Tal vez recopilemos algunos datos interesantes si entrevistamos uno a uno a los vecinos del pueblo, pero comparado con lo que sacaríamos hablando con los dueños de la *banshee*...

—Tienes que estar de broma. Me niego a creer que después de todo lo que hicisteis Oliver y tú para convencerme de que os acompañara a Irlanda, nuestra aventura acabe así.

El profesor no contestó. Siguió bajando los escalones, y Oliver fue tras él sumido en un mutismo que a Lionel no le pareció que augurara nada bueno.

—Estupendo —murmuró para sí. Se volvió unos instantes para dedicar al castillo una última mirada de rencor, tal vez con la esperanza de que Rhiannon Bean Uí Laoire alcanzara a verlo desde alguna de las ventanas—. Este sí que es un comienzo prometedor.

«Y daría lo que fuera a cambio de que Veronica estuviera aquí con nosotros», se encontró pensando de repente mientras se alejaba detrás de sus amigos por el sendero que desembocaba ante la verja de Maor Cladaich. Bajaron en silencio la ladera de la colina, prestando atención a los lugares donde ponían los pies; había oscurecido tanto que apenas podían distinguir nada entre los árboles y lo único que les servía como guía era el reflejo de la luna sobre los barrotes de la entrada. «Haría que todo esto fuera mucho menos aburrido. Pero, bien mirado, a falta de Veronicas... siempre me quedarán Jemimas.»

No tardaron en salir de la propiedad de los O’Laoire, atravesar por segunda vez el cementerio de Kilcurling, en el que no quedaba ninguna anciana rezando, y empujar la descolorida puerta de The Golden Pot. Al entrar les dio la extraña sensación de que sus dimensiones habían menguado mientras permanecían en el castillo. Había tanta gente dentro que por un momento se quedaron quietos en la puerta, observando cómo los parroquianos se movían de una mesa a otra sin dejar apenas espacio para que

pasaran entre ellas. En la esquina más alejada un anciano con la barba blanca arrancaba una melancólica melodía a un *fiddle* que parecía a punto de desmenuzarse bajo su arco. Unas cuantas personas jugaban a las cartas, y el rumor de muchas voces en gaélico se arrastraba fuera del pub para acabar perdiéndose entre las cruces del cercano cementerio.

Curiosamente, ni la música ni las conversaciones intrascendentes propias del final de la jornada conseguían crear un ambiente relajado. Cuando los tres desconocidos se abrieron camino con cierta prevención en la sala, las voces se apagaron poco a poco, y los escasos vecinos que aún no estaban enterados de que había unos forasteros en el pueblo los miraron con ojos abiertos como platos.

Por suerte Donnchadh Lawless no tardó en reparar en su presencia. En cuanto lo hizo salió de detrás del mostrador para conducir a sus huéspedes a una mesa que les había reservado en el rincón más tranquilo, al lado de la ventana que daba a la plaza del mercado y lo suficientemente cerca de la chimenea para que pudieran entrar en calor antes de que les sirviera la cena. Los parroquianos regresaron entonces a lo que se traían entre manos sin dejar de lanzarles miradas de reojo. No había que ser muy avisado para comprender que nadie en Kilcurling se fiaba ni un pelo de aquellos recién llegados.

Era una suerte que estuvieran demasiado cansados para molestarse por el recibimiento que les habían brindado. La aparición de una sonriente y ruborizada Fiona con tres enormes pintas de espumosa cerveza Beamish consiguió reanimarles un tanto. Traía también un plato con rebanadas de pan untado con una mantequilla muy amarilla.

—Es pan de soda, una de las especialidades locales —les explicó alegremente al darse cuenta de que les habían llamado la atención las pequeñas burbujas aparecidas en la mantequilla—. Más vale que se lo coman mientras aún está caliente; se queda como una piedra en un abrir y cerrar de ojos. ¿Qué tal les ha ido con las O’Laoire?

—No tan bien como esperábamos, pero supongo que en el fondo es normal —le contestó Alexander, alargando la mano para coger una de las rebanadas—. Me temo que no les ha hecho ninguna gracia la idea de tenernos merodeando por los alrededores de su castillo.

—Los descendientes de los grandes señores suelen ser así —corroboró Fiona—. No se quedarán tranquilas hasta que estén de vuelta en Inglaterra. Para ellas ustedes son unos intrusos.

—¿Solamente para ellas? —dijo Lionel señalando con la cabeza a los parroquianos.

Un par de pescadores sentados en la mesa de al lado, que hasta entonces habían estado mirándolos, se dieron la vuelta lo más discretamente que pudieron. Tenían unos rostros tan arrugados que a simple vista parecía que alguien les hubiera colocado una de sus redes sobre la piel. Fiona sonrió de nuevo mientras se echaba hacia atrás la trenza.

—Les aseguro que no es nada personal. Simplemente necesitamos un poco más de tiempo para acostumbrarnos a ustedes. Tienen que comprender que ahora mismo son la comidilla de Kilcurling. —Guardó silencio durante unos segundos antes de decirle en voz baja a Oliver—: He lavado su pañuelo, señor Saunders. Muchas gracias por prestármelo.

Lo sacó del bolsillo de su delantal pulcramente doblado en un triángulo. Lionel le asestó a Oliver otro codazo. Se había quedado tan abstraído que ni siquiera había probado las rebanadas de las que sus amigos daban buena cuenta.

—Ah... Eh... Gracias, señorita Lawless, pero no hacía falta que me lo devolviera...

—¿Qué tal su dedo? —le preguntó Lionel con zalamería.

—Mucho mejor. —Fiona alzó una mano para que vieran la venda que le rodeaba el índice—. Me temo que trabajando día y noche detrás del mostrador no conseguiré que cicatrice pronto, pero me alegro de que solo se quedara en un susto.

—Acabo de recordar que había algo de lo que quería hablar con usted —dijo Alexander de repente; Fiona le miró con atención—. Tenemos entendido que en Kilcurling vive una mujer llamada Lisa Spillane. Esta tarde le preguntamos por ella a su padre, pero nos dijo que debe de tratarse de un error porque nunca ha conocido a ninguna persona llamada así.

—Yo tampoco —reconoció la muchacha—. Es la primera que oigo ese nombre. Y si mi padre no ha oído hablar de ella pueden estar seguros de que no vive por aquí. Nadie puede jactarse de conocer mejor a los vecinos de un pueblo que el propietario de su pub.

Donnchadh le hizo un gesto desde el mostrador para que regresara. Vieron cómo la muchacha se alejaba esquivando las mesas y los taburetes y el rumor de las conversaciones volvió a llenar el silencio. Durante un rato bebieron y comieron sin decir nada, dando vueltas a lo que Fiona acababa de contarles y a lo que había ocurrido en Maor Cladaich. Era la primera vez que Alexander probaba la cerveza Beamish y le llamó la atención lo densa que era, tanto que parecía una crema tan amarga como la madera de malta. Lionel se había bebido la suya de un trago, y suspiró mientras dejaba la jarra vacía en la mesa.

—Sobre lo que decías de continuar con nuestro plan —siguió el profesor como si no hubiera transcurrido ni un segundo desde que dejaron de discutir— sigue pareciéndome demasiado arriesgado. La señora O'Laoire lo consideraría una afrenta por nuestra parte.

—No tiene por qué descubrirlo —aseguró Lionel—. Te recuerdo que esta tarde no se habría enterado de que estábamos en su propiedad si no hubiéramos llamado a la puerta.

—¿Y cómo propones que realicemos nuestra investigación con tanto secretismo?

—¡Con tus máquinas, maldita sea! No tienes más que enviarle mañana una carta a Veronica para que se apresure con el envío. Podemos ir al puerto de Dublín a

recogerlas. Las traeremos a Kilcurling en la misma diligencia que hemos cogido esta mañana y nadie en el castillo se dará cuenta de lo que hacemos. Seguro que la espesura no permite ver nada de lo que sucede en los jardines desde dentro de Maor Cladaich.

Alexander callaba.

—Vamos, Alexander, no seas tan quisquilloso —le recriminó Lionel. Se inclinó sobre la mesa para hablarle en voz baja—. Sabes que no es la primera ocasión en la que recurrimos a semejantes artimañas. ¿O te has olvidado de Meresamenti y de su espejo?

—Esto no tiene nada que ver con lo que hiciste en Egipto —le contestó el profesor con el ceño fruncido—. El conde de Newberry no tuvo ningún escrúpulo al incluirte en el equipo de Davis para que saquearas la excavación que él mismo patrocinaba. La situación con las O’Laoire es completamente distinta. Puede que Rhiannon Bean Uí Laoire no se haya comportado del modo más amable, pero no es una sinvergüenza como tus antiguos protectores. No se merece una traición como la que propones. ¿Tú qué piensas, Oliver?

—Hace tiempo que hemos perdido a Oliver —comentó Lionel de mal humor—. Me parece que su espíritu se ha quedado en Maor Cladaich revoloteando alrededor de una rubia vestida de blanco con cara de iluminada. Déjale que fantasee a gusto un poco más.

Oliver dejó en el borde del plato la rebanada de pan que mordisqueaba. Tenía la mirada perdida, indiferente al alboroto que se había desatado en el pub cuando dos muchachos hicieron beber cerveza de dos jarras al mismo tiempo al tocador del *fiddle*.

—Yo también creo que sería muy rastrero por nuestra parte —les dijo por fin—. Sin contar con que no sé qué explicación podríamos darle a la señora O’Laoire si se llega a enterar de que publicamos ese artículo. Ha sido muy tajante al prohibírnoslo, Lionel.

—Al infierno con la prohibición de la señora O’Laoire. ¿Nunca has oído eso de que es mejor pedir perdón que permiso? ¿De verdad vais a tirar la toalla tan pronto?

Ninguno de los dos le contestó. Lionel soltó un bufido mientras agarraba su jarra para pedirle a Fiona que le trajera una segunda cerveza. Al darse la vuelta reparó en que Jemima Lawless acababa de entrar en el pub, con un descolorido sombrero de paja en la cabeza y un chal sobre los hombros. Su hermana pequeña se dirigía en aquel momento a la mesa de los huéspedes con los humeantes platos de la cena colocados en una bandeja.

Lionel no pudo evitar sonreír cuando Jemima le arrebató la bandeja y le dio un golpe de cadera para que se hiciera a un lado, con gran indignación por parte de Fiona.

—¡Hola! —saludó a los ingleses, posando sonoramente la bandeja en la mesa—. ¡Ya sabía yo que los encontraría muertos de aburrimiento! ¡Vaya caras tienen ahora

mismo!

—Mi querida Jemima, su aparición resulta providencial —le dijo Lionel, acercando un taburete para que la muchacha se sentara a su lado—. Necesito una mente práctica que se una a la mía para convencer a estos insensatos de que debemos salirnos con la nuestra.

—No me diga —contestó Jemima en tono de mofa, tomando asiento—. Dejen que lo averigüe: la arpía se ha negado a volver a recibirles en Maor Cladaich y no saben cómo arreglárselas a partir de ahora. ¿Y piensan aceptar la derrota así, sin mover ni un dedo?

Desató las cintas de su sombrero para dejarlo sobre la mesa, revelando una larga y profusa cabellera que los resplandores danzantes de la chimenea teñían de rojo fuego.

—Nadie está hablando de derrota, señorita Lawless —replicó Alexander, a quien no parecía caerle nada bien aquella criatura tan deslenguada—. Simplemente se trata de una cuestión de principios. Su patrona no ve con buenos ojos que saquemos a la luz lo ocurrido con Fearchar MacConnal en los terrenos de su casa. El señor Lennox, por el contrario, propone que nos colemos como unos ladronzuelos en los jardines para llevar a cabo nuestra investigación sin que se entere. ¿Le parece un comportamiento honrado?

—¿Qué más da que sea honrado o no si surte efecto? Para cuando *Dreaming Spires* publique los resultados de esa investigación de la que hablan, ustedes se encontrarán muy lejos de Kilcurling. —Y al reparar en las miradas de asombro que le dirigían, añadió con una sonrisa pícaro—: No hace falta que pongan esa cara. Les oí hablar de su periódico cuando estaban con mi patrona.

—¿Así que tampoco puede resistir la tentación de escuchar tras las puertas? —preguntó Lionel mientras le daba una palmadita en la rodilla—. ¡Esta chica cada vez me cae mejor!

Jemima soltó una risotada que atrajo la atención de algunos de los parroquianos y de Fiona. A Alexander le pareció captar cómo le lanzaba a su hermana una mirada de resentimiento.

—Será mejor que coman un poco. Unos hombres hechos y derechos como ustedes no pueden alimentarse solo de pan con mantequilla. —Agarró con disimulo los dedos de Lionel para apartarlos de su rodilla, donde se habían demorado más de lo debido, pese a que la sonrisa que le dedicó dejaba muy claro que no le importaría que siguieran subiendo si hubiera menos personas a su alrededor. Les repartió los platos que su hermana había sacado de la cocina—. Es *colcannon*, una receta tradicional preparada con puré de patatas, col, mantequilla, sal y pimienta, y un poco de crema de leche como el ingrediente especial de la casa. Espero que les gusten las patatas, porque se van a hartar.

—¿No le apetece tomarse una pinta mientras nos da conversación? —dijo Lionel.

—Pues la verdad es que sí. No se hacen una idea de lo agotador que es recorrer el mismo camino cada noche. Deme su jarra para que le traiga una también a usted.

Se levantó con una ágil pirueta para acercarse al mostrador. Enseguida regresó con dos jarras llenas, apartando a ambos lados a unos chicos que seguían cantando a voz en grito.

—Brindo por vuestros ataúdes. Que los hagan con la madera de un roble de cien años y que mañana lo plantemos entre todos —soltó la muchacha.

—¡Estupendo! —se echó a reír Lionel mientras ella se volvía a sentar—. No lo había oído nunca, pero viniendo de usted no lo olvidaré. Aunque lo del ataúd resulta siniestro.

—La Parca siempre nos espera, y hay que amar antes de que se nos lleve a todos.

Dijo esto apartando sus ojos de los de Lionel para posarlos en los de Oliver, que en aquel momento la estaba contemplando con expresión indescifrable. Pensaba en la señorita O’Laoire y en cómo podían ser tan diferentes dos mujeres de edades parecidas.

Tuvo que apartar la mirada cuando Jemima se pasó con deliberada calma el dedo índice por el labio superior para limpiarse la espuma que se le había adherido al beber.

—Me sorprende bastante —dijo Alexander, rompiendo el silencio— que la señora O’Laoire no la haga quedarse por la noche en Maor Cladaich. El castillo es lo bastante grande como para poder hacerle un sitio en las habitaciones del servicio con la cocinera.

—Ni loca me quedaría allí —exclamó Jemima—. Ni aunque me ofreciera todo el oro del mundo. Por suerte sé que a mi patrona nunca se le ocurriría pedirme algo semejante.

—¿Cómo está tan segura? —sonrió Lionel—. ¿Le obsesiona que le roben la plata?

—Si fuera por la plata que hay en Maor Cladaich podrían dejar las puertas abiertas de par en par sin que nadie se llevara ni una sola cucharilla —ironizó Jemima, metiendo un dedo en el plato de *colcannon* de Lionel, y chupeteándolo luego con calma—. No, lo que sucede es que no tiene con qué alimentar a una boca más. No han rodeado el castillo para ver lo que hay en la parte trasera, ¿verdad? —Los tres negaron con la cabeza—. Bueno, toda la zona que antes estaba destinada a las caballerizas es ahora un huerto en miniatura del que apenas consiguen sacar algo de comida —les explicó la muchacha—. Las O’Laoire tienen allí una vaca y un par de cabras, una docena de gallinas y una parcela de tierra en la que suelen cultivar verduras, sobre todo patatas. De vez en cuando, especialmente cuando consiguen deshacerse de alguna antigüedad en las casas de subastas de Dublín, mi patrona me pide que le compre pescado y marisco en el mercado. Normalmente truchas, berberechos y mejillones, y salmón muy de tarde en tarde. Como comprenderán no es que me muera de ganas de pasar el resto de mis días en una permanente Cuaresma. Prefiero cenar caliente con mi padre y con Fiona, aunque —añadió mientras miraba a su hermana con recelo— cada día la encuentro más ingenua y crédula.

—Es usted increíblemente práctica para ser tan joven —dijo Alexander, pensativo.

—Sí, la verdad es que me ha sorprendido bastante su respuesta —coincidió Lionel mientras se llevaba la cuchara a la boca—. Casi esperaba que me dijera que era el miedo a la *banshee* lo que la hacía volver cada noche a su casa. ¿Usted no cree en ella, Jemima?

—Claro que creo —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Igual que creo que Dios existe, que el sol sale y se pone cada día y que seguimos estando en invierno.

—Sobre lo primero no estoy tan seguro —comentó Lionel, sacudiendo la cabeza.

—¿Y por qué acusa a su hermana de ser una crédula si usted no pone en duda la existencia de esa criatura? —preguntó Oliver tan de repente que todos se sorprendieron.

Jemima parpadeó unos instantes antes de sonreír. Bajó la voz para responderle:

—Porque Fiona cree en las hadas de Rahonain, los fantasmas de Daniel Crowley y la *selkie* con la que se casó Tom Moore y que regresó al océano después de recuperar la piel de foca con la que se cubría. Pero —acercó más la cabeza a Oliver, tanto que pudo respirar su aliento— no ha visto a ninguno de esos seres. En cambio yo sí he oído a la *banshee*.

Volvió a enderezar la espalda, aparentemente muy ufana de sí misma. Alexander enarcó una ceja. Cada vez le costaba más discernir qué había de cierto en sus palabras.

—Ha oído sollozar a la *banshee* —repitió en el tono más neutro que pudo adoptar.

—Una sola vez —confirmó Jemima sin darse cuenta al parecer de su escepticismo—. Hace muchos años, cuando era muy pequeña. Pero desde entonces la he oído murmurar en muchas ocasiones. No hay que ser un espiritista ni nada por el estilo para reconocer su voz. Vaga cada noche por los jardines de Maor Cladaich, susurrando cosas que nadie comprende y que se pierden en el viento mientras deambula dando vueltas por ahí...

—Espere, espere un momento... ¿La *banshee* hace algo más que sollozar?

Oliver parecía tan confundido que Lionel se preguntó de repente cuántos libros sobre folclore irlandés habría leído desde que Alexander les habló de aquel viaje.

—La *banshee* siempre solloza cuando alguno de los habitantes del castillo está a punto de morir. Pero como comprenderá no es una cosa que suceda todos los días. El resto de las noches las pasa arrastrándose como un espíritu cualquiera de un lado a otro.

—Fascinante —comentó Lionel. Esta vez Jemima sí captó su escepticismo, y le dio un pisotón para que no se burlara—. ¿Y no va a decirnos quién murió en aquella ocasión?

—Cormac O’Laoire, por supuesto. El marido de mi patrona, que en paz descansa.

Jemima apoyó una mano en el hombro de Oliver para incorporarse. Alargó una

mano señalando una de las grandes fotografías en tonos sepia que adornaban la pared al lado de la campana de la chimenea, entre los carteles de whisky Mitchell's, Cowan's y Dunville's que el humo había ennegrecido. Alexander se puso en pie para examinarla detenidamente, recolocándose las gafas. Se trataba de una instantánea tomada delante de la puerta de The Golden Pot en la que tres hombres parecían estar celebrando algo. El más menudo sostenía un pescado enorme con la mano derecha, sonriendo mientras lo alzaba ante el objetivo con gesto de triunfo. El del medio era el padre de Jemima, Donnchadh Lawless, bastante más delgado y con más pelo. Y el de la izquierda era sin duda el más elegante de los tres, un hombre alto de unos sesenta años, con unos poderosos bigotes tan oscuros como el cabello que rodeaba su cabeza en una especie de aureola colérica que no casaba muy bien con su apacible mirada. Alguien había escrito la fecha en el borde inferior de la fotografía: *25 de mayo de 1891 después del concurso*.

Jemima apoyó un dedo sobre el cristal encima de la cara del caballero de la izquierda.

—Es de hace doce años, cuando yo acababa de cumplir los ocho. Me parece que se trata de la última fotografía de Cormac O'Laoire con vida. Poco después se puso muy enfermo, tanto que ningún médico pudo ayudarle. Murió de una neumonía.

—Sí, eso nos lo habían contado antes —confirmó Oliver.

—Yo estaba en Maor Cladaich la noche en que falleció —prosiguió Jemima—. Mi madre era por entonces la cocinera de los O'Laoire. Solía llevarme con ella al castillo para que la ayudara con los cacharros. Recuerdo que a mi padre no le hacía gracia que se expusiera tanto, y que conmigo también lo hiciera. No andaba muy desencaminado porque unos meses más tarde mi madre también se murió. —La joven se quedó callada unos instantes antes de añadir—: Aunque lo hizo en esta casa sin ninguna *banshee* que llorara por ella. Durante un tiempo me obsesioné con oírla de nuevo en plena noche, al pie de la ventana de mi cuarto, pero evidentemente eso nunca sucedió.

—Ya, por aquel entonces la *banshee* solamente debía anunciar el fallecimiento de los miembros del clan de los O'Laoire —comentó Lionel—. Aunque la reciente muerte de Fearchar MacConnal demuestra que ningún vecino de Kilcurling se encuentra a salvo.

—MacConnal es el de la derecha —señaló Jemima—. El que sostiene el pescado en...

Se quedó callada cuando sintió que Lionel le daba unos golpecitos en el hombro para que se diera la vuelta. No habían reparado hasta entonces en el silencio que se había impuesto cuando los parroquianos les oyeron pronunciar los nombres de Cormac O'Laoire y Fearchar MacConnal. Los pescadores de la mesa de al lado miraban de hito en hito en su dirección, sin disimulo. Los tres carboneros con los que estaba hablando Donnchadh se habían quedado boquiabiertos, al igual que el dueño del pub. Detrás del mostrador, Fiona permanecía tan quieta como una estatua

mientras llenaba una jarra de cerveza sin darse cuenta de que estaba rebosando.

Lionel se aclaró la garganta. Tanta tensión lo incomodaba.

—¿Ocurre algo, amigos? —dijo con aparente buen humor—. ¿Hemos hecho algún...?

—Les hemos oído hablar de la *banshee* —dijo uno de los pescadores en voz baja.

Fiona tragó saliva. Dejó la jarra sobre el mostrador, secándose las manos en el delantal, y se acercó presurosa a su padre. Donnchadh se había puesto algo pálido.

—¿Qué pasa con eso? —inquirió Jemima—. ¿Desde cuándo tenemos prohibido hacerlo? ¿Es que tenéis miedo de que aparezca si pronunciamos su nombre?

Hubo un pequeño revuelo entre los parroquianos. Fiona dejó escapar un gemido.

—Jem, te lo ruego... Por una vez no te metas en asuntos que no son nuestros...

—Claro que lo son —repuso su hermana mayor. Dio un paso adelante, colocándose entre Oliver, Lionel y Alexander y sus vecinos—. Ya estoy harta de tener que hablar en susurros. Estoy cansada de que cada vez que nos reunimos haya un tema flotando en el ambiente sin que nadie se atreva a sacarlo a la luz. Todos los que nos hemos reunido en este lugar sabemos lo que está pasando en Kilcurling por culpa de la dichosa *banshee*...

—Más vale que te calles, Jemima —susurró uno de los parroquianos más jóvenes.

—Sí, es de mal fario llamar a esa clase de cosas por su nombre —corroboró otro de sus amigos, añadiendo después en voz baja—: Además, estás mejor con la boca ocupada.

Jemima se agachó, se quitó un zapato y se lo arrojó a la cara. El chico soltó un grito de sorpresa, y los que permanecían de pie a su lado se apartaron rápidamente.

—Tú también deberías meterte algo en la boca, Seán. ¡Porque si no lo haces puede que tu muerte sea la próxima que haga sollozar a la *banshee* a la que tienes tanto miedo!

Seán agarró el zapato y se disponía a devolvérselo a Jemima de la misma forma cuando Donnchadh intervino. Se colocó delante de su hija con los brazos extendidos.

—Vamos, vamos, haya paz de una vez —rezongó, quitándole el zapato de la mano al muchacho, que seguía mirando hoscamente a Jemima—. No hay ningún motivo para que peleemos. ¿Acaso no somos personas adultas?

—Unos más que otros —matizó un pescador que aún no había abierto la boca.

—Deberías atar más en corto a tu cría, Donnchadh. Tiene la lengua muy larga —añadió otro pescador.

—Sí, en eso estamos de acuerdo —suspiró el dueño del pub—. Pero Jemima está en lo cierto al decir que no tiene sentido tener miedo al nombre de una criatura, por mucho que nos atemorice la propia criatura. ¡No hay ninguna *banshee* fuera esta noche!

—Eso no garantiza que no pueda aparecer en el momento menos pensado —dijo de improviso una voz quejumbrosa procedente del extremo más alejado del local.

Todos se volvieron en aquella dirección. El anciano que tocaba el *fiddle* acababa

de bajar de su taburete, sosteniendo el instrumento en la mano. Seguía teniendo la barba empapada de cerveza, aunque de sus ojos había desaparecido cualquier signo de ebriedad.

—Para vosotros es muy sencillo tomarlo a broma —le dijo a Jemima, avanzando despacio hacia ella—. Todavía sois muy jóvenes. No habéis tenido que oírla más que en una o dos ocasiones como mucho. No imagináis cómo se nos helaba la sangre al enterarnos de que había algún O’Laoire enfermo en Maor Cladaich. —Meneó la cabeza con aire sombrío—. Saber que alguien en el castillo se encontraba a punto de morir, que en cualquier momento la niebla nos traería los sollozos de la criatura... Era como para volverse loco. No me extrañaría que las O’Laoire lo estuvieran. Por lo menos sabemos que hay una que sí —añadió bajando la voz—, y en mi opinión se lo han ganado a pulso.

Un murmullo de aprobación recorrió The Golden Pot. Lionel dirigió a Alexander una rápida mirada, y los dos se volvieron hacia Oliver, ruborizado de indignación.

—¿Cuándo fue la última vez que oíste sus gritos, Caoimhín? —preguntó Seán.

—La otra noche, cuando lo de MacConnal, y hace doce años, cuando murió Cormac O’Laoire. Pero hubo muchas más ocasiones antes. Cuando murió su hermano, por ejemplo. Y cuando su padre y su madre fallecieron en un naufragio. La historia de los O’Laoire no es lo que se dice muy alegre.

—También la oímos cuando uno de los primos lejanos de la familia sufrió aquel accidente montando a caballo —intervino otro de los ancianos—. Allá por mil ochocientos sesenta...

—Y no se trata precisamente de unos gritos —continuó diciendo Caoimhín—. Es más bien un lamento que aumenta y disminuye de intensidad, como si un centenar de voces distintas se hubieran concentrado en una sola. Nunca se reconocen sus palabras, pero el dolor siempre es el mismo. Se diría que realmente le afecta la muerte de los miembros del clan al que pertenece...

—¿Se puede saber qué está sucediendo aquí? ¿A qué viene esta asamblea?

La voz que habló desde la puerta de The Golden Pot era potente y clara, propia de una persona acostumbrada al mando. Al escucharle la multitud se dio la vuelta como un solo individuo. Un hombre acababa de detenerse en el umbral del pub, un caballero alto y robusto ataviado con un uniforme de color verde oscuro con botones negros recorriendo su pecho. Jemima contuvo el aliento.

—Es el inspector Fitzwalter, la autoridad local —le explicó a Lionel en voz baja.

No debía de tener más de cuarenta años, pero su porte majestuoso podría pertenecer a un veterano. El casco adornado con la insignia de la Royal Irish Constabulary, una guirnalda rematada por una corona con un arpa en su interior, apenas permitía reconocer sus facciones, aunque los tres ingleses se percataron de que tenía los ojos oscuros. Unas pronunciadas patillas le llegaban casi hasta la boca, apretada en una mueca de disgusto.

—Pueden sentarse si lo desean. No sé qué estaban haciendo todos de pie, pero no

pienso realizar una inspección. En cuanto a usted, señorita Lawless —hizo un gesto con el mentón horadado por un hoyuelo—, debería calzarse si no quiere coger un resfriado.

Jemima se dio prisa por recuperar el zapato que Donnchadh seguía sujetando en la mano, procurando no pisar el serrín del suelo. El inspector cruzó las manos detrás de la espalda mientras observaba a Alexander, Lionel y Oliver con mal disimulado interés.

—Me pregunto por qué nadie me ha dicho que nuestro vecindario ha aumentado.

—Son unos huéspedes míos, inspector —explicó Donnchadh—. Han llegado a eso de las cinco de la tarde a Kilcurling pidiendo habitaciones para las próximas dos semanas.

—Ya veo —contestó Fitzwalter—. Ingleses. Precisamente en los tiempos que corren.

Alexander oyó cómo Lionel tragaba saliva. Por motivos evidentes no se sentía cómodo en presencia de la policía. El profesor avanzó para estrechar su mano con la elegancia que solo puede atesorar un caballero oxoniense.

—Encantado de conocerle, inspector. Soy el profesor Alexander Quills, y estos son los señores Lennox y Saunders. —Fitzwalter inclinó la cabeza a modo de saludo—. Somos periodistas y hemos venido a Kilcurling para escribir un artículo sobre la criatura que según los rumores que circulan por el pueblo anunció la muerte de uno de los vecinos.

—Ya imaginaba que tendría que ver con la *banshee* —comentó el inspector—. Es el único elemento perturbador con el que contamos en este lugar, que por lo demás siempre ha sido muy tranquilo. Sí, lo habéis oído bien, he pronunciado su nombre —añadió al reparar en las reacciones que se acababan de producir a sus espaldas—. He luchado noche y día para que superen el miedo atávico que les han inculcado hacia esos seres, pero por lo que veo no me vendría mal algo de ayuda. Puede que su visita sea providencial.

A Alexander no le pasó inadvertido el susurro casi generalizado que recorría el local, aunque ninguno de los parroquianos parecía atreverse a levantar la voz. No delante de Fitzwalter.

—¿Para qué clase de periódico escriben? —siguió preguntando el inspector—. ¿No será una de esas publicaciones sensacionalistas que solo tratan de airear los trapos sucios de las personas sin preocuparles su dignidad?

—En absoluto. *Dreaming Spires* es un periódico serio, inspector, a pesar de que suele ocuparse de sucesos sobrenaturales. Es cierto que no contamos con una tirada como la del *Times* o la *Pall Mall Gazette*, pero estamos muy orgullosos de nuestros principios.

—Bien, en ese caso no tengo nada más que decir. Si la señora O'Laoire se muestra de acuerdo con sus métodos, y estos no perturban al vecindario, pueden seguir adelante.

Alexander prefirió callarse el hecho de que la señora O’Laoire se había negado a colaborar con ellos. No era prudente que fuera una cuestión de dominio público..., sobre todo si no les quedaba más remedio que recurrir a la opción que Lionel había planteado.

—Creo que estarán a gusto aquí —continuó Fitzwalter, paseando la mirada por el interior del local—. Lawless es un buen tipo que les ayudará con cualquier imprevisto que surja. Espero que se lleven consigo a Inglaterra un buen recuerdo de nuestra comunidad.

—¿No le apetece tomarse una cerveza con nosotros, inspector? —le ofreció Oliver.

—Gracias, señor Saunders, pero aún me quedan un par de horas de servicio. Tal vez en otra ocasión. —Se recolocó el casco mientras se dirigía de nuevo a la puerta, con los vecinos apartándose a su paso como las aguas del mar Rojo ante Moisés—. Personalmente no creo que pueda serles de gran ayuda —siguió diciendo— dado que de la *banshee* de los O’Laoire no sé más que lo que me han contado. Me trasladaron a Kilcurling hace once años; hasta entonces estuve ocupándome de las fuerzas del orden de Lismore, en el condado de Waterford. Me temo que aún soy una especie de novicio en esta clase de cuestiones. —Y tras guardar silencio un momento se despidió—: Buenas noches, señores.

El hombre abandonó The Golden Pot sumergiéndose en una corriente de aire cada vez más helado que hacía pensar en un remolino de espíritus serpenteando por las callejuelas de Kilcurling. Poco a poco las conversaciones se reanudaron, los parroquianos regresaron a sus mesas, y hasta hubo algunos que se atrevieron a coger sus naipes de nuevo, pero algo se había enturbiado sin remedio para lo que quedaba de noche.

No volvieron a tener la oportunidad de hablar con Jemima. Su padre le ordenó que se metiera en la cocina para ayudar a Fiona a limpiar platos, aunque Alexander adivinó que lo que realmente quería era quitarla de en medio para que no causara más problemas.

—Ese inspector, Fitzwalter, parece un buen tipo —comentó Oliver mientras cogía la cuchara para continuar con el plato de *colcannon* que casi se había enfriado del todo.

—Sí, por un momento temí que fuera a encerrarnos por provocar un alboroto entre los habitantes del pueblo —dijo Alexander con expresión pensativa—. Pero se ha tomado asombrosamente bien nuestra declaración de intenciones. Mañana podríamos hacer una visita a la comisaría. Le diré a Donnchadh que nos indique dónde se encuentra situada.

—¿Soy el único al que le ha llamado la atención que ni siquiera parpadeara cuando le dijiste que nuestro periódico está especializado en lo sobrenatural? —dejó caer Lionel, y los demás negaron con la cabeza con una mirada de complicidad.

Mientras tanto, en un rincón del pub, el anciano Caoimhín se había puesto a tocar

de nuevo su *fiddle*, aunque esta vez lo rasgueaba con los dedos en vez de con el arco. Tenía los ojos clavados en los montones de serrín que docenas de zapatos habían acumulado al pie del mostrador. Bajo sus uñas las cuerdas del instrumento dejaban escapar un ruido muy distinto del que habían oído antes, una nota trémula que se mantenía en el aire y que subía y bajaba con cada uno de sus movimientos. Como la voz de una mujer sin nombre que ahogara sus lamentos en la niebla que descendía desde Maor Cladaich.

Las habitaciones que les había preparado Donnchadh eran sencillas como las celdas de un monasterio del Císter, pero aquella noche estaban tan cansados que se sintieron como en su propia casa cuando por fin pudieron retirarse al piso de arriba del pub. Los parroquianos no tardaron en abandonar The Golden Pot, aunque durante un buen rato siguieron escuchando el tintineo de las jarras que el dueño limpiaba sin prisas en el mostrador y el rumor de las voces de sus hijas al otro lado del pasillo. Fiona no hacía más que echarle en cara a su hermana su comportamiento provocador, pero a Jemima le traía sin cuidado haber causado alboroto hablando de la *banshee* en la que nadie podía dejar de pensar. Finalmente, a eso de las once, sus susurros se apagaron del todo y la casa quedó sumida en el mayor sosiego, acunada en la distancia por el arrullo del mar.

Oliver no durmió precisamente bien aquella noche. Le costó horrores conciliar el sueño, y cuando por fin lo consiguió las imágenes que acudieron a su cabeza como en un caleidoscopio delirante no resultaron demasiado tranquilizadoras. Se veía a sí mismo en los terrenos de Maor Cladaich, recorriendo los jardines una y otra vez, tratando de dar con algo que había perdido y que aún no tenía ni idea de qué era. Los brazos le dolían por culpa de las ramas de los árboles que no dejaba de apartar para abrirse camino, y las piernas se le enredaban en unos zarzales que parecían deseosos de arrastrarlo a las profundidades. Toda la colina se revolvía con la vida enfermiza que alojaba en sus entrañas, una existencia contaminada por la muerte que se había hecho fuerte siglo tras siglo entre los muros del castillo. Y estaba empezando a jadear en su sueño, peleándose con aquella espesura que no tardaría en alcanzar proporciones selváticas, cuando la vio.

La escultura de una mujer se alzaba en un minúsculo claro. Los reptantes dedos de las plantas habían respetado aquel pequeño anillo al aire libre, y la imagen resaltaba entre los retorcidos troncos de los tejos como una aparición nimbada de luz. Oliver aminoró el paso al reparar en que su semblante carecía de la serenidad que había distinguido la tarde anterior en las demás esculturas. Aquella... aquella estaba llorando.

Los regueros de agua que caían de sus párpados cerrados arrastraban consigo minúsculas partículas de piedra. Cada lágrima horadaba un profundo surco que dejaba al descubierto un retazo de la piel blanca que se escondía debajo. Había una mujer dentro de la escultura, y su rostro era de carne y hueso. Oliver tragó saliva, alargando una mano en su dirección. No pudo contener un jadeo cuando los ojos de la mujer se abrieron de par en par. Eran grises, pero no por estar hechos de piedra. Eran unos ojos reales de los que se acordaba muy bien.

Ailish Ní Laoire le devolvió la mirada sin mover ni un músculo. Aún no era capaz de hacerlo; el resto de su cuerpo seguía encerrado en aquella armadura de piedra. «Date prisa», parecían suplicarle sus pupilas, lo único que se movía en su rostro.

«Sácame de aquí cuanto antes. Me estoy ahogando en vida. Me están ahogando. Me están matando.»

Antes de que Oliver lograra reaccionar, un nuevo tentáculo de hiedra se enroscó en torno a su tobillo. No pudo contener un grito mientras lo derribaban al suelo. Alguien tiró de su cuerpo desde la espesura, alejándole de Ailish, de la desesperación encerrada en esos ojos petrificados.

Cuando por fin despertó se dio cuenta de que estaba jadeando. Aturdido, tuvo que permanecer unos minutos tumbado en su camastro, tapándose la cara con los brazos desnudos mientras se acompasaban poco a poco los latidos de su corazón. Sentía cómo la respiración le quemaba en la garganta. Nunca había tenido una pesadilla tan horrible, ni tan clara en cuanto al mensaje que podía sacarse de ella.

Mientras permanecía acostado, las campanas de la cercana iglesia anunciaron las siete de la mañana. Había imaginado que sería mucho más temprano. Reuniendo el aplomo que el sueño casi le había arrebatado por completo, consiguió sentarse en el borde de la cama, frotándose los ojos para despejarse, y se puso en pie muy despacio para apartar los postigos de la ventana.

Efectivamente, hacía algunos minutos que el sol había salido. Desde su cuarto apenas alcanzaba a distinguir una diminuta franja del mar, aunque le llegaban los gritos de las gaviotas que habían comenzado la jornada mucho antes que ellos. Lionel y Alexander debían de seguir en la cama; Lionel, al menos, roncaba sonoramente en la habitación de al lado. Oliver decidió que no tendría sentido esperar de brazos cruzados en su cuarto. Se aseó como pudo con ayuda de una palangana, se recogió el pelo, sacó de su bolsa de viaje ropa limpia, y agarrando su abrigo y su bufanda salió del dormitorio.

Fue un alivio descubrir que a pesar de la pesadilla las cosas seguían exactamente como las habían dejado. Encontró a Donnchadh en el piso de abajo, silbando mientras barría los montículos de serrín esparcidos por el suelo.

—¡Buenos días nos dé Dios! —dijo de buen humor cuando Oliver acabó de bajar la escalera—. ¡Sí que es usted madrugador! ¡Si hubiera sabido que se levantaría tan pronto tendríamos preparado su desayuno, pero a Fiona aún no le ha dado tiempo a hacer nada!

Podían oírlos trasteando cacharros en la cocina, mientras el aroma a salchichas y a panceta invadía el ambiente. A Oliver le rugió un poco el estómago al acordarse de sus ascéticos desayunos en el Balliol College.

—No se preocupe, señor Lawless. Estoy seguro de que mis compañeros aún tardarán en reunirse conmigo. —Y ahogó como pudo un bostezo—. El viaje de ayer fue largo.

—Espero que las chicas no le hayan molestado —siguió diciendo Donnchadh en un tono más serio—. Siempre les digo que no se queden hablando por la noche, pero no me hacen ningún caso. Como no estamos acostumbrados a tener huéspedes...

—No las riña por nuestra culpa. Creo que lo de anoche nos puso nerviosos a

todos.

Donnchadh sacudió la cabeza como para quitarle importancia al asunto, aunque no resultó muy convincente. Se notaba que estaba esforzándose para actuar con la mayor naturalidad, para aparentar si era necesario que nadie había mencionado a la *banshee* de los O'Laoire bajo su techo. Oliver decidió que le iría mejor quedándose solo. Seguro que sus parroquianos no tardarían en presentarse en el pub para acribillarle a preguntas; la noticia de que estaba alojando a los ingleses debía de haber circulado como la pólvora.

—Me parece que saldré a la calle para que me dé el aire un rato —comentó.

—Hará usted muy bien —corroboró el irlandés—. Kilcurling es precioso a primera hora de la mañana, cuando el mundo aún no se ha puesto en pie. Eche un vistazo fuera.

Oliver se despidió haciendo un gesto con la mano. Al abrir la puerta del pub una corriente de aire frío le azotó las mejillas, aunque después de haber pasado una noche tan angustiosa la sensación le resultó reconfortante. De pie delante del local, dejó que sus pulmones se inundaran de oxígeno mientras contemplaba la panorámica que se extendía ante sus ojos. El sol se elevaba sobre la línea del horizonte, pequeño y anaranjado y con una aureola de nubes algodonosas a su alrededor. Los vecinos de Kilcurling no habían madrugado tanto como él; no se veían más que un par de barcas cerca de la orilla y dos o tres campesinos atravesando la plaza en la que algunas horas más tarde montarían los puestos del mercado. Uno le lanzó una mirada al pasar por su lado, llevándose después una mano a la gorra a modo de saludo. Supuso que Fiona se encontraba en lo cierto: solo era cuestión de tiempo que se acabaran acostumbrando a su presencia en el pueblo.

Mientras pensaba en estas cosas, con las manos en los bolsillos del abrigo y la bufanda revoloteando como una serpiente a su alrededor, le pareció escuchar su voz dentro del local, y al darse la vuelta vio que se trataba de Jemima, que se estaba anudando las cintas del sombrero debajo de la barbilla mientras discutía en gaélico con su padre.

Cuando reparó en la presencia de Oliver, la muchacha dejó a Donnchadh con la palabra en la boca para reunirse con él. Le saludó con una sonrisa radiante.

—¡Señor Saunders! ¡Esta debe de ser la famosa puntualidad británica de la que habla todo el mundo!

—No tiene ningún mérito, señorita Lawless. He pasado una mala noche y no tenía sentido remolonear más en la cama —le explicó Oliver—. ¿Usted siempre madruga tanto?

—Qué remedio —farfulló Jemima. Se echó sobre los hombros el mismo chal con el que se había cubierto la noche anterior al regresar de Maor Cladaich—. La señora quiere que me presente lo más pronto posible en el castillo. No entiendo a qué viene tanta prisa si la señorita O'Laoire siempre se levanta pasadas las ocho y media, pero más me vale no protestar mientras aún puedan pagarme. Tengo que conservar este

trabajo como sea.

Se llevó una mano a la nuca para sacar de debajo del chal los gruesos rizos que se habían quedado aplastados contra su espalda. Para sorpresa de Oliver lo cogió del brazo y tiró de él en la dirección en la que se encontraba la colina de Maor Cladaich.

—Vamos, pórtese como un caballero y acompañeme durante un rato. Así tendremos por fin la oportunidad de conocernos mejor.

No es que a Oliver le entusiasmara mucho aquella idea, pero tenía tan poca experiencia con las mujeres que no se atrevió a negarse. Como había dicho ella, no sería caballeroso.

—De acuerdo, pero solo hasta la verja de entrada. No debería poner un pie más allá.

—¿Tanto miedo le da la *banshee*? —se burló la chica—. ¿Incluso a plena luz del día?

—Esto no tiene nada que ver con el miedo. Ya sabe que le prometimos a la señora O’Laoire no entrar más en sus dominios...

—Oh, qué noble por su parte... —se rio Jemima. Le dio unas palmaditas en el brazo mientras pasaban por debajo del arco de piedra del cementerio—. Siempre tan correcto y tan formal... No se parece en nada a los chicos de Kilcurling. Ni a ninguna persona que haya conocido antes. —Y exhaló un suspiro que sin duda trataba de parecer romántico—. Si pudiera mezclar su cara, su pelo y su aura de misterio con el descaro del señor Lennox, ese sería mi modelo masculino de perfección. ¡El hombre de mis sueños!

La tarde anterior habían atravesado el cementerio cuando estaba a punto de ponerse el sol y la escasa luminosidad apenas les había permitido prestar atención a los detalles. Ahora Oliver pudo fijarse en la proliferación de cruces de piedra arenisca que surgían de la hierba, tan cubiertas de musgo como las esculturas femeninas de Maor Cladaich que se habían acabado materializando en sus sueños. Aquellas tumbas eran muy distintas de las que había contemplado en Inglaterra. Los cementerios siempre le habían parecido lugares muy poéticos, y durante la primavera, cuando comenzaba a calentar el sol, solía pasar largas horas recorriendo los senderos de los que había en Oxford, sobre todo el de Hollywell, situado a corta distancia de The Turf Tavern. Pero ninguno le había resultado tan íntimo como el que estaba observando en ese momento, pequeño y descuidado como era, un camposanto de pueblo que no contaba en su censo funerario con el nombre de ninguna personalidad. Había algo deliciosamente pagano en las altas cruces que desafiaban a la brisa procedente del mar. Su forma era peculiar, con un anillo de piedra rodeando los brazos de la cruz, decorada con intrincados motivos celtas, y en las de mayor tamaño, con minúsculas escenas sacadas de la Biblia.

A la derecha la colina descendía en pendiente para acabar confundiéndose con las olas del mar de Irlanda. Las delgadas películas espumosas, de un profundo azul aquella mañana, lamían una y otra vez las lápidas más cercanas al agua. Oliver se

preguntó de repente cómo sería aquel paisaje cuando subiera la marea. Se imaginó las cruces funerarias emergiendo en medio del mar como estatuas de mujeres suplicantes, llorosas...

Se esforzó por no pensar demasiado en la pesadilla de aquella noche para que Jemima no pudiera reparar en su angustia. Por suerte la chica hablaba por los codos y en cuestión de unos minutos le había puesto al tanto de toda clase de cosas relacionadas con su día a día al lado de las O'Laoire. Lo que más le llamó la atención fue la profunda antipatía que Jemima sentía por la hija de su patrona, a la que acusó de ser «una cría consentida que no hace más que darme trabajo con sus caprichos».

—Cuando acaba de desayunar, por ejemplo, le entran ganas de tocar el arpa. Me pide que le lleve las carpetas con partituras que tiene encima de su mesa. Voy a buscarlas y cuando vuelvo a bajar a la salita me dice que se lo ha pensado mejor y que en realidad le apetece que la ayude a bajar su caballete al jardín para pintar un rato al sol. Pero cuando estoy limpiando su paleta y sus pinceles me dice que no me moleste, que ha decidido pasarse el resto del día leyendo. Creo que preferiría que la señora me mandara barrer el castillo antes que pasar tanto tiempo con ella —resopló, agachándose para recoger unas florecillas que crecían entre dos lápidas y colocándoselas en el sombrero—. Es como una niña incapaz de abandonar su mundo de fantasía. ¡No sé ni cómo la aguanto!

Oliver tuvo que morderse la lengua para no salir en su defensa. En su opinión el problema de Jemima era que sentía unos celos atroces de lo que por su nacimiento no podía conseguir. La señorita O'Laoire le había parecido tan dulce y tan desvalida el día anterior que no le entraba en la cabeza que alguien pudiera hablar tan mal de ella.

—¿Y dice que le gusta encerrarse en la biblioteca durante días enteros...?

—Es un bicho raro —insistió Jemima—. Lo más raro que he visto nunca. ¿Qué chica de su edad querría pasarse las horas muertas rodeada de mamotretos cubiertos de polvo?

—Bueno, que algo resulte peculiar no quiere decir que tenga que ser raro —replicó Oliver—. Y que sea raro no tiene por qué ser malo. A mí me parece que en el mundo hay demasiadas personas iguales. Siempre me han llamado la atención las cosas especiales.

Podía sentir los ojos de Jemima clavados en su rostro. Había una suspicacia en su semblante que le hizo adivinar que sus sentimientos habían quedado demasiado claros.

—Hágame caso, señor Saunders: la señorita O'Laoire es rara en el peor sentido que se le pueda dar a esa palabra. Nadie en Kilcurling querría acercarse a ella.

—¿Pero por qué? —protestó Oliver—. ¿Qué les ha hecho para que la desprecien así?

—No la despreciamos. Ni siquiera nos cae mal. Bueno, a mí sí, pero a los demás...

Jemima aminoró el paso poco a poco. Se encontraban muy cerca de la verja de

entrada de Maor Cladaich y no quería separarse tan pronto de Oliver, no si lo único que habían hecho era hablar de Ailish Ní Laoire. Pero Oliver no pensaba dar su brazo a torcer.

—Tiene que haber algo más —insistió en voz baja—. No me creo que le tengan manía simplemente por pertenecer a uno de los clanes más poderosos de la isla. Todos nos han dicho que las O’Laoire están pasando por momentos muy duros. ¿No le parece que lo correcto sería estar a su lado cuando más lo necesitan? —Y después de guardar silencio mientras Jemima permanecía obstinadamente callada volvió a preguntar—: ¿Ha pasado algo con la señorita O’Laoire que explique por qué sus vecinos le tienen tanto miedo?

Era la primera vez que pronunciaba la palabra «miedo» refiriéndose a ella, pero la mirada que le lanzó Jemima le hizo darse cuenta de que acababa de dar en el blanco.

—No estoy segura de qué pasó exactamente, señor Saunders. Yo era muy niña...

—Cuénteme la verdad —le pidió Oliver, colocándole una mano en el hombro—. La verdad, señorita Lawless, se lo ruego. Estoy empezando a cansarme de medias tintas.

Ella dejó escapar un suspiro mezcla de fastidio y resignación, agarrando la mano de Oliver mientras se detenían en medio del sendero que atravesaba el cementerio.

—Pasó algo hace tiempo. Poco después de la muerte de Cormac O’Laoire. La señorita O’Laoire tendría unos siete u ocho años por entonces; ahora acaba de cumplir dieciocho. En aquella época su madre aún la dejaba ir y venir a su antojo por el pueblo...

—Ahora no le permite abandonar Maor Cladaich, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca. Y eso se debe a lo que ocurrió entonces. Mi padre nunca nos lo quiso contar a Fiona y a mí. Decía que éramos demasiado pequeñas para entenderlo, pero de vez en cuando oíamos hablar a las ancianas de Kilcurling. Descubrimos que había pasado algo con uno de los muchachos mayores. —Jemima permaneció callada unos instantes antes de susurrar—: Algo que hizo que se lo llevaran a la prisión de Dublín.

Oliver no había movido ni un músculo desde que comenzó a hablar, aunque se le había acelerado tanto el corazón como en su sueño. No podía tratarse de lo que creía...

—Se refiere a... Un muchacho que le hizo algo que no... ¡Es espantoso! —exclamó.

—Creo que no me ha entendido —le dijo Jemima—. No es lo que está pensando, señor Saunders. La señorita O’Laoire le acusó de haber hecho algo horrible, pero no contra ella.

Ahora Oliver no supo qué decir. Se quedó mirando a Jemima de hito en hito.

—Un asunto feo —continuó diciendo la chica, encogiéndose de hombros. No había soltado todavía la mano de Oliver—. Un inocente al que acusaron por su culpa de un crimen que seguramente no había cometido. Nadie me dijo de qué se trataba.

—Es muy extraño —murmuró Oliver—. ¿Qué ganaba la señorita O’Laoire acusándole?

—Ah, eso solo lo sabrá ella. Pero la noticia causó conmoción en Kilcurling, como se imaginará. Las personas que se enteraron de lo que ocurrió comenzaron a decir que estaba poseída por un demonio. Otros pensaban que ella misma era un demonio. Bueno, yo la veo todos los días, y aunque no la aguante tengo que admitir que no me parece un ser que se haya escapado del infierno. Lo que sí tengo claro es que está... que está loca.

Dijo esto último tan bruscamente que Oliver tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Loca? —logró preguntar por fin—. ¿Qué quiere decir con eso?

—¡Sabe demasiadas cosas, señor Saunders! ¡Cosas que no tendría por qué saber!

—Pero usted misma me acaba de decir que se pasa el día leyendo. ¿Por qué les resulta tan extraño que sea una mujer culta?

—No sabe cosas que aparezcan en los libros, sino cosas sobre nosotros. Siempre se entera de lo que yo hago con... con personas que nunca le han presentado. ¡Y ya le he dicho que no le permiten salir de Maor Cladaich!

Jemima se había puesto roja de repente, y las palabras salían atropelladamente de sus labios gordezuelos. Oliver soltó su mano poco a poco sin dejar de mirarla, aunque ya no podía distinguirla ante sí. Había recordado algo de repente. Una frase que había pronunciado el anciano que tocaba el *fiddle* en The Golden Pot al hablar de los sollozos con los que la *banshee* anunciaba una muerte: «Era como para volverse loco. No me extrañaría que las O’Laoire lo estuvieran. Por lo menos sabemos que hay una que sí...».

Tragó saliva, más confundido a cada momento. Jemima aprovechó su aturdimiento para acercarse un poco más a él. Le agarró de nuevo la mano, susurrando:

—Por su propio bien, le recomiendo que no se acerque a ella. No piense más en la señorita O’Laoire por muy peculiar que le parezca. Todos los que tienen algo que ver con ella acaban sufriendo por su culpa. Si la tienen encerrada será por una buena razón...

—Le agradezco que se preocupe por mi bienestar, señorita Lawless, pero creo que estoy a salvo de sus artes oscuras —le contestó él a media voz—. La señora O’Laoire no me permitirá volver a verla nunca más. Cuando dentro de unos días me encuentre de regreso en Oxford será como si no nos hubiésemos conocido.

«Aunque no podré dejar de pensar en ella —se dijo Oliver, sintiendo una extraña punzada en el corazón—, ahora que he comprobado que mi ideal realmente existía.» Por suerte Jemima no se dio cuenta de cómo se había ensombrecido su rostro. Sus ojos se habían clavado en algún punto por encima del hombro de Oliver, y de repente se aferró a su brazo con una intensidad que le sorprendió.

—¡Mírelas! ¡Hacía siglos que no salían de casa!

—¿Cómo? —preguntó Oliver, mirando a su alrededor—. ¿De quiénes habla?

—¿Ve a esas dos mujeres que han entrado hace un momento en el cementerio? ¿Las que se dirigen hacia aquel panteón tan grande adosado a un lado de la iglesia?

Oliver se dio cuenta enseguida de a quiénes se refería Jemima. Dos mujeres, una anciana y otra de mediana edad, atravesaban el cementerio en aquel momento, cogidas del brazo. Las dos vestían de luto completo, y a la mayor le caía un velo tan espeso por la cara que era imposible reconocer sus rasgos en la distancia. Las observaron avanzar por el sendero hablando en voz baja, con las cabezas tan juntas que desde lejos parecían siamesas, y detenerse ante el panteón que había señalado Jemima. Aquella construcción recordaba a las que Oliver había contemplado en los cementerios ingleses, rematada por un gablete y con una retorcida verja cerrada con una cadena. Una palabra profundamente grabada a cincel sobre la cornisa atrajo de repente su atención: *MacConnal*.

Contuvo el aliento. Pudo sentir cómo los labios de Jemima le acariciaban la oreja izquierda mientras seguía diciendo en susurros:

—Esa anciana es Brianna, la viuda de MacConnal; la otra es su hija pequeña.

—Esto sí que es una casualidad —contestó Oliver en voz muy baja—. Anoche, cuando estábamos en el pub, no dejaba de preguntarme si no quedarían en el pueblo familiares suyos a los que pudiéramos pedir que nos echaran una mano con nuestra investigación.

No había duda de que las MacConnal componían una curiosa estampa. Sus ropajes negros las hacían destacar sobre el muro de la iglesia como una pareja de cuervos que se hubiera posado en una rama glaseada de nieve. Jemima no les quitaba los ojos de encima.

—Vaya, no tenía ni idea de que siguieran en Kilcurling. Casi nadie las había visto pisar la calle desde que murió Fearchar MacConnal, y algunos pensaban que se habrían marchado a Dublín con la familia de Brianna. Me pregunto si planean conservar la casa en la que han vivido hasta ahora o la acabarán poniendo en venta, como esperan unas cuantas personas del vecindario. —Y apretó aún más el brazo de Oliver para que le prestara atención—. Va a ir a hablar con ellas, ¿verdad? ¿Puede tratar de sonsacarles algo?

—No creo que sea el momento más adecuado para preguntarles por una cuestión tan material, señorita Lawless —la reconvino Oliver—. No hace ni un mes que lo enterraron...

—Lo sé, lo sé —rezongó Jemima, y se envolvió más en el chal cuando una corriente de aire marino ascendió por la falda de la colina—. Era solo una sugerencia. De todos modos tengo que irme ahora mismo a Maor Cladaich. ¡Voy a llegar tardísimo!

Oliver no lamentó tener que separarse de ella. De hecho ni siquiera se inmutó cuando ella se puso de puntillas para estamparle un beso en la mejilla.

—¡Mucha suerte si las entrevista! —Y antes de abandonar el cementerio se dio la vuelta para añadir—: ¡Y no olvide lo que le he dicho sobre cierta persona! ¡Hágame

caso!

«Le haré caso cuando quiera comportarme de la manera que siempre he detestado en los demás —pensó Oliver, apartándose de la cara unos mechones oscuros que le había revuelto el viento sin dejar de contemplar a las MacConnal—. Basta de Jemima por hoy.»

No estaba dispuesto a abordarlas de una manera tan expeditiva como la muchacha acababa de proponer. Oliver imaginaba que estarían pasando momentos muy duros, y no le extrañaría recibir una mala contestación si se atrevía a importunarlas. Despacio, se acercó al lateral de la iglesia en que se encontraban los cuatro panteones que había en el cementerio, todos pertenecientes a las familias de mayor renombre. Al lado mismo del de los MacConnal se erguía el de los O’Laoire, semejante en todo al otro salvo por la presencia de un escudo de armas de piedra gris en lo más alto, adornado con un barco y un león. Allí se encontraba el marido de Rhiannon Bean Uí Laoire, a escasos metros del hombre que había sido su amigo y que tuvo la mala suerte de morir en su casa. Allí se encontraba el padre de Ailish, la rara Ailish, la loca, la mujer de la que todos recelaban.

Tuvo que hacer un esfuerzo para apartar de su mente lo que Jemima le acababa de contar. No estaba dispuesto a que su lengua venenosa contaminara la imagen que tenía de Ailish, aunque sus palabras le habían encogido el estómago. Siguió caminando hasta detenerse a escasa distancia de las dos mujeres, que habían sacado unos rosarios para rezar ante la tumba de los MacConnal. Oyó suspirar a la hija mientras permitía que sus ojos deambularan por el paisaje que se extendía ante ellas, con una expresión de tristeza que desapareció de su rostro cuando reparó en la silenciosa presencia detenida a sus espaldas.

Decir que se sobresaltó sería un eufemismo. Casi dio un salto al encontrarse con aquel desconocido completamente vestido de negro que las observaba entre las tumbas.

—Querida, ¿qué ocurre ahora? ¿Has...? —Brianna MacConnal se quedó tan sorprendida como su hija al volverse hacia el muchacho—. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Las dos se habían puesto tan a la defensiva que por un momento Oliver lamentó haberse acercado a ellas. Y también no contar con tanta mano izquierda como Alexander.

—Discúlpenme, por favor. Solamente quería saludarlas, pero me temo que las he asustado al aparecer tan de repente. —Y se obligó a esbozar una sonrisa—. Les aseguro que no soy el alma en pena de ninguna de las personas enterradas en este lugar.

La hija de Fearchar MacConnal respiró con alivio, pero su madre no se tranquilizó.

—Su cara no me suena de nada, muchacho. No recuerdo haberle visto en Kilcurling.

—No, señora MacConnal. En realidad llegué ayer mismo de Oxford. Estoy pasando unos días en el pueblo con unos amigos para llevar a cabo una investigación.

—Conque una investigación... —dijo la anciana, alzando su velo para inspeccionarle.

A Oliver le sorprendió que no fuera tan mayor como había imaginado. Supuso que sería la tristeza por la muerte de su esposo lo que la hacía caminar tan encorvada. Tenía unos ojos pequeños y oscuros, brillantes como dos canicas, y el pelo muy blanco y sujeto en lo alto de la cabeza con una peineta de plata y azabache en la que se había prendido el velo de encaje. Se parecía mucho a su hija, que debía de rondar la cuarentena; su pelo no tardaría en ponerse tan blanco como el de su madre a juzgar por los densos mechones de canas prematuras que arrancaban de sus sienes. En el rostro de Brianna MacConnal se vislumbraba una creciente curiosidad; en el de su acompañante, por el contrario, se acababa de plasmar una extraña conmoción.

A Oliver le llamó la atención que sus palabras la hubieran hecho palidecer tanto o más que su aparición. Las cuentas del rosario de Brianna tintinearón al agarrar su brazo.

—Mary, mi hija pequeña —le dijo por toda presentación—. ¿De qué quería hablarnos?

—Me temo que es una historia bastante larga, aunque podría resumirla diciendo que trabajo como reportero para *Dreaming Spires*, un periódico especializado en sucesos de índole sobrenatural. Recientemente llegó a nuestros oídos la noticia de lo que... lo que le pasó a su esposo cuando estaba visitando a las O'Laoire en el castillo de Maor Cladaich.

Temía que sus palabras pudieran incomodarla, pero para su sorpresa la señora MacConnal se conformó con asentir. La frialdad aún no se había derretido del todo en sus pequeños ojos mientras examinaba a Oliver de los pies a la cabeza, deteniéndose por un instante en el corte anticuado de su abrigo y los extremos deshilachados de su bufanda.

—Y su periódico quiere publicar una noticia sobre cómo la *banshee* propiedad de los O'Laoire anunció la muerte de mi esposo cuando se hallaba en su castillo, ¿verdad?

—Si no le parece mal, por supuesto —se apresuró a aclarar Oliver. No se había dado cuenta hasta entonces de que no se habían preocupado por los MacConnal en ningún momento. Cuando hablaban de las posibles consecuencias que acarrearía hacer público lo sucedido, siempre se referían a las O'Laoire; ni siquiera se habían planteado si aquello causaría algún perjuicio a la otra parte implicada en el suceso—. No es nuestra intención entrometernos en su vida privada, señora MacConnal. Ni queremos hacer que se sientan incómodas sometiéndolas a un interrogatorio. Entiendo que el duelo es difícil de llevar...

—Muchacho, no me haga reír —fue la respuesta de Brianna MacConnal—. Enterré a una madre, a tres hermanos y a un niño deforme que nació muerto antes de

que le dieran a luz a usted. Créame que empiezo a estar bastante familiarizada con los duelos.

—Madre, haga el favor de morderse la lengua —le instó su hija—. ¡No diga esas cosas!

—¿Y por qué no debería hacerlo? Perder a Fearchar me ha partido el corazón, pero eso no me ha convertido en una alienada ni en una inválida. Estoy cansada de que todo el mundo se empeñe en hablar en voz baja delante de mí de lo que ha sucedido. Estoy harta de que me tengan lástima.

Su hija no tuvo más remedio que callarse, aunque la mirada que cruzó con Oliver mientras se mordía el labio inferior dejaba claro que ella también estaba harta.

—Vaya, no sabe cuánto me alegra..., bueno, cuánto me alivia, más bien, que esté tan dispuesta a colaborar con nosotros —le aseguró Oliver tras unos segundos de incómodo silencio—. Pero no creo que este sea el lugar más adecuado para que hablemos del tema...

—Por supuesto que no. Dentro de unos minutos dará comienzo la misa de las nueve y esto se llenará de vecinos que empezarán a cuchichear en cuanto nos pongan un ojo encima. No tiene ni idea de dónde se ha dejado caer, criatura. —Y soltando el brazo de su hija abrió el broche de un pequeño bolso negro que sostenía con el codo. Revolvió en su interior hasta dar con una tarjeta—. Aquí tiene —dijo alargándosela a Oliver—. Vengan a visitarnos cuando les apetezca; esta misma tarde si no les viene mal.

—Después de las tres, por favor —se vio en la obligación de precisar su hija—. Hoy vamos a recibir la visita de unos familiares. Desde que murió mi padre la casa se ha convertido en un salón de recepciones. No es que no deseemos que compartan la mesa con nosotras, pero comprenderá que los demás MacConnal se sentirían azorados...

—Por supuesto que lo comprendo —dijo Oliver, y se guardó la tarjeta. Aún no podía creer en su buena suerte—. No se imaginan lo mucho que les agradezco su amabilidad.

La hija de Fearchar MacConnal apretó las comisuras de los labios en la sombra de una sonrisa, pero su madre ya se había puesto en movimiento después de dirigir a Oliver un cabeceo de asentimiento. «Hasta esta tarde», le dijo mientras se alejaban, renqueando un poco menos que antes, hacia el arco de piedra del cementerio.

Oliver esperó a que abandonaran el recinto sagrado, y cuando por fin se perdieron de vista detrás de la iglesia regresó a The Golden Pot tan rápidamente que sus pies apenas rozaban la hierba.

La reacción de sus amigos fue exactamente la que Oliver había imaginado. A los dos les pareció que el hecho de haberse encontrado con las MacConnal nada más poner un pie fuera del pub era la mejor prueba de que aquel sería un día productivo, aunque todavía tenían mucho que hacer antes de dejarse caer por su casa.

Como no tenía sentido regresar a Maor Cladaich para que la señora O'Laoire les cerrara por segunda vez la puerta en las narices, decidieron dedicar la mañana a entrevistarse con el mayor número posible de vecinos, si es que lograban apartarles de sus actividades cotidianas el tiempo necesario para que les contaran lo que creían que le había pasado a Fearchar MacConnal.

Fue una mañana larga, y bastante frustrante para los tres, como comprobaron cuando se reunieron de nuevo en The Golden Pot para comer. Aunque la desconfianza de los parroquianos se hubiera atenuado un tanto, gracias en gran medida al apoyo que les habían brindado los Lawless, nadie parecía atreverse a compartir con los ingleses lo que realmente les preocupaba con respecto a la *banshee*. Como había dicho en voz baja aquel Seán al que Jemima había arrojado un zapato, era de mal fario llamar a esa clase de criaturas por su nombre. Lo único que encontraron en las casas por las que se dejaron caer fueron caras absolutamente herméticas, y como mucho alguna que otra anécdota murmurada en voz muy baja acerca de una silueta casi transparente a la que de vez en cuando se veía deslizarse por los jardines de Maor Cladaich.

El anciano Caoimhín fue el único que arrojó un poco de luz sobre el particular, aunque no pudiera decirse que su testimonio fuera muy preciso. Según le contó a un escéptico Lionel en su cabaña situada casi al borde del mar, la noche en que murieron en un naufragio los padres de Cormac O'Laoire la *banshee* rompió a sollozar como lo había hecho pocos días antes por Fearchar MacConnal. Había pasado casi medio siglo desde entonces, pero se acordaba muy bien de cómo sus amigos y él, mientras daban un paseo alrededor de la propiedad, habían distinguido entre la espesura algo de color blanco que solo con muchos esfuerzos consiguieron reconocer como una mujer. Cuando por fin salieron de su estupor, y superaron el miedo lo suficiente como para acercarse más a la verja, la criatura se internó en las sombras que se apoderaban de los jardines desapareciendo completamente de la vista. Evidentemente, cuando horas más tarde circuló por el pueblo la noticia de que los señores del castillo habían muerto en alta mar, se les quitaron las pocas ganas que pudieran quedarles de regresar a Maor Cladaich para encontrarse de nuevo con aquella aparición. Su sitio estaba en el infierno, siguió susurrando Caiomhín sin dejar de remendar las redes en las que estaba trabajando cuando Lionel se presentó en su casa, al igual que sucedía con los O'Laoire, tanto los que habían muerto como las que aún seguían viviendo en el castillo. Era una dinastía maldita y no había nada que se pudiera hacer por ella, y si a los periodistas ingleses les quedaba sentido común regresarían a su isla antes de que

les contagiaran su mala suerte.

Por supuesto, nadie pudo aclararles nada sobre la misteriosa Lisa Spillane que se había puesto en contacto con Alexander. Bromeando sobre si también ella sería un espíritu, se despidieron de los Lawless después de comer y regresaron al frío exterior para hacer tiempo hasta que llegara la hora de reunirse con las MacConnal. La dirección que aparecía en su tarjeta correspondía a uno de los pocos inmuebles elegantes que habían visto la tarde anterior en el pueblo. Se encontraba situado en una plaza presidida por una cruz de piedra parecida a las que adornaban las sepulturas irlandesas. Aquella vivienda seguramente no habría llamado la atención en la capital, pero con sus tres pisos y su buhardilla no podía dejar de destacar entre las cochambrosas cabañas de Kilcurling.

—No está mal, no está nada mal. Desde luego, parece mucho más comfortable que la comisaría. —Alexander señaló un pequeño edificio situado al otro extremo de la plaza, con lo que parecían ser unas caballerizas adosadas a uno de sus laterales—. A juzgar por lo que me contó Lawless antes de servirnos el desayuno, ese inspector Fitzwalter es un tipo bastante interesante. Espero que podamos hacerle una visita para conocerle más a fondo.

—Yo no tengo un particular interés en hacerlo —murmuró Lionel—. Te recuerdo que sigue siendo de la policía. Y no sabemos cómo se las gasta la Royal Irish Constabulary.

—La típica respuesta de alguien que no tiene la conciencia tranquila —opinó Oliver.

Lionel le dirigió una mirada aviesa. No obstante, eso no le impidió preguntar:

—¿Y por qué es interesante? ¿Has descubierto algún episodio oscuro de su pasado?

—En cierta manera —reconoció Alexander mientras se sentaban al pie de la cruz y aprovechaba para encender su pipa—. Aunque apuesto a que el asunto es de dominio público en Kilcurling. ¿Recordáis que nos dijo que procedía de Lismore, en Waterford?

—Sí, tengo entendido que está bastante lejos de aquí, al sur de la isla —dijo Oliver.

—Lawless me explicó que en Lismore se produjo hace unos quince años una de las revueltas más sangrientas de los fenianos. La Hermandad Republicana Irlandesa trató de orquestar desde las sombras una serie de levantamientos entre la población agraria con los que pretendía defender el derecho a la independencia. Esos conflictos causaron un gran número de víctimas entre el campesinado. Uno de los cabecillas del que tuvo lugar en Lismore se apellidaba Fitzwalter —les explicó el profesor, y tuvo que aclarar ante la estupefacción de Lionel y Oliver—: No era el inspector, sino un hermano suyo. Patrick.

—¿El inspector Fitzwalter tiene un hermano revolucionario? —se asombró Oliver.

—Tenía —aclaró Alexander sombríamente—. Por aquel entonces nuestro conocido ostentaba el cargo de teniente, así que no le quedó más remedio que detenerle. Sí, tuvo que meter en prisión a su propio hermano, con el que la ley no tuvo oportunidad de mostrar mucha, poca o ninguna clemencia. Lawless me contó que se ahorcó antes del juicio.

Oliver se quedó estupefacto. Lionel emitió un suave silbido. Cuando lo conocieron el inspector les había parecido la estampa viviente de la seguridad en uno mismo, de la satisfacción que produce el deber cumplido. Nunca habrían podido sospechar que en su pasado existiese un episodio tan doloroso como el que Alexander les acababa de contar.

—Es espantoso —susurró Oliver—. ¿Cómo pudo hacerlo? ¡Se trataba de su hermano!

—Total lealtad a su código, me imagino —suspiró Alexander—. Total fidelidad a una reina que gobernaba desde una isla distinta. Pero por muy consecuente que demostrara ser con sus principios, no le desearía ni a mi peor enemigo que pasara por algo parecido.

Esperaron en silencio a que Alexander terminara la pipa, todavía dando vueltas a lo que les acababa de contar. Cuando se disponía a devolverla a su bolsillo, la puerta de la casa de las MacConnal se abrió para que salieran dos mujeres, una de mediana edad y la otra visiblemente embarazada, acompañadas por un hombre que se apoyaba en un bastón aunque parecía demasiado joven para necesitarlo realmente. Los tres vestían de luto con una elegancia más propia del Dublín del que seguramente procedían que de un pueblecito costero. Una doncella ataviada de manera parecida a Jemima aguardó en la puerta a que subieran a un coche que les estaba esperando junto a la comisaría. Debía de estar sobre aviso de su llegada, porque cuando desaparecieron de la vista se volvió hacia los ingleses haciéndoles un gesto para que se acercaran. Luego los dejó pasar al recibidor, cogiendo sus abrigos y sombreros y guiándoles por unas empinadas escaleras adosadas a la pared.

La siguieron sin decir nada, bastante sorprendidos al encontrarse en un hogar que, aunque mucho más pequeño que Maor Cladaich, poseía un refinamiento del que carecía por completo el castillo de los O'Laoire. Allí no se veían rectángulos polvorientos en las paredes ni había que caminar sobre superficies desnudas; todo era acolchado, recargado y mullido, aunque podía percibirse en la decoración un aroma a tiempos pasados que le confería cierto carácter rancio. Algo muy acorde con Brianna MacConnal, pensó Oliver mientras eran introducidos en un salón cuyas altas ventanas daban a la plaza de la cruz.

Otra doncella acababa de levantar el mantel, y les dedicó una breve inclinación antes de marcharse. La dueña de la casa les estaba esperando en un amplio sillón de orejas con reminiscencias de trono, contemplando las nubes que el viento arrastraba por el cielo con las manos enlazadas sobre el regazo. Su hija también se encontraba en la estancia, y fue la primera en acercarse a ellos. Parecía tan nerviosa como por la

mañana.

—Al final han venido —dijo, como si no se lo acabara de creer.

—Siéntense —les indicó Brianna MacConnal, señalando unas butacas dispuestas al otro lado de la mesa camilla—. Acabo de ver a través de los cristales cómo cruzaban la plaza.

Oliver hizo las presentaciones y, cuando hubieron tomado asiento, Brianna pidió que les trajeran un té recién hecho a sus invitados. Mientras lo servía en cuatro pequeñas y frágiles tazas de Limoges, tuvieron la oportunidad de observar discretamente el salón. También allí había quedado impreso el mismo aire anticuado; un fuego crepitaba en la chimenea, y de las paredes colgaban unos espejos de gran tamaño recubiertos con paños negros que avisaban a quien aún no lo supiera de la reciente muerte de uno de los miembros de la familia. Y entre esos espejos, detrás del sillón de Brianna, había un retrato del difunto Fearchar MacConnal. Era idéntico al hombre que aparecía con Cormac O’Laoire y Donnchadh Lawless en la fotografía que Jemima les había mostrado en *The Golden Pot*. Pequeño y enjuto, con la piel cetrina, el cabello todavía oscuro aunque muy ralo y una sonrisa bonachona que les llamó la atención. Su expresión no podía ser más distinta de la de su viuda, aunque tal vez se debiera a que el señor MacConnal había sido representado a punto de comenzar una cacería, a lomos de una de sus adoradas yeguas, y Brianna seguía sumida en los primeros estadios del luto.

—Nadie diría que era un hombre apuesto, ¿verdad? —la oyeron comentar de repente, y se volvieron al mismo tiempo hacia ella—. Pero tenía un corazón que valía su peso en oro. Cualquiera de nuestros vecinos podría decirles lo mismo.

—Tenemos entendido que era uno de los hombres más populares del pueblo —coincidió Alexander—. Puede estar orgullosa de su esposo, señora MacConnal. Dice mucho de una persona, sobre todo si gozaba de una posición privilegiada, que hasta los más humildes lamenten su pérdida. Hasta ahora no hemos oído más que cosas buenas de él.

Brianna asintió con la cabeza, conmovida a su pesar. Sus delgados dedos toqueteaban las cuentas del rosario que le colgaba del cuello.

—Los más humildes, es cierto..., pero también los más poderosos. Me atrevería a decir que en Maor Cladaich le lloraron casi tanto como aquí.

Oliver se detuvo cuando estaba a punto de mojarse los labios con el té.

—¿Se refiere a las O’Laoire? —preguntó sorprendido—. Sabíamos que su esposo se llevaba muy bien con el antiguo dueño del castillo, pero no que su buena relación se hiciera extensiva a su viuda y su hija. Lo dice como si le consideraran parte de la familia.

—Bueno, en cierto modo debía de serlo para ellas —comentó Lionel—. Recuerda que había cenado en su casa la noche en que murió. Como mínimo debían entenderse bien.

Brianna asintió de nuevo, aunque su mirada se había ensombrecido.

—Efectivamente, parece que han hecho bien su trabajo. Esa noche, esa maldita noche en la que no dejo de pensar, mi marido cenó con Rhiannon Bean Uí Laoire en el castillo de la colina. Pero estoy segura de que nadie les ha contado aún por qué lo hizo.

Todos se quedaron en silencio, una quietud teatral que Brianna rompió diciendo:

—Desde hace casi un año Maor Cladaich está a la venta. Sus propietarias no han podido dar todavía con nadie que se atreva a hacerse cargo de semejante ruina...

—No me extraña —resopló Lionel— teniendo en cuenta que quien compre Maor Cladaich comprará también la *banshee* de los O’Laoire.

—Sí, habría que ser muy incauto para querer hacerse cargo de algo así —dijo Oliver.

—Mi marido iba a ser ese incauto, señor Saunders. Él quería hacerse con el castillo.

Oliver estuvo a punto de dejar caer la taza. Sus ojos castaños se alzaron hacia la anciana mientras ella recolocaba con calma la peineta clavada en su moño.

—¿Su marido... quería el castillo? —consiguió decir—. ¿Por qué?

—Ah, eso no dejé de preguntárselo cada día —suspiró ella— desde el momento en que nos dijo lo mucho que le gustaría que lo adquiriéramos. Nos daba toda clase de razones a mi hija y a mí: la cantidad de ocasiones en las que lo había visitado, los buenos recuerdos que le traía de su amistad con O’Laoire, la generosidad que supondría que les echáramos una mano a Rhiannon y a Ailish cuando pasaban por momentos difíciles...

—Papá siempre me decía que no lo quería para sí mismo —intervino de repente la señorita MacConnal; su voz se parecía más que nunca al tímido piar de un gorrión—. Se le había metido entre ceja y ceja la idea de comprarlo para Liam. Para su nueva familia.

—Liam es mi nieto —les explicó Brianna—. Deben de haberle visto cuando salía de nuestra casa con su esposa Caitlin y mi otra hija, Eibhlean. Caitlin no tardará en dar a la luz, un acontecimiento que mi esposo deseaba presenciar con toda su alma. Han vivido hasta ahora en Dublín, pero a Fearchar se le había antojado atraerles a Kilcurling con una nueva casa en la que nuestros bisnietos pudieran dar sus primeros pasos. Este pueblo se encuentra lo suficientemente cerca de Dublín para que Liam siguiera adelante con su carrera en las finanzas. Por desgracia, como ven, aquel proyecto quedó en nada...

—No estoy segura de que a Caitlin le convenciera la idea, aunque nunca nos llevara la contraria —matizó su hija—. Debía de causarle pavor tener que dar a luz en una casa tan siniestra. A mí me lo daría si estuviera en su lugar. Sería como tentar a la mala fortuna...

—Por suerte, querida, nunca te verás en esa tesitura, ni en Maor Cladaich ni aquí.

La señorita MacConnal se sonrojó, pero no dijo nada más. Alexander se había quedado pensativo. Removía su té con la mirada perdida en los arabescos de la

alfombra.

—¿Y qué opinaba Rhiannon Bean Uí Laoire al respecto? —preguntó al fin—. ¿Estaba de acuerdo con que la herencia más valiosa del clan de su marido pasara a sus manos?

—Nunca supe lo que opinaba Rhiannon —respondió Brianna, y esta vez el rencor de su voz resultó más patente—. Fearchar estaba convencido de que acabaría aceptando, pero yo no las tenía todas conmigo. Esos grandes clanes siguen viviendo en la Edad Media; no se imagina hasta qué punto les duele tener que marcharse de las tierras conquistadas por sus antepasados. Fearchar creía que con ella las cosas serían distintas dado que no posee los mismos orígenes nobles que su esposo. ¿Nadie les ha contado de dónde la sacó O'Laoire? —Esbozó una ácida sonrisa cuando negaron con la cabeza—. Trabajaba en una librería dlinesa. Era librera, ahí donde la ven. Ni siquiera eso; era ayudante de otras librerías. —Y respiró hondo antes de seguir diciendo—: No debía tener más de veinte años cuando la trajo al pueblo. Tendrían que haber visto cómo era por entonces: rubia, dorada, preciosa. Y pese a todo, la mujer con el aspecto más desdichado que he visto en mi vida.

—Estoy segura de que si se sentía desdichada no era culpa de su marido —señaló la señorita MacConnal—. O'Laoire siempre me pareció encantador. Un caballero de los pies a la cabeza. Se comportaba con ella como si no existiera nada más valioso en el mundo.

—Bien, el hecho es que Rhiannon apareció en Kilcurling con su aire de mosquita muerta y en cuestión de unos meses se había hecho con las riendas del castillo. A O'Laoire no pareció importarle que desde entonces casi todas las decisiones importantes relacionadas con Maor Cladaich las tomara su mujer. Mary tenía razón al decirles que la había colocado en un altar, aunque su edad casi triplicara la de Rhiannon. Además, ella no tardó ni nueve meses en darle una heredera, así que nadie podría decir que no había cumplido con su parte del trato matrimonial. —La anciana guardó silencio, jugueteando con las brillantes cuentas de su rosario—. Recuerdo que hubo habladurías cuando nació la pequeña Ailish...

—Aunque no tantas como ahora —dijo su hija, acomodándose en uno de los brazos del sillón de Brianna—. Por aquel entonces era un bebé encantador. Nadie podía imaginar lo extraña que acabaría siendo años más tarde, ni los problemas que causaría en Kilcurling.

Oliver posó sonoramente la taza sobre la mesa camilla. Abrió la boca para exigir una explicación a las MacConnal, pero no le dio tiempo a hacerlo; Lionel se le adelantó.

—Todo eso me parece muy interesante, pero no nos ayuda a aclarar lo que pasó en Maor Cladaich. Por muy apegada que esté la señora O'Laoire al castillo, no puede seguir en sus trece intentando conservarlo. Todos aseguran que tienen problemas económicos.

—Y bastante graves, por lo que me dijo Fearchar —se mostró de acuerdo

Brianna.

—¿Sabe si su marido firmó antes de morir algún documento en virtud del cual se comprometía a adquirir la propiedad? —inquirió Alexander—. ¿Algún contrato, algo...?

—No —respondió su viuda de inmediato—. Y ese es el único consuelo que me queda.

—¿Así que no vería usted con buenos ojos que las negociaciones siguieran adelante?

—¿Para comprar la casa de la colina? ¿La casa que todo el mundo dice que está tan maldita como sus propietarios? ¿La casa en la que murió mi Fearchar? —replicó Brianna fervientemente—. Ni que me prometieran que debajo de cada una de las esculturas de los jardines hay enterrado un tesoro. He jurado no poner un pie en ese lugar, señores, no mientras me quede aliento.

—Comprendo su decisión —le contestó Alexander—. Pero me gustaría saber si en su caso obedece a la, por decirlo de alguna manera, superstición que hace que los vecinos de Kilcurling siempre hablen de Maor Cladaich en susurros. ¿Usted teme a la *banshee*?

Era evidente que Brianna no esperaba esa pregunta, o al menos no esperaba que se la formularan con tanta franqueza. Se quedó mirando a Alexander con el ceño fruncido.

—Sí... y no —respondió pasados unos instantes—. Creo que la *banshee* existe, profesor Quills; solo un idiota negaría la evidencia después de haberla escuchado sollozar tantas veces al otro lado del pueblo. Pero también creo que esa clase de espíritus pertenecen a un clan, no al lugar en el que viven sus descendientes. No constituyen una herencia de la que alguien se pueda deshacer con unos cuantos papeles firmados y sellados. Si las dos O'Laoire que quedan con vida se marchan de Kilcurling, la *banshee* se irá tras ellas. Las seguirá al último rincón del mundo, porque son sus propietarias, su único enlace con el plano al que pertenecemos los seres vivos. No creo que se dejara comprar así como así.

—Y sin embargo, usted insiste en que no quiere el castillo ni regalado —dijo Lionel.

Brianna tardó unos segundos en contestarle, tantos que se preguntó si le habría escuchado o no. Había clavado los ojos en sus manos enlazadas, y cuando de nuevo los alzó hacia ellos les dio la sensación de que había envejecido diez años en un momento.

—Mi marido murió en... en medio de un sendero embarrado, con una expresión de pavor en su rostro de la que nunca me olvidaré —les dijo en voz tan baja que su hija se inclinó hacia ella, asustada ante el cambio—. Su médico me aseguró que se trataba de un paro cardíaco, pero yo sé que estaba muy equivocado. Fearchar nunca sufrió del corazón.

—Era un hombre bastante mayor, señora MacConnal. Pudo pasarle cualquier

cosa...

—No —repitió la anciana—. No, profesor. Sé que pensarán que me he vuelto loca, pero estoy segura de lo que digo. La *banshee* no fue la que anunció su muerte. La *banshee* fue la que lo condujo al umbral de la muerte, la que acabó con su vida. Apareció ante él para matarle de puro miedo. —Y se pasó una mano por los cansados ojos antes de seguir susurrando—: No es un heraldo de la Muerte, sino la Muerte misma. Es un... demonio.

—Tienen que disculpar a mi madre —balbuceó la señorita MacConnal, que se había puesto un poco pálida—. Estos días están siendo una pesadilla. Demasiadas emociones...

Ninguno se movió mientras la mujer agarraba a Brianna por un brazo para que se levantara del sillón. Todas sus fuerzas parecían haberla abandonado cuando les susurró:

—Ustedes pueden hacer lo que les plazca, por supuesto. Pueden seguir adelante con su investigación, pero si aceptaran el consejo de una anciana que no tardará en seguir a su marido al sepulcro, harían bien marchándose de este pueblo. —Y los miró uno a uno con sus pequeños ojos rodeados de arrugas—. Ese castillo está maldito, cien veces maldito —repitió—. Si fuera propiedad mía araría los terrenos con sal para asegurarme de que nada vuelve a crecer dentro de sus límites, ni vivo ni muerto. Les juro que no dejaría una sola piedra intacta.

Y sin decir nada más permitió que la señorita MacConnal se la llevara lentamente del salón, dejando a sus invitados a solas con sus propios y enmarañados pensamientos.

La retirada de Brianna los había cogido tan desprevenidos que por un momento no supieron cómo reaccionar. Se limitaron a mirarse unos a otros en un silencio expectante.

—Bueno —comenzó a decir Alexander por fin—. ¿Qué pensáis de lo que hemos oído?

—Que la historia de la señora MacConnal no tiene sentido —fue la tajante respuesta de Lionel, mientras alargaba la mano y cogía una de las pastas que la doncella había dejado en la mesa—. Supongo que tengo que aceptar la existencia de la *banshee* después de escuchar los testimonios que nos han dado los vecinos, ¡pero ese don que parece tener de asesinar con su presencia...!

Mordisqueó la pasta con los ojos clavados en el retrato de Fearchar MacConnal, que de repente no parecía tan risueño como antes. El resplandor de la chimenea desfiguraba sus facciones tanto como lo había hecho con las de Brianna; su sonrisa resultaba ahora mucho más forzada, casi antinatural. Alexander permaneció sin decir nada durante un buen rato, con la taza de Limoges descansando entre sus manos.

—Existen ciertas criaturas sobrenaturales que pueden matar con la mirada... como los basiliscos, por ejemplo; y la mitología griega también hablaba de Medusa y de cómo Perseo recurrió a un par de sandalias aladas y un casco de invisibilidad para derrotarla...

—Lo hizo con un escudo brillante que le prestó Atenea —aclaró Oliver en voz muy baja—. Sabía que si la miraba directamente a los ojos se acabaría convirtiendo en piedra.

—Gracias por la clase de mitología, pero no nos vamos a enfrentar a una criatura capaz de convertirnos en piedra —le cortó Lionel de mala manera—. Si lo que esa mujer nos ha contado fuera cierto lo que haría la *banshee* sería provocarnos un paro cardíaco.

«Más rápido que un disparo a bocajarro —pensó mientras sentía arder bajo su venda la herida que todavía no había cicatrizado del todo—. Y mucho más honroso.»

—Ya tendremos tiempo para pensar en cómo combatir a la criatura, si es que nos la encontramos alguna vez cara a cara —le tranquilizó Alexander. Dejó la taza sobre la mesa camilla—. Lo realmente importante es que las cosas cambian sabiendo que MacConnal pensaba adquirir el castillo. ¿No os llama la atención lo mucho que parece detestar a las O’Laoire su viuda? ¿Os disteis cuenta de la expresión con la que hablaba de Rhiannon?

—¿Celos? —aventuró Lionel—. ¿Podría haber extendido nuestro amigo Fearchar toda la intimidad que nos han asegurado que tenía con O’Laoire hasta la cama de su señora?

—No —respondió Alexander tan taxativamente que Lionel enarcó una ceja—. No creo que se trate de eso. Por mucho que te cueste creerlo existen más cosas aparte del

sexo...

—Me llevan los demonios cada vez que se refieren a la señorita O’Laoire como una demente —intervino Oliver en un susurro—. Todos los vecinos de este condenado pueblo parecen decididos a enturbiar el recuerdo que me voy a llevar de ella.

—Sí, Oliver, sabemos que te mueres de ganas de meterte en los pololos de la señorita O’Laoire antes de regresar a Oxford —le aseguró Lionel, dirigiendo a Alexander la mirada más elocuente de su repertorio—. ¿Y qué más cosas dices que existen aparte del sexo?

Acababa de pronunciar aquellas palabras cuando la señorita MacConnal se detuvo en el umbral del salón. Parecía extenuada después de separarse de su madre, pero cuando oyó lo que estaban diciendo se puso muy roja. Alexander se levantó.

—¿Todo bien? —le preguntó, preocupado—. Espero que no fuera culpa nuestra que...

—No se inquieten por mi madre —les contestó la señorita MacConnal. Regresó muy despacio al sillón que había ocupado Brianna y se sentó de nuevo en uno de sus brazos como si nada hubiera cambiado, como si siguiera estando allí—. Ya les he dicho que está pasando por unos momentos complicados. Hemos tenido la casa abarrotada de personas. Creo que lo que realmente necesita es estar sola, ordenar sus pensamientos, aceptar de una vez que se ha marchado. Y llorar, llorar como lo hacemos los demás. De nada le servirá ponerse una coraza en la que no cree nadie más que ella. En el fondo es tan humana como yo.

Y permaneció callada durante unos instantes mientras apartaba con una mano las cortinas azul marino de la habitación. En cuestión de unos minutos se haría de noche.

—Recibieron mi carta —dijo de repente sin dejar de contemplar la plaza desierta.

Alexander tardó un momento en procesar lo que había dicho. Cuando por fin lo hizo se quedó mirándola estupefacto.

—¿Quiere decir que usted es...? —comenzó a decir.

—No puede ser —susurró Oliver, tan confundido como él—. Nuestra corresponsal se llama Lisa Spillane. ¡Su madre me la ha presentado esta mañana como Mary MacConnal!

—Y así es como me bautizaron —coincidió ella, poniéndose más roja todavía—. Pero no me atreví a firmar con mi auténtico nombre. No creía que mi madre aprobara que me carteara con un desconocido, y que le diera además tantos detalles sobre la muerte de mi padre. Lisa Spillane es el nombre que usaba de pequeña para firmar cada uno de los cuentos de hadas que escribía en secreto. Mi *nom de plume*, por decirlo de algún modo.

—Vaya, pues no hay duda de que tiene usted un gran talento para inventar historias creíbles —comentó Lionel—. ¡Si incluso aseguraba que vivía con su marido!

Mary MacConnal agachó la cabeza. «Esta es la postura que ha tenido durante

toda su vida —adivinó Alexander—. Siempre agachando la cabeza, siempre en las sombras.»

—Espero que no piensen mal de mí por haberles engañado. Nunca pensé realmente que pudieran tomarse en serio mi historia. Pero no sabía qué más hacer para aliviar la pena de mi madre y acabar de una vez por todas con la obsesión que la *banshee* ejerce sobre nuestro vecindario. Leí la crónica de la revista *Light* acerca de usted con gran placer, profesor Quills. —Y por una vez se atrevió a mirarle a los ojos—. Era brillante. No se hace una idea de hasta qué punto admiro a los hombres como usted, que no dudan en llamar a las cosas por su nombre. Hasta cuando son cosas en las que poca gente cree.

—Le agradezco que se pusiera en contacto conmigo, señorita MacConnal. Más de lo que sin duda podía sospechar cuando escribió aquella carta —le aseguró Alexander.

Mary MacConnal sonrió. Su rostro pareció cambiar cuando lo hizo, dándole una apariencia casi luminosa.

—Bien... Supongo que es un poco prematuro que se lo pregunte, pero ¿han llegado ya a alguna conclusión sobre la naturaleza de la *banshee*? ¿Cómo podríamos detenerla?

—¿Detenerla? —se asombró Lionel. Miró a sus amigos—. ¿Es posible hacer eso?

—Lo dudo mucho —contestó Alexander despacio—, teniendo en cuenta que una *banshee* no es un espíritu convencional. Creo que primero tendríamos que descubrir cuáles son sus motivaciones, por qué decidió anunciar la muerte de Fearchar MacConnal, sin ni siquiera pertenecer a su clan, solamente por visitar Maor Cladaich...

—O por qué acabó con él, según la teoría de mi madre —apuntó Mary MacConnal.

—Si realmente lo hizo por estar en Maor Cladaich aquella noche, este asunto puede ser mucho más peliagudo de lo que imaginamos al principio —dijo Oliver en voz baja.

—¿Aún más peliagudo, Twist? ¿Qué quieres decir? —preguntó Lionel.

—Simplemente que... ¿no os parece inquietante que la primera persona cuya muerte fue anunciada por la *banshee* de los O'Laoire sin formar parte de la familia fuera la que había pensado hacerse con el castillo? ¿Qué deduciríais de esa decisión de la criatura?

Lionel comprendió de inmediato lo que quería darles a entender.

—Que para ella es una cuestión personal. Que no piensa consentir que el castillo de Maor Cladaich pase a otras manos, aunque sea cierto lo que decía la señora MacConnal sobre el vínculo que une a la *banshee* con sus propietarios de generación en generación.

Mary MacConnal se llevó una mano a la garganta en un gesto de aprensión.

—Si lo que dicen es verdad —dijo en un hilo de voz— la decisión de mi padre

fue la que le llevó a la tumba. Y por mucho que me apetezca culpar a las O'Laoire de lo que le sucedió..., no puedo dejar de sentir lástima por ellas. Me temo que están condenadas a la ruina más absoluta si esto se da a conocer. ¡Nadie se atrevería a adquirir una casa maldita!

—Tal vez sí —dijo Alexander pensativamente. Lionel y Oliver dejaron de mirar a la señorita MacConnal para prestarle atención—. Tal vez esta sea su última carta, la única oportunidad con la que cuentan. Y también la nuestra.

Para sorpresa de sus amigos se levantó decididamente de su butaca, como si se dispusiera a librar una batalla. Había una nueva resolución en sus facciones.

—Creo que lo mejor será que nos dirijamos ahora mismo a Maor Cladaich.

Se despidieron de Mary MacConnal prometiéndole que volverían a reunirse con ella en su casa si Brianna lo aprobaba, o en The Golden Pot si tenía que ser a escondidas, y regresaron sobre sus pasos para atravesar Kilcurling de nuevo. Lionel y Oliver resoplaban detrás de Alexander, tratando de no quedarse rezagados.

—¿Podrías decirnos de una condenada vez qué te propones?

—Aún no estoy seguro de que funcione, Lionel —fue su respuesta mientras dejaban atrás el arco del cementerio, recorriendo el mismo camino que había seguido Oliver del brazo de Jemima, aunque en esta ocasión siguieron avanzando al alcanzar la puerta situada al otro extremo del camposanto y la verja que daba acceso a los terrenos del castillo—. Es una idea tan arriesgada que lo más probable es que el tiro me salga por la culata, pero tenemos que intentarlo. Tanto por nuestro periódico como por las O’Laoire.

Se había levantado un poderoso viento mientras permanecían en casa de las MacConnal, y la hiedra que se adhería como una costra a los troncos de los árboles y a las esculturas de los jardines parecía estremecerse de miedo. Oliver también lo hizo cuando reconoció aquellos rostros de piedra tan parecidos al que había contemplado en sueños.

—Creo recordar que habíamos decidido no regresar más a este lugar...

No estaba dispuesto a reconocerlo, pero la posibilidad de encontrarse con Ailish Ní Laoire una vez más le había puesto un nudo de emoción en el estómago.

—Retiro lo que dije ayer por la tarde —contestó Alexander. El castillo acababa de asomar al final del sendero, entre las ramas sacudidas por corrientes cada vez más salvajes—. No puedo prometeros nada, pero si a la señora O’Laoire le parece interesante la propuesta que voy a hacerle, estaremos más cerca que nunca de dar con nuestra historia.

Oliver y Lionel se miraron sin dejar de caminar. Habían comprendido que no serviría de nada seguir presionándole. Casi superaron a la carrera los últimos metros que los separaban del portón, y cuando lo alcanzaron Alexander llamó con dos aldabonazos.

Tuvieron que esperar durante casi cinco minutos a que les abrieran. Empezaban a preguntarse si no habría nadie en Maor Cladaich cuando una de las hojas rechinó sobre sus goznes y la regordeta cocinera a la que la señora O’Laoire se había referido como Maud se asomó al exterior. Pareció confundida al encontrarles de nuevo allí.

—Sentimos molestarla en una tarde tan despacible —la saludó Alexander, respirando con cierta dificultad tras la carrera—. Queríamos hablar otra vez con su patrona.

—No está en casa en este momento —murmuró ella, atolondrada.

—¿No? —Alexander tardó unos segundos en reaccionar—. ¿Se ha ido de Kilcurling?

Maud negó con la cabeza. Descendió los escalones de la entrada para señalar con una mano hacia la derecha de la torre de guardia.

—Está en la trasera, con la señorita y con Jemima... Dijeron algo sobre las gallinas.

—Gracias —contestó Alexander de inmediato, y les hizo un gesto a Lionel y Oliver para que le siguieran. Dejaron a la cocinera aún confundida en el umbral, y avanzaron uno detrás de otro por un sendero casi abandonado que recorría la parte trasera de Maor Cladaich.

No tardaron en dar con lo que buscaban: una improvisada construcción con un tejado de paja muy parecido a los de las cabañas del pueblo, adosada como un forúnculo al muro del castillo. La puerta estaba abierta y las voces de las mujeres se escapaban hacia el exterior confundándose con el silbido del viento. Cuando entraron les recibió el olor reconcentrado de una docena de aves que en aquel momento daban vueltas alrededor de Rhiannon. Estaba de pie en medio del gallinero, revisando los ponederos mientras Jemima la seguía de cerca para recoger en un delantal los huevos que le iba pasando. La señorita O'Laoire, por su parte, se había sentado encima de una cerca, garabateando algo en un cuaderno que sostenía sobre los muslos sin preocuparle al parecer que su vestido gris pudiera ensuciarse por culpa de las ruidosas aves que se arremolinaban alrededor de sus pies. Cuando entraron Rhiannon y Jemima hablaban en gaélico, pero al reparar en su presencia la doncella soltó un «¡Mire quiénes han vuelto!» y las dos O'Laoire se volvieron a la vez hacia los recién llegados.

Rhiannon dejó caer la mano con la que rebuscaba en los ponederos. Unas manchas colorearon de rojo sus mejillas mientras los fulminaba con la mirada. A Alexander no le costó adivinar el motivo: para alguien como ella debía de ser un auténtico insulto que la vieran con el aspecto de una campesina, aunque ni siquiera el pañuelo con el que se había cubierto la cabeza conseguía arrebatarle su dramática serenidad de reina en el exilio.

—Bueno, esto es justo lo que necesitaba esta tarde. Estamos de suerte, Jemima. ¡Si han venido a echarnos una mano podemos ir ahora mismo a por tres delantales más!

Alexander no pudo evitar sonreír. Era la reacción que había estado esperando.

—Comprendo que no le haga muy feliz vernos de nuevo, señora O'Laoire...

—No, no me hace nada feliz —contestó Rhiannon desabridamente—. Me pareció que les había dejado claro que no eran bien recibidos en mi casa. ¿Para qué han regresado?

—Para lo mismo que ayer. Aunque en esta ocasión pienso plantearle el asunto de una manera que encontrará mucho más beneficiosa, tanto para su hija como para usted.

—¡Dios mío, pero qué considerado! ¡Me muero de ganas de escuchar su propuesta!

La señorita O’Laoire bajó muy despacio de la cerca. No estaba prestando atención a nada de lo que decían; al igual que la tarde anterior, sus ojos grises se habían encontrado con los de Oliver en una colisión tan intensa que lo dejó clavado en el suelo.

—Adelante, dígame de una vez qué quiere —insistió Rhiannon—, aunque me temo que veinticuatro horas no me han hecho cambiar de opinión si nuestro honor está en juego.

—Nadie ha dicho que lo que voy a proponerle ponga en peligro su honor. Más bien creo que sería la salvación que necesitan. La única a la que podrían optar ahora mismo.

Ella se ruborizó aún más que antes, frunciendo el ceño ante sus atrevidas palabras.

—Escúcheme —siguió diciendo Alexander sin más rodeos—. Sé que la ofendimos al presentarnos ante usted sin haber concertado ninguna cita ni haberle pedido su opinión sobre lo que queríamos hacer. Sé que piensa que si se diera a conocer fuera de Kilcurling lo que le sucedió a MacConnal cualquier posibilidad de deshacerse de la propiedad se vería frustrada por el temor que esto podría inculcar en sus posibles compradores. Pero lo que le propongo es que nos permita escribir un artículo sobre la *banshee* sin mencionar en ningún momento a su vecino. No hablaremos más que de lo que usted nos deje hablar.

Rhiannon permaneció sin moverse durante algunos segundos, hasta que contestó:

—Reconozco que sería un planteamiento bastante distinto de lo que me propusieron ayer por la tarde. Pero sigo sin tener muy claro qué conseguiríamos nosotras con eso.

—Sería propaganda —intervino Oliver, que había comprendido lo que se traía entre manos Alexander—. Pura propaganda que daría a conocer Maor Cladaich al otro lado del mar. Puede que en Irlanda su castillo posea mala fama y nadie se atreva a comprarlo, pero en Inglaterra las cosas serían muy distintas. ¡Piense en cuántas personas se sentirían atraídas por la romántica leyenda de un alma en pena que sigue rondando por la fortaleza!

—Técnicamente no es un alma en pena, ya lo saben —se creyó en la obligación de recordarles Rhiannon—. Y no sé qué clase de persona podría considerar romántico esto...

—A mí siempre me lo ha parecido —intervino Ailish de repente—. A muchos nos gusta pasar miedo leyendo novelas donde aparecen casas encantadas. ¿No te acuerdas de esa familia de norteamericanos que en *El fantasma de Canterville* se empeñaron en adquirir la mansión sin importarles lo mucho que el espíritu hubiera aterrorizado a los anteriores propietarios?

Oliver luchó contra el impulso de besarla. Rhiannon se pasó nerviosamente una mano por la cabeza para desprenderse del pañuelo mientras las gallinas cacareaban sin cesar a su alrededor.

—Si sigue teniendo dudas deje que le demos lo que somos capaces de hacer —intervino Lionel—. Podemos enviar una carta a la redacción de *Dreaming Spires* para que incluyan en el número de la siguiente semana una nota avisando de que próximamente publicaremos la historia de la casa más encantada de Irlanda. Una casa que, ¡mira tú por dónde!, está en venta en este momento. En un par de días se la quitarán de las manos, señora O’Laoire.

—Me parece que están demasiado seguros de sí mismos —repuso Rhiannon sin haber relajado aún el ceño—. Y me cuesta creer que su *Dreaming Spires* pueda atraer a tantos...

—Tenemos contactos en otros periódicos —la interrumpió Alexander—. Algunos son de tirada nacional, lo que no impide que nos deban ciertos favores por haber reimpresso nuestros artículos citándonos como la fuente original. Imagine por un momento lo que podría suceder si la *Pall Mall Gazette* se hiciera eco de esta historia. O el propio *Times*.

Los tendones de la garganta de Rhiannon se agitaron cuando tragó saliva. Antes de que pudieran añadir nada más, Ailish se le acercó tan sigilosamente como una sombra.

—Siempre dices que nos estamos ahogando en Kilcurling, que quieres que empecemos una nueva vida en otro lugar... ¿Por qué no apostamos fuerte por una vez?

Rhiannon le acarició pensativamente la rubia cabeza. Ambas se miraron por unos instantes, una comunicación silenciosa entre madre e hija de la que los tres hombres y Jemima quedaron totalmente excluidos. Al final Rhiannon rompió el silencio diciendo:

—Estoy segura de que me acabaré arrepintiéndome de esto. Pero tienen razón al decir que no habrá salvación posible para nosotras si nos seguimos aferrando a la especie de cadáver de piedra en que se ha convertido Maor Cladaich. Los irlandeses, como sin duda habrán podido constatar, somos supersticiosos por naturaleza. No creo que después de lo sucedido con MacConnal ninguno se atreviera a poner un pie en esta propiedad. —Y exhaló un suspiro, doblando con parsimonia su pañuelo y guardandoselo en el bolsillo del delantal—. Será mejor que regresemos. Hemos alborotado demasiado a las gallinas.

Los tres sabían que aquello era lo más parecido a un «de acuerdo» que escucharían de sus labios, por lo que no pudieron evitar mirarse con una gran sonrisa a espaldas de Rhiannon. Ella les indicó que la siguieran mientras empujaba una tosca puerta de madera abierta en el muro trasero de Maor Cladaich, muy cerca del sitio en que se hallaba adosado el gallinero. Una hilera de gastados peldaños de piedra daba acceso a la que aún seguía siendo la cocina del castillo.

—Se quedarán con nosotras mientras preparan su investigación, por supuesto —dijo Rhiannon llevándose las manos a la espalda para desatarse el delantal. Lo dejó caer en un cesto de ropa sucia situado debajo de una gran mesa de madera que

ocupaba casi toda la habitación, cubierta de ollas y cacerolas desportilladas—. Jemima, ve a casa de tu padre para hacer que les suban el equipaje. Le diré a Maud que vaya preparando sus cuartos.

—Señora O’Laoire, no hace falta que se tome tantas molestias —dijo Alexander; sus amigos parecían estar tan desconcertados como él—. Nunca entró en nuestros planes la posibilidad de alojarnos bajo su techo. Habíamos pensado permanecer en Kilcurling y...

—¿Y que cada noche los vecinos del pueblo les acribillen a preguntas? —le contestó Rhiannon fríamente—. ¿Que todo el mundo se mantenga al tanto de lo que ocurre en mi casa sin que pueda hacer nada por evitarlo? No, muchas gracias. No pienso pasar por eso.

—¿Así que nos hemos convertido en sus prisioneros? —preguntó Lionel, divertido.

—Es una manera de decirlo. Recuerden que van a trabajar para mí, así que tanto si les gusta como si no, yo dictaré las normas a partir de ahora. Y esta es mi última palabra.

A Oliver se le dibujó una sonrisa en los labios. Ailish se tapó los suyos con el cuaderno, aunque el resplandor que había anidado en sus ojos la delataba. Alexander asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero yo también quiero poner mi propia condición: mientras estemos aquí nos dejaré ocuparnos de cualquier cosa relacionada con la manutención. No pienso consentir que por nuestra culpa tengan que hacerse cargo de tres bocas más que alimentar.

—Deje de decir tonterías, profesor Quills. Yo sola me basto y me sobro para poder...

—Usted está pasando por un momento complicado —le recordó Alexander—. Esto no supondrá ningún esfuerzo económico para mí, y estoy seguro de que mis compañeros se mostrarán de acuerdo en que así nos sentiremos mucho más cómodos. —Oliver asintió; Lionel, a quien nunca le había preocupado ser un aprovechado, se conformó con encogerse de hombros. Alexander se volvió hacia Jemima—. Señorita Lawless, tengo que encargarle una cosa más antes de que se marche. Hable con su padre para que junto con el equipaje nos suban una buena cantidad de provisiones. Carne sobre todo, y también algo de pescado y de fruta. Así daremos un poco de tregua a esas pobres gallinas.

—Y no hace falta que nos envíen patatas —añadió Lionel—. Sobreviviremos sin ellas.

Jemima, conteniendo como podía la risa, asintió mientras se echaba el chal sobre los hombros. Cuando se marchó de la cocina Alexander le alargó una mano a Rhiannon.

—¿Aliados? —preguntó. Ella dudó unos segundos antes de estrechársela.

—Aliados, pero solo durante unos días. No vayan a pensar que si sus planes salen

como tienen previsto nos sentiremos en deuda con ustedes para lo que nos quede de vida.

—Una lástima —comentó Lionel, apoyándose con desenvoltura en la pared—. Ya nos habíamos hecho a la idea de convertirnos en sus caballeros protectores. ¡Sir Percival, sir Galahad y sir Bors de la Tabla Redonda velando por cuatro bellas damas desprotegidas!

—Cinco —corrigió Rhiannon con una triste sonrisa—. Creo que se olvida de alguien.

Y como si quisiera suscribir lo que había dicho, el vendaval que estremecía Maor Cladaich sacudió las ramas de los árboles más cercanos y su murmullo se asemejó a una voz femenina..., el susurro de una criatura que reclamaba su lugar tanto en el mundo de los vivos como en el de los muertos.

# III

## Maor Cladaich

Eran las once y media pasadas cuando Lionel abandonó lo más silenciosamente que pudo el dormitorio que Rhiannon le había adjudicado. Prestó atención para tratar de detectar algún sonido en las habitaciones de Alexander y de Oliver, pero al otro lado de sus puertas no había más que silencio. Más animado, se aventuró en las sombras que se apoderaban del corredor, aprovechando el resplandor esporádico de algunos rayos de luna que conseguían abrirse camino entre las nubes para no tropezar con ninguna de las armaduras que montaban guardia en cada rincón. Realmente el castillo era más siniestro de lo que había imaginado, y esa era una de las principales razones de que no pudiera dormir aquella noche. No debajo de un dosel descolorido que asociaba sin remedio a un lecho funerario, en una alcoba de paredes de piedra en la que resultaba imposible no temblar por mucho que uno se esforzara por avivar el fuego de la chimenea.

Al menos la decisión de Alexander de correr con los gastos de su manutención en las semanas que pasaran en Maor Cladaich les había permitido disfrutar de una cena suculenta. Dado que a partir de entonces habría tres personas más viviendo en el castillo, Rhiannon había pedido a Jemima que se quedara a pasar las noches en las habitaciones del servicio con Maud. Las dos se habían encerrado en la cocina para preparar un delicioso salmón ahumado con mantequilla que les fue servido a las ocho en punto en un desangelado comedor situado en el primer piso, bajo unas bóvedas góticas que parecían pesadas telarañas convertidas en piedra.

Curiosamente Oliver no parecía compartir la aprensión de Lionel y Alexander por las entrañas petrificadas de Maor Cladaich. Durante la cena no dejó de contemplarlo todo con ojos brillantes, y su fascinación aumentó cuando Rhiannon los condujo a la estancia de paredes verdes donde les había recibido el día anterior. Allí les sirvió una copa a cada uno y le pidió a su hija que tocara algo para sus invitados en la gran arpa dorada que habían visto en una esquina. Ailish apenas había pronunciado una palabra hasta entonces, así que cuando se desprendió de los guantes de encaje que siempre llevaba puestos y dejó que sus dedos vagaran por las cuerdas del instrumento antes de empezar a cantar, todos se mantuvieron pendientes de lo que hacía; hasta Lionel esperó a que terminara para apurar su bebida. La muchacha tenía un talento realmente notable, de eso no había duda; sus manos peinaban los cabellos del arpa con maestría; su voz, titubeante al principio, se elevó por encima del murmullo del viento como si los antiguos bardos celtas cantaran a través de ella. Recitaba el poema titulado *Caionadh Airt Uí Laoghair* en el que una esposa lloraba sobre el cadáver de su marido, asesinado en el condado de Cork a manos de un oficial inglés. Para alguien que no supiera una palabra de gaélico, como Alexander y Lionel, la experiencia de escuchar a Ailish no pasaría de un simple deleite sensorial, pero para Oliver supuso un punto de inflexión en su vida, el momento en que comprendió que, para bien o para mal, se había enamorado.

Lionel no podía dejar de recordar la expresión extasiada con la que su amigo se despidió de ellos aquella noche. «Pobre muchacho», pensó mientras doblaba una esquina al tiempo que un reloj anunciaba la medianoche al final de alguna de las arterias alfombradas que nacían del vestíbulo. Iba silbando calladamente mientras dejaba atrás las armaduras, las panoplias con escudos y espadas y las cornamentas de ciervo que adornaban las paredes. «No servirá de nada que le digamos que está perdiendo el tiempo. Esta aventura no le dejará buenos recuerdos. La va a tener siempre asociada al primer desamor de su vida.»

Por su parte tenía sus propios motivos para querer visitar el castillo a espaldas de los demás. Estaba seguro de que su anfitriona no vería con buenos ojos que se dedicara a pasar revista a las obras de arte adquiridas por el clan de su marido. Aquellos días en Kilcurling estaban siendo lo más parecido a unas vacaciones de lo que había disfrutado en mucho tiempo, pero no podía olvidar que cuando volviera a Oxford tendría que seguir haciendo lo que mejor se le daba... y ya no contaría con el conde de Newberry como protector. No estaría mal tratar de convencer a Rhiannon de que pusiera en sus manos aquello de lo que se quisiera desprender, entregándole una adecuada comisión a cambio.

Bajó un pequeño tramo de escalones, apoyando una mano en la pared para no resbalar, y de repente se encontró en la parte superior del vestíbulo. Los escasos cuadros de las paredes y los tapices que casi habían perdido su color le resultaron desalentadores. «Algo de valor tiene que haber en este lugar —se dijo mientras se dirigía al centro de la sala—. Rhiannon no puede haberlo vendido todo en los años que han pasado desde la muerte de su marido. Si su nombre se hubiera dado a conocer en las casas de subastas de Dublín me habría enterado de algún modo...»

Algo cortó el hilo de sus pensamientos. Lionel se quedó muy quieto, conteniendo el aliento en la penumbra: acababa de oír algo extraño. Algo parecido a un sollozo.

Tragó saliva, volviéndose en todas las direcciones para asegurarse de que aún se encontraba solo en el vestíbulo. No se veía a nadie, ni parecía que le hubieran seguido...

Pero no habían sido imaginaciones suyas. No tardó en oírlo de nuevo, esta vez mucho más cerca: el inconfundible lamento de una mujer arrastrándose de un lado a otro del castillo, un confuso murmullo que acarició sus oídos durante unos segundos en los que sintió cómo se le erizaba la piel. Había algo con él en aquella habitación, o por lo menos muy cerca de donde se acababa de detener. Lionel retrocedió hasta que su espalda chocó contra uno de los tapices. Sus manos, repentinamente cubiertas de sudor, se aferraron a los pesados pliegues como si pudieran ayudarle a mantenerse en pie. Sus planes para hacerse con las antigüedades de Rhiannon habían huido de su mente: lo que sentía ahora era un pánico terrible a algo que, curiosamente, no adquiriría la forma de una *banshee* en su imaginación, sino la de un hombre ataviado con un caftán que apuntaba directamente a su corazón con una pistola. Un desconocido al que, ahora lo comprendía mejor que nunca, no conseguiría dar

esquinazo por mucho que lo intentara. Estuvo a punto de dar un salto cuando la escuchó sollozar de nuevo, esta vez en los jardines. Lionel comprendió entonces que no podía esperar de brazos cruzados a que su misterioso enemigo concluyera lo que había comenzado en Italia y continuado en Egipto.

«No dejaré que me mate como a un cobarde. Si quiere meterme un tiro entre las cejas prefiero que lo haga mirándome a los ojos para que el recuerdo le persiga durante todos los días de su vida. Como me aseguraré de que haga mi fantasma cuando muera.»

Corrió para alcanzar el portón de la entrada, pero tal como imaginaba Rhiannon lo había cerrado antes de ir a acostarse; no hubo manera de mover las barras de hierro que lo cruzaban por dentro. Lionel dejó escapar una maldición mientras entraba en una pequeña habitación situada a la derecha del vestíbulo. Debía de haber sido en su momento la sala de estar del ama de llaves, a juzgar por la hilera de campanillas que colgaban de la pared del fondo. Allí, por suerte, había una ventana que demostró ser poco resistente; no le llevó ni un minuto forzar sus cerrojos para salir al exterior.

Al saltar desde la repisa se dio cuenta de que una espesa niebla había cubierto la colina mientras cenaban. Lionel se abrió camino como pudo por aquel océano vaporoso que se apartaba ante él y se cerraba a sus espaldas en cuanto pasaba de largo. La situación empezaba a hacerle sentir más rabioso que asustado.

—¿Dónde diablos te has metido, espíritu del demonio? ¿A qué estás esperando? ¡No tengo toda la noche! —Y al darse cuenta de que la voz se acallaba poco a poco, se detuvo en medio de uno de los senderos, casi jadeando por la carrera que le había conducido a la parte trasera del castillo—. ¿Sigues aquí? ¿Qué sucede, eres tan tímida que...?

Las palabras se deshicieron poco a poco en su boca. A Lionel le pareció que se le detenía el corazón cuando reconoció a escasos metros de distancia una silueta de mujer, erguida en medio de los retorcidos troncos de los tejos. Tuvo que agarrarse a una de las ramas que se balanceaban por encima de su cabeza para seguir manteniéndose en pie.

La *banshee* no se movió. Tampoco lo hizo cuando Lionel, después de unos segundos de increíble agonía, se atrevió a dirigirle la palabra. La densa niebla que mediaba entre ambos desdibujaba sus contornos, aunque le pareció que iba vestida de blanco, o de un gris muy pálido. Y al dar un paso hacia ella, y después otro más, comprobó con la más absoluta perplejidad que no le estaba prestando atención. Se había tapado la cara con las manos y sollozaba calladamente, con los dedos de la niebla resbalando por los lacios cabellos que cubrían sus hombros como un manto.

Y entonces sucedió algo que hizo que Lionel se detuviera en seco. Un gorrión que revoloteaba de una rama a otra, atontado por aquella blancura, se posó sobre lo que parecía ser una corona de flores que le rodeaba la cabeza. Dio un par de picotazos en su frente y echó a volar de nuevo hacia una de las repisas más cercanas de Maor Cladaich.

Lionel se sintió completamente estúpido. Lo que estaba contemplando no era la *banshee* de los O'Laoire sino una de las esculturas de los jardines. Era una maldita mujer de piedra que no podría contestar a ninguna de sus preguntas por mucho que le gritara.

«Esto me lo llevaré a la tumba —se dijo a sí mismo, sintiendo que se ponía rojo de vergüenza—. No me quiero imaginar lo mucho que se reirían Alexander y Oliver de mí.»

—Señor Lennox, ¿qué hace dando vueltas por ahí con este frío?

De nuevo notó cómo se le aceleraba el pulso, aunque al darse la vuelta comprobó que no le estaba hablando un espíritu. Se había detenido muy cerca de la puerta de la cocina, y allí se encontraba sentada Jemima, en camisón, con un chal sobre los hombros y un cigarrillo entre los dedos. Nunca pensó que se alegraría tanto de verla.

—¿Cómo puede estar tan tranquila? —le dijo Lionel; sentía las piernas temblorosas al acercarse a ella—. ¿Es que no la ha oído? ¡Lleva llorando casi un cuarto de hora!

—¿De quién me está hablando? —preguntó Jemima con el ceño fruncido.

—¿De quién va a ser? ¡De la *banshee*! ¡Le digo que la he oído! ¡Estaba en el vestíbulo cuando de repente comenzó a sollozar, y me pareció que se encontraba dentro de la casa conmigo, pero cuando volvió a hacerlo me di cuenta de que sonaba fuera y...!

—No estaba sollozando, señor Lennox —le dijo Jemima con la mayor tranquilidad.

Lionel se quedó mirándola con los ojos muy abiertos. ¿Estaría tomándole el pelo?

—Creo que no es momento para bromas, Jemima. Sé que la *banshee* estaba aquí.

—Claro que estaba aquí —confirmó la chica—, pero no sollozaba, o por lo menos no lo hacía como cada vez que ha anunciado la muerte de alguien. Puede estar tranquilo.

—Era un condenado sollozo. No irá a decirme que tienen catalogados sus gemidos...

—Tanto como eso no, pero una cosa son sus gemidos por las noches y otra muy distinta el lamento que suele preceder a una muerte. ¿No escuchó nada de lo que les conté ayer en el pub? —le preguntó con una pizca de reproche—. Siempre que me iba de Maor Cladaich, cuando todavía dormía con Fiona y mi padre en el pueblo, la oía lamentarse igual que hoy. Lloró de forma muy distinta cuando murió el señor MacConnal. Esos sí que eran sollozos. Tendría que haberlos oído. Escalofrantes.

Lionel aún dudó unos instantes, pero Jemima parecía tan convencida de lo que le estaba diciendo que por fin se permitió respirar. No dejaba de ser un alivio que nadie le hubiera anunciado que moriría en las siguientes horas, aunque eso no garantizaba que se encontrara a salvo de su perseguidor. Pero en aquel momento se sentía tan ligero que estuvo a punto de levantar a Jemima en brazos para dar vueltas con ella por los jardines.

Al prestarle atención, se dio cuenta de que realmente no tenía buena cara. O mejor dicho, tenía la misma cara que Lionel le había visto cuando se despidieron de Maud y de ella antes de retirarse con Rhiannon a la sala de estar. Por la tarde la había encontrado tan dicharachera como siempre, pero mientras servía la mesa durante la cena un cambio bastante curioso se había producido en su expresión. Lionel sospechaba a qué se debía.

—Ya sé que es tarde para andar deambulando entre la niebla, pero me sorprende que usted tampoco se haya ido a acostarse. Nos esperan unos días cargados de trabajo.

—No podía pegar ojo, y me apetecía un cigarrillo —contestó Jemima sujetándolo con los dedos apáticamente—. El viejo Caoimhín me dio unos cuantos la semana pasada, pero si mi patrona me pilla fumando dentro del castillo me desollará viva. No soporta el olor.

Mientras hablaba con Lionel la pequeña brasa se había extinguido, así que Jemima se levantó, aplastó el cigarrillo con un pie y le dio una patada para esconderlo entre los arbustos.

—Me da la impresión de que le pasa algo...

—He tenido días mejores —repuso Jemima, evitando su mirada—. No se preocupe por mí, ya se me pasará. Al menos aquí no tengo que aguantar cada noche la charla de Fiona.

Lionel no le quitó los ojos de encima mientras entraba en la cocina con los largos flecos del chal ondeando tras su espalda. La siguió procurando no hacer ruido.

—Se va a reír de mí, pero... por un momento pensé que lo que estaba oyendo no era el sollozo de una *banshee* sino el de una mujer de carne y hueso. Y cuando la vi en la puerta me pregunté si no sería usted la que lloraba, aunque ya veo que me equivoqué.

Tal como esperaba, la chica se quedó quieta cuando se disponía a cerrar la puerta.

—Han pasado años desde la última vez que lloré. ¿Por qué debería hacerlo ahora?

—Bueno, no creo que para ninguna mujer sea un plato de gusto contemplar cómo el hombre del que se ha enamorado cae rendido a los pies de una rival —aventuró Lionel.

Al escuchar aquello Jemima casi se puso tan roja como su pelo. Se aseguró de que la barra de hierro que trababa la puerta desde dentro se encontraba bien colocada, con una energía que realmente no era necesaria, y solamente entonces se acercó a Lionel echando chispas por los ojos. La cocina estaba casi completamente a oscuras; la única luz procedía de un candil que Jemima había dejado en la mesa antes de salir a los jardines.

—Para empezar, no estoy enamorada del señor Saunders, si es eso lo que insinúa. Lo único que he hecho estos días ha sido flirtear con él...

—Un flirteo de lo más descarado —comentó Lionel—. Calculo que no debe de haber un solo vecino de Kilcurling que no se diera cuenta de cómo le ponía los

pechos delante de la cara anoche. —Y cuando Jemima abrió la boca, entre perpleja y furiosa, añadió con una sonrisa—: Un espectáculo delicioso, se lo aseguro; no me pareció que nadie se quejara.

—Es usted un miserable —profirió Jemima, agarrando una manzana estropeada que Maud había dejado en un aparador para tirársela a la cara. Él se echó a reír en voz baja, cazándola al vuelo—. Lo último que necesito esta noche es que meta el dedo en la llaga. Pero ahora que lo dice... ¿realmente piensa que el señor Saunders se ha enamorado de la señorita O'Laoire?

—Oh, ya lo creo —dijo Lionel, examinando la manzana para comprobar si todavía se podía aprovechar—. Por primera vez en su vida, me atrevería a decir. Le conozco muy bien.

—¿Pero por qué de ella? ¿Porque es de buena familia? ¿Porque la encuentra guapa?

—Por muchas cosas a la vez, Jemima —contestó Lionel devolviendo la manzana al aparador—. Oliver siempre ha sido un romántico, un idealista de tomo y lomo. Vive en un mundo que no se corresponde con sus conceptos sobre el bien y el mal, así que normalmente opta por encerrarse en sí mismo. Cree que si levanta una barrera invisible a su alrededor no habrá nada que pueda hacerle daño. Se dedica a soñar despierto, a fantasear... Por desgracia se ha dado cuenta de que en la vida real no existe el amor que suele aparecer en las novelas, así que hace unos cuantos años decidió dejar de buscarlo. Le bastaba con su escritura, con sus libros, con su arte. Hasta que de repente, al llegar a Maor Cladaich, se encontró con la señorita O'Laoire en los jardines y la confundió con una de las *banshees* a las que ha colocado en su particular altar dedicado a la belleza femenina. Con la diferencia de que la señorita O'Laoire ha acabado siendo... una mujer real. Tan real que parece sentir lo mismo por él, a juzgar por cómo le mira cuando su madre no presta atención. Y para colmo también adora a Oscar Wilde.

La expresión de Jemima recordaba tanto a la de una niña mustia que Lionel no pudo evitar sonreír. Rodeó la mesa para detenerse a su lado, apartando uno de los espesos rizos que le caían por la cara.

—Pero no se preocupe por eso —siguió diciendo con su voz más animosa—. No harán más que perder el tiempo. Dentro de un par de semanas regresaremos a Oxford con toda la información que necesitamos para escribir nuestro artículo... y será el fin del romance.

—¿Usted cree? —le preguntó Jemima con una chispa esperanzada en los ojos.

—Estoy completamente seguro. Es una relación que no irá a ninguna parte, y será lo mejor para Oliver. Volverá a su vida anterior y convertirá a la señorita O'Laoire en un ideal. Puede que la inmortalice en alguno de sus relatos góticos para *Dreaming Spires*. Se pondrá pesadísimo hablando de ella, pero no será nada que sus amigos no podamos soportar. No es tan estúpido como para creer que puede darle una vida como la que la señora O'Laoire querría para su hija. No es..., cómo decirlo..., un buen

partido.

Jemima pareció confundida. Estaba tan pendiente de lo que Lionel decía que ni siquiera se dio cuenta de cómo se demoraba al colocarle el rizo detrás de la oreja.

—¿A qué se refiere con eso? ¿El señor Saunders no es un caballero?

—¡Por favor! —Lionel casi se echó a reír—. ¡Por supuesto que no! ¡Es un huérfano, Jemima! ¡Si la Sociedad Filológica de Gran Bretaña no hubiera confiado en él para que colaborara en la redacción de su dichoso diccionario de frases en latín, no tendría ni dónde caerse muerto! ¡Su habitación del Balliol College mide la cuarta parte que esta cocina! ¿De verdad piensa que ahora mismo podría permitirse casarse con ella?

Jemima no supo qué responder. Aquella revelación la había dejado tan paralizada que a Lionel se le ocurrió de repente que en los planes que había trazado para Oliver y para ella aparecían una casa burguesa, un gran coche de caballos y un puñado de criados.

—Me deja usted helada —tuvo que reconocer, aunque su expresión era muy distinta ahora, casi aliviada—. Lo siento mucho por el señor Saunders, por supuesto, si tiene ante sí unas perspectivas de futuro tan humildes, pero me alegro de que me lo haya contado. Espero que por lo menos consigan pasárselo bien juntos..., ya sabe a qué me refiero.

—Claro que lo sé —se rio Lionel, pícaro—. Pero tampoco creo que eso suceda.

—¿En serio? —Jemima cada vez parecía más animada—. ¿Piensa que ella no querrá?

—Pienso que él no querrá. ¿No le acabo de decir que Oliver es un idealista? ¿Para qué iba a acostarse con la señorita O'Laoire sabiendo que no podrá hacerlo nunca más?

Jemima guardó silencio unos instantes; aquello parecía escapar a su comprensión.

—Pues... pues para hacerlo una vez por lo menos. Para regresar a su casa sabiendo que ha conseguido clavar una bandera. —Y se rio ante la procacidad de aquella metáfora.

Lionel también se rio. Un suave ronquido les hizo acordarse de que Maud dormía muy cerca de la cocina, de modo que se acercó un poco más a Jemima para no tener que hablar en voz alta. No le pareció que aquella proximidad la incomodara precisamente.

—Por suerte para ti... Puedo tutearte llegados a este punto, ¿verdad? —le preguntó, y ella asintió sin dejar de sonreír—. Por suerte para ti, no todos los hombres somos como tu adorado Oliver. A algunos nos gusta disfrutar del presente... y clavar nuestras banderas.

—No me digas —contestó Jemima en el mismo tono malicioso—. Entonces debería alegrarme doblemente de que me hayas hecho entender lo distintos que sois Oliver y tú.

El viento seguía rugiendo alrededor del castillo, y los murmullos de la *banshee* se

esparcían por los jardines como lo hacía la niebla, adhiriéndose a cada una de las plantas y las esculturas de piedra, pero Lionel ya no les prestaba atención. Su aprensión se había convertido en un alivio cada vez mayor, y su alivio en la necesidad de algo que le hiciera sentirse vivo de nuevo. Tan vivo como la última noche que había pasado con Veronica.

—La vida de un hombre es tan corta... que no creo que se deba perder el tiempo con... —comentó, pero no le dio tiempo a decir nada más; cuando quiso darse cuenta Jemima le había empujado hacia la esquina más cercana. Lionel aterrizó sobre unos sacos de harina que Maud y ella habían colocado en aquel lugar poco antes de preparar la cena. Sorprendido en su fuero interno, levantó los ojos hacia la muchacha, que sonreía entornando la mirada.

—No malgastes tu aliento con filosofía —dijo ella en voz baja, tirando el chal sobre la mesa que había a sus espaldas—. No tienes que recurrir a eso conmigo.

Lionel trató de contestarle, pero se quedó callado cuando Jemima se quitó poco a poco el camisón. Sus ojos se perdieron en los recovecos de su cuerpo desnudo, resbalaron por la piel que el candil coloreaba de naranja, derraparon por los contornos de los pechos, grandes, redondos y desafiantes, erguidos en un reto silencioso contra el que Lionel sabía que no tendría ninguna posibilidad. El aire escapó poco a poco de sus pulmones mientras la muchacha acortaba la distancia que los separaba. Había inclinado la cabeza y los rizos pelirrojos dejaban en sombra su cara.

—¿Crees realmente que podrás comportarte como espera mi patrona... teniéndome cerca mientras te encuentres aquí? ¿Serás capaz de mantenerte tan casto como Oliver?

—Jemima, no trates de ponerme a prueba —le advirtió Lionel a media voz. En aquel momento se sentía más excitado de lo que recordaba haber estado en mucho tiempo, pero no podía dejar de pensar en que no se encontraban solos en aquel piso del castillo y en que Rhiannon lo echaría de una patada si aquello llegaba a sus oídos—. No he puesto nunca en duda tu... tu talento para la seducción. Que Oliver no te haya hecho caso no tiene nada que ver contigo, sino con sus propios principios. Cualquier otro hombre en su lugar te habría arrancado la ropa a mordiscos. Yo mismo lo habría hecho si no estuviera...

—Por suerte para mí no tendré que ir muy lejos para dar con ese hombre —contestó Jemima en un susurro, y se agachó para sentarse a horcajadas sobre él—. Y por suerte para él no tendrá que arrancarme la ropa. No es que lleve demasiada encima ahora mismo.

Y Lionel acabó por comprender que se había dejado conducir más allá de cualquier titubeo. Las manos de Jemima acariciaron su cuello, descendieron por su pecho y se detuvieron sobre la hebilla de su cinturón. «¿Quién está usando a quién?», pensó mientras la atraía más hacia sí. Ella ronroneó de placer cuando hundió el rostro en su cuello, y forcejeó más rápido para hacer saltar la hebilla. Sus cuerpos comenzaban a exhalar un calor apremiante, un deseo que amenazaba con volver loco

a Lionel si no daba rienda suelta a sus instintos. «Esto es lo que necesitaba ahora mismo. Lo único capaz de hacerme olvidar que aún me encuentro en peligro de muerte.»

Los húmedos labios de Jemima se apretaron contra los suyos, anulando definitivamente su capacidad de raciocinio. Por unos instantes, ahogado contra la piel de aquella chica de la que sabía que se olvidaría nada más poner un pie en Oxford, creyó que lo había logrado. Quiso pensar que por fin se había librado de la persecución de su particular heraldo de la Muerte, aquella figura de negro convertida en su sombra.

Pero ni siquiera sus gemidos cuando por fin pudo hacerla suya lograron imponerse al rumor de la voz que recorría los jardines, entonando un réquiem para Lionel Lennox.

Al día siguiente, durante su primer desayuno en Maor Cladaich, se dedicaron a planificar los pasos que tendrían que dar a partir de entonces. Alexander propuso que cada uno se hiciera cargo de una parte de la investigación. Lionel, que parecía de un buen humor sorprendente aquella mañana, prometió ponerse manos a la obra para estudiar el terreno en que había sido erigido el castillo y averiguar así si en sus cimientos existía algo que pudiera haber anclado a la *banshee* a la construcción. El profesor había manifestado su deseo de escribir cuanto antes la nota divulgativa que le haría llegar a August para que la enviara a los demás periódicos, ocupándose de que apareciera también en el siguiente número de *Dreaming Spires* junto con los artículos que habían dejado preparados antes de marcharse a Irlanda. En cuanto a Oliver, lo que se esperaba que hiciera era precisamente lo que más le gustaba, así que no veía la hora de empezar con su parte del trabajo.

La biblioteca de los O'Laoire se encontraba situada en el segundo piso de la torre de guardia. Era casi tan grande como el comedor, con toda la pared del fondo ocupada por un moderno ventanal que se abría a los jardines por la parte del acantilado. El resto se encontraba cálidamente tapizado con estanterías cargadas de libros, algunos tan antiguos que permanecían encerrados dentro de una amplia vitrina cuya llave estaba en poder de Rhiannon. Oliver deshizo el nudo de su corbatín para ponerse cómodo, dejándolo en la mesa situada ante el ventanal, y apartó más las pesadas cortinas para poder admirar a sus anchas aquel paisaje tan embriagador.

No hacía falta abrir los cristales para respirar el aroma del mar. El alba había arrastrado los últimos jirones de la niebla que reptaba por los jardines y en aquel momento el cielo era tan límpido como el agua, dos franjas de azur que se miraban la una en la otra. Durante casi un cuarto de hora Oliver permaneció al lado del ventanal, dejando que unos atrevidos rayos de sol le calentaran la cara, hasta que un pequeño reloj de sobremesa anunció las diez de la mañana y comprendió que lo mejor sería que se pusiera manos a la obra cuanto antes.

¡Era fácil decirlo, pero no tenía ni idea de por dónde debía comenzar! Dejó sobre la mesa el cartapacio de cuero con papeles en blanco que había llevado consigo y cuatro lápices a los que acababa de sacar punta en su cuarto, y se acercó a la primera de las seis hileras de estanterías que ocupaban la parte de la biblioteca cercana a la puerta. Sus ojos vagaron por los títulos de siempre: las obras completas de Walter Scott, una antología de Dickens, el triunvirato de las Brontë, los dramas de Shakespeare encuadernados en seda color borgoña a juego con las cortinas de la habitación... También había mucha poesía irlandesa con la que no estaba familiarizado, al lado de un busto de mármol de Sheridan Le Fanu que parecía fruncir el ceño cada vez que Oliver lo miraba. Fue deslizando un índice por el canto de los libros hasta detenerlo sobre un recopilatorio de cuentos de Wilde, sacándolo para observarlo a la luz... y de pronto se encontró con unos ojos grises que lo observaban

desde el otro lado de la estantería.

—¡Señorita O’Laoire! —Aquello le cogió tan desprevenido que el libro de Wilde se le escapó de las manos y tuvo que agacharse para recogerlo—. Perdóneme, no esperaba...

—Es usted quien debe perdonarme —dijo la muchacha en voz baja—. Debí avisarle de que estaba aquí.

Rodeó la estantería sin hacer más ruido que un fantasma. Oliver siguió sin poder moverse hasta que la tuvo ante sí. A la luz del día le pareció aún más embriagadora, con los rayos del sol enredándose en los interminables cabellos rubios que resbalaban por su espalda. Seguía siendo la misma que la noche anterior, pero al mismo tiempo... la encontró más humana, mucho más real. Era como si la claridad de la mañana la dotara de una cercanía de la que hasta entonces había carecido. Ahora aquella mujer había dejado de ser un sueño por fin; era tan tangible como podría serlo el libro de Wilde que devolvió en silencio a su hueco en la estantería sin apartar los ojos de ella. Perfecta precisamente por sus imperfecciones.

—Creí que... Mi madre me contó que pasaría la mañana en la biblioteca. Y pensé que a lo mejor necesitaba ayuda. Ya sabe, para encontrar lo que está buscando.

—Se lo agradezco mucho. La verdad es que cuentan con un catálogo espléndido.

—Sí. —Ailish sonrió un poco mientras frotaba las manos enguantadas; parecía tan azorada como él—. Siempre le digo a mi madre que esto es lo mejor que tenemos. Lo único que hace que merezca la pena seguir viviendo aquí.

—¿No se encuentra a gusto en Maor Cladaich? Comprendo que no estén tranquilas por culpa de la *banshee*, pero esto es tan hermoso... Parece sacado de un sueño.

—O de una pesadilla. ¿Quién podría decirlo?

La muchacha esquivó un enorme globo terráqueo que había junto a la estantería para acercarse más a él. Oliver pudo sentir cómo los pliegues de su vestido verde claro le rozaban una mano cuando se inclinó para examinar los títulos que había recorrido con el dedo.

—¿Busca algo en particular?

—Aún no estoy seguro. Cualquier cosa acerca de la *banshee*, tratados de mitología celta, libros sobre folclore irlandés... —Oliver se encogió de hombros—. He de tomar algunas notas sobre cómo han sido vistas esas criaturas a lo largo de los siglos y las descripciones recogidas en la literatura local. Puede que si acotamos un poco más nuestro campo de investigación nos resulte más sencillo aclararnos respecto a ella.

—¿Necesita obras de ficción? ¿O testimonios reales de las personas que la han visto?

—Creo que lo segundo, al menos por ahora. Como les contó el profesor Quills anoche, normalmente soy yo quien se encarga de poner por escrito las historias que se publican en *Dreaming Spires*. Se supone que la responsabilidad de lo que...

Ailish se incorporó con la mirada perdida. Se había quedado tan abstraída que por un momento Oliver recordó lo que Jemima le había contado en el cementerio acerca de su cordura, pero no tardó en comprobar con alivio que lo único que sucedía era que se estaba concentrando. Supuso que su propia expresión no sería muy diferente cuando trataba de recordar en qué obra concreta había encontrado cada dato almacenado en su cabeza. Finalmente ella se quitó los guantes, los dejó al lado de su corbatín y empezó a decir:

—Ni siquiera los irlandeses nos ponemos de acuerdo sobre la fisonomía que suelen tener esas criaturas, así que encontrará opiniones de toda clase. Aquí, por ejemplo, se la describe como una mujer joven y hermosa, envuelta en una sábana raída, que suele ser vista lavando ropa blanca manchada de sangre en una charca hasta que queda inundada completamente de rojo. —Sacó uno de los tomos más gruesos, poniéndolo en manos de Oliver—. En cambio, en uno de los cuentos que aparecen aquí hablan de ella como una anciana arrugada cubierta casi por entero con una capa negra. —Lo puso sobre el libro anterior, y Oliver tuvo que prestar atención para que no se le cayera al suelo—. En otras ocasiones la *banshee* ni siquiera se materializa como una mujer. Se cree que uno de los clanes del condado de Limerick cuenta con una aparición más o menos parecida, una carroza fantasmal que atraviesa los terrenos a toda velocidad cuando un enfermo está a punto de morir. Otros, como los Scanlan de Ballyknockane, aseguran que en su caso se trata de una alta columna de luz que parece proyectarse desde la tierra. Algunas veces es una bola de fuego que da vueltas por el suelo de una habitación, un espejo que se rompe sin ser golpeado, un cuco cantando en plena noche, una lechuza blanca, una campana...

Mientras hablaba había sacado tantos libros que los que quedaban en pie dentro de las estanterías amenazaban con perder el equilibrio. Ailish abrió la boca para decir algo más, pero se detuvo de repente y al volverse hacia Oliver se dio cuenta de que apenas podía sostener el peso de tantos tomos. Se apresuró a coger algunos antes de que se le cayeran.

—¡Lo siento! —Y se sonrojó de nuevo como una niña—. ¡Qué grosera soy!

—No se preocupe —le dijo Oliver, un poco aturdido—. Esto ha superado con mucho mis expectativas. —Y no se refería solo a los libros—. Me parece que voy a tener que pasar mucho tiempo en la biblioteca. ¡No sé ni qué hacer con todo esto!

—Vamos a sentarnos en la mesa para poder hojearlos con calma. Tenemos tiempo.

Durante la siguiente media hora permanecieron con las cabezas inclinadas sobre los libros que Ailish extendió encima del tablero, dejando que los rayos de sol que caían sobre la mesa calentaran unas páginas que habían pasado demasiado tiempo a oscuras en sus respectivas estanterías. La joven le iba leyendo en voz alta los fragmentos que le parecían más interesantes para que Oliver los apuntara, llenando página tras página de anotaciones. No tardó en darse cuenta de que si no fuera por ella aquella labor le habría llevado muchos días, puede que incluso semanas.

Supuso que habría heredado aquel amor por la literatura de Rhiannon, empleada en la librería dublinaesa en la que había conocido a Cormac O'Laoire. Oliver había pasado más horas en bibliotecas que en ningún otro sitio, y sabía reconocer cuándo una persona se movía como pez en el agua en ellas; la delicadeza con la que volvía las páginas, el cuidado con que abría los volúmenes más antiguos para que la encuadernación no se diera de sí, los ratos que dedicaba sin darse cuenta a contemplar las marcas que el paso del tiempo dejaba sobre las letras profundamente grabadas de los títulos, las suaves aspiraciones de aquel característico aroma a tinta impresa con el que los dos habían crecido... Y el sol danzando en sus pestañas rubias, en su pequeña cara de porcelana que había conseguido salir incólume de cientos de batallas leídas y releídas en aquella misma habitación. La manera en que su boca se entreabría cuando daba con algo que le resultaba curioso, los movimientos que articulaban en silencio las palabras que sus ojos devoraban, el blanco de sus dientes asomando de vez en cuando entre sus pálidos labios...

—¿Cómo es? —preguntó la muchacha de repente, dando vueltas a uno de sus lápices sin dejar de recorrer con los ojos el libro que estaba leyendo—. El lugar del que proceden.

Oliver estaba tan ensimismado mirándola que tardó unos instantes en reaccionar.

—¿Oxford? —contestó por fin—. ¿No ha tenido la oportunidad de visitarlo?

—No he salido de esta isla en toda mi vida. —Había una sombra de resentimiento en su voz, aunque Oliver no sabía si estaba dirigido a Rhiannon o a las circunstancias que habían rodeado su adolescencia—. Cuando era pequeña mi madre habló algunas veces de lo bien que me sentaría cambiar de aires, pero... pero nunca lo hicimos. Nunca encontró el momento adecuado. A menudo le digo que si conseguimos vender Maor Cladaich no deberíamos marcharnos a Dublín, como es su intención. Estoy cansada de que mi horizonte siempre tenga que ser el mismo..., por muy hermoso que les parezca a ustedes.

Apoyó la barbilla en una mano mientras observaba las lenguas de espuma que se elevaban desde el acantilado. Unas cuantas gaviotas daban vueltas sobre los tejos de los jardines y las pupilas de Ailish seguían sus movimientos como si deseara irse con ellas.

—Creo que Oxford le gustaría —dijo Oliver después de unos instantes de silencio—. No es demasiado grande, así que no se sentiría desubicada. Y si le gustan los libros no tendría ocasión de aburrirse. Le encantaría visitar las bibliotecas de los colleges más antiguos. Y los paseos por los alrededores siempre son una maravilla, sobre todo cuando comienza la primavera.

—Estoy segura de que allí la primavera es el paraíso —contestó ella, sonriendo con tristeza—, pero en mi caso no creo que la necesitara para ser feliz. Me bastaría con conocer su Oxford en cualquier momento del año, tanto si hace sol como si llueve... —Y se echó hacia atrás en la silla mientras decía en un tono más soñador—: La nieve cayendo como azúcar glaseado sobre la cúpula de la Radcliffe Camera en

pleno invierno debe de ser una estampa increíble. Es usted un privilegiado.

Oliver abrió la boca para darle la razón, aunque sus palabras se acallaron poco a poco. ¿Cómo sabía Ailish el aspecto que tenía Oxford en invierno si por lo que le acababa de decir nunca lo había visitado? ¿Habría libros sobre la ciudad en la biblioteca?

—Le envidio. —Ella levantó los ojos de repente para posarlos en los de Oliver—. Daría lo que fuera por haber nacido hombre como usted. Y no solo por las molestias del corsé.

—¿Qué le habría gustado hacer? —sonrió Oliver apoyando los codos sobre la mesa.

—Ir a la universidad. Aprender un poco de todo. Ser escritora. Hacer una acuarela de cada uno de los colleges de los que habla. Y que nadie se atreviera a echarme de allí.

—No creo que nadie lo hiciera —se rio Oliver, aunque no tardó en ponerse serio de nuevo—. Ayer por la tarde me dio la impresión de que la sorprendimos en pleno arrebatado creativo. Cuando entramos en el gallinero estaba sujetando un cuaderno sobre su regazo.

—Nada más que ideas sueltas. —Ailish se encogió de hombros—. Nada comparable a lo que pueda hacer usted para *Dreaming Spires*. Pensamientos que acuden a mi cabeza durante mis paseos por los jardines, algún que otro poema..., malísimos, se lo advierto antes de que me pida permiso para leerlos —se apresuró a aclarar ante la creciente sonrisa de Oliver—. También me gusta escribir música para acompañarlos. Algunos no son míos sino de poetas conocidos. Como el «Caoineadh Airt Uí Laoghaire» que les toqué anoche...

—Me encantó —le aseguró Oliver en voz más baja—. No se imagina lo mucho que lo disfruté. Por un momento me pareció que me encontraba en presencia del mismo Ossian.

Ella se tapó la cara con las manos, avergonzada, y Oliver se echó a reír de nuevo.

—Estudiar en el conservatorio —dijo de repente mientras se inclinaba más hacia ella sobre la mesa—. Tocar el arpa en el Pembroke. O formar parte del coro mixto del Queen's.

—¡Sí! —exclamó Ailish, emocionada—. ¡Y también aprender a tocar el piano por fin!

—No he visto ninguno en Maor Cladaich, y la verdad es que me ha sorprendido...

—Nunca hemos tenido. Creo que mi padre consideraba el arpa un instrumento más autóctono. —Y sonrió con ternura recordando a Cormac O'Laoire—. No sabe las ganas que tengo de poner mis dedos sobre las teclas de un piano. Solamente ha habido alguien en Kilcurling que tenía uno en su casa, la hermana soltera del señor Randall, el maestro del pueblo. Cuando era pequeña solía escaparme de Maor Cladaich para espiarla por las tardes a través de la ventana de su salita. Me encantaba

escucharla durante horas. Creo que sentía debilidad por los nocturnos de Chopin. No sé si habrá ampliado su repertorio en los últimos años. Pasaron algunas cosas cuando era niña y no permitieron que...

Su voz se fue apagando poco a poco como una vela. A Oliver le vino de nuevo a la cabeza el recuerdo de lo que le había contado Jemima. Casi podía seguir escuchando su tono cargado de rencor: «Las personas que se enteraron de lo que ocurrió comenzaron a decir que estaba poseída por un demonio. Otros pensaban que ella misma era un demonio...».

Algo se había roto; la atmósfera de la biblioteca, desde luego, no era la misma, a pesar de que el sol siguiera inundando la habitación y las gaviotas no hubieran dejado de rizar las olas con sus patas. Ailish aún permaneció un rato sin moverse hasta que acabó poniéndose de pie. A lo lejos se oía a Rhiannon reñir a Jemima porque al parecer no había dejado de cantar en toda la mañana y le estaba dando un horrible dolor de cabeza.

—¿Se va a marchar tan pronto? —preguntó Oliver sin poder ocultar su desilusión.

—Será lo mejor —repuso Ailish sin atreverse a mirarle a la cara—. No me gustaría que mi madre me encontrara aquí. Ella es muy... tradicional en lo concerniente a las relaciones entre hombres y mujeres. Más vale que me vaya a mi habitación.

Aquella tristeza suya tan repentina le causó más dolor que si alguien le acabara de abofetear. Pero no podía hacer nada para retenerla, así que se limitó a observar cómo se ponía de nuevo sus guantes de encaje antes de tenderle una mano para que la estrechara.

—Me ha gustado hablar con usted, señor Saunders. Aunque creo que soy una muy mala influencia. Si no fuera por mí habría adelantado mucho más trabajo esta mañana.

—Eso no tiene importancia —respondió Oliver, reteniendo su pequeña mano durante unos segundos en los que no hicieron más que sostenerse la mirada. Finalmente dijo en un susurro—: ¿Volveremos a hablar pronto? ¿Aunque debemos hacerlo a escondidas?

—Claro que sí. Supongo. Siempre y cuando no le quite tiempo. Sus amigos...

—Me da lo mismo lo que piensen mis amigos. Ellos no se parecen tanto a mí como usted.

Los labios de Ailish se movieron un instante, aunque acabó sonriendo y asintiendo con la cabeza. «Hasta pronto», le dijo en voz baja antes de desaparecer por la puerta. Al cerrarla tras de sí el silencio se precipitó sobre la biblioteca como un alud, un silencio más parecido al de un cementerio que al que podría esperarse de una sala como aquella.

Oliver se quedó de pie donde estaba durante un largo rato. Oyó a Jemima quejarse a Maud del mal humor de su patrona, a Rhiannon ir y venir ordenando cosas por el piso de abajo, a Alexander preguntarle dónde podría echar una carta, pero nada le

hizo salir de su ensimismamiento hasta que sus ojos captaron una mancha verde tras los cristales.

Ailish había salido por la puerta trasera del castillo. La vio arrastrar el borde de su vestido sobre los matorrales y las raíces de los tejos mientras se dirigía balanceando los brazos hacia el acantilado. Allí se quedó de pie, con el pelo ondeando como una bandera y los ojos tratando de atravesar el mar que la separaba de la ciudad de las agujas de ensueño. De la libertad que le habían negado toda la vida.

Oliver respiró hondo, apoyando los dedos sobre el cristal como si quisiera atrapar su imagen con la mano antes de que fuera tarde para ambos. Demasiado tarde.

Mientras tanto Lionel tenía que enfrentarse a ciertas preocupaciones también relacionadas con la naturaleza femenina que sin embargo no resultaban tan placenteras. Y no tenían nada que ver con la *banshee* sobre la que Alexander le había pedido que hiciera una investigación arqueológica, sino con una mujer mucho más real.

No era tan estúpido como para creer que los afectos de Jemima habían cambiado tan deprisa. Era cierto que no había vuelto a posar sus ojos en Oliver, sobre todo desde que empezó a ser bastante habitual encontrarle en compañía de la señorita O'Laoire cada vez que Rhiannon desaparecía unos minutos, pero Lionel sabía de sobra que aquella chica se había propuesto seducirle nada más que por despecho. Por suerte o por desgracia, aún no lo tenía muy claro, decir que a Jemima le había gustado la experiencia sería quedarse corto. Al encuentro sobre los sacos de harina había seguido otro más pormenorizado en la habitación de Lionel, y a aquel le había seguido otro a la noche siguiente. Desde entonces la muchacha había adquirido la costumbre de presentarse en su habitación en cuanto Rhiannon la liberaba de sus tareas. A veces también conseguía burlar la vigilancia de Maud a las horas más insospechadas para hacerse la encontradiza con él, reapareciendo un cuarto de hora más tarde con la cofia descolocada y las cintas del delantal atadas de cualquier manera.

Evidentemente, resistirse a aquellos ofrecimientos no entraba en la naturaleza de alguien como Lionel, sobre todo cuando procedían de una muchacha curvilínea, desinhibida y poseedora de una maestría que superaba con mucho lo que había imaginado, pero a los pocos días la situación empezaba a resultar un tanto agobiante. Cuando Jemima se le ofrecía, todos sus propósitos de dejarle las cosas claras se esfumaban; pero al escapar del torbellino, al quedarse tumbado en la cama a su lado, se daba cuenta de que cada vez le resultaría más complicado deshacerse de ella cuando tuvieran que regresar a Oxford. Y eso era lo que más le preocupaba, no por temor a herir sus sentimientos sino a lo que Jemima pudiera planear con tal de seguirle lejos de Kilcurling. Lionel se había dado cuenta de que hacía tiempo que la chica se había cansado de aquella existencia tan monótona, pero si quería marcharse de allí no podía hacerlo más que con un marido..., y de ahí a querer convertirse en la señora Lennox solo había un paso. La quinta noche que pasó en Maor Cladaich, cuando estaba a punto de quedarse dormido, la oyó susurrar:

—¡Qué ganas tengo de probar esos almohadones de plumas de oca de los que habla todo el mundo! ¡Tiene que ser como dormir en el cielo! ¿Sabes si los venden en Oxford?

—Supongo que sí —le respondió Lionel, un poco extrañado—. ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, por nada en especial. Solo estaba dando vueltas a lo que haremos dentro de

algunas semanas...

Jemima no tardó en quedarse dormida, pero Lionel siguió mirando durante toda la noche el sombrío baldaquino que había sobre sus cabezas con los ojos tan abiertos como los de una lechuza insomne y aterrorizada. ¿Qué le habría hecho pensar que querría llevársela con él?

Un par de comentarios aislados sobre «los dos tortolitos», como ella solía llamar a Oliver y a Ailish, le hicieron comprender que cada vez se alegraba más de que su anterior intento de seducción no hubiera ido a mayores. Curiosamente, aquel joven de pelo largo con modales de caballero medieval no parecía estar interesado en lo que tanto había atraído a los vecinos de Jemima. Nunca le había visto tocar a Ailish, y cuando la miraba el resplandor extasiado de sus ojos dejaba claro que no había pensamientos carnales en su cabeza. ¡Debía de ser único en su especie!

—Yo tampoco los tendría si fuera hombre; es toda cabeza y pelo rubio, y tiene muy poca carne sobre los huesos —comentó Jemima otra noche mientras descansaba al lado de Lionel después de que él le dijera que estaba demasiado cansado para una tercera ronda—. Menos mal que tus gustos son distintos. Quiero decir que son como deberían ser los gustos de un hombre cabal. Mejor para mí que la señorita O’Laoire se conforme con su poeta muerto de hambre. —Y rodeó con sus brazos el pecho de Lionel, que desde hacía un rato le daba ostensiblemente la espalda, para estampar un beso en su mejilla—. No tendremos que frecuentarlos muy a menudo en Oxford, ¿verdad? Porque me resultaría de lo más incómodo merendar en salones de té con la que antes ha sido la hija de mi patrona...

—No, te garantizo que tú no tendrás que hacerlo —profirió Lionel. Estaba luchando desde hacía un cuarto de hora con la tentación de taparse la cabeza con los almohadones—. Y ahora, si no te importa, ¿podrías dejarme dormir un poco? ¿Solo durante un par de horas?

—¡Ay, perdona! Duerme todo lo que quieras. Esto es solo la novedad de los primeros días. —Y le besó una, dos, tres veces más—. Cuando estemos en Oxford te prometo que te haré el hombre más feliz del mundo. ¡No sabes las ganas que tengo de irme!

«Yo también —pensó Lionel aquella noche, imaginando cómo se reirían Alexander y Oliver si les confesaba lo que le ocurría—. Yo también... pero sin ti.»

Así las cosas, acabó llegando a la conclusión de que lo más sensato sería centrarse en el trabajo hasta que consiguiera darle esquinazo a Jemima. Aún quedaba mucho por hacer en Maor Cladaich, sobre todo mucha labor de campo con la que sus compañeros no se encontraban familiarizados. La arqueología era competencia exclusiva de Lionel y se aseguró de que a Rhiannon le quedara claro que debía dejarle ir y venir por la propiedad a su antojo. Aprovechó que su anfitriona no puso demasiados reparos para recorrer durante una mañana entera los terrenos, levantando un plano de la finca en el que aparecían señalados los puntos concretos en los que su ojo experto le avisaba de que tal vez se habían producido excavaciones en los siglos

pasados. Lionel estaba convencido de que la conexión de la *banshee* no era con los O'Laoire sino con sus dominios. Había trabajado en más de una villa italiana con fama de estar encantada que había revelado, en cuanto se hundieron en su tierra los primeros picos de los obreros, una increíble cantidad de restos arqueológicos, por no hablar de las siniestras pruebas de algún crimen pasional.

Para frustración suya, a Rhiannon aquellas hipótesis le parecieron pamplinas.

—Todo eso resulta enormemente novelesco. Creía que el señor Saunders sería quien se haría cargo de los aspectos poéticos de esta investigación. ¿De verdad piensa que los antepasados de mi marido solían dormir siempre con un cuchillo debajo de la almohada?

—No sería tan descabellado —comentó Lionel, un poco herido en su amor propio—. Le he oído contar al profesor Quills historias de lo más macabras sobre otras fortalezas.

—Ya me imagino cuáles serían. Le habrá hablado del castillo de Leap y de cómo los O'Carroll mandaron usar en su construcción un mortero en el que habían mezclado la sangre de los O'Bannion, el clan enemigo al que acababan de vencer. Todo el mundo ha oído esa historia, pero no tiene por qué ser real. Y por lo que tengo entendido, los O'Laoire nunca se han visto envueltos en semejantes guerras intestinas. Nuestro mayor enemigo se encontraba al otro lado del mar, no dentro de la isla —concluyó con malicia.

Lionel prefirió hacer caso omiso a esta apreciación. En el fondo no le extrañaba que no quisiera creer en sus teorías; a nadie le haría gracia la posibilidad de dormir cada noche acompañado de cadáveres.

—Si tanto le interesa lo relacionado con Maor Cladaich y sus cimientos creo que lo mejor será que conozca a Ros Wyvern —siguió diciendo Rhiannon aquella mañana—. Era nuestro antiguo jardinero, y un hombre que gozaba de la absoluta confianza de mi marido.

—No sé hasta qué punto un jardinero puede estar al tanto de estas cuestiones.

—Tampoco pierde nada hablando con él, señor Lennox. Le pediré a Jemima que le haga llegar un recado para que venga al castillo esta misma tarde. Ahora solamente nos visita muy de vez en cuando porque se ha hecho demasiado mayor para continuar con el ritmo de trabajo de siempre. Prefiere quedarse en Kilcurling con su hermana y sus sobrinos antes que dormir en la casa que mi marido mandó construirle en los jardines.

Ros Wyvern resultó ser un anciano de ochenta años que parecía haberse ganado con creces el derecho a envejecer en compañía de su familia. Cuando Lionel se reunió con él en los jardines, lo encontró agachado al lado de unas clemátides que acababan de brotar, oliendo los pétalos que sujetaba con los dedos con tanta delicadeza como podría hacerlo con una mariposa recién salida de su crisálida. Era un individuo singular, más alto de lo que uno podía pensar al principio; los pantalones de franela le quedaban cortos y sus delgadas muñecas asomaban por las mangas de su

chaquetón como si el hombre no supiera muy bien qué sujetar ahora que no tenía una pala a mano. A Lionel le llevó un rato caer en la cuenta de que su cabeza recordaba a la de un viejo patricio romano, con una espesa barba gris rizándose sobre su descarnado cuello como si la hubieran esculpido a trépano.

Tal como se imaginaba, a Wyvern no le había sentado muy bien tener que subir la colina sin que la señora O'Laoire le hubiera encargado nada en particular.

—¿Hablar de la casa? ¿Y quién soy yo para contarle nada sobre la casa? —le espetó a Lionel cuando le hizo saber lo que se esperaba de él—. El castillo nunca ha sido mío ni de mi familia; yo no soy más que un criado.

—No es Maor Cladaich lo que me interesa, sino el terreno en el que se levanta —contestó Lionel—. Llevo un par de días dibujando un plano de la finca pero aún me quedan unos cuantos puntos por aclarar. La señora O'Laoire pensó que usted sería la persona idónea dado que conoce todo esto como la palma de su mano.

Había probado a tocar la tecla de la adulación, pero como pudo comprobar aquello no servía de nada con alguien como Wyvern. Las palmaditas en el hombro carecían de atractivo para él; lo único que había amado en su vida eran su trabajo, sus herramientas, sus plantas y a Cormac O'Laoire, por quien parecía sentir auténtica adoración. Después de interrogarle durante casi media hora Lionel solamente sacó en claro que el hecho de haber vivido durante tantos años a la sombra del castillo no le había permitido enterarse de nada que no fuera de dominio público, tanto en Kilcurling como en la fortaleza. Era como si la vida de sus plantas valiera para él más que la de las personas que moraban en Maor Cladaich en aquellos momentos. Que una criatura de ultratumba se pudiera pasear entre los vivos para acabar de un plumazo con su existencia, como había ocurrido con Fearchar MacConnal, no le hacía sentirse más inquieto de lo que lo haría la perspectiva de que con su aliento pudiera marchitar una de las flores recién nacidas.

Sí, había escuchado más de una vez los susurros de la *banshee*. Sí, la había oído sollozar la noche en que murió el antiguo propietario del castillo, y también cuando le pasó lo mismo a MacConnal. No, no la había visto nunca, aunque algunas veces, cuando aún vivía en su casucha, había creído distinguir una imprecisa silueta blanca merodeando entre la espesura. Jamás se había acercado lo bastante como para distinguir su rostro; con los seres sobrenaturales no convenía intimar.

—Las puertas del *Tir Na n'Og* siempre están abiertas para ellos, y uno nunca puede estar seguro de que no le arrastrarán consigo a las tinieblas —explicó con una solemnidad que casi consiguió impresionar a Lionel—. No es raro que nadie pueda encontrarse con la criatura durante el día. Estoy convencido de que se las ingenia para desaparecer como suelen hacer las hadas que salen de los túmulos durante las fiestas de Samhain y de Beltane. Puede que la misma tierra la absorba como hace con la lluvia.

Lionel no tenía tiempo para cuentos de brujas. Ese era el campo de Oliver; su mundo era más material.

—¿Y qué me puede contar acerca de la colina propiamente dicha? ¿Alguna vez se ha tropezado mientras removía la tierra con restos arqueológicos, dólmenes, huesos...?

—Ya sé detrás de qué anda, pero me temo que no. Maor Cladaich siempre ha sido una fortaleza, desde que hace unos mil años se vino abajo en un incendio la antigua torre de madera que había servido de atalaya contra los ataques de los piratas.

—Algo le oí decir a un amigo mío sobre eso —comentó Lionel, metiendo las manos en los bolsillos mientras medía con los ojos la siniestra verticalidad de la torre, rematada por la capilla añadida después de la invasión de los normandos—. ¿Y no se sabe si en ese incendio murió alguien del clan? —preguntó de repente—. ¿Alguien que falleciera de una forma tan traumática que de algún modo consiguió atraer por primera vez a la *banshee*?

—¿Cómo podríamos saberlo? Han pasado casi diez siglos —repuso Wyvern, ceñudo.

Lionel tuvo que darle la razón, aunque no pudo contener un gruñido. Desplegó de nuevo el mapa que había trazado y fue recorriendo el perímetro del castillo con un dedo.

—Será mejor que me acompañe a dar una vuelta. Todavía me quedan muchas cosas por preguntarle y nos vamos a quedar helados si seguimos sin movernos.

Wyvern no puso reparos, así que echaron a andar sin prisas por los jardines. Con todas las cosas que habían pasado aquellos días, sobre todo entre las sábanas, Lionel no había tenido oportunidad de prestar atención a los primeros balbuceos de la primavera alrededor del castillo. Le sorprendió darse cuenta de que los mustios matorrales por los que había caminado mientras perseguía a la *banshee* noches atrás habían adquirido una tonalidad muy diferente, y en varios sitios algunas campánulas de color rosado se esforzaban por salir a la superficie. Las esculturas de piedra no tardarían en erguirse sobre podios tapizados de flores y los dedos de las enredaderas parduzcas que se abrazaban a sus vestidos se cubrirían de hojas. Una pena que ninguno de ellos, se dijo mirando aún el mapa, pudiera presenciar aquel espectáculo antes de marcharse de Kilcurling.

Se detuvo de repente en medio de un sendero que discurría entre troncos cubiertos de clemátides trepadoras. Su dedo también se había detenido sobre el mapa. Las esculturas de piedra. Lionel alzó los ojos para observar la que se encontraba a unos cinco metros de distancia, y después otra que parecía a punto de venirse abajo junto al muro oriental.

«Están colocadas de cualquier manera en los jardines, sin seguir ningún patrón en concreto —pensó el joven—. O eso es lo que parece a simple vista...»

—¿Tampoco sabe si sobre la colina se levantó en algún momento un cementerio?

—¿Cuántas veces tengo que decírselo? —protestó Wyvern—. Estos terrenos siempre han pertenecido a los O'Laoire. Antes de que construyeran el castillo no había nada aquí.

—No estoy hablando de un cementerio para el pueblo. Estoy hablando de un recinto privado para las tumbas de la familia. Es algo bastante común en las mansiones victorianas.

—Bueno, pues en Kilcurling no lo es. Todos los O’Laoire están enterrados con los demás parroquianos en el pueblo. Hasta comienzos del siglo pasado lo hacían dentro de la iglesia, pero después el padre del señor O’Laoire, que en paz descansen los dos, mandó construir un panteón para sus descendientes. Se encuentra junto al muro de la iglesia, al lado del de los MacConnal. Tiene que haberse fijado en ellos; llaman mucho la atención.

—Pues no, no he tenido tiempo para hacerlo —contestó Lionel, molesto al ver cómo desaparecía ante sus ojos la nueva línea de investigación que acababa de trazar—. Lo que no entiendo es a santo de qué tiene que haber tantas esculturas. En su momento debían de tener su gracia, pero ahora... resultan escalofriantes. Y además están muy deterioradas.

—Fueron un regalo del señor O’Laoire a su mujer —le explicó Wyvern—. Cuando la trajo a vivir aquí quiso que se sintiera como en su propia casa, así que emprendió una reconstrucción de las partes que habían sufrido mayores desperfectos. Mandó abrir un ventanal en la biblioteca y arreglar el tejado de la parte norte, y adecentó toda esa zona que puede ver ahí. —Señaló el muro al que se encontraba adosado el rudimentario gallinero—. Tendría que habernos visitado hace veinte años para comprobar cómo ha cambiado el aspecto de esta propiedad. Antes toda la finca parecía una auténtica selva.

—Tampoco es que esté muy despejada ahora mismo —comentó Lionel—. Juraría que la hiedra que recubre la fachada principal está pidiendo a gritos unas buenas tijeras.

Wyvern prefirió hacer caso omiso de aquello. Condujo a Lionel hasta un pequeño promontorio en el que alguien había mandado construir muchos años atrás un cenador de forja. La pérgola casi se había derrumbado por completo, y los filamentos de hierro surgían de la tierra empapada por la lluvia como largas serpientes manchadas de óxido.

Allí pudieron ver otra escultura, una mujer con los cabellos recogidos en dos trenzas que le caían sobre el pecho hasta más abajo de la cintura. También vestía unos ricos ropajes medievales, aunque las costras de musgo que habían ascendido por sus pliegues apenas permitían reconocer los contornos. Junto a sus pies podía distinguirse un cuervo al que la muchacha dirigía una mirada de pesar, congelada para siempre por la mano del artista.

—Son las heroínas de las principales leyendas irlandesas con las que el señor quiso agasajar a su esposa —le explicó Wyvern, brazos en jarras—. Los dos estuvimos de pie en este mismo lugar la tarde en la que trajeron las esculturas, así que tuvimos tiempo para charlar sobre lo que nos parecían. Me dijo que esta era Deirdre de Ulster. A usted no le sonará de nada, pero todos los irlandeses conocen su historia.

Antes de que naciera un druida profetizó que su belleza resultaría mortal para cualquier hombre que pusiera sus ojos sobre ella. Dijo que los reyes y los grandes señores se matarían por Deirdre, y efectivamente eso fue lo que ocurrió. De hecho su nombre significa «dolor» en gaélico.

A Lionel le costó ahogar una sonrisa. Las desventuras de la pobre Deirdre le daban completamente igual, pero la imagen de aquel cuervo cubierto de musgo le había hecho acordarse de Veronica Quills y su Svengali. Mientras Wyvern le conducía a otra parte de los jardines se preguntó qué estaría haciendo en ese momento. Le asaltó una súbita punzada de nostalgia por Oxford, por las cosas que había dejado al otro lado del mar, por Veronica y sus extravagancias. Nunca había imaginado que pudiera llegar a extrañar de tal manera un poco de conversación inteligente después de que se apagaran los ardores de la sangre. Varios días antes le había escrito una carta a su amiga y la había llevado a la oficina de correos del pueblo, situada al lado de la comisaría, en la plaza donde se encontraba la casa de las MacConnal. Y precisamente se había tropezado con Brianna MacConnal cuando la anciana regresaba de la iglesia, aunque la mirada de despecho que le arrojó le hizo adivinar que debía de haber llegado a sus oídos la noticia de que ahora eran huéspedes de las O’Laoire... y que aquello le parecía una auténtica traición después de todo lo que les había contado sobre Rhiannon.

Apartó aquellos pensamientos de su cabeza cuando el jardinero se detuvo delante de otra escultura que Lionel reconoció de inmediato: era la que se cubría los ojos con las manos, con una corona de flores sobre la cortina ondulada de su pelo. La que, y se le subieron los colores al recordarlo, había confundido con la *banshee* noches atrás.

—Esta otra es Fionnuala, la vidente. Advirtió a un caballero conocido con el nombre de Ciarán O’Laoghaire de que si partía a la guerra contra los normandos arrastraría a sus hombres a la derrota más sangrienta. Ciarán no quiso prestarle atención, pero las cosas sucedieron tal como la pobre campesina había vaticinado, así que al regresar a su hogar hizo que acabaran con ella por creer que había atraído a la mala suerte. Y la que puede ver detrás de ese recodo —Wyvern extendió un dedo marchito por encima del hombro de Lionel, que se volvió en aquella dirección— es Isolda, la Isolda de Tristán, la que por su amor traicionó al rey Mark y acabó expiando ese pecado con su vida. Si la mira con más detenimiento se dará cuenta de que aún sostiene entre las manos los restos de piedra de una copa que contenía la pócima de amor que ambos tomaron. De nuevo otra historia triste.

—Empiezo a alegrarme de no haberme enamorado en mi vida —comentó Lionel—. Todos esos dramas, esos asesinatos y muertes... no están hechos para mí.

El anciano dejó de contemplar la escultura de Isolda para prestarle atención, y por primera vez una lenta sonrisa se abrió camino entre las arrugas y la poblada barba gris.

—Está usted muy seguro de sus palabras. No diga nunca «de este agua no beberé...».

—Hablo en serio —insistió Lionel—. ¿Qué sentido tiene sufrir como esos héroes de leyenda por unas simples faldas?

—Tal vez ellos no deseaban una simple falda —apuntó Wyvern sin perder su sonrisa.

—Tal vez no, y ese fue su mayor error. Tal vez no habrían pasado a la historia si se hubieran conformado con la primera hembra que se cruzara en su camino, pero por lo menos les quedaría el consuelo de haber disfrutado de una vida sin... ¿A qué diantres vienen esas risas? —preguntó al reparar en que la barba de Wyvern se agitaba en silencio.

—A que apuesto lo que sea a que algún día incluso usted se enamorará. Y cuando lo haga se descubrirá a sí mismo haciendo tantas tonterías que se acordará de mis palabras.

Aquello le pareció a Lionel la señal de que la entrevista había llegado a un punto muerto, así que se despidió de Wyvern agradeciéndole el tiempo que se había tomado para responder a sus preguntas. «Aunque no me ha servido de mucho», pensó el joven mientras lo veía alejarse colina abajo. «Me temo que no encontraremos las respuestas que buscamos en la mitología.» Se ajustó el sombrero de ala ancha, al que se le debía de haber caído la cinta con una hebilla durante su patética persecución de la *banshee*, y emprendió el camino de regreso al castillo. Pero cuando llevaba un par de minutos avanzando se detuvo en seco.

Sentados en un banco de hierro, muy cerca el uno del otro, en medio de un mar de páginas cubiertas por la caligrafía de Oliver, su amigo leía a Ailish una de las historias más escalofriantes que había encontrado en la biblioteca. La espesura parecía ahogar sus susurros mientras los ojos de la muchacha permanecían clavados en su rostro como si se tratara de la encarnación de todos sus sueños. Lionel tardó un instante en reaccionar, y cuando lo hizo decidió entrar por la otra puerta para que no lo consideraran un entrometido.

Sin embargo, mientras traspasaba el umbral de Maor Cladaich no pudo quitarse de la cabeza el inquietante convencimiento de que Deirdre, Fionnuala e Isolda no habían sido ni serían nunca las únicas mujeres de Irlanda que morirían por amor. Solamente le podía pedir al Dios en el que aún no sabía si creía que Oliver no estuviera presente si la última descendiente de los O'Laoire acababa reclamando un puesto en aquel panteón de mártires. Rezaría para no verla nunca convertida en leyenda.

Es probable que Alexander hubiera pecado de ingenuo al pensar que sería sencillo ganarse la confianza de la señora O’Laoire. Cuando la oyó decir que mientras durara la investigación podrían alojarse bajo su techo, cometió el error de creer que aquello equivalía por su parte a enterrar el hacha de guerra. No tardó en darse cuenta de que Rhiannon simplemente había firmado una especie de tregua con ellos: quería ponerlos a prueba antes de admitir que necesitaba su ayuda.

Discreto como solamente podía serlo un caballero oxoniense, Alexander decidió hacer caso omiso de las miradas de desconfianza que de vez en cuando le seguía lanzando, o al hecho de que cuando se dedicaba a recorrer Maor Cladaich, examinando con ojo crítico cada una de sus estancias, Rhiannon siempre se las ingeniaba para aparecer de la nada. Era bastante curioso que le trajera sin cuidado lo que pudieran hacer Lionel y Oliver por su cuenta; para ella no eran más que un par de jóvenes metomentodo que se divertían jugando a desentrañar misterios del Más Allá.

Con Alexander la situación era muy diferente. Ya fuera por una mayor afinidad debida a las edades de ambos, ya por el hecho de que ser un científico le concediera una mayor respetabilidad, Rhiannon parecía pensar que de sus tres huéspedes era el único que realmente sabía lo que se traía entre manos. Por eso no estaba dispuesta a quitarle los ojos de encima hasta estar absolutamente segura de que se trataba de un aliado y no de alguien que se hubiera presentado en su casa con la única intención de aprovecharse de su buena fe. Hasta que eso sucediera parecía decidida a seguir siendo la misma: fría como un témpano, recelosa ante cualquier pregunta que pudiera hacerle, y con las garras siempre preparadas para proteger su casa y a su cachorro de cualquier posible amenaza.

No obstante, las conversaciones que Alexander mantenía con ella le permitieron darse cuenta de que había un tema que casi conseguía aplacar del todo la suspicacia que latía en las pupilas de la mujer: Cormac O’Laoire. Las MacConnal no parecían haber exagerado al decirles que el difunto esposo de Rhiannon la había colocado en un altar. Curiosamente no hablaba nunca de él, ni pronunciaba siquiera su nombre, pero cuando alguien aludía a O’Laoire en su presencia, el silencio descendía sobre Rhiannon como lo hacía por las noches la niebla sobre la colina. Se quedaba callada durante largo rato, y cuando hablaba de nuevo siempre era para cambiar de tema, aunque el brillo de sus ojos la delataba.

—Hay algunos momentos, sobre todo cuando Ailish no está conmigo, en que ser la dueña de Maor Cladaich me parece una auténtica condena —le confesó al profesor una tarde cuando se encontraron en uno de los corredores del tercer piso. Se habían apoyado en un parapeto de piedra abierto a los jardines, y la brisa que soplaba desde el mar agitaba los cabellos dorados de Rhiannon alrededor de su rostro—. Sé que pensaré que no tengo derecho a quejarme siendo la propietaria de un lugar como este, pero cuando me atrevo a volver la vista atrás... no me reconozco en este escenario.

Es tan distinto de lo que tuve en mente durante mi juventud, tan desconocido incluso para mí misma...

También su voz cambiaba cuando hablaba de aquella manera; apenas era más que un susurro, como si no se atreviera a alzarla demasiado dentro de Maor Cladaich, como si temiera que las paredes pudieran escuchar lo que le decía y considerarla una traidora.

—Lo raro sería que no se sintiera así —le contestó Alexander—. Tener que plantar cara a problemas económicos como los que tienen ahora mismo sería duro para cualquiera.

—No me refería al dinero —replicó ella—. No hay nada que me preocupe menos que el dinero. Mis padres nunca lo tuvieron y los O’Laoire dejaron de nadar en la abundancia mucho antes de que me incluyeran en su árbol genealógico, así que nunca he sabido lo que sienten los poderosos. Lo cual es un consuelo teniendo en cuenta mi situación actual.

—Creo que no me ha entendido, señora O’Laoire. No estaba acusándola de ser una persona materialista. Simplemente pienso que su vida sería mucho más sencilla si no...

—¿Si no hubiera traicionado mis ideales? De eso me di cuenta hace mucho tiempo, profesor. Existen cosas más dolorosas que perder cada una de nuestras posesiones a manos de una jauría de acreedores. Perderse a una misma resulta mucho más devastador.

Cuando se apartó de Alexander, el eco de estas últimas palabras siguió resonando un buen rato dentro de su cabeza. Había creído atisbar algo durante unos instantes, algo que Rhiannon se esforzaba desesperadamente por ocultar; la sombra de una revelación, un destello detrás de las capas en las que había envuelto su alma, como una piedra preciosa que con sus centelleos traiciona desde las profundidades la quietud de un estanque cubierto de hielo.

Por deferencia a su anfitriona, Alexander le pidió que colaborara en la redacción de la nota divulgativa en la que darían a conocer la existencia de Maor Cladaich, y Rhiannon se tomó aquella tarea tan en serio como si fuera una redactora más de *Dreaming Spires*. Durante una mañana entera se dedicaron a darle forma como habían acordado, sin mencionar a Fearchar MacConnal ni su extraña muerte, y cuando estuvo lista el profesor se la dio a Lionel aprovechando que iba a bajar a la oficina de correos para enviarle una carta a Veronica. La nota de Alexander iba dentro de un sobre con la dirección londinense de August Westwood, que a su vez se encargaría de hacer llegar una copia a la redacción de los periódicos con los que mantenían contacto. También le dio una segunda carta para su sobrina en la que le pedía que le enviara a Maor Cladaich las máquinas de su invención, asegurándose de que viajaban perfectamente empaquetadas entre grandes balas de algodón para no sufrir desperfectos. Alexander puso especial énfasis en las últimas palabras: con Veronica cualquier precaución era poca y la conocía lo bastante como para saber cuál

era su concepto de la meticulosidad.

Por suerte no tuvo que esperar demasiado. El envío llegó el 17 de marzo, el día en que Irlanda se vestía con todas las variaciones cromáticas del verde para celebrar la fiesta de San Patricio. Era evidente que al empleado de la oficina de correos no le había hecho ninguna gracia subir la colina con aquellos pesados baúles cuando podría estar empujando el codo en The Golden Pot. Alexander se aseguró de que recibiera una buena propina y después se quedó de pie en la entrada de Maor Cladaich mientras desplegaba la carta con la que Veronica había acompañado su envío. Era tan enrevesada como todas las de su puño y letra, con un boceto a carboncillo en una de las esquinas que representaba a la señora Hawkins llevándose las manos a la cabeza por algo que la artista acababa de hacer. También contenía una postdata para Lionel de la que su tío no pudo entender nada en absoluto. Debía de tratarse de un lenguaje en clave que escapaba a su comprensión, algo que le sorprendió bastante teniendo en cuenta que Veronica no se había molestado en contestar a su amigo. ¿Por qué le enviaba recuerdos a través de una carta dirigida a Alexander en lugar de escribirle como siempre solía hacer?

Supuso que no era asunto suyo; Veronica seguramente tendría sus razones para no dedicarle más tiempo a Lionel. Regresó al interior del castillo para rescatar a Rhiannon de Ailish y de Maud, que habían conseguido convencerla de que las ayudara a decorar la escalera del vestíbulo con cientos de pequeños tréboles que habían recogido entre las dos en los jardines. Pareció tan aliviada de que alguien la secuestrara durante el resto de la mañana que a Alexander le costó disimular una sonrisa mientras cerraban el portón de la entrada y tiraban entre los dos de los baúles para subirlos hasta lo alto de la escalera.

—Por el amor de Dios, pesan como si los hubiera llenado con bolas de plomo —jadeó Rhiannon cuando se detuvieron para descansar en el segundo piso—. ¿Vamos a tener que mover sus máquinas por todo Maor Cladaich para seguirle el rastro a nuestra *banshee*?

—No se preocupe por eso; es tarea mía —la tranquilizó él—. ¿Dónde podría dejarlas?

—Me parece que lo mejor será guardarlas bajo llave en una de las habitaciones de este piso. Están atestadas de trastos viejos y de polvo, pero así nos aseguraremos de que nadie caiga en la tentación de toquetearlas. Creo que el salón azul será el más adecuado.

Aquel salón no tenía de azul más que el nombre, o al menos esa fue la impresión que le dio a Alexander cuando Rhiannon abrió una de las puertas situadas al final del corredor en el que se habían detenido. Se trataba de una habitación bastante grande con ventanas que daban a la parte trasera de la propiedad; ciertamente el papel pintado que recubría las paredes debía de haber sido azul en algún momento, al igual que el tapizado de los muebles, pero el primero se encontraba tan descuidado que se había desprendido casi por completo en más de un lugar, y en cuanto a los segundos,

habían sido tapados muchos años antes con unas sábanas que hacían pensar en una congregación de fantasmas aquejados de lumbalgia. Rhiannon tenía razón: era justo lo que necesitaban.

—Si quiere que le diga la verdad me siento bastante intrigada —reconoció mientras Alexander se agachaba para abrir los cerrojos del primer baúl—. Nunca imaginé que tendría la oportunidad de contemplar con mis propios ojos unos artefactos como estos.

—No se haga demasiadas ilusiones: a simple vista no tienen nada de espectacular —le advirtió el profesor. Acababa de comprobar con alivio cómo Veronica, por una vez, había seguido sus instrucciones. El interior del baúl estaba repleto de balas de algodón que tuvo que apartar para mostrarle a Rhiannon lo que había en el centro—. Aquí lo tiene.

—Me recuerda a uno de esos aparatos que suelen usarse para proyecciones cinematográficas —opinó ella, observando el curioso artilugio con atención.

—Bueno, en el fondo no se trata de un mecanismo demasiado diferente. Aunque en este caso no estaríamos hablando de un proyector sino de algo llamado espintariscopio.

Entre los dos levantaron la máquina de casi un metro de largo para colocarla sobre una mesa. Parecía una caja con revestimiento de placas metálicas, apoyada sobre cuatro pequeñas patas y con un visor en un extremo.

—Lo que está viendo es un artefacto que parte de los mismos principios de la física que han seguido otros científicos, como sir William Crookes, para poder contemplar las partículas luminosas producidas por la radiación. Si Oliver estuviera aquí, apuesto a que le explicaría que su nombre proviene del griego *spintharis*, que significa «centelleo»...

—¿Cómo funciona? —quiso saber Rhiannon, cada vez más interesada.

—De una manera muy sencilla. Dentro de la caja, en uno de los laterales, hay una pantalla fluorescente hecha de sulfuro de zinc dopado con plata. —Alexander le indicó a Rhiannon la parte de la máquina de la que hablaba—. Muy cerca de esta pantalla se coloca una diminuta cantidad de cierta sal de radio que reacciona ante una sustancia determinada... lo que los espiritistas denominan «ectoplasma», lo que en las últimas décadas se ha demostrado que constituye la esencia de las materializaciones espectrales.

—Quiere decir —adivinó Rhiannon, aproximándose un poco más— que cuando esta máquina se encuentra en un lugar en el que supuestamente hay un espíritu la sal de radio provoca alguna reacción en la pantalla. ¿Pero cómo puede comprobarse?

—Mediante esta lente —contestó Alexander señalando con un dedo el pequeño visor que había al otro lado del espintariscopio—. Ya le he dicho que no se diferencia mucho de la estructura de los proyectores cinematográficos. Lo que ocurre es que en este caso lo que podemos observar no es una imagen en movimiento, sino algo que a simple vista no reconoceríamos aunque lo tuviéramos delante. El ojo humano, por lo

general, no es capaz de percibir esa especie de radiaciones producidas por los ectoplasmas; solo consiguen hacerlo los médiums de los que suele decirse que les fue concedido al nacer el don de interactuar con las almas en pena. —Alexander dio una palmadita en la parte superior de la caja—. Hay mucha charlatanería en torno al mundo de los espiritistas, pero en el fondo, muy en el fondo..., lo que hacen puede ser explicado mediante la ciencia. Lo he comprobado de primera mano gracias a August Westwood, un amigo mío que posee ese mismo don. Cuando acabé de construir mi espintariscopio lo transportamos entre los dos a una casa situada a las afueras de Oxford que tenía fama de estar encantada. Y, en efecto, había un alma en pena en ella; August lo supo nada más ponerle los ojos encima, y yo también pude hacerlo al darme cuenta de que, dentro de la máquina, se acababa de producir una gran descarga de luz. La sal de radio había reaccionado ante el ectoplasma.

—¿Y los espíritus..., los ectoplasmas, como usted dice..., podrían dejar tras ellos rastros de su presencia? —Rhiannon parecía tan fascinada que Alexander no pudo evitar sentir cierta satisfacción—. ¿Su máquina también detecta cuándo han estado en un lugar?

—Exactamente. Veo que no se le dan nada mal estas cosas.

—No creo que tenga alma de científica; lo mío son las letras. Siempre lo han sido, incluso antes de trabajar como librera. Los números nunca se me han dado bien.

Se agachó frente a la máquina para acercarse a la cara al visor que le había señalado.

—No le importará que eche un vistazo, ¿verdad? Solo durante unos segundos...

—Supongo... supongo que no hay ningún inconveniente —contestó Alexander con algo de alarma en la voz—. Aunque antes de que lo haga debería avisarla de que tal vez...

No le dio tiempo a concluir la frase. Rhiannon acababa de soltar una exclamación.

—Espere..., ¡estoy viendo algo ahora mismo, profesor! ¡Una luz azul centelleando!

—Ya me lo imaginaba —contestó Alexander con desaliento. Rhiannon se apartó en el acto del visor, recorriendo la habitación con los ojos; se había puesto un poco pálida.

—Es tal como lo ha descrito: una descarga luminosa de color azul que se movía de un lado a otro. Aunque no se trataba de un solo foco, sino de dos. Dos luces distintas.

—Lo sé —dijo el profesor en voz más baja—. Pero no se preocupe; no era su *banshee*.

—¿Qué quiere decir con eso de que no era mi *banshee*? ¿Qué espíritu puede estar ahora mismo en esta habitación, o haber estado en ella en algún otro momento?

—Ninguno, Rhiannon. No es necesario que le dé vueltas, de verdad. Sencillamente...

—¡Pero si esa sal de la que hablaba ha reaccionado significa que hay espíritus aquí!

Alexander respiró hondo. Para sorpresa de Rhiannon, la agarró delicadamente por el codo derecho para que se alejara de la máquina.

—Me temo que siempre se produce el mismo fenómeno. Ya sabe que este modelo sigue siendo un prototipo..., así que supongo que coloqué demasiada sal de radio al lado de la pantalla fluorescente cuando lo construí. Por eso siempre que alguien mira a través del visor piensa que se encuentra ante la materialización de un ectoplasma. Esas luces azules siempre van a aparecer dentro de la máquina, no importa en qué lugar la instale ni a qué hora del día realice mis experimentos. Simplemente conviene tenerlo en cuenta para captar cuándo una luz aún más intensa delata la presencia de un auténtico espíritu.

Rhiannon entornó los ojos con desconfianza. La explicación de Alexander no tenía ni pies ni cabeza. ¿Cómo podría haber cometido un error de cálculo tan absurdo alguien capaz de diseñar semejante artilugio? No obstante, comprendió que no serviría de nada tratar de presionarle, así que guardó silencio.

—Las demás máquinas que mi sobrina me ha enviado no son más que modelos de espintariscopios con características algo diferentes —se apresuró a cambiar de tema Alexander—. Los tipos de sales que emplean son distintos, y además no están tan perfeccionados como el que le acabo de mostrar. Pero se me ocurrió que tal vez podrían resultarnos de utilidad.

—Con cuantas más herramientas contemos, mejor —coincidió ella, aunque aún parecía recelosa—. Al fin y al cabo no sabemos qué clase de criatura es una *banshee*.

Rhiannon se miró los dedos mientras hablaba. Aquel salón azul tenía tanto polvo que se le habían puesto casi negros al apoyarlos en el suelo para arrodillarse.

—Me gustaría prestarle mi pañuelo, pero me temo que lo he perdido —comentó Alexander.

—No se preocupe —contestó Rhiannon con resignación—. En los últimos años no me ha quedado más remedio que acostumbrarme a que mis manos estén en ocasiones tan sucias como las de una campesina. Con todo el tiempo que paso en el huerto...

Sacudió las palmas de las manos sobre su vestido negro. Al hacerlo Alexander reparó en que durante la operación de desembalaje el guardapelo de plata que le colgaba del cuello debía de haberse enganchado en alguno de los remaches del baúl. Se le había abierto la pequeña tapa sujeta mediante una bisagra y ahora podía darse cuenta de que lo que guardaba en su interior no era un mechón de pelo sino un pequeño retrato a la acuarela. El rostro de un hombre de edad aproximada a la de Alexander, un caballero de piel muy pálida y cabello peinado con ondas engominadas de un rubio casi platino, de aspecto aristocrático. Alexander captó todos aquellos detalles en unos segundos, el tiempo que necesitó Rhiannon para limpiarse las manos, pero no pudo evitar quedarse un poco pensativo mientras devolvía al interior del baúl las balas de algodón que habían rodado por el suelo.

—¿Echa mucho de menos al padre de la señorita Ailish?

Al escuchar esto, Rhiannon se quedó completamente quieta.

—¿A qué viene esa pregunta? Por supuesto que le echo de menos. Todos los que le conocieron lo hacen. Fue una auténtica tragedia que tuviera que marcharse tan pronto.

—Supongo que debe de ser duro quedarse viuda a una edad como la que tenía usted en aquel momento. Aunque siempre le quedará el consuelo de que Ailish se parezca a su padre como una gota de agua a otra. Por lo menos es la sensación que me ha causado su retrato. —Hizo un gesto con la barbilla en dirección al guardapelo—. Se le debe de haber abierto mientras me ayudaba con el baúl. Espero que no se haya ensuciado la miniatura.

Los dedos de Rhiannon se curvaron instintivamente alrededor del guardapelo. No le dirigió ni una sola mirada; se conformó con cerrar la tapa con un «clic» apenas audible.

Tras unos segundos en los que los dos guardaron silencio reconoció a media voz:

—A veces... cuando me despierto en mi cama... me sigue pareciendo imposible que esto me esté sucediendo a mí. No acierto a comprender qué clase de dios cruel podría complacerse en arrojar los dados como lo ha hecho. En arrebatarme a mi único amor, mi compañero, cuando apenas había comenzado a conocerle. Sé que nunca seré capaz de recuperarme del todo de esta pérdida, por mucho que me esfuerce...

—Lo comprendo —le aseguró Alexander sin apartar los ojos de su rostro—. Cuando un matrimonio se construye sobre los cimientos del amor, la muerte de la persona con la que decidimos unirnos nos duele tanto como si sepultaran en la tierra una parte nuestra.

—Sí..., a eso me refería. Aunque existen muchos tipos de matrimonio. Tantos como tipos de amor —coincidió Rhiannon, y después añadió—: ¿Usted está casado, profesor?

—Lo estuve una vez, hace algunos años. No es una historia agradable de recordar.

Se había puesto de nuevo en pie, regresando junto a la máquina para que ella no le pudiera mirar a la cara. Sus pasos resultaban tan inseguros como los de un sonámbulo.

—Siento haber sido tan... indiscreta —repuso Rhiannon después del primer momento de extrañeza—. No trataba de inmiscuirme en sus asuntos privados. Nunca imaginé que...

—¿Que pudiera haber existido en mi vida algo aparte de mis investigaciones? —Esta vez Alexander casi sonrió, aunque la suya era la sonrisa más triste del mundo—. Existió en su momento, aunque me temo que se trata de una vida que ha quedado muy atrás. Si algo he aprendido en estos años es que nada de lo que hagamos podrá cambiar el pasado.

—Por mucho que lo deseemos —añadió Rhiannon en voz baja. Después de dudar un instante se aproximó a Alexander para apoyar una mano en su hombro—. ¿Qué pasó?

Los dedos del profesor se detuvieron poco a poco. Dejaron de acariciar la superficie del espintariscopio para caer a ambos lados de su cuerpo como si no le quedara energía.

—Me temo que es... demasiado complicado. Demasiado largo de contar. Creo que será mejor que lo dejemos para otra ocasión. Ya me he acostumbrado a cargar con esto.

—Como quiera —contestó Rhiannon. No obstante, su mano se demoró unos instantes más sobre el hombro de Alexander. Su sempiterna máscara de frialdad no conseguía ocultar lo mucho que le había conmovido aquella revelación—. Creo que en el fondo..., muy en el fondo..., tengo más cosas en común con usted de las que esperaba encontrar en un perfecto desconocido —siguió diciendo en un susurro—. El dolor de una pérdida es universal, ¿no le parece? No hay bálsamos que puedan paliarlo con la única excepción del paso del tiempo. Pero cuando eso tampoco sirve, cuando a uno no le queda nada que le recuerde que realmente existió un tiempo en que fue feliz...

—Usted aún tiene una hija, Rhiannon. Su preciosa Ailish sigue con vida.

Ella se quedó callada en el acto. Al profesor le temblaba un poco la voz al añadir:

—Mi Roxanne desapareció para siempre. Como también lo hizo su madre, como lo hicieron todas las cosas que algún día dieron sentido a mi existencia. —Y tragó saliva mientras se pasaba una mano por la frente—. Y ahora, si no le importa... ¿podríamos...?

Rhiannon acabó apartando los dedos de su hombro. Asintió con la cabeza, y en la siguiente media hora no volvió a preguntarle nada. Dejó que fuera él quien llevara las riendas de la conversación, desempaquetando los demás artefactos y explicándole detalladamente su funcionamiento con la misma desesperación con la que un animal herido se escondería en lo más profundo de una madriguera para asegurarse de que nadie le veía sufrir.

Durante los días siguientes Rhiannon estuvo ayudando a Alexander a recorrer la fortaleza con sus espintariscopios. Las máquinas pesaban tanto que acabaron usando una mesita auxiliar con ruedas para moverse con más comodidad, aunque siguieron teniendo algunos problemas a la hora de subirlas de un piso a otro por las empinadas escaleras de caracol. No obstante, aquellos esfuerzos obtuvieron su recompensa: antes incluso de lo que esperaban consiguieron detectar un rastro inconfundible. Los dos se llevaron una sorpresa al comprobar que los rincones por los que según los artilugios del profesor solía transitar más a menudo la *banshee* no estaban en los jardines sino dentro del propio castillo. Aquello les resultaba incomprensible, principalmente porque nadie, en los siglos que habían transcurrido desde sus primeras apariciones, la había visto pasear por el interior de Maor Cladaich. En las historias que Oliver había recopilado con ayuda de Ailish en la biblioteca se hacía especial hincapié en que las *banshees* siempre eran muy respetuosas con las familias a las que servían. Nadie había oído nunca que se les ocurriera traspasar los umbrales de las casas de los vivos; aquellos eran terrenos que no les pertenecían. Sin embargo, las reacciones registradas por las máquinas no dejaban lugar a dudas: había mucha actividad sobrenatural en los pisos superiores de la fortaleza.

Pero lo más extraordinario aún estaba por llegar, y cuando lo hizo casi consiguió que se olvidaran de todos sus experimentos. La nota que Alexander le había enviado a August fue incluida tanto en el número de *Dreaming Spires* que habían dejado preparado antes de marcharse de Oxford como en los demás periódicos con los que contactaron. Y no había pasado ni una semana desde entonces cuando comenzaron a recibir las cartas.

—Tiene correo, señora —anunció Jemima una mañana cuando su patrona salía del salón azul en compañía de Alexander para probar suerte con otro de los espintariscopios.

Rhiannon pensó que se trataría de otra misiva del señor Moran, el abogado de los O'Laoire, que desde que se había enterado de lo que estaban haciendo aquellos ingleses en Maor Cladaich no hacía más que reclamar novedades a su cliente. Pero se quedó de piedra al comprobar que el matasellos era de Inglaterra. Concretamente de Cambridge.

—Profesor, por favor, venga a ver esto —le pidió a Alexander en un hilo de voz.

Él dejó de empujar la mesita, un poco alarmado por su reacción. Cuando se fijó en la dirección que Rhiannon le estaba señalando se quedó tan sorprendido como ella.

—Increíble. Ha funcionado. Lo que queríamos que sucediera... ¡está sucediendo!

—¿Hay alguna carta para mí? —dijo Lionel acercándose por el corredor. Empezaba a fastidiarle bastante que Veronica siguiera sin contestar a ninguna de las cartas que le enviaba. Al reparar en la presencia de Jemima apretó un poco el paso para que no le interceptara—. ¿A qué vienen esas caras tan blancas? ¿Ha ocurrido

algo malo?

—La propaganda está surtiendo efecto —le respondió Alexander con una sonrisa de satisfacción—. ¡Hemos logrado atraer la atención de posibles compradores!

Antes de que a Lionel le diera tiempo a reaccionar, Rhiannon volvió a todo correr al salón azul con la carta apretada contra el pecho. Tardó casi diez minutos en regresar, y cuando lo hizo el rojo había sustituido al blanco en sus mejillas.

—Tenía razón, profesor. Nos ha escrito un... un importante caballero de Cambridge que leyó en la *Pall Mall Gazette* que el castillo está en venta... Quiere saber cuánto pedimos por la propiedad... —Y tragó saliva, con las piernas temblándole de una manera tan visible que Alexander se apresuró a conducirla a una silla—. Está dispuesto a comprarla. ¡Quiere comprarla a pesar de lo que sabe sobre ella..., sobre nuestra *banshee*!

—Quiere comprarla precisamente por la *banshee*, mi querida Rhiannon —le aseguró Alexander sin perder su sonrisa—. ¡Enhorabuena!

—No se le ocurra contestarle todavía —le advirtió Lionel. Los otros dos le miraron.

—¿Qué está diciendo? —se extrañó Rhiannon—. ¿Por qué cree que no debo hacerlo?

—Porque sería muy precipitado. Esto no es más que el prólogo de lo que aún está por venir. Espere unos días más para ponerse en contacto con este caballero. Es probable que a partir de ahora reciba ofertas más tentadoras, y además... —Recogió el sobre de su temblorosa mano—. Es de Cambridge. Y en Oxford detestamos por principio a Cambridge.

Rhiannon no podía creer nada de lo que oía, pero en los días siguientes comprobó que Lionel estaba en lo cierto. El martes llegó a Maor Cladaich otra carta, de nuevo procedente de Inglaterra, en esta ocasión de Brighton, y el miércoles una de Edimburgo y otra de Bath. El jueves su sorpresa no hizo más que crecer al comprobar que a la misma Irlanda también había llegado la noticia sin que la leyenda de la *banshee* hubiera socavado el ánimo de las dos personas de Belfast y de Galway que habían decidido escribirles. Pero la mayor sorpresa llegó el viernes.

—Boston, Massachusetts, Estados Unidos de América —proclamó Lionel mientras entraba en el comedor en el que Alexander, Oliver, Ailish y Rhiannon acababan de reunirse para desayunar como cada mañana—. No tengo la menor idea de cómo han podido ponerse en contacto tan pronto con nosotros, teniendo en cuenta que estamos a un océano de distancia —continuó—. Pero la cuestión es que, definitivamente, hemos hecho historia.

Dejó caer la carta sobre el plato vacío de Rhiannon. Ella se quedó mirando muy quieta la proliferación de matasellos que tatuaban el sobre. Su hija, que se disponía a untar mermelada sobre una tostada, tampoco parecía capaz de reaccionar.

—Hay otras cuatro cartas —añadió Lionel, levantando la mano con la que las sostenía abiertas en abanico—. Dos de Londres, una de Dublín y una más de, no os lo

perdáis, ¡París! ¡Alguien ha leído nuestra nota en París!

—¿Alguien está pendiente del próximo artículo de *Dreaming Spires* en París? —dijo Oliver en un hilo de voz, dirigiendo a Alexander una mirada de absoluta estupefacción.

—Eso parece —sonrió el profesor.

Durante la siguiente media hora todos se dedicaron a hablar a la vez, provocando tanto alboroto que hasta Maud abandonó la cocina para asomar la cabeza en el comedor.

—Esto es lo más incomprensible que me ha pasado nunca —dijo Rhiannon mientras cuadraba los sobres entre las manos, observándolos de nuevo uno a uno—. Dios sabe que no tenía muchas esperanzas puestas en este plan suyo, pero no me queda más remedio que entonar el *mea culpa*. O la gente de hoy en día está ávida de emociones...

—... o es morbosa —concluyó Lionel, que se había sentado a su derecha—. Eso es tan cierto como que el día es día y la noche es noche. ¡Una enorme suerte para nosotros!

Rhiannon cabeceó, todavía aturdida. Se llevó la taza de té a los labios, pero a esas alturas se le había quedado tan frío que no pudo evitar hacer una mueca de disgusto.

—Creo que por fin ha llegado el momento de que les conteste —comentó Alexander.

—Sí, yo también lo estaba pensando. Ha sido una suerte que decidiésemos esperar unos días más, pero tampoco podemos desairar al futuro propietario de Maor Cladaich haciéndonos de rogar por más tiempo. —Rhiannon se humedeció otra vez los labios con el té, clavando los ojos en la bandeja de *white pudding* situada en el centro de la mesa, al lado de las tostadas—. A este paso no ganaremos para sellos —siguió susurrando.

—¿Bromea? —Lionel estalló en una risotada—. ¡Pero si se harán de oro en unos días!

—¿Ya ha decidido dónde piensa instalarse con su hija cuando se marchen de Maor Cladaich? —preguntó el profesor—. ¿Planean seguir viviendo en Irlanda como hasta ahora?

Rhiannon le observó un instante por encima de su taza antes de dejarla en la mesa.

—Todavía no lo sé. Siempre había acariciado la idea de regresar a Dublín, la ciudad en la que nací, pero ahora no estoy tan segura. Algo me dice que si nos quedamos en la isla no conseguiremos quitarnos de encima la huella que la *banshee* ha impreso a todas las generaciones de los O’Laoire. Todo el mundo nos señalará con el dedo, da lo mismo que nos instalemos en Kilcurling que en la capital. —Cruzó los dedos bajo la barbilla y añadió en voz baja—: Puede que en el fondo Inglaterra no sea la peor de las opciones.

Oliver deslizó con disimulo un pie por debajo de la mesa para rozar el zapato de

Ailish, tan diminuto que podría caber en su mano. La joven se había quedado quieta al escuchar a su madre, y la mirada que le lanzó a Oliver mientras dejaba los cubiertos a ambos lados del plato contenía tanta emoción que no pudo evitar sonreír.

—Creo que en Oxford se sentirían muy a gusto —comentó Alexander después de un momento de silencio—. No estarían tan agobiadas como en Londres, desde luego, donde el ritmo les resultaría desenfrenado después de vivir durante años en un lugar tan retirado como Kilcurling. Y no hará falta que les diga que contarían con nuestra ayuda.

—Ya habrá tiempo para pensar en eso —dijo Lionel, sirviéndose un vaso de zumo de naranja—. La prioridad ahora mismo es deshacerse de Maor Cladaich por la mayor suma de dinero posible. Y se me ha ocurrido un modo muy cómodo de hacerlo.

—Miedo me da —murmuró Rhiannon—. ¿En qué consiste su estrategia?

Ailish se disculpó mientras echaba hacia atrás su silla. Se dirigió silenciosamente hacia la puerta del comedor, pero cuando estaba a punto de salir se volvió hacia Oliver para mirarle de nuevo. Él asintió con la cabeza, sin que los demás se dieran cuenta, y la muchacha sonrió aún más mientras desaparecía con un revoloteo de su sedosa melena.

—Escoja a los tres candidatos que le parezcan más adinerados —explicó Lionel—. Y escríbalos para invitarles a visitar Maor Cladaich. A los tres a la vez, el mismo día. Si se conocen en el castillo, y sobre todo si saben que tienen un objetivo común, se espolearán los unos a los otros con tal de no perder. Cada vez ofrecerán más dinero para quedarse con la propiedad. Cuando el amor propio está en juego, se cometen muchas locuras, Rhiannon. Como pagar el doble, o el triple, por algo que todos quieren.

Rhiannon enarcó las cejas. Alexander meditó unos segundos antes de comentar:

—Por segunda vez, Lionel, y sin que esto sirva de precedente, creo que apuntas en la dirección correcta. Lo que propones podría ser un gran acicate para los compradores.

—No hace falta que me deis las gracias. Me conformaré con una pequeña comisión a cambio de mi asesoramiento. Puede que me acabe resultando rentable dedicarme a esto...

—Estoy confundida, la verdad —reconoció Rhiannon. Rodeó la taza de té con los dedos—. Lo que dice tiene bastante sentido, señor Lennox, pero no me gustaría que los candidatos a compradores de Maor Cladaich lo consideraran juego sucio por mi parte.

—No tienen por qué. ¿Nunca ha asistido a ninguna subasta? ¿Por qué cree que todo el mundo se desespera por conseguir la pieza más exclusiva puesta a la venta?

—Puede que surta efecto —le dijo Alexander a Rhiannon—. ¿Por qué no probamos?

Ella murmuró un «no estoy segura» que no impidió que Lionel siguiera diciendo:

—Habría que ponerse manos a la obra nada más enviarles las cartas. Si queremos que compren el castillo tendremos que procurar que les guste cuando lo conozcan. Deberíamos contratar a más criados aparte de Jemima y de Maud para que todo presente un aspecto inmejorable. Y agasajarles como se merecen cuando estén aquí...

—Acabo de recordar que he dejado algo a medias en mi cuarto —se disculpó Oliver.

Nadie le prestó demasiada atención, de manera que pudo desaparecer sin levantar sospechas. Dejó a Rhiannon escuchando estoicamente los planes de Lionel, que parecía deseoso de convertirse en el sucesor de Moran, el abogado de las O’Laoire, y abandonó sigilosamente el comedor. Subió dos tramos alfombrados de escalera, giró a la derecha y se encaminó por el corredor en el que se encontraban las habitaciones de Ailish y de su madre. La había acompañado bastantes veces en los últimos días después de cenar, así que recordaba perfectamente cuál era la puerta delante de la cual tenía que detenerse.

Dio dos golpes con los nudillos, asegurándose de que no hubiera Jemimas a la vista.

—Ailish, soy yo. —Y al no oír nada al otro lado volvió a susurrar—: ¿Puedo entrar ya?

Nadie contestó, pero la puerta se movió bajo la presión de sus dedos. Ailish no la había cerrado del todo; la hoja se apartó unos centímetros permitiéndole contemplar el interior de un dormitorio que hasta entonces solo había visto de refilón cuando se despedía de la muchacha por las noches. Algo inseguro, Oliver dio un par de pasos dentro del cuarto, entornando un poco la puerta para no llamar la atención.

Se trataba de una habitación algo mayor que la suya, con rugosos muros de piedra cubiertos por acuarelas de paisajes. El caballete de Ailish permanecía arrinconado en una esquina, junto a una ventana con cortinas azules que se mecían en la brisa; las de la cama también eran azules, al igual que la colcha cubierta de libros y el tapizado del asiento situado debajo de la repisa de la ventana donde le había dicho que solía sentarse a leer por las noches.

Sobre ese asiento Oliver vio un manoseado ejemplar de *La dama de blanco* que Ailish debía de haber cogido de la biblioteca después de que le hablara la tarde anterior de lo mucho que le gustaba. También estaba allí el cartapacio de cuero que le había prestado para que añadiera algunas cosas más sobre las *banshees*. Cuando se acercó para recogerlo vio que debajo había un cuaderno abierto. Era el mismo que Ailish sostenía en su regazo cuando se habían reunido con su madre y con ella en el gallinero; tenía tapas de seda y las páginas estaban completamente cubiertas por la caligrafía de la joven, muy pequeña y redonda. Oliver sonrió al darse cuenta de que tenía la costumbre de anotar compases sueltos en las esquinas, pequeñas ideas musicales que probablemente acudían a su cabeza mientras se dejaba mecer por sus ensoñaciones.

Por un momento pensó que se trataría de un diario y estuvo a punto de apartarlo

para no caer en la tentación de leerlo. Pero cuando le echó un vistazo como al descuido, comprendió que ninguna de las cosas escritas en las últimas entradas podía haberle ocurrido a la Ailish que conocía tan bien.

*Domingo, 9 de febrero de 1903*

*Máiréad, ojalá pudieras estar de nuevo a mi lado. Máiréad, cuando miro tu retrato sigo sin entender por qué tuvo que suceder. Tu retrato está debajo del mostrador, y lo miro siempre que puedo, lo miro cada vez que seco los vasos y sirvo las cervezas y miro a Fiona y me fijo en cuánto se parece a ti. Máiréad, nuestra casa está llena de tu ausencia.*

*Lunes, 17 de febrero de 1903*

*No dejo de acordarme de lo que Patrick me dijo la última vez que nos vimos. Piensa en Lismore, eso me dijo. Piensa en Lismore y en nosotros en Lismore y en padre y en madre y en todo lo que hacíamos cuando el mundo era mejor. Patrick, sé que querías que este mundo fuera mejor, pero lo único que conseguiste fue destrozar el de padre, el de madre y el mío. Y en el Lismore de mis recuerdos hace más frío que nunca, y cada noche nos sigo viendo a los cuatro, pero ya no hay sonrisas ni ilusiones ni ningún mundo que prometa ser mejor. Me da la sensación de que te llevaste el mundo contigo, Patrick. El de todos.*

*Viernes, 7 de marzo de 1903*

*Más lluvia, mucha más lluvia. El tren atraviesa los campos como si tratara de diluir el agua con el humo. Oxford cada vez más cerca, y Londres a mis espaldas, con esa niebla que parece surgir del corazón de sus habitantes. ¿Estarán bien seguras las máquinas en el vagón de al lado? Debería levantarme para comprobarlo. Pero dentro de poco llegaremos a Reading, y Robert se va a bajar en Reading. Tengo que preguntarle por su mujer y por su hija, aunque me duela oír lo feliz que es con ellas. Se ha ganado esa felicidad; yo no tengo derecho a envidiar la vida de Robert. Beatrix. Mi Beatrix. Si por lo menos pudiera verte. Mi pequeña Roxanne, si pudiera hablar contigo...*

Oliver se quedó completamente quieto, y el cuaderno tembló tanto entre sus manos que tuvo que sentarse debajo de la ventana para que no se le cayera al suelo. ¿Cómo podía conocer Ailish la existencia de... Beatrix y Roxanne?

Continuó leyendo la siguiente entrada, sintiéndose cada vez más confundido.

*Sábado, 8 de marzo de 1903*

*Calor, calor, calor, calor, ¡¡CALOR!! ¡No entiendo cómo puede hacer tanto calor! Davis me ha dicho que puedo hacerme cargo de la supervisión de las siguientes cajas, donde acaban de guardar los anillos de cerámica. Pobre Davis, pobre y tonto Davis. Si supiera lo que está sucediendo en su excavación. En el fondo es una suerte que lo mantengamos en la ignorancia. Cuando Davis se entere de lo de las cajas será demasiado tarde para que haga nada. Cuando Davis sepa lo del espejo me encontraré lejos de aquí. ¡Pobre Davis, si fueras más espabilado no te fiarías ni de tu sombra a partir de ahora!*

Oliver tragó saliva. Aquello no tenía explicación. No le entraba en la cabeza que Lionel, conociendo el idealismo de Ailish, le hubiera contado al pie de la letra en qué consistían sus tejemanejes arqueológicos en el Valle de las Reinas. Pero lo que acababa de leer no se diferenciaba demasiado de lo que seguramente redactaría el propio Lionel si escribiera un diario, algo que siempre había considerado propio de

colegialas, autoras de novelas sentimentales e institutrices con una desesperada tendencia a enamorarse de sus patronos, cuanto más huraños mejor. Desconcertado, continuó leyendo...

Lunes, 10 de marzo de 1903

*Labor omnia vincit improbus. Desde mi ventana puedo ver pasar a casi todos los estudiantes en algún momento del día. Hay demasiadas letras de la F a la M. Estoy aburrido, aburrido, aburrido. Cualquiera día tiraré los diccionarios por la ventana. Litterae non dant panem. ¿Y qué voy a hacer entonces? ¿Qué puedo esperar si no? Ah, cuánto envidia a los que pueden vivir de sus sueños. Si cada sueño valiese su peso en oro sería uno de los estudiantes más ricos del college. Está a punto de atardecer y pronto el sol me cegará. Y esa dulce ciudad, con sus agujas de ensueño, no necesita el mes de junio para acrecentar su belleza. Me siento clavado en esas agujas. Siento como si mi vida se me escapara cada día, como si resbalara por esos pináculos. Como si fuera a convertirme en una gárgola que nunca abandonará este lugar.*

Un pequeño jadeo escapó de su boca. El cuaderno cayó sobre sus rodillas, y de allí resbaló hasta la alfombra. Se quedó mirando una acuarela que Ailish había escondido entre las páginas, un pliego en el que había dibujado el interior de un edificio. Un patio rodeado por altas paredes de color arena, con un gran parche de hierba ovalado en el centro y un centenar de pequeñas motas oscuras a su alrededor, en las que no le costó reconocer a un montón de personas contempladas desde lo alto. Una capa de sudor cubrió su frente al comprender que era el patio del Balliol College que se distinguía desde su ventana. Lo que Ailish había pintado era lo que él observaba durante horas cuando estaba sentado ante su escritorio. Hasta las hojas que rodeaban la composición recordaban a la hiedra adherida a la repisa de piedra.

Un ruido de pasos acercándose por el corredor le hizo agacharse lo más rápidamente que pudo para recoger el cuaderno y la acuarela. Oliver lo devolvió todo al asiento de la ventana, sintiendo que las piernas le temblaban como si fueran de mimbre, y trató de aparentar naturalidad mientras se levantaba para acercarse a la puerta. Cuando la hoja volvió a apartarse, la cabeza de Ailish asomó en la habitación. Pareció algo sorprendida al encontrar a Oliver en su dormitorio, pero enseguida sonrió como solo ella sabía hacerlo.

—¿Ese asentimiento significaba que nos encontraríamos aquí? Lo encuentro poco caballeroso por tu parte —le dijo en broma. Su sonrisa flaqueó al darse cuenta de que estaba un poco pálido—. ¿Ha ocurrido algo, Oliver? ¿A qué viene esa expresión?

—No es nada —le aseguró él con la mayor desenvoltura que pudo aparentar. Las piernas todavía le temblaban—. Esta mañana me he despertado algo mareado, la verdad.

Ailish ladeó un poco la cabeza sin dejar de mirarle. Sus ojos parecían estar viendo algo a través de Oliver, que sintió un escalofrío al recordar lo que había dicho Jemima en el cementerio: «¡Sabe demasiadas cosas sobre nosotros! ¡Cosas que no tendría por qué conocer!» ¿Sería posible que el fondo estuviera en lo cierto?

—Oliver, me das miedo. Me miras como si en cualquier momento fuera a

arrojarme sobre ti para abrirte la yugular a mordiscos —insistió Ailish, extrañada.

—No tiene importancia. —Oliver trató de sonreír—. ¿De qué querías que habláramos?

La muchacha traía un libro en la mano, y lo levantó para que pudiera leer el título escrito con grandes letras plateadas en su cubierta: *Damas de la vida y de la muerte*.

—Ayer encontré esto en la biblioteca, aunque no he tenido ocasión de comentártelo hasta ahora. Es otro recopilatorio de relatos folclóricos irlandeses. No parece demasiado original, pero cuenta algunas cosas interesantes sobre las diferencias físicas existentes entre las cinco *banshees* que pertenecen a los clanes de los O'Grady, los O'Neill, los O'Brien, los O'Connor y los Kavanagh. He pensado que si anotamos cuáles son sus rasgos comunes podríamos hacernos una composición de lugar de la nuestra...

Ailish se embarcó en una descripción de cabellos revoloteantes, capas del color de la hierba y prendedores con decoración celta, pero Oliver no podía atender a nada de lo que le decía. No era capaz de quitarse de encima la sensación de que había descubierto algo que trastocaba sus ideas sobre la mujer a la que había entregado su corazón.

# **IV**

## **Tres de espadas**

Tras unos cuantos días de correspondencia cruzada, Rhiannon, asesorada por Alexander y Lionel, acabó accediendo a invitar a Maor Cladaich a las tres personas que habían hecho desde Dublín, Boston y París las ofertas más tentadoras. La fecha elegida para el encuentro era el 5 de abril, lo que quería decir que tenían menos de dos semanas para conseguir que el castillo se convirtiera en un hogar acogedor. Sirviéndose de los contactos que el abogado de los O’Laoire tenía en los demás pueblos de la costa, contrataron a tres muchachas de Ballybrack y cuatro muchachos de Glenageary para que formaran temporalmente parte del servicio. Una vez pasaron revista a la nueva plantilla, se pusieron manos a la obra: barrieron suelos, cepillaron cortinas, limpiaron cristales, sacaron brillo a la cubertería y la cristalería, lavaron los tapices y las alfombras hasta que lograron devolverles parte de su color original, compraron en el mercado de Kilcurling comida con la que se podría abastecer a un regimiento entero... Al final el propio Ros Wyvern fue reclutado de nuevo por Rhiannon para que echara una mano en los jardines, y aunque nadie estaba muy seguro de lo que había hecho en realidad, lo cierto es que después de su última jornada de trabajo los terrenos que antes se encontraban tan descuidados parecían sacados de las ilustraciones de un cuento de hadas.

Aquellas semanas de ajeteo pasaron como una exhalación, y cuando quisieron darse cuenta había llegado el gran día. Rhiannon no había podido pegar ojo en toda la noche por culpa de los nervios, pero su instinto de supervivencia se acabó imponiendo a su ansiedad y para cuando oyeron el sonido de las ruedas del primer coche en la entrada, había conseguido enarbolar algo parecido a una sonrisa de bienvenida. Salieron todos juntos a recibir a Diarmuid Delancey, que resultó ser tan irlandés como las O’Laoire, un hombre de unos treinta y cinco años, sorprendentemente alto y delgado, con el cabello corto y pelirrojo y los ojos más inexpresivos que habían visto nunca. No tardaron en comprender que su delgadez no tenía por qué ser reflejo de una naturaleza enfermiza; cuando se empeñó en cargar con su equipaje hasta el vestíbulo, dos grandes baúles de madera claveteada, lo hizo como si no pesaran más que dos bolsas llenas de caramelos.

—En realidad no ha pasado ni un mes desde que me trasladé a Dublín —les explicó mientras lo conducían escaleras arriba—. Había visitado la ciudad en más de una ocasión, por supuesto, pero mi residencia se encontraba hasta hace poco en Australia. Tenía unos cuantos criaderos de ovejas diseminados por la isla que recientemente pasaron a manos de mis hermanos pequeños. A partir de ahora me dedicaré desde Dublín a los asuntos financieros de la familia, aunque estoy seguro de que sabrán mantener alto nuestro pabellón. Nuestras merinas se cuentan por derecho propio entre las razas más valoradas del mundo entero.

Les llevó muy poco tiempo adivinar qué había sucedido con los Delancey: la familia había sido tan humilde como la que más a mediados del pasado siglo, pero la

plaga que afectó a la cosecha de patatas les había obligado a labrarse un porvenir en otro lugar. Y a juzgar por las apariencias no les había ido nada mal, no si el último descendiente de la dinastía podía permitirse pujar por un castillo encantado en la tierra de sus ancestros. Después de escuchar su historia a Alexander se le ocurrió que debía de haber alguna otra motivación detrás de su deseo de hacerse con Maor Cladaich, pero la llegada del segundo invitado no le permitió plantearle las preguntas que tenía en mente.

Reginald Harold Archer, procedente del barrio más exclusivo de Boston, apareció en la puerta del castillo protestando por la lluvia que le había acompañado durante todo el trayecto. Después de conocer a Rhiannon siguió protestando por el frío que hacía y continuó haciéndolo mientras le ayudaban a desprenderse de su gabán. Se trataba de un caballero bastante mayor, de unos sesenta años, tan pequeño y compacto como el irlandés era alto y esbelto. Su espeso cabello empezaba a encanecer, y lo llevaba peinado hacia la derecha con una raya que parecía trazada con una regla. Si uno buscara la definición de «magnate» en una enciclopedia, lo más probable sería que se topara con una fotografía suya. Después de los saludos de rigor se embarcó en una pormenorizada descripción, que nadie le había pedido, de la cadena hotelera que había fundado treinta y cinco años atrás y que en aquel momento pasaba por ser la más exclusiva de Estados Unidos.

El señor Archer no se había presentado solo en Maor Cladaich; se había traído consigo a su secretario Frank Rivers, un hombre algo más joven que Delancey con un aire de mártir que no sorprendió mucho a nadie después de soportar el cotorreo de su jefe durante una hora entera. Era bajito y paliducho, con una complexión más propia de un adolescente que del asesor de un importante hombre de negocios. Tenía el pelo muy rubio, rizado en un remolino sobre la frente, y unos ojos de mirada temerosa.

—La tradición familiar de los Archer se remonta a casi dos siglos atrás, aunque me siento honrado de decir que nunca habíamos disfrutado de una pujanza como la que en estos momentos estamos atravesando —declaró Archer después de que Rhiannon hiciera las presentaciones y el norteamericano y el irlandés se estrecharan lentamente la mano, midiéndose con la mirada—. En nuestros establecimientos se ha alojado desde siempre la *crème de la crème* de la alta sociedad norteamericana, por no hablar de las principales testas coronadas y aristócratas europeos. Todo gracias al esfuerzo y al trabajo continuo de los Archer, por supuesto; en nuestra tierra no se regala nada a nadie.

—Me parece haber leído hace poco un artículo en el *Times* acerca de uno de sus hoteles —comentó Alexander, pensativo—. Uno que pronto inaugurarán en... ¿Luisiana?

—Ah, sí, esa es una de las apuestas personales de Rex, mi hijo mayor —contestó el norteamericano con orgullo—. Es un muchacho muy avisado, con un gran talento para los negocios. Me hubiera gustado que lo conocieran, pero últimamente tiene mucho trabajo en la antigua plantación cercana a Nueva Orleans que está

transformando en un hotel de lujo, y apenas puede abandonarla. Si en alguna ocasión se dejan caer por aquella zona no duden en hacerle una visita; les tratarán a cuerpo de rey. Rivers, deles unas tarjetas.

Ninguno se sentía demasiado tentado de «dejarse caer» por Nueva Orleans en un futuro inmediato, pero aceptaron sin protestar las pequeñas cartulinas que les ofrecieron.

—¿Podría darme una a mí también? —le pidió Ailish cándidamente. Al darse cuenta de que Archer parecía extrañado se apresuró a añadir—: Las plantaciones sureñas siempre me han resultado muy románticas. Me encantaría poder alojarme algún día en su hotel.

—Ah, esa es la clase de espíritu emprendedor que me gusta encontrar en la gente joven de hoy en día —proclamó Archer mientras su secretario sacaba una nueva tarjeta y la dejaba en manos de la muchacha—. Créame cuando le digo que merecería la pena hacer un viaje así. Estoy seguro de que sería toda una experiencia para su madre y para usted.

Ailish asintió con entusiasmo, pero Oliver se dio cuenta de que cuando guardó la tarjeta lo hizo como si se tratara de un tesoro. Lo mismo había hecho antes con otra que le pidió a Delancey. ¿Por qué le interesarían tanto los negocios de unos desconocidos?

El tercer invitado se hacía esperar más de lo previsto. Rhiannon decidió ofrecerles mientras tanto un refrigerio en su salita, y Alexander, Oliver y Ailish les acompañaron para tratar de entablar una conversación que pudiera pasar por amena, pero Lionel prefirió no sumarse a la reunión. A sus amigos les sorprendió oír que pensaba pasar el resto de la tarde en su habitación con un manual de heráldica que le había pedido a Ailish, un estudio de la genealogía de las principales familias irlandesas que debía de tener más años que todos los huéspedes del castillo juntos.

Lionel seguía convencido de que en Maor Cladaich tenían que haberse producido sucesos más escalofriantes de lo que Rhiannon estaba dispuesta a reconocer. Bueno, si la dueña del castillo no quería colaborar, a él no le quedaba más remedio que buscarse la vida por su cuenta. Había creído que unas cuantas pesquisas sobre su árbol genealógico acabarían arrojando algo de luz sobre el tema, pero por mucho que se dejó las pestañas en el manual no pudo dar con lo que buscaba. Fue dejando atrás la historia de los grandes clanes del pasado y sus enseñas: el león, el jabalí y el casco de los O'Toole, el león y el barco de los O'Laoghaire, los guanteletes de hierro y la sirena con un peine y un espejo de los O'Byrne... Decenas de dinastías ordenadas de mayor a menor importancia sin dejar ni un pequeño resquicio para la que le interesaba investigar.

Lionel frunció el ceño. Aquello no tenía ni pies de cabeza. Se acarició el mentón con una mano, como solía hacer cuando reflexionaba, y estaba preguntándose qué se le habría pasado por la cabeza al autor del manual cuando Jemima abrió bruscamente la puerta de la habitación. Tenía las mejillas sonrojadas por no haber parado quieta

desde el amanecer.

—Cielo santo, no puedo con mi alma. Menos mal que tenemos a toda esa gente de los pueblos de al lado para ayudarnos. ¡Me volvería loca si me tocara hacerlo todo a mí!

Lionel siguió pasando páginas sin prestarle atención. Efectivamente, los O’Laoire no aparecían en el libro. Aquello no cuadraba con lo que les habían dicho los vecinos de Kilcurling sobre la alcurnia del clan. Tenía entendido que su linaje se remontaba hasta comienzos de la Edad Media, pero si fuera cierto tendrían que contar con un capítulo...

—Siguen instalados en la salita del primer piso y no habrá quien los saque de allí mientras dure la lluvia —siguió protestando Jemima—. He tenido que servirles casi todas las provisiones de pasteles y galletas que la señora había preparado para esta semana. Imposible escamotear ningún dulce mientras sigan en el castillo. Y tendrías que ver los aires que se dan... ¡Se sientan en las butacas como si se hubieran tragado una escoba!

—¿Qué tal se lo está tomando Rhiannon? —preguntó Lionel distraídamente, abriendo el libro por las últimas páginas para comprobar si había un índice alfabético de apellidos.

—Parece que bien. Sigue hecha un manojo de nervios, claro. Me da la sensación de que si no tuviera al lado al profesor Quills acabaría sufriendo un ataque de ansiedad.

—Ya veo que no soy el único que piensa que les habría ido bien juntos a esos dos.

—En cuanto a la señorita O’Laoire, lleva casi una hora tocando el arpa. Y las narices, por lo menos a mí, pero supongo que la señora pensó que sería una buena forma de enseñar nuestras tradiciones a los extranjeros.

—¿Otra vez la misma canción de una mujer que se lamenta sobre el cuerpo muerto de su esposo? —Lionel sacudió la cabeza—. A este paso Oliver se la aprenderá de memoria y cuando volvamos a Oxford no hará más que cantarla mientras se arrastra de un lado a otro con su pobre corazón hecho jirones.

Al escuchar esto Jemima se quedó callada. Observó con el ceño fruncido cómo Lionel recorría con un dedo la lista de apellidos que aparecía en el apéndice.

—¿Qué es eso tan interesante que no puedes dejar de consultar?

—Un libro que me ha prestado la hija de tu patrona con los escudos de armas de los clanes irlandeses. Hace unos días se me ocurrió que podríamos...

—Dios mío, Lionel, vas a acabar pareciéndote a Oliver. —Y arrebatándole el libro lo dejó caer de cualquier manera sobre la mesa—. ¿Por qué no dejas de investigar por hoy?

El manual golpeó el borde del mueble, permaneció en equilibrio durante unos segundos y al final cayó sobre la alfombra, abriéndose como un pájaro abatido por un disparo.

A Lionel no le dio tiempo a reprocharle nada a Jemima. La muchacha empujó con

la mano el respaldo de su silla para apartarla un poco de la mesa, y después se encaramó con la mayor calma del mundo sobre él, rodeándole el cuello con los brazos.

—Jemima —trató de defenderse Lionel—, me parece que este no es el momento más...

—Cualquier momento es perfecto —susurró ella. Se inclinó para recorrer el cuello de Lionel con los labios, ascendiendo poco a poco para acabar mordisqueando el lóbulo de su oreja. No pudo reprimir un estremecimiento—. Me parece que últimamente te tomas demasiado en serio lo de la investigación. No te vendría mal relajarte un poco, ni a mí tampoco. Se me ocurre una manera, aunque estoy segura de que sabes cuál es...

—Claro que lo sé —logró articular Lionel—. Pero pienso que sería mejor que continuásemos con esto en otro momento. En otras circunstancias.

—¿En Oxford, quieres decir? —preguntó Jemima, y dejó escapar una risita mientras apoyaba la cara en el cuello de Lionel, enterrando los dedos en su espeso cabello—. Me parece encantador que quieras esperar al momento en que entremos por fin en nuestra nueva casa. Pienso estrenar cada una de sus habitaciones contigo. Pero no tenemos por qué reservarnos hasta entonces. No pasará nada por ensayar un poco antes...

Lionel ya no sabía cómo salir de aquel apuro: estaba acostumbrado a ser el depredador, no la presa, así que soltó un suspiro de alivio cuando el sonido de dos aldabonazos contra el portón principal se propagó por todo Maor Cladaich. Jemima se quedó quieta al oírlo.

—¡Oh, no me puedo creer que esté pasando esto! —protestó.

—Creo que deberías ir a abrir la puerta —le aseguró Lionel rezando para que no se notara demasiado el delgado hilo de sudor que le caía por la frente—. A Rhiannon no le hará ninguna gracia que hagas esperar al tercer invitado con la lluvia que está cayendo.

—¿Crees que se trata de él? —se alarmó la chica, apresurándose a abandonar su regazo y alisar las arrugas que habían aparecido en su vestido—. ¡Vamos, acompáñame!

—¿Qué? —protestó Lionel—. ¿Qué pinto yo en esto? ¡Tú eres la doncella del castillo!

—La señorita Ailish es la doncella del castillo, por lo menos en sentido literal —fue su respuesta. Tiró de su mano para que se pusiera en pie—. ¡Vamos a abrir de una vez!

A él no le quedó más remedio que seguirla, no sin antes echar un vistazo con cierta alarma a su pantalón. Cualquiera diría que la aparición de un nuevo invitado le había emocionado en lo más profundo, y también en lo que no era tan profundo. Cuando alcanzaron el vestíbulo se dieron cuenta de que aún no había aparecido ninguno de los nuevos criados. Y entonces los oyeron de nuevo: unos golpes

poderosos, perentorios. No era la manera en que llamaría a una puerta alguien acostumbrado a que le hagan esperar.

Fuera hacía tanto viento que tuvieron que afianzar los pies en el suelo para que la corriente no los derribara cuando apartaron una de las hojas. Al asomarse al exterior se encontraron con algo que no esperaban: un impresionante coche de alquiler estacionado a los pies del castillo con una pareja de caballos tan negros que el alquitrán parecería pálido a su lado. Y delante, tan grande que podría cubrir a tres personas a la vez, había un paraguas con el que una mujer se resguardaba de la lluvia. Iba ataviada con un largo abrigo de terciopelo gris oscuro, con unos apliques de piel negra alrededor de las muñecas y el cuello. Llevaba un elegante sombrero inclinado hacia un lado de manera que las temblorosas plumas de rayas grises y negras apenas permitían distinguir su rostro.

—Puede dejar mis cosas aquí; el servicio de los O’Laoire se encargará de subirlo a mi habitación. Y procure que no se moje demasiado mi sombrerera. —Mientras tanto el cochero se afanaba por descargar media docena de baúles, maletas de cuero y bolsas de viaje bajo la atenta mirada de su propietaria. Cuando lo hubo dejado todo delante de la puerta, la mujer le tendió un billete sin apenas mirarlo—. Tenga —le dijo mientras apartaba a un lado las plumas de su sombrero—. Tómese algo a mi salud durante el resto del año.

Los ojos del cochero hicieron chiribitas, al igual que los de Jemima; seguramente sería la primera vez que veían en persona un billete tan jugoso. En cuanto a Lionel, no podía dejar de observar como un pasmarote a aquella beldad de piel morena que por fin les devolvía la mirada, sonriendo con la naturalidad de una persona acostumbrada a ser admirada y venerada cada día de su vida.

Era una joven de unos veinticinco años, algo más alta de lo habitual pero proporcionada como una escultura griega. Tenía unos ojos grandes y almendrados, tan oscuros como el cabello recogido a la altura de la nuca en un elegante moño. Se aclaró la garganta mientras se apoyaba graciosamente en el paraguas que había clavado en la entrada de Maor Cladaich como si fuese una bandera.

—Encuentro delicioso este comité de recepción, aunque un tanto inexpresivo. — En su acento parecían haberse amalgamado los timbres más variopintos; había un deje francés en la forma de concluir las frases, una sonoridad muy italiana en las vocales, un rasgueo casi árabe en la modulación—. Supongo que no les importará dejarme pasar, ¿no es así?

—En absoluto, señora —farfulló Jemima, muy colorada—. ¿Y quién se supone que...?

—Stirling —se adelantó la joven—. Margaret Elizabeth Stirling. Aunque algo me dice que debería ser su patrona quien me hiciese esa pregunta. Está informada de mi visita.

—Por supuesto que lo está —corroboró Lionel; las pupilas de la recién llegada se apartaron de Jemima para posarse en el joven, que se inclinó para besar la mano de

aquella diosa con modales de princesa bizantina—. Permita que le dé la bienvenida a Maor Cladaich, señora Stirling. Yo soy el señor Lennox, amigo de confianza de la señora O’Laoire...

—Un placer —respondió ella mientras en sus labios pintados de rojo se dibujaba una sonrisa espléndida—. Aunque es señorita. Señorita Stirling.

«Tanto mejor», pensó Lionel. Se apartó a un lado para dejarle pasar, y lo mismo hizo Jemima, recogiendo el paraguas empapado que le alargó la señorita Stirling y su sombrero. Ambos guardaron silencio mientras la observaban adentrarse en el castillo, dando unos cuantos pasos por el vestíbulo con un aire inconfundible de propietaria. El tap, tap, tap de sus botines de tacón alto arrancaba unos ecos inquietantes a las bóvedas.

Al mirarla de frente Lionel se percató de que unos llamativos lunares le cubrían las mejillas, cuatro en la derecha y tres en la izquierda. «Las Pléyades», se dijo a sí mismo sin saber muy bien por qué. Aquellas marcas, lejos de afeár su rostro, parecían acrecentar su rara belleza.

—¡Ah, señorita Stirling! —oyeron decir a Rhiannon. Había aparecido en lo alto de la escalera acompañada por Alexander; Oliver y Ailish venían tras ellos—. ¡Cuánto me alegro de tenerla por fin en casa! ¡Empezaba a temer que su barco hubiera naufragado!

—Mala hierba nunca muere, señora O’Laoire. Aunque debo confesar que tampoco yo las tenía todas conmigo. Cuando nos acercábamos a la costa irlandesa nos sorprendió una tempestad que parecía sacada de una novela gótica de mala calidad. ¿Los demás ya están aquí?

—En efecto, el señor Delancey y el señor Archer, y su secretario, han llegado hace un par de horas. Creo que lo mejor será que nos acompañe para tomar algo caliente antes de la cena. Ah, permítame hacer las presentaciones: el profesor Quills y el señor Saunders...

Los dos inclinaron la cabeza ante la dama, que les respondió de la misma manera.

—El señor Lennox... Me pareció que estaban charlando, ¿verdad? ¿Ya se conocen?

—Hemos tenido un primer encuentro bastante breve, aunque prometedor —coincidió Lionel con una sonrisa que encontró un disimulado eco en el rostro de la joven.

—Y esta —siguió diciendo Rhiannon— es mi hija, la señorita O’Laoire.

—Un placer —saludó Ailish estrechando su mano enguantada.

Los ojos de la recién llegada se demoraron sobre su rostro más de lo que dictaba la buena educación, pero se limitó a responder a su apretón de manos. Rhiannon le hizo un apremiante gesto a Jemima, que se había quedado plantada en la puerta, para que metiera las cosas de la señorita Stirling en el vestíbulo antes de que pudieran mojarse aún más.

—Confío en que se encuentre a gusto en el castillo —prosiguió la anfitriona, a la

que el nerviosismo hacía hablar más rápidamente de lo que era normal en ella—. He mandado preparar para usted uno de los cuartos situados en el segundo piso, la habitación con las vidrieras abiertas sobre el portón principal. En cuanto Jemima haya subido el equipaje...

—Yo la ayudaré —intervino Ailish, bajando la escalera para quitarle el sombrero de las manos—. No nos llevará más que unos minutos; enseguida podrá ponerse ropa seca.

A la señorita Stirling pareció sorprenderle un poco que la heredera de los O'Laoire se tomara tantas molestias. Oliver también le dirigió una mirada suspicaz cuando pasó por su lado con el sombrero apoyado contra el pecho, seguida por una Jemima que a duras penas podía cargar con tantos bultos. No pudo pasar por alto el detalle de que sus mejillas se habían ruborizado.

Rhiannon y la señorita Stirling subieron la escalera tras ellas. Lionel se acercó a sus amigos embriagado aún por la estela de perfume a sándalo que había dejado a su paso.

—Por todos los diablos, no puede ser humana. ¡Decidme que no es mi imaginación!

—No lo es —confirmó Alexander, siguiendo con los ojos a Rhiannon hasta que hubo desaparecido de la vista—. Tengo que admitir que resulta interesante, pero...

—¿Interesante? ¿Crees que eso es lo que los troyanos se limitaron a decir cuando Paris se presentó en la ciudad del brazo de Helena?

—Eres un exagerado —dijo Oliver en voz baja—. Tratándose de ti, lo raro sería que no te hubieras postrado a sus pies solamente por tratarse de una mujer. Helena de Troya...

—Por nuestro propio bien esperemos que las consecuencias de tenerla con nosotros no sean tan devastadoras —apuntó el profesor—. No querría ver Maor Cladaich en llamas.

Lionel sí que se sentía en llamas. Sacudió la cabeza como si quisiera quitarse de encima el hechizo que aquella extraña mujer le había lanzado sin siquiera proponérselo.

—¿Qué sabemos de ella, Alexander? ¿Has leído la carta que le envió a Rhiannon?

—Sí, me la enseñó la tarde en que la recibió. Pero la verdad es que no contaba gran cosa... No revelaba más que su nombre, Margaret Elizabeth Stirling, la ciudad desde la cual nos escribía, París, y lo mucho que le interesaba la propiedad, cosa que es de agradecer teniendo en cuenta que parece disfrutar de una prosperidad económica envidiable.

—Así que esta es la persona que nos lee en París —comentó Oliver. Todavía parecía preocupado por el comportamiento de Ailish—. No me ha parecido demasiado francesa.

—No es francesa. Me parece recordar que viene del este. De Hungría, o Rumanía...

No tenía mucho sentido quedarse de brazos cruzados en la entrada, así que Alexander propuso reunirse con los demás en la salita del primer piso para tratar de brindarle su apoyo a Rhiannon en unos momentos tan cruciales para ella.

Y aunque ninguno lo dijera en voz alta, a todos se les pasó por la mente la idea de que tal vez había sido Margaret Elizabeth Stirling quien había traído la inminente tormenta consigo.

A Lionel le sirvió de alivio darse cuenta, durante la cena con la que las O'Laoire agasajaron aquella noche a sus invitados, de que no era el único incapaz de quitarle los ojos de encima a la señorita Stirling. El señor Delancey, el señor Archer y el señor Rivers apenas probaron bocado por su culpa; era como si su mera proximidad les impidiera reparar en la fragancia de las chuletas de cordero a la menta en las que Maud y sus pinches de cocina habían estado trabajando toda la tarde. La personalidad de aquella mujer actuaba como un imán. No le costaba ningún esfuerzo desplegar un magnetismo que cualquier otra dama tardaría años en controlar si es que tenía la suerte de poseerlo. Su sensualidad hacía que el menor de sus movimientos pareciera un paso de baile, y la coquetería que impregnaba su voz en todo momento, tanto si estaba hablando de lo que le había parecido el pueblo de Kilcurling como de las fragancias más de moda en París, se enroscaba en torno al cerebro masculino, lo moldeaba a su gusto y lo acababa colgando de su cinturón como se decía que había hecho su tocaya Margarita de Navarra con los corazones embalsamados de sus esposos.

Lionel tardó un poco más de lo esperado en salirse con la suya, pero finalmente se las ingenió para sentarse a su lado durante la cena, atraído como una polilla incapaz de reparar en que se está acercando demasiado a la llama. Después del primer plato consiguió arrancarla de la conversación general para llevarla hacia el tema de los viajes. El sabor del triunfo al darse cuenta de que la había impresionado con la emocionante historia de su excavación en Egipto le resultó más delicioso que el del vino que Rhiannon había descorchado para la ocasión. Estaba tan embriagado que ni se fijó en la mirada de rencor reconcentrado que le arrojó Jemima cuando le ofreció su brazo a la dama para abandonar el comedor, ni le preocupó que no se presentara esa noche en su dormitorio. Pasó buena parte de la vigilia tumbado en la cama con los brazos abiertos, dueño y señor de un colchón que por fin le pertenecía solo a él..., aunque no le hubiera importado compartirlo si a la mañana siguiente encontrara a su lado un rostro moreno tachonado de lunares en lugar de una desordenada melena rojiza.

Durante aquella noche no dejó de llover y las amoratadas nubes que cada vez se congregaban más sobre Kilcurling presagiaban un auténtico diluvio, de manera que dedicaron el siguiente día a recorrer con sus invitados el interior del castillo. Rhiannon los condujo desde los sótanos que en el pasado habían servido como mazmorras hasta la capilla que en el siglo XII se había construido en lo más alto, en la sala de vigilancia entre cuyas almenas se apostaban los arqueros durante la invasión normanda. Después de la comida continuaron con su recorrido por los jardines antes de que la tormenta pudiera dar al traste con sus planes.

El secretario del señor Archer caminaba a su lado para tapanle con su paraguas, y

Lionel hizo lo propio con la señorita Stirling, que se agarró a él con una mano mientras con la otra sujetaba el borde de su vestido para no ensuciarlo de barro. Alexander y Oliver cerraban la comitiva; ninguno había hablado demasiado desde el día anterior, lo que Lionel agradeció porque así le costaría menos trabajo llamar la atención de la joven.

Tal como imaginaba, el episodio del Valle de las Reinas había emocionado mucho a la señorita Stirling. Mientras rodeaban la fortaleza, con Rhiannon explicando delante de ellos hasta dónde se extendían los terrenos y la utilidad que se les podría dar, le pidió con su tono de voz más ronroneante que le contara más cosas. Lionel decidió que era un momento inmejorable para relatarle la versión de la *Pall Mall Gazette* de la escaramuza.

—No entiendo cómo pudieron echarse sobre nosotros sin que los oyéramos llegar —le dijo en lo que pretendía ser un susurro confidencial—. No podía creer lo que veían mis ojos cuando salí de la sepultura, se lo aseguro. Era una escena absolutamente dantesca.

—¡Debió de ser espantoso! —exclamó la señorita Stirling con los ojos muy abiertos.

—Sí, no se lo negaré. Pero hay momentos en los que a un hombre no le queda más remedio que pelear con uñas y dientes por su vida. Imagínese: yo no llevaba más que la pistola que los hombres de Davis me habían entregado para cualquier eventualidad...

—Pero una cosa es una eventualidad y otra un ataque contra un poblado entero de saqueadores, señor Lennox —profirió la señorita Stirling. Sus dedos apretaron el brazo de su compañero con un escalofrío de aprensión—. No sé cómo pudo tener tantas agallas.

—Si quiere que le diga la verdad, señorita, nosotros tampoco lo sabemos —intervino Alexander a sus espaldas. Nadie se había dado cuenta de lo cerca que estaba de ellos.

—Sí, cuesta creer que sigan existiendo héroes como Lionel en la actualidad —añadió la lejana voz de Oliver—. Uno a veces se para a pensarlo y no consigue entender por qué un hombre tan notable le honra con su amistad. Cuando me vaya a la tumba me sentiré orgulloso de afirmar que conocí en persona a Lionel Lennox, el defensor de los faraones.

Las comisuras de los labios pintados de rojo de la señorita Stirling se agitaron un momento, pero consiguió reprimir la risa. Lionel les lanzó a sus amigos una mirada feroz y continuó:

—Como le estaba contando, en cuanto puse un pie fuera de la tumba comenzaron a dispararme desde los cuatro puntos cardinales. Una de las balas de los saqueadores casi me atravesó el corazón. Durante los días que siguieron al ataque algunos de los médicos que formaban parte de la campaña arqueológica temieron por mi vida, sobre todo porque pensaban que al haberse alojado la bala al lado de la aurícula derecha no

habría manera de sacármela sin dañar aún más al órgano. Pero supongo que mi voluntad de vivir era demasiado fuerte; nada resulta más revitalizante que la satisfacción del deber cumplido...

—Dios, si tuviera una pistola a mano sería yo quien le pegaría un tiro —le susurró Oliver al profesor—. Y creo que también sentiría la satisfacción del deber cumplido.

Un movimiento entre las ramas de los árboles atrajo su atención. Se detuvo en seco al darse cuenta de que Ailish acababa de salir por la puerta trasera del castillo. La vio lanzar una rápida mirada a su madre, que en aquel momento señalaba la capilla con un dedo mientras le detallaba al señor Delancey algo relacionado con su construcción, y arremangarse su amplio vestido azul para echar a correr entre los tejos. En un abrir y cerrar de ojos había desaparecido en la espesura sin que nadie pudiese reparar en ella.

Oliver frunció el ceño. Aún no había logrado quitarse de la cabeza lo que había descubierto en su cuarto, y aquella escapada no hizo más que acrecentar su inquietud.

—Seguid adelante sin mí —le dijo a Alexander mientras se apartaba del sendero.

—¿Adónde vas? —preguntó el profesor, extrañado—. Aún queda mucho por ver, y te recuerdo que Rhiannon quería que fueras tú quien les contara la leyenda de la *banshee*...

—Lo siento, pero es importante. Tiene que ver con Ailish. Ya hablaremos más tarde.

Echó a correr en la misma dirección en la que había desaparecido ella. No le costó seguirla pese a que la mancha del color del mar que era su vestido se hubiera perdido entre los árboles; había tanto barro que las huellas de sus pequeños zapatos se habían quedado profundamente marcadas entre las raíces. Pero cuando abandonó la espesura y se encontró delante del acantilado se dio cuenta de que se había desvanecido. No había rastro de Ailish, aunque sabía que tenía que estar cerca. No podía haber desaparecido de repente como un fantasma. Durante un rato permaneció sin moverse, reflexionando bajo la lluvia, hasta que una idea acudió a su mente, algo que en un principio le pareció absurdo pero que acabó tomando cuerpo. Despacio, dio unos pasos hacia el acantilado para detenerse casi en el borde.

Las olas rompían con violencia muy por debajo de sus pies, y las largas lenguas de espuma casi le salpicaban la cara. En un principio no pudo distinguir nada fuera de lo normal hasta que, después de unos minutos de contemplación, se fijó en que las rocas contra las que golpeaba el mar habían sido dispuestas por la naturaleza de una manera caprichosa, como si formaran los peldaños de una escalera que descendiera hasta el agua. Aquellos peldaños estaban tan cubiertos de musgo y líquenes que tuvo que recurrir a todo su valor para poner un pie en la primera roca, y después en la segunda, y durante todo el descenso no hizo más que conjurar la sonrisa de Ailish para resistir la tentación de darse la vuelta antes de que una ola traicionera lo arrancara de su pedestal.

Avanzó agarrándose con una mano a la rugosa pared hasta que consiguió poner los pies en una parte más lisa en la que el agua le llegaba por encima de los tobillos. La inmensidad del mar se abría a su derecha, así que Ailish no se podría haber marchado en aquella dirección sin una barca... Estaba preguntándose si sería capaz de haber amarrado alguna al pie del acantilado cuando reparó en que había una gran abertura entre las rocas. Un hueco que no se distinguía desde lo alto, ni tampoco desde el mar. Las historias de piratas que les había contado Alexander regresaron a su memoria. ¿Sería una cueva natural de la que se hubieran servido para esconder su botín?

Y lo que más le preocupaba: ¿se habría cobijado Ailish en ella? ¿Qué podría haberla atraído hasta aquel lugar precisamente en una tarde tan desapacible?

—Se acabaron los secretos —susurró mientras se abría camino hacia la abertura que las rocas casi ocultaban por completo—. Es hora de saber la verdad.

Al agarrarse a la parte superior de los peñascos se hizo un corte en una mano, pero ni siquiera sintió el dolor. Escaló como pudo hasta el hueco y se encontró ante lo que efectivamente parecía ser una cueva, más pequeña de lo que había imaginado, puesto que no consistía más que en una oquedad cuyas paredes también rezumaban agua salada.

Y allí se encontraba la muchacha. Se había puesto en cuclillas junto a las rocas del fondo para encender una pequeña lámpara que Oliver supuso que guardaba dentro de la cueva. El sonido de sus pasos la asustó tanto que estuvo a punto de soltar un grito.

—¡Oliver! —Se puso en pie de un salto—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has...?

Oliver tardó en contestarle; se limitó a quedarse de pie al otro extremo de la cueva en medio de un creciente charco de agua.

—Lo siento mucho —le dijo por fin en voz baja—. Sé que he hecho mal siguiéndote a escondidas, pero no podía quedarme tranquilo hasta saber que estabas a salvo.

—Bueno... Ya ves que lo estoy —murmuró Ailish.

Dio un paso hacia la derecha, aunque no fue lo bastante discreta.

—¿Qué es eso? —preguntó Oliver al comprender que quería ocultar algo.

—¿A qué te refieres? No es más que una lámpara como las que tenemos por todo el castillo. Sé que puede parecer una tontería, pero cuando era pequeña me... me aficioné a venir a escondidas a esta cueva. Es como mi refugio personal. Mi madre no sospecha...

—Ailish, sabes de sobra a qué me refiero. ¿Qué estás tratando de ocultarme?

Acortó un poco la distancia que los separaba, sintiendo cómo sus pies se sumergían en los charcos en que se había convertido el interior de sus zapatos.

—Nada —murmuró Ailish, apoyando una mano enguantada en uno de sus hombros para tratar de detenerlo—. Es tan solo un... un estuche de pinturas...

—Este sitio resulta un tanto extraño para guardar unas pinturas.

Ailish no se atrevió a decir nada más. Se quedó mirando con ojos desencajados cómo Oliver se arrodillaba para levantar la tapa de madera reblandecida por el agua y descubrir lo que guardaba en el estuche. Cuando por fin lo supo se quedó sin palabras.

En un primer momento no le pareció más que una acumulación de cachivaches de lo más variopintos, como los que podría encontrar en un puesto de artículos de segunda mano. Una horquilla para el pelo, un pañuelo con las iniciales A. H. Q. bordadas en una esquina..., una cinta de sombrero con una hebilla, un lapicero que aún estaba afilado...

Aquel lapicero fue lo que más le llamó la atención. Oliver lo sacó del estuche.

—Esto es mío —dijo en voz baja—. Es uno de los que me traje de Oxford para poder tomar notas en la biblioteca. Si lo necesitabas podrías habérmelo pedido.

Ailish no contestó tampoco esta vez. Oliver regresó a su extraña inspección. Se quedó sin palabras al encontrar entre pedazos de papel, fragmentos de cadenas y sellos usados una insignia plateada. La tomó en la palma de la mano, alzándola hacia la luz de la lámpara. La reconoció enseguida: una guirnalda que cobijaba un arpa en su interior.

—Esta insignia pertenece a la Royal Irish Constabulary —dijo Oliver, esforzándose para que su voz sonara calmada—. No es tuya, Ailish; debe de ser del inspector Fitzwalter.

—¡Yo no se la robé! —protestó ella—. Es la que llevaba hace unos años en el casco; se le desprendió después de hacernos una visita a mi madre y a mí. La encontré en el sendero que conduce a la verja del castillo. —Y después de permanecer en silencio un instante añadió en voz baja—: Oliver, no soy una ladrona. Todo esto apareció sin más...

—¿También este pañuelo de Alexander? —le preguntó Oliver con una expresión cada vez más sombría. Lo levantó para que lo viera—. ¿Y la cinta del sombrero de Lionel? ¿Y mi propio lapicero? No entiendo lo que te traes entre manos, Ailish. No te entiendo.

—Nada nuevo, créeme. Puedes estar tranquilo; no eres el primero que me dice eso.

Oliver abrió la boca para responderle, pero cualquier reproche murió en sus labios cuando se dio cuenta de que se le habían humedecido los ojos. Y cuando de repente las piezas del rompecabezas parecieron acercarse unas a otras para comenzar a encajar...

—Lo que dicen en el pueblo que haces... es a través de estos objetos, ¿verdad?

Ailish dejó escapar un gemido. Quiso dirigirse hacia la entrada de la cueva, pero Oliver la agarró con suavidad por un hombro para que se detuviera.

—Por eso estás recogiendo estos... estos recuerdos que la gente de Kilcurling deja olvidados por ahí. Y por eso les pediste a Archer y a Delancey sus tarjetas de

visita...

—Y por eso quise subir el sombrero de la señorita Stirling a su cuarto —susurró ella.

Hizo un gesto con la barbilla hacia las rocas en las que había apoyado el estuche, y Oliver reparó entonces en una pluma de rayas grises y negras que no había visto antes.

—Reconozco que en ese caso sí fue robar —dijo Ailish, un poco ruborizada—. Pero no pude evitarlo. Nunca he conocido a una mujer parecida. Ha estado en tantos sitios... ¡y yo podría haber aprendido tantas cosas gracias a algo tan insignificante como una pluma...!

—De manera que así es como lo haces —susurró Oliver; casi se sentía mareado ante aquel descubrimiento—. Manipulas los objetos para tener acceso a las sensaciones que sus dueños experimentaron en el pasado. Por eso sabías tantas cosas sobre nosotros... Lo siento, no pude evitar leer tu cuaderno —tuvo que admitir ante la mirada de profunda angustia que la muchacha le dirigió—. Te prometo que en ningún momento quise espiarte. Solamente...

—No importa —murmuró ella—. Debí de imaginar que esto acabaría pasando.

Fuera, en el mundo real, la tormenta no había hecho más que empeorar, y la lluvia zarandeaba con fuerza las olas cada vez más desbocadas. La entrada de la cueva casi se había inundado por completo, y unos cuantos dedos de agua avanzaban en su dirección.

Pero Oliver no podía prestarles atención; no podía atender más que a sus palabras.

—Era muy pequeña cuando todo empezó. No debía de tener más de seis años, como mucho siete... Fue unos meses después de que mi padre muriera de una neumonía.

—Por eso siempre llevas puestos unos guantes —adivinó el joven, sujetando la mano de Ailish entre las suyas. Hasta entonces había creído que sus guantes eran simplemente de encaje, pero al mirarlos con atención comprendió que en realidad poseían un forro de satén de color parecido al de la carne—. ¿Es solamente en las manos? ¿O toda tu piel...?

—Toda —murmuró Ailish. Su semblante resultaba aún más sombrío—. No hay ni un palmo de mi cuerpo que no padezca esta afección. Pero como comprenderás no es que la gente suela tocarle a una señorita más partes del cuerpo que las manos, así que con los guantes me las apaño bastante bien. Cuando alguien me toca sin que haya una tela entre nosotros... —Tragó saliva, sacudiendo la cabeza—. Es como si las líneas que recorren la piel de las personas fueran unos surcos parecidos a los de los discos que se colocan en los gramófonos, y yo tuviera una aguja con la que pudiera arrancarles notas musicales que creían olvidadas para siempre.

—Así que casi es como si pudieras leer el pensamiento —murmuró él, cada vez más maravillado—. Cuando tocas a una persona te asomas a una ventana abierta a su pasado.

Ailish asintió con la cabeza. Oliver la vio sonrojarse antes de decir en un susurro:

—Hace unos cuantos días me crucé con Lionel en los jardines y me... me quitó una pestaña que se me había quedado pegada a la cara. —Guardó silencio un momento antes de decir sofocadamente—: Vi mujeres, Oliver. Muchas mujeres... y casi todas desnudas...

Él no pudo evitar reírse. Parecía tan apurada que casi sintió deseos de estrecharla entre sus brazos como a una niña pequeña. Pero aquello la dejó totalmente descolocada.

—No comprendo qué te pasa. Debo de ser la persona más extraña que has conocido... ¿y aún sigues aquí conmigo?

—¿Por qué no debería hacerlo? —preguntó Oliver. El nudo que le había atenazado el estómago comenzaba a desaparecer ahora que sabía la verdad—. Ailish, me parece que has olvidado a qué me dedico. *Dreaming Spires* se especializa en sucesos sobrenaturales en los que casi nadie está dispuesto a creer. ¿Qué clase de periodista sería si me dejara atemorizar por un don como el tuyo solo por no poder comprenderlo?

—Lo llamas don —observó Ailish, aún perpleja— cuando en realidad es una maldición.

—No deberías verlo así. He leído cosas parecidas a lo que me acabas de contar, pero nunca pensé que conocería a alguien con este poder. Creo recordar que los estudiosos se refieren a él como psicoscopia. Seguro que has leído más de una historia en la que una médium es capaz de atraer a un alma en pena sirviéndose de un objeto que le perteneció cuando aún seguía con vida. Se lo he oído contar a August Westwood, un amigo mío que también posee el don de contactar con los muertos. En el fondo no resulta tan raro.

—Perdona, pero a mí me resulta más raro que a ninguna otra persona —protestó la joven—. Te aseguro que si fuera alguien normal no me atrevería a tocar a nadie como yo.

—Deja de ser tan dramática. —Oliver se permitió sonreír un poco—. La dimensión en la que nos encontramos aún sigue siendo un territorio prácticamente virgen. Te aseguro que si le habláramos a una persona de hace cincuenta años de los descubrimientos tan prodigiosos que se han realizado en los últimos tiempos nos tomaría por un par de locos.

Ailish seguía mirándole con expresión angustiada. Saltaba a la vista que se debatía entre la resignación y el desesperado deseo de creer en sus palabras. Oliver aprovechó la pequeña grieta abierta en su armadura para preguntarle por algo que hasta ese momento no se había atrevido a mencionar por miedo a incomodarla.

—Esas historias que circulan por Kilcurling sobre un chico del pueblo y sobre ti...

—Ah, debí imaginármelo —suspiró ella. Se pasó una mano cansadamente por la cara para apartar su cabello empapado, un gesto que le hizo pensar en Rhiannon—.

Te lo ha contado Jemima, ¿verdad? ¿Por qué le gustará tanto airear por ahí mis trapos sucios?

—Lo único que me dijo es que hubo problemas cuando eras pequeña. Que acusaste a un muchacho de haber cometido un crimen por el que acabaron llevándole a prisión.

Ella asintió con la cabeza. En su rostro no había remordimientos. Solo cansancio.

—¿Quieres conocer toda la historia? Es muy fácil de resumir. Se llamaba Michael Ashe y debía de tener unos dieciocho años por entonces. Acostumbraba a embarcarse cada tarde con sus amigos en la parte de la playa situada cerca del cementerio; muchas veces les veía divertirse desde una de las ventanas de los pisos superiores de Maor Cladaich. A día de hoy sigo sin estar segura de lo que ocurrió, pero por lo que he deducido debió de haber una pelea entre su mejor amigo y él. Una pelea que acabó en tragedia. —Permaneció callada unos segundos, como si reviviera de nuevo aquel episodio de su pasado—. Debido a los forcejeos el otro chico cayó al agua y Michael no pudo hacer nada para rescatarle.

—¿No logró subirle de nuevo a la barca? —se asombró Oliver—. ¿O no quiso hacerlo?

—No tengo la menor idea. Ni siquiera entiendo por qué nadie del pueblo presencié aquella pelea. La cuestión es que Michael se asustó muchísimo cuando por fin arrastró el cuerpo de su amigo hasta la orilla y se dio cuenta de que no respiraba. Y para evitar posibles repercusiones prefirió hacerlo desaparecer. Cavó un agujero entre la espesura de la colina, más allá de los límites de la playa, y después se deshizo de la pala. Y adivina quién se la encontró cuando correteaba por los alrededores de la propiedad días después.

»Yo no sospechaba nada de lo que había sucedido; era demasiado pequeña para imaginar algo semejante. Pero cuando me tropecé con Michael en la plaza del mercado y le pregunté por qué seguía jugando con su amigo a enterrarse en la arena, me miró con una expresión... Había mucha gente alrededor, ¡todo Kilcurling, o eso me pareció!, y los padres del chico desaparecido también se encontraban allí. El resto supongo que puedes imaginártelo. El inspector Fitzwalter tuvo que llevarme a la comisaría, aunque fue muy amable conmigo. Me hicieron contar lo que sabía, y cuando siguieron las indicaciones que les había dado encontraron el cadáver exactamente en el lugar del que les hablé. A Michael se lo llevaron a la prisión de Dublín; por lo que tengo entendido lo ahorcaron a las pocas semanas de ser encerrado. Su familia me declaró odio eterno, y por solidaridad muchos parroquianos hicieron lo mismo. A mi madre casi le dio un ataque de nervios cuando se enteró de lo sucedido... Desde entonces me ha obligado a permanecer en Maor Cladaich todo el tiempo. Nada de poner un pie al otro lado de la verja, nada de dejarme ver por Kilcurling. Me convertí en la prisionera de mi propio castillo por culpa de mi inocencia, aunque supongo que era lo más prudente. Nunca he oído hablar de un pueblo al que le haga gracia contar con una bruja en su vecindario.

No pudo evitar estremecerse cuando pronunció la palabra «bruja». Aquella era la verdad que no habían contado a los jóvenes de Kilcurling y que desde entonces no había hecho más que crecer como una bola de nieve, adquiriendo proporciones desmesuradas en la imaginación de Jemima y los de su generación. A Oliver le hubiera gustado poder tranquilizarla, pero sabía que lo que le estaba diciendo no era más que la verdad. Aquel pueblo nunca podría ser como Londres, donde las sesiones espiritistas constituían una especie de pasatiempo. Aquel pueblo nunca dejaría de considerar a Ailish un monstruo.

—Tienes sangre en una mano —le dijo ella de repente, señalando su palma húmeda.

—Eso parece —contestó él—. No tiene importancia; me habré herido al escalar las rocas que ocultan la entrada de la cueva. Cuando volvamos a casa me pondré una venda.

Ailish se agachó para sujetar el borde de su vestido. Enjugó la sangre de Oliver con la tela empapada, sin atreverse a decir nada más, aunque los ojos del joven continuaban clavados en su rostro. Antes de que se apartara la agarró suavemente por las muñecas.

—Espera —le dijo en voz baja—. Deja que te demuestre que no hay nada que temer.

Los labios de Ailish se entreabrieron cuando Oliver tiró del guante derecho para desnudar su mano. Después hizo lo mismo con el izquierdo, dejándolos junto al estuche.

—Oliver, esto es muy... muy penoso para mí. Por favor, no me obligues a hacerlo.

—Lo único que quiero es que comprendas que no eres un monstruo, ni una bruja, ni una criatura del demonio. Eres una persona privilegiada a la que le fue concedido un don que muchas médiums se morirían por poseer. Tócame.

Ella se había quedado completamente paralizada. Oliver se le acercó un poco más.

—Tócame si quieres conocerme de verdad —le susurró—, tal como yo te he conocido por fin a ti. No hay nada de mí que quiera ocultarte. Y ahora nadie nos está observando.

Ailish tragó saliva. Oliver colocó las manos entre ambos, con las palmas vueltas hacia arriba. En su rostro no había ni una pizca de temor. Muy despacio, la muchacha alzó sus propias manos para posarlas sobre las suyas, permitiendo que sus pieles entraran en contacto durante unos segundos de expectación y silencio.

Con los ojos cerrados, Ailish respiró hondo antes de empezar a decir:

—Estoy viendo tu habitación del Balliol College, la misma que visualicé gracias a tu lapicero. El escritorio con tus diccionarios..., el patio al que se abre tu ventana...

—¿Puedes verme a mí también?

—Sí, tan real como si abriera los ojos para mirarte. Pero ahora no estás en

Oxford, sino en otro lugar. Una especie de colegio. Hay muchas mesas puestas en hilera. Niños que juegan en el patio mientras los miras por una ventana antes de volver con tus libros.

Oliver asintió con la cabeza, sin pronunciar palabra.

—Es... ¿es el orfanato de Reading del que me hablaste? —preguntó Ailish casi para sí misma—. Espera un momento, ahora... ahora he conseguido ir más allá —continuó más apresuradamente—. Ahora te estoy viendo nada más abrir los ojos por primera vez, y a tu lado hay una mujer que solloza mientras trata de impedir que te aparten de ella...

Dejó de hablar cuando sintió el calor de su respiración en su boca. Abrió los ojos de par en par. «¿Qué estás...?», acertó a murmurar, pero Oliver sujetó su cabeza con las manos y cuando Ailish quiso darse cuenta la estaba besando como si fuera a devorarla.

De su boca escapó un pequeño grito que se perdió dentro del beso. Podía sentir la temblar contra su cuerpo, sus dedos aferrándose a las solapas de su abrigo para tratar de encontrar un punto de apoyo ante aquel alud de sensaciones. Pero Oliver no era capaz de seguir conteniéndose; el tiempo del sentido común había quedado muy atrás. Sin dejar de apretarla contra su pecho, fue avanzando a ciegas hasta que la espalda de Ailish entró en contacto con la pared de la cueva. Sus manos abandonaron poco a poco su cabeza para descender por sus hombros empapados y temblorosos. Cuando se afianzaron a ambos lados de su cintura se dio cuenta de que ella también se había rendido; su rigidez por fin había dado paso a un titubeo, y el titubeo a la incredulidad, y la incredulidad al éxtasis, y al cabo de unos segundos sus brazos le habían rodeado el cuello. Dejó que la atrajera más hacia sí mientras sus bocas se movían al compás de un placer intenso y nuevo.

Cuando Ailish logró apartarle unos milímetros, casi jadeando por el impacto de lo que acababa de sentir, se dio cuenta de que sus grandes ojos grises parecían contener más agua que el propio mar de Irlanda. Estaba al borde de las lágrimas.

—No tenías por qué... no tenías por qué hacer esto, Oliver... Te agradezco que te esfuerces por hacerme sentir una persona como cualquier otra..., pero nunca...

—Esto no tiene nada que ver con lo que me acabas de contar sobre ti.

—Me cuesta creerte. Eres demasiado caballeroso. Oh, Dios, y yo soy tan patética...

—Lo habría hecho de cualquier modo —le aseguró él. Ailish le miró por encima de los dedos con los que trataba de secar sus lágrimas—. No imaginas hasta qué punto he intentado reprimir este impulso. He querido ahogarlo en mi interior, repitiéndome una y otra vez que nunca sería digno de tu amor, pero sabía que acabaría volviéndome loco si no te besaba de una vez. Me da exactamente igual lo que piensen los demás de nosotros.

—Todos te dirían que estás tan trastornado como yo. Puede que también crean que hay algo oscuro en ti. Y yo no puedo consentir que por mi culpa se te condene

a...

—¿Crees que puede haber mayor condena para mí que no estar a tu lado? Hemos llegado demasiado lejos para retroceder, Ailish. Sabes que esta tormenta no durará para siempre, como tampoco la necesidad de ocultar lo que sucede entre nosotros. Cuando pronuncie tu nombre después de la lluvia tendrá una sonoridad especial..., como si todos estos años hubiera anidado entre mis labios esperando a ser proclamado en voz alta.

Ailish permaneció muy quieta mientras Oliver le hablaba.

—Podrías tener a la mujer que quisieras —le dijo luego en un hilo de voz—. A una que fuera... normal...

—Podría, pero no quiero —contestó Oliver en el mismo tono. Sus manos se posaron de nuevo en la cintura de Ailish para atraerla hacia sí—. Es a ti a quien quiero. Es a ti a quien siempre he querido, desde el primer momento en que te vi. Tan rara como te ves a ti misma, tan desconcertante como te han hecho creer que eres... Tan única y tan mía.

Quiso añadir algo más, pero la muchacha le cogió la cara con ambas manos, con sus manos desnudas por fin, para besarle una y otra vez, riendo y llorando al mismo tiempo como si la lluvia y el sol se mezclaran en su ánimo. Ninguno de los dos se percató de cómo el agua avanzaba cada vez más hacia el interior de la cueva ni de cómo los relámpagos se hundían en las olas, celebrando a su manera que ese amor extraño hubiera ganado su primera partida.

Para cuando acabaron de recorrer los terrenos de la propiedad todos estaban tan empapados que Rhiannon pidió a los criados que colocaran más troncos dentro de la chimenea de la biblioteca. Habían acordado reunirse en aquella habitación con cada uno de los tres aspirantes a propietario de Maor Cladaich para tomar una decisión después de haber escuchado sus ofertas. Alexander y Lionel no pudieron reprimir un suspiro de alivio cuando se dejaron caer en dos de los asientos colocados alrededor de la mesa. La lluvia embestía con tanta fuerza contra el ventanal que tenían a sus espaldas que apenas podía distinguirse nada en los jardines, pero las llamas que ardían alegremente detrás de la rejilla de hierro, y los globos de cristal de dos quinqués colocados encima de la mesa, se esforzaban por mantener a raya a la tormenta creando un cálido ambiente hogareño.

—¿Dónde está el señor Saunders? —preguntó Rhiannon mientras Jemima se dirigía a la salita para acompañar al primero de los invitados a la biblioteca.

—Me parece que se ha quedado en su cuarto —mintió Alexander—. La última vez que hablé con él mencionó algo sobre unas notas que quería pasar a limpio sobre la *banshee*.

Rhiannon asintió distraídamente. Sacó de un pequeño armario lacado que había al lado del globo terráqueo una licorera con vino de Jerez y unos vasitos de cristal. Lionel aprovechó su ensimismamiento para acercar su cabeza a la de Alexander.

—Supongo que en realidad se habrá escondido con Ailish en algún rincón oscuro del castillo para recitarle poemas durante horas mientras nosotros dos nos encargamos de la parte más aburrida del negocio —le susurró—. Me encanta su concepto del apoyo gremial.

—Déjale —le contestó Alexander en el mismo tono—. Dentro de poco tendremos que marcharnos de aquí. Será mejor que aprovechen los momentos que puedan pasar a solas.

A Lionel le parecieron de muy mal agüero sus palabras, pero se limitó a encogerse de hombros mientras el señor Delancey llamaba a la puerta. Rhiannon le invitó a sentarse con ellos, y el irlandés aceptó el ofrecimiento con su habitual semblante impasible. La entrevista fue más breve de lo que habían imaginado; apenas duró unos diez minutos en los que Delancey les contó la opinión que le merecía el castillo —«anticuado, aunque muy prometedor, sobre todo por los terrenos»—, la cantidad que estaría dispuesto a pagar —«ocho mil quinientas libras con el mobiliario incluido»—, y lo que pensaba hacer con la propiedad si Rhiannon la dejaba en sus manos. Aquello fue lo que más les desconcertó.

—No creo que sea una sorpresa para ustedes saber que los asuntos financieros de los que me ocuparé a partir de ahora me obligarán a permanecer casi todo el tiempo en la capital. Maor Cladaich no contaría con la presencia constante de un amo como ha sucedido hasta ahora, señora O’Laoire.

—Lo que decida hacer con el castillo no es asunto nuestro —le respondió Rhiannon con discreción—. Aunque no acabo de entender para qué lo quiere si no piensa vivir aquí.

—Supongo que debe parecerles algo extraño. La razón de ser de esto es mi esposa...

—Vaya, no sabíamos que hubiera una señora Delancey —dijo Lionel con genuino asombro. ¿Qué clase de mujer aceptaría casarse con un hombre tan insulso como aquel?

—Aún no la hay —replicó el irlandés—. No hasta dentro de unos meses, si es que me sonrío la fortuna. Sí, Maor Cladaich tiene un papel importante en mis futuros planes de boda —se creyó en el deber de reconocer ante las miradas confundidas de Rhiannon y de los dos ingleses—. Ella es una O'Brien, descendiente de uno de los principales clanes de la isla, y en consecuencia una de las herederas más ricas de Irlanda. Nos conocimos en uno de los viajes que realicé a la capital en compañía de mi padre hace cinco años. Conectamos de inmediato; desde el primer momento supimos que haríamos lo imposible por estar juntos a pesar de los impedimentos que pudieran surgir. Ya les expliqué que mi familia se enriqueció de manera considerable en las últimas décadas gracias a nuestra ganadería australiana, pero me temo que eso... no es una razón de peso para los padres de mi enamorada. Me han dejado claro en más de una ocasión que aunque no tengan nada personal contra mí, no están dispuestos a entregar su mano a alguien que no sea noble...

—Ya entiendo —comentó Rhiannon tras unos segundos de silencio—. No le interesa el castillo en lo más mínimo, sino la *banshee* de mi familia. Porque sabe que solamente los clanes con muchos siglos de antigüedad pueden jactarse de tener una.

—Es una manera de decirlo —confirmó Delancey—. Aunque debo reconocer que en labios de otra persona suena un tanto interesado. Pero ya ve cómo somos los hombres, señora O'Laoire: unos regalan ramos de rosas a sus prometidas, otros les ponen anillos de oro y piedras preciosas en los dedos... Yo le ofreceré a la mía un espíritu de cientos de años de antigüedad, un heraldo de la Muerte que hará palidecer de envidia a Aibhill, la *banshee* que ha poseído mi futura familia política desde los tiempos del rey Brian Boru.

—Conmover —susurró Lionel para sí—. Lo más romántico que he oído en mi vida.

Desde luego, aquello no se correspondía con lo que habían planeado para Maor Cladaich cuando enviaron la nota divulgativa a los periódicos, pero ocho mil quinientas libras era una cantidad digna de ser tenida en cuenta. Rhiannon debía de pensar lo mismo, porque agradeció al señor Delancey su sinceridad con una sonrisa. Mientras se levantaba para marcharse de la biblioteca con su paso desgarbado de siempre, la dueña del castillo sacudió una campanilla para que Jemima fuera a buscar al señor Archer.

El norteamericano, por supuesto, se presentó acompañado por su fiel Rivers, que

traía consigo un considerable montón de hojas manuscritas. El deseo que expresó de convertir el castillo en un hotel de lujo no les sorprendió tanto como el hecho de que tuviera tan claro lo que estaba dispuesto a ofrecerles. La noche anterior la habían pasado haciendo cuentas en las habitaciones de Archer, lo que se traducía en un renovado entusiasmo por parte del magnate y unas ojeras como capas de mosquetero por parte de su secretario.

—Antes de partir de Boston nos estuvimos informando sobre el precio por el que se han puesto en venta otros castillos irlandeses —les informó Rivers, cuadrando las hojas meticulosamente encima de la mesa—. Consideramos que el valor neto de Maor Cladaich rondaría las siete mil libras, atendiendo únicamente a la construcción sin los terrenos...

—La fábrica valdría mucho más si no hubiera que realizar tantas reformas —precisó Archer arrellanándose en su asiento—. Pero es inconcebible que un hotel no cuente con agua caliente en cada una de sus habitaciones, por no hablar de la instalación eléctrica que habría que disponer en su interior, además de los inevitables instrumentos modernos imprescindibles para nuestros clientes. Nadie se dejaría caer por aquí si supiera que aún no hay un solo teléfono entre estos muros de piedra, ni una conexión telegráfica que le permitiera mantenerse al tanto de lo que sucede a cada momento al otro lado del océano.

—Creía que sus hoteles presumían de ser escogidos como destinos vacacionales por la alta sociedad norteamericana, señor Archer —se atrevió a recordarle Alexander—. Para estar pendientes todo el tiempo de sus negocios les sería más práctico afincarse en el Strand.

El magnate no prestó más atención a sus palabras que a una mosca. Señaló con su grueso índice manchado de nicotina otra de las cantidades que Rivers había subrayado.

—En cuanto a los terrenos propiamente dichos, se extienden sobre ciento cincuenta acres valorados en aproximadamente unas tres mil libras. Casi todo el espacio que se encuentra detrás del castillo se ha echado a perder por haber servido durante demasiado tiempo como huerto privado, pero supongo que se podría construir algo decente allí...

—¿Tres mil libras? —protestó Rhiannon—. ¿Por una finca situada a la orilla del mar con la mejor panorámica de la costa que se puede contemplar desde aquí hasta Dublín?

—Señora mía, las vistas no lo son todo, por muy hermosas que puedan resultarles a las damas —fue la respuesta de Archer, tan condescendiente que Alexander sintió cómo Rhiannon se tensaba a su lado—. Debo advertirles que entiendo bastante de botánica, y la visita que hemos realizado esta tarde a los jardines de Maor Cladaich me ha permitido comprender que no habría manera de trasplantar a estos terrenos muchas de las especies florales más admiradas en Estados Unidos. Ni siquiera el jardinero más habilidoso podría convertirlos en el Edén que tenía en mente al

emprender este viaje. Por no hablar de esas esculturas de piedra que habría que echar abajo lo antes posible. ¿Qué impresión cree que les causarían a mis clientes cuando abrieran por la mañana las cortinas de sus dormitorios? ¿No le parece que se sentirían espiados..., puede que incluso amedrentados?

«Decididamente, sus clientes tendrían que ser tontos de remate —pensó Lionel con los labios apretados para resistir la tentación de decirlo en voz alta—. Solo faltaría ponerle un precio también a la *banshee*.» Pero al parecer Archer y Rivers no habían sido capaces de encontrar ninguna cifra que les sirviera como referencia a ese respecto, por lo que se conformaron con sumar en presencia de Rhiannon cada una de las cantidades que habían enumerado para acabar ofreciendo un total de diez mil libras por Maor Cladaich.

—No hemos valorado, claro está, el mobiliario actual —le dejó claro Archer—. Eso pueden llevárselo con ustedes a su nueva residencia. No habría manera de crear un conjunto armónico con las escayolas con las que pienso recubrir todas estas bóvedas anticuadas.

Cuando los norteamericanos se marcharon de la biblioteca lo hicieron con la sonrisa de satisfacción de quien cree haberse salido con la suya. Alexander se masajeó la frente.

—Bien, ha sido una auténtica inmersión en Wall Street. ¿Qué opináis sobre esto?

—Que nuestro estimado Reginald Archer haría mejor comprando un terreno en el que pudiera levantar de cero su palacio de cuento de hadas —contestó Lionel, sacudiendo la cabeza con perplejidad—. ¿Para qué quiere hacerse con un castillo medieval si lo único que le interesa es convertirlo en una enseña de la modernidad? No tiene ningún sentido.

—Hoy en día la gente conoce el precio de todo, pero no sabe el valor de nada —dijo Rhiannon con expresión resignada—. Y eso lo escribió Oscar Wilde, que era irlandés.

La tarde había avanzado implacable; el pequeño reloj de sobremesa señalaba las siete y cuarto. Sintiéndose más cansada a cada segundo que pasaba, Rhiannon sacudió de nuevo la campanilla para que Jemima acompañara a la biblioteca a la señorita Stirling.

No tardaron en escuchar el conocido tap, tap, tap de sus tacones. Cuando abrió la puerta cualquier pensamiento coherente de Lionel se disolvió como una hoja de papel que hubieran dejado bajo la lluvia. La señorita Stirling se había cambiado de ropa después del incómodo paseo por los jardines que había llenado de barro la que llevaba antes. El vestido que acababa de ponerse, negro como el ala de un cuervo, se adhería a cada una de sus curvas antes de precipitarse por la pendiente de sus caderas para morir entre los pies. Unos aparatosos encajes negros cubrían sus brazos y su pecho, y unos pendientes, una gargantilla y una pulsera de granates de Bohemia completaban el atuendo, a juego con un prendedor *en tremblant* que se agitaba sobre su moño elegantemente deslavazado.

Mientras les saludaba con una sonrisa, tomando asiento al otro lado de la mesa y colocando sobre su regazo una pequeña carpeta de cuero cerrada con un broche, Lionel tuvo que luchar para que su expresión no revelara las ganas que tenía de arrancarle los encajes de un mordisco. Aquello empezaba a ser más de lo que cualquier hombre podría soportar.

—Bien, señorita Stirling, es usted la última —le dijo en un tono de voz que esperaba que sonase profesional—. Esto, por supuesto, tiene una parte buena y una mala. La buena es que podrá conocer la cantidad que los demás candidatos han ofrecido por el castillo e incrementarla si le sigue interesando la propiedad. La mala es que seguramente tenga que pagar por ella más de lo que haría si fuese la única que se hubiera reunido con nosotros...

—Se equivoca, señor Lennox. Yo no pienso pagar ni una libra por Maor Cladaich.

Su respuesta fue tan inesperada que Lionel perdió por completo el hilo de lo que le estaba diciendo. ¿Era una sonrisa divertida lo que había aparecido en sus labios?

—Me da la sensación, corríjanme si me equivoco, de que cuando les llegó mi carta creyeron que me interesaba adquirir el castillo para mi propio uso y disfrute...

—¿Y no es así? —preguntó Lionel cada vez más confundido.

—Por supuesto que no. Yo no soy ninguna aristócrata, señores. Por mis venas no corre sangre noble, y tampoco me he enriquecido como el señor Archer con sus casas de huéspedes o el señor Delancey con sus ovejas. No soy más que la emisaria de alguien que se encuentra situado muy por encima de esos dos caballeros y que cuando se enteró de que Maor Cladaich estaba en venta decidió enviarme a Kilcurling para que acordara los términos de la transacción. Podría decirse que soy... su hombre de confianza.

Fue inevitable; los ojos de Lionel resbalaron de nuevo por las succulentas curvas que se insinuaban bajo los encajes. Sus siete lunares se apretaban entre sí cuando sonreía.

—No creo que «hombre» sea la palabra adecuada —observó.

—¿Así que trabaja como secretaria para alguien importante? —preguntó Alexander.

—Más o menos, aunque mi contrato resulta un tanto... complicado de explicar —le contestó la señorita Stirling, y añadió con una sonrisa aún más risueña—: De hecho, bien mirado, ni siquiera existe como tal. La relación laboral que mantengo con mi patrón no se ajusta precisamente a los estándares habituales. Implica muchas más cosas.

Mientras hablaba abrió el broche de la carpeta que sostenía sobre su regazo y sacó del interior una pequeña fotografía que empujó por encima de la mesa hacia Rhiannon.

—Su nombre es Konstantin Dragomirásky. Procede de una de las ramificaciones bajomedievales de la casa de Luxemburgo, la familia que reinó sobre el Sacro Imperio Romano Germánico además de estar vinculada con Hungría, la tierra de la

que procede mi patrón. No creo que hayan oído hablar de él; por lo que tengo entendido en este rincón de Europa no están demasiado familiarizados con las dinastías del este.

—Me temo que no nos suena de nada —reconoció Alexander.

—Comprensible. Los Dragomirásky sufrieron un importante revés con la batalla de Mohács de mil quinientos veintiséis; cuando el Imperio otomano, bajo el mando del sultán Solimán el Magnífico, derrotó a los ejércitos de Luis Segundo de Hungría, todas sus propiedades pasaron a manos turcas. Nunca fueron capaces de recuperar los territorios que habían poseído, y me atrevo a decir que hace tiempo que renunciaron a ello. Por lo menos a Su Alteza Real el Príncipe Konstantin no le interesa seguir perdiendo el tiempo escarbando en el pasado.

—Así que tuvieron que exiliarse —comentó Alexander. La señorita Stirling asintió con la cabeza—. Pero eso no les habrá impedido amasar una gran fortuna. ¿Me equivoco?

—Por supuesto que no. Una de las mayores de Europa, se lo aseguro. En Hungría se le considera el hombre más rico de la nación, mucho más de lo que podrían serlo los nobles magiares o los emperadores de la casa de Habsburgo. Tal vez un príncipe sin reino, a los ojos del Imperio británico, parezca en cierta manera digno de compasión, pero para nosotros el poder no tiene que ver necesariamente con un trono. El poder procede de la riqueza... y en ese sentido no han nacido muchas personas que puedan hacernos sombra.

A Lionel no le pasó inadvertido aquel empleo de la primera persona del plural por parte de una mujer que no debía de tener ni una gota de sangre húngara corriendo por sus venas. Cuando se inclinó hacia Rhiannon para observar a la vez que ella la fotografía se llevó una considerable sorpresa. El rostro que les devolvía la mirada desde la cartulina era el de un caballero más joven de lo que había imaginado..., un adolescente de cabello largo hasta los hombros, peinado hacia atrás desde una frente despejada y tan rubio que a simple vista podría pasar por canoso. Sus ojos también eran claros, de una tonalidad que en la fotografía daba la impresión de ser transparente. Los pómulos altos, el mentón afilado y los labios finos conformaban el paradigma de la raza eslava, que en aquel raro espécimen alcanzaba unas cotas tan altas de perfección que ni Alexander ni Rhiannon supieron qué decir. Los dos se sobresaltaron cuando Lionel se echó a reír de buena gana. ¿Ese era el rival del que Margaret Elizabeth Stirling hablaba con tanta devoción?

—¡Pero si es un muchacho! ¡Debe de tener la misma edad que la señorita O’Laoire!

—Cumplió diecisiete años el pasado treinta y uno de octubre —explicó la señorita Stirling, a la que no parecía haber ofendido su comentario—. Pero no se deje engañar por su juventud, señor Lennox; dudo que pueda encontrar una mente más aguda que la suya. Tiene las cosas muy claras en lo tocante a su patrimonio. Sabe exactamente en qué le interesa invertir ahora mismo... y esa es la razón de que me

encuentre esta tarde con ustedes.

Ante las miradas interrogativas de Alexander, Lionel y Rhiannon la joven se llevó una mano a la garganta, recolocando su gargantilla de granates, antes de seguir diciendo:

—La familia Dragomirásky ha manifestado desde siempre un poderoso interés por las ciencias parapsicológicas. Sienten una gran debilidad por el espiritismo, el mundo de ultratumba, las criaturas sobrenaturales, las maldiciones milenarias, las casas encantadas y todas esas cuestiones de las que se suele ocupar *Dreaming Spires*. No les sorprenderá por tanto que les diga que Su Alteza Real y yo solemos leer con la mayor atención su periódico cada vez que nos trasladamos a Inglaterra. A veces, cuando permanecemos en el continente, encargamos a algún miembro del servicio que nos envíe a través del canal de la Mancha los últimos números publicados. Les felicito por su trabajo; es fascinante.

—¿Has oído eso, Alexander? —Lionel se volvió hacia el profesor con una ironía más que evidente—. ¡La propia realeza lee nuestro periódico, y ni siquiera lo sospechábamos!

La señorita Stirling dejó escapar una risita. Alexander no la coreó; llevaba un rato observando a Rhiannon, que se había puesto muy pálida. Las manos que apretaba sobre sus rodillas por debajo de la mesa se habían crispado tanto que casi parecían garras.

—Ya les he contado lo mucho que disfrutamos con estas cuestiones. Igual que los difuntos padres de Su Alteza Real, el Príncipe László Dragomirásky y su esposa lady Almina; ella era oriunda de Inglaterra, del condado de Sussex. Como imaginarán, la noticia de que en Irlanda se había puesto en venta un castillo del siglo diez que cuenta nada menos que con una *banshee* no pudo dejar de llamar nuestra atención. Espero no parecerles demasiado directa, señores —se disculpó la señorita Stirling, inclinándose un poco hacia delante—, pero preferiría no tener que andar con rodeos con ustedes. ¿Cuánto ofrecen el señor Archer y el señor Delancey por Maor Cladaich? ¿Podrían decirme eso?

—Hasta ahora la mayor cifra ha sido la de Archer. Doce mil libras —contestó Lionel.

Alexander le lanzó una mirada tan fulminante que Lionel pensó que si Rhiannon no estuviera sentada entre ellos le habría dado una patada. Aquello superaba con mucho la cantidad real que el norteamericano estaba dispuesto a pagar por el castillo, pero su instinto le decía que había llegado el momento de apostar fuerte. La señorita Stirling le observó unos segundos con sus grandes ojos negros antes de echarse a reír una vez más.

—¿Doce mil libras? ¿Solamente? No me lo puedo creer. —Sacudió la cabeza de una manera que dejaba traslucir su perplejidad—. Pensé que sería más ambicioso, la verdad...

—Usted... ¿usted está dispuesta a ofrecer aún más? —preguntó Alexander en voz

baja.

—El príncipe Dragomirásky, a través de mí, está dispuesto a pagar la cantidad que a ustedes se les antoje. Me parecía que les había quedado claro. Pidan el doble, si quieren. Pidan el triple y multiplíqueno por cuatro. Añadan los suplementos que deseen; no pensamos reparar en gastos. No me enviaron a Irlanda para pelearme por algo que los demás codician sino para reclamarlo.

Un largo silencio siguió a sus palabras. Rhiannon continuó sin moverse, con los ojos aún clavados en la fotografía. Los de Alexander fueron de la señorita Stirling, que parecía tan relajada como si se dispusiera a adquirir una docena de manzanas en el mercado, al rostro del príncipe Dragomirásky. Lionel abrió la boca para contestar pero un nuevo trueno les hizo dar un respingo. Al otro lado de los cristales la cortina de agua era tan densa que ni siquiera se podían distinguir las rocas que remataban el acantilado.

—Sinceramente, señorita, nos deja usted... sin palabras —consiguió articular cuando el ruido amainó poco a poco—. Ni en nuestros mejores sueños nos imaginábamos que...

—Entonces está hecho. Supongo que en los próximos días habrá que hablar con el abogado de su familia, señora O'Laoire, para firmar los documentos que hagan falta. No tengan miedo de poner un precio; ya les he dicho que no es nuestro estilo regatear por aquello que merece la pena. Les garantizo que Maor Cladaich estará en buenas manos.

—De eso no nos cabe la menor duda —le aseguró Lionel; le habría asegurado que en aquel momento era mediodía con tal de que no cambiara de opinión—. ¡Enhorabuena, Rhiannon! —Se volvió hacia ella para apretar su muñeca—. ¡Ha sido un gran negocio!

—Inmejorable —dijo Rhiannon en un susurro—. Ahora mismo estoy... estoy pletórica.

Para sorpresa de todos empujó hacia atrás su silla y se puso en pie. Alexander se apresuró a hacer lo mismo cuando se percató de lo mucho que le temblaban las piernas.

—Les ruego que me disculpen, pero creo que... debería retirarme un momento. Han sido demasiadas emociones. Aún no me lo puedo creer del todo. Necesito una bebida...

—Por nosotros no se preocupe, señora —sonrió la señorita Stirling.

—Aún queda un poco de jerez, Rhiannon —le advirtió Lionel, levantando la licorera para rellenarle el vaso. Ella no le prestó la menor atención; abandonó la biblioteca con unos andares que no tenían nada que envidiar a los de un alma en pena. Lionel se volvió hacia Alexander, algo preocupado—. ¿Qué le ocurre? ¿Se ha puesto enferma de repente?

—Me hago una idea de lo que puede ser —repuso el profesor antes de seguirla fuera de la biblioteca—. Le ruego que nos disculpe un momento; enseguida

estaremos de vuelta.

Oyó a Lionel decir algo, pero Alexander no tenía tiempo para escucharle. Caminó lo más rápidamente que pudo por el pasillo, divisando a Rhiannon cuando se disponía a bajar por la escalera de servicio. Ella ni siquiera se volvió cuando la llamó por su nombre.

—Rhiannon, deténgase. —Alexander le puso una mano en el hombro. Logró que lo mirara, aunque su rostro permaneció impasible—. Creo que tendría que sentarse...

—Necesito una bebida —repitió Rhiannon como una autómatas—. No hace falta que se inquiete por mí, profesor Quills; me encuentro de maravilla. Solo es un pequeño mareo.

«¿Realmente pretende engañarme con eso?», pensó Alexander, reparando en aquel momento en las diminutas perlas de sudor que habían aparecido en su frente. Rhiannon se apoyó en la barandilla para seguir bajando, así que no le quedó más remedio que acompañarla a la cocina si realmente quería asegurarse de que la alcanzaba sana y salva.

Al penetrar en el santuario de la servidumbre se encontraron con Maud y con una de las muchachitas de Ballybrack. Estaban inclinadas sobre la mesa, colocando con una precisión milimétrica unas hojas de lechuga alrededor de los entrantes que se servirían en el comedor en menos de una hora. Alexander les pidió que los dejaran un minuto a solas, y ellas obedecieron con mal disimulado desconcierto. Cuando se hubieron alejado el profesor cogió un vaso de un aparador, lo llenó con agua de una jarra y se lo puso en la mano a Rhiannon, que le contestó con un «gracias» tan quedo que apenas pudo oírlo.

Ambos permanecieron en silencio durante un buen rato, Rhiannon bebiendo a pequeños sorbos, Alexander mirándola hasta que devolvió el vaso a la mesa. Entonces le susurró:

—Puede darles a Lionel y a esa damisela con delirios de grandeza la explicación que se le antoje, pero los dos sabemos que esto ha sido algo más que un mareo. Rhiannon...

—No sé de qué me está hablando —respondió ella con la mirada perdida, extraviada.

Alexander dudó un instante antes de colocarle los dedos sobre las sienes doradas.

—Míreme a los ojos. Míreme, Rhiannon —le ordenó, y cuando logró que lo hiciera, el pánico que reconoció en sus pupilas confirmó cada una de sus suposiciones—. Lo supe desde el primer momento, desde que observé la fotografía. No tiene por qué mentirme.

—Insisto en que no sé de qué me está hablando. Le agradecería que me dejara sola...

—Ese príncipe Dragomirásky... es el vivo retrato de Ailish. —Ahora su voz apenas era un susurro—. Podrían pasar por gemelos. Por los hijos del hombre cuya imagen lleva siempre consigo aquí dentro. —Apoyó una mano en el guardapelo de

plata que le colgaba del cuello—. Sé que no soy el único que ha reparado en el parecido; también la señorita Stirling se quedó mirando a Ailish con curiosidad cuando se la presentó. Pero si le sirve de consuelo, no creo que albergue la menor sospecha. Nunca lo sabrá, si usted...

Tuvo que quedarse callado cuando Rhiannon dejó escapar un gemido que parecía contener más dolor que el que pudiera proferir una *banshee*. Temblaba tanto que acabó rodeándola con sus brazos para que se mantuviera en pie. Mientras sus lágrimas le empapaban el chaleco acudió a su memoria el recuerdo de lo que les habían contado las MacConnal semanas antes. «Hubo habladurías cuando nació la pequeña Ailish», había dicho Brianna. «Aunque no tantas como ahora», había precisado su hija Mary. Era difícil que en un pueblo como Kilcurling nadie sospechara nada de una esposa que daba a luz antes de que pasaran nueve meses desde su matrimonio. Alexander suspiró mientras le acariciaba los hombros, estremecidos por unos sollozos que apenas era capaz de acallar.

—No soy quién para juzgarla, y no lo haría ni aun cuando tuviera ese derecho —le susurró al oído—. Y supongo que no hará falta que le diga que nadie sabrá la verdad si está en mi mano impedirlo. Nadie tiene por qué enterarse, Rhiannon, se lo garantizo...

—Usted se ha enterado de todo —consiguió articular la mujer. No parecía atreverse a mirar a la cara a Alexander—. Si la semejanza resulta tan obvia, tanto como para que...

—Ha sido obvia para mí porque he podido atar cabos —le aseguró el profesor—. No me atreví a decírselo en su momento, pero cuando se le abrió el guardapelo, la tarde en que estuvimos desembalando mis máquinas, comprendí que Cormac O'Laoire no podía ser el padre de su hija. Vi una fotografía suya en *The Golden Pot* en la que aparecía con Fearchar MacConnal y Donnchadh Lawless —aclaró cuando Rhiannon alzó unos ojos arrasados en lágrimas hacia él—. Aquel caballero era moreno y corpulento, y mayor que el que por la edad supongo que debió ser el padre del príncipe Konstantin...

—László —murmuró Rhiannon de repente, y aquel nombre sonó en sus labios como un puñal hundiéndose en una herida—. Príncipe László Dragomirásky; así es como se llamaba. Imagino que debo darle la enhorabuena, profesor Quills. —Y se pasó una mano por los ojos para tratar de secarse las lágrimas—. Me parece que le iría mucho mejor si pasara a engrosar las filas de Scotland Yard. Estará orgulloso de su poder de deducción.

Alexander no había estado menos orgulloso en su vida. Se disponía a contestarle cuando la puerta de la cocina se abrió para dejar paso a Jemima y a otra criada. Rhiannon enderezó la espalda, tratando de recomponerse ante sus miradas de extrañeza.

—Será mejor que regresemos con los demás. Tenía razón; por suerte no ha sido más que un pequeño desvanecimiento. —Ahora su voz trataba de ser firme, aunque

no podía engañar a Alexander. La grieta diminuta que siempre había creído percibir en Rhiannon, el fallo en la porcelana debajo de una capa perfecta de esmalte, había salido por fin a la superficie—. ¿Me hará el favor de acompañarme?

Y lo único que él pudo hacer fue seguirla escaleras arriba en medio de un silencio en el que cada uno de los truenos resonaba como una amenaza.

—Ahora que lo dice, a mí sí que me apetece un vasito de jerez. ¿Podría servirme?

—De lo que usted quiera, señorita Stirling. Le serviría de amante si me lo pidiera.

Ella no pudo contener una carcajada. Sus ojos relucían mientras Lionel le llenaba el vaso con un gesto pomposo, haciendo lo propio con el suyo. Lo levantó para brindar.

—Por los negocios. Sobre todo cuando resultan satisfactorios en todos los sentidos.

—¿Por qué no? Por los negocios y por el inicio de una provechosa relación —asintió la señorita Stirling entrechocando su vaso con el de Lionel—. Me alegro de que la señora O’Laoire entendiera enseguida lo adecuado que resultará dejar su propiedad en manos de mi patrón. Estoy convencida de que sabrá sacarle un gran partido a Maor Cladaich.

—Me imagino que para él será un gran consuelo contar con alguien tan fiel como usted en su corte particular. ¿Han pasado muchos años desde que murieron sus padres?

—Bastantes. Yo ya estaba por entonces a su lado —contestó ella, mirando cómo se movía el jerez dentro del vaso al que daba vueltas con la mano—. El príncipe László nos dejó en octubre de mil ochocientos ochenta y cinco; no le dio tiempo a presenciar el nacimiento de su hijo. Su esposa le siguió unos meses después. Fue una lástima que no pudieran pasar más tiempo con él.

Lionel no pudo evitar mirarla con extrañeza. ¿Cuántos años tenía realmente aquella mujer? ¿Y a qué edad había comenzado a servir a la dinastía más poderosa de Hungría?

—Es bastante curioso que un príncipe húngaro acabara casándose con una inglesa.

—A todo el mundo le llamaba mucho la atención —sonrió la joven—. Creo que la noticia de su boda causó auténtica sensación en los círculos aristocráticos de Budapest.

—¿Se conocieron en Hungría o en el condado de Sussex?

—Realmente no fue en ninguno de los dos sitios, sino en Dublín. —Los labios de la señorita Stirling se curvaron aún más ante su sorpresa—. Efectivamente, resulta un tanto profético, teniendo en cuenta lo que ha pasado años más tarde con este castillo. No lo he hablado en ningún momento con el príncipe Konstantin, pero me da la sensación de que ha sido una de las razones que le llevaron a interesarse tanto por Maor Cladaich.

Se llevó el vaso a los labios mientras observaba a través del cristal el interior de la biblioteca. Había algo en su mirada que le recordó a Lionel la expresión con que había contemplado el vestíbulo la tarde anterior. Era la mirada de una propietaria.

—Ella era absolutamente perfecta para él —siguió diciendo en voz baja—.

Además de la mujer más... peculiar que he conocido nunca. ¿Sabe que poseía desde que era niña el don de la adivinación? —Miró de nuevo a Lionel como si quisiera asegurarse de que no se echaba a reír, y al comprobar que no pensaba hacerlo prosiguió—: No solía hablar de ello demasiado a menudo, sobre todo en presencia de extraños, pero yo me daba cuenta enseguida de cuándo acababa de tener una de sus visiones. Recuerdo que me pasaba las horas muertas mirándola. Sentía una gran admiración por ella. Fue la primera persona que me hizo darme cuenta de que el atractivo y la belleza no tienen por qué ir siempre de la mano. No era especialmente hermosa, pero tenía algo... Un *charme*, como suelen decir los franceses, que muy pocos hombres podían pasar por alto. Parecía recién salida de la ilustración de una revista de modas. No se hace una idea de cuánto aprendí de ella.

Entonces, como si acabara de darse cuenta de lo que estaba diciendo, dejó su vaso encima de la mesa y se puso en pie, alisando las arrugas que surcaban su vestido negro.

—Será mejor que volvamos con los demás. La señora O’Laoire nos estará esperando en la salita y no quiero perderme la cara que pondrá Archer al enterarse de su derrota.

Pero Rhiannon aún no había regresado. Los demás candidatos seguían matando el tiempo como podían; el señor Archer se había inclinado de nuevo sobre los papeles de su secretario y ambos hablaban en voz baja; el señor Delancey se había detenido al lado del arpa de Ailish para inspeccionarla con interés. Alguien les había llevado un servicio completo de té con pastas, pero parecían estar demasiado inquietos para probar bocado.

La aparición de la señorita Stirling fue acompañada por las habituales miradas de fascinación. Fue a sentarse con la mayor tranquilidad del mundo en uno de los divanes que había al lado de la chimenea, y Lionel hizo lo propio en el que se encontraba justo enfrente. Por suerte no tuvieron que esperar a la anfitriona durante mucho más tiempo.

—¡Ah, señora O’Laoire! —la saludó la señorita Stirling cuando entró acompañada por Alexander—. ¡Espero que se haya recuperado de su desvanecimiento!

—¿Desvanecimiento? —Archer miró con asombro a la señorita Stirling y después a Rhiannon—. ¿Le ha ocurrido algo desde que nos despedimos de usted, señora O’Laoire?

—Nada más que un mareo sin importancia —repuso ella, aunque seguía estando tan pálida como antes—. Estos días están siendo un tanto... tensos para nosotros, me imagino que tanto como para ustedes. Pero por suerte no habrá que prolongar más esta situación.

—¿Significa eso que por fin ha hecho su elección? —preguntó Delancey en voz baja.

Rhiannon asintió con la cabeza. Rivers miró de reojo a su jefe, que se apresuró a

ponerse en pie con un resplandor de ambición en las pupilas. La señorita Stirling sonrió con disimulo, cruzando una pierna sobre la otra con un susurro de tela muy provocador.

—No ha sido fácil —les advirtió Rhiannon—. Les aseguro que me ha costado mucho tomar esta decisión, pero ciertos detalles que han salido a la luz al final de la tarde me han hecho darme cuenta de qué le conviene realmente a esta propiedad. —Guardó silencio un instante antes de añadir—: O mejor dicho..., qué patrón es el que menos le conviene.

—Por Dios, señora, no siga haciéndose de rogar —rezongó Archer de repente—. Sea cual sea esa decisión, ¡hable de una vez para que sepamos a qué atenernos!

Rhiannon le dirigió una mirada tan cálida como una corriente de viento siberiano.

—Espero que aprenda a ser más paciente en los próximos años, señor Archer, sobre todo cuando Maor Cladaich pase a formar parte de su cadena hotelera. Nunca somos demasiado mayores para aprender las cosas más básicas..., como por ejemplo que el dinero no puede comprarlo todo. Le aseguro que no ha sido lo que me ha hecho elegirle a usted.

Archer abrió la boca para soltar una exclamación de triunfo, aunque apenas se le pudo oír por encima del alarido de la señorita Stirling. Todos se volvieron hacia la chimenea cuando se puso en pie con sus ojos oscuros reluciendo como brasas.

—¿Cómo... cómo ha dicho? ¿A qué se refiere con que Archer ha sido elegido...?

—Siento que esto suponga un duro golpe para usted, señorita Stirling —le contestó Rhiannon a media voz. La noticia parecía haberla dejado paralizada—. Le aseguro que si las circunstancias hubieran sido completamente distintas nada me habría gustado más...

—¿Las circunstancias? ¿Qué circunstancias? Tiene que estar bromeando.

También ella había palidecido bajo sus siete lunares. Era la primera vez que la veían fuera de sí, y a todos les llamó la atención que su rostro, normalmente tan hermoso, pudiera convulsionarse de tal manera. Hasta su mezcla de acentos extranjeros parecía haberse acentuado debido a su creciente indignación. «Tendrá muchas virtudes, tantas como encantos —se dijo Lionel, algo alarmado—, pero es evidente que no sabe perder.»

—No se trata de una cuestión personal. Al menos ninguna relacionada con usted...

—¡Pero esto no tiene sentido, no tiene ningún sentido! ¡Le dejé muy claro que mi patrón está dispuesto a cuadruplicar cualquier cifra que puedan ofrecerle por el castillo!

—Y yo les acabo de dejar claro a todos ustedes, no solamente al señor Archer, que el dinero no puede comprarlo todo. —Rhiannon respiró hondo antes de añadir, mirando a la señorita Stirling a los ojos—: Y menos aún mi dignidad. O lo poco que me queda de ella.

Daba la impresión de que Margaret Elizabeth Stirling consideraba seriamente la

posibilidad de que su anfitriona hubiera perdido la cabeza. Miró a Alexander como pidiéndole que la hiciera entrar en razón, y después a un Lionel que parecía tan estupefacto como ella, pero al comprobar que nadie se encontraba dispuesto a decir nada murmuró:

—Creo que no se da cuenta de lo que está haciendo. Nunca pensé que pudiera ser tan alocada, señora O’Laoire, ni que le preocupara tan poco el futuro de su hija...

—Ailish tiene una madre —fue la respuesta de Rhiannon, pronunciada en un tono de voz mucho más seguro que el que había empleado hasta aquel momento—. Una que haría lo que fuera para garantizar su bienestar. Le aseguro que no necesitamos la ayuda de su todopoderoso príncipe Dragomirásky más de lo que podemos haberlo hecho hasta ahora.

—Muy bien dicho —apostilló Archer, que había estado observando con una pizca de diversión a la señorita Stirling—. No sabe cómo celebro que siga manteniéndose tan fiel a sus principios, señora mía. Sobre todo delante de una rabieta de niña caprichosa.

Lionel tragó saliva, acercándose a Rhiannon para tratar de detener el desastre antes de que la sangre pudiera llegar al río, porque la señorita Stirling parecía a punto de echarle las manos al cuello a Archer para estrangularle.

—Tiene que estar de broma —le susurró—. ¿No se acuerda de todo lo que le ofreció?

—Nunca he hablado más en serio en toda mi vida, señor Lennox —le respondió ella.

—Rhiannon, piénselo una vez más, se lo pido por favor... ¿No comprende que ni en sus mejores sueños podría haber encontrado un mejor comprador que ese condenado príncipe húngaro? ¿Qué diablos se le ha pasado por la cabeza para tomar esta decisión?

—Lionel, déjala en paz —le dijo Alexander en tono de advertencia—. Estoy seguro de que Rhiannon tendrá sus razones para hacer esto. No tenemos que pedirle explicaciones.

—Bueno, ¡pues a mí me parece que sí! ¡Que yo sepa no nos hemos metido en este asunto para que Maor Cladaich caiga en manos de alguien que no merece la propiedad!

—Juraría que su motivación era puramente periodística —replicó Rhiannon con un peligroso fulgor en los ojos—. ¿Es que unas cuantas curvas cubiertas de encaje le han hecho olvidar las ganas que tenía de escribir un artículo sobre nuestra *banshee*?

—Sabe perfectamente que no se trata de eso. Esto no tiene nada que ver con ella...

Alexander se preguntó por un momento si al decir «ella» se referiría a la *banshee* o a la señorita Stirling, pero no tuvo tiempo para dar con la respuesta. Por un momento le pareció que el grito que acababa de resonar contra las paredes cubiertas de seda de la salita volvía a ser de la señorita Stirling, pero cuando se volvió hacia

ella reparó en que estaba tan desconcertada como el propio Alexander. Archer, Rivers y Delancey también lo estaban, aunque en su caso se habían vuelto hacia los cristales que apenas podían distinguirse tras las cortinas. Cuando comprendió lo que estaba sucediendo creyó que se le pararía el corazón.

Al pie de Maor Cladaich, alguien que llevaba demasiado tiempo en silencio anunciaba de nuevo una muerte inminente.

Delancey fue el primero en reaccionar. Durante el arrebato de cólera de la señorita Stirling había permanecido callado con una expresión decepcionada en el rostro, pero al oír a la *banshee* se puso del color de la leche. Su mano tembló al hacer la señal de la cruz.

—Que Dios nos acoja en su seno. Esto es el final —le oyeron decir en un hilo de voz.

Como cualquier irlandés, a pesar de haberse criado al otro lado del mundo, estaba más que familiarizado con la leyenda de las *banshees*. Sabía perfectamente qué implicaba aquel grito. Y también que nada podría cambiar el curso de los acontecimientos.

—La *banshee* ha hablado —murmuró de nuevo, dándose la vuelta poco a poco para mirar a los demás—. Precisamente esta noche, cuando nos encontramos todos juntos...

La señorita Stirling tragó saliva; toda su ira parecía haberse evaporado. Rivers se había quedado paralizado, pero su jefe se limitó a preguntar a Rhiannon alzando una ceja:

—¿Qué significa esto, señora O’Laoire? Si se trata de una demostración por su parte del entretenimiento que supondría una *banshee* para los clientes de mi hotel, lo encuentro de muy mal gusto. Sobre todo si ha contratado a una chica del pueblo para que grite así.

—¿Cree que tengo aspecto de estar entreteniéndome ahora mismo, señor Archer?

No había terminado de hablar cuando oyeron de nuevo a la criatura, y era como si unas uñas rasgaran una pizarra. Su llanto no tenía nada que ver con ninguno que hubieran escuchado antes; no había mujer capaz de unir el dolor y la pena como lo estaba haciendo ella. Rhiannon se tambaleó, conmocionada.

—Cielo santo, no me lo puedo creer. ¡Otra vez no! ¡Esta noche no!

Alexander abrió la boca, aunque tardó unos segundos en encontrar las palabras.

—Es... ¿es el mismo grito que oyeron la noche en la que murió MacConnal?

—Exactamente el mismo —susurró Rhiannon, alzando los ojos hacia él—. Y también el que anunció la muerte de mi esposo. Nunca lo olvidaré, profesor; no podría aunque quisiera.

—Ante todo, ¡que no cunda el pánico! —exclamó Lionel ante el revuelo que estalló de repente en la habitación—. ¡No servirá de nada que nos pongamos a gritar todos a la vez! Si es cierto que se trata de la *banshee* de los O’Laoire, y si sus sollozos significan lo que creemos que significan..., lo primero que tenemos que hacer es permanecer unidos.

La señorita Stirling se había apartado tan precipitadamente de las ventanas de la salita que se tropezó con su propio vestido. Lionel la agarró antes de que pudiera caerse al suelo y después se acercó con decisión a los cristales. Apartó de un tirón las

largas cortinas para escrutar lo que había al otro lado, pero no fue capaz de distinguir nada a más de un metro de distancia; la tormenta se había vuelto tan intensa durante las últimas horas que la lluvia parecía rodear Maor Cladaich como una campana de cristal.

—Nada —anunció en voz alta; los demás le observaban conteniendo el aliento—. No hay ni rastro de la *banshee*. Si realmente se trata de ella sabe camuflarse de maravilla...

—Cuando estaba en Australia —dijo de repente Delancey con un hilo de voz— oí contar a mi abuelo que según las leyendas irlandesas las únicas personas que no podían oír los sollozos de la *banshee* eran precisamente aquellas que acababan muriendo.

—Pero eso no tiene ningún sentido —murmuró el secretario del señor Archer, cada vez más horrorizado. Paseó la vista a su alrededor—. ¡Todos nosotros la hemos oído!

—¿Significa eso que estamos completamente a salvo? —quiso saber Archer.

—Por lo que tengo entendido, en esas leyendas de las que habla el señor Delancey se decía claramente que las *banshees* solamente anuncian la muerte de un miembro del clan al que pertenecen —apuntó la señorita Stirling, un poco más serena a pesar de que su acelerada respiración la traicionase—. Teóricamente ni ustedes ni yo tendríamos nada que temer. No pertenecemos a la dinastía de los O’Laoire. —Entonces se volvió hacia la dueña del castillo sin poder ocultar del todo el rencor que aún latía en su mirada—. Es una suerte que nuestra anfitriona se encuentre a cubierto en esta noche tan desapacible.

—¿Dónde se ha metido Ailish? —la interrumpió Rhiannon de repente.

—¿Qué quiere decir? ¿No está su hija en el castillo como todos los demás?

—No lo sé —contestó Rhiannon con voz temblorosa—. No la he visto desde que nos marchamos del comedor después de almorzar. No he vuelto a saber nada de ella...

Alexander cruzó con Lionel una mirada de alarma antes de agarrarla del brazo.

—Tranquílcese, Rhiannon. No hay por qué ponerse histéricos antes de tiempo. Lo más probable es que Ailish decidiera dedicar el resto del día a sus acuarelas o su música...

—La oí decir que quería dar un paseo por los jardines —les susurró Rhiannon.

—Sí, bueno, es muy propio de su hija, ¡pero no es tan tonta como para quedarse a la intemperie en una tarde como esta! —Lionel señaló con la mano los cristales azotados por la lluvia—. ¡Si se le hubiera ocurrido salir tendría que haber regresado hace horas!

—¿Quiere que vaya a su habitación para comprobar si está allí? —le dijo Alexander.

—No —murmuró Rhiannon—. Lo haré yo misma; sé dónde puede haberse metido.

Abandonó la salita con unos pasos tan inseguros que Alexander estuvo a punto de marcharse tras ella, pero Lionel le agarró por un brazo negando con la cabeza. Durante el siguiente cuarto de hora nadie despegó los labios. El momentáneo silencio en que la *banshee* parecía haber caído no tardó en dar paso a una nueva retahíla de sollozos, tan espeluznantes que el señor Rivers acabó tapándose los oídos con las manos y diciéndole a su jefe que podía despedirle cuando quisiera, pero que si lograba salir con vida de aquel trance no se volvería a dejar caer nunca más por el Viejo Mundo. Finalmente les llegó el eco de los pasos de Rhiannon.

—No está —dijo en un hilo de voz mientras el profesor la conducía despacio al diván en el que se había sentado antes la señorita Stirling—. Ni en su dormitorio, ni en la biblioteca, ni tampoco en la cocina. Se me había ocurrido que podría haber bajado para echarle una mano a Maud, pero por lo que me ha dicho tampoco sabe nada de ella.

—Me imagino que los criados también han oído a la *banshee* —adivinó Lionel.

—No es para menos —oyeron decir a la señorita Stirling al otro lado de la salita—. Mi patrón también debe de haberlo hecho y por lo que tengo entendido sigue en Budapest.

Rhiannon le tendió una mano a Alexander, y el profesor se la estrechó con fuerza.

—Estoy absolutamente aterrorizada. ¿Adónde creen que puede haberse marchado?

—Bien, es evidente que tiene que encontrarse en la propiedad —contestó Alexander tras reflexionar unos instantes—. No tendría ningún sentido que hubiera aprovechado que usted estaba entretenida con sus invitados para abandonar Maor Cladaich. Que sepamos su hija no tenía ningún motivo para escapar sin contarle a nadie lo que planeaba hacer...

Su voz se apagó poco a poco mientras lo decía. Volvió a mirar a Lionel, y algo en la expresión de su amigo le hizo darse cuenta de que estaban pensando lo mismo.

Tampoco Oliver se encontraba en el castillo. Había desaparecido exactamente a la vez que la joven, una coincidencia decididamente sospechosa. «Lo siento, pero es importante —le había dicho a Alexander antes de marcharse detrás de ella, después de verla cruzar los jardines aquella tarde—. Tiene que ver con Ailish.»

¿Habría sido realmente capaz de planear una fuga a espaldas de sus compañeros?

—Lo mejor será que bajemos de nuevo a la cocina —rompió el silencio Lionel, no demasiado convencido— para pedirles a los criados que nos echen una mano. Con su ayuda tardaremos menos en llevar a cabo un registro, por muy asustados que estén ahora mismo.

Dejaron a los demás en la salita a pesar de sus protestas y se encaminaron hacia la escalera que conducía a las habitaciones del servicio. Encontraron a los miembros más jóvenes reunidos alrededor de la mesa de la cocina, acurrucados unos contra otros como si así pudieran evitar que la *banshee* los señalara como sus próximas víctimas. Por suerte no pusieron tantos reparos como Alexander y Lionel temían

cuando Rhiannon les explicó con una voz que pretendía sonar autoritaria lo que esperaba de ellos. Puede que creyeran que resultaría más sencillo mantenerse a salvo si a partir de ese momento permanecían unidos en grupos de dos o de tres. Agarraron palmatorias y candelabros y se pusieron manos a la obra, sumidos en un silencio que hacía que los truenos resultaran aún más pavorosos. Pero no pudieron sacar nada en claro; nadie fue capaz de dar con la hija de su patrona pese a estar más de una hora buscándola por todas partes. Finalmente, a eso de las nueve, Archer comentó algo sobre lo tarde que era y Rhiannon consiguió reunir el aplomo necesario para ordenar que dispusieran la mesa del comedor.

Maud hizo lo que pudo para que los platos que había preparado con tanto esmero no parecieran demasiado recalentados, pero el concierto con el que les siguió deleitando la *banshee* durante toda la velada no ayudó demasiado a que disfrutaran de la cena. Por muchos esfuerzos que hicieron para tratar de distinguir su silueta desde las ventanas del comedor no tuvieron más éxito que con Ailish. Las dos parecían ser igual de escurridizas.

—Creo —propuso Alexander después de que el último de los criados apareciera diciendo que tampoco había tenido éxito— que deberíamos proseguir la búsqueda fuera de la fortaleza. Es evidente que no está en Maor Cladaich; lo hemos registrado por completo.

—Pero usted mismo aseguraba que Ailish no tenía ningún motivo para escaparse...

—No estoy diciendo que se haya marchado de la propiedad. Estoy diciendo que a lo mejor se encuentra atrapada en los jardines por culpa de esta espantosa tormenta. Y no creo que esté precisamente tranquila con la *banshee* dando vueltas a su alrededor.

Rhiannon hundió el rostro entre las manos. La señorita Stirling les lanzó desde la mesa una expresiva mirada de impaciencia. Había cenado en silencio sin perder su rictus de damisela despechada y en aquel instante se disponía a servirse un poco más de vino, pero cuando Archer le alargó su copa no le quedó más remedio que escanciarlo para él con una expresión de rencor reconcentrado que el norteamericano tuvo la suerte de no captar.

Cuando se disponían a salir del comedor oyeron el inconfundible sonido del portón de la entrada y casi enseguida unos pasos que subían la escalera a toda velocidad. Una de las chicas de Ballybrack dobló la esquina del corredor, acercándose a Rhiannon sin aliento.

—Señora, acaba de llegar a Maor Cladaich un inspector de policía que ha dicho...

—¿El inspector Fitzwalter? —dejó escapar Rhiannon—. Por todos los cielos, ¿qué querrá?

—No lo sé, señora. Ha dicho que necesita hablar con usted lo antes posible. Pero no ha venido solo; le acompañan otros dos policías. Y me parece que traen a alguien más.

Rhiannon soltó un grito de alegría. Apartó a un lado a la chica para echar a correr

hacia el vestíbulo, seguida de inmediato por Alexander y Lionel. Por desgracia, su alborozo no duró demasiado; el inspector Fitzwalter estaba efectivamente en el vestíbulo, pero la persona que lo acompañaba no era Ailish. Cuando Rhiannon se detuvo en seco al pie de la escalera comprendió que no conocía de nada a aquel hombre.

Fitzwalter dejó de hablar con sus subalternos para volverse hacia la señora de la casa.

—Ah, aquí está la señora O’Laoire. Perdone que nos presentemos tan de improviso...

—No se preocupe, inspector —le dijo Rhiannon—. Precisamente estaba empezando a pensar en enviar a uno de mis criados a la comisaría de Kilcurling con un aviso urgente.

—Pues ya ve que no ha sido necesario; me imaginaba que estarían teniendo algún que otro problema en Maor Cladaich. Lamento que seamos unos aguafiestas, sobre todo en una noche tan desapacible como esta, pero de algún modo tuve el presentimiento de que no tardaría en pedirnos ayuda. De hecho parece que no hemos sido los únicos que decidimos subir al castillo; la Providencia también ha querido enviarles a este caballero.

Cuando Fitzwalter se apartó a un lado, la luz de las velas que ardían en el vestíbulo recayó sobre el desconocido que le acompañaba. Su aspecto era de lo más inocente, y no había nada en él que resultara estremecedor, pero Alexander y Lionel se quedaron mirándole totalmente estupefactos cuando lo reconocieron. Era August Westwood.

Estaba completamente empapado y con el aspecto que podría haber tenido Noé al poner por fin un pie en tierra firme, pero su sonrisa seguía siendo tan cálida como siempre.

—¡August! —exclamó Lionel mientras se acercaba a grandes pasos al clérigo—. ¡Esto sí que es una auténtica sorpresa! ¡Realmente parece que tienes el don de la oportunidad!

—No me puedo creer lo que estoy viendo —murmuró Alexander—. ¿Cómo... cómo...?

Pasado el primer momento de confusión, se acercó también a su amigo para darle un abrazo mientras Lionel le hacía pasar al vestíbulo.

—Nos encontramos con el señor Westwood cuando acababa de bajarse del coche de caballos que le había traído desde Dublín —le explicó el inspector a una desconcertada Rhiannon—. Al oír que era la primera vez que visitaba Kilcurling, y que se dirigía precisamente a Maor Cladaich, nos ofrecimos a escoltarle hasta aquí. Me temo que esta no es la noche más adecuada para pasearse al aire libre en compañía de una *banshee*.

—¿De modo que ustedes también la han oído sollozar? —se lamentó Rhiannon.

—Todo el pueblo la ha oído, señora O’Laoire. Creo que no habrá ahora mismo una sola persona que se atreva a meterse en la cama por miedo a no despertarse nunca más.

—Le aseguro, inspector, que por mucho miedo que tengan... nadie está tan angustiado como yo. —Ante la mirada de extrañeza que Fitzwalter le dirigió, Rhiannon siguió susurrando—: Mi hija ha desaparecido. Hace horas que no sabemos nada de ella. La hemos buscado por todas partes, pero no ha servido de nada...

—¿Qué quiere decir con que ha desaparecido? ¿Cuándo la vieron por última vez?

—Creo que este mediodía, durante el almuerzo con mis invitados... —Rhiannon hizo un gesto en dirección a los señores Archer, Rivers y Delancey y a la señorita Stirling—. En ese momento no me pareció detectar nada raro en ella. Recuerdo que comentó algo sobre que quería dar un paseo por los jardines, pero lo hace tan a menudo que no se me ocurrió que pudiera resultar peligroso. ¡Aunque después de oír sollozar a la *banshee* empiezo a temer lo peor!

August se volvió hacia Rhiannon con preocupación. Alexander le puso una mano en el hombro para que le siguiera.

—Vamos, será mejor que descanses un rato. —Se apartaron un poco para dejar que Rhiannon hablara con los hombres de la Royal Irish Constabulary—. Estoy seguro de que el inspector Fitzwalter acabará dando con Ailish y todo se quedará en un susto.

—Si es que Ailish quiere que den con ella —dijo Lionel en voz baja.

—¿A qué te refieres con eso? ¿Por qué no iba a quererlo?

—Alexander, por favor, no seas ingenuo. Ailish se ha esfumado, pero Oliver... lo ha hecho a la vez que ella. Llevan desaparecidos exactamente las mismas horas, aunque la pobre Rhiannon está demasiado angustiada para reparar en su ausencia. Todos los indicios apuntan a que se han escapado aprovechando que estábamos pendientes de lo que ocurría con el castillo. No han podido tenerlo más fácil.

—¿Cómo? —susurró August, cada vez más confundido—. ¿Oliver y esa muchacha...?

El profesor respiró hondo sin dejar de sostenerle la mirada a Lionel.

—Puede que realmente hayan intimado en las últimas semanas, pero estoy seguro de que el Oliver que conocemos no se comportaría de una manera tan alocada.

—Tú lo has dicho: el Oliver que conocemos. ¿Cuándo le has visto tan emocionado como ahora? ¿Cuándo se le han ido los ojos detrás de una chica como le ocurre con ella?

Alexander guardó silencio. Lionel meneó la cabeza mientras prestaba atención de nuevo a Rhiannon, que seguía contándoles la historia a los policías.

—Apuesto lo que sea a que se habrán resguardado de la lluvia en algún hotelito de Dublín. Al final Oliver ha resultado ser más espabilado de lo que creía.

—Me parece que será mejor seguir con esta conversación en algún otro lugar —les advirtió el profesor al darse cuenta de que la señorita Stirling los observaba con cierta suspicacia—. No podemos dejar que recaiga sobre nuestro amigo ninguna acusación, y es lo único que conseguiremos si continuamos hablando de esto delante de todo el mundo.

Subieron al primer piso para dirigirse a la salita de Rhiannon, donde sabían que seguía ardiendo un buen fuego y no habría demasiadas posibilidades de que les molestaran. Fuera, en los jardines, la *banshee* había reanudado sus sollozos. August no pudo reprimir un escalofrío cuando la volvió a oír. Era mucho peor que hacerlo desde la distancia.

—Cielo santo, parece como si llevaran toda la eternidad torturándola. ¿Es la primera vez que la oís en todo el tiempo que habéis pasado con las O’Laoire?

—Efectivamente. La hemos oído dar vueltas por los jardines de noche, murmurando palabras que no lográbamos entender, pero no tenía nada que ver con esto. No me extraña que Rhiannon esté preocupada por su hija —reconoció Alexander abriendo la puerta de la salita. August suspiró ante la visión de la chimenea encendida—. No nos has dicho nada sobre tu decisión de escribir a esa joven médium, Annabel Lovelace, para preguntarle qué opinión le merece nuestro caso. ¿Te contó algo interesante acerca de las *banshees*?

—Por supuesto que lo hizo. Si hay alguien en Londres que lo conozca todo sobre la ultratumba no puede ser más que ella —contestó August en voz baja, acercándose a la chimenea para tratar de calentarse las manos—. En el fondo es la culpable de que me encuentre esta noche en Maor Cladaich con vosotros.

—¿Fue ella quien te convenció de que vinieras a Irlanda? —se asombró Lionel.

August asintió. Sacó del bolsillo de su chaleco un sobre que le tendió a Alexander.

—La semana pasada le hice saber todo lo que me habías contado en la carta que me enviaste a la vicaría. No tardó más de dos días en contestarme. Adelante, lee lo que dice —animó a su amigo al darse cuenta de que dudaba—. Estoy seguro de que te resultará tan inquietante como a mí.

Como aún seguía temblando el profesor dio un tirón a la campanilla que colgaba al lado de las cortinas para pedir una bebida caliente a uno de los criados. Después desdobló la carta de la señorita Lovelace y se aclaró la garganta antes de empezar a leer:

*Mi querido señor Westwood:*

*No sabe cómo lamento tener que tratar cuestiones tan interesantes por escrito, pero me temo que en los próximos días me será imposible abandonar mi gabinete de Albemarle Street. Hace poco he sufrido una arritmia que estuvo a punto de conducirme a ese Otro Lado con el que ambos nos dedicamos a contactar; por suerte mi médico de cabecera pudo prestarme su auxilio y todo se quedó en un simple sobresalto. En las horas que he pasado confinada en cama he tenido oportunidad de regresar varias veces a su carta, y debo confesar que pocas veces me han preguntado mi parecer sobre un asunto más intrigante que el que usted me plantea.*

*Efectivamente, conozco bien la figura mitológica de la banshee irlandesa, aunque nunca me he encontrado cara a cara con ninguna. Lo que el profesor Quills le explicó sobre esas criaturas es absolutamente cierto: se han convertido en legendarias debido a la capacidad que la tradición les ha atribuido de anunciar con su llanto la inminente muerte de algún miembro del clan al que sirven. Pero lo que más me sorprende del caso concreto que les ocupa no es el hecho de que la banshee de los O'Laoire haya renunciado por una vez a su pacto de sangre para servir como heraldo a uno de sus vecinos, sino el absoluto convencimiento de su viuda, según sus propias palabras, de que fue esa criatura la que causó la muerte del señor MacConnal después de que manifestara su interés en adquirir el castillo. Y esto me desconcierta porque no existe ninguna leyenda que les atribuya a las banshees el don de acabar con la vida de un mortal mediante un paro cardíaco como el que aquejó al señor MacConnal. Se trata de un comportamiento, como bien sabrá, más propio de fantasmas, espíritus vengativos capaces de matar de miedo a los vivos apareciendo ante ellos.*

*No tendría nada de particular, señor Westwood, que la criatura que mora en Maor Cladaich no sea una banshee sino un alma en pena encadenada al castillo desde hace siglos. La huella de la que en el pasado fue una mujer, condenada a merodear sin rumbo a los pies de la fortaleza mientras los O'Laoire sigan viviendo en ella.*

*Cuando era pequeña cayó en mis manos un recopilatorio de cuentos de terror irlandeses de Sheridan Le Fanu, Charlotte Riddell, Rosa Mulholland y otros autores por el estilo. Uno de ellos hablaba de una banshee, la historia de la primera criatura conocida con ese nombre, aunque en realidad tenía uno propio: Aibhill. Al parecer servía a la familia real de los O'Brien y la noche anterior a la batalla de Clontarf se presentó al monarca Brian Boru para advertirle que no regresaría vivo de aquel enfrentamiento. La verdad es que me he preguntado en más de una ocasión cómo es posible que llegara a nuestros días su nombre; incluso en la actualidad los irlandeses se siguen refiriendo a Aibhill como tal y aseguran saber cuáles han sido siempre los rasgos de su carácter. Si fuera una auténtica banshee, con todas las características propias de esas criaturas, no tendría un nombre propio, ni sería nada más que una especie de elemental de la naturaleza. ¿Tan extraño sería que hubiera existido en algún momento una mujer de carne y hueso conocida como Aibhill que muriera de una forma particularmente dramática, convirtiéndose desde ese momento en un alma en pena? ¿Y si le hubiera sucedido lo mismo a la de los O'Laoire, aunque nadie conozca aún los motivos?*

*Continuaré dando vueltas en los próximos días a esta hipótesis, que cada vez me resulta más plausible si tenemos en cuenta los datos que sus amigos le han proporcionado. De ser cierto que Maor Cladaich no cuenta con una banshee sino con un alma en pena, y que hasta ahora nadie ha sido capaz de ayudarla a alcanzar la salvación eterna, me imagino que comprenderá tan bien como yo que lo más sensato será que se marche a Kilcurling lo más pronto posible. La obligación de cualquier médium es*

tender una mano a las almas perdidas como la de esa pobre mujer; y pese al interés que sin lugar a dudas despertará su historia entre los lectores de *Dreaming Spires*, mi sentido del deber me insta a recordarle que la prioridad ahora mismo es aliviar su sufrimiento, no llevar a cabo una investigación sobre ella para después abandonarla a su suerte como si nunca la hubieran conocido. Estoy segura de que el profesor Quills me dará la razón en cuanto le haga saber mi punto de vista. Siempre lo he tenido por un hombre cabal, y ningún caballero se aprovecharía de las desgracias de una dama sin sentir remordimientos..., pese a que hayan pasado siglos, tal vez un milenio entero, desde su fallecimiento.

Sea cual sea su decisión, le ruego que me mantenga al tanto de lo que suceda a partir de ahora con este caso tan particular. Ya sabe que *Dreaming Spires* tiene en mí una lectora asidua, pero siempre he preferido la información de primera mano.

Con todo mi afecto,

ANNABEL LOVELACE

*P. D. Gracias por las flores. Las rosas rojas son mis preferidas.*

Cuando terminó de leer la carta, Alexander no supo muy bien qué decir. Tampoco August se atrevió a romper el silencio; para variar fue Lionel quien acabó haciéndolo.

—¿«Gracias por las flores»? ¡Sí que te tomaste en serio mi consejo de intimar con esa señorita! ¡Debe de ser la primera ocasión en que alguno de vosotros me hace caso!

August se puso rojo, pero no le contestó. Alexander dobló pensativamente la carta.

—La verdad es que esto... no me lo esperaba para nada —dijo en voz muy baja, devolviendo la carta a su amigo—. ¿De manera que nuestra *banshee* no es más que un alma en pena?

—Esa es la opinión de la señorita Lovelace —contestó August, recuperando el sobre y guardándose de nuevo en el bolsillo—. Y si quieres que sea sincero contigo, cuantas más vueltas le doy a este asunto más convencido estoy de que está en lo cierto.

—A mí me parece una idea un tanto peregrina —reconoció Alexander—, aunque por lo que tenemos entendido tu amiga no se ha equivocado nunca en sus predicciones.

—No es una idea peregrina, Alexander; es absurda —repuso Lionel—. ¿Cuántas veces nos has contado que según las teorías desarrolladas por esos sabelotodos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas la materia ectoplasmática se va degradando con el paso de los años? ¿Realmente pensáis que un espíritu que se ha pasado los últimos siglos dando vueltas por ahí —alargó un brazo hacia las ventanas que daban a los jardines— aún tendría la suficiente determinación como para aparecer ante MacConnal y matarlo de un susto?

Se quedó callado cuando la puerta que Alexander había dejado entornada se abrió del todo para dar paso a Jemima. Parecía estar igual de lívida que los demás criados.

—Ah, sí..., ¿podría traerle un poco de caldo al señor Westwood? —pidió Alexander.

—No hace falta, en serio —se disculpó August al darse cuenta de lo angustiada

que estaba—. No quiero causarles más problemas de los que tienen ahora mismo.

—Una copa de coñac, entonces —le indicó Alexander a la doncella, que asintió—. Señorita Lawless —continuó antes de que se marchara—, ¿cómo van las cosas ahí abajo?

—El inspector Fitzwalter y sus hombres han salido hace un rato en busca de la señorita O’Laoire. Al fin y al cabo, la propiedad no es tan grande; supongo que si no se ha caído al mar serán capaces de encontrarla —fue la lacónica respuesta de la muchacha. Después se volvió hacia Lionel—. ¿Te importa que hablemos un momento?

August casi pareció tan sorprendido como el propio Lionel ante aquella confianza por parte de uno de los miembros del servicio. «Perdonadme —les dijo el joven a sus dos amigos—, enseguida vuelvo.» Siguió a Jemima fuera de la salita, doblaron una esquina del corredor y entonces la chica se dio por fin la vuelta para encararse con él.

—Bueno, ¿qué ocurre? —le preguntó Lionel—. ¿De qué quieres hablar?

—De lo que tenemos que hacer, ¿no es evidente? ¿De verdad piensas que por muy ocupada que esté ahora mismo no me ha dado tiempo a preparar mis cosas?

—Creo que no te sigo. ¿A qué cosas te refieres?

Jemima chasqueó la lengua. Un ruido de pasos al otro lado del corredor les avisó de que dos doncellas avanzaban hacia la escalera, y agarró a Lionel de un brazo para atraerle más hacia sí, hacia un rincón más discreto.

—Hablo de mi equipaje. Ya lo tengo todo listo; al final abulta menos de lo que creía, pero supongo que eso es bueno. No nos dará muchos problemas en el puerto.

Al oír aquello Lionel se quedó observándola como si Jemima le hablara en chino.

—Vamos, no me mires con esa cara; parece que te hubieras quedado tonto. Me niego a pasar una noche más en este castillo con la *banshee* rondando por ahí y anunciando la muerte de uno de nosotros. Es la ocasión perfecta para largarnos con viento fresco.

—Espera, espera, Jemima... Me parece que no comprendo nada de lo que me dices.

—Hablo de marcharnos de una vez de aquí. De irnos a Oxford, Lionel, tal como me prometiste. ¿No te das cuenta de que nunca lo tendremos más fácil para desaparecer?

Sus palabras fueron cayendo sobre Lionel con la misma contundencia con la que podría haberle aplastado una de las armaduras del corredor. Supo entonces que había llegado el momento de poner las cosas en claro:

—Jemima, me temo que estás muy equivocada. No vas a venir a Oxford conmigo.

Ella abrió tanto los ojos que casi parecieron a punto de escapársele de las órbitas.

—¿Qué? —fue lo único que pudo decir. Se había puesto aún más blanca—. ¿Qué...?

—De verdad que lo siento. Sé que tendría que habértelo dicho mucho antes, pero

no pensé que estuvieras tomándotelo tan en serio. Me refiero a... nuestra relación.

—¿Que no pensaste...? —articuló Jemima—. ¿Cómo puedes ser tan miserable, Lionel? ¿Cómo puedes decirme de repente que no quieres...?

—¡Yo nunca te prometí que nos marcharíamos juntos! —se defendió él—. Fuiste tú quien comenzó a hablar de unos planes de futuro, de una vida en común, de una casa...

—¡Pues claro que hablaba de una casa! Siempre he dado por hecho que después de todo lo que hiciste para conquistarme no me dejarías escapar así como así. —Si su cara no hubiera resultado tan amenazadora Lionel se habría echado a reír, pero la situación no era la propicia para unas risas—. Me has estado utilizando durante todo este tiempo —siguió murmurando Jemima—. Solo te he servido para calentarte la cama. ¡Eres igual que los demás!

—Perdona, pero no me parece que haya sido el único que se lo ha pasado en grande durante nuestros encuentros —le echó en cara Lionel, empezando a hartarse—. ¡Que yo sepa no tuve que darte a oler ningún pañuelo con cloroformo para atraerte a mi cama!

Antes de que pudiera añadir más, Jemima le arreó una bofetada que resonó en todo el pasillo. Lionel no había imaginado nunca que pudiera tener tanta fuerza. Apenas le dio tiempo a agarrarle la muñeca cuando levantó la mano por segunda vez.

—Haz el favor de estarte quieta —le susurró—. No conseguirás nada poniéndote hecha un basilisco. Hace mucho que me he hartado de tenerte todo el tiempo a mi alrededor.

—Es por esa remilgada, ¿verdad? —le espetó la chica—. ¿Esa señoritinga a la que no eres capaz de dejar de mirar ni siquiera cuando estamos los tres en la misma habitación?

Lionel aflojó un poco la presión de los dedos alrededor de su muñeca.

—No metas a la señorita Stirling en esto. No tiene nada que ver contigo, Jemima...

—¿Entonces es por esa amiguita tuya a la que tanto pareces echar de menos? ¿Esa... Veronica Quills, tal vez? —Y dejó escapar una risa perversa al reparar en la sorpresa de Lionel—. ¿Preferirías que fuera ella quien acudiera cada noche a tu cama en mi lugar?

—¿Qué diantres estás diciendo? ¿Y cómo te has enterado de que Veronica y yo...?

Una pequeña luz se encendió de repente dentro de su cabeza. Una luz que no tardó en adquirir un resplandor cegador. A Lionel le pareció que el aire escapaba de su pecho.

—Fuiste tú —murmuró sin dejar de mirarla—. ¡Tú te has estado quedando con las cartas que me ha enviado! ¡Me las has robado simplemente porque la remitente era una mujer!

—Tenía mis motivos para revisar tu correspondencia. Creía que teníamos

proyectos para una vida en común, Lionel. No podía haber secretos entre los dos. ¡No podía dejar que te cartearas con una mujer de la que nunca me habías hablado!

—Estás completamente loca —susurró Lionel—. ¿Qué derecho tenías a hacer algo así?

—¿Y qué derecho tenías tú a seguir escribiéndole mientras estabas conmigo? ¿Es que no soy lo bastante mujer como para saciarte por completo? ¿Para qué necesitabas a Veronica en tu vida? ¿Para que te hablara de los cuadros que se dedica a pintar, de los libros que lee en su tiempo libre, de las reuniones políticas de mujeres a las que acude?

Lionel cada vez podía dar menos crédito a lo que oía. Aquello era mucho peor de lo que había pensado, infinitamente peor. Abrió la boca para decirle a Jemima lo que pensaba exactamente de ella, pero el silencio que se apoderaba de aquella parte de Maor Cladaich se vio bruscamente interrumpido por un alboroto procedente de la planta baja de la fortaleza. Oyeron al inspector Fitzwalter decir algo en voz alta y a Rhiannon gritar de alegría mientras volvían a abrir el portón de la entrada. Casi al mismo tiempo, Alexander y August salieron de la salita, atraídos por aquel repentino bullicio, y Jemima se tuvo que conformar con soltarse de un tirón de la sujeción de Lionel. «Nár fheice tú an lá», le espetó entre dientes antes de desaparecer. Mientras se pasaba una mano por la áspera mejilla que había empezado a enrojecer, Lionel sintió cómo se le encogía el estómago al recordar algo que le había dicho su padre: de todas las fuerzas desatadas de la naturaleza no hay ninguna más devastadora que el despecho de una mujer engañada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Alexander—. ¡Creo que he oído gritar a Rhiannon!

—Sí, y parecía contenta —confirmó Lionel. Al darse cuenta de cómo le estaba mirando August dejó de frotarse la cara—. Más vale que nos reunamos cuanto antes con ella. Parece que el intento de fuga de los dos tortolitos se ha visto frustrado.

Decidió dejar a un lado su inquietud por el estado mental de Jemima y bajar con los demás al ruidoso vestíbulo. La señorita Stirling seguía allí, sentada con aire de suprema paciencia en una silla apoyada contra la pared, y también Archer, Rivers, Delancey y unos cuantos criados. Uno de los policías de Fitzwalter ayudaba en ese momento a los dos jóvenes a entrar en el castillo; Oliver traía a Ailish en brazos y ambos tenían un aspecto propio de unos náufragos, aunque al menos seguían enteros.

—¡Dios mío, Dios mío, no me lo puedo creer! ¡No sabes el miedo que he pasado...!

Rhiannon casi había arrancado a su hija del abrazo de Oliver y la besaba una y otra vez sin reparar en que su vestido se estaba manchando de barro al contacto con el suyo.

—Reynolds se ha encontrado con ellos hace un momento —informó el inspector a los ingleses cuando se detuvieron a su lado—. Ha sido un milagro que consiguieran subir la colina con esta tormenta. Si no hubiera sido por su amigo, dudo que la señorita O’Laoire hubiera podido hacerlo sola; según dicen el fango les llegaba por encima de los tobillos.

—Mamá..., casi no me dejas respirar —la oyeron susurrar contra el pecho de Rhiannon.

Como era de esperar, la euforia inicial de su madre no tardó en desembocar en un torrente de reproches, exigencias y advertencias que hicieron torcer el gesto a Ailish, demasiado exhausta para contestar a ninguna de sus preguntas. ¿Qué podía haberse perdido en los jardines precisamente aquel día? ¿Por qué no se había dado inmediatamente la vuelta al ver que llovía tanto?

—¿Te das cuenta de que de no ser por el señor Saunders aún seguiríamos buscándote como locos? En nombre del cielo, ¿cómo has podido cometer semejante locura?

—Mamá, por favor, deja de gritarme. No me apetece discutir ahora mismo.

—¿Que no te apetece...? —Rhiannon se quedó mirándola con una expresión cada vez más confundida—. ¿Se puede saber qué tratas de ocultarme? ¿Qué te ha pasado?

—No sé a qué te refieres. Me gustaría subir a mi cuarto para quitarme este vestido...

—Tú no te vas a ir a ninguna parte hasta que me cuentes qué ha sucedido. ¿Crees que puedes desaparecer como lo has hecho durante horas y regresar como si no hubiera pasado nada en absoluto? —Rhiannon cada vez estaba más nerviosa. Ailish había apretado los labios con fuerza y su madre la acabó sacudiendo por los hombros

para que le hiciera caso—. ¡Te estoy hablando, señorita! ¡Haz el favor de contestarme de una vez!

—No ha sido culpa suya, Rhiannon —intervino Oliver de repente—. Ha sido culpa mía. Solo mía.

Presentaba un aspecto tan digno de lástima como Ailish, totalmente empapado y cubierto de barro y briznas de hierba, pero sus ojos estaban llenos de determinación.

—Me he encontrado con su hija mientras recorría los jardines después de comer —siguió diciendo mientras Ailish conseguía soltarse, roja de vergüenza—. Estábamos dando un paseo y sin darnos cuenta... nos hemos alejado demasiado del castillo. Se ha puesto a diluviar tanto que no nos hemos atrevido a desandar el camino hasta estar seguros de que no nos ocurriría nada. Toda la colina está inundada; habría sido una locura tratar de alcanzar Maor Cladaich en plena tormenta. Eso es lo que ha sucedido.

Rhiannon permaneció callada mientras Ailish se quitaba en silencio el abrigo chorreante que Oliver le había puesto para dejarlo sobre el respaldo de una silla.

—Eso es lo que ha sucedido... —repitió la mujer, sin apartar los ojos de los del joven.

—Nada más que eso —le aseguró Oliver—. Comprendo que se haya puesto nerviosa por nuestra culpa, pero le ruego que no se lo reproche a Ailish. Ella no ha hecho nada...

—Ah, pues a mí me parece que tengo muchas cosas que reprocharle. Y también a usted, señor Saunders, por lo que parece. —Rhiannon respiró hondo; era evidente que se esforzaba por serenarse—. Si la tormenta era tan terrible, ¿dónde se han metido durante todo el tiempo? ¿O es que va a decirme que han pasado todas estas horas a la intemperie?

—Por supuesto que no. Hemos estado... —Oliver se quedó callado un momento. Miró de reojo a Ailish, que asintió con la cabeza en silencio—. En una pequeña cueva que se encuentra al pie del acantilado. Ha sido una suerte que diéramos con ella. De lo contrario...

Pero Rhiannon no podía atender a sus explicaciones. Había reparado en el gesto casi imperceptible de Ailish. Y aquello le había hecho temerse lo peor.

—Una cueva. Los dos completamente solos en una cueva. ¿Realmente me considera tan necia como para creer esa historia, señor Saunders? ¿A qué piensa que está jugando?

—Ah, por el amor de Dios —exclamó Ailish sin poder contenerse—. Hace un instante estabas a punto de besar el suelo que Oliver pisaba por haberme traído a casa sana y salva, ¿y de repente te atreves a echarle en cara que se haya quedado a solas conmigo?

—¡No me levantes la voz, jovencita! ¡Ahora no estoy hablando contigo sino con él!

—¡No pienso callarme! Los problemas que tengas con Oliver también los tendrás

conmigo. Estamos comprometidos, mamá, tanto si te gusta como si no.

Rhiannon se quedó mirándola con horror.

—¿Qué estás...? —fue lo único que pudo articular—. ¿Qué demonios estás diciendo?

—Lo que has oído. Estamos enamorados y no dejaremos que nada nos separe.

—Tiene que ser una broma. Algo de muy mal gusto, Ailish, te lo aseguro...

—Una broma muy curiosa en una noche como esta —repuso la muchacha—. Pensé que conocías mejor mi sentido del humor. O mejor dicho mi carencia absoluta de él, ya que hasta que Oliver apareció en nuestra casa no había casi nada que me hiciera sonreír.

Se acercó más a él, arrastrando su empapado vestido, y se refugió entre sus brazos sin dejar de mirar a su madre a los ojos. Oliver la apretó contra sí sin pronunciar palabra.

Lionel abrió la boca, pero por una vez en su vida no supo qué decir. Alexander y August se habían quedado paralizados por la noticia. En cuanto a las demás personas que había en el vestíbulo, los únicos que se atrevían a hablar entre ellos en susurros eran los criados.

—Comprometidos... —susurró Rhiannon tras un silencio que pareció durar un siglo.

—Sí —susurró Ailish contra el chaleco de Oliver—. Lo hemos decidido esta tarde, así que no podrás decir que hemos tardado demasiado en contártelo. Y no teníamos por qué hacerlo tan pronto; al fin y al cabo es asunto nuestro. Somos dos personas adultas que...

Para su sorpresa Rhiannon se echó a reír, aunque su risa fue la menos alegre del mundo. Sus ojos grises parecían echar chispas.

—Perdona que te lleve la contraria, mocosa, pero aún eres menor de edad. Nunca podrás tomar una decisión como esa sin consultármelo primero. ¡Soy responsable de ti!

—¡Yo haré lo que se me antoje! —gritó Ailish; al señor Rivers le sorprendió tanto su reacción que dio un salto, y el señor Delancey enarcó las cejas, sin dejar de atender a lo que ocurría—. Durante dieciocho años me has tenido encerrada en este maldito castillo sin dejarme hacer nada de lo que quería. ¡Durante dieciocho años me has prohibido vivir de verdad solo porque tenías miedo de que algún día pudiera dejarte! ¡Pero no puedo seguir soportando esta situación ni un solo día más!

—¿Qué situación has tenido que soportar? —preguntó Rhiannon en el mismo tono de voz; ella también se había puesto roja de rabia—. ¡Te he dado todo el amor que una madre podría llegar a sentir por su hija! Sabes que nunca te ha faltado nada a mi lado.

—¡Me ha faltado mi vida! —profirió Ailish con lágrimas en los ojos—. Una en la que no tuviera que estar siempre encerrada, que pudiera compartir con quien quisiera. Por fin he encontrado a la persona con la que quiero hacerlo, mamá. Y nada de lo que

tú...

Ailish no pudo continuar; Rhiannon la agarró de un brazo para apartarla de Oliver.

—¡Suéltame! ¡Suéltame ahora mismo! ¡No te atrevas a separarme de él!

—¡Déjela en paz! —gritó Oliver. Quiso acercarse a ellas pero no fue lo bastante rápido; Alexander y Lionel se apresuraron a sujetarle los brazos.

—Estate quieto —le aconsejó el profesor en voz baja—. No lo estropees más...

—Esto ha durado demasiado —dijo Rhiannon con voz temblorosa, mientras Ailish seguía forcejeando para tratar de soltarse—. Ha sido culpa mía, únicamente mía. Dios sabe lo irresponsable que he sido al permitirlos pasar tanto tiempo juntos, pero no volveré a cometer el mismo error. Vosotros —les hizo un gesto a dos criados que atendían a la escena en silencio—, llevad a la señorita O’Laoire a su dormitorio. No permitáis que salga de allí hasta que yo lo ordene. Si dejáis que ponga un solo pie en el pasillo os arrepentiréis.

Los muchachos asintieron con la cabeza y cada uno agarró un brazo de Ailish para conducirla hacia la escalera. No fue una tarea fácil; la chica se revolvía como una fiera.

—¡No me toquéis! ¡No me pongáis las manos encima! ¡No tenéis derecho!

—Por favor, Rhiannon —le pidió Alexander sin dejar de sujetar a un Oliver cada vez más furioso—. Esto no tiene ningún sentido. Comprendo que le duela que tomaran una decisión tan importante sin consultarlo primero con usted, pero...

—¡Oliver! —volvió a chillar Ailish desde lo alto de la escalera antes de desaparecer con los criados—. ¡Oliver, no! ¡No!

—Está cometiendo el peor error de su vida —dijo Lionel en voz baja cuando la puerta se cerró a sus espaldas.

—No recuerdo haberle pedido en ningún momento su opinión, señor Lennox.

—Lionel tiene razón —intervino August lo más suavemente que pudo—. No conozco de nada a su hija, señora O’Laoire, pero me da la sensación de que lo que asegura sentir por nuestro amigo no es solamente un capricho. No le servirá de nada enfrentarse a ella.

—Nunca ha sido un capricho —articuló Oliver sin apartar los ojos de la escalera por donde se habían llevado a la muchacha—. Todo lo que Ailish ha dicho es cierto. Estamos enamorados...

—Basta —murmuró Rhiannon, tapándose los oídos—. Me niego a saber nada más.

—Con esto no conseguirá que la quiera menos. Ni aunque trate de poner un mar de distancia entre los dos renunciaré a Ailish. ¡La quiero, Rhiannon! ¡La quiero de verdad!

—¡Basta, he dicho! ¡Cállese antes de que le eche de mi casa mientras aún sea mía!

El último grito de Rhiannon logró reducir a Oliver al silencio, pero en la mirada

que le dirigió había tanto rencor que algunas de las doncellas retrocedieron asustadas.

Rhiannon dejó escapar un suspiro, pasándose una mano ansiosamente por el pelo.

—Tal vez deba hacerlo —susurró transcurridos unos segundos. Volvió a mirar a los cuatro ingleses—. Sí, creo que lo mejor será que se marchen. Siento mucho que las cosas hayan terminado de esta manera, pero comprenderán que no puedo exponerme a que...

—¿Cómo dice? —se escandalizó Lionel—. ¿Después de lo que hemos hecho por usted?

—Les agradezco mucho su ayuda. Sé perfectamente que sin su colaboración nunca habría logrado atraer la atención de ningún candidato a propietario de Maor Cladaich. Pero no pienso quedarme de brazos cruzados mientras por culpa de uno de ustedes se resquebraja el precario equilibrio que aún pudiera haber en mi vida familiar. El bienestar de mi hija me importa mucho más que este castillo. No puedo seguir corriendo riesgos.

Tuvo que volver la cara cuando su mirada se encontró con la de Alexander, en la que se daban la mano la comprensión, la decepción y la tristeza. Al profesor no le dio tiempo a decirle lo que pensaba de su decisión; la señorita Stirling se aclaró la garganta.

—Toda esta epopeya familiar me ha resultado de lo más emocionante, pero parece que se les ha olvidado que ahí fuera hay una criatura que ha vaticinado la muerte de uno de nosotros. —Señaló con un dedo los cristales sacudidos por la lluvia—. ¿No sería más prudente dejar para mañana esta discusión? Llámenme extravagante, pero me preocupa más conservar la vida que enterarme de lo que acaba ocurriendo entre la señorita O’Laoire y el señor Saunders. Y me atrevería a decir que a la *banshee* también le trae sin cuidado.

Sus palabras consiguieron que el inspector Fitzwalter abandonara su mutismo. Se había limitado a asistir en silencio a la pelea que había tenido lugar delante suyo por no considerar que el tema entrara dentro de sus competencias. Sin embargo, cuando oyó a la bella extranjera asintió con gravedad. Se acercó un poco más a Rhiannon.

—Me parece que lo más prudente será prepararnos para pasar la noche. Si usted lo permite, señora O’Laoire, haré que mis hombres se encarguen de patrullar durante las próximas horas por el interior de Maor Cladaich. Teniendo en cuenta lo que ha ocurrido en las anteriores ocasiones en las que se ha oído a su *banshee*..., no creo que nos debamos tomar a la ligera su advertencia. No si está en juego la vida de uno de ustedes.

Rhiannon cabeceó en señal de asentimiento, aunque parecía encontrarse muy lejos del vestíbulo. Había clavado los ojos con creciente congoja en lo más alto de la escalera.

—¿Haría el favor de dejarme las llaves del castillo durante esta noche? —le pidió el inspector. Rhiannon volvió a asentir, entregándole un pesado manojó de llaves que sacó de entre los pliegues de su vestido—. Me aseguraré de que todas las puertas

quedan bien cerradas; no quiero correr el riesgo de que alguien se cuele desde el exterior.

Poco a poco los criados se empezaron a poner en movimiento para regresar a las habitaciones del servicio. Era evidente que la improvisada reunión había tocado a su fin.

—Creo que lo mejor será que me retire a mi dormitorio —susurró Delancey.

—Yo también opino lo mismo —coincidió Archer—. Gracias de nuevo por la decisión que ha tomado, señora O’Laoire. Le aseguro que no se arrepentirá de dejar su castillo en mis manos. Ya verá como cuando se marche con su hija a su nuevo hogar, todo esto le parecerá un suceso sin importancia. ¡Es hora de que comiencen una nueva vida juntas!

Rivers siguió a su jefe escaleras arriba, y lo mismo se dispuso a hacer la señorita Stirling. La inquietud por la *banshee* no había apagado del todo el despecho de su mirada.

—Una cosa más... —le dijo a Rhiannon con una mano apoyada en la balaustrada—. El señor Lennox tenía razón al advertirle que está cometiendo el peor error de su vida. Rece para no tener que arrepentirse nunca de esto. Y no me refiero a haber escogido a Archer en vez de a mi patrón, sino a lo que le está haciendo a esa hija a la que dice querer tanto.

Rhiannon ni siquiera se molestó en contestarle. La señorita Stirling desapareció en el primer piso justo cuando un reloj empezaba a desgranar once campanadas.

—Oliver, estás temblando como una hoja —le susurró Alexander. Apoyó una mano en su frente para asegurarse de que no se había puesto enfermo—. Creo que necesitarías tomar algo caliente antes de acostarte. Vamos, acompáñanos un momento a la cocina...

—No quiero nada —murmuró Oliver—. Marcharme con Ailish de aquí y no tener que regresar nunca más a este lugar; eso es lo que realmente necesitaría ahora mismo.

—Mañana lo verás de otra manera —le dijo August en tono tranquilizador.

—Sí, aunque tendrás que verlo desde el pueblo —comentó Lionel sin poder ahogar su resentimiento—. ¡Esperemos que aún queden habitaciones libres en The Golden Pot...!

Tampoco Rhiannon dijo nada en esta ocasión. Siguió de pie en el mismo lugar, con los labios apretados, la barbilla temblorosa y los puños aferrados a los pliegues de su vestido manchado de barro. Lionel sacudió la cabeza mientras conducían a Oliver hacia la cocina. Alexander se detuvo un momento a su lado antes de seguir a sus amigos.

—Por mucho que le cueste creerme, adivino qué es lo que la ha hecho reaccionar de esta forma —le susurró—. Pero que usted no tuviera suerte no quiere decir... que a su hija le tenga que suceder lo mismo. Sé que Oliver nunca la abandonaría. ¿Y si su amor sí fuera de verdad?

Rhiannon se tapó la cara con las manos. Alexander prefirió dejarla a solas para

que pudiera reflexionar sobre lo ocurrido, aunque cuando estaba a punto de descender la estrecha escalera le pareció oír la sollozar como si también ella fuera una *banshee*.

Encontró a sus amigos en la cocina. Oliver se había dejado caer en una maltrecha silla de mimbre mientras August rebuscaba en una de las alacenas para encontrar alguna bebida que ofrecerle. También estaba allí uno de los hombres de Fitzwalter, comprobando que la puerta trasera de Maor Cladaich estuviera bien cerrada. Cuando estuvo seguro de que así era, se despidió de los ingleses y se fue a reunir con los demás.

August había dado con una botella de vino de Málaga que Maud debía de usar en algunas de sus recetas. Le sirvió medio vaso a Oliver, poniéndose en cuclillas a su lado.

—Cambiaré de opinión en cuanto pasen unas cuantas horas —le aseguró. El joven no dijo nada; se limitó a beber en silencio con la mirada sumergida en el licor dorado—. La señora O’Laoire no puede tener nada en tu contra. Estoy convencido de que hasta esta tarde tu comportamiento ha sido ejemplar. ¿Qué más podría desear para su única hija?

—Un rico heredero —contestó Oliver en voz baja—. Alguien capaz de ofrecerle algo más que una habitación en un college de Oxford. Dios santo, no entiendo cómo he sido tan imbécil... —Dejó el vaso sobre la mesa, hundiendo la cara en sus manos como lo había hecho Rhiannon poco antes—. Nunca he sido digno de ella. No podría aspirar a conseguir su mano por mucho que me esforzara —murmuró—. ¿Qué importa que Ailish sienta por mí lo mismo que yo siento por ella si lo que quiere Rhiannon es dársela al mejor postor?

—Estás muy equivocado, Oliver —le aseguró Alexander con tristeza—. Rhiannon no tiene más problemas contigo que los que podría tener con cualquier otro hombre que se atreviera a rondar a su hija. Para ella sigue siendo una niña a la que tiene que proteger...

—No estoy tan seguro de lo que dices —rezongó Lionel—. Apuesto a que si Archer le pidiera su mano con todo lo que contiene Maor Cladaich para ese heredero que tiene trabajando en Nueva Orleans, no dudaría en entregársela. Y lo mismo habría hecho con el príncipe Dragomirásky si no le resultara tan sumamente antipático por razones que desconocemos. Los nobles nunca cambiarán, Alexander. Ni siquiera tu querida Rhiannon.

El profesor prefirió guardarse sus opiniones, especialmente cuando Lionel mencionó a aquel personaje. «El hermano de Ailish —se dijo sombríamente—. Si Oliver supiera que en realidad es una princesa... ¡Si la propia Ailish descubriera esto...!»

No tenía sentido que le diera vueltas; Rhiannon nunca consentiría que le contaran a Ailish quién era su auténtico padre. Tal vez ese fuera el motivo de que quisiera quitarse de encima a Alexander y sus amigos cuanto antes. Lionel se apartó de la pared en la que se había apoyado para acercarse a Oliver. Puso una mano en su

hombro.

—Lo siento, Oliver. Lo siento de verdad. Todos sabemos lo mucho que significa esa chica para ti. —Se quedó callado un momento antes de añadir, en un tono que trataba de imitar sin mucho éxito su desenvoltura usual—: Bueno, al menos te queda el consuelo de haber podido disfrutar de sus encantos aunque solo haya sido durante una tarde...

—¡Lionel! —exclamó August, escandalizado—. ¡No es momento de hacer bromas!

—Solo trato de quitarle hierro al asunto. Oliver está destrozado ahora mismo, sí, es comprensible. Pero dentro de unos días comenzará a verlo de otra manera. Cuando estemos de vuelta en Oxford, el recuerdo de Ailish dejará de torturarlo como lo hace ahora. Se acabará convirtiendo en una experiencia más de su vida, una especialmente importante teniendo en cuenta que le ha permitido dar de una vez el paso a la madurez...

—No hemos hecho nada de lo que te estás imaginando, Lionel —murmuró Oliver.

—¿Cómo que no? ¿Qué rayos se puede hacer tantas horas atrapados en una cueva?

—Hablar. Hablar de cosas que Rhiannon no quería que descubriera nadie más. —Y ante las miradas de desconcierto de sus amigos, Oliver añadió con cansancio—: Ailish es una especie de médium. Más bien una vidente dado que no puede interactuar con los muertos sino con el aura que rodea a los objetos físicos. Tiene el don de la psicoscopia.

Aquella noticia cayó como una bomba en medio de la cocina. August se puso muy despacio en pie, y Alexander acortó de inmediato la distancia que le separaba de Oliver.

—¿Psicoscopia? ¿Lo dices en serio? ¿Por qué no nos lo has contado antes?

—Porque lo he descubierto esta tarde. Todo lo que se cuenta de ella en Kilcurling, las historias que han difundido los vecinos desde que era pequeña... son parcialmente ciertas, pero no es ninguna bruja. Rhiannon la encerró en Maor Cladaich para impedir que pudieran hacerle daño. Debía de pensar que si la mantenía apartada del mundo real nada conseguiría ponerla en peligro. Aunque ahora, por mi culpa... todo ha cambiado.

Tuvo que callarse cuando la puerta de la cocina se abrió y Jemima apareció en el umbral con cara de pocos amigos. Se abrió camino de mala manera entre Alexander y August para sacar un vaso de la misma alacena que el clérigo acababa de dejar abierta.

—La señora quiere que le lleve un poco de leche a su hija —dijo tratando de romper aquel incómodo silencio—. No sé para qué me molestó; seguro que me lo tirará a la cara...

—¿Cómo se encuentra ella, señorita Lawless? —preguntó Oliver en voz muy

baja.

—Mal —fue su desabrida respuesta—. Peor que nunca, y eso que llevo muchos años soportando sus cambios de humor. Se ha tirado encima de la cama y no deja de llorar a gritos. Me va a estallar la cabeza como siga así. Se empeña en llamarle una y otra vez, y se niega a mirar a su madre por mucho que trate de hablar con ella. —Cogió una botella de leche que alguna de las criadas había colocado en una esquina de la mesa para llenar el vaso—. Creo que se ha desquiciado por completo —continuó—. Ya sé que siempre lo ha estado, pero esto ha acabado con ella. Supongo que estará orgulloso, señor Saunders...

—Haz el favor de morderte la lengua —le espetó Lionel.

Jemima no le contestó. Devolvió la botella a la mesa y salió de la cocina, pero Oliver corrió para alcanzarla antes de que pudiera subir la escalera. La agarró de un brazo.

—Jemima, por favor... Necesito que Ailish comprenda que... que nada de lo que haga su madre conseguirá que deje de pensar en ella. Dígaselo de mi parte, se lo ruego...

—Dudo que quiera escucharme —replicó la doncella—. Para hacerlo tendría que dejar de gritar unos segundos. Y me parece que eso no entra en sus planes.

Dio un tirón para soltarse de su mano, pero Oliver no podía dejar que se fuera aún.

—Dígale que esperaré en Kilcurling el tiempo que haga falta. Que no me marcharé de Irlanda sin llevarla conmigo. Que me casaré con ella, pase lo que pase... ¿Lo hará por mí?

Jemima le escuchó en completo silencio. Siguió sosteniéndole la mirada a Oliver con el semblante más inexpresivo del mundo, hasta que sus ojos se desviaron hacia los de Lionel. Algo parecido al odio reverberó un momento en sus pupilas, aunque cuando volvió a prestar atención al muchacho lo hizo con una sonrisa. Asintió con la cabeza.

—Por supuesto, señor Saunders. Confíe en mí. —Y se escabulló escaleras arriba.

Oliver se permitió respirar. Dejó que Alexander y August lo condujeran de vuelta a la cocina, pero Lionel aún se quedó un rato en el umbral. Observaba el recodo detrás del cual había desaparecido Jemima con un inquietante presentimiento atenazándole el estómago.

Tanto Ailish como la *banshee* siguieron gritando durante toda la noche, de modo que nadie pudo pegar ojo en Maor Cladaich. Oliver había conseguido calmarse un poco gracias al vino que le habían dado, aunque el efecto no había sido exactamente el que esperaban y sus amigos no tuvieron más remedio que subirlo en volandas a su cuarto. Después de dejarlo acostado, Alexander acompañó a August a la pequeña alcoba que Rhiannon había mandado preparar para él y se retiró a la suya propia. Lionel también lo hizo, aunque estaba seguro de que no lograría conciliar el sueño con un espíritu sollozando sin parar al otro lado de los cristales. Ni siquiera se molestó en quitarse la ropa; se quedó de pie durante mucho rato en mangas de camisa contemplando cómo la lluvia sacudía las ramas de los árboles más cercanos. El ruido que hacían al golpear los muros del castillo parecía marcar el compás de los alaridos de dolor de la criatura. Finalmente, cuando comprendió que aquella prometía ser la noche más improductiva de su vida, se apartó de la ventana con un suspiro de resignación. Era evidente que no serviría de nada meterse en la cama para tratar de descansar, así que se puso las zapatillas y se acercó a la puerta de su dormitorio, abriéndola con cuidado para evitar que chirriaran los goznes.

Por suerte no se encontró con ninguno de los hombres de Fitzwalter apostado en el corredor. Sabía que estarían patrullando por Maor Cladaich hasta el amanecer, así que se apresuró a recorrer el segundo piso del castillo antes de que pudieran detenerle. Una idea bastante atrevida había acudido a su cabeza, algo que si salía bien podría reportarle a la larga tantos beneficios en el plano profesional como en el personal. «No puedo irme de aquí sin intentarlo. He de hablar con ella a solas una última vez, cueste lo que cueste.»

Le había oído decir que la puerta de su dormitorio era una de las primeras al acceder al ala sur por la escalera principal. Corría el riesgo de despertar a Delancey, a Archer o a Rivers en su lugar, pero merecía la pena intentarlo. Se pasó una mano por el pelo alborotado, se remitió la camisa dentro de los pantalones y se detuvo ante la puerta que esperaba que fuera la suya. Desde luego, no era el atuendo más elegante con el que había tratado de seducir a una dama, pero no había tiempo para más.

Conteniendo el aliento, dio unos golpes con los nudillos rogando que no estuviera dormida. Durante un rato reinó el silencio al otro lado; después oyó el susurro de una tela arrastrándose sobre la alfombra y un «¿Quién es?» tan quedo que apenas pudo entenderlo.

—Soy yo, señorita Stirling. Soy el señor Lennox.

—Son casi las tres de la madrugada. ¿Se puede saber qué quiere?

Lionel no pudo reprimir una sonrisa al darse cuenta de que seguía rabiosa.

—Sé que no es demasiado cortés por mi parte, pero... me preguntaba si me dejaría despedirme de usted. Ya oyó a la señora O'Laoire: mañana tendremos que irnos de aquí...

—Qué conmovedor —replicó la voz de la señorita Stirling—. ¿Pero quién me asegura que no ha traído un cuchillo para rebanarme la garganta en cuanto le deje entrar en mi dormitorio? ¿Cree que alguien inteligente le abriría la puerta en una noche como esta?

—¿Para qué querría rebanarle la garganta? —quiso saber él sin dejar de sonreír.

La joven guardó silencio mientras Lionel se apoyaba en el marco de la puerta.

—Mis granates de Bohemia, por ejemplo. Si sus intenciones fueran perversas, apuesto a que trataría de colocarlos en el mercado negro de Inglaterra. Es muy de su estilo, ¿no?

—Mi querida señorita Stirling, si mis intenciones fueran perversas le aseguro que en menos de un minuto estaríamos desordenando las sábanas de su cama. Pero me temo que esta noche no albergo más que buenos sentimientos. No tiene nada que temer de mí.

Hubo un breve sonido al otro lado de la puerta que Lionel creyó identificar como una risa. Finalmente oyó con alivio el ruido que hacía la llave al girar dentro de la cerradura y la puerta se abrió para permitirle contemplar a la señorita Stirling. Como imaginaba, aún no se había acostado. Llevaba el cabello suelto sobre los hombros, cayendo en pesadas ondas negras por encima de un camisón de encaje y de un *négligé* de satén plateado que se había atado alrededor de la cintura con un lazo del mismo color.

—Vaya... —comentó Lionel sin abandonar su despreocupada postura pese a haberse quedado sin aliento al verla—. Ya no estoy tan seguro de que mis sentimientos sean buenos.

La joven se echó a reír de nuevo, sacudiendo la cabeza mientras se apartaba a un lado para que pudiera pasar. Lionel se llevó una sorpresa al darse cuenta de que el dormitorio de la señorita Stirling casi duplicaba el tamaño del suyo. Las altas vidrieras que rasgaban los muros, cuatro en total, le permitieron comprender que estaba situado justo encima de la puerta principal. Había una cama de proporciones imperiales a la derecha y un coqueto tocador lleno de tarros de crema y frascos de perfume en el que ardía una palmatoria. Sus joyas, como había imaginado, no se encontraban a la vista. «Chica lista», se dijo Lionel mientras la *banshee* rompía a sollozar de nuevo.

—Es incansable, ¿verdad? —dijo en voz baja, señalando las vidrieras con la barbilla.

—Es absolutamente insoportable —repuso la señorita Stirling—. Si sigue así una hora más acabaré volviéndome loca. Me dan ganas de tirarle una sandalia para que se calle.

Lionel se rio entre dientes mientras la señorita Stirling cerraba la puerta con llave.

—Creo que incluso sacaría de sus casillas a Su Alteza Real. Lo cual sería realmente extraordinario; nunca he visto que nada lo haya hecho.

—Y sin embargo Su Alteza Real deseaba adquirir el castillo con *banshee* y

todo...

—No se confunda, señor Lennox. En ningún momento le he dicho que los planes de mi patrón implicaran trasladarse a Maor Cladaich. Lo que realmente le llama la atención de esta fortaleza es su poderosa conexión con lo sobrenatural. Algo que, me atrevería a decir, nunca perturbará el muy norteamericano sueño de su futuro propietario. —De nuevo el rencor hizo brillar sus ojos como dos carbones—. Apuesto a que en este momento se encuentra roncando en su cama sin que los sollozos de la *banshee* logren incomodarlo en absoluto.

—Siempre le quedará la opción de negociar con Archer —apuntó Lionel—. Es cierto que dejó muy claras desde el principio sus intenciones de que Maor Cladaich pasara a formar parte de su cadena hotelera, pero si ustedes contraatacan con una nueva oferta...

—Ya veremos —repuso la señorita Stirling, dejándose caer con elegancia en un diván apoyado contra la pared opuesta a la cama—. Tendré que mover mis piezas con cuidado.

Mientras hablaban Lionel se había acercado despreocupadamente a su tocador. La señorita Stirling se inclinó hacia delante para recolocar los encajes que asomaban bajo su *négligé*, momento que aprovechó él para echar un vistazo a su cepillo. Le había dado la impresión de que había algo grabado en el marfil: una única letra, una *T* mayúscula.

Era evidente que había pertenecido a otra mujer antes que a ella. Si se lo hubiera regalado alguien, su patrón, por ejemplo, las iniciales tendrían que haber sido M. E. S.

—Precisamente quería hablarle de esa... debilidad que su adorado príncipe siente por lo sobrenatural. —Se volvió de nuevo hacia la joven—. La encuentro de lo más interesante.

—Mi adorado príncipe no siente debilidades —sonrió la señorita Stirling.

—¿Ni siquiera por usted? Permítame que lo dude —dijo Lionel, y ella se rio en voz baja, apoyando el codo izquierdo sobre un brazo del diván y la barbilla en la palma de su mano morena—. Sé que no es el momento más adecuado para hablar de asuntos como este —siguió diciendo Lionel antes de perder el hilo—, pero le agradecería mucho que hiciera llegar mis saludos a su patrón y le dijera de mi parte que puede contar conmigo para cualquier cosa relacionada con la arqueología. Cuando regresemos a Oxford no tendré nada de lo que ocuparme, así que no me vendrían nada mal un par de encargos interesantes. Piénselo, y si le parece que a Su Alteza Real podría resultarle de utilidad... no dude en ponerse en contacto conmigo.

La señorita Stirling le escuchó con atención sin abandonar su postura de odalisca agotada por el peso de su propia belleza. Cuando acabó arqueó una de sus oscuras cejas.

—Su propensión a la mentira me fascina, señor Lennox. Cuando llamó a mi puerta dijo que lo que quería era despedirse de mí antes de marcharse del castillo...

—Ambas cosas son perfectamente compatibles —le aseguró Lionel—. Aunque debo reconocer que una me resulta más placentera que la otra. Sé que se encontrará más que acostumbrada a que se lo digan —continuó sin poder reprimirse por más tiempo—, pero el hechizo que desprende... me tiene hipnotizado.

—No me diga —sonrió de nuevo la joven—. Qué halago supone esto para mí. Aunque me duele saber que en su escala erótica me ha puesto a la misma altura que a una criada.

Aquellas palabras lo dejaron paralizado durante unos segundos.

—¿Cómo... cómo ha adivinado usted lo que Jemima y yo hemos estado...?

—Tengo ojos en la cara, señor Lennox. Bastante hermosos, por lo que me han dado a entender —le respondió ella con desenvoltura—. A veces todo esto que tanto le ha hipnotizado puede ser una especie de maldición. Estoy acostumbrada a que las mujeres me odien, pero en el caso de esa chica, Jemima, o como quiera que se llame, se trata de un rencor tan manifiesto que me he obligado a mí misma a mantenerme alerta. Anoche, por ejemplo, le pedí que me subiera una taza de té antes de meterme en la cama. Si no hubiera sido por mis reflejos, me lo habría tirado encima del camisón; por lo menos me dio tiempo a agarrarle la muñeca antes de que lo hiciera. Lo cual no le sentó nada bien, por supuesto. —Guardó silencio un momento antes de añadir—: Espero que no le queden marcas o tendré que darle una explicación a la señora O’Laoire. No es muy elegante encargarse una misma de castigar las groserías de los criados de los demás.

—Puede que realmente se tratara de un accidente —dijo Lionel sin poder ocultar del todo su sorpresa—. Jemima puede ser muy impulsiva cuando se enfada, pero eso no es...

La señorita Stirling dejó escapar un resoplido. Apoyó las palmas de las manos en el diván para ponerse en pie, con sus encajes rizándose como espuma entre sus tobillos.

—¡Vamos, no trate de defenderla, señor Lennox! Si las miradas matasen me habría convertido en un montón de ceniza en cuanto crucé el umbral de Maor Cladaich. Le repito que esa chica no es trigo limpio. Vendería su alma por poder marcharse de aquí.

Antes de que Lionel supiera qué contestarle, una poderosa ráfaga de viento sacudió las ramas de los tejos cercanos a la casa, y la cortina de agua que caía sobre los jardines cambió de dirección para impactar ruidosamente contra los cristales del dormitorio. Los dos se volvieron hacia las vidrieras al mismo tiempo. Las maltrechas ramas que se adivinaban detrás de los fragmentos de color azul, rojo y verde hacían pensar en unos dedos que ascendieran temblorosamente por los muros del castillo, peleándose con los seguros que la señorita Stirling había colocado uno a uno cuando subió a su habitación.

—Vaya, parece que le he dejado sin palabras —comentó cuando resultó evidente que Lionel no pensaba decir nada—. ¿He cometido un error al insultar a su Jemima?

¿Sigue ostentando el honor de haberse convertido en su favorita pese a su increíble vulgaridad?

—No se trata de eso —murmuró Lionel—. Acabo de darme cuenta de una cosa que...

Frunció el ceño mientras daba un paso hacia la vidriera más alejada. La señorita Stirling le siguió con los ojos, cada vez más extrañada. Apoyó las manos en las caderas.

—¿Ahora resulta que su pasión por la arqueología se hace extensiva a las vidrieras?

—He visto antes esa decoración —murmuró Lionel. Señaló con un dedo el alargado rompecabezas de cristal—. Ese león y ese barco... No recuerdo dónde, pero los he visto...

Enmudeció cuando un grito se elevó de repente al otro lado de las crepitantes planchas de colores. Un chillido que no tenía nada que ver con los sollozos ahogados de la *banshee*, un alarido que era humano, demasiado humano, y que parecía contener más horror que tristeza. La señorita Stirling también dejó escapar una exclamación al oírlo.

—¿Qué se supone que ha sido eso? ¡Ha sonado como si desollaran vivo a alguien!

—A una mujer —contestó Lionel, muy pálido—. ¡Rápido, ayúdeme a abrir la ventana!

Casi tropezaron con la alfombra en su precipitación por alcanzarla. Tuvieron que forcejear durante un rato con los seguros, luchando por desencajar las barras de hierro que el tiempo había oxidado, mientras la mujer que gritaba en los jardines, quienquiera que fuese, seguía vociferando aterrorizada. Cuando al fin se las ingenieron para abrir la ventana, una descarga de agua les golpeó la cara, mojándolos de los pies a la cabeza. La señorita Stirling masculló algo que sonó a *átkozott helyen* y se puso detrás de Lionel para que no se le emparara el pelo. Tuvieron que esperar a que la lluvia cambiara de nuevo de dirección para apoyarse en el alféizar y tratar de distinguir algo en los jardines inundados.

—No consigo ver nada —se quejó Lionel, frotándose los ojos—. ¡Esta maldita agua...!

—¡Allí! —exclamó de repente la señorita Stirling, agarrando la manga de su camisa—. ¡Al lado de esa escultura! ¡Esa mancha blanca agachada en la hierba!

Lionel siguió la dirección de su dedo hasta que consiguió reparar en lo que estaba señalando. Había alguien en los jardines. Una mujer envuelta en un camisón, acurrucada al lado de una segunda silueta, demasiado parecida a un cuerpo sin vida...

—Dios santo —murmuró mientras apartaba a la señorita Stirling para cerrar la ventana—. Tenemos que bajar ahora mismo. No tengo ni idea de lo que ha pasado ni de quiénes son esas personas, pero ha ocurrido algo terrible.

Cuando salieron al corredor se dieron cuenta de que no eran los únicos que se

habían alarmado por aquellos alaridos. Vieron a uno de los hombres de Fitzwalter correr hacia la escalera que conducía al vestíbulo y a Rivers y Rhiannon salir de sus dormitorios. El primero estaba pálido como un muerto, la segunda aturdida y con el cabello recogido con unas cintas medio desatadas. Durante unos instantes los cuatro se miraron en silencio.

—¿También ustedes lo han... oído? —preguntó Rivers atropelladamente.

—No creo que haya nadie en Maor Cladaich que no lo haya hecho —contestó Lionel.

—Casi se me sale el corazón por la boca —murmuró Rhiannon—. Me he asomado a la ventana y me ha parecido ver algo blanco moviéndose entre los árboles... Creo que será mejor que nos reunamos en la planta baja. El inspector tiene todas las llaves del castillo.

Al alcanzar los primeros peldaños de la escalera comprobaron que casi todos los habitantes de Maor Cladaich habían abandonado sus camas. Los miembros más jóvenes del servicio se apiñaban alrededor de Maud con expresiones que oscilaban entre la aprensión y el pánico más absoluto. Alexander y August, en mangas de camisa, estaban hablando entre ellos en voz baja, pero dejaron de hacerlo al reparar en el grupo que bajaba del primer piso.

—No ha sido la *banshee* —declaró el profesor cuando se acercaron a ellos—. La hemos oído llorar durante horas, y estos últimos gritos... no podían proceder de su garganta.

—Ni de la de ningún espíritu —apostilló August—. Tiene que tratarse de alguien vivo.

Hubo ruido de pasos procedentes de las habitaciones del servicio, y cuando se volvieron hacia allí vieron aparecer a Jemima envuelta en su chal, con el pelo revuelto y los ojos desorbitados por el miedo. Y después se produjo un murmullo general cuando en lo alto de la escalera apareció en esta ocasión el inspector Fitzwalter.

A todos les resultó un tanto extraño verle sin su uniforme verde oscuro y su casco de la Royal Irish Constabulary. También iba en mangas de camisa, y ajustaba como buenamente podía los tirantes de su pantalón mientras se abría camino entre la muchedumbre.

—En nombre del cielo, ¿qué significa todo esto? ¿Dónde está la señora O’Laoire?

—Aquí —contestó Rhiannon envolviéndose nerviosamente en el batín que se había echado sobre el camión de cuello alto—. Y antes de que me diga nada, inspector, le juro que no tengo más idea que usted de lo que está pasando. Esta vez no es nuestra *banshee*.

—Eso lo sé de sobra, señora. Le recuerdo que llevo once años viviendo al pie de la colina. He tenido bastantes oportunidades de oírla. —Fitzwalter paseó la vista por la aglomeración de caras pálidas y asustadas hasta que localizó a sus hombres. Hizo un gesto con el mentón para que se acercaran—. Vosotros dos, venid aquí de

inmediato.

Sus subordinados le obedecieron. Seguían siendo unos muchachos; el más joven no debía de tener más años que Jemima y las chicas de Ballybrack. Parecían desencajados.

—¿Habéis dejado salir a alguien de Maor Cladaich en algún momento de la noche?

—No, señor —se apresuró a contestar uno de ellos—. Por lo menos, yo no.

—Tampoco lo he hecho yo, señor. Las órdenes que nos dio fueron muy tajantes.

—Entonces tiene que tratarse de alguien de Kilcurling —comentó el inspector como si hablara más consigo mismo que con los demás—. Pero si hemos asegurado todas las...

Sus ojos se detuvieron en una pequeña sala situada a la derecha del portón principal del castillo. Cuando se dirigió hacia ella, apartando a los criados más cercanos, todos comprendieron qué le había llamado la atención. Las cortinas de la habitación que había pertenecido en el pasado al ama de llaves oscilaban levemente por culpa del viento que se colaba desde los jardines; la ventana que había al lado de la hilera de campanillas estaba entreabierta. Rhiannon dejó escapar un pequeño grito.

—¿Qué significa esto? —bramó el inspector—. ¿No os dije que quería cada una de las puertas cerrada a cal y canto? ¿Qué os hizo pensar que eso no incluía las ventanas?

—¡Creíamos que esta ventana también lo estaba, señor! —se defendió uno de sus subalternos—. ¡Yo mismo entré en esta habitación para comprobar que estaba en orden! ¡Juraría que...!

—Y lo estaba. No ha sido un descuido de nadie. Ha sido... ha sido culpa mía —dijo Lionel de repente. Los tres policías se volvieron de inmediato hacia él—. Siento mucho haberme olvidado de esto —siguió diciendo rápidamente—. Hace unas semanas tuve que salir a los jardines... bastante precipitadamente, por decirlo de alguna manera. La señora O'Laoire había cerrado con llave el portón principal y no me quedó más remedio que...

—¿Forzaste los cerrojos de esa ventana? —se escandalizó Alexander—. ¿Cómo has podido olvidarlo precisamente hoy? ¿Te das cuenta del peligro que hemos corrido por tu culpa?

—¡Ya he dicho que lo siento mucho! ¡Si hubiera tenido la más mínima idea...!

—Por su bien, señor Lennox, y por el de todos nosotros, espero que no tenga más ideas brillantes hasta que se haga de día —le advirtió el inspector en un tono que hizo que Lionel, cosa rara en él, pareciera menguar unos centímetros. Fitzwalter sacó de un bolsillo el manajo de llaves que Rhiannon le había prestado unas horas antes—. Todo el mundo atrás —ordenó con voz de mando—. Lynch, Reynolds, tened las armas preparadas.

Los policías asintieron. Fitzwalter apartó una a una las barras de hierro que trababan el portón desde dentro y abrió con llave las tres cerraduras alineadas una

sobre otra. Las dos hojas gimieron ruidosamente al ser apartadas a ambos lados, aunque no tanto como la persona que seguía sollozando en los jardines. Su llanto no era el mismo de antes, o esa fue la sensación que les dio; ahora el pavor había dejado paso a una congoja que les puso los pelos de punta. De nada sirvió que el inspector les hubiera dado la orden de permanecer dentro. Cuando se aventuró en la selva acuática en la que se habían convertido los jardines, Alexander, August y Lionel le siguieron, justo detrás de sus hombres. Rhiannon también, mordiéndose los labios, y algunos de los criados se sintieron lo bastante audaces como para hacer lo mismo. Los demás permanecieron de puntillas en el umbral, apretándose los unos contra los otros como si el hecho de formar una muralla de cuerpos humanos pudiera ayudarles a plantar cara a cualquier amenaza.

Ya en el exterior, Rhiannon señaló al inspector el lugar donde le había parecido distinguir una forma blanca desde su ventana, y los hombres de la Royal Irish Constabulary avanzaron en aquella dirección, con un brazo levantado para evitar que la lluvia pudiera cegarles y sosteniendo en la otra mano las pistolas. Lionel oyó un correteo detrás suyo; era la señorita Stirling dándose prisa para que no la dejaran atrás.

—¿Qué cree que está haciendo aquí? ¡Hágale caso a Fitzwalter y regrese al castillo!

—Ni en sueños —le contestó la joven tratando de arremangarse la ropa mientras sus pies descalzos buscaban las zonas menos embarradas—. No pienso quedarme de brazos cruzados después de que me hayan privado de una noche de descanso. Quiero saber qué...

No le dio tiempo a continuar. Un nuevo sollozo atravesó la lluvia y la oscuridad, y el inspector Fitzwalter echó a correr colina abajo rodeando unos árboles. Pero de repente se quedó completamente quieto, tanto que sus hombres estuvieron a punto de arrollarle.

—Santa Madre de Cristo... ¿Qué ha pasado aquí? —le oyeron murmurar.

Rhiannon se detuvo a su lado y esta vez sí supieron de quién era el grito que había hecho estremecerse a la noche. Arrodillada en una hondonada, con el cabello cubriéndole la cara como una cortina chorreante, Ailish temblaba como una hoja. A su lado había una escultura tan dañada por la tormenta que la cabeza había acabado rodando sobre la hierba. Lionel adivinó que se trataba de Deirdre de Ulster en cuanto alcanzó a Rhiannon y Alexander: la reconoció por las trenzas cercenadas a la altura de los hombros y el cuervo cubierto de musgo acurrucado a sus pies. Pero no era el delirante estado de Ailish ni el deterioro de la escultura lo que había dibujado expresiones horrorizadas en los rostros que la rodeaban.

La cabeza de Deirdre les contemplaba desde un charco de barro con sus ojos sin pupilas como si estuviera asomándose desde las profundidades. El mismo charco en el que se encontraba tumbado de bruces un hombre despeinado con una camisa de dormir.

—Dios mío —susurró Alexander. Uno de los policías se aproximó con cautela para darle la vuelta al cuerpo—. Daría lo que fuera por estar equivocado, pero me parece que...

El profesor no se equivocaba. El ancho rostro de Reginald Archer, manchado de barro, quedó a la vista de todos. Tenía los ojos desencajados y la boca abierta como si estuviera a punto de soltar un grito.

No necesitaron tomarle el pulso para darse cuenta de que estaba muerto. Ailish no había dejado de temblar; tras el primer momento de parálisis Rhiannon se acercó a ella.

—¡Ailish! ¡Mi pobre Ailish, mi niña! —sollozó rodeándola con los brazos.

—¡Está muerto! —gritó Ailish, cada vez más angustiada.

—Lo sé, lo sé, cariño... Ven aquí, abrázame; no permitiré que te ocurra nada...

—Señor, la cabeza de la escultura —oyeron decir al policía que permanecía de pie al lado de un Fitzwalter que seguía atravesando con los ojos a la sollozante Ailish—. Está manchada de sangre. Y este caballero tiene una herida en la frente que deben de haberle provocado al golpearle varias veces con ella.

Era cierto; de la cabeza de Archer manaba un riachuelo de sangre que se mezclaba con el barro que el destino había querido que fuese su sudario. «Alexander», oyó el profesor que le decían en susurros, y al darse la vuelta comprobó que se trataba de Lionel. «El camisón de Ailish...»

Todos lo vieron al mismo tiempo. Rhiannon había ayudado a su hija a levantarse del suelo, manteniéndola apretada contra su pecho, y la lejana luz procedente de las ventanas encendidas de Maor Cladaich reveló que la tela empapada que se adhería a su cuerpo estaba tan manchada de sangre como la cabeza de Archer.

—Ailish, ¿qué... qué significa esto? —preguntó Rhiannon con voz temblorosa. Sus ojos recorrieron alarmados el camisón de su hija—. ¡Cielo santo! ¡Dime que no es tuya!

—Por supuesto que no es suya —dijo por fin al inspector Fitzwalter.

Unos pasos a sus espaldas hicieron que Lionel y la señorita Stirling se dieran la vuelta. Dos hombres se acercaban procedentes del castillo. Uno era Delancey, al que la conmoción de los criados parecía haber sacado de la cama, y el otro era Oliver. Su mirada aún parecía un poco desenfocada, igual que cuando lo subieron a su habitación.

—¿Qué está pasando? ¿A qué vienen esas caras? ¿Alexander? ¿Lionel? ¿Qué ha...?

Fue enmudeciendo poco a poco cuando descendió a la hondonada y se encontró con el desconcertante espectáculo. Ailish hizo un movimiento para acercarse a él, pero su madre la retuvo a su lado. Durante unos segundos que a los demás les parecieron eternos, Rhiannon y Fitzwalter se sostuvieron la mirada, ella con el pavor más absoluto, él con una mezcla de determinación y de profunda tristeza, hasta que el inspector se aproximó a las dos mujeres. Sus subordinados le siguieron de cerca.

—Lo siento mucho, señora O’Laoire. Lo siento más de lo que pueda imaginar...

—¡No! —chilló Rhiannon, agarrando a Ailish—. ¡No se atreva a...!

Alguien dejó escapar un gemido a espaldas de los ingleses. Era Rivers, que por fin se había atrevido a abandonar Maor Cladaich acompañado por algunos de los criados y acababa de encontrarse con la estremecedora visión del cadáver ensangrentado del que había sido su jefe. Tuvieron que sostenerle para que no se derrumbara como un fardo.

—En nombre de Su Majestad Eduardo Séptimo debo detenerla, Ailish Ní Laoire, por el asesinato de Reginald Archer. Deberá responder ante la ley por el crimen que acaba de...

—¡No! ¡No! ¡No pienso consentirlo, Fitzwalter! ¡Mi hija no puede haberlo hecho!

—No es a mí a quien corresponde juzgarla, señora O’Laoire. —La voz del inspector no contenía ahora más que resignación—. Las pruebas son bastante concluyentes, pero deberá decidirse en Dublín cuando se celebre el juicio. Este es un asunto mucho más grave de lo que pueda pensar. No quisiera ser agorero, pero el señor Archer... bien, se trataba de un caballero muy poderoso. Si se demuestra que ha muerto a manos de su hija...

—¡No he sido yo! —gritó Ailish de repente. Había seguido llorando durante todo el tiempo, pero sus lágrimas de conmoción habían dado paso a otras de pánico—. ¡Yo no he matado al señor Archer! ¿Por qué iba a querer hacerle daño? ¿Qué gano con su muerte?

—Le repito que no es a mí a quien tiene que dar explicaciones. —Fitzwalter le hizo un gesto a uno de sus hombres, que se había adelantado sacando unas esposas. El otro se acercó a Ailish y la apartó con firmeza de Rhiannon para poder colocarle los brazos a la espalda. La muchacha parecía demasiado aterrorizada para defenderse—. Llevadla a la comisaría del pueblo —les indicó el inspector—. Y si es posible... procurad que nadie se entere hasta que la traslademos a Dublín. Me niego a pasar por lo mismo de la otra vez.

Se escuchó un clic cuando las esposas atenazaron las muñecas de Ailish. Hubo un repentino movimiento entre los árboles, y August estuvo a punto de resbalar colina abajo cuando Oliver se precipitó hacia el inspector Fitzwalter, quien apenas tuvo tiempo para protegerse ante su arranque. Ailish soltó un gimoteo, revolviéndose en medio de los dos policías para tratar de acercarse al muchacho mientras Fitzwalter lo empujaba contra el tronco más cercano, inmovilizándole los brazos para impedir que le golpeara.

—Entiendo que esté conmocionado, Saunders, ¡pero haga el favor de tranquilizarse!

—¿Cómo quiere que me tranquilice cuando están cometiendo un grave error? —gritó Oliver. Fitzwalter era mucho más robusto que él, pero a duras penas conseguía controlarle—. ¡Suelten ahora mismo a Ailish! ¡En nombre de Dios, saben tan bien como yo que sería incapaz de asesinar a nadie! ¡No ha sido ella!

—¡Oliver, por favor! —la oyó gritar mientras los policías la conducían hacia el sendero que desembocaba ante la verja—. ¡Oliver, tienes que ayudarme! ¡Oliver!

—¡Están cometiendo un error! ¡Están cometiendo un condenado error, Fitzwalter!

Pero de nada sirvió que gritara ni que luchara con todas sus fuerzas para liberarse de las manos del inspector. Para cuando Oliver consiguió soltarse, jadeando y con los ojos arrasados en lágrimas de impotencia, Ailish había desaparecido con sus captores. Aún la oyeron sollozar ahogadamente antes de que les llegara el chirrido de la verja de Maor Cladaich al abrirse. Solo entonces el inspector Fitzwalter se volvió hacia Oliver.

—Sé que nada de lo que le diga hará que deje de pensar que soy un monstruo —dijo en voz más baja—. Pero como le he explicado a la señora O’Laoire, tan solo estoy cumpliendo con mi deber. Se ha producido el asesinato de un hombre inocente esta noche y por desgracia las evidencias apuntan a la señorita O’Laoire como culpable.

—Usted la conoce desde que era una niña —murmuró Oliver. Aún temblaba de los pies a la cabeza—. Sabe lo que... lo que le ocurrió hace años. ¿No cree que ha vivido bastantes desgracias a estas alturas de su vida? ¿Por qué razón iba a cometer este crimen?

—No lo sé, señor Saunders. Si quiere que le diga la verdad, no creo que la señorita O’Laoire lo hiciera... estando en plena posesión de sus facultades mentales. —Se volvió hacia una Rhiannon a quien la conmoción había convertido en una escultura tan rígida como la Deirdre decapitada por la tormenta—. Pero todos hemos sido testigos de lo sucedido hace unas horas cuando su madre se ha opuesto a su compromiso. El señor Archer no tenía nada que ver con eso, pero no estoy seguro de que ningún juez pudiera pasarlo por alto.

—Es usted un hombre sin corazón —le espetó Lionel. La señorita Stirling permanecía a su lado con los ojos abiertos de par en par—. Va a entregar a esa pobre niña a un juez que lo único que querrá será encontrar una cabeza de turco para evitarse problemas.

En aquel momento se produjo un revuelo entre los presentes cuando Rhiannon se tambaleó antes de caer al suelo. Alexander se acercó precipitadamente para recogerla en sus brazos. La pobre mujer había perdido el conocimiento. El inspector Fitzwalter le lanzó una mirada pesarosa antes de recomponer su semblante para volverse hacia Lionel.

—Ojalá fuera cierto, señor Lennox..., ojalá hubiera nacido sin corazón para que estas tragedias no me afectaran. Me habría ahorrado hace años la peor experiencia de mi vida.

Y dándole la espalda regresó junto al cuerpo inerte de Archer mientras los demás se miraban con la sensación de que lo peor aún estaba por llegar.

**V**  
**La última O'Laoire**

El inspector Fitzwalter no se había equivocado en su predicción. Lo ocurrido aquella noche en el castillo de las O'Laoire se convirtió en cuestión de unas horas en poco menos que un asunto de interés nacional. En los diez días que pasaron antes de que se celebrara el juicio en el que se decidiría la suerte de Ailish, fijado antes de lo que era usual por las crecientes presiones procedentes del otro lado del Atlántico, no quedó una sola persona en Dublín que no se hubiera enterado de lo que le había sucedido al magnate Reginald Archer durante su última visita a la isla. Pronto el apellido O'Laoire se convirtió en el más conocido de Irlanda, aunque no como habrían querido los antepasados de Ailish precisamente.

«El crimen más despiadado cometido en los últimos tiempos», publicó el *Irish Times* en primera plana. «Joven heredera irlandesa asesina a sangre fría al salvador de su clan», anunciaba el titular de un artículo del *Daily Express* que se extendía a lo largo de cinco páginas. «¿Irlanda declara la guerra a América?», se leía en enormes caracteres nada más abrir un ejemplar del *Evening Echo*. La opinión parecía ser bastante unánime en cuanto a las repercusiones que aquello podría tener si el gobierno de Estados Unidos tomaba una muerte aislada como una declaración de intenciones de los habitantes de la isla, en especial teniendo en cuenta que no había sido un asesinato producido durante un robo ni una pelea de taberna, ni la supuesta culpable pertenecía a las clases bajas. A aquello se había sumado la funesta casualidad de que la madre del juez Jeremiah Driscoll, que se encargaría de dictar sentencia sobre el particular, era oriunda de Boston, y al parecer se tuteaba con los Archer desde mucho antes de que naciera aquel magistrado al que todo Dublín conocía como «el Inclemente» por sus preferencias a la hora de impartir justicia.

Todos los que se encontraban en Maor Cladaich aquella noche maldita habían tenido que trasladarse a la capital para testificar en el juicio. El secretario del difunto señor Archer se había marchado con los abogados de su jefe sin despedirse de Rhiannon ni de los ingleses; parecía tener miedo de correr la misma suerte en cuanto bajara un poco la guardia. El señor Delancey, para quien todo aquello no debía de significar más que una pérdida de tiempo, y la señorita Stirling, al parecer muy afectada, habían decidido alojarse en el hotel Gresham, uno de los más lujosos de la ciudad. Los demás acabaron decantándose por un modesto hostel de Temple Bar en el que pudieran construir su base de operaciones durante los angustiosos días que aún estaban por llegar.

En cuanto a Ailish, no habían vuelto a verla desde que los policías le pusieron las esposas para conducirla a la comisaría de Kilcurling. Al día siguiente la trasladaron a la prisión de Kilmainham, un lúgubre mausoleo de piedra cuyo nombre hacía temblar a los criminales por considerarlo poco menos que una antesala de la muerte. Eran muy escasas las personas que se atrevían a acercarse a sus muros; la mayor parte de los dublineses prefería dar un rodeo para no tener que escuchar los alaridos de

desesperación proferidos por los miles de hombres y mujeres hacinados allí. «Una Bastilla moderna —habían dicho los pocos afortunados que consiguieron escapar con vida del lugar, en su mayoría pertenecientes al movimiento feniano—. Nunca ha habido una mazmorra más infernal en la tierra que Kilmainham.»

Nadie sabía qué estaba haciendo Ailish, ni cómo la estaban tratando, ni si el horror por el que tenía que pasar cada día había acabado por trastornarla. No se le permitía recibir más visitas que las que tuvieran que ver con su defensa, ni escribir una sola carta para que se la enviaran a su madre. Era como si la hubieran enterrado en vida.

—Al menos ha tenido la suerte de que no la encerraran en el ala oeste, la destinada a las mujeres —les explicó el señor Moran, el abogado de las O’Laoire, tres días antes de que se celebrara el juicio en Green Street Court. Rhiannon, Alexander, Lionel, August y Oliver habían acudido a su despacho, situado en D’Olier Street, y permanecían apiñados como buenamente podían escuchando en silencio al abogado mientras este recorría la habitación de un lado a otro—. Por lo que tengo entendido lo han hecho a instancias del inspector Fitzwalter. Parece que tenía ciertos contactos de la Royal Irish Constabulary entre el personal de la prisión y se las ha ingeniado para convencerles de que la señorita Ailish no podía sufrir el mismo trato que las demás mujeres a las que a menudo obligan a compartir celdas minúsculas con otras cuatro o cinco criminales. —Se pasó una mano pensativamente por la barba—. No saben cómo me alegro de que por lo menos hayamos podido ahorrarle semejante humillación. Sospecho que en el fondo Fitzwalter se siente culpable, aunque no tuviera más remedio que arrestarla si quería cumplir con su deber.

Era un hombre de escasa estatura, bastante corpulento y con una barba tan espesa que costaba distinguir sus rasgos. A pesar de llevar más de treinta años haciéndose cargo de los asuntos de los O’Laoire, aquella situación parecía desbordarle por completo. Conocía a Ailish desde el día siguiente a su nacimiento; había cenado en tantas ocasiones con Cormac O’Laoire y más tarde con su viuda que había acabado pasando del estatus de profesional al de amigo de la familia. Que la última heredera del clan al que le había jurado lealtad eterna se encontrara al borde del abismo por un crimen que estaba más que seguro de que no había cometido hacía tambalearse por completo su universo.

—Además, me consta que no está sola todo el tiempo —siguió explicándoles—. Según me contó la propia señorita Ailish, un par de religiosas la visitan a diario, las Hermanas de la Caridad del convento de Saint Mary de Stanhope Street. Pasan un par de horas en su celda orando con ella y tratando de preparar su alma para la prueba que la espera. Creo que su historia las ha conmovido; la madre Agnes, la superiora, está convencida de su inocencia, y le ha prometido que en las próximas horas le hará llegar una carta al juez Driscoll suplicándole que se muestre clemente. ¡No todo está perdido, señora O’Laoire!

—Me gustaría creer que no —le contestó Rhiannon sin elevar casi la voz—. No

se hace una idea de hasta qué punto me consolaría poder visitarla como lo está haciendo usted, señor Moran, o estar yo encerrada en su lugar...

Oliver no había abierto la boca en todo el día; estaba tan pálido como un muerto y se le habían dibujado unas profundas ojeras de color morado bajo los ojos. Parecía no haber conciliado el sueño desde la última noche en Maor Cladaich.

—¿Realmente podemos albergar la esperanza de que la indulten? —inquirió Lionel.

Moran se mordió nerviosamente el bigote antes de contestar con prudencia:

—No sé hasta qué punto tiene sentido esperar un indulto. Si en los próximos días no se descubre nada sobre lo que ocurrió en el castillo, nos quedaremos sin armas con las que probar su inocencia. Ahora bien, siempre podríamos recurrir a algo que, aunque no sea justo ni deseable, es una alternativa que deberíamos tener en cuenta. Es posible que Driscoll no dude a la hora de considerarla culpable, y tenemos que evitar como sea la pena capital...

—¿Y cuál es la alternativa que propone usted? —quiso saber Alexander.

—Hacer pasar a la señorita Ailish por una desequilibrada mental —contestó Moran, apoyándose en la mesa. Cruzó los brazos con gravedad—. Sé que les parecería tan injusta su reclusión en un asilo para alienados como su encarcelamiento en Kilmainham, pero se trataría de una manera de mantenerla a salvo. Y siempre cabría la posibilidad de que su buen comportamiento convenciera a los médicos de que su trastorno había desaparecido con el paso del tiempo. Puede que nos lleve años..., puede que una vida entera, aunque a mi juicio sería mejor que conformarnos con agachar la cabeza si la acaban condenando.

—Entonces... ¿existe realmente el riesgo de que la ahorquen? —exclamó Rhiannon.

—He dicho que es posible, señora O’Laoire —trató de matizar el abogado—, no que sea probable. Hay una gran diferencia entre ambas cosas. Es cierto que los ánimos están crispados en toda la isla por culpa de este tema, y que no nos beneficia tener a un juez de ascendencia norteamericana encargado de dictar sentencia..., pero las pruebas, como tantas veces les he repetido, no son concluyentes. Nadie condenaría a muerte a una muchacha de dieciocho años por estar en el momento menos adecuado en el lugar equivocado, por sospechosa que resultara su actitud cuando encontraron el cadáver. La señorita Ailish no tiene antecedentes penales de ninguna clase. Su historial está tan limpio como el suyo...

—No del todo —susurró su madre, sosteniendo la mirada de Moran mientras el abogado fruncía el ceño, confundido—. No se olvide de lo que ocurrió en Kilcurling cuando tenía ocho años. Sé que no fue culpa suya, pero desde entonces todos la señalan con el dedo.

Moran dejó escapar un resoplido de impaciencia. Alexander adivinó que Rhiannon se refería a la sospechosa muerte del amigo de Michael Ashe y su encarcelamiento por culpa del inocente testimonio de Ailish. No había remedio: el

pasado siempre regresaba.

—¡Por Dios santo! ¡Han transcurrido diez años desde entonces! ¡Nadie en Green Street Court se acuerda de la implicación de su hija en aquel caso! A Michael Ashe lo ahorcaron mes y medio después de su detención, pero —añadió al ver que Rhiannon se ponía aún más pálida— era un asunto muy distinto del que nos ocupa. De hecho, de no haber sido por la señorita Ailish, puede que nunca se hubiera esclarecido aquel crimen.

—Y así es como se lo paga la justicia —espetó Lionel con rabia—. Bendito siglo veinte que nos ha hecho entrar por la puerta grande en la modernidad...

Aún siguieron hablando durante un rato sobre lo que podían esperar del inminente juicio, hasta que comprendieron que no harían más que perder el tiempo si se empeñaban en adelantarse a los acontecimientos. Al final optaron por marcharse del despacho para dejar que el abogado se enfrentara a solas a los preparativos de una defensa de la que no solamente dependía la vida de una inocente sino, como los periódicos se empeñaban en proclamar, el bienestar de unas relaciones internacionales que unas manchas de sangre sobre el camión de una desdichada muchacha amenazaban con enturbiar para siempre.

El encuentro con Moran les había dejado con el ánimo por los suelos. Lionel dijo algo sobre acercarse al hotel Gresham para ver si la señorita Stirling necesitaba un poco de compañía dada la peculiar situación que estaban atravesando. Oliver empezaba a parecerse por momentos a un cadáver andante, así que August se encargó de llevárselo a su propio hostel. En cuanto a Rhiannon, tenía tan mal aspecto que Alexander le propuso tomar algo caliente en el primer local que encontraran. La pobre mujer se limitó a asentir con la cabeza, demasiado conmocionada para poder pensar por sí misma.

Había una curiosa cafetería situada en la esquina con Hawkins Street, un edificio tan alto que al haber sido construido en una encrucijada destacaba entre los demás como un pastor rodeado por su rebaño. Alexander casi tuvo que arrastrar a Rhiannon entre la algarabía de los paseantes para conducirla al primer piso del local, donde se sentaron en una mesa situada al lado de las ventanas que daban a la confluencia de las dos calles. Desde allí podían contemplar la extensa superficie de hierba de College Park, y más allá de sus terrenos los edificios que conformaban el Trinity College organizados en una gran cruz. El cielo estaba curiosamente despejado; no había ni una nube sobre sus cabezas.

—Qué día tan extraño para hablar de la muerte —murmuró Rhiannon, acomodándose en la silla que Alexander retiró hacia atrás para ella. Se desprendió poco a poco del chal de seda que llevaba alrededor de la garganta—. Sobre todo de la muerte de una inocente.

—No se angustie antes de tiempo —le recomendó Alexander—. Sabe perfectamente que hasta que se celebre el juicio, Ailish no es más culpable que usted o que yo. Y si finalmente la condenan, no tiene por qué pasarle lo que está temiendo.

Moran ha sido muy claro al exponer los hechos: lo más probable es que la consideren una alienada, y si eso sucede no será la horca lo que dicte la sentencia, sino su internamiento en un asilo.

—Es un auténtico consuelo. Lo que cualquier madre ambiciona para su pequeña...

Un camarero vestido de blanco se acercó para preguntarles qué tomarían. Rhiannon pidió con esfuerzo un té de Assam con leche y Alexander un café. Mientras esperaban a que les sirvieran, ninguno de los dos dijo nada; tenían demasiadas cosas dando vueltas en sus cabezas. En la mesa de al lado, una pareja joven, seguramente unos recién casados, se miraban a los ojos por encima de sus tostadas con mantequilla y mermelada como si no pudieran concebir que hubiera problemas en el mundo. Por lo menos, no en el suyo.

Por alguna razón sus semblantes ilusionados hicieron que el profesor pensara una vez más en Oliver y en Ailish. «¿Qué habría sido de ellos si Rhiannon hubiera accedido a su compromiso?», se preguntó mientras el camarero les traía las bebidas. Ella procedió a servirse a la manera irlandesa, echando primero la leche en la taza y añadiendo a continuación el fuerte té negro, aunque era evidente que no se daba cuenta de lo que hacía. «¿Habrían sido felices juntos? ¿Se habrían casado en una iglesia católica o anglicana? ¿Dónde habrían ido a pasar su luna de miel? ¿Tardarían mucho en tener hijos? ¿Y cómo los llamarían?» No tenía sentido que se hiciera tantas preguntas; pertenecían a un plano de la realidad por el que por desgracia nunca más discurrirían sus existencias. La muerte de Reginald Archer había alterado por completo el hilo argumental de la historia que los dos muchachos se habían esforzado por escribir. La sangre prometía sustituir a la tinta.

—Me arde la cabeza por dentro —murmuró Rhiannon de repente. Alexander dejó de contemplar el cielo para prestarle atención—. Estos días me está dando tiempo a pensar toda clase de cosas. Nuestro encuentro con Moran me ha hecho darme cuenta de que lo que menos le debe de importar al abogado de los Archer es averiguar la razón por la que alguien querría acabar con su cliente. Si lo que necesita es un culpable, nada más que eso..., podría tratar de salvar a Ailish por mí misma si nos falla lo demás.

—¿A qué se refiere exactamente? —preguntó Alexander llevándose la taza de café a los labios con prevención. Le había resultado alarmante el tono en que lo había dicho.

—A entregarme personalmente al juez Driscoll. Jurarle que fui yo quien lo hizo...

—Lo único que conseguiría haciendo eso sería echar sobre sus hombros el delito de perjurio. Tiene demasiadas coartadas, Rhiannon. Lo mismo le expliqué a Oliver anoche.

Rhiannon había alzado su taza para dar un sorbo, pero detuvo la mano en el aire.

—¿Qué está diciendo? ¿El señor Saunders se ofreció a hacer lo mismo que yo?

—Estuve discutiendo con él durante casi una hora —contestó Alexander en un

tono de voz agotado. Rhiannon no parecía poder apartar su mirada de él—. No sé ni cómo logré que entrara en razón. Está absolutamente desquiciado con este asunto, pero por lo menos me las ingenié para que me hiciera caso. Había planeado subirse al estrado en pleno juicio para contarle a Driscoll una retorcida historia de traiciones y venganzas que de alguna manera hiciera parecer creíble que quisiera asesinar a Archer. —Sacudió con tristeza la cabeza—. Nadie le habría creído; puede que sea un magnífico escritor, pero no tiene en absoluto madera de actor. Además de que todo el mundo en Maor Cladaich le vio salir del castillo después de que se encontrara el cadáver. Y casi no se mantenía en pie por culpa del vino que le hicimos beber para que se calmara aquella noche... ¿Cómo podría haberle golpeado tantas veces la cabeza a un hombre con una piedra tan pesada?

—Por extraño que le parezca, saber esto no me hace sentir mejor —murmuró Rhiannon. Sus dedos temblaron al dejar la taza sobre el plato—. No imagina... no imagina lo culpable que me siento por lo que ocurrió. Por las cosas que les dije a Ailish y a él. Y por cómo les traté a ustedes..., hasta el punto de ordenarles que se marcharan de mi casa...

—Ahora no tiene sentido darle vueltas a eso —la tranquilizó Alexander—. No es el momento de guardarnos rencor unos a otros.

Pero Rhiannon parecía estar demasiado perdida en su dolor para escucharle.

—Durante las semanas que pasaron en Maor Cladaich, el señor Saunders fue el que menos trato tuvo conmigo. Podría decirse que no sé prácticamente nada de él, mientras que del señor Lennox y de usted... ¿De verdad cree que se ha enamorado de mi Ailish?

—Me temo que sí. Me temo que está más enamorado de ella de lo que pueda usted imaginar —contestó Alexander con un suspiro—. Sé que nunca le había pasado algo parecido. Oliver no se había relacionado con chicas hasta que la conoció a ella...

—¿Siendo íntimo amigo del señor Lennox? Me cuesta creerlo, profesor, la verdad.

—Puede que se aprecien mucho, pero son tan distintos como la noche y del día —dijo Alexander sonriendo con tristeza. Después se puso serio de nuevo—. Si a su hija le acaba sucediendo algo... Oliver nunca se recuperará. Le creo capaz de cometer cualquier locura con tal de estar a su lado. Y es como un hermano para mí, lo más parecido que he tenido desde que Hector, el padre de mi sobrina Veronica, murió hace unos años. Sé que hace tiempo que Oliver es un adulto, pero me... me siento responsable de él. En el fondo fui yo quien le convenció de venir a Irlanda para investigar el asunto de su *banshee*. No soporto la idea de que la culpa de lo que está ocurriendo sea mía. ¡Si lo hubiera sabido...!

—No podía saberlo más de lo que lo sabía yo —murmuró Rhiannon poniéndole una mano en el brazo—. Somos como barcos a punto de naufragar, profesor, y el peor destino no será el de los que caigan..., sino el que nos espera a los supervivientes.

Apoyó los codos sobre la mesa y hundió la cara en sus manos. Alexander la oyó

respirar una vez, dos veces, tres veces, en un intento por tranquilizarse. Cuando apartó los dedos su rostro parecía una mascarilla funeraria.

—No creo que el sentimiento de culpa me permitiera seguir adelante —le dijo en un tono de voz entrecortado—. Si por mi condenado orgullo mi pequeña, mi preciosa niña, acaba siendo ahorcada como una criminal... sin que nadie quiera creer en su inocencia...

—Comprendo cómo se siente. A veces el sentimiento de culpa resulta devastador...

—No, profesor Quills. No lo comprende. Usted me dijo que tenía una hija llamada Roxanne —siguió diciendo Rhiannon en susurros; Alexander levantó la cabeza de inmediato—. Trate de ponerse en mi lugar. ¿Podría mirar su propio reflejo cada mañana sabiendo que por su culpa su niña sucumbió a una muerte horrible? ¿Tendría valor para continuar con su vida mientras que a ella, por algo que usted hizo, le arrebataron la suya?

—Podría hacerlo... por inercia —repuso Alexander en un susurro casi inaudible—. Al fin y al cabo es lo que he estado haciendo los últimos tres años. Sobrevivir... y odiarme.

Rhiannon se había quedado contemplando sus dedos enlazados, pero cuando esas palabras calaron poco a poco en su cerebro no pudo evitar mirarle con sorpresa. El murmullo de los clientes de la cafetería seguía siendo el mismo, y las risas y las confidencias no se habían apagado, pero a los dos les dio la sensación de que acababan de quedarse solos. Al cabo de un instante se atrevió a decir:

—Su Roxanne... Lo que acabó con su niña no fue una enfermedad, ¿me equivoco?

—No —murmuró Alexander—. No murió de muerte natural. Fue un accidente.

Puso las palmas de las manos sobre la mesa. Rhiannon reparó por primera vez en que llevaba un anillo de oro en un dedo, tan fino que hasta entonces no lo había visto.

—El mismo accidente que acabó con su madre. Con mi Beatrix, mi esposa... —Tragó saliva antes de seguir diciendo, sin atreverse a levantar la voz—: Las perdí a las dos a la vez. Hubo un problema con una de mis máquinas. Un error de cálculo que provocó una espantosa explosión en el sótano de mi casa de Oxford, Caudwell's Castle. Yo no estaba con ellas en ese momento; de ser así habría sufrido la misma suerte. Daba clase en el Magdalen College. Trabajaba como profesor de Física Energética; me había concedido el puesto el rector Claypole, el padre de Beatrix. Él fue quien nos presentó dos años más tarde. —Alexander se pasó una mano por la frente con cansancio, recorriendo los surcos que se habían dibujado sobre su piel—. Claypole nunca vio con buenos ojos mis investigaciones más allá del riguroso marco de la universidad. Le parecía interesante que quisiera dar un enfoque científico al espiritismo, pero al mismo tiempo era de la opinión de que no conviene tomarse ciertas cosas demasiado a la ligera. Por supuesto, lo que ocurrió con su hija y con su nieta no hizo más que reafirmar su odio inveterado hacia mis máquinas. Sé que a sus

ojos soy el auténtico culpable de lo que pasó. Fui tan letal para ellas como el fuego que las devoró.

—Pero usted sabe perfectamente que no es cierto —susurró Rhiannon, agarrando una vez más el brazo de Alexander—. Usted mismo afirma que fue un accidente. Nadie podría haber adivinado que las cosas saldrían tan mal...

—¿Realmente está segura de eso? ¿Qué clase de científico no se daría cuenta de lo que está a punto de sucederle a una de sus máquinas? Especialmente a una en la que estuvo trabajando durante casi cinco años, pasando noches enteras en vela, solo acompañado de su esposa..., la única que creía en lo que estaba haciendo, que le apoyaba...

A Alexander se le quebró la voz de repente. Se obligó a desviar la mirada hacia las frondosas copas de los árboles de College Park que la brisa hacía balancearse al otro lado de los cristales. La visión de los estudiantes que atravesaban la hierba con sus bates de críquet le hacía acordarse de otro college, otra ciudad, otra vida. De su familia.

—A veces, cuando cierro los ojos, me parece oír sus voces de nuevo. Pero el recuerdo de las risas de Roxanne, de las confidencias de Beatrix, se ha apagado dentro de mi cabeza. Lo único que resuena ahora en mis oídos son sus gritos pidiendo auxilio.

—Alexander, basta —le suplicó Rhiannon, colocando las manos sobre las del profesor e inclinándose por encima de la mesa para mirarle a la cara—. Lo que les pasó fue terrible. Fue una desgracia que nadie podía prever...

—Un castigo más que merecido para alguien que pecó de soberbia. Pero no para una mujer que nunca en su vida le había hecho daño a nadie, ni para una niña de apenas diez años.

—Deje de torturarse por eso. Estoy segura de que ninguna de las dos pensaría que fue culpa suya. Si pudiera comunicarse con Beatrix y Roxanne se daría cuenta de que le perdonaron desde el primer momento, si es que realmente había algo que perdonarle...

—¿Usted cree? —preguntó Alexander en un susurro—. ¿Se atrevería a comprobarlo?

En sus ojos azules había anidado un extraño resplandor que por un momento dejó a Rhiannon sin palabras. La mujer arrugó el entrecejo, sin apartar la mirada de su rostro.

—No irá a decirme que lo ha intentado. ¿Ha conseguido con sus máquinas que...?

—Aún no —contestó él, haciendo especial hincapié en la palabra «aún»—. Pero ahora sabe el auténtico motivo de mi interés por el espiritismo. Algo que ha superado con mucho a la simple curiosidad que sentí en un primer momento por las nuevas ciencias.

—¿Se han quedado ancladas a esta dimensión? —exclamó Rhiannon—. Las...

¿las dos?

Algo frío pareció recorrer de repente los dedos con los que había aferrado los del profesor. Una especie de caricia helada que se deslizaba como agua entre sus pieles, tan desapacible como si de repente hubieran abierto de par en par las ventanas de la cafetería.

—¡Alexander, este frío es el mismo que he sentido en Maor Cladaich durante todo este tiempo! ¡Y los destellos azules que aparecían en su espintariscopio aquella primera tarde no se debían a ningún error en su construcción! ¡Había ectoplasmas a nuestro lado!

Conmocionada, Rhiannon paseó la vista a su alrededor sin conseguir distinguir nada, y después volvió a mirar a Alexander. Su expresión era de puro dolor.

—Vaya donde vaya... ellas me acompañan, Rhiannon. No se han quedado ancladas a esta dimensión. Están ancladas a mí. Porque mi culpa no me permite dejarlas marchar.

La abrumadora magnitud de lo que acababa de oír dejó a Rhiannon completamente paralizada en su asiento. Alexander se inclinó más hacia ella, sosteniéndole la cara con las manos.

—No puedo dejarlas ir —susurró. Sus iris parecían haberse convertido en agua—. Me han dicho cientos de veces que debo hacerlo. August, su amiga la señorita Lovelace, las médiums que he conocido en Londres..., todas las personas que han tratado en vano de hablar con ellas antes de darse cuenta de que su conexión conmigo es tan intensa que no les permite comunicarse con nadie más. Pero aunque se hayan quedado a medio camino entre dos mundos, aunque lo que les esté pasando sea cruel..., son lo único que me queda de mi familia. Son lo que le sigue dando sentido a mi existencia a pesar de que no pueda oír nada de lo que dicen. —La voz le temblaba cuando añadió quedamente—: Si a su Ailish le acaba pasando lo peor que podría pasarle, tiene que prometerme que no será tan cobarde como yo. No permita que el alma de su hija se condene por pensar que ha sido culpa suya.

El día antes de que se celebrara el juicio, a eso de las cinco y media de la tarde, dos religiosos se detuvieron delante de la verja de la prisión de Kilmainham. Uno era todavía muy joven, claramente un seminarista, y el otro rondaba los treinta y cinco años. Ambos guardaron silencio durante un buen rato mientras contemplaban a través de los barrotes el sombrío patio por el que se accedía al complejo penitenciario.

—No me puedo creer que estemos haciendo esto —murmuró August. No se atrevía a apartar los ojos de la puerta—. Alexander tenía razón: el dolor te ha hecho perder el juicio.

—Si fuera así no me conformaría con hacerme pasar por un seminarista para poder hablar unos minutos con Ailish —repuso Oliver—. Entraría con un par de pistolas en la cárcel, le pegaría dos tiros al primer guarda que tratara de detenerme y la sacaría de aquí en menos que canta un gallo. Sería la manera más directa de acabar con esta pesadilla.

«Y la que más problemas nos acarrearía —pensó August para sí, mirándole con creciente preocupación—. Aunque lo que vamos a hacer ahora también puede salir muy mal. Tanto como para que no nos dejen marcharnos después de entrar.»

—Haz el favor de meterte ese pelo por dentro del cuello —le advirtió en voz baja al ver que se les acercaba un guarda. Trató de aferrar con mayor convicción la manoseada Biblia que habían adquirido en la misma tienda en la que les vendieron las sotanas, no sin antes asegurar al desconfiado dependiente que eran un encargo de la iglesia de Saint Michan—. ¿Dónde se ha visto a un seminarista con semejante aspecto de poeta torturado?

Oliver no se molestó en responderle. Permaneció completamente quieto mientras el guarda se detenía al otro lado de la verja para preguntarles quiénes eran y qué querían.

—Buenas tardes, hijo mío —le saludó August con su tono más beatífico—. Me envían las Hermanas de la Caridad de Stanhope Street. La madre Agnes me ha informado de que cuentan con una prisionera que necesita asistencia espiritual con extremada urgencia.

—Creo que me hago una idea de a quién se refiere —asintió el guarda.

—Yo soy el padre Octavius —inclinó un poco la cabeza—, y este joven es uno de nuestros acólitos. En los próximos meses será ordenado sacerdote y he pensado que sería conveniente que me acompañara esta tarde. ¿Qué mejor manera de conocer la clase de peligros que acechan a un alma cristiana en sus horas de mayor desesperación?

La mirada del guarda se desvió un instante hacia Oliver, que trató de mantener el semblante más impasible del mundo. Finalmente asintió, sacó un par de gruesas llaves con las que abrió la chirriante puerta de la verja y se hizo a un lado para dejarles entrar.

—Muy bien, pero procuren no tardar demasiado. Al señor director no le gusta tener gente de fuera merodeando por los corredores, aunque se trate de unos siervos de Dios.

August no se lo hizo repetir dos veces. Atravesaron el patio delantero en dirección a la entrada principal, adornada con un relieve de piedra colocado debajo de un balcón en el que aparecían representadas cinco serpientes cargadas de cadenas, y después de pasar por unas cuantas salas desembocaron en el corazón del ala este de Kilmainham. August y Oliver se detuvieron unos instantes, sin poder ocultar la sorpresa que les había producido su curiosa estructura. Tenía forma de herradura y se organizaba en tres niveles, con una escalera central que actuaba como la espina dorsal desde la cual se podía acceder por unos estrechos andenes a cualquier punto de la construcción. Todo lo que veían había sido realizado en hierro, una proyección de filamentos metálicos que se abrían en abanico y le otorgaban un extraño aspecto anatómico, como las entrañas de un Moby Dick con el que un victorioso capitán Ahab hubiera construido un complicado autómatas de esqueleto inquebrantable.

Desde la parte inferior distinguieron a media docena de guardas paseando por los niveles superiores de la herradura, golpeando de vez en cuando las puertas de las celdas para recordar a los presos que tenían que dedicarse a la lectura de sus biblias y provocando tanto estruendo que los dos ingleses estuvieron a punto de dar un salto. El que les guiaba debía de estar tan acostumbrado a aquel ruido que ni siquiera se inmutó; les precedió mientras subían la escalera metálica, torció hacia la derecha en el primer nivel y se encaminó después por un corredor de paredes encaladas rezumantes de humedad. Finalmente se detuvo delante de una de las puertas, desplazó a un lado la pequeña plancha que tapaba la mirilla para echar un vistazo y cuando se aseguró de que todo se encontraba en orden echó mano al ruidoso manojó de llaves de su cinturón.

—Tengan cuidado, padre —se creyó en la obligación de advertir a August—. No dejen que les confunda su aspecto inocente. Por lo que nos han contado se trata de una de las criminales más despiadadas que hemos albergado nunca en Kilmainham.

—Estoy seguro de que la palabra del Señor servirá de consuelo incluso a una criatura tan corrompida como ella —le tranquilizó August rezando para que su voz no le delatara.

Casi pudo escuchar cómo Oliver apretaba los dientes, y el temblor de sus puños le hizo desear con toda su alma que el guarda los dejara solos lo antes posible.

—Tiene visita —se limitó a decir el hombre en voz alta, precediéndoles dentro de la celda, antes de volverse de nuevo hacia August para añadir en un susurro—: Cerraré la puerta, pero no duden en llamarme ante cualquier problema. Dentro de media hora estaré de vuelta para acompañarles a la calle.

Él asintió con la cabeza, incapaz de decir nada más. El guarda metió de nuevo la llave dentro de la cerradura y cuando se hubo cerciorado de que la puerta quedaba bien asegurada regresó por donde habían venido. Solo cuando el ruido de sus pasos

se apagó definitivamente August se atrevió a volverse hacia la silenciosa persona que permanecía sentada en el borde de un camastro que ocupaba una pared entera de la minúscula celda.

Ailish no había alzado la vista. Estaba tan quieta como una figura de cera, con los ojos clavados en las manos que apretaba en el regazo de manera casi compulsiva. Llevaba puesto un sencillo vestido gris abotonado hasta el cuello que debían de haberle dado en la prisión, y sus cabellos rubios caían en un amasijo desordenado sobre sus hombros.

Oyó a Oliver respirar hondo a su lado. Dio un paso hacia el camastro, y después otro más, pero la joven continuó sin alzar la vista. Daba la impresión de estar más allá del bien y del mal.

—Ailish... —Al escuchar su nombre los ojos de la muchacha se movieron de un lado a otro, y logró enderezar la cabeza—. Ailish..., amor mío...

—¿Oliver? —le dijo en un hilo de voz—. ¿Es... es posible que seas tú de verdad?

Se quedó mirándole con la boca medio abierta, y después miró a August, y algo en sus expresiones le hizo darse cuenta de que no debía de ser un sueño. Seguramente Oliver nunca se habría puesto una sotana para materializarse en ninguno de sus sueños.

Consiguió ponerse muy despacio en pie, tragando saliva.

—No me lo puedo creer... No puedes ser tú... ¡Pensaba que nunca querrías saber...!

Antes de que lograra decir nada más Oliver la abrazó tan fuerte que casi le hizo daño. Cuando ella por fin asimiló lo que estaba pasando, dejó escapar un pequeño grito.

—Bajad la voz, por favor —les pidió August en un susurro—. Entiendo que estéis muy emocionados ahora mismo, pero no podemos dejar que nadie descubra lo que estamos haciendo.

En lugar de contestarle Oliver cogió la cara de Ailish entre sus manos para besarla con ansia desesperada. Ella se abandonó contra su cuerpo, rompiendo a llorar. «Tócame, por favor —la oyó murmurar—. No me han dejado quedarme con mis guantes... y me estoy volviendo loca con todas las cosas que veo cada vez que pongo las manos sobre algo...» Oliver no se hizo de rogar; rodeó con un brazo la nuca de Ailish para que apoyara su mejilla contra la de él hasta que poco a poco su respiración se fue acompasando, al igual que los latidos de su corazón. Entonces la muchacha le susurró:

—No fui yo. Te juro por mi vida que no fui yo. Se lo he dicho a todas las personas que me han interrogado, pero nadie parece dispuesto a creerme. ¡Yo no le asesiné!

—Lo sé —le susurró Oliver sin dejar de acunarla suavemente entre sus brazos—. Lo he sabido todo este tiempo. Es completamente absurdo que te acusen de haber matado a un hombre con el que apenas intercambiaste un par de frases. —Acarició

con una mano los cabellos de Ailish mientras seguía susurrándole—: Todo saldrá bien en el juicio. Los miembros del jurado acabarán rindiéndose a la evidencia de que en ningún momento tuviste un motivo para acabar con Archer. Y entonces te dejarán marchar y todo será como antes. Volveremos a estar juntos tanto si tu madre lo consiente como si no...

Pero incluso a él le parecía que aquellas palabras no contenían más que aire, que eran promesas vacías con las que estaba tratando de convencerse a sí mismo tanto como a Ailish de que realmente seguía habiendo alguna esperanza para ambos. Ella trató de sonreír en señal de asentimiento, aunque ni siquiera el efecto sedante que ejercía la piel de Oliver en contacto con la suya consiguió arrancar el horror de su rostro.

Al darse cuenta de que seguía temblando, el joven la condujo de vuelta al camastro y se sentó a su lado mientras un August tan silencioso como discreto se colocaba delante de la puerta. Así se aseguraba de que si un guarda acercaba un ojo a la mirilla no vería nada más que la parte posterior de su cabeza.

—Te estás quedando en los huesos —murmuró Oliver observando con creciente congoja cómo a su vestido parecía sobrarle tela por todas partes—. ¿No te dan de comer?

—Un poco de pan dos veces al día, y gachas de avena de vez en cuando. No quieras saber lo que saqué el otro día del plato con la cuchara. —Ailish le rodeó la cintura con los brazos mientras Oliver la atraía más hacia sí, besando sus cabellos apelmazados—. Qué distinta soy ahora de la chica a la que confundiste con una *banshee* en los jardines de Maor Cladaich, ¿verdad? —siguió diciendo en voz baja contra su pecho—. Qué luminoso era el mundo entonces, y qué caprichosa era yo, quejándome de que estaba harta de que mi vida no cambiara en absoluto. No sabes lo que daría ahora mismo por retroceder en el tiempo hasta aquella noche maldita en que se me ocurrió escaparme de mi cuarto...

—Llevo todos estos días pensando en eso —coincidió Oliver—. ¿Saliste por la ventana que Lionel forzó hace unas semanas, la de la habitación del ama de llaves?

—No. —Ailish negó con la cabeza—. Fue por la de mi dormitorio.

—Si Rhiannon la había encerrado con llave, no podría haberlo hecho de otra forma, Oliver —intervino August sin apartarse de la puerta—. Imagino que fue Archer quien salió por la planta baja durante un momento de descuido de los hombres de Fitzwalter.

—¿Y para qué? ¿Qué se le había perdido a Archer en los terrenos del castillo? ¡La tormenta era de las que hacen época, y por si eso fuera poco la *banshee* rondaba por allí!

—También tuvo que hacerlo su asesino. Si salió a los jardines antes que él...

—Cada vez lo entiendo menos. —Oliver sacudió la cabeza, y con un dedo levantó la barbilla de la muchacha para que le mirara—. Ailish, ¿no tienes idea de lo que pudo pasar aquella noche? Has estado en contacto con objetos que pertenecieron a

todas las personas que se alojaban en vuestro castillo. Si alguna fuera un criminal, o si pudiera comportarse como tal, probablemente habrías percibido una especie de aura negativa...

—No lo hice —reconoció ella—. No tuve mucho tiempo para manipular las cosas que conseguí que me dieran, pero no me pareció que los pensamientos que albergaba aquella gente fueran especialmente oscuros. En el caso de la tarjeta de visita del señor Archer, no me vinieron a la cabeza más que cifras, cifras y más cifras. En el caso del señor Delancey, algo mucho más humano, un sentimiento cálido que me hizo pensar en un enamoramiento. La señorita Stirling fue mucho más complicada de descifrar.

—Lo único que tenías suyo era una pluma. Debía de ser demasiado pequeña para...

—No, eso no tiene nada que ver. Es simplemente que la señorita Stirling tiene la mente más compleja con la que me he encontrado nunca. Es como si hubiera levantado una muralla alrededor de su cerebro para proteger sus pensamientos. Pude seguir el recorrido de esa pluma desde la tienda situada a menos de cincuenta metros de la orilla del Danubio en la que adquirió su sombrero el mes pasado, pero de ella no he logrado averiguar nada. De todas formas —añadió al ver que Oliver abría la boca—, tampoco creo que sea la asesina del señor Archer. La única chispa de su alma que he vislumbrado era luminosa.

También August se había quedado perplejo. Una cosa era oír la explicación de Oliver sobre lo que Ailish sabía hacer y otra muy distinta presenciárselo. Pero la chica no parecía reparar en su sorpresa. Cuando volvió a hablar su voz estaba llena de tristeza.

—La verdad es que aquella noche no me preocupaba nada que tuviera que ver con los invitados de mi madre. Lo único que quería era escapar. —Y ante la aturdida mirada de Oliver siguió explicando en voz baja—: Jemima... subió a mi dormitorio con un vaso de leche unas horas antes. Le pregunté si había estado contigo y con tus amigos, y me dijo que sí... y que tú le habías contado que tener una relación conmigo te parecía mucho más complicado de lo que habías imaginado. Que a la mañana siguiente te marcharías de Kilcurling y que regresarías a Oxford con los demás para olvidarme de una vez...

—¡Eso no es verdad! Le pedí que te dijera que esperaría en el pueblo el tiempo que fuera necesario para casarme contigo...

—Yo no lo sabía —susurró Ailish—. Creí que... Me pareció que tenía sentido que te hubieras cansado de mí. Mi madre se portó como una auténtica déspota cuando me llevaste al castillo. Te trató de una manera completamente injusta...

—Eso no tiene ninguna importancia ahora —le aseguró él—. Lo que no comprendo es cómo pudiste creer a esa mentirosa antes que a mí. En la cueva te prometí que haría lo que fuera para que algún día, no importa dentro de cuánto tiempo, pudiéramos estar juntos.

—Supongo que tienes razón. Pero me sentía más desesperada que nunca. Tenía

un miedo tan atroz que ni siquiera era capaz de dejar de llorar. Entonces se me ocurrió que podía demostrarte que había un futuro para nosotros dos lejos de Maor Cladaich, que podía marcharme del castillo antes de que mi madre te obligara a hacerlo a la mañana siguiente y esperarte escondida en Kilcurling. Así que abrí la ventana de mi dormitorio, me subí a la repisa y me agarré a la enredadera más cercana para ir bajando poco a poco. Pero no había transcurrido ni un minuto cuando me encontré con el cuerpo ensangrentado del señor Archer...

Oliver la apretó más en su abrazo mientras les llegaban las voces lejanas de unos guardas que se habían parado a hablar antes de empezar a repartir la cena. Fuera, el sol ya había empezado a descender hacia el interior de la isla, y el haz de luz que proyectaba sobre las paredes encaladas de la diminuta habitación cada vez se volvía más impreciso.

—Me van a ahorcar por esto, ¿verdad? —susurró Ailish pasados unos instantes.

—No —contestó Oliver de inmediato, aunque pudo sentir cómo se tensaban sus brazos a su alrededor—. No mientras me quede un soplo de aliento, eso tenlo por seguro.

Una de las manos de Ailish ascendió muy despacio para rodear su garganta.

—Algunas noches..., cuando estoy acostada en este camastro..., casi me parece que la siento aquí. La sogá que sé que me tienen reservada aunque aún no se haya celebrado el juicio. Me aprieta tanto que me hace despertarme casi sin respiración. —Y volvió a cerrar los ojos sobre la sotana de Oliver—. Tendría que ocurrir un milagro para que pudiera salir con vida de esta. Pero me temo que ya no me quedan fuerzas para creer en los milagros.

Algo húmedo se deslizó de repente por su frente. Oliver no estaba sollozando tan abiertamente como había hecho Ailish, pero por mucho que se esforzara por controlarse no podía retener las lágrimas traicioneras que acudían a sus ojos. La muchacha alzó la cabeza. Su expresión era de pesar.

—Lo siento, Oliver —susurró ella—. Daría cualquier cosa por que esto nunca hubiera sucedido. ¿Ahora entiendes por qué te decía que merecías una mujer normal... y libre?

—No hay otras mujeres en el mundo para mí —logró articular Oliver—. Nunca las ha habido, y nunca las habrá, pase lo que pase. Eres la única persona con la que me he atrevido a compartir mis sueños, con la que he construido otros nuevos para hacerlos realidad entre los dos. No pienso renunciar a ellos por estar separados por unos barrotes.

—Me gustaría poder decir lo mismo, pero me temo —ella esbozó una triste sonrisa— que casarnos esta primavera en la capilla del Balliol College parece bastante imposible.

—No tendría por qué ser allí. Podríamos hacerlo ahora, en esta celda, si quisieras.

La sonrisa de Ailish desapareció poco a poco como una huella borrada por el mar.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó pasados unos instantes—. ¿Casarnos aquí...?

—Sé que no es el lugar más romántico del mundo, y que no se parece en nada a lo que habíamos planeado. Pero puede que sea la última oportunidad con la que contamos.

—Tienes que haberte vuelto completamente loco. Nadie accedería a casarnos como estás sugiriendo, Oliver. Para empezar tendríamos que avisar a alguno de los guardas para que hiciera venir al sacerdote de la prisión, y cuando comprendieran que August y tú les habéis engañado y que en realidad no eres un seminarista a punto de ordenarse...

—No tenemos por qué recurrir a ese sacerdote —le aseguró Oliver, y alzó los ojos en dirección a su amigo—. No lo había pensado hasta este momento, pero August no les ha mentado del todo. Él sí que pertenece a la Iglesia..., aunque en su caso sea la anglicana.

—¿Cómo que yo...? —August no podía creer que estuviera hablando en serio—. No intentes engatusarme para que haga algo así, Oliver. No tengo ningún derecho.

—¡Claro que lo tienes! ¡Eres un clérigo con el poder de celebrar un matrimonio siempre que las dos personas en cuestión estén de acuerdo!

—Pero sabes tan bien como yo que Rhiannon me estrangulará si se entera de que os ayudo a hacer algo así a sus espaldas. Tanto si está equivocada como si no, ha sido muy clara al prohibiros seguir adelante con vuestra relación. Pensará que no soy más que un traidor si además de echaros una mano con esto os guardo el secreto...

—August, no tengo la menor intención de que sea un secreto —le aseguró Oliver en voz baja—, no cuando pongamos un pie fuera de Kilmainham. Ya has oído lo que nos ha dicho el abogado de los O’Laoire: la alternativa más probable a la pena capital es el internamiento de Ailish en un asilo para alienados. ¿Vas a impedirme obtener el único salvoconducto con el que puedo acceder a una institución mental?

—Oliver tiene razón —murmuró Ailish, elevando hacia el confundido August una mirada de súplica—. No se me habría ocurrido nunca, pero si pasa lo que has dicho, y me internan siendo tu esposa..., al menos podrías visitarme siempre que lo desearas.

El clérigo navegaba entre la perplejidad y la angustia.

—August —insistió Oliver en voz baja mientras ayudaba a Ailish a levantarse—. Haz esto por mí, te lo pido por favor. Esto, y prometo que nunca te pediré nada más.

—Claro que no lo harás. Para eso tendrías que ser un médium como yo y buscar a mi fantasma por toda Irlanda después de que Rhiannon me corte la cabeza.

No obstante, acabó accediendo con una expresión de derrota cuando comprendió que estaban decididos a salirse con la suya.

—¿Estáis seguros? —insistió de nuevo después de abrir la Biblia que había llevado consigo y pasar las páginas para alcanzar la parte del texto sagrado que estaba buscando—. Esto no puede ser un capricho, ni un acto de rebeldía del que algún día podáis arrepentiros. Los dos seguís siendo muy jóvenes...

—Siento insistir, pero el guarda que nos ha acompañado prometió regresar en

media hora —le recordó Oliver—. ¡Me parece que no tenemos tiempo para catequesis!

—Por favor... —pidió Ailish en un tono que acabó de desarmarle.

Comprendiendo que era probable que el único que se arrepintiera de aquella locura fuera él mismo, August se tragó sus reparos mientras arrancaba en voz baja con un «estamos aquí reunidos en presencia de Dios» que resultaba algo irónico; era una suerte que al menos Dios hubiera acudido a una ceremonia en la que no participaban más que tres personas.

Estaba acostumbrado a celebrar matrimonios en su vicaría londinense de Saint Michael, por lo que sus vacilaciones durante los siguientes minutos se debieron más a la sensación de culpa que a las dudas que pudiera suscitarle la ceremonia. Avanzó mucho más rápidamente de lo normal para que les diera tiempo a intercambiar sus promesas, sin anillos ni firmas en ningún libro de familia. Para cuando el sol acababa de ponerse al otro lado del ventanuco de la celda, tiñendo las paredes de un rojo sanguinolento, Oliver y Ailish se habían convertido en marido y mujer. El joven le agarró la barbilla con los dedos para culminar con un silencioso beso la ceremonia, y August se volvió de nuevo hacia la puerta para permitirles un poco de intimidad.

—Gracias —le oyó susurrar después a la muchacha—. No pensaba que este momento pudiera hacerse realidad, pero ahora me queda el consuelo de que si todo sale mal... mi vida no habrá sido completamente en vano. Ha cobrado un sentido en este instante, contigo.

Oliver, conmovido, se disponía a besarla otra vez cuando oyeron un ruido de pasos acercándose por el corredor. El tiempo había tocado a su fin y el guarda regresaba para acompañarlos a la salida. August le hizo un gesto apremiante a Oliver para que se apartara de Ailish. Ella regresó a su camastro, sentándose con la misma expresión aturdida de antes.

—¿Todo bien, padre? —preguntó el guarda al entrar. Echó un vistazo a la prisionera antes de volverse hacia los dos religiosos—. Espero que no les haya causado problemas...

—En absoluto —contestó August recuperando su tono beatífico—. Hemos dedicado estos minutos a la oración y a la lectura de unos pasajes de las Sagradas Escrituras que estoy convencido de que serán de gran ayuda espiritual a esta joven. Todo está en orden.

Dar la espalda a la mujer con la que acababa de casarse le causó tanto dolor a Oliver que le pareció un milagro que nadie se diera cuenta de nada. Mientras abandonaban la celda, le asaltó el impulso de retroceder, tomarla en sus brazos y abrirse camino con ella por los pasillos, pero cuando August apoyó con firmeza una mano en su espalda supo que lo único que conseguiría con eso sería estropearlo todo. Y si aún había una esperanza, por pequeña que fuera, nunca se perdonaría a sí mismo haberlo echado todo a perder por no ser capaz de controlar sus impulsos.

El olor de la piel de Ailish seguía prendido en la suya cuando el guarda cerró la

puerta con un estruendo. A Oliver no le quedó más remedio que seguir a August hacia la salida de la prisión mientras se esforzaba por hacer caso omiso a la voz interior que le decía que no se equivocaba. Que aquel beso, en efecto, sería el último.

El día del juicio amaneció reluciente y soleado, aunque muy pocos dublineses aprovecharon aquel clima primaveral para hacer una escapada al campo con sus familias. Las tres cuartas partes de la población de la capital parecían haberse concentrado delante de la columnata blanca de Green Street Court. Era tal la aglomeración que a los cuatro ingleses y a Rhiannon les costó bastante abrirse camino hacia las puertas, sobre todo cuando la muchedumbre se dio cuenta de que accederían a la sala no como simples curiosos sino como testigos del crimen; fue necesario que acudieran en su ayuda cinco oficiales de la Royal Irish Constabulary para poder abrirles camino hasta el edificio.

Casi corrieron hacia el interior de la sala, aunque las piernas de Rhiannon parecían haberse convertido en gelatina. Cuando se encontraron dentro de la amplia estancia, y se percataron de los cientos de personas que la abarrotaban, sintieron una especie de vértigo. Alexander, Lionel y August consiguieron conducir a Rhiannon y a Oliver, que simplemente se dejaban llevar, hasta los asientos que les habían asignado para que se sentaran, esperando que les llegara el momento de declarar. Era la primera vez que veían a tantos abogados juntos; casi todos los estudiantes de Derecho de la universidad habían hecho cola para no perderse el acontecimiento, observando con cierta admiración a los magistrados de más edad acicalados con aparatosas pelucas empolvadas de crin de caballo. Pasados los primeros minutos de aturdimiento, distinguieron al señor Moran de pie al lado de la plataforma a la que conducirían a Ailish, situada por encima de los asientos pertenecientes a los miembros del jurado y rodeada por una barandilla para impedir que los prisioneros pudieran moverse demasiado. A un par de metros de distancia, enfrascado en una conversación con otros cuatro abogados, se encontraba un caballero que según les dijeron respondía al nombre de William Tyrell. Era el magistrado que se encargaría de defender los intereses de la familia Archer, un individuo pequeño de piel morena con un rictus sarcástico en los labios que no infundió confianza a los ingleses.

—Ahí está la señorita Stirling —dijo de repente Lionel en voz baja. En efecto, la dama acababa de entrar en la sala del brazo del señor Delancey; seguramente vendrían juntos del hotel.

El irlandés no reparó en su presencia, pero la señorita Stirling sí lo hizo. La vieron alzar una mano enguantada en su dirección y articular con los labios un «todo irá bien» dirigido a Rhiannon antes de que Delancey la condujera hacia sus respectivos asientos.

—Estoy convencido de que su declaración nos resultará de gran ayuda —le aseguró Alexander a Rhiannon para tratar de tranquilizarla—. La señorita Stirling es una mujer muy inteligente; sabrá desenvolverse de la mejor manera en este escenario. Y además le aseguré a Lionel hace unos días que cree en la inocencia de Ailish tanto como nosotros.

Le puso una mano en el codo para transmitirle su apoyo, y Rhiannon la rodeó con los dedos durante el tiempo que tardó en llenarse la sala. El calor que desprendían los cuerpos de todas aquellas personas hacinadas comenzaba a resultar realmente agobiante. Finalmente los susurros se acallaron cuando una voz proclamó desde los asientos de los miembros del jurado: «Toda la sala en pie».

El juez Jeremiah Driscoll hizo por fin su aparición, caminando con una expresión ceñuda en su abotargado semblante hacia su asiento, justo debajo de un gran retrato de la reina Victoria que hacía pareja con otro de Eduardo VII que colgaba de la pared opuesta. Después de pasear por unos segundos la mirada por la sala, constatando que apenas había un alfiler, asintió con la cabeza mientras recolocaba la pequeña balanza y el martillo que adornaban la tribuna.

—Traigan a la acusada Ailish Ní Laoire —anunció el mismo funcionario.

La aparición de la muchacha desató un nuevo murmullo general. Iba vestida con la misma ropa que llevaba en la prisión, pero no le habían puesto esposas; avanzó delante de dos policías que la escoltaron hasta la plataforma y que se quedaron después a sus espaldas. No había ninguna silla para los acusados, así que tuvo que permanecer de pie. No se atrevió a alzar la vista más que para buscar a su madre y a Oliver, y cuando por fin los localizó agachó la cabeza de nuevo, luchando por reprimir las lágrimas. «¡Qué pálida y qué delgada está!», se lamentó Rhiannon en voz baja. Oliver ni siquiera despegó los labios; el nudo de su estómago se había apretado aún más al darse cuenta de cómo Ailish temblaba al apoyar las manos desnudas sobre la barandilla. El pánico de los miles de criminales que habían ocupado aquel lugar antes que ella debía de haberla alcanzado en cuanto la tocó, golpeándola con saña.

—Los miembros de este jurado, representando a su majestad Eduardo Séptimo, exponen que usted, Ailish Ní Laoire, el seis de abril del año del Señor de mil novecientos tres, asesinó de forma intencionada y con premeditación a Reginald Harold Archer —proclamó el funcionario cuando la gente por fin guardó silencio—. ¿Cómo se declara usted, culpable o inocente?

Trescientos pares de ojos se posaron sobre ella. Por unos segundos lo único que se oyó en la sala fueron los rasgueos de las plumas de los escribanos y de unos reporteros que tomaban nota de todo lo que sucedía sentados debajo de los asientos de los ingleses.

—Inocente —contestó Ailish en un hilo de voz.

Uno de los escribanos se acercó para entregarle una Biblia.

—Juro ante Dios Todopoderoso que todo lo que diga ante este tribunal será la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. —Y levantó el libro con mano temblorosa para depositar un beso sobre la cubierta—. Que Dios me ampare —susurró.

Dio comienzo entonces el interrogatorio dirigido por el señor Tyrell. Durante la siguiente media hora el hombre ametralló a Ailish con una descarga continua de preguntas. Seguía estando mortalmente pálida, pero la voz dejó de temblarle poco a

poco mientras repetía la misma versión de los hechos que les había contado a Oliver y a August. Reconoció que la noche anterior a la muerte de Archer había tenido un enfrentamiento con su madre, del que habían sido testigos casi todas las personas alojadas en Maor Cladaich, aunque dejó muy claro que el norteamericano no había tenido nada que ver en él. Había sido una pelea entre madre e hija provocada por la negativa de Rhiannon Bean Uí Laoire a aceptar su compromiso con uno de los periodistas ingleses que desde hacía unas semanas eran sus huéspedes. Unos cuantos miembros del jurado giraron sus pelucas en la dirección en que se encontraba la madre en cuestión, que agradeció más que nunca que Alexander estuviera agarrándola para darle su apoyo.

—Afirma usted, señorita O’Laoire, que muchas personas presenciaron cómo perdió el control de sí misma durante la pelea que nos ha referido —comenzó a decir el señor Tyrell, paseándose con calma a los pies de la plataforma—. ¿Puede asegurar que el estado de nervios en que se encontraba no la trastornó como para seguir al señor Archer a los jardines del castillo, fueran cuales fueran los motivos que le habían conducido allí, y golpearle repetidamente hasta acabar con él?

—Le juro que era completamente dueña de mis actos —contestó Ailish sin dudar—. Y no entiendo qué les hace sospechar que albergaba malos sentimientos hacia un caballero con el que apenas había hablado. El hecho de que me encontrara en los jardines a la vez que el señor Archer no fue más que una casualidad, y muy macabra, lo reconozco...

—¿No le siguió usted a través de la ventana de la habitación del ama de llaves?

—No, señor abogado. Yo... —Aquí la joven vaciló unos instantes mientras miraba fugazmente a Oliver, que asintió con la cabeza—. Yo salí al exterior a través de mi propia ventana. Mi madre había ordenado a los criados que me encerraran con llave. El señor Archer debió de salir antes que yo, porque cuando me encontré con él ya no se movía...

—¿Y puedo preguntar, señorita O’Laoire, qué le indujo a abandonar su dormitorio para recorrer los terrenos de Maor Cladaich en una noche tan tormentosa?

Alguien se aclaró la garganta en la parte alta de la sala. Ailish cerró los ojos un momento antes de responder, enlazando sus manos sobre la barandilla:

—Quería esconderme en el pueblo para huir con mi prometido.

—Una fuga, ¡qué conmovedor! —Tyrell se volvió hacia la tribuna del juez Driscoll con un revoloteo de su toga. Su señoría ni se inmutó; en su semblante se apreciaba el clásico desdén de los hombres que consagran su vida entera al estudio de las leyes sin prestar la menor atención a los asuntos del corazón—. Me pregunto, caballeros, si no estaremos asistiendo a una ópera en lugar de a un juicio por el asesinato más atroz que hemos presenciado en los últimos tiempos. No me gustaría estar en lo cierto, señorita O’Laoire, pero la conclusión a la que he llegado después de escuchar sus declaraciones es que el señor Archer se había convertido en un obstáculo para sus planes de boda. Su madre había decidido dejar el castillo en manos

de un extraño sin tener en cuenta su opinión al respecto ni sus perspectivas de futuro...

—Le repito que el señor Archer no tenía nada que ver con eso —exclamó Ailish—. Es cierto que quería comenzar una nueva vida con el señor Saunders, pero lo más lejos posible de la propiedad. ¡Si de mí hubiera dependido me habría deshecho mucho antes de ella!

El señor Tyrell permaneció unos instantes en silencio antes de declarar:

—No tengo más preguntas para la acusada, señorita. Será mejor que comparezcan los testigos para ver si pueden arrojar algo más de luz sobre este asunto.

Un murmullo de voces hablando al mismo tiempo inundó la sala mientras Rhiannon se encaminaba hacia el estrado. Alexander estrechó fugazmente su mano antes de que abandonara el asiento, aunque realmente no habría necesitado que nadie le transmitiera más fuerzas que las que nacían de su amor de madre desesperada. Estuvo brillante en su declaración, y sus palabras resultaron tan certeras, y a la vez tan conmovedoras, que casi logró reducir al silencio al señor Tyrell. Ailish se permitió respirar con alivio cuando se dio cuenta de que un par de abogados acercaban las cabezas para hablar en voz baja y después asentían gravemente, volviendo a mirar a Rhiannon con admiración. El único que parecía mantenerse en sus trece era el juez Driscoll. No quiso intervenir en ningún momento para hacerle más preguntas a Rhiannon que las que le formuló Tyrell, y no lo hizo tampoco cuando llamaron al estrado a Alexander, August, Lionel y Oliver. En el caso de este último el interrogatorio se alargó un tanto porque Tyrell exigió que contara su propia versión del enfrentamiento que mantuvieron Rhiannon y Ailish, y además le pidió que contestara a una pregunta: ¿creía que su prometida podría asesinar a alguien?

—Si creyera algo así no me quedaría más fe en la humanidad —respondió Oliver con fervor—. Creo en la sensatez de los hombres, y también en la justicia. De todas las personas reunidas en esta sala, no habrá ninguna más inocente que la señorita O’Laoire. Sé que no sería capaz de asesinar a nadie ni aunque su propia vida estuviera en peligro.

El señor Tyrell rehusó preguntar nada más. No parecía estar muy satisfecho con las respuestas de los testigos; en cambio el señor Moran no cabía en sí de gozo. Cuando Delancey fue llamado al estrado corroboró lo mismo que habían dicho los demás pese a no haber estado presente en el momento en que encontraron el cadáver. Lo único que pudo aportar al respecto fue su total convencimiento de que la acusada no había tenido nada en contra del norteamericano, y lo mismo aseguró la señorita Stirling, añadiendo que en su opinión el aturdimiento en que se hallaba sumida cuando dieron con ella no se debía más que al hecho de haberse tropezado en plena noche con un cadáver ensangrentado.

—Además todos nos dimos cuenta de lo mucho que debía pesar la cabeza de piedra con la que golpearon al señor Archer —siguió diciendo detrás de la redecilla que resbalaba desde el ala de su sombrero adornado con rosas de terciopelo negro—.

Yo misma me fijé en esa escultura cuando recorrí los jardines la tarde anterior del brazo del señor Lennox, y oí a Archer quejarse a su secretario de lo pesadas que parecían y de lo mucho que costaría sacarlas de la propiedad si la señora O'Laoire lo acababa eligiendo como futuro dueño de Maor Cladaich. ¡No habríamos conseguido levantar aquella cabeza ni aunque lo intentáramos entre las dos!

—Me resulta encantadora su manera de defender a la acusada, señorita Stirling —le contestó el señor Tyrell con la voz cargada de ironía—. ¿No se tratará en realidad de que su condición femenina las ha llevado a apoyarse la una a la otra? ¿Sobre todo sabiendo que corren el riesgo de que salgan a la luz ciertos detalles que las perjudicarían a ambas?

—¿Ciertos detalles? —preguntó la joven, extrañada—. Me temo que no le comprendo.

La señorita Stirling no parecía ser la única que no comprendía, aunque a la mayor parte de los miembros del jurado parecía darle lo mismo. Lionel se había percatado de que su aura de seducción no se había visto mermada por el hecho de estar en el estrado; aquellos hombres la contemplaban con la misma fascinación que podrían haberle manifestado en el comedor de un hotel de la cadena Archer o en una pista de baile.

El señor Tyrell pasó a su alrededor una mirada de superioridad antes de proseguir:

—Su relato de lo acontecido la noche del seis de abril resultaría bastante creíble de no ser por un detalle que el señor Rivers puso en mi conocimiento hace varios días. Según este caballero, cuando abandonó su dormitorio alarmado por los alaridos que la señorita O'Laoire estaba dando en los jardines, se encontró con usted en un pasillo del segundo piso de Maor Cladaich... en compañía del señor Lennox. Los dos salían en ese momento de su cuarto, señorita Stirling, y los dos parecían estar bastante alarmados. ¿Sería tan amable de explicar a los miembros de este jurado qué se supone que estaban haciendo allí a solas?

—Una interesante apreciación, señor Tyrell —intervino el juez Driscoll sin relajar en lo más mínimo su semblante ceñudo—. A mí también me gustaría que la testigo nos aclarara ese punto. Sobre todo porque al comienzo de su declaración ha jurado contar la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Puede que su mala conciencia le haya incitado a mentirnos porque en realidad también tuvo algo que ver con este crimen.

A Lionel le pareció que la garganta se le secaba de repente. Había pensado que su declaración no podría haber ido mejor, pero el murmullo de las voces de los abogados le hizo temer de repente por su vida. Por suerte la señorita Stirling poseía buenos reflejos.

—Dios mío, señor juez... Nunca pensé que tendría que reconocer esto delante de una multitud, pero lo que aquella noche sucedió entre el señor Lennox y yo... no tenía nada que ver con la muerte del señor Archer. El nuestro fue un encuentro mucho más... más...

—Más vicioso, me imagino —concluyó el juez con cara de pocos amigos mientras las voces se hacían más audibles—. Relacionado, cómo no, con el deplorable acto del fornicio.

Un par de abogados se rieron en los asientos más altos. Lionel vio aparecer con el rabillo del ojo las cabezas de Alexander y de August al otro lado de Rhiannon, pero no se atrevió a responder a sus atónitas miradas. Él mismo se había quedado perplejo por lo que la señorita Stirling acababa de hacer para que les tacharan a los dos de la lista de sospechosos.

—Debe de imaginarse el duro golpe que supone esto para mi buen nombre, señor juez —siguió diciendo la joven en un tono deliberadamente tembloroso—. Pero nunca me atrevería a mentir a un magistrado, sobre todo si estoy atada por un juramento. Lo que el señor Rivers dijo es... es completamente cierto, caballeros. —Se aclaró la garganta antes de añadir—: Me gustaría poder negarlo ante ustedes, enarbolar mi virtud como bandera y asegurarles que siempre me he comportado como una mujer decente. Pero todos saben que estamos muy lejos de ser perfectas. —Bajó los párpados de manera que sus espesas pestañas acariciaran sus mejillas—. No puede esperarse de nuestra naturaleza que seamos capaces de plantar cara a la insistencia de los hombres. Supongo que el reconocimiento de su superioridad ante nosotras acaba haciéndose extensivo también al ámbito carnal.

Casi todos los abogados sonreían con disimulo; unos cuantos miraban a Lionel con mal disimulada admiración. La explicación parecía haber satisfecho al juez Driscoll. Se inclinó sobre la tribuna para pasear una mirada de advertencia sobre la ruidosa multitud.

—Ahí lo tienen, caballeros: la declaración más sincera de una mujer. Cuídense de prestar atención a sus cantos de sirena. No han cambiado desde los tiempos de la manzana y la serpiente.

A juzgar por las expresiones de la mayor parte de los hombres reunidos en aquella sala, los cantos de sirena de la señorita Stirling resonarían como música celestial en sus oídos. El juez Driscoll le indicó que abandonara el estrado; dos policías se acercaron para ayudarla a bajar, y mientras regresaba a su asiento en las gradas, aún con la cabeza gacha, Alexander le dio unos golpecitos a Lionel en un hombro por detrás de Rhiannon.

—¿Qué demonios significa esto? —le preguntó en un susurro apresurado—. ¿Es cierto lo que ha dicho? ¿Realmente has intimado tanto con la señorita Stirling como para...?

—Creo que me acordaría de eso si realmente hubiera ocurrido —contestó Lionel en el mismo tono—. Pero si resulta que me dan la oportunidad de presumir de algo así..., no seré yo quien le lleve la contraria. Contar estas cosas a los demás hombres siempre supone la mitad del placer.

Alexander meneó la cabeza con hastío. Poco a poco los susurros se apagaron y el señor Moran se apresuró a pedir la palabra antes de que pudiera hacerlo el señor

Tyrell.

—Bien, caballeros, creo que la opinión de la señorita Stirling sobre la incapacidad de la señorita O’Laoire de levantar la piedra con la que Reginald Archer fue asesinado debería constar como una prueba decididamente exculpativa. —El abogado parecía más relajado ahora, y hasta se permitió dirigir una rápida sonrisa de aliento a Ailish, que no se atrevía a moverse—. Sugiero que prestemos atención asimismo a todos los testimonios que la han considerado una persona apacible, de buen carácter y una moral intachable, además de la ausencia absoluta de acusaciones realizadas hasta ahora en su...

—No vaya tan deprisa, señor Moran. Aún no han comparecido todos los testigos.

La sonrisa desapareció poco a poco del rostro de Moran. Dirigió una mirada al juez Driscoll, que permanecía impassible en las alturas, y volvió a mirar al señor Tyrell. Oliver frunció el ceño, inclinándose hacia delante en su asiento.

—Me temo que se equivoca, mi querido colega. Sabe tan bien como yo que acaban de desfilar por la sala todas las personas que asistieron al descubrimiento del cadáver...

—No me estoy refiriendo a los huéspedes de las O’Laoire, ni tampoco a quienes se habían trasladado a Maor Cladaich con intención de adquirir el castillo —le explicó Tyrell con deliberada calma—. El asunto, señor juez, es demasiado grave para que nos tengamos que conformar con los testimonios de aquellas personas que se encontraban en el lugar de los hechos la noche en cuestión. Usted nos acaba de recordar que la acusada siempre ha sido considerada una muchacha de moral intachable. Bien, me parece que lo mejor será que comprobemos si contaba con la misma reputación más allá de Maor Cladaich.

—Hagan pasar a la siguiente testigo, la señora MacConnal —ordenó el juez Driscoll.

Rhiannon se estremeció cuando se produjo un repentino movimiento entre la muchedumbre que abarrotaba la parte baja de la sala y Brianna MacConnal apareció como surgida de la nada. Ninguno de sus acompañantes se atrevió a pronunciar palabra mientras la viuda subía con ciertas dificultades al estrado. Se aposentó con la espalda tan derecha como un mástil, recolocando sobre su sombrero el velo que le cubría la cara.

—Buenos días, señora MacConnal —la saludó Tyrell. La anciana se limitó a inclinar unos milímetros la cabeza—. Le agradecemos que se encuentre con nosotros esta mañana teniendo en cuenta lo repentino de nuestra petición. Como sin duda se imaginará, lo que nos interesa que comparta con este jurado no es solamente su opinión sobre la señorita O’Laoire sino los dramáticos sucesos que ocurrieron en su familia hace algunos meses.

—La muerte de mi esposo Fearchar cuando se encontraba realizando una visita a la madre de la acusada —fue la seca respuesta de Brianna—. Un fallecimiento tan imprevisto como el del señor Reginald Archer, pero sobre el que nunca se hicieron

investigaciones.

Su voz resonó en la sala cargada de resentimiento. La mayoría de los presentes conocían las circunstancias en que había sido encontrado el cadáver de MacConnal, pero aun así permanecieron atentos mientras Brianna repetía su historia. Coincidió punto por punto con lo que les había contado en Kilcurling a Alexander, Lionel y Oliver, aunque en esta ocasión su tono era más decidido, y el resplandor que animaba sus pequeños ojos no era el mismo. Entonces no mostraban más que resignación; ahora clamaban venganza.

Les dijo que la *banshee* había prorrumpido en sollozos aquella noche como lo había hecho la víspera de la muerte de Reginald Archer. Un estremecimiento general pareció recorrer la estancia cuando salió a relucir la misteriosa criatura. Casi todos los presentes se habían criado en Irlanda. Estaban más que familiarizados con su leyenda.

—Siempre consideré —siguió diciendo Brianna, indiferente a los murmullos— que la *banshee* de los O’Laoire había hecho algo más que augurar su muerte. Sospechaba que no se había limitado a anunciar su fallecimiento sino que lo había provocado ella misma.

—Con el debido respeto, señoría —trató de protestar Moran—, esa teoría carece de...

—¿Su esposo padecía del corazón antes de sufrir aquel ataque, señora MacConnal?

—Por Dios, se lo dicho cientos de veces a todo el mundo. Fearchar poseía una salud envidiable. Nunca tuvo ningún problema cardíaco. No, fue ella la que lo aterrorizó hasta el punto de matarle, fue ella la que apareció ante él en plena noche, helándole la sangre...

—¿A quién se está refiriendo exactamente, señora? ¿A la *banshee*?

Brianna no contestó de inmediato; primero clavó sus ojos en Ailish, que la miraba con aprensión, y después anunció:

—Fue ella. —Y la señaló con un dedo—. He estado equivocada todo este tiempo. Creía que se trataba de un espíritu, pero la mujer a la que todos los vecinos de Kilcurling hemos escuchado sollozar en la colina no tiene nada que ver con la que mató a mi querido Fearchar. Ahora sé que fue cosa de esta endiablada muchacha —la miró de nuevo, indiferente a los temblores de Ailish—, esta... esta desequilibrada que sería capaz de hacer cualquier cosa antes que dejar que su propiedad cayera en manos de extraños.

Se oyeron unas cuantas exclamaciones de perplejidad. Rhiannon dejó escapar un «¡Por todos los...!» que murió en su garganta cuando el señor Tyrell siguió diciendo:

—¿Insinúa usted que la señorita O’Laoire se hizo pasar por la *banshee* con el único fin de aterrorizar a su esposo? ¿Qué podría haberla impulsado a hacer algo así?

—¡Nada! —exclamó Ailish—. ¡Ella sabe de sobra lo mucho que yo apreciaba al señor MacConnal!

Brianna sacudió la cabeza sin prestarle atención.

—Lo mismo que la impulsaría a acabar con el señor Archer. La rabia de tener que contemplar cómo le eran arrebatados los terrenos que habían pertenecido a su familia desde la Edad Media. La ingratitud tiene muchas caras, señorita. La peor es la de la inocencia.

Ailish apretó una mano contra su boca. El señor Moran le hizo un gesto para que se tranquilizara, aunque también parecía preocupado por el giro de los acontecimientos.

Pero lo peor aún estaba por llegar. Cuando Brianna MacConnal bajó con asombrosa dignidad del estrado, el juez Driscoll dio un par de golpes con su martillo para que el silencio regresara a la sala antes de dar paso a la siguiente testigo. Los ingleses intercambiaron una mirada de confusión al darse cuenta de que no la conocían de nada; se trataba de una mujer de unos cincuenta años, pequeña y esmirriada, con una masa de cabello arratonado metida a presión en una cofia remendada. Rhiannon soltó un gemido.

—Es la señora Ashe —susurró a Alexander cuando se inclinó hacia ella—. La madre de Michael, el muchacho de Kilcurling al que ahorcaron por haber matado a su amigo.

Alexander comprendió de inmediato que su aparición no podía causarles más que problemas. Y en efecto, la señora Ashe se mostró tan inflexible como Brianna al acusar a Ailish de haber cometido el crimen por el que enviaron a prisión a su hijo. De poco sirvió que Moran recordara a la concurrencia que cuando se descubrió el cadáver de un chico junto a la playa de Kilcurling la señorita O’Laoire tenía tan solo ocho años. Su vecina estaba convencida de que era la culpable de aquella muerte, y también de la de su Michael.

—¿Cómo podría haber sabido dónde se encontraba el cuerpo —casi gritó, sin apartar sus ojos de los de Ailish— si no hubiera sido ella misma la que lo ahogó antes en el mar?

—Me parece que el inspector James Fitzwalter se encargó de que les quedara claro a todos ustedes que mi defendida no tuvo nada que ver con aquello —porfió Moran casi a la desesperada—. Es cierto que tuvo una... una revelación, por decirlo de algún modo.

—¿Cómo que una revelación? Eso no tiene ningún sentido, señor. ¡O es una bruja o es una asesina! ¡Incluso puede que sea las dos cosas a la vez! Si mató a sangre fría a un muchacho con el que no había hablado nunca cuando era una niña, ¿qué no sería capaz de hacer ahora?

Hubo unos cuantos murmullos de asentimiento entre los abogados. Alguien gritó «¡Bien dicho!» en la parte alta de la sala, pero cuando Alexander se dio la vuelta, con los ojos llameantes de rabia, no distinguió a nadie conocido. Era evidente que la opinión del jurado se encontraba en el filo de la navaja; habían pasado de cierta inseguridad al convencimiento de que Ailish había tenido algo que ver en aquellas muertes, a pesar de que no estuvieran seguros de cuál había sido exactamente su

papel. La señora Ashe abandonó el estrado, no sin antes lanzarle una última mirada en la que parecía concentrarse todo el rencor del mundo, y el juez ordenó que condujeran a la sala a la última testigo.

Los ingleses notaron cómo Ailish se tensaba en la plataforma, pero no supieron el motivo hasta que repararon en un sombrero de paja que avanzaba entre la multitud hacia el estrado y reconocieron la melena de un rubio rojizo que asomaba debajo. Era Jemima.

Lionel dejó escapar una maldición. Un abogado le señaló el asiento que acababa de ocupar la señora Ashe, y la muchacha se sentó silenciosamente, sin mirar en ningún momento a Ailish. La quietud volvió a apoderarse poco a poco de la sala.

—Jemima Lawless, comparece usted ante nosotros por su propia voluntad y con la intención de aportar un testimonio concluyente sobre lo ocurrido a Reginald Archer en Maor Cladaich, ¿estoy en lo cierto? —preguntó el señor Tyrell.

—Así es, señor —contestó Jemima con sorprendente serenidad.

—Afirma ser miembro del servicio de los O’Laoire desde hace tiempo...

—Diez años —puntualizó ella—. Mi madre trabajó como cocinera en el castillo antes de morir. Desde entonces me he hecho cargo de numerosas tareas en Maor Cladaich, en especial del cuidado de la señorita O’Laoire. He sido algo parecido a su doncella.

—¿Se hallaba usted a gusto pasando tanto tiempo con la acusada, señorita Lawless?

—Virgen santa, por supuesto que no. Los cielos saben que acepté aquel trabajo para no defraudar las esperanzas que mi padre tenía puestas en mí. Necesitábamos el dinero.

—Comprensible —corroboró Tyrell—, y perfectamente honroso. Pero lo que queremos saber es lo que ocurrió exactamente la noche del seis de abril. Usted se encontraba...

—Muerta de miedo, señor abogado. La *banshee* se había puesto a sollozar con más fuerza que nunca y en las habitaciones del servicio no hacíamos más que preguntarnos si la persona que moriría sería uno de nosotros. A las tres menos cuarto me harté de dar vueltas en la cama sin poder dormir. Decidí levantarme para preparar un poco de té en la cocina, pero al salir de mi cuarto me llegó una corriente de aire frío. La seguí hasta el vestíbulo y entonces me di cuenta de que había una ventana abierta en la planta baja... Llovía tanto que no pude distinguir nada en el exterior, pero sabía que había sucedido algo en el castillo. La tormenta no podía haber abierto una ventana por sí sola, por intensa que fuera.

—¿Y qué hizo usted cuando se dio cuenta de que tal vez corrían peligro?

—Decidí buscar a uno de los policías. Había oído decir al inspector Fitzwalter que se dedicarían a patrullar por Maor Cladaich hasta que se hiciera de día, así que subí al primer piso para tratar de dar con alguno de los dos. Pero cuando estaba recorriendo el pasillo principal me pareció distinguir algo al otro lado de los cristales.

Algo blanco.

Rhiannon se había puesto a temblar tanto que Alexander y Lionel tuvieron que agarrarla por los brazos. La sangre había huido por completo del semblante de Oliver.

—Algo blanco que sin duda le recordaría a un camisón, ¿no es así?

—¡Protesto, señorita! —Moran se puso en pie—. ¡Es completamente vergonzoso que un abogado dirija un interrogatorio como lo está haciendo mi colega! ¿Qué será lo próximo que haga? ¿Hablar en lugar de la señorita Lawless sirviéndose de la ventriloquía?

—Le aconsejo que guarde silencio, señor Moran —le contestó el juez Driscoll apuntándole con un dedo descarnado—. Haga el favor de no entorpecer mi labor ni la de Dios.

Driscoll se volvió de nuevo hacia Tyrell, le hizo una señal para que continuara, y este se la hizo a su vez a Jemima.

—Tardé un momento en comprender lo que estaba viendo. No entendía qué estaría haciendo alguien en los jardines en una noche como aquella, pero al abrir la ventana para asomarme al exterior me percaté de que no había una persona fuera... sino dos.

—¿Una era la señorita O'Laoire? —quiso saber Tyrell—. ¿La que iba vestida de blanco?

—Sí, señor abogado. Aunque la otra también iba de blanco, porque llevaba puesta una especie de camisa de dormir, o eso me pareció. —Jemima se mordió los gordezuelos labios un momento antes de decir—: Era el señor Archer. Lo vi con mis propios ojos.

En aquellos instantes no se oía nada más en la sala que la respiración expectante de trescientas personas pendientes de las palabras de la chica.

—También vi lo que ocurrió después. Aunque les aseguro que preferiría no haberlo visto, porque la escena no ha dejado de aparecer en mis sueños desde entonces...

—Tranquilícese, señorita Lawless. Ahora se encuentra a salvo. ¿Qué fue lo que vio?

Jemima abrió la boca, aunque aún tardó unos segundos en hablar.

—A la señorita O'Laoire, empujando la cabeza de una de las esculturas destrozadas por la tormenta para que cayera sobre la del señor Archer, que estaba echado a sus pies.

La estancia pareció venirse abajo debido al clamor de las voces. El juez Driscoll tuvo que dar de nuevo unos golpes con el martillo, diciendo cada vez más alto: «¡Orden en la sala!». Los únicos que se habían quedado sin palabras eran los cuatro ingleses y Rhiannon. No parecían capaces de reaccionar, y lo mismo le ocurría a Ailish.

—Gracias, señorita Lawless. Su testimonio, desde luego, ha sido... concluyente —dijo el señor Tyrell en un tono más suave. Se volvió hacia Driscoll—. Ya lo ha

oído, señoría; todos lo han hecho. Nadie en esta sala puede seguir teniendo dudas sobre lo que sucedió.

—Desde luego que no —corroboró el juez—. La verdad siempre sale a la luz. Siempre.

Llegó el momento en que los miembros del jurado tuvieron que retirarse durante unos minutos para deliberar, aunque a nadie le sorprendió que tardaran tan poco. Ailish se puso tan pálida como una muerta cuando cinco minutos más tarde los vieron regresar uno a uno a la sala, con el juez Driscoll ocupando de nuevo su asiento. Jemima se había apresurado a abandonar el estrado en cuanto Tyrell anunció que no haría más preguntas.

—¿Han llegado a un veredicto, caballeros? —les preguntó un funcionario. El único miembro del jurado que se había quedado en pie afirmó que así era, de modo que siguió diciendo—: ¿Declaran a la acusada culpable o inocente del asesinato de Reginald Archer?

Un espasmo pareció recorrer el cuerpo de Rhiannon al escuchar el «culpable» que salió de los labios del representante del jurado, seguido de inmediato por una barahúnda de gritos que amenazó con derribar las columnas que sostenían el techo de la sala. Sin hacer el menor caso a la conmoción que se acababa de crear, el juez Driscoll aceptó el birrete negro que le tendía uno de los funcionarios para colocárselo encima de la peluca.

—Escuche la acusada. El jurado la ha condenado por un crimen atroz para el que no existe perdón posible ni en el cielo ni en la tierra. Demos gracias a Dios Nuestro Señor por habernos permitido esclarecer las circunstancias en las que llevó a cabo semejante acto de maldad. Y para que sirva de escarmiento público —añadió elevando aún más la voz por encima del rugido que se había desatado— la condeno a colgar de la horca hasta morir ante la prisión de Kilmainham mañana a las doce del mediodía. Que Dios se apiade, si puede, de su pobre alma.

—No me lo puedo creer —gritó Alexander—. ¡No puede ser!

Nadie le escuchó; los alaridos que resonaban en la sala eran demasiado ensordecedores. Algo se derrumbó a su izquierda, haciendo temblar la fila de asientos de madera; Rhiannon se había desmayado cuando quiso ponerse en pie.

La mujer tenía los ojos entornados, pero no parecía darse cuenta de nada. Tratando de mantener la calma en medio de la conmoción general, Alexander rebuscó dentro de su pequeño bolso hasta dar con un frasquito de sales que había adivinado que acabaría necesitando. Se lo puso debajo de la nariz, sosteniendo su cabeza con un brazo mientras Lionel rompía a vociferar contra los miembros del jurado y August zarandeaba por los hombros a un Oliver que se había quedado reducido a la parálisis más absoluta. Consiguió que se levantara, aunque apenas pudo retenerle cuando Ailish se volvió hacia él antes de que los policías se la llevaran.

—¡Oliver, por favor! —la oyeron sollozar—. ¡No dejes que lo hagan! ¡No dejes que me maten, Oliver!

Pero a Oliver no le permitieron hacer otra cosa que contemplar desde la distancia cómo la mujer con la que se había casado pocas horas antes, la única mujer de la que se había enamorado en su vida, era devuelta en volandas al vehículo que la conduciría a la celda en la que habían compartido sus últimos momentos juntos, sabiendo que pronto todo habría concluido para ella.

Le parecía oír a August diciéndole algo en voz baja, pero su cerebro no era capaz de procesar sus palabras. De pie al lado de Delancey, dos filas por debajo de ellos, la señorita Stirling había abandonado su sempiterna elegancia para amenazar con su puño al juez Driscoll mientras abandonaba la sala en medio del clamor general.

—Ya vuelve en sí —anunció Alexander. Lionel se había agachado como podía entre los asientos para ayudarle a levantar a Rhiannon, que parecía haberse convertido en una autómatas—. Traedle un poco de agua. Hay que tratar de reanimarla como sea.

—Eso no impedirá que cuelguen a Ailish —contestó Lionel de repente.

Alexander le lanzó una mirada exasperada, y August también lo hizo sin dejar de sujetar a Oliver para evitar que echara a correr detrás de Ailish y los policías.

—Me parece que eso lo sabemos de sobra, Lionel. ¡Pero por extraño que te parezca, eso no es lo que Rhiannon necesita escuchar ahora mismo! ¡Traed agua, rápido!

Uno de los caballeros sentados en la fila de atrás se apiadó de ella y sacó una petaca de coñac que puso en manos de Alexander. El profesor le dio las gracias antes de acercarla a los labios de Rhiannon, que comenzó a toser en cuanto dio el primer trago.

—No me habéis entendido —siguió diciendo Lionel en voz baja. Seguía estando tan pálido como los demás, pero sus oscuros ojos relucían con determinación—.

Comprendo que lo más inteligente ahora mismo sea prepararnos para lo peor..., pero puede que aún no esté todo perdido. Aún está en nuestra mano conseguir que revoquen la pena capital.

—Siento ser un pájaro de mal agüero, Lionel, pero dudo que lo consigamos —opinó August después de unos instantes en los que nadie se atrevió a hablar—. Es cierto que a veces se ha indultado en el último momento a un criminal, pero lo que creen que Ailish ha hecho... es demasiado grave. Nadie conseguiría hacer cambiar de opinión a este juez.

—Nadie lo haría —corroboró Lionel—. Nadie que estuviera vivo. Pero sabéis tan bien como yo que en Maor Cladaich sigue habiendo alguien que sabe qué pasó realmente.

Alexander se quedó mirándole como si le viera por primera vez. Hasta Oliver dejó de forcejear entre los brazos de August para prestarle atención.

—Te refieres... —dijo el profesor, dubitativo—. ¿Te refieres a la *banshee*?

Lionel asintió con la cabeza. Rhiannon abrió poco a poco los ojos, paseando la mirada de uno a otro mientras Alexander la ayudaba a incorporarse.

—¿De veras piensa que... que eso podría hacerse, señor Lennox? ¿Que una criatura sobrenatural podría servirnos como testigo? ¿Por qué aceptaría colaborar con nosotros?

—Porque Ailish pertenece al clan de los O’Laoire —contestó Lionel con tristeza—. A su clan, a la familia a la que ha jurado lealtad. La herencia de su sangre es lo único que le importa a ese espíritu. Es lo que la ha hecho pasar más de mil años a la sombra de Maor Cladaich, lo que la ha hecho llorar cada vez que moría uno de ustedes, sufriendo cuando los veía abandonar este mundo, lamentándose por perderles de vista...

Rhiannon alzó los ojos hacia Alexander sin saber qué decir. El profesor supo que ambos pensaban lo mismo. Tal vez aquello tuviera sentido... si quien se encontraba en peligro de muerte fuese realmente un O’Laoire, no la bastarda de un príncipe húngaro.

—Podríamos... podríamos intentarlo —acabó susurrando Alexander. La gente había comenzado a moverse, abandonando sus asientos sin dejar de hablar a voces de lo que acababa de pasar—. No perdemos nada, Rhiannon. En el fondo Lionel está en lo cierto: esto solo podemos hacerlo nosotros.

—Y por nuestro bien más vale que nos demos prisa —apuntó Lionel. Señaló el gran reloj que colgaba sobre el asiento del juez, al lado del retrato de la reina Victoria—. Tenemos menos de veinticuatro horas para dar con ella.

Fue imposible convencer a Oliver de que se marchara de Dublín mientras Ailish se encontraba al borde del abismo, así que dejaron que August se hiciera cargo de él y Alexander, Lionel y Rhiannon se apresuraron a coger la primera diligencia que partiera hacia la costa. Ni siquiera se molestaron en pasar por el hostel para recoger sus cosas; la cuenta atrás ya había empezado y cada minuto, cada segundo, podía resultar decisivo.

El trayecto hasta Kilcurling se les hizo enloquecedoramente largo. Cuando por fin se bajaron del coche de caballos, echaron a correr colina arriba... solo para descubrir que Maud era la única persona que quedaba en el castillo. Al parecer el pánico había causado estragos en las habitaciones del servicio y a los demás criados les había faltado tiempo para huir, sin preocuparse por su salario ni por lo que pudiera pensar su nueva patrona cuando encontrara la casa tan desangelada. De Jemima, por supuesto, no había ni rastro; lo más probable era que hubiera decidido quedarse a saborear su venganza en la capital.

La cocinera parecía estar muerta de miedo, pero nadie tenía tiempo de contestar a sus preguntas. Durante las siguientes horas recorrieron cada uno de los recovecos del castillo, espoleados por una ansiedad que no tardó en convertirse en frustración, y con el transcurso del tiempo en desesperación, cuando comprendieron que ni siquiera aquello sería suficiente para atraer a la *banshee*. Era irónico que guardara silencio precisamente entonces, a escasas horas de que la heredera del clan fuera ajusticiada por un crimen que no había cometido. Llegó un momento en que Rhiannon, cada vez más pálida, anunció que necesitaba retirarse a descansar unos minutos, y tras un breve conciliábulo, Alexander y Lionel partieron en direcciones opuestas para tratar de dar por separado con la criatura.

El profesor subió a todo correr al salón azul en el que habían guardado sus máquinas durante aquella festividad de San Patricio que ahora parecía tan lejana. Por desgracia, ni siquiera su espintariscopio consiguió serle de utilidad. La sal de radio no revelaba la presencia de ninguna *banshee*. Desolado, apartó la cara del visor que había en un extremo de la máquina, frotándose los ojos presa de un agotamiento cada vez mayor. Lo mismo sucedió con los otros modelos que Veronica le había enviado, así que la conclusión no podía ser más clara: en ninguna de las estancias del castillo se percibía la huella de la criatura que había vagado por ellas durante siglos.

Era noche cerrada cuando, más desalentado que nunca, decidió que lo mejor sería acudir al lado de Rhiannon para transmitirle su apoyo durante las horas que quedaban hasta el ajusticiamiento. No quería ni imaginar cómo se sentiría en aquel momento... ni cómo estaría Oliver en su habitación del hostel de Temple Bar, si es que August había conseguido arrancarle los dedos de los barrotes de la prisión. Alexander sintió cómo el nudo que le apretaba la garganta se estrechaba un poco más al preguntarse qué sería de su joven amigo si sus más sombrías predicciones se acababan

cumpliendo. «Tendré que estar más pendiente que nunca de él —pensó mientras abandonaba el salón azul y cerraba la puerta con las llaves que Rhiannon había dejado en sus manos—. Con una sola muerte tenemos más que suficiente. No pienso permitir que se marche detrás de Ailish.»

Rhiannon no estaba en la salita del primer piso, ni tampoco respondió al profesor cuando dio unos suaves golpes con los nudillos en la puerta de su dormitorio. Un poco extrañado, Alexander siguió recorriendo el castillo durante casi diez minutos hasta que de repente se le ocurrió dónde podría ir a buscarla. Giró sobre sus talones en uno de los pasillos del segundo piso, desandando sus pasos en la dirección en la que sabía que se encontraba la escalera de caracol que ascendía en un mareante remolino de piedra a la parte superior de Maor Cladaich, a la capilla en la que no había estado más que una vez.

Los peldaños eran curiosamente altos, y la piedra se había desgastado tanto por las pisadas de los O’Laoire que habían acudido a rezar a aquella pequeña habitación que el profesor tuvo que apoyarse en la pared con una mano para no resbalar. Cuando llegó a lo alto, se dio cuenta de que había un par de velas encendidas encima del altar, vertiendo una trémula claridad sobre los rudos sillares de unas paredes carentes de cualquier clase de decoración. El único mobiliario lo constituía un gran crucifijo de madera que parecía cubrir con su sombra las inquietas llamas de las velas, y un reclinatorio en el que permanecía arrodillada Rhiannon, dando la espalda a la entrada de la capilla.

Tenía los ojos cerrados y las manos enlazadas delante de su rostro. El profesor se acercó muy despacio a ella para no sobresaltarla, aunque fue la propia Rhiannon quien le dirigió la palabra.

—¿Ha venido a buscarme para ser el primero en darme el pésame?

Alexander no contestó enseguida. Se detuvo a su lado con los ojos clavados en el crucifijo que extendía sus brazos sobre el altar. Realmente costaba creer que existiera un Dios compasivo al que no le importase que Ailish fuera a sucumbir en su propia cruz.

—Pensé que... Se me ocurrió que se sentiría mejor teniendo a alguien a su lado. A pesar de que no sepa qué más hacer por usted ahora mismo.

—Me basta con su compañía —le contestó Rhiannon—. Me hará conservar la cordura.

Se movió unos centímetros hacia la izquierda para que Alexander pudiera ponerse de rodillas junto a ella. Rhiannon cogió aire lentamente. Tenía la cara enrojecida por las lágrimas.

—Todavía hay una parte de mí —reconoció a media voz— que se empeña en aferrarse a la posibilidad de que todo esto no sea más que una espantosa pesadilla. Daría lo que fuera por poder despertarme en este momento, salir de mi dormitorio, correr para abrir la puerta del dormitorio de Ailish y encontrarla acostada en su cama, sana y salva...

Alexander se humedeció los labios antes de atreverse a poner en palabras algo que llevaba todo el día rondando por su cabeza.

—Sé perfectamente que no quiere hablar del tema, pero dado que todo lo que hemos tratado de hacer por Ailish ha fracasado..., quizá haya llegado el momento de que hable con la señorita Stirling para que su patrón interceda por ella antes de que sea tarde.

Tal como imaginaba, el rostro de Rhiannon se contrajo ante aquella sugerencia.

—No serviría de nada, profesor. Sabe tan bien como yo que no tengo pruebas con las que demostrar que por las venas de mi hija corre su misma sangre azul.

—Los dos se parecen mucho, Rhiannon. Hasta la señorita Stirling debe de sospechar...

—La señorita Stirling no es más que el perrito faldero del príncipe Konstantin — fue la respuesta de ella, y esta vez el desdén consiguió abrirse camino entre la bruma de su dolor—. Nunca se le ocurriría molestar a su patrón con una historia como esta. Y aunque lo hiciera, dudo mucho que ese muchacho estuviera dispuesto a romper una lanza por una hermana mayor que en cualquier momento podría convertirse en una amenaza para sus propios intereses. No, profesor Quills; no quiero saber nada más de los Dragomirásky.

Había desenredado los dedos para agarrar de manera inconsciente el guardapelo que le colgaba del cuello. La luz de las velas arrancaba destellos moribundos a la plata.

—Me resulta bastante curioso que nunca me haya preguntado por... por su padre, el príncipe László. Sobre todo sabiendo lo que sabe sobre nuestra relación.

—Ya le dije en su momento que no soy quién para juzgarla —se apresuró a decirle Alexander, que empezaba a arrepentirse de haber sacado a relucir aquel tema—. No tiene que darme explicaciones, Rhiannon. Especialmente si no se las ha dado nunca a Ailish.

—Por eso mismo me gustaría hacerlo. Para que comprenda por qué no lo he hecho.

Apretó los labios mientras cambiaba silenciosamente de postura, recolocando los amplios pliegues del vestido negro que cubría casi por completo el reclinatorio.

—Ya le he contado que antes de casarme con Cormac trabajaba en Greene's, una librería dublinesa de Clare Street. Mi madre había muerto al darme a luz; mi padre había fallecido poco antes de que yo cumpliera diecisiete años; no tenía hermanos ni parientes que cuidaran de mí. Había asistido a una escuela para niñas en el modesto barrio en el que vivíamos mi padre y yo. Él era un hombre bueno, muy sencillo, que se deslomaba cada día limpiando chimeneas para poder darme una educación con la que esperaba que me fuera mejor que a él. Y durante muchos años todo el mundo creyó que sería así; siempre fui una de las mejores alumnas de la escuela, y no había nada que me gustara más que pasarme las tardes de lluvia sentada en la pequeña mesa que solía ocupar en el aula, leyendo las novelas que me prestaban mis profesoras.

Quise dedicarme a profesiones muy distintas por aquel entonces: exploradora, naturalista, detective..., pero para eso necesitaba dinero, y no podía pedirle a mi padre que hiciera más por mí.

»Acabé comprendiendo que mis sueños tendrían que permanecer en un cajón durante algunos años más, así que se me ocurrió que mientras tanto, dado que los libros eran lo que más amaba aparte de mi padre, podría formarme para ser una profesora más de la escuela. Por desgracia, tampoco me acompañó la suerte en ese sentido. Como le he dicho, mi padre murió antes de que pudiera completar mi educación, y pese a lo mucho que la directora de la escuela se esforzó para que siguiera asistiendo a ella, no tardé en darme cuenta de que habiéndome quedado sola en el mundo, mis prioridades ya no iban a ser las mismas. Ya no podía permitirme el lujo de dedicarme a estudiar durante más años, sin contar con más dinero que los pocos ahorros que mi padre me había dejado. Así que dos meses después de enterrarle cerca del arbusto de espina santa que crece en el cementerio de Mount Jerome, conseguí que me aceptaran como aprendiz de librera en Greene's. Quise creer que en el fondo no había tenido mala suerte; si lo que más me interesaba en el mundo eran los libros, podría tener todos los que quisiera a cualquier hora del día, aunque la realidad acabó siendo muy distinta.

»Como era la persona más joven con la que contaban en la librería, casi siempre me pasaba la mitad de la jornada recorriendo Dublín de un lado a otro para llevar a las casas de los clientes de mis patronos los ejemplares que les encargaban. Y fue precisamente en una de esas rondas cuando, en junio de mil ochocientos ochenta y cuatro, conocí a László Dragomirásky delante de la Marsh's Library, a la que me habían ordenado acudir con unos tratados de teología...

—Conozco esa biblioteca —le dijo Alexander de repente—. He leído en algún sitio que se encuentra al lado de la catedral de San Patricio y que pasa por ser la más antigua de las bibliotecas públicas abiertas en Irlanda. Y además tiene fama de estar encantada.

Rhiannon asintió con la cabeza, enlazando una vez más sus delgadas manos sobre el reclinatorio. Alexander se dio cuenta de lo mucho que le temblaban los dedos.

—Sí, eso es cierto. Es una biblioteca encantada. Un edificio sobre el que circulaban tantas leyendas que consiguió atraer la atención del príncipe Dragomirásky, que por entonces se encontraba pasando una temporada en la ciudad. La pasión por lo sobrenatural que según la señorita Stirling posee su patrón debe de ser una herencia de su padre. Nunca me olvidaré del aspecto que presentaba aquel día de verano, de pie delante de la puerta de hierro que daba acceso al jardín de la Marsh's Library. Iba completamente de blanco, con el sombrero en una mano, el bastón en la otra y los ojos más claros que había visto en mi vida clavados en el tejado del edificio que asomaba por encima de las copas de los árboles. Era como una aparición, profesor Quills, se lo aseguro; parecía recién salido de alguna de las novelas que tanto me gustaba leer. —Rhiannon tragó saliva, guardando silencio unos

instantes antes de continuar en voz más baja—: Sé que la culpa de lo que sucedió no fue más que mía. Puede que no me hubiera dirigido la palabra si yo no lo hubiera hecho primero. Pero no era más que una chiquilla, profesor; acababa de cumplir veinte años, aquel hombre me doblaba la edad, y parecía tener todo lo que yo buscaba en un caballero.

»“No servirá de nada que pierda el tiempo esperándole”, recuerdo que me atreví a decirle. “No aparecerá detrás de ninguna ventana mientras siga siendo de día.”

»Él se volvió de inmediato hacia mí. Se me quedó mirando tan fijamente que por un momento temí que me acusara de meterme donde no debía, pero acabó sonriendo.

»“Deduzco, señorita, que se refiere usted al alma en pena del arzobispo Narcissus Marsh, el fundador de esta biblioteca”, me contestó con un curioso acento del este. “He oído decir que se le ha visto deambular muy a menudo de un lado a otro de la galería...”

»“Solo lo hace cuando es noche cerrada. Se dedica a pasar las páginas de los volúmenes que dejan abiertos sobre las mesas, saca libros de las estanterías y los deja caer al suelo, y al día siguiente el bibliotecario se lo encuentra todo revuelto.”

»“No parece un comportamiento ejemplar tratándose de un bibliófilo”, respondió él con un guiño divertido.

»“Creo que debe de estar desesperado”, le contesté con desparpajo. “Y la culpa de todo la tiene su sobrina Grace. Tengo entendido que se fugó con un capitán de barco de Castleknock que no agradaba demasiado al arzobispo, pero antes de hacerlo escondió en uno de los libros de su tío una carta en la que le pedía disculpas por su desaparición.”

»“Y como su pobre tío nunca pudo encontrar dicha carta”, concluyó por mí, “su espíritu atormentado pasará el resto de la eternidad revolviendo sus libros para tratar de dar con ella. Realmente las muchachas cabezotas pueden causarnos muchos problemas.”

»Lo dijo de una manera que me hizo ruborizarme. Los tratados de teología que seguía sujetando contra mi pecho pesaban tanto que comenzaron a resbalármese, y él se apresuró a recogerlos antes de que cayeran al suelo.

»“¿Cómo ha adivinado lo que me ha traído hasta aquí? Podría haberme acercado a la Marsh’s Library para examinar los mamotretos del siglo dieciocho cargados de cadenas o las jaulas donde encerraban a quienes querían consultar los ejemplares más valiosos.”

»“Era imposible que se tratara de eso”, le solté sin pensarlo demasiado. “Quiero decir, solamente de eso... Usted mismo parece una aparición. Tiene sentido que desee estar al tanto de lo que hacen las demás, tanto si las conoce personalmente como si no.”

»Al escucharme rompió a reír, aunque no estoy segura de si lo hizo por lo que le había dicho o por mi atrevimiento. Me habría gustado preguntárselo, pero justo en ese momento se abrió la puerta de la biblioteca y el señor Burke, el bibliotecario,

apareció debajo del frontón. No me quedó más remedio que despedirme de aquel desconocido, a pesar de que en el momento en que me aparté de él supe que tardaría mucho en olvidarme de lo que había sentido cuando su bigote me rozó la piel al apretar los labios contra mi mano.

»Tuve que repetirme a mí misma que no serviría de nada pensar en él; lo más probable era que nunca más volviéramos a vernos. Pero me equivocaba. A la semana siguiente, cuando me enviaron de nuevo a la Marsh's Library, me lo encontré por segunda vez, aunque en esta ocasión dentro de la biblioteca. Por lo que me dijo, había pasado un par de horas reunido con el director para hablar de unos asuntos relacionados con su administración. Me quedé perpleja cuando me explicó, en el elegante restaurante del hotel Gresham al que me invitó a comer, que había decidido hacer una generosa donación a la biblioteca “a cambio de que le permitieran consultar por un período de tiempo indefinido algunos documentos que le parecían interesantes”.

—¿Quiere decir que en cierta manera sobornó al director de turno para que le dejara campar a sus anchas por allí? —preguntó Alexander, enarcando las cejas—. ¿Por qué tuvo que recurrir a semejante estratagema si precisamente se trata de una biblioteca pública?

—No tengo la menor idea —reconoció Rhiannon—. Supongo que tendría sus propios motivos para hacerlo, la clase de motivos por los que László viajaba de un país a otro en pos de leyendas que nadie más estaría dispuesto a creer, lo que le hacía participar en las subastas de toda clase de artículos extravagantes, ofreciendo unas cantidades que hacían palidecer a los demás. Aquel día me encontraba demasiado extasiada para preocuparme por lo extraño que resultaba su comportamiento. Realmente parecía que el príncipe azul de mis sueños era de carne y hueso... y que estaba tan interesado en mí como yo en él.

»Durante todo aquel año nos vimos casi a diario. Yo seguía teniendo mucho trabajo en Greene's, pero me las ingeniaba para poder pasar algunos ratos a solas con él. Y debo admitir que siempre se comportó como un perfecto caballero: me venía a recoger a la librería con ramos de rosas, me paseaba en coche de caballos, me invitaba a los mejores restaurantes, al teatro, a la ópera... Por supuesto, las demás dependientas de Greene's estaban tan verdes de envidia como la propia enseña de la tienda. Nadie me felicitó cuando una mañana anuncié que sería la última que pasaría en la librería porque el príncipe László Dragomirásky me había propuesto matrimonio.

—Y usted, naturalmente, había aceptado —comentó Alexander. Rhiannon se pasó una mano por los ojos, incapaz de devolverle la mirada—. No creo que tenga nada de lo que avergonzarse, Rhiannon. Absolutamente nada. Era muy joven, usted misma lo ha dicho, y estaba demasiado enamorada. No fue culpa suya que para el caballero en cuestión no fuera más que un juego. Si es que puede llamarse caballero alguien que incumple una promesa así.

—No lo entiende, profesor —murmuró Rhiannon—. László no... no había planeado abandonarme después de haberme hecho suya. No me quería simplemente para pasar un buen rato a mi costa. Realmente tenía intención de casarse conmigo. De hecho quería hacerlo lo más pronto posible, y tuve que ser yo quien le dijera que no tenía sentido que nos diéramos tanta prisa, que por muchos deseos que tuviera de formar una familia, unos deseos que a veces me agobiaban un poco, no pasaría nada por postergarlo unos meses.

»Pero como se imaginará, acabó siendo él quien se echó atrás. Y le juro que aún sigo sin comprender los motivos que le llevaron a tomar aquella decisión. Éramos muy felices, profesor..., tan felices como podrían serlo un hombre y una mujer convencidos de haber nacido el uno para el otro. Lo único que puedo decirle es que una tarde llamó a la puerta de mi piso con una expresión que me hizo pensar que se dirigía a un velatorio.

»Ni siquiera quiso pasar a mi minúscula sala de estar. Con una voz que parecía pertenecer a una persona muy distinta, me dijo que se había dado cuenta aquella misma mañana de que no tenía sentido seguir alargando nuestra relación. De que no podríamos estar juntos jamás..., por lo menos no como László había planeado que lo estuviéramos.

»Supongo que no hará falta que le explique cómo me sentí en ese momento; me conoce lo suficiente como para imaginárselo. Recuerdo que me eché a llorar durante lo que me parecieron horas, mientras él simplemente me abrazaba, incapaz de pronunciar palabra. Le exigí que me dijera qué había hecho..., qué le había decepcionado tanto de mí como para no quererme más a su lado..., en qué momento había entendido que lo nuestro no podría funcionar... Hubiera preferido que me diera razones reales, por terribles que pudieran resultar; pero aquella incapacidad suya para hacerse entender me resultó más dolorosa que nada de lo que pudiera argumentar. Y lo más extraño era que si yo me sentía destrozada... él parecía estarlo mucho más. Tenía ante mí a un hombre herido de muerte en alguna extraña batalla que se había celebrado sin mi conocimiento.

»“No lo estoy haciendo por mí, *szerelemem*”, me susurró mientras me cogía la cara con las manos. “Si de mí dependiera, nada me complacería más que unir mi destino al tuyo tal como habíamos acordado. Pero me temo que... hace mucho que dejó de depender de mí. Mi existencia nunca será como la de los demás hombres, ni podrá basarse tampoco en mis únicos deseos. Por duro que me resulte, tengo que pensar en lo que quedará en mí en este mundo. En mi descendencia.”

—La única explicación que me viene a la cabeza —dijo Alexander sin apartar la vista del afligido rostro de Rhiannon— es que su príncipe debía de estar casado desde antes de conocerle con lady Almina, la aristócrata inglesa de la que nos habló la señorita Stirling.

—No —le contestó Rhiannon a media voz—. Sé que no se trataba de eso. En la vida de László Dragomirásky no había más mujeres. No sé nada sobre esa Almina ni

sobre cuándo la conoció, aunque debió de suceder poco después de dejarme. Según lo que la señorita Stirling nos contó, su hijo Konstantin no tiene más que diecisiete años.

Las últimas palabras parecieron enredarse en las cuerdas vocales de Rhiannon, y a Alexander no le costó adivinar el motivo: a aquella pobre mujer se le partía el corazón al recordar la edad que tenía Ailish, los dieciocho años con los que se disponía a morir.

—Cree usted... —comenzó a decir el profesor después de que ambos permanecieran en silencio durante un rato—. ¿Cree que el príncipe Dragomirásky podría haberse enterado de alguna manera de que usted estaba esperando una niña? ¿Existe una ley en Hungría que impida que un título nobiliario pueda pasar a la primogénita siendo una mujer?

—Lo ignoro, profesor. Pero me cuesta creer que ese pudiera ser el motivo, a menos que László tuviera el don de la adivinación, o que conociera a alguien que le advirtiera de cómo sería nuestra descendencia. Ni siquiera yo sabía que estaba esperando una hija cuando se marchó aquella tarde de mi casa. No me dejó más que su recuerdo... o al menos eso fue lo que pensé durante las siguientes semanas, hasta el momento en que me di cuenta de que había una criatura creciendo en mi interior. Aún no había cumplido veintiún años, estaba completamente sola en Dublín, seguía sin tener amigos a los que acudir y sabía que si no regresaba a la librería, mis escasos ahorros no me permitirían pagar el alquiler durante mucho tiempo. Así que un mes después de marcharme de Greene's tuve que volver con la cabeza gacha, aguantando el escarmiento de mis compañeras. Y eso que aún no estaban al corriente de lo de mi embarazo, aunque no tardarían demasiado en darse cuenta de lo que se escondía realmente detrás de mi ropa suelta. Aquellos meses fueron los más negros que había pasado nunca..., aunque por suerte el destino se apiadó de mí.

»Y lo hizo a través de una persona a la que conocía desde hacía varios años, un hombre con el que siempre me había entendido muy bien pero en el que no me habría fijado nunca por tener la edad que podría haber tenido mi padre de seguir con vida. Se trataba de Cormac O'Laoire, un antiguo amigo de mis patronos que siempre nos hacía una visita cuando se dejaba caer por la capital. Habíamos pasado muy buenos ratos él y yo hablando de Shakespeare, de Sheridan Le Fanu y de Oscar Wilde mientras las demás librerías de Greene's buscaban en el almacén los títulos que nos pedía. Era un auténtico caballero, como lo había sido László, aunque carecía de su irresistible carisma y de su personalidad.

»Una noche de diciembre, pocos días antes de Navidad, entró en la tienda cuando faltaban pocos minutos para que cerráramos. Yo estaba sentada en la trastienda, llorando amargamente, y me imagino que Cormac debió de oír mi llanto, porque empujó la puerta alarmado. Todavía no sé qué fue lo que me impulsó a contárselo todo; supongo que sería la sensación de que ya no me quedaba nada que diera sentido mi vida, de modo que no importaba que alguien más pudiera echarme en cara mi mal comportamiento.

»Pero Cormac O’Laoire no lo hizo en ningún momento, profesor Quills. Recuerdo que mientras yo hablaba a trompicones estuvo sentado a mi lado cogiéndome las manos, y no apartó los ojos de mi rostro durante todo el tiempo que me llevó hacerle partícipe de mi historia. Cuando supo lo que había pasado guardó silencio un rato antes de hacerme una propuesta desconcertante, especialmente viniendo de alguien como él.

»“Siempre he soñado con tener mi propia familia, pero hace mucho tiempo que había renunciado a ello. Tengo cincuenta y cinco años, un castillo que parece haberse convertido en poco más que un eco patético de lo que debió de ser en el pasado y unos terrenos que apenas me sirven para vivir con dignidad. Me imagino que al lado de lo que podría haberte ofrecido tu príncipe húngaro esto te parecerá muy poca cosa. Aun así, si la perspectiva de pasar el resto de tus días a mi lado no te resultara demasiado tediosa...”

»“Pero...”, balbuceé sin poder creer que hablara en serio. “Pero usted nunca ha estado enamorado de mí, señor O’Laoire. Y sabe de sobra que por mi parte yo tampoco...”

»“Por supuesto que lo sé”, me sonrió con cierta tristeza. “No aspiro a competir con el recuerdo de un hombre como el que me has descrito. No puedo darte un amor como el que has conocido a su lado, Rhiannon, pero puedo darte mi protección, mi apellido y mi solemne promesa de que nunca os faltará nada ni a tu hijo ni a ti. Lo único que te pido a cambio es que me permitas construir con vosotros mi propia familia.”

»¿Qué otra cosa podría haber hecho para salir adelante? ¿Qué mujer habría dado la espalda a semejante propuesta?

»No me siento orgullosa de decir que acepté a Cormac como esposo porque era la única escapatoria. Lo que todavía no sabía cuando me trajo a Kilcurling hace tantos años es que el paso del tiempo me demostraría que, aunque nunca podría quererle como quise a László..., le acabé queriendo con todo mi corazón. De una manera muy distinta, pero casi con la misma intensidad.

»Si alguien me hubiera dicho cuando todavía me encontraba en la escuela que el hombre con el que acabaría casándome amaría los libros tanto como yo, hasta el punto de considerarlos una de sus mayores fuentes de felicidad, exactamente como había hecho yo, seguramente le habría respondido que eso no podía ser, que en el mundo no había personas tan parecidas a mí, pero así fue. En los años que pasé con él no hubo ni una sola ocasión en que me arrepintiera de haber aceptado su propuesta matrimonial. Fue para mí un padre más que un esposo, el mejor amigo que tuve en mi vida, el compañero que estuvo a mi lado en mis peores momentos. El que casi sollozó de alegría cuando una comadrona le puso en los brazos a Ailish mientras le decía: “Señor, aquí tiene a su hija. ¡Una niña preciosa!”. No se imagina hasta qué punto le estoy agradecida a Dios por haberlo colocado en mi camino. Y por habérselo llevado antes de que la desgracia nos golpeará como lo está haciendo en este momento.

Alexander, tras vacilar un instante, le agarró una mano.

—Sabía que era una mujer fuerte —le dijo en voz muy baja—, pero aún no sabía cuánto. Lo que ha hecho por Ailish la honra más de lo que pueda imaginar, Rhiannon.

—¿De qué sirve lo que haya hecho por Ailish si su vida va a terminar en unas horas como la de una criminal cualquiera? ¿De verdad cree que una buena madre se quedaría de brazos cruzados como lo estoy haciendo yo? Todo lo que he hecho desde que Cormac se marchó de mi lado, lo que me parecía que sería mejor para proteger a Ailish..., lo he hecho mal, terriblemente mal. Tenía usted toda la razón al decirme que no conseguiría nada tratando de apartar a mi hija del señor Saunders. Si hubiera accedido a su compromiso esta tragedia no habría tenido lugar. Pero me aterraba la idea de que pudiera pasar por lo mismo por lo que pasé yo, de que un hombre quisiera aprovecharse de su confianza y de su inocencia para abandonarla después de...

Un repentino ruido de pasos la hizo enmudecer. Alexander se volvió al darse cuenta de que alguien subía a todo correr, llamando a Rhiannon en un tono que arrancaba ecos al interior de la desgastada estructura en espiral. De pronto vieron a Lionel; parecía estar muy acalorado, y no solo por la escalada.

—Por fin he podido dar con usted, Rhiannon —dijo entrecortadamente. Se acercó a grandes zancadas al reclinatorio en el que estaban arrodillados—. Ya sé que ahora mismo está destrozada, pero necesito que me acompañe enseguida a la biblioteca.

Rhiannon se secó las mejillas con la mano libre.

—¿A la biblioteca, señor Lennox? ¿Y para qué, si puede saberse?

—Ahora no tengo tiempo para explicárselo. Puede que me equivoque, pero me da la impresión de que he descubierto algo importante sobre su *banshee*.

—¿Es que se ha manifestado sin que nadie más se haya dado cuenta?

—No, esta noche no la he oído sollozar. Lo que he descubierto tiene que ver más con el clan de los O’Laoire que con ella, aunque cada vez estoy más convencido de que los destinos de ambos se encuentran unidos sin remedio.

Alexander no recordaba haberle oído hablar nunca con tanta seriedad.

—Me temo que no entiendo nada de lo que dice —murmuró Rhiannon.

—Venga conmigo —le dijo Lionel sin más rodeos. Echó a caminar hacia la escalera de caracol, y Rhiannon y Alexander le siguieron—. Me parece que necesitaremos que nos explique un par de cosas antes de seguir buscándola.

Bajaron a tuestas los empinados peldaños, apoyándose con una mano en la pared como lo había hecho Alexander al subir, y fueron rápidamente hacia la biblioteca.

—Llevaba unos cuantos días dando vueltas a este asunto —admitió Lionel mientras dejaban atrás una pareja de armaduras—, pero con todo lo que ha pasado en Dublín en estas semanas no tuve tiempo para hacerme más preguntas. Ahora, por el contrario, lo veo tan claro que apostaría una mano a que...

—No lo digas muy alto —le advirtió Alexander, doblando una esquina con Rhiannon detrás de su amigo—. Por lo menos hasta que nos aclares de una vez a qué te refieres.

—La tarde en la que llegaron los tres invitados a Maor Cladaich, mientras esperabais a la señorita Stirling en la salita, me quedé en mi dormitorio estudiando un manual de heráldica que le había pedido a Ailish el día anterior. Quería tratar de averiguar alguna cosa relacionada con el pasado de los O’Laoire, pero me llevé una desagradable sorpresa al comprender que no serviría de nada. No aparecían mencionados en ningún momento.

—¿Qué está diciendo? —se extrañó Rhiannon—. ¿Cómo es posible que no aparecieran si el clan de los O’Laoire siempre se ha contado entre los más antiguos de Irlanda?

—Para mí tampoco tenía ni pies ni cabeza —reconoció Lionel—. Pero por mucho que leí y releí aquel manual, incluido el índice alfabético de apellidos de las últimas páginas, no conseguí sacar nada en claro. De los demás clanes, por supuesto, encontré una gran cantidad de información, además de grabados en los que se representaban sus escudos de armas. Uno de ellos me llamó la atención: tenía las figuras de un barco y un león...

Mientras hablaban habían alcanzado la puerta de la biblioteca. Lionel la abrió hacia dentro y se hizo a un lado para que Rhiannon y Alexander pudieran pasar. Toda la habitación se encontraba sumida en la oscuridad, con excepción de la mesa situada ante el ventanal sobre la cual la luna proyectaba unos cuantos rayos desvaídos. Lionel se acercó para encender los dos quinqués que había sobre su superficie mientras proseguía:

—Dos días después, a las tres de la madrugada, decidí dirigirme al dormitorio de la señorita Stirling, aunque no para lo que pensáis tanto vosotros como el juez Driscoll —se defendió al reparar en la mirada que le estaba lanzando el profesor—. Estuvimos hablando durante un rato, hasta que Ailish comenzó a gritar... y entonces me di cuenta de que las vidrieras de esa habitación tienen el mismo dibujo: un barco y un león.

—Y también los tiene el panteón de los O’Laoire —coincidió Alexander—. Al atravesar el cementerio me fijé que aparecen en el escudo situado encima de la verja.

—Eso es, Alexander. A eso me refería. A la relación con los O’Laoire. Pero lo

que no entendía era por qué según ese manual pertenecían a los O'Laoghaire...

—Sencillamente, señor Lennox, porque el nombre de O'Laoghaire es el que tenía el clan de mi marido hace siglos —contestó Rhiannon, encogiéndose de hombros—. Se trata de la versión más antigua del apellido O'Laoire.

—¿Entonces los O'Laoghaire son los O'Laoire? —quiso saber Alexander.

—Claro que lo son, profesor. Pero no tiene mayor misterio.

Rhiannon apartó con cansancio una de las sillas que había en torno a la mesa para sentarse en ella.

—Siento que se haya llevado una decepción por mi culpa, señor Lennox, pero esto es lo que hay. Lamento que la genealogía de los O'Laoire no posea un mayor interés.

—Está muy equivocada —le contestó Lionel—. Aún no he terminado.

Rhiannon frunció un poco el ceño. Alexander y ella le siguieron con los ojos mientras daba unos cuantos pasos hacia la estantería más cercana, recorriendo las hileras de títulos en gaélico con las manos en la cintura.

—En las semanas que hemos pasado en Maor Cladaich me he encontrado en otra ocasión con el apellido O'Laoghaire. Aunque por entonces no fui capaz de reparar en lo que implicaba realmente esa conexión. ¿Se acuerda de la tarde en la que mandó acudir al castillo a Ros Wyvern, el antiguo jardinero de su marido, para que me aclarara unas cuantas dudas acerca del terreno sobre el que se había construido Maor Cladaich?

—Claro que me acuerdo —respondió Rhiannon, apoyando un codo en la mesa—. Por lo que me dijo días más tarde se puso de lo más pesado interrogándole sobre las esculturas.

—Ahí quería ir a parar: a las esculturas. Wyvern me dijo que su marido las había hecho colocar en los jardines cuando la trajo a vivir a Maor Cladaich, y que representaban a las heroínas de las principales leyendas irlandesas. —Rhiannon asintió con la cabeza, de modo que Lionel prosiguió—: Una de ellas llevaba una corona de flores sobre el pelo y parecía estar llorando. No recuerdo su nombre..., pero sí que era una especie de vidente.

—Debía de tratarse de Fionnuala —le aclaró la mujer—. Y sí, era una vidente, o por lo menos eso decían de ella en la leyenda de la que Wyvern le habló. ¿Por qué lo menciona?

—Haga memoria, Rhiannon. ¿Esa Fionnuala no tenía relación con los O'Laoghaire?

—Ahora que lo dice..., sí que me parece haber oído de labios de Cormac algo sobre un antepasado suyo que tuvo tratos con esa muchacha. —Rhiannon se pasó una mano por la frente en un gesto de cansancio—. Un caballero llamado Cian... o puede que Cillian, o Ciarán...

—Un momento —intervino Alexander con ojos brillantes—. ¿Qué quiere decir con eso de que era una vidente? ¿Era una mujer que poseía el don de la adivinación?

—Hay cientos de personajes parecidos en la mitología celta, profesor —le aseguró Rhiannon—. Tantos que ni siquiera me acordaba del nombre de esta mujer en concreto.

—Pero si hay una base real en la historia de la que habla Lionel...

—He olvidado casi todos los detalles. Lo único que me viene a la cabeza es que se trata de un episodio que tiene que ver con la invasión de las tropas normandas. ¿Pero por qué les interesa tanto una leyenda? ¿No ven que las tenemos a cientos en esta isla?

—Piense un poco —insistió Lionel dándose la vuelta para encararse con ella—. ¿De verdad cree que no tiene importancia que fuera una mujer capaz de adivinar el futuro?

Aquello era lo que había llamado la atención de Alexander. Los ojos de Rhiannon pasaron del cansancio a cierta curiosidad, y después a lo que sin duda era una gran conmoción. Casi pudieron oír cómo encajaban las piezas del rompecabezas.

—Dios mío —consiguió articular al cabo de unos segundos—. Dios mío, puede que en el fondo se encuentre en lo cierto. Una mujer capaz de adivinar cuál era el destino de las demás personas..., de saber qué les pasaría, hasta el momento en que morirían...

—Alguien que pagó muy caro haber anunciado a los O'Laoghaire lo que sucedería con su clan —concluyó Lionel por ella—. Tanto como para convertirse en un alma en pena.

Rhiannon se tapó la boca con una mano. Alexander se aproximó a ella.

—Ha dicho que su marido estaba al tanto de estas habladurías. ¿Sabe si alguna vez se le ocurrió poner por escrito lo que sabía acerca de la tal Fionnuala?

—Cualquier cosa nos sería de utilidad. Una carta, un diario privado...

—Creo que no hará falta que rebusquemos entre sus cosas —murmuró Rhiannon, incorporándose para acercarse a la estantería que Lionel había estado examinando—. Durante los años anteriores a nuestro matrimonio Cormac dedicó buena parte de su tiempo al estudio de la historia y el folclore del condado de Dublín. Por supuesto, le interesaban especialmente las crónicas antiguas en las que se hablaba del clan de los O'Laoghaire. Estoy segura de que sus tratados están por aquí; Ailish solía pasar horas enteras devorándolos.

Se puso de puntillas, con la respiración algo alterada, para recorrer con un dedo los lomos de los libros situados en la parte superior de la estantería.

—Eran una docena de libros encuadernados en tela roja..., ¡estos tienen que ser! —dijo de repente, deteniendo su dedo índice sobre una colección de volúmenes de pequeño tamaño que había en el penúltimo estante. Rhiannon se agachó para sacarlos de allí, y Alexander la ayudó a recogerlos—. Sí, estoy casi convencida de que son estos —continuó ella—. Será mejor que nos pongamos cómodos; tenemos para rato si queremos echarles un vistazo.

Llevaron los libros con cuidado hasta el charco de luz que se esparcía alrededor

de los quinqués. Rhiannon regresó a la silla para abrir el primer volumen y no pudo evitar sentir una punzada en el corazón al reconocer la apretada caligrafía de Cormac O’Laoire.

—Mucho me temo que están en gaélico —dijo Alexander algo decepcionado.

—Sí, Cormac siempre solía escribir en esa lengua. Era un apasionado defensor de su tierra y sus tradiciones. No se preocupen; yo me encargaré de traducirlo para ustedes.

Rhiannon no tardó demasiado en encontrar lo que estaba buscando. En el tercero de los volúmenes, el que arrancaba con la ocupación de la isla por las tropas normandas, dio con el nombre que no había sido capaz de memorizar: Ciarán O’Laoghaire. Lionel y Alexander se sentaron con ella; Rhiannon se aclaró la garganta antes de empezar a leer:

*De entre todas las hazañas realizadas por los O’Laoire a lo largo de la historia, ninguna ha sido menos honrosa que la protagonizada por Ciarán O’Laoghaire durante la invasión normanda de 1170. Este caballero pasaba por ser uno de los guerreros más poderosos de su época, y Maor Cladaich se convirtió mientras Ciarán vivía en uno de los principales baluartes de la costa. Su nombre era tan temido como respetado en toda la isla y su linaje solo era superado por el de otros clanes como los O’Toole o los O’Byrne, con los que mantenía buenas relaciones a pesar de la evidente rivalidad que existía entre ellos. Y la esposa de Ciarán, Étaín, del clan de los O’Brien, era considerada por todos los que la conocieron la mujer más deslumbrante de su tiempo.*

*Sin embargo, Ciarán no era feliz con Étaín. El suyo había sido un matrimonio por amor, pero sus sentimientos no tardaron en enfriarse con el paso de los años al comprender que su esposa no podría darle nunca un heredero. La frustración que le producía contemplar a los retoños de sus amigos le hizo volverse en su contra, relegándola a la retaguardia de su propia corte y afirmando que no quería saber nada de una mujer que no era capaz de darle lo que cualquier otra podría sin el menor esfuerzo. Étaín lloró y suplicó en vano, pero sus lágrimas no alcanzaron el corazón de su marido, que no tardó mucho en encontrar una nueva depositaria de los afectos que se sentía incapaz de seguir dedicando a su esposa.*

*Por aquel entonces vivía en el pequeño pueblo situado a los pies de Maor Cladaich una muchacha conocida con el nombre de Fionnuala, «la de los hombros blancos». Su padre y sus hermanos se dedicaban a la pesca y ella ayudaba a su madre con sus bordados, teniendo fama de ser una consumada tejedora. Cierta día, mientras Fionnuala permanecía de pie a la orilla del mar despidiendo con la mano a sus hermanos, Ciarán O’Laoghaire la vio desde una de las ventanas del castillo y se quedó prendado de la joven. Quiso saber de inmediato quién era y cómo se llamaba, y cuando comprendió que su familia era una de las más humildes del pueblo, resolvió acercarse a ella lo antes posible. Esa misma tarde, mientras Fionnuala cosía sentada delante de la puerta de su casa, el señor de Maor Cladaich apareció montado en un hermoso corcel de color negro. Su natural precaución no tardó en menguar ante las lisonjas que le dedicó Ciarán, quien se llevó una sorpresa al comprobar que además de hermosa la muchacha era dulce y encantadora. Realmente no podía decirse que las intenciones con las que había bajado la colina fueran puras, pero al final de la tarde se dio cuenta de que de alguna manera había encontrado en aquella mujer lo que durante muchos años había extrañado en sí mismo. Contra todos los pronósticos, y contra sus propios deseos, Ciarán se enamoró de ella.*

*Su felicidad fue inmensa al constatar con el paso de los días que ella sentía lo mismo por él. Pero había algo que Fionnuala no se atrevía a contarle por miedo a que pudiera dejar de quererla. Desde que era pequeña sabía que le había sido concedido el don de la adivinación y que las imágenes que aparecían en sus sueños siempre acababan correspondiéndose con la realidad. Cuando vio bajar a Ciarán a lomos de su corcel, lo reconoció de inmediato como el caballero al que sabía que se encontraba ligado su destino. Durante los meses siguientes se vieron a diario siempre que podían hacerlo, pero la muchacha seguía sin confesarle la verdad, demasiado amedrentada por la posibilidad de perder a aquel hombre que se había convertido en el centro de su existencia. La alegría de Ciarán fue absoluta al contarle ella en voz baja una noche, en la espesura que rodeaba el castillo, que no tardaría en darle un heredero, el mismo que su esposa Étaín debería haber engendrado cuando aún tenía la suerte de contar*

con su favor.

Ciarán determinó de inmediato que Fionnuala ocuparía su lugar en cuanto hubiera dado a luz. Si antes había sentido un sincero afecto por ella, la noticia la hizo amarla con locura. Pero de repente llegaron a Maor Cladaich las primeras noticias sobre el ejército que Enrique II, rey de Inglaterra, duque de Normandía y Aquitania y conde de Anjou, había enviado a la isla. Los O'Toole y los O'Byrne se habían puesto en pie de guerra, y Ciarán comprendió que no le quedaba más remedio que unir su espada a la de ellos para plantar cara a los invasores antes de que fuera demasiado tarde.

Resolvió marcharse con sus hombres a Dublín sin despedirse antes de Fionnuala. No estaba dispuesto a entristecerla con su partida, pero aquella mañana se llevó una sorpresa al encontrársela hecha un mar de lágrimas en medio del sendero que conducía a la ciudad. Cuando Ciarán detuvo su montura, y sus soldados hicieron otro tanto, ella se arrojó a sus pies para suplicarle que no los condujera a la batalla.

«¿Qué significa esto? —preguntó Ciarán elevando la voz sobre los murmullos de la tropa—. ¿Qué es este despropósito?»

«Mi señor, esta noche he tenido un sueño en el que lo he visto todo rojo. Era la sangre de vuestros soldados. Y también la vuestra...»

«Eso no tiene ningún sentido. Apártate antes de que podamos lastimarte.»

Pero Fionnuala no atendía a razones; estaba tan acongojada que no podía dejar de sollozar. Se aferró a una de las botas de su amado.

«Lo he visto todo rojo, mi señor. Sé lo que significa. ¡Por favor...!»

«Ya basta», gritó Ciarán mientras el pánico hacía presa de su ejército. Apartó a la llorosa muchacha a un lado, arrojándola sin contemplaciones al suelo para seguir adelante. «No quiero oír más insensateces. Vamos a librar esa batalla y nada de lo que digas conseguirá hacerme cambiar de opinión. Y por tu propio bien, espero que tus palabras no se conviertan en realidad. No podré ser compasivo contigo si tu comportamiento nos conduce a la derrota.»

Hoy en día seguimos sin saber si Ciarán O'Laoghair fue vencido por la superioridad del ejército de Enrique II o por el terror que se apoderó del corazón de sus soldados al escuchar a Fionnuala. Cuando partió de Maor Cladaich llevaba consigo más de doscientos hombres; al regresar a su hogar no le acompañaban más que doce, todos con espantosas heridas de guerra y avergonzados por no haber caído a la vez que sus compañeros. La suerte quiso que pudiera conservar Maor Cladaich, a pesar de que los dominios de los O'Laoghair se vieron tan mermados por el avance de las tropas invasoras como los de los O'Toole y los O'Byrne, a los que no les había quedado más remedio que replegarse hacia las montañas de Wicklow para salvarse.

Cuando llegó a oídos de Fionnuala la noticia de que Ciarán volvía con vida, la muchacha rompió a llorar, aunque en esta ocasión de alivio. Abandonó su casita al borde del mar a todo correr, deseosa de arrojarle en sus brazos, pero el recibimiento que le dispensó su enamorado resultó ser muy distinto del que había imaginado. Ciarán había hecho todo el camino de vuelta a Maor Cladaich con el alma ensombrecida por la humillación que acababan de infligirle. Cuando puso los ojos sobre la muchacha, ordenó a sus hombres que la apresaran de inmediato.

«Bruja, fueron tus palabras las que nos condenaron. Si no hubieras aparecido ante nosotros la mañana de nuestra partida, puede que el destino de los O'Laoghair y de Irlanda fuera muy distinto. No habrá perdón para ti después de habernos causado un perjuicio semejante.»

«¡Lo único que hice fue contar lo que apareció en mis sueños!», trató de disculparse ella, atemorizada ante el cambio que parecían haber experimentado los sentimientos de Ciarán.

Pero el hombre no estaba dispuesto a escuchar. Hizo que llevaran a la muchacha a rastras a Maor Cladaich, donde ordenó que la encerraran con llave en una minúscula habitación, sin dejarse conmovir por sus sollozos. El único contacto de Fionnuala con el mundo exterior sería un agujero en la puerta por el que podrían darle de comer y de beber.

«Te quedarás para siempre en este lugar —le espetó Ciarán desde fuera de la habitación—. Pagarás con tu propia vida la que hiciste perder a mis hombres, aunque antes me darás el hijo que me habías prometido. Pronto comprobaremos si tu sangre es tan roja como la que afirmaste haber visto en tus sueños la noche antes de la batalla.»

Cuatro meses más tarde, después de que Fionnuala pasara la noche entera gritando con todas sus fuerzas, una criada a la que permitieron acceder a su lúgubre habitación se presentó ante Ciarán con un bebé en brazos. Era un niño moreno como su madre, una criatura cuya energía no parecía haberse visto mermada por las torturas y el encierro a los que habían sometido a Fionnuala. El señor del castillo se lo quitó de las manos y, por primera vez en mucho tiempo, consiguió esbozar una sonrisa. Entonces se

dirigió a los aposentos de su esposa Étaín, que había estado temblando toda la noche por la desventurada mujer a la que oía llorar a lo lejos, y se lo colocó en el regazo.

«Aquí lo tienes: el hijo que no has sido capaz de darme. Confío en que por lo menos sabrás cuidarlo. Desde este instante te ordeno que lo trates como se merece mi heredero y futuro propietario de mi castillo. Y que nadie, si en algo estima su vida, se atreva a hablarle jamás del demonio que lo llevó en su seno durante todo este tiempo.»

Para asegurarse de que su hijo no supiera nada de Fionnuala, Ciarán ordenó que la emparedaran en un rincón de aquella misma habitación donde había pasado los últimos meses. De nada sirvieron sus súplicas, de nada sirvió que sus hermanos acudieran a Maor Cladaich para pedirle explicaciones; tampoco ellos volvieron a ser vistos en el pueblo. Fionnuala desapareció de la faz de la tierra como si nunca hubiera existido, aunque en los últimos años de la vida de Ciarán, que por desgracia para él fue larga, debió de suceder algo en el castillo que consiguió remover su adormecida conciencia.

Los escasos parientes que por entonces seguían a su lado aseguraban que durante casi diez años se dedicó a deambular de noche por Maor Cladaich, con los ojos saliéndosele de las órbitas y la piel tan blanca como la de un muerto. «Sigue estando aquí —le oían mascullar entre dientes, sin atender a razones—. Sigue estando aquí y lo ve todo tan rojo como antes. Está viendo el rojo de su sangre en mis manos. ¡Era su sangre!»

Nadie supo nunca qué quería decir Ciarán con aquello. Lo último que hizo antes de morir fue ordenar que en lo alto de Maor Cladaich construyeran una capilla con la que poder expiar sus pecados. «Que Dios me proteja y me ampare, porque no habrá un solo descendiente de los O'Laoghaire que vaya a perdonarme por atraer a nuestra casa al mal de todos los males —fueron sus últimas palabras—. El miedo a la muerte puede ser un enemigo más poderoso que la misma muerte.»

Un profundo silencio se apoderó de la biblioteca cuando Rhiannon acabó de leer lo escrito por su marido. Un silencio que solamente Lionel pareció atreverse a romper.

—Así que Annabel Lovelace tenía razón apuntando en su carta a August que la *banshee* podía ser en realidad el alma en pena de una mujer que vivió en Maor Cladaich hace muchos años —dijo en voz muy baja—. Bueno, supongo que esto cambia las cosas. Aunque no hayamos avanzado nada en nuestros intentos de dar con ella, al menos sabemos quién es.

—Qué razón tienen esas palabras. «El miedo a la muerte puede ser un enemigo más poderoso que la misma muerte» —murmuró Rhiannon—. ¿Qué creen que pudo sucederle a Ciarán O'Laoghaire para arrepentirse tanto? ¿Piensan que vio al espíritu de Fionnuala?

—Debió de oírla, al menos —contestó Alexander, pensativo—. Son muy escasas las personas que se han encontrado con la *banshee*. Sé que uno de sus vecinos, el viejo Caoimhín, asegura que la vio con sus propios ojos la noche en que los padres de su marido murieron en un naufragio, pero no hay forma de saber si es cierto. Aunque, desde luego, si Fionnuala quisiera materializarse, es muy probable que acabara haciéndolo ante Ciarán.

—Mi marido no debía saber nada de esto —siguió diciendo Rhiannon—. Me refiero a la supuesta relación de esta pobre muchacha del siglo doce con la *banshee* sobre la que se escribieron tantos relatos. Cormac era un enamorado de las leyendas, las historias, los mitos. Si hubiera tenido la menor sospecha de que Fionnuala se había convertido en nuestra...

Antes de que Rhiannon acabara de hablar, un lamento procedente de los jardines

les sobresaltó al mismo tiempo. Habían pasado diez días desde la última vez que lo oyeron, pero aún no habían olvidado cómo se les heló la sangre, exactamente igual que ahora. Durante unos instantes no pudieron hacer más que mirarse sin decir nada.

Al pie del castillo, Fionnuala había roto a llorar de nuevo. Aunque esta vez sabían qué miembro del clan de los O'Laoire estaba condenado a morir en las siguientes horas.

—Ailish... —balbuceó Rhiannon aferrándose a la mesa—. ¡Mi niña!

—¡Tenemos que bajar ahora mismo! —vociferó Lionel empujándolos a los dos hacia la puerta de la biblioteca—. ¡Si está en los jardines puede que consigamos hacerla entrar en razón! ¡Es la única que puede ayudarnos a descubrir quién mató a Archer!

Casi se precipitaron por las escaleras en su intento por alcanzar la entrada de Maor Cladaich; estuvieron a punto de arrollar a Maud, aunque nadie prestó atención a lo que les decía. Entre Alexander y Lionel abrieron el grueso portón de roble y los tres se adentraron en la oscuridad que inundaba los jardines.

Fionnuala seguía llorando. Su voz se arrastraba con el viento, como lo había hecho la noche en que Lionel trató de perseguirla por la propiedad, enroscándose alrededor de ellos como si tuviera vida propia. Aquello había sido lo que hizo perder el juicio a Ciarán O’Laoghaire, lo que había paralizado de pánico a sus descendientes. El don de la premonición que había acarreado a Fionnuala un espantoso castigo que no merecía no había muerto con ella entre las paredes de Maor Cladaich.

—Está llorando por mi pequeña —comenzó a sollozar Rhiannon de nuevo—. ¡Sabe que es imposible que la salvemos!

—Aún no se ha pronunciado la última palabra —le contestó Alexander, aunque no podía evitar que le temblara la voz—. Es cierto que está anunciando la muerte de alguien, pero no... no tiene por qué tratarse de Ailish. Ni siquiera tiene por qué ser un miembro del clan. Fearchar MacConnal no pertenecía a la familia. Reginald Archer no pertenecía tampoco a la familia. Fueron sentenciados por querer adquirir Maor Cladaich, pero...

—Basta de quedarse de brazos cruzados —le cortó Lionel—. Será mejor que nos separemos para no dejar ningún rincón sin inspeccionar. Si no somos capaces de verla nos guiaremos por su voz. Alexander, encárgate de la ladera de la colina. Rhiannon, haga lo mismo con la zona cercana al acantilado. Yo recorreré la que está detrás del castillo.

Los otros dos asintieron con la cabeza y se separaron como si el viento en el que cabalgaba la voz de la *banshee* los hubiera desperdigado por el aire. Alexander se ajustó las gafas antes de comenzar a bajar a zancadas el sendero que conducía a la verja de entrada de la propiedad. Un gimoteo aleteó sobre su cabeza, y al cabo de un segundo lo oyó de nuevo, aunque en esta ocasión parecía sonar un poco más adelante.

—Fionnuala —la llamó en voz baja, y al no notar la menor perturbación en su llanto lo repitió casi a gritos—: ¡Fionnuala, necesitamos hablar contigo! ¡Por favor!

Sus sollozos se detuvieron casi de inmediato. Alexander también lo hizo en medio del sendero, aunque no tardó más que unos segundos en volver a oírlos. Le costó ahogar una maldición al darse cuenta de que Fionnuala no estaba dispuesta a ayudarles. Continuó dando vueltas por los jardines durante casi media hora, pero no

consiguió dar con la criatura. Ella seguía sollozando, intercalando sus gemidos de vez en cuando con palabras que el profesor no era capaz de entender, aunque suponía que sería gaélico. Finalmente, desmoralizado, tuvo que desandar sus pasos. Se encontró con Lionel en el mismo punto en que se habían separado. Maud asomaba la cabeza desde el vestíbulo iluminado, demasiado asustada para resignarse a estar a solas.

—¿Nada? —preguntó Alexander en voz baja. Lionel negó con la cabeza—. No sé por qué me lo imaginaba —suspiró el profesor—. Esta persecución no tiene ningún sentido.

—Supongo que era lo único que podíamos hacer —contestó Lionel—. Aunque casi me he roto la crisma por culpa de las ramas que la dichosa tormenta dejó tiradas por el suelo en la parte trasera del castillo.

Alexander no dijo nada. Maud retorció nerviosamente una punta de su delantal, mirando primero a uno y después al otro, aunque no se atrevía a pedirles explicaciones.

—A lo mejor podríamos intentarlo una vez más con tus máquinas —comentó Lionel de repente—. Ya sé que hasta ahora no ha servido de mucho, pero Fionnuala parece estar realmente desesperada esta noche. ¿Por qué no vamos a buscarlas antes de que sea tarde?

—Si realmente crees que merece la pena intentarlo... —contestó el profesor con cansancio—. Aunque empiezo a pensar que esto ha sido una completa estupidez. ¿De qué nos ha servido descubrir la identidad de la *banshee* si no piensa ayudarnos?

—De nada —coincidió Lionel—. Y lo peor es que el asesino, sea quien sea, sigue estando libre...

Alexander pensó de nuevo en Ailish, completamente sola en su celda de Kilmainham, esperando que pasaran las horas para que acabaran de una vez sus sufrimientos, y casi le dieron ganas de ponerse a dar gritos. Oliver le había contado su visita a la cárcel, y le constaba que Ailish tampoco sabía quien era el asesino de Reginald Archer. Recordó también lo que le había dicho sobre las sensaciones que la embargaron al manejar los objetos de los invitados de su madre, y su convencimiento de que ninguno de ellos podía ser un asesino, pues no había notado nada oscuro ni amenazante...

Algo se encendió de repente dentro de la cabeza de Alexander. Un súbito destello de clarividencia que le hizo quedarse muy quieto. Era una idea absurda, pero quizá...

—Lionel, ¿te acuerdas de lo que Oliver nos contó que había sentido Ailish cuando puso los dedos por primera vez en las tarjetas de visita que le dieron Archer y Delancey?

—Pues... no estoy muy seguro —admitió su amigo—. Creo que nos dijo que no había sentido ninguna vibración negativa.

—Que en el caso de Archer no acudieron a su cabeza más que cifras, algo que tiene mucho sentido sabiendo cómo era aquel hombre. Pero también nos dijo que en el caso de Delancey había sentido algo muy distinto. Algo cálido parecido a un amor

profundo.

—¿Y qué pasa con eso? —se extrañó Lionel—. El propio Delancey nos explicó que se había comprometido con una rica heredera irlandesa pero que no podría casarse con ella hasta haber demostrado a su clan que el de los Delancey no tenía nada que envidiarles.

—¿Y no te parece suficiente razón para tratar de eliminar del mapa a la persona que le impedía conseguir lo que más anhelaba? Un hombre loco de amor, dispuesto a hacer cualquier cosa, ¿habría retrocedido ante la oportunidad de acabar con un rival como Archer?

Lionel comprendió enseguida por dónde iban los tiros, aunque para frustración de Alexander no parecía estar tan convencido como él. Una arruga apareció entre sus cejas.

—Un hombre consecuente con sus principios... no se habría atrevido a acabar con la vida de un semejante. Pero no sabemos prácticamente nada de Delancey, ni de su moral.

—Pudo haberlo hecho, Lionel —insistió el profesor. Maud había desaparecido dentro de Maor Cladaich, por lo que siguió diciendo apresuradamente—: Cuando se presentó en el castillo nos llamó la atención lo fuerte que era pese a estar tan delgado. ¿No recuerdas cómo cargó con sus baúles por la escalera como si no pesaran nada? ¿No podría haber agarrado con las dos manos la cabeza de la estatua con la que golpearon a Archer?

—Y cuando encontramos a Ailish al lado del cadáver de Archer —continuó Lionel—, Delancey no estaba con nosotros; apareció al mismo tiempo que Oliver, y todos pensamos que había venido corriendo desde el castillo como él. ¿No se habría escondido en los jardines hasta estar seguro de que encontraban a otra persona en la escena del crimen, y contando con la lluvia para que borrara además cualquier huella dactilar?

El profesor asintió con la cabeza. Lionel, no obstante, aún no parecía convencido.

—Reconozco que todas esas teorías son plausibles, pero esto no es un juego de niños, Alexander. Estamos hablando de un asunto tan serio como denunciar a un hombre que puede no ser más culpable que nosotros. ¿Cómo vamos a presentarnos en Dublín con una acusación contra Delancey sin poder aportar pruebas de ningún tipo?

—Cualquier cosa será mejor que permanecer mano sobre mano durante las horas que faltan para que conduzcan a Ailish al cadalso. Tenemos que contárselo a Rhiannon.

Lionel apretó los labios, pero la expresión de su amigo no dejaba lugar a dudas; no había nada que pudiera decir para hacerle cambiar de opinión. Aunque volver a darle esperanzas a aquella pobre madre le resultaba increíblemente despiadado. Alexander dio unos cuantos pasos más allá del océano de luz que se derramaba sobre los escalones.

—¿Dónde se ha metido? ¿Has vuelto a verla desde que nos separamos?

—No —contestó Lionel, encogiéndose de hombros—. Habíamos decidido ocuparnos cada uno de una zona de los jardines. Se me ocurrió que la suya fuera la que se extiende al este de Maor Cladaich por ser la más despejada. Allí no debe de haber tantas ramas caídas.

—Vamos a buscarla ahora mismo. Aún estamos a tiempo de regresar a Dublín con la salida del sol. Y si logramos que nos reciban en Kilmainham, con un poco de suerte...

Lionel no tuvo más remedio que seguirle por entre los tejos que los separaban del acantilado, apartando las ramas a su paso y avanzando casi a la carrera por encima de los troncos más jóvenes que el vendaval había echado por tierra. El llanto de Fionnuala los seguía como una sombra, demorándose tras las maltratadas esculturas, enredándose en las columnas cubiertas de óxido del antiguo cenador. La hierba descuidada que crecía en las zonas de los jardines en las que Wyvern no había trabajado durante años parecía abrazarse a sus zapatos, pero en el momento en que dejaron atrás la frontera de los últimos árboles no encontraron más que vacío. Allí los sollozos de la mujer sin cuerpo casi quedaban eclipsados por el rugido de las olas estrellándose contra las rocas.

—Ahí está Rhiannon —dijo Lionel de repente, señalando con un dedo—. Parece que tampoco ha logrado dar con ella. Lo raro es que no haya vuelto con nosotros cuando...

Enmudeció. Lo mismo le pasó a Alexander. Los dos sintieron un idéntico vuelco en el estómago cuando se dieron cuenta de lo que se proponía hacer Rhiannon, que se había detenido de espaldas a ellos encima de las últimas piedras, totalmente perdida en sus pensamientos.

—No... —logró articular Alexander a duras penas, echando a correr de nuevo hacia ella con el corazón encogido—. ¡Rhiannon, aléjese de esa zona! ¡Es demasiado resbaladiza!

Apenas les separaban una decena de metros, pero sus palabras parecieron demorarse en alcanzar los oídos de la mujer. Cuando por fin lo hicieron, Rhiannon se dio la vuelta muy despacio. Su vestido negro se confundía con la noche, con la inmensidad del mar que se extendía a sus espaldas; lo único blanco que podían ver era su rostro y la espuma que salpicaba cada pocos segundos su ropa.

—Rhiannon... —repitió Alexander, deteniéndose poco a poco. No se atrevía a hacer nada demasiado precipitado; la mirada de ella, más desencajada que nunca, lo asustó—. Rhiannon, por favor, venga con nosotros... Tiene que regresar aquí...

—No puedo dejar de oírla —murmuró Rhiannon—. Ella lo sabe, profesor...

—Tranquila, Rhiannon. Le prometo que trataremos de salvar a su hija. Lionel y yo tenemos una teoría con la que podríamos sacarla de la cárcel. No haga ninguna locura...

—Usted mismo lo ha dicho —prosiguió Rhiannon—. La *banshee* está anunciando la muerte de alguien, pero... pero no tiene por qué ser la de mi Ailish...

—Claro que no —exclamó Lionel—. ¡Pero tampoco la suya, Rhiannon!

Ella dudó durante unos instantes, mientras la brisa cargada de sal que recogía los sollozos de Fionnuala se enredaba en los pliegues de su vestido y revolvía sus cabellos dorados.

—Roxanne —murmuró de repente. Había clavado sus ojos en los de Alexander—. Sé que usted me comprenderá. Que no me juzgará como los demás. Habría hecho lo mismo si se le hubiera presentado la posibilidad de salvarla. Su pequeña era lo mejor que tenía.

—¿Qué está...? —comenzó a decir Lionel, pero Alexander le apartó con su brazo sin dejar de sostenerle la mirada a Rhiannon. Algo recorrió de repente la cuerda invisible que unía sus ojos, la promesa de lo que podría haber sido, de un futuro que no existiría.

—Nada más que una muerte —repitió Rhiannon—. Adiós, profesor Quills.

Alexander se precipitó hacia ella al ver que echaba la cabeza atrás. Rhiannon se dejó caer de espaldas por el acantilado, con los ojos clavados en las estrellas como si quisiera despedirse de ellas. Al profesor le dio tiempo a rodear su cintura con los brazos, pero el peso muerto de ella pareció tirar de los dos hacia las profundidades, y los pies de Alexander dejaron de estar en contacto con las húmedas rocas del acantilado. Apretó los párpados con fuerza, con el viento silbando en sus oídos y el rugido de las olas taladrando su cabeza momentos antes de impactar contra el agua. Golpear la superficie del mar le dolió tanto como si se hubiera arrojado sobre una plancha de hierro. Sin atreverse a abrir los ojos, se agarró con fuerza a la cintura de Rhiannon para mantenerla apretada contra sí, aunque no pudo evitar que las olas que empezaron a zarandearles de un lado a otro acabaran apartándole de ella.

Alexander trató de impulsarse con los pies hacia arriba, pero su cabeza apenas había asomado por encima de la quebradiza frontera de agua cuando una nueva ola lo devolvió a las profundidades, y una segunda lo empujó aún más contra unas rocas que no se distinguían desde lo alto del acantilado. Luchó a brazo partido con las violentas corrientes que lo sacudían, y durante un instante le pareció que podía sentir a su izquierda el roce del vestido de Rhiannon, pero cuando alargó una mano para agarrarlo, no encontró más que vacío. «Aire —pensó el profesor, sintiendo una nueva punzada en los pulmones—. ¡Necesito aire!» ¿Pero dónde se encontraba la superficie del agua? ¿Por qué su sentido de la orientación no le permitía distinguir la dirección en la que estaba braceando?

No sirvió de nada que consiguiera ascender un par de metros; el mar había decidido tragárselos a los dos. La punzada que laceraba sus pulmones se acentuó aún más; las manos de Alexander se quedaron sin fuerzas para seguir moviéndose; sus piernas se detuvieron exhaustas. Cuando por fin abrió los ojos le sorprendió comprobar que el rugido del agua en plena efervescencia, con sus miles, millones, de minúsculas burbujas, no se oía por debajo de las olas. De repente el mundo se había quedado en silencio.

Alexander cerró suavemente los ojos. Ni siquiera se dio cuenta de cómo se abrían sus labios, dejando que el agua inundara sus pulmones para acallarle de una vez por todas.

Sintió que se había quedado a medio camino entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Entre el suelo y el cielo. Entre la tierra y el agua. Entre el todo y la nada.

*Alex.* La voz apenas pasaba de un susurro, un simple cosquilleo en sus oídos. *Alex, aún no es el momento.* Los párpados de Alexander se estremecieron, y los labios de los que ya no se escapaba ni una burbuja temblaron como si estuviera a punto de hablar.

*Alex, te esperaremos. Lo hemos hecho todo este tiempo. Lo seguiremos haciendo cuanto sea necesario.* ¿Quién le estaba llamando por su nombre en las profundidades del mar de Irlanda?

Algo se acercaba poco a poco a él; Alexander pudo sentirlo en el movimiento del agua que lo envolvía como un sudario. Algo más cálido que la corriente que lo hacía subir y bajar en su abrazo. Casi tan cálido como su propio cuerpo. Abrió los ojos.

La caída lo había dejado demasiado aturdido para confiar en lo que veía, pero aun así creyó reconocer una imprecisa silueta que se abría camino despacio, muy despacio, entre el agua y las burbujas. Una figura pálida, poco definida, tan etérea que casi parecía transparente, como si Alexander la estuviera mirando a través de un velo.

Por un momento pensó que se trataría de Rhiannon. Pero poco a poco su vista se aclaró lo bastante como para permitirle reconocer el movimiento de unos rizos castaños y los ondulantes pliegues de una seda carmesí. *Aún no es el momento,* la oyó repetir en un susurro que las corrientes de agua arrastraron hasta sus oídos. *No mientras sigas teniendo asuntos que resolver en tu propia dimensión.* Cuando por fin tuvo ante sí a aquella sirena envuelta en gasas de luz, se dio cuenta de quién era en realidad... y el aliento escapó de sus labios sin que pudiera pararse a pensar en lo raro que resultaba seguir respirando dentro del agua.

Quiso hablar con ella, luchó con todas sus fuerzas por hacerlo, pero su voz parecía haberse perdido para siempre en lo más hondo de su pecho. Demasiado conmocionado para moverse, se quedó mirando cómo la silueta se le acercaba aún más. Los ojos que se detuvieron a apenas unos centímetros de los de Alexander eran del mismo color caliente, color de corazón de madera. Ella le devolvió la mirada con un semblante en el que no había más que paz. *Por fin eres capaz de verme. Aunque he estado a tu lado todos estos años. Siempre que pronunciabas entre lágrimas mi nombre, siempre que el sentimiento de culpa te hacía odiarte a ti mismo..., yo estaba contigo en la oscuridad, y me moría por segunda vez por no ser capaz de tocarte como antes ni de decirte que todo está en orden, que no hay nada que perdonar...*

«Beatrix, llévame contigo —pensó Alexander con desesperación—. No puedo seguir adelante sin ti. No quiero ir a ningún lugar en el que no podamos estar juntos de nuevo.» Pero entonces sintió cómo sus brazos incorpóreos le rodeaban para conducirlo hacia lo alto, hacia la claridad y el ruido que inundaban el mundo por

encima de su cabeza. *Tú nunca has sido nuestra ancla, Alex*, le oyó decir con aquella voz que parecía resonar dentro de él, y solamente dentro de él. *Eres lo mejor que nos ha pasado. Lo que le dio auténtico sentido a mi vida y a la de Roxanne. Nuestro destino se convirtió en el tuyo en el momento en que morimos, y por eso siempre seguiremos estando a tu lado, pase lo que pase, vayas donde vayas, hagas lo que hagas.*

Ahora la claridad se encontraba más cerca, tanto que a Alexander le pareció que podría tocarla con los dedos si alargaba una mano hacia lo alto. *Siempre seguirás teniendo dos ángeles protectores dispuestos a cuidar de ti*, le prometió la voz de Beatrix, *hasta el momento en que dejes de respirar... pero ahora tienes que volver a hacerlo para arreglar las cosas de una vez.*

No tuvo que preguntarle a qué se refería. Ni siquiera se le ocurrió plantearse por qué sabría tanto sobre lo que les estaba sucediendo a las O'Laoire. Aquella claridad le resultaba cada vez más cegadora, y tuvo que apretar los párpados con fuerza mientras sus brazos dejaban de sostenerle para que acabara de ascender por sí mismo. *Tú eres el único que puede salvarla*, fue lo último que le pareció oír, aunque el rumor de las olas que golpeaban con violencia las rocas apenas le permitió entender las palabras de Beatrix. *Aún hay tiempo de conseguir que se haga justicia. Está en Kilcurling.*

Solo entonces las fauces del mar se abrieron a su alrededor para devolverle a la realidad.

Era irónico que su regreso al mundo de los vivos se viera acompañado por aquel espantoso dolor que le golpeó de lleno en cuanto abrió los ojos. Todo el malestar que se había desprendido de él en el momento en que se sumergió en una dimensión a medio camino entre las dos realidades regresó a su cuerpo con una contundencia que le dejó sin aliento. Su cabeza acababa de asomar por encima del agua y el aire retornaba a sus pulmones acompañado por una sensación parecida a la de un centenar de agujas clavándose en ellos. «¿Por qué me duele todo tanto? ¿Y qué me ha pasado en la cara para que de repente el agua salada me escueza de tal manera?»

Había alguien a su lado, diciéndole algo a voces; Alexander podía sentirlo a pesar de que sus ojos se negaran a enfocar la realidad. Todo lo que le rodeaba seguía sumido en una especie de nebulosa. Unos fuertes brazos tiraron de él de repente, y el profesor dejó escapar un gemido cuando su espalda impactó contra unas rocas cubiertas de algas.

—¿En qué demonios estabas pensando? —oyó que le gritaban. Se dio cuenta de que era Lionel; al abrir un poco más los ojos se encontró con su aterrorizado semblante, con el pelo negro pegándosele a la frente y la ropa tan chorreante como la del propio Alexander—. ¡No me puedo creer que haya conseguido sacarte! ¡Habría jurado que...!

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Alexander consiguió apoyar un codo encima de las rocas, y después hizo lo mismo con el otro. Casi le sorprendió que el mundo que les rodeaba siguiera envuelto en oscuridad; en la costa irlandesa aún era noche cerrada.

—Estaba convencido de que habías muerto en el acto —siguió diciendo Lionel, atragantándose casi con las palabras. Alexander nunca le había visto tan asustado—. Cuando me asomé al acantilado y me di cuenta de que las olas te arrastraban... y cuando dejé de ver tu cabeza flotando sobre el agua, creí que...

—He estado con ella ahí abajo —consiguió decir Alexander.

—¿De qué estás hablando? —Lionel frunció el ceño—. ¿Quién es ella?

—Beatrix —murmuró el profesor, tragando saliva a duras penas—. Por fin he podido comunicarme con ella. Mi mujer y mi hija han estado a mi lado todo este tiempo, todos los años que han pasado desde que murieron. No sabes lo cerca que he estado de acompañarlas al Otro Lado..., pero aún tenía algo que hacer aquí.

Se pasó una mano por los ojos, frustrado ante la persistente nebulosa que no le permitía distinguir prácticamente nada a más de un metro de distancia. Y entonces se dio cuenta de cuál era el motivo: no llevaba puestas sus gafas. Debía de haberlas perdido en su pelea a brazo partido contra las olas y ahora yacerían hechas añicos bajo el agua.

—Perfecto —farfulló—. Justo lo que necesito para dar caza a un asesino.

—Así que es verdad: te has dado un golpe en la cabeza —concluyó Lionel.

Agarró a Alexander por el pelo para que se inclinara hacia atrás, inspeccionando sus ojos con una sombra de preocupación hasta que su amigo consiguió soltarse—. Sé que acabas de pasar por una experiencia límite, pero lo que tienes que hacer ahora es descansar.

—¿Es que no entiendes lo que te digo, Lionel? ¡Cada minuto que pasamos hablando supone un minuto menos de vida para Ailish! ¡Aún estamos a tiempo de cambiar el curso de los acontecimientos! ¡Tenemos que mantenernos unidos para poder plantar cara a...!

Su voz se apagó poco a poco. Aturdido, Alexander reparó por primera vez en que estaban solos. Su único acompañante en aquellos momentos era el mar; las olas seguían lamiendo sus piernas y sus zapatos mientras permanecía recostado sobre las rocas a las que le había arrastrado Lionel. Pero no había nadie más aparte de ellos dos.

—¿Dónde está Rhiannon? —preguntó de repente, volviendo la cabeza hacia atrás. La punzada de dolor que le recorrió el cuello casi le hizo gritar—. ¿Dónde se ha ido, Lionel?

El joven separó los labios, aunque no fue capaz de decirle nada. Alexander supo qué había ocurrido en cuanto lo miró a los ojos. El abrumador presentimiento que le acababa de embargar se vio confirmado cuando consiguió ponerse en pie y reparó en el cuerpo que permanecía tendido a unos metros de distancia. Seguía estando al alcance de las olas, que lo envolvían con su caricia y lo cubrían con una delgada manta de agua antes de retirarse para regresar de nuevo al mar.

Rhiannon yacía tendida de espaldas con los ojos cerrados bajo las estrellas. Tenía una mano apoyada en su pecho y la otra abierta sobre las rocas, y su vestido negro estaba hecho jirones. Unas heridas profundas recorrían su rostro, y los desordenados cabellos que el agua revolvía cada pocos segundos también estaban manchados de sangre. No se movió cuando el profesor se agachó a su lado, ahogando un quejido de dolor al hacerlo.

—No pude hacer nada por ella —le susurró Lionel, poniéndose de rodillas a su vez y moviendo la cabeza con tristeza—. Ya estaba muerta cuando acabé de bajar los escalones que conducen a las rocas. Creo que no debió aguantar más que unos segundos en el agua. Espero que por lo menos no... no sufriera.

Alexander no dijo nada. Deslizó con cuidado una mano por debajo de la cabeza de Rhiannon, alzándola un poco para colocarla sobre su rodilla, y al apartar los dedos vio que se le habían empapado de sangre. En su semblante no había dolor; nada más que paz.

—¿En qué estaría pensando? —dijo Lionel en voz baja—. Suicidarse por no ser capaz de salvar a su hija, antes de estar completamente segura de que la acabarían ahorcando...

—No ha sido un suicidio causado por la desesperación —repuso Alexander. Acarició con sus dedos la frente de Rhiannon, apartando los cabellos empapados que

se adherían a sus magulladas mejillas—. Ni un acto al que la impulsara la cobardía. Creo que estaba convencida de que la *banshee* había anunciado una víctima. Una única víctima, alguien que moriría esta noche. Supongo que pensó que si se sacrificaba por Ailish, ocurriría algo que impediría que la ahorcaran. Ha entregado su vida para salvar la de su hija.

Al recorrer con la vista el vestido hecho jirones de Rhiannon, se percató de que su mano no permanecía abandonada sin más encima del pecho. Sus dedos se aferraban al guardapelo de plata en un gesto instintivo. Alexander dudó durante unos segundos antes de apartarlos con delicadeza. La pequeña bisagra se había roto y el agua había salpicado la miniatura de László Dragomirásky, desdibujando los contornos de su rostro. El profesor abrió el cierre del colgante para guardárselo en un bolsillo antes de que se estropeará más.

—Ayúdame, Lionel —le pidió—. Tenemos que llevarla a otro lugar.

Entre los dos consiguieron levantar el cuerpo de Rhiannon, aunque el esfuerzo le acarreó nuevas punzadas de agonía en los dos brazos. Unos metros más adelante, medio escondida detrás de unas rocas, estaba la entrada de la cueva de la que Ailish le había hablado a su madre cuando Oliver y ella habían aparecido en Maor Cladaich. Serviría para dejar a Rhiannon a cubierto hasta que pudieran trasladarla con calma al castillo. Dentro no había más que una pequeña lámpara sobre las rocas y un estuche de madera de los que se solían usar para guardar pinturas. Con cuidado, procurando escoger la parte más seca de la cueva, depositaron a Rhiannon en un rincón y después se quedaron mirándola durante un rato sin decir nada.

—Fue Delancey —dijo finalmente Alexander, sacudiendo la cabeza como si tratara de despertar de un sueño—. Más vale que nos pongamos en movimiento, Lionel.

—¿Otra vez con eso? —se quejó su amigo—. Mira, sé que has sufrido una conmoción terrible, pero no puedes pretender que regresemos a Dublín para acusar a un hombre de un crimen que probablemente no ha cometido más que en tu imaginación. No es que no quiera creer en tu historia, Alexander, pero si te presentas ante el juez Driscoll sin pruebas...

Pero Alexander no pensaba dar su brazo a torcer. Habían llegado demasiado lejos.

—No hará falta que regresemos a Dublín. Beatrix me dijo algo momentos antes de que saliera del agua... Me dijo: «Está en Kilcurling». Creo que Delancey ha regresado al pueblo. Puede que aún tenga cosas que resolver en este lugar. —Y agarró por un brazo a Lionel para que le siguiera fuera de la cueva—. Solo hay un modo de averiguarlo.

—Pues más vale que tengas razón y que el encuentro con tu mujer haya sido algo más que una alucinación —le advirtió Lionel señalando con la cabeza la tímida claridad anaranjada que comenzaba a trazar una línea sobre el horizonte—. De lo contrario, este será el último amanecer de Ailish.

El mismo amanecer se deslizaba en aquellos momentos a través de los barrotes de su ventana, como unos dedos lúbricos que quisieran recorrer su cuerpo antes de que fuera entregado al verdugo.

La noche parecía haber durado un siglo. Ailish la había pasado sentada en la misma postura que tenía entonces, con la espalda reclinada contra la pared y los ojos clavados en la puerta de hierro que la separaba de su libertad. Durante las últimas horas había experimentado tantas emociones distintas que cuando llegó la mañana sentía el cerebro demasiado entumecido para pensar. Casi no pudo abrir la boca para devolver el saludo a la madre Agnes y la hermana Catherine cuando se presentaron en su celda a las nueve en punto, armadas con sendas biblias y con una expresión en sus rostros que trataba de ser reconfortante. Pero los ojos angustiados de la hermana Catherine no dejaron lugar para la esperanza. Le habría gustado echarse a llorar en sus brazos, pero no le quedaban fuerzas más que para preguntarse qué sucedería después, cuando todo hubiera acabado.

Ailish habría dado cualquier cosa por detener aquel torrente de imágenes que acudían a su dolorida cabeza. Los ojos le escocían por la falta de sueño, pero aun así no dejaba de representarse escenas espantosas en las que los guardas de Kilmainham la cogían en brazos, después de que la hubieran descolgado de la cuerda, para llevarla a un patio de la prisión en el que sabía que solía darse sepultura a los criminales después de que los ajusticiaran. Era extraño pensar en lo que le sucedería a su propio cuerpo, el mismo que aún obedecía sus órdenes, apenas unas horas más tarde.

La madre Agnes enlazaba en voz baja avemarías y padrenuestros, pero Ailish no era capaz de prestar atención. ¿Y si no pensaban enterrarla? ¿Y si entregaban su cadáver a la Facultad de Medicina para que lo diseccionaran, como ocurría en más de una de las novelas que solía leer? ¿Qué haría su madre si no pudiera llevársela consigo a Kilcurling para tener por lo menos un rincón del cementerio que regar con sus lágrimas?

No pudo evitar que un estremecimiento recorriera su cuerpo al imaginar cientos y cientos de caras de estudiantes inclinadas sobre ella mientras un doctor le hundía un escalpelo en el pecho. Nadie la había visto desnuda hasta entonces, ni siquiera Oliver...

Tragó saliva, tapándose la cara con las manos. Ya era suficiente; se volvería loca si no se obligaba a interrumpir aquella espantosa cadena de pensamientos. La hermana Catherine reparó en su reacción, y mientras la madre Agnes, tras un instante de vacilación, seguía adelante con sus monótonas oraciones, se levantó para sentarse a su lado y le rodeó los hombros con un brazo. Su mano derecha entró en contacto durante un segundo con la piel de su mejilla: días blancos, tocas sin mácula, pequeñas prendas bordadas para los huérfanos y el recuerdo lejano de un joven que había preferido a otra mujer y que Catherine había querido olvidar encerrándose en un

convento. Ailish estaba a punto de reclinar la frente sobre el hombro de la religiosa cuando oyó un conocido repiqueteo de llaves al otro lado de la puerta antes de que abrieran los cerrojos.

La poderosa silueta de uno de los guardas se recortó contra la claridad. El corazón le dio un vuelco al darse cuenta de que no venía solo; le acompañaban el director de la prisión, dos de los funcionarios que trabajaban en ella, el capellán que estaría a su lado durante la ejecución y otro hombre al que Ailish nunca había visto. ¿Sería el verdugo? ¿Serían aquellas manos las que apretarían la cuerda alrededor de su garganta?

—Ha llegado la hora —anunció el director mientras los funcionarios se acercaban a la muchacha—. Confío en que haya descansado, señorita O’Laoire. ¿Cómo se encuentra?

Lo dijo con la misma naturalidad que podría haber empleado al recogerla ante la puerta de su casa para llevarla al teatro. Seguramente sería una cuestión de rutina; ese hombre debía de haber hecho la misma pregunta a cientos de prisioneros. Ailish no sabía cómo había conseguido ponerse en pie pese a lo mucho que le temblaban las piernas, ni cómo le habían sujetado las manos para atraerlas hacia su espalda momentos antes de rodear sus muñecas con una cuerda. El áspero roce contra su piel la devolvió de repente a la realidad (una mujer que había asesinado a su propia hermana, otra que practicaba abortos en un sótano cerca del puerto, un muchacho que había robado un reloj), pero lo único que consiguió hacer fue dirigir una mirada de aprensión a las monjas. Las dos se habían puesto en pie a la vez que ella; la hermana Catherine lloraba silenciosamente y la madre Agnes le aseguraba en voz baja que irían a rezar por su alma a la capilla.

Cuando faltaba poco para que fueran las doce del mediodía, el director de la prisión se hizo a un lado para que pudieran sacarla de la celda. La muchacha comenzó a caminar muy despacio, escoltada por los funcionarios, mientras el guarda les precedía por el mismo pasillo por el que la habían conducido el día anterior para llevarla al tribunal. Pero para su sorpresa no siguieron el recorrido que Ailish recordaba. No bajaron la escalera de hierro que dominaba la gran herradura del ala este, sino que doblaron una esquina y avanzaron por otro pasillo más corto que desembocaba delante de una puerta doble. Allí la hicieron detenerse sus acompañantes, guardando silencio mientras ella se preguntaba qué estaría sucediendo. ¿No había sentenciado el juez Driscoll que fuera ajusticiada ante la prisión? ¿Por qué la hacían detenerse en lo que, si su sentido de la orientación no la confundía, seguía siendo el primer piso, el mismo en el que se hallaba su celda?

Lo supo en cuanto se abrieron las grandes puertas. Lo supo en cuanto la claridad del mediodía la deslumbró y Ailish se dio cuenta de que se hallaba de pie en el balcón que presidía la fachada principal de Kilmainham, justo encima del relieve de piedra de las cinco serpientes encadenadas que coronaba la entrada al recinto. Y el rumor que la había acompañado durante los últimos metros pertenecía a las miles de

personas que se habían reunido a las puertas de la prisión para contemplar cómo ahorcaban a la asesina de Reginald Archer.

El gran patio se había convertido en un hervidero de hombres, mujeres y niños, y los barrotes de la verja que rodeaba Kilmainham apenas se podían distinguir por la gran cantidad de pilluelos desharrapados que se habían encaramado a ellos. Un clamor ensordecedor se desató a sus pies cuando el pueblo de Dublín contempló por fin a la criminal de la que hablaban todos los periódicos.

Ailish, aturdida, lo vio todo y no vio nada a la vez; sus ojos recorrieron en una fracción de segundo aquel mar de bocas abiertas que comenzaron a lanzarle insultos, dando palmas, anticipándose al espectáculo que no tardaría en producirse.

El atropellado hilo de sus emociones se rompió de repente. Sus ojos acababan de tropezar con dos rostros conocidos en medio de la barahúnda, y uno era precisamente el que Ailish menos deseaba encontrar. Oliver luchaba con todas sus fuerzas por abrirse camino hacia el balcón, pero por mucho que lo intentaba no podía apartar a la compacta masa de curiosos que se apretaba en el lugar. Alguien tiraba del joven para que no siguiera avanzando: su amigo August. El aire escapó de sus pulmones.

«No —pensó la muchacha, sintiendo crecer el pánico en su interior cuando sus miradas se encontraron—. No quiero que veas esto, Oliver. ¡Vete de aquí antes de que sea tarde!»

Algo la golpeó de repente en la cara, y Ailish soltó un grito mientras un nuevo clamor de alborozo se elevaba de la ruidosa multitud. Habían comenzado a lanzarle toda clase de objetos y uno de ellos, una piedra a juzgar por su contundencia, le había dado de lleno en una mejilla. Instintivamente se volvió en la dirección en que se encontraba su agresor, y enmudeció al reconocer a la madre de Michael Ashe a escasa distancia del balcón, con una sonrisa retorciendo sus apergaminados labios y un resplandor perverso en los ojos que no tardarían en contemplar su venganza. Uno de los funcionarios que se habían detenido a su lado les hizo una señal a los guardas que permanecían de pie ante las puertas de Kilmainham, que trataron de hacer retroceder a la muchedumbre para despejar un espacio abierto a los pies del balcón. Había lágrimas de rabia y de desesperación en los ojos de Oliver mientras su amigo acercaba la cabeza para decirle algo.

Las promesas que le había susurrado en la cueva regresaron de repente a sus oídos con tanta claridad como si las estuviera oyendo de nuevo. «Cuando pronuncie tu nombre después de la lluvia tendrá una sonoridad especial —le había dicho—, como si todos estos años hubiera anidado entre mis labios esperando a ser proclamado en voz alta.» Ahora sabía que no había sido más que un sueño: se había equivocado al decirle que la tormenta no duraría para siempre.

Entonces Ailish oyó cómo uno de los hombres que la escoltaban comenzaba a hablar casi a gritos, aunque no era capaz de procesar nada de lo que decía. Los demás sí lo hicieron a juzgar por el siseo general que recorrió a la multitud. Todos contuvieron el aliento mientras el verdugo agarraba el extremo de una soga que se

balanceaba en la brisa para ceñirla alrededor de su garganta.

Las salvajes sensaciones que se precipitaron sobre ella en aquel momento casi le hicieron perder el conocimiento. Era como si todo el terror visceral que habían sentido las personas ahorcadas con aquella misma cuerda se hubiera concentrado en cada una de las partículas que la componían: el hombre que disparó a bocajarro al dueño de la casa que estaba desvalijando, el que violó en un callejón cercano al puerto a una niña de seis años... Paralizada por todo lo que estaba sintiendo a la vez, Ailish no pudo evitar buscar de nuevo a Oliver con los ojos mientras sentía resbalar unas gotas de sangre caliente de la herida que la señora Ashe le había infligido.

—Te quiero... —consiguió articular entre lágrimas. Un nuevo susurro recorrió aquel mar de cabezas, y unas cuantas personas, mujeres jóvenes al parecer, comenzaron a pedir clemencia en voz alta mientras muchos se volvían para tratar de localizar a la persona a quien iban dirigidas aquellas palabras.

El verdugo apretó poco a poco el nudo, y Ailish se encontró mirando de repente el cielo insultantemente despejado, sin poder agachar de nuevo la cabeza. Los siguientes segundos parecieron durar un siglo, un milenio entero, pero finalmente le llegó el sonido metálico de una trampilla abriéndose a sus pies antes de que su cuerpo cayera al vacío.

Tuvo la mala suerte de que no se le quebrara el cuello. Toda la sangre subió a su cabeza de repente, y sus dientes crujieron mientras ella caía, sin poder oír nada más que su pulso acelerado, sin poder distinguir más que una especie de nebulosa ante sus ojos. Trató desesperadamente de coger aire, pero sus pulmones parecían haberse comprimido como bolsas de papel. El mundo entero giraba a su alrededor, y lo último que consiguió distinguir antes de que aquel torbellino la engullera fue el rostro del Oliver que le sonreía en el castillo, que la besaba a orillas del mar, el que aún creía que iba a pronunciar su nombre después de tanta lluvia.

Una luz se acercó poco a poco en medio de la nebulosa. Ailish dejó de retorcerse cuando sintió cómo la alcanzaba, inundándola de una sensación de paz que nunca había conocido. Entonces las voces se acallaron por fin y no quedó más que el silencio.

A Alexander y Lionel les llevó casi un cuarto de hora escalar las empinadas rocas del acantilado, pero cuando por fin alcanzaron la cumbre no tuvieron tiempo de recuperar el aliento. Sin cruzar palabra echaron a correr colina abajo en la dirección en la que se hallaba la verja de Maor Cladaich. Querían llegar al pueblo lo más pronto posible, aunque se llevaron una sorpresa al tropezarse con alguien que en aquel mismo instante se disponía a entrar en la propiedad. En el caso de Lionel se trató de un tropiezo literal porque estuvo a punto de hacerle caer al suelo en su precipitada carrera.

—¡Dios mío, señor Lennox! ¡Debe de tener mucha prisa para ir arrollando así a la gente!

No habría necesitado escuchar su voz para reconocerla; le habría bastado con oler un segundo aquella familiar fragancia a sándalo que parecían exhalar sus cabellos.

—¡Señorita Stirling! ¿Qué significa...? ¿Qué está haciendo aquí?

—Creo que eso debería preguntárselo yo —comentó la joven—. ¿Ha pasado algo en el castillo? ¿Para qué bajan al pueblo?

—Ahora no tenemos tiempo para explicárselo —soltó Alexander antes de que Lionel pudiera abrir la boca—. Lamento ser grosero, pero se trata de un asunto de vida o muerte. Aunque tampoco entiendo qué la ha traído a usted a Kilcurling.

La señorita Stirling alzó la mano con la que sujetaba una pequeña maleta de piel negra.

—Me extrañó que desaparecieran tan precipitadamente de Green Street Court ayer por la tarde. Temí que les hubiera sucedido algo, así que esperé fuera de la sala de juicios pero no me encontré más que con el señor Saunders y el señor Westwood. Me contaron que ustedes habían regresado a Kilcurling porque habían dado con la manera de demostrar que la señorita O'Laoire es inocente... y decidí pasar por el hotel Gresham para recoger unas cuantas cosas antes de dirigirme de vuelta a Maor Cladaich. Supuse que mi ayuda podría serles útil. —Y se encogió de hombros—. Ya saben que estoy tan convencida como ustedes de que esa pobre niña no tuvo nada que ver con el asesinato de Reginald Archer.

—Se lo agradecemos mucho —contestó Lionel, conmovido en su fuero interno ante aquel arrebato—. ¿Pero cómo ha llegado hasta aquí? ¿Ha venido en una diligencia?

—Sí, en uno de esos coches medio destrozados que se van parando en cada uno de los pueblos de la costa. Por suerte no he hecho el viaje sola; el señor Delancey también ha venido conmigo.

—¿Qué está diciendo? —exclamó Alexander—. El señor Delancey... ¿El señor Delancey la ha acompañado?

—Es lo que acabo de decir, profesor. Pero no entiendo a qué viene tanta sorpresa.

—Este no es el mejor momento para contárselo, mi querida señorita Stirling, pero

puede que haya corrido un grave peligro —dijo Lionel a media voz—. El profesor Quills tiene la teoría de que fue él quien asesinó a Archer.

Los labios de la señorita Stirling dibujaron un círculo perfecto.

—¿Qué tontería es esa? ¿Cómo creen ustedes que un caballero como Delancey...?

—¡Dejemos para más adelante esta charla! ¡Dentro de poco se hará de día y no nos quedará más tiempo! —estalló Alexander, dando un empujón a Lionel para que cruzara la verja del castillo—. Sentimos tener que dejarla sola en este momento, señorita, pero no podemos permitir que Delancey escape. Lo mejor será que vaya a Maor Cladaich; allí encontrará a Maud y podrá pedirle que le sirva algo caliente para recuperarse del viaje.

—Ni en sueños —se apresuró a contestar ella, soltando su maleta sin miramientos al lado de la verja y arremangándose el vestido para ir tras ellos—. No van a librarse de mí. Tres pares de ojos pueden hacer más que dos.

«Cuatro harían más aún», pensó Alexander, lamentando más que nunca no llevar puestas sus gafas. Lionel le dirigió una fugaz sonrisa a la señorita Stirling y la cogió de la mano mientras seguían al profesor a todo correr hacia el centro del pueblo. La joven les contó que Delancey se había dirigido a The Golden Pot después de que se separaran en la plaza del mercado, aunque no imaginaba qué se traía entre manos en aquel lugar.

Cuando Alexander empujó la puerta comprobó con sorpresa que no estaba cerrada pese a que aún no hubiera amanecido. Encontraron a Donnchadh y Fiona sentados en una de las mesas, hablando en susurros de asuntos bastantes graves a juzgar por sus ojeras y por el hecho de que se sobresaltaran al verles como si les hubieran pinchado con agujas.

—¡Profesor Quills! ¡Señor Lennox! ¡Vaya una coincidencia!

—Precisamente estábamos hablando en estos momentos de ustedes... y de la señorita O'Laoire —dijo Fiona en voz baja, anudándose la bata alrededor de la cintura—. ¿Es cierto que la han condenado por la muerte de Archer? No se habla de otra cosa en el pueblo...

—Delancey —dijo Alexander sin darle tiempo a acabar—. ¿Saben si un hombre llamado Delancey ha reservado una habitación?

La sorpresa de Donnchadh no hacía más que aumentar, pero aun así contestó:

—No lo ha hecho, profesor Quills. Yo también creí que estaría interesado en que le diéramos hospedaje..., pero no era una habitación lo que ese caballero buscaba. Quería hablar con mi hija Jemima lo antes posible. Ella también regresó anoche a Kilcurling —añadió ante la perplejidad de Alexander y Lionel—. La trajo un comerciante que se dirigía a Greystones con su carromato. No quiso contarnos nada del juicio, supongo que porque se sentiría bastante cansada después del viaje... Se encerró en su cuarto sin cenar siquiera.

—Pero cuando oyó que Delancey llamaba a nuestra puerta para hablar con ella se

levantó de inmediato —siguió diciendo Fiona—. Le hizo subir a nuestra habitación y nos prohibió que les molestáramos, aunque eso nos pareció muy inapropiado. Sinceramente, no sé qué puede ser tan urgente para que un caballero nos saque de la cama a estas horas...

—Me temo que nos hacemos una idea —murmuró Lionel mirando a Alexander. No necesitaba oír nada más para darse cuenta de que su amigo tenía razón en lo concerniente a Delancey... ni para adivinar cuáles eran los asuntos que tenía que tratar con Jemima. Los ojos del profesor se desviaron hacia la escalera.

—Ya no están ahí arriba —se le adelantó Fiona—. Delancey bajó hace un rato a toda velocidad sin molestarse en pedirnos disculpas, y Jemima le siguió un minuto después, desmelenada y con un chal puesto por encima del camisón. No tenemos ni idea de adónde se dirigía, aunque no creo que haya ido muy lejos. Puede que Delancey quisiera algo que hubiera olvidado en Maor Cladaich antes de marcharse a testificar a Dublín...

—O puede que tuviera que cumplir con su parte del trato —dijo la señorita Stirling.

Los dos Lawless se la quedaron mirando, sorprendidos tanto por su extraño acento como por el tono que había empleado. También ella había conseguido atar cabos.

—Ahora todo encaja —dijo la señorita Stirling volviéndose hacia los ingleses—. Ahora resulta comprensible lo que hizo esa muchacha en Green Street Court. Si según ustedes fue cosa de Delancey, no tendría nada de particular que le hubiera prometido a Jemima una hermosa cantidad de dinero a cambio de que acusara a la señorita O'Laoire de cometer este crimen.

—¿Qué están insinuando? —se horrorizó Fiona—. ¿Creen que mi hermana habría sido capaz de...? ¿Piensan que podría traicionar a la familia a la que ha servido... declarando contra una inocente?

—Me temo que no se trata de que nosotros lo pensemos, señorita Lawless —le dijo Lionel mirándola tristemente—. Ayer lo hizo delante de todo el mundo. No tendrán que esperar mucho para enterarse de los detalles; estoy seguro de que todos los periódicos del día hablarán de este asunto. La de Delancey ha sido una jugada perfecta.

—No tan perfecta —le interrumpió Alexander— puesto que la verdad ha terminado saliendo a la luz. Sé que esto resulta espantoso para ustedes, pero necesitamos que nos echen una mano antes de que sea tarde. Puede que Jemima se encuentre en peligro, uno mucho más grave de lo que ella misma imagina. ¿Dónde creen que podrían estar?

—Yo..., cuando me asomé a la puerta después de que mi hermana se fuera... me dio la sensación de que se dirigía a Maor Cladaich —balbuceó la joven—. Me pareció que se adentraba en el cementerio para tomar un atajo por el sendero que desemboca al pie de la colina...

Alexander no necesitó oír más. Les hizo un gesto a Lionel y a la señorita Stirling para que le siguieran fuera de The Golden Pot, agradeciéndoles a los Lawless su ayuda, aunque ninguno de los dos pareció escuchar lo que les decían, pues se habían quedado completamente paralizados.

Los tres atravesaron de nuevo a todo correr la plaza del mercado. Cruzaron el arco de piedra que daba acceso al cementerio, y una vez traspasado el umbral, Alexander se detuvo. El recinto parecía estar desierto en aquel momento; la delgada franja anaranjada que habían distinguido al pie del acantilado se había ensanchado en los últimos instantes, pero los primeros rayos de sol aún no habían alcanzado el camposanto. La señorita Stirling se estremeció.

—No es que tenga nada en contra de los cementerios, pero una cosa es realizar una visita a plena luz del día y otra muy distinta recorrerlos casi a oscuras.

—Deme la mano —le pidió Lionel, aferrando de nuevo sus dedos enguantados. Sus palabras parecían rebotar contra las lápidas más cercanas, rompiendo aquel silencio de ultratumba con un eco inquietante—. Alexander, aquí no hay nadie. Fiona debe de haberse equivocado. No entiendo a santo de qué Delancey querría meterse en un lugar...

Se quedó callado cuando Alexander alzó una mano de repente. El profesor parecía haber reparado en algo a pesar de su miopía. Se llevó un dedo a los labios, haciéndoles un gesto para que le siguieran, y avanzaron en silencio por el sendero que atravesaba el cementerio colina arriba, en la dirección en que se encontraba Maor Cladaich. Cuando estaban a punto de doblar la esquina de la iglesia, Lionel fue a preguntar a Alexander qué demonios se suponía que había visto..., pero entonces lo vio él también, y a la señorita Stirling le sucedió lo mismo. Los tres se detuvieron, conteniendo el aliento.

Había alguien acurrucado detrás de uno de los cuatro panteones adosados a un lateral de la iglesia. Una forma negra de la que asomaban unas piernas que a simple vista podrían confundirse con las lápidas más cercanas.

—No hagáis ruido —les dijo Alexander sin mover casi los labios—. Si es Delancey aún tendremos la oportunidad de detenerle.

Pero no se trataba de Diarmuid Delancey. Casi estaban encima de aquel bulto cuando reconocieron unas curvas que se insinuaban por debajo de la tela de un camisón y una melena de un rubio rojizo enredada en unas briznas de hierba. Al rodear el panteón contra el que estaba recostada la figura se encontraron con el rostro de Jemima vuelto hacia lo alto. Tenía los ojos muy abiertos, al igual que los labios, incapaces ya de articular ningún sonido.

—¿Es... es Jemima? —preguntó la señorita Stirling en un susurro—. ¿Qué hace descansando precisamente ahora?

—Me temo que no está descansando —consiguió articular Lionel, pálido de repente—. Alexander, dime que solo se trata de un desmayo. No puedo creer que...

Se quedó callado cuando el profesor apartó una de las puntas del chal que cubría

el pecho de Jemima. Los tres lo vieron al mismo tiempo a pesar de seguir en la penumbra: unas profundas marcas de color rojo rodeaban la garganta de la muchacha. Había sido estrangulada; alguien le había apretado el cuello y la había empujado de cualquier manera detrás del panteón para asegurarse de que nadie la encontrara hasta que los primeros fieles acudiesen a misa. La señorita Stirling se tapó la boca con un guante, y después miró a Lionel, cada vez más angustiado. Alexander rodeó a Jemima con un brazo para incorporarla, intentando localizarle el pulso con los dedos, aunque no tardó en cejar en su empeño con expresión derrotada.

—Supongo que tenía que quitarla de en medio —consiguió murmurar—. Parece que no se equivocaba, señorita Stirling: Jemima debía de haber llegado a alguna clase de acuerdo con Delancey antes de que se celebrara el juicio.

—No compró su silencio, sino lo contrario: compró su voz —corroboró la joven—. La persuadió para que acusara a la señorita O’Laoire en vez de a él, si es que Jemima sabía quién había sido el asesino. Pero seguramente se sintió tentada por la codicia, y cometió el error de pedirle a Delancey una recompensa mayor...

Lionel fue el único que no dijo nada. Tragó saliva, contemplando aquellos ojos azules que había visto entreabrirse tantas mañanas sobre los almohadones de su cama, aquellas pupilas congeladas para siempre en una mirada de horror dirigida a las estrellas que el rápido avance del amanecer comenzaba a apagar. Se agachó al lado de Alexander para cerrarle los ojos a Jemima, y estaba a punto de decirle algo al profesor cuando les sobresaltó un sonido metálico que se propagó por el cementerio.

—Viene del otro lado del recinto —anunció la señorita Stirling mientras los dos hombres se ponían de pie—. Me parece que... ¡me parece que Delancey está ahí!

—Quédese aquí —le ordenó Lionel, echando a correr detrás de Alexander en la dirección que les había indicado—. ¡Esto es asunto nuestro! ¡No se le ocurra acercarse!

Ascendieron la colina a la mayor velocidad hasta que, a una veintena de metros de la verja que cerraba aquella parte del recinto funerario, les llegó de nuevo el mismo sonido metálico. Y entonces comprendieron qué lo estaba provocando: Diarmuid Delancey se aferraba con ambas manos a la puerta por la que se salía del cementerio, justo enfrente de la entrada a Maor Cladaich. El irlandés la sacudía ansiosamente para tratar de hacer saltar el herrumbroso candado que solían echar cada noche; debía de haber oído cómo se acercaban por el extremo opuesto del cementerio y comprendido que no le quedaba más escapatoria que aquella.

—Es una hora curiosa para dar un paseo entre tumbas, señor Delancey —saludó Alexander mientras se detenían a escasa distancia de él. El aludido se dio la vuelta con un respingo; tenía los ojos desencajados y su rostro pálido estaba cubierto de sudor.

—Y aún más curiosa para aumentar el censo del cementerio —añadió Lionel—. Supongo que estará orgulloso de lo que ha hecho. ¿No le parecía suficiente un asesinato?

—No entiendo... no entiendo de qué me están hablando —balbuceó Delancey—. Si se refieren a la desdichada muerte de Archer..., bueno, todos asistimos hace unas horas al juicio contra la señorita O’Laoire, y me parece que quedó bastante claro que...

—Ailish Ní Laoire ha sido hallada culpable por un testimonio que usted compró de labios de una muchacha a la que los celos y la ambición hicieron perder el norte —espetó Alexander dando un paso hacia Delancey. El joven trató de retroceder, pero la verja le cortaba el paso—. Ha sido condenada a morir en la horca por el crimen que usted cometió. Pensaba permanecer de brazos cruzados mientras la ejecutaban solamente por su deseo desesperado de hacerse con Maor Cladaich. Aunque fuera asesinando a la persona que la señora O’Laoire había escogido como su futuro propietario.

Pronunciar el nombre de Rhiannon le provocó una punzada en el corazón, aunque se esforzó para que su semblante se mantuviera impassible. Delancey aún les sostuvo la mirada unos segundos, como si estuviera luchando a brazo partido con su inteligencia para darles una excusa que pareciera coherente, hasta que se acabó rindiendo. Una especie de jadeo escapó de sus labios, una carcajada en la que no pudieron percibir más que dolor.

—¿Piensan que he hecho todo esto por Maor Cladaich? —se lamentó casi en susurros—. ¿Que he matado por Maor Cladaich? ¿Por ese montón de piedras polvorientas —hizo un gesto con el mentón hacia lo alto de la colina— que en cualquier momento puede venirse abajo?

—Si quiere que seamos sinceros con usted, señor Delancey, los motivos que le han llevado a cometer estos asesinatos nos importan muy poco —contestó Lionel de malos modos.

—Pero a mí no —susurró el aludido—. No después de haber llegado tan lejos... ni de haberme convertido en la clase de persona a la que más he odiado durante toda mi vida.

No había rastro de la señorita Stirling; Lionel supuso que habría regresado lo más pronto posible a The Golden Pot para pedir ayuda a los Lawless. Dio un paso adelante para sujetar a Delancey, pero el irlandés gritó «¡Atrás!» y sacó de su pesado abrigo de pieles algo con lo que les apuntó. Los dos se detuvieron al encontrarse cara a cara con el cañón de una pistola. El arma temblaba en la mano de Delancey, pero seguía siendo capaz de matar...

—Atrás —repitió Delancey en el mismo tono de voz entrecortado, apuntando primero a Lionel y después a Alexander—. Si dan un paso más les juro que se arrepentirán. No me obliguen a añadir sus muertes a la lista de mis pecados. Ya he tenido más que suficiente.

—Idiota —le espetó Lionel en voz baja—. ¿No entiende que no hace más que empeorar su situación?

Delancey volvió a apuntarle con su pistola, menos temblorosa que antes.

—Son ustedes muy listos —siguió diciendo pasados unos instantes—. Supongo que se han demorado antes al encontrar el cuerpo de... de la sirvienta. Me dolió deshacerme de esa chica, pero les aseguro que no me dejaba otras opciones. Resultó ser más ambiciosa de lo que había imaginado al principio.

—Jemima sabía que fue usted quien asesinó a Archer —dijo Alexander.

—Me vio a través de una de las ventanas del primer piso del castillo. El testimonio que dio al juez Driscoll era cierto..., salvo por la identidad de la persona que seguía a Archer. Poco después de que la policía se llevara a la señorita O'Laoire, cuando acababa de regresar a mi dormitorio, llamó a mi puerta para contarme lo que había visto. Tendrían que haberla oído. —Delancey sacudió la cabeza con una curiosa expresión en su rostro, una mezcla de admiración y asco—. No le tembló la voz en ningún momento, ni temió que le pudiera pasar lo mismo que al norteamericano. Sabía lo que quería, y se daba cuenta de que nunca en su vida tendría una manera más rápida de hacerse con una buena cantidad de dinero. No era nada significativo para mí, pero supongo que le habría bastado para comenzar una nueva vida en otro lugar. Creo que quería marcharse de aquí como fuera.

Esta vez fue Lionel quien experimentó una punzada, el perverso aguijón de la culpabilidad. Nada de aquello habría sucedido si no le hubiera dicho a Jemima que no se la llevaría consigo a Oxford.

—Pero dado el éxito de su chantaje, la chica debió pensárselo mejor —comentó Alexander en voz baja y con todos los músculos en tensión—. Y esta noche, cuando usted acudió al pub de su padre para entregarle la suma convenida, se le ocurrió acosarle con una nueva exigencia. Una cantidad más suculenta, me imagino...

—Y un pasaje a Inglaterra —murmuró Delancey—. Si no lo hacía en doce horas prometía presentarse de nuevo en Green Street Court para desmentir su testimonio. Me parece que no se le pasaron por la cabeza las repercusiones que podría tener su denuncia, teniendo en cuenta que estaba sometida a un juramento. Le obsesionaba el dinero, pero yo no podía dejar que su codicia me hiciera perder más tiempo. Tuve que eliminarla antes de que con sus gritos empezara a alertar a todos los vecinos de lo que estaba sucediendo. Sé que no debí permitir que una cría con delirios de grandeza me enredara en semejante juego, pero así ha sido.

—Hay algo que no entiendo —dijo Lionel. Delancey volvió a posar sus ojos acuosos en él sin dejar de aferrar la pistola con unos dedos cada vez más enérgicos—. ¿Qué se le había perdido a Archer en los jardines del castillo aquella noche? ¿Qué pudo impulsarle a salir por una ventana de la planta baja, burlando la vigilancia de los dos hombres de la Royal Irish Constabulary, y ponerse a deambular por los alrededores de Maor Cladaich?

—Ah, de eso no tengo la menor idea —le contestó Delancey, y parecía hablar con toda sinceridad—. Lo único que puedo decir es que al asomarme a mi propia ventana le vi dando vueltas por ahí como si estuviera borracho, o puede que sonámbulo. —Guardó silencio unos instantes, cada vez más abrumado por la culpa—. Les juro que

si las cosas hubieran sido distintas, si la señora O'Laoire me hubiera escogido a mí, nunca se me habría pasado por la mente la idea de acabar con un semejante. Me educaron como un buen cristiano, señores; y hasta aquella maldita noche nunca había puesto mi alma en peligro.

—¿Por qué lo hizo, Delancey? —le preguntó Alexander en voz baja. Aunque nunca lo habría reconocido, no podía dejar de sentir cierta lástima por aquel hombre que, ahora se daba cuenta, no estaba a la altura de sus pecados—. ¿Por qué tuvo que traicionarse a sí mismo de esa manera? Asesinar a alguien a sangre fría...

—Fue por... ella —logró articular el joven—. Por Méabh O'Brien. El amor de mi vida.

Ninguno pareció demasiado sorprendido; Delancey desvió la mirada de uno a otro.

—La tarde en que me citaron en la biblioteca para averiguar cuánto estaba dispuesto a ofrecer por Maor Cladaich, tendrían que haberse dado cuenta de que haría cualquier cosa, lo que fuera, absolutamente lo que fuera, por conseguir el castillo... y a la *banshee*. Porque era la única manera de convencer a los padres de Méabh de que la familia de los Delancey era digna de emparentar con la suya. Méabh se hallaba al tanto de lo que la criatura podría hacer por nuestra relación, y me hizo prometerle en la última ocasión en la que nos encontramos que no me detendría ante nada para conseguirla... ni ante nadie.

—Ni ante la vida de un hombre —murmuró Alexander.

—Ya veo que lo entiende, profesor. Sabía que usted lo haría —asintió el irlandés, y siguió diciendo—: Si lo eliminaba, lo suyo sería que la señora O'Laoire me escogiera como sucesor. Y en el supuesto de que prefiriera a la señorita Stirling, algo poco probable teniendo en cuenta lo que le dijo, no me habría quedado más remedio que añadir un crimen a mi lista, por mucho que me odiara a mí mismo el resto de mi vida...

—Hijo de mala madre —le espetó Lionel de repente. A Alexander no le dio tiempo a sujetarle antes de que se arrojara contra Delancey—. No puedo creer que se atreviera...

Calló al encontrarse con el cañón de la pistola apretado contra la frente: Delancey había acertado la distancia que los separaba.

—No trate de hacerse el héroe a estas alturas, señor Lennox. No pretenderá que me crea que siempre se ha comportado de una manera tan... abnegada con las mujeres. Le aseguro que no es lo que esa pobre chica, Jemima, me contó acerca de usted. —Y apoyó el dedo índice en el gatillo con renovada determinación—. Siento mucho que no pueda seguir comportándose como un héroe con esa dama que le ha sorbido el seso...

Lionel abrió la boca, pero no le dio tiempo a responderle. Antes de que Delancey acabara de hablar, un disparo resonó en el cementerio, un grito de dolor le siguió casi de inmediato y unas salpicaduras de sangre le mancharon de repente la frente y las

mejillas.

Pero no era su sangre. Aturdido, Lionel observó cómo Delancey dejaba caer la pistola sobre la hierba. Una bala acababa de enterrarse en su mano, y el hombre había caído de rodillas, apretando los dedos destrozados contra su pecho. Solo al darse la vuelta entendió lo que había sucedido. El sol se había elevado poco a poco por encima del mar y los primeros resplandores le permitieron reconocer a la señorita Stirling acercándose a la verja del cementerio. Sostenía una hermosa pistola de cachas de carey en la mano, y parecía tan relajada como si acabara de abatir a un zorro en una cacería.

—¿Qué pasa? —preguntó extrañada ante sus miradas de estupefacción—. ¿Creen que Su Alteza Real me enviaría de viaje sin los medios necesarios para cuidar de mí misma?

Alexander no fue capaz de contestarle. Tampoco lo hizo Lionel, que se limitó a pasarse una mano temblorosa por la frente para enjugarse la sangre del hombre que en aquellos momentos se retorció de agonía a sus pies. No necesitaba ser un experto para darse cuenta de que el disparo de la señorita Stirling había sido tan certero como para inutilizar sus falanges durante lo que le quedaba de vida..., el tiempo que transcurriera hasta que Delancey bailara su última contradanza al extremo de una sogá.

Alexander y Lionel repararon entonces en las personas que se acercaban detrás de la señorita Stirling. Y reconocieron de inmediato al inspector Fitzwalter, que al oír el disparo se había apresurado a sacar su propia arma, y a los dos policías que se habían presentado con él en Maor Cladaich la noche del asesinato de Archer. Los tres jadeaban al detenerse a su lado; los muchachos se agacharon de inmediato junto a Delancey para inmovilizarle los brazos a la espalda, sin dejarse ablandar por sus gemidos de dolor.

—Así que era cierto —murmuró el inspector Fitzwalter—. Ya veo que no eran invenciones de la señorita Stirling. Tenemos ante nosotros al asesino de Reginald Archer.

—Supongo que tendrán que tomarle declaración cuanto antes —comentó Alexander.

—Aunque podemos adelantarles lo que les dirá: acaba de contárnoslo con pelos y señales cuando todavía pensaba que podría salir de esta. —Lionel se limpió las manos en el pantalón—. Me encanta que los criminales lo hagan. Es un detalle por su parte.

La señorita Stirling esbozó una sonrisa, guardándose la pistola de carey debajo del abrigo y acercándose a Lionel para pasarle por la frente su propio pañuelo de seda. Algo les distrajo de repente: un tumulto de voces y de sollozos procedente del otro extremo del cementerio. Fiona y su padre habían salido a todo correr de The Golden Pot al oír el estallido del arma, y al adentrarse en el recinto seguidos por algunos vecinos se habían encontrado con el cadáver de Jemima. Estaban demasiado

lejos para darse cuenta de lo que hacían, pero les pareció observar cómo Fiona caía de rodillas sobre la hierba y Donnchadh se tambaleaba sin dejar de mirarla.

—Hay que ser miserable para hacer algo así —gruñó uno de los policías. Tiraron de Delancey para ponerlo en pie; el irlandés ni siquiera acertaba a defenderse—. Me parece que va a volver a Dublín antes de lo que esperaba. Aunque dudo que su dinero sea capaz de comprar a un abogado lo bastante hábil como para salvarle el pellejo.

—¿Qué hace, señor? —preguntó el otro policía. Fitzwalter se había dado la vuelta tan de repente que los había cogido por sorpresa—. ¿No quiere que lo llevemos a la comisaría?

—Por supuesto que sí. Ponedle las esposas y no lo dejéis moverse hasta que yo vuelva.

—Pero... ¿pero adónde se dirige usted?

Los muchachos intercambiaron una mirada confundida, pero el inspector no tenía tiempo para explicaciones. Simplemente les dijo:

—He cometido un error. Un terrible, un espantoso error. —Y comenzó a desandar el camino que conducía a la comisaría de Kilcurling—. Rezad todas las oraciones que sepáis para que me dé tiempo a remediarlo. No estoy dispuesto a pasar dos veces por lo mismo.

Echó a correr colina abajo lo más rápidamente que pudo. Pasó al lado de los dos Lawless, que habían roto a sollozar abrazando el cuerpo sin vida de la muchacha estrangulada. Pasó al lado de media docena de vecinos que le preguntaron a gritos algo que ni siquiera oyó. Dos minutos después el inspector salía de las caballerizas adosadas a la comisaría a lomos del más veloz de los animales con los que contaban sus hombres. Atravesó Kilcurling como una centella, golpeando con estrépito los adoquines mal cortados y haciendo que las ventanas se abrieran a su paso, y no tardó en tomar el sendero que conducía a Dublín. Eran cerca de las seis y media de la mañana y sabía que solo un milagro le permitiría llegar a la capital a mediodía.

«Patrick...». El nombre de su hermano no dejaba de aletear en sus labios. Espoleó más a su montura, y el animal dejó escapar un prolongado relincho. Su boca chorreaba espuma. «Si no llego a tiempo, si no consigo salvarla... será como si volviera a perderte de nuevo a ti...»

Pronto el sol se elevó en un cielo de un profundo azul y los campos que se sucedían a ambos lados del sendero se llenaron de campesinos que dejaban de lado lo que estaban haciendo para asistir con perplejidad al paso de aquel centauro ataviado con el uniforme de la Royal Irish Constabulary. El inspector Fitzwalter se mordió los labios cuando oyó repicar las campanas de la iglesia de Glenageary y comprendió que era demasiado tarde.

«No —se repitió de nuevo, inclinándose tanto sobre el cuello de su caballo que casi alcanzó la horizontal—. ¡Aún no está todo perdido! ¡No hasta que la vea en la horca!»

Para cuando el sol se encontraba casi sobre su cabeza los últimos pueblos habían

quedado a sus espaldas y las torres y cúpulas de Dublín se recortaban en el horizonte. El inspector no pudo evitar que su respiración se convirtiera en un jadeo, dirigiendo su montura lo más rápido que pudo por las callejuelas que sabía que le acabarían llevando al barrio de Kilmainham. De la torre de una de las iglesias situadas en Dolphin's Road se escapó una nueva cadena de campanadas; doce, comprobó con horror. Se dio cuenta en aquel preciso momento de que las personas que avanzaban en la misma dirección que él también compartían su meta.

Toda la ciudad parecía haberse echado a la calle. La aglomeración de carruajes y de bicicletas le había obligado a aminorar el ritmo, y el inspector Fitzwalter dejó escapar unos cuantos juramentos mientras hacía lo imposible por abrirse camino entre la multitud. Ya podía distinguir la verja que daba acceso a la entrada de la prisión, convertida en un asidero para cientos de personas que gritaban al mismo tiempo, con los ojos clavados en un mismo punto, justo encima de la puerta...

Fitzwalter pensó que se le pararía el corazón. Un par de mujeres se pusieron a dar chillidos cuando su caballo estuvo a punto de arrollarlas en su precipitación por alcanzar la verja de Kilmainham. Estaba planteándose si no sería mejor seguir a pie cuando el griterío se volvió más ensordecedor: el verdugo acababa de abrir la trampilla del balcón. Y una persona vestida de gris, una muchacha a la que el inspector Fitzwalter conocía muy bien, se había quedado suspendida en el aire, retorciéndose salvajemente al final de una cuerda que crujía con cada una de sus sacudidas.

Sabía que no podía esperar más. Indiferente a las miradas de estupefacción de los que le rodeaban, Fitzwalter se incorporó con los talones firmemente apoyados sobre los estribos. «Por ti, Patrick —pensó mientras sacaba su pistola del cinto—. Por lo que debería haber hecho para salvarte hace quince años.» Alargó el brazo, apuntó... y apretó el gatillo.

El primer disparo apenas rozó la cuerda, arrancando solo unas cuantas briznas antes de enterrarse en el muro de la prisión, con gran sobresalto del director y de los funcionarios que se habían quedado de pie en la parte interior del balcón. Pero el segundo acertó de lleno.

La bala destrozó las fibras de la soga, quebrándola en el acto. Y Ailish Ní Laoire se derrumbó sobre los adoquines, cayendo en el pequeño espacio que los guardas habían logrado despejar al pie del balcón mientras durara el ahorcamiento. Se precipitó como un fardo desde una altura de más de metro y medio, impactando tan ruidosamente contra el suelo que durante unos segundos los cientos de dublineses que abarrotaban el patio no pudieron pronunciar palabra. Después las primeras cabezas se volvieron hacia atrás, y aquel movimiento se repitió una y otra vez, como las olas del mar empujándose unas a otras, hasta que todos los ojos se posaron sobre el inspector. El director de Kilmainham había conseguido soltarse de sus hombres, que se habían apresurado a protegerle al oír los disparos, y se asomó al balcón navegando entre el estupor y la rabia.

—Mis disculpas, señor, pero ha habido una equivocación —proclamó el inspector a pleno pulmón. Todo el mundo seguía en silencio, pendiente de cada uno de sus gestos mientras se apartaban de su camino para que pudiera acercarse al edificio—. Esta muchacha a la que se disponían a ejecutar no es más culpable de la muerte de Reginald Archer que cualquiera de los presentes. La providencia me ha permitido llegar a tiempo.

La voz no le temblaba, aunque su cuerpo sí que lo hacía, tanto que se dejó caer de nuevo sobre la silla antes de que le fallaran las piernas. La reacción de la gente no se hizo esperar. Un clamor acogió sus palabras, y una salva de hurras se desató alrededor del jinete y de su montura mientras los guardas que se encontraban debajo del balcón se acercaban a todo correr a la joven maniatada, que aún no se había movido.

—Vaya, no hay duda de que la suya ha sido una aparición estelar —repuso el director sin dejar de contemplar cómo sus subordinados rompían filas para intentar reanimar a la muchacha. Uno sacó una navaja con la que trató de cortar precipitadamente la cuerda apretada alrededor de su garganta, y otro hizo lo propio con la que mantenía sus manos inmovilizadas a la espalda—. Pero me temo que todavía no tengo el gusto de conocerle...

Un nuevo griterío recorrió las primeras filas cuando uno de los hombres que habían luchado por acercarse al balcón derribó de un puñetazo a uno de los guardas que trataban de impedirselo.

Era Oliver, seguido por August. Las manos del muchacho temblaban al forcejear con el nudo que había estado a punto de acabar con Ailish. Ella continuaba completamente inmóvil, incapaz de reaccionar ni siquiera cuando la tomó en sus brazos y empezó a hablarle en voz muy baja.

—Mi nombre es James Fitzwalter, y soy el responsable de las fuerzas del orden del pueblo de Kilcurling —anunció el inspector mientras se detenía frente al balcón. Aunque se dirigía al director de la prisión, no dejaba de prestar atención a lo que estaba pasando a unos metros de distancia—. Yo fui quien detuvo a Ailish Ní Laoire al encontrarla junto al cuerpo sin vida del señor Archer en los jardines de Maor Cladaich. Algo que no debí hacer nunca, dado que acabamos de descubrir quién es el auténtico asesino.

Y entonces la misma muchedumbre hambrienta de espectáculo que durante el ahorcamiento había gritado en nombre de la justicia comenzó a aplaudir de entusiasmo. August había alcanzado a Oliver y a Ailish y se había arrodillado a su lado mientras el joven le levantaba la cabeza para tratar de hacerle la respiración asistida. Al principio no ocurrió nada, y lo mismo sucedió la segunda y la tercera vez, hasta que por fin los párpados de Ailish se estremecieron y sus labios temblaron debajo de los de Oliver. «¡Está viva!», le oyó gritar Fitzwalter entre lágrimas, apretándola contra su corazón mientras su pecho subía y bajaba a medida que el aire regresaba a sus pulmones. Sus ojos se abrieron de repente, llenos de miedo y

confusión.

—Tranquila —le susurró Oliver, hundiendo el rostro en su cabello. Las manos de la muchacha se aferraron a sus muñecas en un arrebato de pánico—. Estás bien, mi amor —le siguió diciendo en voz baja—. Estás bien, y estás conmigo... Por fin todo ha terminado.

—Es... —logró articular Ailish, casi sin aliento—. ¿Es esto la muerte?

Sus pupilas no dejaban de agitarse, resbalando aterrorizadas por los semblantes de todo aquel gentío que hasta unos segundos antes la había abucheado.

—No —susurró Oliver sonriendo—. Es la vida.

Y así fue como Lionel volvió a demostrar a sus amigos que de vez en cuando, solo de vez en cuando, acertaba en sus predicciones: en los periódicos de los días siguientes apenas se pudo leer nada que no tuviera que ver con el caso O'Laoire. Por suerte habían logrado regresar a Kilcurling antes de que la noticia comenzara a correr como la pólvora entre los reporteros dublínenses. Cuando quisieron acudir a la prisión para hacerse con la exclusiva de lo que acababa de suceder, Ailish se encontraba a resguardo de la metralla de sus preguntas en una diligencia que la conducía a su casa... o por lo menos a la que aún seguiría siendo su casa durante unos días.

Por desgracia la pobre muchacha no pudo disfrutar del descanso que se había ganado a pulso. Cuando Oliver y August la condujeron a las puertas de Maor Cladaich y Alexander le dio la noticia de la muerte de su madre, Ailish sufrió una crisis nerviosa que les obligó a meterla en la cama. Acudió el doctor Brown, el médico del pueblo, y el diagnóstico que les dio fue muy claro.

—Demasiadas emociones —dictaminó mientras se desprendía con parsimonia de su estetoscopio, inspeccionando aún el pálido semblante de la joven—. Su corazón se encuentra perfectamente, y tampoco parece tener fiebre. No ha sido más que un ataque de ansiedad del que se acabará recuperando en cuanto haya dormido unas cuantas horas.

Ailish murmuró algo incomprensible, girando la sudorosa cabeza sobre los almohadones. Oliver se había sentado a su izquierda, sujetándole una mano entre las suyas, mientras la señorita Stirling, al otro lado, le pasaba un paño mojado por la frente.

—¿Está seguro de que no será necesario que la ingresen? —preguntó la joven en voz baja—. Hace unos minutos deliraba...

—¿Ingresarla en un hospital? ¿Después de haber pasado diez días encerrada en una celda maloliente? —El doctor Brown sacudió la cabeza, guardando su instrumental dentro de un pequeño maletín de cuero—. Me parece que sería un error garrafal. Lo que esta pobre niña necesita ahora mismo es asimilar que se encuentra a salvo. Necesita aire puro, comida en abundancia y sentir que está de vuelta en casa. No la dejen levantarse a menos que sea absolutamente necesario. —Y se puso en pie añadiendo con una expresión algo más sombría—: Aunque me imagino que querrá asistir al entierro de su madre. Ya sé que va a ser algo difícil, pero procuren que no se altere demasiado. Alguien que ha pasado por una experiencia tan traumática no merece soportar más sufrimientos.

Habían subido el ataúd de Rhiannon a la capilla. Oliver decidió que lo mejor sería que Ailish no la viera, por lo menos hasta que se hubiera recuperado, y sus amigos se mostraron de acuerdo con él. En aquellos momentos Alexander era el único que estaba a su lado. De pie en el centro de la capilla, contemplaba en silencio el rostro de la mujer que tanto había significado para él en las últimas semanas, un rostro que por

fin parecía haber encontrado la paz. El cabello le caía en ondas por encima de los hombros, llenando casi por completo la parte superior de la caja forrada de raso. El profesor se acercó sin hacer ruido a Rhiannon para apartar con los dedos un mechón que caía sobre su frente. Parecía dormida, simplemente eso..., como si en cualquier momento pudiera incorporarse para preguntar si era cierto lo que había oído sobre la liberación de su hija.

A sus oídos llegó de repente el eco de unos pasos acercándose por las espirales de la escalera. Unos segundos más tarde Lionel entró en la capilla, aunque al darse cuenta de lo que Alexander estaba haciendo se detuvo en el acto. El profesor le dijo en voz baja:

—Tranquilo, puedes quedarte. —Y apartó la mano, dando un paso atrás—. Solamente me estaba despidiendo de ella. Aún me cuesta creer que no vayamos a verla nunca más.

Lionel no le quitó los ojos de encima mientras se acercaba a él. Había pasado la última media hora rebuscando entre las cosas de Jemima hasta dar con el fajo de cartas que Veronica le había enviado, y que la chica se había dedicado a leer de cabo a rabo antes de esconderlas en una caja debajo de su cama. Se quedó mirando a Rhiannon tal como lo había hecho Alexander, sin atreverse a romper el silencio hasta que, transcurrido un rato, puso una mano en el hombro de su amigo. El sol había comenzado su rápido descenso tras las montañas, y la luz que hasta entonces había inundado la capilla se tornaba de un azul mortecino, desdibujando los contornos de los cirios encendidos en las cuatro esquinas del ataúd y del pequeño jarrón con violetas que Maud había recogido en la parte trasera del castillo para ponerlas a los pies de su señora.

—Creo que os habría ido bien juntos —dejó caer Lionel al fin—. Erais muy parecidos.

—No estoy seguro de entender lo que quieres decir —mintió Alexander.

—Claro que sí. Rhiannon y tú... Los dos teníais heridas muy profundas, pero puede que con el paso del tiempo hubierais podido sanaros el uno al otro. Si Delancey no hubiera asesinado a Archer... Si Rhiannon se hubiera deshecho de Maor Cladaich como era su intención, y si Ailish y ella nos hubieran acompañado a Oxford, es probable que...

—Lionel, no tiene sentido devanarse los sesos pensando en lo que podría o no podría haber sucedido entre nosotros —le contestó el profesor en voz queda—. La vida no es más que una sucesión de pequeñas pausas delante de las encrucijadas que se nos van presentando. Escoger el camino de la derecha o el de la izquierda tal vez cambiará el resto de nuestra existencia, aunque no podremos conocer las consecuencias de nuestra elección hasta que sea demasiado tarde para retroceder. —Guardó silencio unos instantes mientras contemplaba cómo los últimos rayos de sol se deslizaban por los cabellos de Rhiannon antes de apagarse definitivamente. Entonces sacudió la cabeza, cruzando los brazos—. En el fondo lo único que nos

debería servir de consuelo es la certeza de haber hecho todo cuanto estaba en nuestras manos. Para mí, Rhiannon ha sido quien salvó a su hija aunque no pudiera imaginarlo cuando se arrojó desde el acantilado. Nunca dejará de sorprenderme lo que las mujeres pueden llegar a hacer por amor... ni lo fuertes que son en comparación con nosotros. En el fondo no se diferencia mucho de lo que Fionnuala ha estado haciendo durante todos estos siglos: velar por su descendencia desde las sombras.

Lionel, por una vez, no hizo el menor intento de interrumpirle. No abrió la boca hasta que oyeron dentro de la escalera de caracol las voces ahogadas de August y de Oliver y el eco de sus pasos subiendo hacia la capilla; solo entonces le dijo en voz baja:

—Pero a ti te gustaba. No intentes negarlo. Lo he leído en tus ojos todo el tiempo.

—Nunca podría querer a una mujer como quise a Beatrix, y Rhiannon nunca estuvo hecha para las medias tintas —fue la respuesta del profesor—. Se merecía algo mucho más hondo que lo que yo podría haberle dado. Algo mejor que la sombra de un amor anterior.

Los dos se volvieron hacia la puerta en el momento en que sus amigos aparecieron en lo alto de la escalera, jadeando un poco por lo empinado de aquellos peldaños.

—¿Cómo se encuentra Ailish? —le preguntó Alexander a Oliver.

—Mejorando —contestó el muchacho—. Espero que pueda cenar en condiciones; debe de haber acabado harta de las gachas de la prisión.

Parecía a punto de esbozar una sonrisa, aunque la presencia de Rhiannon dentro de su ataúd la apagó antes de que pudiera asomar a sus labios. A Alexander le alegró darse cuenta de que aunque sus ojos seguían marcados por unas profundas ojeras, la vida había vuelto a fluir por sus venas. Pronto sería de nuevo el Oliver de siempre.

—La hemos dejado con la señorita Stirling para que la ayudara a darse un baño —les explicó August—. Aún está demasiado débil para moverse por sí misma.

—Al pasar por delante de la habitación me pareció que estaba cantándole algo en húngaro —comentó Oliver—. Ha sido toda una sorpresa descubrir que Margaret Elizabeth Stirling posee un corazón debajo de su armadura de seda, encajes y granates de Bohemia. Aunque al fin ha conseguido lo que quería: Ailish ha accedido a que Maor Cladaich pase a estar en manos del príncipe Dragomirásky a partir de ahora. Supongo que está harta del castillo y los problemas que nos ha dado... y a fin de cuentas era el mejor candidato.

—Será una pena perderla de vista. Especialmente ahora que las dos parecen haberse hecho buenas amigas —comentó August, observando de reojo a Lionel mientras hablaba.

Él prefirió no pronunciarse al respecto. Desde luego, no estaba dispuesto a perder de vista a la señorita Stirling, aunque era demasiado pronto para hablarles a sus amigos de la propuesta que le había hecho unas semanas antes. Para desviar la atención comentó:

—¡Oliver Saunders, el hombre casado! —Y le dio una palmada en la espalda que le hizo inclinarse hacia delante—. Aún me cuesta creer que hayas sido tan idiota. Dejar que te cacen a los veintitrés años no tiene perdón. ¿Es que no has aprendido nada conmigo?

—Claro que sí —sonrió Oliver, frotándose la espalda—. Todo lo que un hombre nunca debería hacer si quiere que una mujer espléndida se enamore de él. Eres un gran maestro.

August se echó a reír y Alexander se apresuró a cambiar de tema antes de que Lionel pudiera vengarse de su amigo preguntándole si sabía lo que era una noche de bodas. «Aún tenemos trabajo pendiente. Esto no ha acabado.»

—Me alegra que todos nos encontremos de mejor humor, pero como os imaginaréis no os he convocado aquí arriba para que discutamos sobre la futura vida matrimonial de los Saunders. —Lionel chasqueó la lengua con fingida desilusión, pero Alexander siguió sin alterarse—: Hay una cuestión importante de la que aún no hemos hablado.

—¿Te refieres a lo que sucederá con Delancey? —inquirió August—. Hace un rato el inspector Fitzwalter pasó por aquí para comprobar cómo se encontraba Ailish. Por lo que nos dijo, la fecha del nuevo juicio ha sido fijada para la semana que viene. Supongo que no nos quedará más remedio que asistir, a pesar de que Delancey lo confesara todo en la comisaría. Sinceramente, veo muy poco probable que pueda salir con vida de esta.

—Y lo más triste de este asunto —comentó Oliver bajando el tono de voz— es que, según lo que os contó a vosotros..., lo ha hecho todo por amor. Por conseguir una *banshee* con la que pudiera hacer que los O'Brien le entregaran la mano de su heredera.

—Tristísimo —reconoció Lionel, aunque su expresión era bastante indiferente—. Pero creo que Alexander se refiere a lo que descubrimos sobre la *banshee* anoche. Ya hemos conseguido salvar a los vivos: ahora les toca el turno a los muertos.

Entre los dos les contaron lo que habían leído en la biblioteca del puño y letra de Cormac O'Laoire acerca de Fionnuala, de Ciarán O'Laoghaire y del hijo que este último le arrebató antes de encerrarla para siempre en un rincón de Maor Cladaich. Para cuando concluyeron con su explicación se había hecho completamente de noche y lo único que iluminaba el interior de la capilla era el tembloroso resplandor de los cirios.

—¿Queréis decir —susurró August tras unos segundos de silencio— que ese caballero emparedó a su antigua amante en este lugar? ¿En alguna de las habitaciones del castillo?

—Sí, si la narración del padre de Ailish se corresponde con la realidad —les recordó Lionel no demasiado convencido—. De ser cierto ese episodio, no me extraña nada que las máquinas de Alexander hayan registrado un altísimo índice de actividad paranormal. Si esa no es razón suficiente para que esta fortaleza esté

encantada... no sé qué podría serlo.

Oliver no dijo nada al respecto. Alexander se dio cuenta de que se había quedado tan abstraído como cuando le asaltaba la inspiración en los momentos más inesperados.

—Un penique por tus pensamientos —le ofreció. Su amigo alzó la mirada, confuso al darse cuenta de que le observaban—. Será nuestra primera contribución a tu luna de miel.

Oliver sonrió tímidamente y contestó:

—Según lo que acabáis de contar, Ciarán O’Laoghaire ordenó que la emparedaran «en la misma habitación en la que había pasado los últimos meses». Y años más tarde dejó escrito en su testamento algo curioso...

—Dejó escrito «que en lo alto de Maor Cladaich construyeran una capilla con la que poder expiar sus pecados» —citó Alexander—. Demasiado dramático para poder olvidarlo.

Oliver asintió con la cabeza. Los ojos le relucían.

—Alexander, ¿no nos contaste en su momento que habías llegado a la conclusión de que en los pisos superiores se apreciaba más que ningún otro lugar la presencia de espíritus?

—En efecto —reconoció el profesor—. Aunque nunca entendí...

—También nos explicaste mientras subíamos la colina por primera vez que debían de haberse realizado algunos añadidos en la construcción original. Partes que databan de los siglos doce o trece... —Oliver abrió los brazos como si quisiera abarcar la estancia en la que se encontraban—. ¿Y si Ciarán O’Laoghaire no mandó construir esta capilla simplemente para expiar sus pecados? ¿Y si la mandó construir en el mismo lugar en que los cometió?

Un profundo silencio acogió sus palabras. August, Alexander y Lionel se miraron sin decir nada, aunque a Oliver no le costó comprender que lo que acababa de decir les había impactado de lleno; acto seguido se volvieron para examinar la estancia con aprensión.

—Dios mío —murmuró August. Se había puesto un poco pálido—. Lo que dices tiene sentido, tiene mucho sentido. Construir sobre lo destruido..., sobre lo que se aniquiló...

Antes de que pudieran añadir palabra, Lionel se acercó a toda velocidad a la parte de la capilla en la que se situaba el altar. Los tres se quedaron mirando cómo recorría con los ojos las paredes, prestando especial atención al suelo.

—Está cubierto de losas, pero no parecen lápidas funerarias —murmuró—. No hay ni una sola inscripción, ni escudos de armas. Y Ros Wyvern me dijo, mientras paseábamos por los jardines, que los O’Laoire se enterraban en la iglesia de Kilcurling...

—Nunca te había oído hablar solo —dijo August—. ¿Qué haces?

—Mi trabajo, señor reverendo. Tratar de arrancarle sus secretos a la tierra.

Aunque en este caso sería mejor decir a las piedras —contestó Lionel, levantando la cabeza para continuar con su inspección a lo largo de los muros—. No tendría sentido que la hubieran sacado de su escondite para sepultarla debajo de estas losas —continuó—. Cuando se emparedaba a la gente, siempre se la colocaba de pie. Se la encerraba entre dos muros paralelos para que acabara falleciendo por falta de aire y de alimento. En este caso sería probable que...

Se dio la vuelta para golpear metódicamente con las dos manos el muro que había a sus espaldas. Al no obtener ningún resultado, siguió haciéndolo en el que se orientaba hacia el acantilado del este, y después regresó al lado de sus amigos, apartó a Oliver sin muchos miramientos y repitió el mismo proceso en el del oeste. Durante un buen rato deslizó las palmas de las manos por las piedras hasta que dejó escapar un «¡Ajá!».

—¿Qué has descubierto? —le preguntó Alexander en el acto—. ¿Hay algo raro aquí?

—Tiene que haberlo. Fijaos en esto. —Lionel dio tres golpes con la mano en el muro situado tras el altar—. Suena a macizo, ¿os dais cuenta? Por el contrario... —Se acercó una vez más al muro oeste y repitió el mismo gesto. Todos se dieron cuenta de lo que quería decir: era un sonido muy distinto—. Esta pared se ha levantado sobre un espacio hueco.

August se aflojó un poco el nudo del corbatín.

—¿Es... es lo que estoy pensando? ¿Creéis que aquí dentro está...?

—Solo hay una manera de averiguarlo —declaró Lionel, y se apartó de la pared para regresar junto al ataúd de Rhiannon. Para sorpresa de sus compañeros, en especial de Alexander, apagó de un soplo la llama que ardía en uno de los cirios y lo dejó caer sobre las losas del suelo, asiendo el candelero de plata como si fuera un arma.

—¿Qué rayos crees que estás haciendo, Lionel Lennox? —se escandalizó Alexander.

—Haz el favor de no maldecir ante un difunto —le recriminó el joven, pidiendo a August y a Oliver que se apartaran—. Es una pena que tengamos que hacerlo de un modo tan... poco delicado. Confiemos en que la señorita Stirling no vuelva a subir aquí para presentarle sus respetos a Rhiannon; a su patrón no le agradará este destrozo.

El primer golpe que descargó contra la pared resultó tan ensordecedor que August tuvo que taparse los oídos. Era una suerte que el dormitorio de Ailish se encontrara en el otro extremo de Maor Cladaich, varios pisos por debajo de ellos, y que tanto la señorita Stirling como Maud estuvieran a su lado en ese momento. Mordiéndose con fuerza los labios, Lionel asestó un segundo golpe, y un tercero, y siguió haciéndolo durante unos minutos ante la mirada expectante de los demás..., hasta que consiguió que el candelero se abriera camino entre los bloques de piedra destrozados por sus embestidas. Tal como había imaginado, la pared no era maciza: había un espacio

vacío detrás. Oliver soltó una exclamación de entusiasmo mientras Lionel retrocedía unos pasos, contemplando con la respiración algo entrecortada el boquete que acababa de abrir.

—*Voilà* —dijo satisfecho. Sus amigos se acercaron un poco más, con los ojos muy abiertos—. Vamos, echadme una mano. ¡No puedo hacerlo todo yo solo!

Entre los cuatro comenzaron a sacar los sillares que los golpes de Lionel acababan de machacar. Los fueron dejando al pie de la pared, despejando cada vez más el agujero que había al otro lado y que apenas debía tener medio metro de profundidad. Al fin pudieron asomarse a la abertura, pero la penumbra de la capilla no les permitía distinguir nada. Entonces fue Alexander quien agarró otro de los cirios, no sin antes dirigirle una mirada a Rhiannon como pidiéndole disculpas por el alboroto que estaban causando, y lo acercó al agujero para contemplar el interior.

Todos contuvieron el aliento al mismo tiempo. Había alguien ahí dentro, apoyado contra el muro de la capilla. Cuando Alexander alargó el brazo para que la luz de la vela se derramara en el hueco existente entre las dos paredes, pudieron reconocer a una persona de la que no quedaban más que los huesos: un esqueleto polvoriento con los brazos en alto cuya calavera casi se había desprendido con el paso de los siglos, rozando su clavícula izquierda con los escasos mechones descoloridos que aún le quedaban.

Oliver no pudo evitar tragar saliva mientras Alexander y August guardaban silencio. Lionel, en cambio, introdujo su mano experta dentro del agujero para agarrar uno de los mechones de aquella melena que debía de haber sido oscura en su momento, y que aún se encontraba parcialmente recogida en una trenza. Nada más entrar en contacto con sus dedos, el cabello se deshizo como si se tratara de un diente de león.

—No me extraña: tiene casi ochocientos años de antigüedad —comentó—. Lo que no me explico es que a nadie se le hubiera ocurrido inspeccionar esta parte de la capilla hasta ahora. Estoy convencido de que alguno de los descendientes de Ciarán O’Laoghaire se habrá preguntado alguna vez dónde había sido emparedada Fionnuala.

—Aún no estamos seguros de que sea Fionnuala —les advirtió August.

—Es ella —les aseguró Alexander en voz baja. Hizo descender un poco la llama del cirio para que pudieran contemplar la parte inferior del cuerpo del esqueleto—. Fijaos en la forma de la pelvis. Es una mujer que dio a luz apenas unas horas antes de que construyeran la segunda pared. Y tiene los brazos en alto —volvió a levantar el cirio— porque la encadenaron con unos grilletes para que no golpeará el muro con los puños.

Algo lo dejó reducido al silencio poco a poco. Algo que estremeció las llamas que aún ardían en los cirios y que les hizo darse la vuelta sin atreverse a decir nada más. Tampoco en esta ocasión pudieron verla, aunque no fue necesario; la criatura a la que habían buscado durante semanas se encontraba con ellos. Había asistido en silencio al

descubrimiento de su cadáver sin que ninguno reparara en lo cerca que la tenían. Y su voz era muy distinta de la que había sollozado por Rhiannon unas horas antes en los jardines. Casi parecía alegre..., como si se estuviera despidiendo. Como si se hubiera dado cuenta de que su misión en Maor Cladaich había tocado a su fin y ahora no tuviera más que caminar hacia la luz en la que la esperaban sus descendientes.

Antes de que se les ocurriera dirigirle la palabra, la voz de Fionnuala se apagó poco a poco hasta acabar enmudeciendo. Entonces hubo un repiqueteo a sus espaldas, y al darse la vuelta comprobaron que los huesos del esqueleto acababan de convertirse en polvo sin dejar tras de sí más que los grilletes que lo mantenían encadenado a la pared.

Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, una silenciosa comitiva abandonó Maor Cladaich para acompañar a Rhiannon Bean Uí Laoire en su último paseo hasta el pueblo.

Los empleados de la funeraria de Kilcurling se habían presentado puntualmente en la puerta del castillo para conducirla a hombros al cementerio. Ailish caminaba detrás del ataúd, vestida por completo de negro y con un delgado velo de encaje cubriéndole la cara, en la que aún se podía percibir la huella de la pedrada de la señora Ashe; nadie la había logrado persuadir de que sería mejor que se quedara en cama. Su piel parecía aún más pálida que las flores blancas que apretaba en una mano mientras con la otra se aferraba al brazo de Oliver. Alexander, August y Lionel los seguían en silencio colina abajo, y Maud cerraba la marcha sin dejar de sollozar calladamente.

La señorita Stirling se había disculpado a la hora de comer por no acompañarles durante el entierro. El barco que la conduciría de regreso a Inglaterra partía a las nueve de la noche, y si quería aprovechar todos los enlaces con Francia y más tarde con Hungría no le quedaba más remedio que ser puntual.

Sin duda la señorita Stirling se habría llevado una sorpresa al comprobar que no asistió nadie más que ellos al entierro. Ni siquiera el sacerdote se encontraba en el lugar a la hora convenida, aunque no tardaron en observar cómo se acercaba a toda velocidad desde el otro extremo del cementerio. Por lo que les comentó, no hacía ni un cuarto de hora que habían dado cristiana sepultura a Jemima Lawless en la parte del recinto que descendía en pendiente hacia el mar, en la misma fosa que había acogido años antes los restos de su madre Máiréad. «Por eso no ha podido acercarse ningún vecino —trató de disculparles el párroco, con las mejillas arrojadas por la carrera—. De no haberse dado esta triste coincidencia, estoy seguro de que se encontrarían ahora mismo con ustedes.»

—Sí, apuesto a que lo habrían hecho —dijo Lionel en voz baja para que no le oyeran más que Alexander y August—. Deben de estar preparando una auténtica fiesta para el momento en que no quede ni un solo O’Laoire en este lugar. Malditos supersticiosos...

Cuando los sepultureros se disponían a abrir el candado que colgaba de la puerta del panteón de los O’Laoire, oyeron un apresurado correteo a sus espaldas: se trataba del señor Moran, el abogado de la familia, que había tomado una diligencia en Dublín en cuanto leyó la carta que le había enviado Alexander avisándole de la muerte de Rhiannon.

—Una tragedia —murmuró el hombre mientras el párroco rociaba con agua bendita la brillante tapa del ataúd decorada con un crucifijo de bronce. Aún no podía dar crédito a lo que estaba sucediendo—. Realmente... realmente parece que el destino se ensaña con algunas familias. Primero el arresto de la señorita O’Laoire y

su intento de ahorcamiento, ahora la muerte de su pobre madre... ¡Si Cormac O'Laoire aún se encontrara con vida...!

Alexander prefirió no contarle que a Cormac O'Laoire nada de lo estaba pasando le resultaría desconcertante; no después de saber lo que se había producido en el seno de su clan ochocientos años antes. Uno de los sepultureros apartó a ambos lados las pesadas puertas de bronce y después regresó junto a los demás para volver a alzar el ataúd de Rhiannon y conducirlo al interior del panteón. Le habían asignado el espacio que se encontraba enfrente del de su marido, aunque nadie más que los cuatro ingleses y Ailish sabría que la inscripción de su lápida no diría la verdad. No habría una mujer enterrada en aquel lugar. Habría dos.

Antes de cerrar la tapa del ataúd habían colocado sobre el pecho de Rhiannon un estuche de madera, de los que se solían usar para guardar pinturas, que a Ailish sin duda le habría resultado muy familiar. Y en su interior habían depositado un puñado de polvo blanquecino recogido del interior del agujero abierto en el muro oeste de la capilla. Era lo mínimo que podían hacer por Fionnuala.

Bien mirado, Rhiannon y ella no compartían ningún parentesco..., pero las unía algo más poderoso que la sangre. Las dos habían amado con locura a los hombres equivocados. Las dos habían sido mujeres cuya nobleza no colgaba de un árbol genealógico y que entregaron su inocencia a unas personas que habían hecho pedazos sus ilusiones y sus sueños. Las dos habían cuidado a lo que era suyo más allá de la vida.

—A partir de ahora tendrán que cambiar unas cuantas cosas —comentó Lionel sin dejar de atender a la ceremonia—. Me refiero a que los Saunders se marcharán con nosotros a Oxford una vez que declaremos en el juicio contra Delancey, y lo más práctico será contratar a un abogado inglés que gestione el patrimonio de Ailish desde allí. A fin de cuentas ahora es una mujer casada.

—Por supuesto —corroboró Moran de inmediato—. En cuanto envíen a mi despacho los documentos que la señorita Stirling firmó para que Maor Cladaich pase a ser propiedad del príncipe Dragomirásky comenzaré los trámites pertinentes. Legalmente la señorita O'Laoire..., perdón, la señora Saunders..., no podrá entrar en posesión de los bienes de su familia hasta su mayoría de edad. Faltan tres años para que cumpla los veintiuno, pero me aseguraré de que hasta entonces le sea entregada una generosa asignación mensual.

Conociendo a Oliver como le conocían, todos tenían serias dudas de que aceptara que su esposa se hiciera cargo de los gastos de su nueva vida en común. «Ya habrá tiempo para ocuparse de eso —pensó Alexander, frunciendo un poco el ceño; notaba los ojos muy cansados desde que no podía llevar puestas las gafas—. Aunque me pregunto cómo conseguirán salir adelante sin más dinero que el de la beca que recibe Oliver por ese *Diccionario de proverbios latinos* que debe seguir cogiendo polvo en su habitación del Balliol College...»

Ailish acababa de salir del panteón después de dejar las flores encima de la tumba

de su madre, y Oliver le tendía una mano para ayudarla a bajar. Moran se despidió de Alexander y de los demás y se aproximó a la muchacha para darle el pésame.

—Así que Fionnuala es la antepasada de nuestra Ailish —dijo Lionel en voz baja—. Al final Twist tenía razón: hay algo sobrenatural en ella. Unas gotas de sangre *banshee*.

Alexander, por segunda vez aquel día, prefirió no pronunciarse en voz alta. Estaba seguro de que a Rhiannon no le habría gustado que nadie más que él supiera que Ailish no era realmente una O'Laoire sino una Dragomirásky. Era curioso, muy curioso, que la bastarda de un hombre que había manifestado durante toda su vida tanto interés por lo sobrenatural, según la señorita Stirling y Rhiannon, tuviera el don de la psicoscopia. Tal vez no sería la última vez que oían hablar de aquella dinastía. Como si le hubiera leído el pensamiento, Lionel se dio la vuelta para contemplar cómo las almenas blancas de la capilla de Maor Cladaich parecían espiarles por encima de las copas de los árboles.

—Resulta bastante extraño —dijo por fin— pensar que todo esto estará en manos de un adolescente húngaro que nunca sabrá nada de lo que pasó en este lugar hace siglos.

—Dudo mucho que se deje caer a menudo por aquí —comentó August—. Kilcurling no es precisamente el lugar más atractivo para alguien de su edad, por no hablar de su sangre azul. Lo más probable es que Maor Cladaich siga siendo el mismo castillo encantado que tanto atemoriza a los vecinos..., aunque ya no cuente con un alma en pena.

Lionel guardó silencio durante un buen rato. Era evidente que luchaba a brazo partido con la necesidad de preguntarles algo, y al final se atrevió.

—¿Creéis que volveremos a saber de él? No sería tan extraño, ¿verdad? En el fondo nos movemos en círculos parecidos. Tanto a nosotros como al príncipe Dragomirásky nos interesa lo misterioso, lo sobrenatural... y además lee *Dreaming Spires* a menudo...

—Me lo estaba planteando hace un momento —admitió Alexander—. Pero sí, doy por hecho que sí. Este mundo no es tan grande como creemos.

—Me alegra oír eso —murmuró Lionel. Después añadió en su tono desenvuelto de siempre—: Acabo de recordar que tengo que acercarme a Dublín para resolver unos asuntos. Será mejor que me vaya con Moran en la diligencia.

—Te acompañaré —se ofreció August, y la mirada que intercambió con Alexander dejaba muy claro que también imaginaba cuáles eran aquellos «asuntos».

Dejaron solo al profesor en medio de las lápidas y las cruces celtas. Alexander se limitó a observar cómo Lionel y August se acercaban a los demás, hablaban un momento con Moran y el abogado se inclinaba para besar la mano de Ailish y estrechar la de Oliver antes de acompañarles fuera del recinto funerario. Después de dudar unos segundos, Alexander extrajo disimuladamente del bolsillo de su levita un pequeño objeto con el que sus dedos habían estado jugueteando durante el entierro de

Rhiannon.

Era el guardapelo de plata que llevaba puesto cuando se dejó caer desde lo alto del acantilado. Apartó con cuidado la delicada tapa, casi desprendida por completo, para contemplar aquel rostro tan parecido al del príncipe Konstantin y al de la muchacha enlutada que tenía ante él en aquel momento. El agua que había empapado la miniatura emborronaba los rasgos de László Dragomirásky aún más de lo que lo hacía la miopía de Alexander. Pero aunque no pudiera apreciarlos con el detenimiento que le hubiera gustado, el profesor se dio cuenta de que no se había equivocado al impedir que Rhiannon fuera sepultada con su colgante. Era muy probable que algún día Ailish se alegrara de saber la verdad..., aunque aún era demasiado pronto, sobre todo teniendo en cuenta todas las cosas por las que había pasado en las últimas semanas. Lo mejor sería esperar a que fuera mayor de edad, a que cumpliera los veintiún años de los que había hablado Moran. Entonces sería lo bastante adulta como para decidir si quería encontrarse con el hermano al que nunca había llegado a conocer, que por caprichos del destino acabaría pasando alguna que otra temporada debajo del que había sido su antiguo techo, o seguir creyendo como hasta entonces que era la única descendiente del clan de los O'Laoire.

Pero en el fondo, ¿qué importancia tenía aquello? Daba lo mismo que las ramas de un árbol genealógico fueran retorcidas si en sus puntas seguían naciendo flores nuevas. Alexander devolvió el guardapelo de Rhiannon al bolsillo de su levita y después se quedó mirando desde la distancia cómo Oliver posaba suavemente su mano sobre el hombro de Ailish para que se volviera hacia él. Le dijo algo que no pudo oír y luego alzó con cuidado el velo de encaje que le caía por la cara como lo habría hecho delante de un altar..., como si hubiera sido blanco en vez de negro. Ailish le sonrió poco a poco, y estaba a punto de cerrar los ojos para recibir el beso que sabía que quería darle Oliver cuando distinguió algo por encima de su hombro que la hizo detenerse. Los dos jóvenes se dieron la vuelta, sin pronunciar una palabra, y Alexander, extrañado ante aquella reacción, también lo hizo.

Los hombres avanzaban con los sombreros en la mano y las mujeres mantenían la cabeza gacha, como si no se atrevieran a sostenerle la mirada a aquella muchacha a la que durante diez años habían considerado una endemoniada. Fiona y su padre avanzaban a la cabeza del grupo, seguidos por el inspector Fitzwalter, y por el anciano Caoimhín, que no había soltado su *fiddle* ni siquiera para acudir al cementerio, y por Ros Wyvern, tan hosco como siempre, y por Mary MacConnal, que rodeó con sus brazos a una Maud que sollozaba desconsoladamente... Los únicos ausentes eran Brianna MacConnal y la familia Ashe, aunque a Ailish no pareció importarle que no hubieran acudido. Se limitó a recorrer con unos ojos completamente impasibles aquellos semblantes, deteniéndose unos segundos en cada uno de ellos, haciendo que muchos se ruborizaran y que casi todos acabaran mirándose los zapatos para no tener que admitir en voz alta lo avergonzados que se sentían de su comportamiento.

El pueblo entero de Kilcurling se acercaba al panteón de los O'Laoire en medio de un silencio casi reverencial. Los hombres avanzaban con los sombreros en la mano y las mujeres mantenían la cabeza gacha, como si no se atrevieran a sostenerle la mirada a aquella muchacha a la que durante diez años habían considerado una endemoniada. Fiona y su padre avanzaban a la cabeza del grupo, seguidos por el inspector Fitzwalter, y por el anciano Caoimhín, que no había soltado su *fiddle* ni siquiera para acudir al cementerio, y por Ros Wyvern, tan hosco como siempre, y por Mary MacConnal, que rodeó con sus brazos a una Maud que sollozaba desconsoladamente... Los únicos ausentes eran Brianna MacConnal y la familia Ashe, aunque a Ailish no pareció importarle en absoluto que no hubieran acudido. Se limitó a recorrer con unos ojos completamente impasibles aquellos semblantes, deteniéndose unos segundos en cada uno de ellos, haciendo que muchos se ruborizaran y que casi todos acabaran mirándose los zapatos para no tener que admitir en voz alta lo avergonzados que se sentían de su comportamiento. Pero no les dijo nada; simplemente alzó su mirada hacia Oliver, que asintió con la cabeza, y se agarró a su brazo para marcharse sin cubrirse de nuevo la cara con el velo.

Los vecinos se apartaron a ambos lados, abriéndole camino a Ailish. Ella no se detuvo para hablar con nadie, ni les agradeció que acudieran a despedirse de su madre. Se marchó del cementerio con una dignidad en la que Alexander, sin poder reprimir una pizca de orgullo, reconoció a Rhiannon en carne y hueso. Kilcurling no le había brindado más que su incomprensión y su rechazo en los instantes más duros de su vida; no había nada que Ailish le debiera.

Y aunque en ningún momento se molestó en anunciarlo en voz alta, todos los que la vieron partir con Oliver supieron que no la verían regresar nunca más a aquel lugar.

## Epílogo

La diligencia, por suerte, le dejó a menos de cinco minutos a pie del puerto. Lionel se despidió de Moran antes de sumergirse en la variopinta marea humana que avanzaba en dirección a los muelles. A pesar de que faltaba poco para las nueve de la noche, el lugar estaba muy animado; había faroles encendidos en cada esquina y por las ventanas de los pubs abarrotados se escapaba el cálido resplandor anaranjado de las chimeneas. Una luna insolente se mecía en el cielo cargado de estrellas como si se estuviera riendo de él. Rezongando para sí, el joven se deslizó entre dos ruidosos grupos de marineros, apartó a un lado a un vendedor ambulante que empujaba un carro de manzanas y por fin consiguió dar con el barco que estaba buscando: el *Boadicea*.

No pudo evitar pararse en seco cuando le puso de nuevo los ojos encima. Se había detenido en medio de la pasarela de madera por la que se accedía al navío después de dar instrucciones a dos marineros para que le subieran el equipaje. Parecía curiosamente pensativa, casi nostálgica; no reparó en que Lionel se acercaba a ella hasta que le habló.

—No ponga esa cara; estoy seguro de que regresará muy pronto a Irlanda. Creo que todavía le quedan muchas cosas por descubrir de esta tierra. Y a su príncipe también.

La señorita Stirling se volvió en el acto hacia él. Llevaba puesto el mismo abrigo de terciopelo oscuro con el que se había presentado en el castillo, el mismo sombrero con plumas grises y negras, los mismos botines negros de tacón alto.

—¡Vaya, señor Lennox! —Y sus labios se curvaron en una sonrisa radiante—. ¡No sé por qué no me extraña encontrarle aquí!

—¿Qué clase de caballero sería si no la acompañara durante sus últimos momentos en la isla? —preguntó Lionel, acercándose un poco más—. Especialmente después de todo lo que nos ha pasado, y los encuentros tan íntimos que mantuvimos... «relacionados con el deplorable acto del fornicio», por supuesto, como diría nuestro amigo el juez Driscoll.

Ella se echó a reír al oírle. Lionel no pudo dejar de sentir una punzada de vanidad al darse cuenta de que los demás pasajeros del *Boadicea* que pasaban por su lado para subir al barco se la quedaban mirando, y alguno hasta estuvo a punto de tropezar con las tablas de la pasarela.

—Realmente deplorable —coincidió la señorita Stirling con coquetería—. Confío en que no le pareciera demasiado impropio por mi parte... Suponía que ese mentecato reprimido estaría dispuesto a creerse cualquier cosa que nos dejara a las mujeres en mal lugar sin hacer demasiadas preguntas. Aunque me dolió tener que involucrarle tanto.

—Está usted perdonada. Siempre y cuando me asegure que seguirá manteniendo la misma versión de los hechos si a alguien se le ocurre preguntar qué pasó entre

nosotros.

Ella no contestó, pero inclinó un poco la cabeza hacia un lado de una manera que Lionel encontró más esperanzadora que ningún asentimiento. Regresaron de nuevo al muelle para poder conversar hasta el momento en que el barco anunciara su partida sin molestar a los demás pasajeros. Lionel le narró los pormenores del entierro de Rhiannon y lo que el señor Moran había dicho sobre los trámites que iniciaría en cuanto le fueran enviados los documentos que la señorita Stirling había firmado junto al lecho de Ailish.

—Así que ya lo ve —concluyó, abriendo los brazos elocuentemente—. Al final todo ha acabado de la forma más conveniente para usted. Sus deseos se han hecho realidad.

—Se lo advertí, señor Lennox. Le advertí en Maor Cladaich que no me habían enviado al castillo para pelearme por algo que los demás codiciaban, sino para reclamarlo. Siempre consigo lo que quiero, aunque a veces me lleve un poco más de tiempo de lo esperado.

«Creo que debería empezar a pensar de la misma manera», se dijo Lionel sin dejar de observarla. Quería memorizar hasta el último detalle de aquel rostro, los diferentes pigmentos con los que un artista realizaría su retrato, la cartografía de las Pléyades que adornaban sus mejillas, cuatro en la derecha, tres en la izquierda, tan negras como sus ojos y su cabello. Se le encogía el corazón al pensar que podría ser la última vez que la viera.

«Algún día incluso usted se enamorará —le había avisado Ros Wyvern—. Y cuando lo haga se descubrirá a sí mismo haciendo tantas tonterías que se acordará de mis palabras.»

—Supongo que en el fondo —siguió diciendo, obligándose a sí mismo a hablar con la desenvoltura de siempre— tendría que estarle usted agradecida al señor Delancey. Nada de esto habría sucedido si él no hubiera decidido asesinar al señor Archer. Lástima que su *modus operandi* resultara muy cruel.

—Muy poco elegante —le corrigió la señorita Stirling—. Puedo tolerar la crueldad, pero no la vulgaridad.

—¿Cómo lo habría hecho de estar en su lugar? —inquirió Lionel con una sonrisa.

La señorita Stirling se quedó pensativa un rato, dándose golpecitos con el índice en los labios mientras observaba cómo los últimos pasajeros embarcaban en el *Boadicea*.

—En el caso de que necesitara eliminar a uno de los dos..., supongo que me habría decantado por el veneno. O mejor aún, por alguna clase de narcótico. Alguna sustancia alucinógena que alterara sus sentidos sin dejarles recordar dónde estaban o quiénes eran.

—¿Y qué habría conseguido con eso? Ambos seguirían estando con vida. Lo peor que podría pasarles sería torcerse un tobillo mientras deambulaban por Maor Cladaich.

—Usted lo ha dicho. Mientras deambulaban por Maor Cladaich. Pero sabe tan bien como yo que la colina en la que se levanta el castillo posee ciertos accidentes de terreno que podrían resultar muy peligrosos, por no hablar de lo cerca que está el acantilado. El asesinato perfecto existe; simplemente hay que ser lo bastante elegante como para proceder sin mancharte las manos en ningún momento. Sin que nadie pueda sospechar de ti porque en el fondo, a efectos prácticos, lo único que hiciste fue colocar a esa persona en unas circunstancias adecuadas para la muerte.

—Bien, me alegro de conocer de primera mano cómo actuaría Margaret Elizabeth Stirling si la situación lo requiriera. Por suerte tanto usted como yo sabemos que en el fondo es tan inocente como una dulce paloma; de lo contrario no me atrevería a aceptar de usted ni una sola taza de té por miedo a que pudiera acabar conmigo al estilo Borgia.

Una risita escapó de los labios rojos de la dama. En aquel momento la sirena del *Boadicea* anunció a los cuatro vientos que el barco estaba a punto de partir, y la señorita Stirling solo tuvo tiempo para inclinarse hacia él, apoyando con inusitada fuerza la mano en su hombro, y acercar su rostro al suyo para besarle en la mejilla, muy cerca de la boca.

—No debería dar tantas cosas por sentadas. Me parece que la próxima vez que nos encontremos querrá hacerme unas cuantas preguntas más. Y le aseguro —susurró a escasos centímetros de su rostro— que para mí será un auténtico placer responderlas.

Tenerla tan cerca, aunque no fuera más que durante unos segundos, le resultó tan embriagador que Lionel ni siquiera se inmutó ante las punzadas de dolor que le había causado aquella repentina presión sobre su herida. Sus manos aferraron unos instantes las de la señorita Stirling hasta que uno de los miembros de la tripulación la avisó desde lo alto de que estaban a punto de retirar la pasarela, y la joven no tuvo más remedio que decirle adiós con los dedos antes de agarrar el borde de su abrigo para subir al *Boadicea*.

El humo que exhalaban las chimeneas del barco manchaba de negro un cielo que hasta aquel momento había sido immaculado. Lionel se quedó en el muelle durante un largo rato, aguardando a que la cabeza de la señorita Stirling asomara por encima de la barandilla para mirarle por última vez. Pero se sintió un tanto decepcionado al darse cuenta de que no pensaba hacerlo. «Se marcha —pensó con creciente desaliento—. Se marcha de aquí... y ni siquiera sé cuándo volveré a verla.»

El trasiego de los vendedores ambulantes de manzanas, los conductores de coches de alquiler y los porteadores que seguían a los viajeros de un extremo a otro del muelle le devolvió poco a poco a la realidad. Lionel acabó dando la espalda al barco para regresar al lugar del que salía la diligencia que le conduciría de vuelta a Kilcurling. Se disponía a rodear el último de los pubs cuando una idea se abrió camino en su cabeza, una idea que al principio resultó algo imprecisa, pero que cada vez se definía más..., hasta que acabó deteniéndose en medio de la acera como si le

hubiera fulminado un rayo.

Su mano derecha alcanzó poco a poco su hombro. Aún podía sentir una punzada de dolor, y estaba seguro de que su herida se había abierto, manchando de nuevo las vendas que seguía colocándose cada mañana. Aquel gesto de la señorita Stirling le había parecido una manera de advertirle que tuviera cuidado para que no volviera a pasarle nada como aquel episodio del Valle de las Reinas del que le había hablado tantas veces...

Pero Lionel no le había contado a la señorita Stirling que le hubieran alcanzado en un hombro, sino que la bala se había hundido en su pecho destrozándole casi el corazón.

Dio unos cuantos pasos, mareado, y estuvo a punto de chocar con un mendigo que pasaba por su lado haciendo resonar un sombrero con monedas. Había dejado de ver la calle dublinesa en la que se encontraba para evocar una vez más los ojos de la señorita Stirling. Sus ojos del color de la noche, unos ojos tan negros como los que había distinguido dos años antes en la necrópolis italiana de Olmo Bello, unos ojos tan almendrados como los que relucían entre los pliegues de un pañuelo justo antes de que le dispararan en Egipto.

Como transparencias realizadas sobre papel de arroz, los contornos de aquellos tres pares de ojos oscuros acabaron superponiéndose en los recuerdos de Lionel, sin margen de error al que pudiera aferrarse para negar la realidad: no había sido casualidad que el príncipe Dragomirásky enviara a su mano derecha a Maor Cladaich, ni que los dos supieran de antemano en qué momento el legendario espejo de Meresamenti sería sacado a la luz. La señorita Stirling le había dicho que ambos estaban al tanto de lo que publicaba *Dreaming Spires*. Sería más correcto afirmar que lo estaban desde mucho antes..., aunque aún no supiera cómo se las habían ingeniado para espiarles.

Toda la sangre parecía haber huido de su cuerpo; Lionel sentía que las piernas le temblaban como si acabara de bajarse de un barco. Pero eso no le impidió desandar sus pasos y correr como alma que lleva el diablo hacia el muelle.

El *Boadicea* se alejaba poco a poco del puerto. Lionel recorrió apresuradamente con la mirada las docenas de cabezas que se asomaban por encima de la barandilla hasta que al cabo de unos segundos encontró la que estaba buscando. La señorita Stirling se había acodado con la mayor tranquilidad del mundo al lado de un elegante matrimonio, y su sonrisa no hizo más que acentuarse al darse cuenta de cómo la miraba Lionel. Supo en ese preciso momento que ella había estado esperando a que él enajara las piezas del juego que había colocado en sus manos.

A pesar de la distancia que los separaba, Lionel pudo ver cómo la mujer acercaba la punta del dedo índice a los labios para soplar en ella como si se tratara del cañón de una pistola. «Ahora sabes lo que soy capaz de hacer —le decían sin palabras sus ojos—, y también que mi estrategia para drogar a Archer era mucho más que una simple hipótesis.»

Por eso se había mostrado de su parte mientras duraba el juicio. Por eso se había molestado en defender tanto a Ailish. Porque sabía que si se acababa demostrando que Delancey había sido el autor material del asesinato, nadie se molestaría en preguntar si no le habrían echado algo a Archer en una copa de vino que le aturdiera tanto como para salir por una ventana del castillo y ponerse a merodear medio drogado por los jardines.

El joven sintió cómo la frente se le cubría de perlas de sudor. Sin dejar de sonreír, la señorita Stirling desapareció dentro del barco y el *Boadicea* siguió alejándose lenta pero implacablemente de la costa irlandesa, llevándose consigo sus secretos y sus misterios.

De pie frente al agua, Lionel permaneció completamente quieto hasta que el barco se convirtió en un punto oscuro que la noche acabó devorando. Miró el cielo y comprobó que las estrellas seguían siendo las mismas que relucían sobre sus cabezas en el Valle de las Reinas. También seguirían estando ahí cuando volvieran a encontrarse, quién sabe en qué momento, en qué país o en qué vida..., aunque a Lionel no le cabía la menor duda de que así sería. La propia señorita Stirling se lo había prometido: aún le quedaban muchas preguntas por responder, y Lionel no estaba dispuesto a dejarse ninguna en el tintero. Su historia no había hecho más que comenzar.

## Agradecimientos

Una novela nunca es un proyecto en solitario, aunque el trabajo diario del escritor pueda parecerlo. Por ello me gustaría dedicar algunas palabras a todos aquellos que estuvieron a mi lado ayudándome a lo largo de esta aventura.

Quiero agradecer a mis padres y a Guillermo la confianza que depositaron siempre en este proyecto, las sugerencias con las que condimentaron el proceso de escritura y la paciencia con la que escucharon mis «se me ha ocurrido que...» pronunciados a las horas más intempestivas. Gracias también a Guillermo por todas las nociones sobre Física Energética, sin las cuales el profesor Quills habría sido muy diferente, y por todo aquello que realmente no es necesario poner por escrito. *Felix qui potuit rerum cognoscere causas*.

Como siempre, gracias a Javier Andrés por haber prendido en mí esa pasión por la ciudad de las agujas de ensueño que conocí a su lado en diciembre de 2010, por haber sabido contagiarme su entusiasmo por sus monumentos y su amor por sus colleges y por haber tenido siempre respuestas para cada una de mis preguntas. A Almudena Muñoz, por acompañarnos en ese viaje y conseguir que la nieve de Banbury Road pareciera más cálida al caminar a mi lado todo el tiempo. A Verónica García por los consejos que supo darme sobre el mundo del periodismo y por ayudarme a encontrarme a mí misma en su sonrisa cada vez que comenzaba a flaquear. A Clara y Celia Largo, por tantas cosas que no se podrían resumir en un párrafo, y porque mis historias siempre acaban debiéndoles más de lo que imaginan; gracias de nuevo a Clara por la ayuda que me prestó a la hora de investigar el sistema judicial irlandés, por los lunares de la señorita Stirling y por estar a una tecla de distancia cuando la necesito pese a que esta vez no envenenáramos a nadie.

Gracias de corazón a Enrique Vázquez por ayudarme a conseguir un buen puñado de libros sin los cuales esta historia habría sido contada de manera muy distinta: *True Irish Ghost Stories: Haunted Houses, Banshees, Poltergeists, and Other Supernatural Phenomena*, compilado por St. John D. Seymour y Harry L. Neligan (Dover Publications, 2005); *A Haunted Land: Ireland's Ghosts*, de Bob Curran (The O'Brien Press, 2004); e *Irish Tales of the Fairies and the Ghost World*, de Jeremiah Curtin (Dover Publications, 2000). Igualmente provechosas resultaron las lecturas de *Every Dark Hour: A History of Kilmainham Jail*, de Niamh O'Sullivan (Liberties Press, 2007) y *Dioses, tumbas y sabios* de C. W. Ceram (Destino, 2011).

No puedo dejar de agradecer a Elena Hernández que me diera a conocer durante los largos paseos por París (aún recuerdo ese café a la sombra de Saint-Denis) la Irlanda más auténtica que tuvo la suerte de conocer de primera mano. A ella le debo el nombre de Ailish y unos cuantos apellidos, además de haberme puesto en contacto con Debbie McShane, quien revisó las frases en gaélico que aparecen en el libro. Por el mismo motivo, gracias al escritor Nacho Ares, autor de magníficas novelas ambientadas en el valle del Nilo, por la gran amabilidad con la que respondió a mis

dudas sobre los dialectos árabes.

Y como una historia solo adquiere vida propia cuando encuentra lectores dispuestos a perderse entre sus páginas, quiero transmitir mi más sincero agradecimiento a todos aquellos que han hecho posible que *Tu nombre después de la lluvia* pudiera salir a la luz. A Irene M. Calpe, que sigue entusiasmándose cada vez que le escribo para hablarle de un nuevo proyecto literario; a Ella Sher, mi estupenda agente, siempre al pie del cañón y rebosante de energía y de recursos; y por supuesto, a todo el equipo de Lumen por el gran trabajo que hay detrás de esta novela, y en especial a Albert Puigdueta y a Silvia Querini. Con ella he aprendido más en un año que en todo el tiempo que he estado dedicándome a la escritura.

Y por último, gracias a vosotros, los lectores, por haberme acompañado hasta el final.